

**O SEBO  
CULTURAL**

A maior livreria  
da Paraíba

Fone: (083) 241.1423

Fone/Fax: 222.4438

E-mail:

sebocultural@pbnet.com.br

Home Page:

www.osebocultural.com.br

**O SEBO CULTURAL**

LIVROS USADOS  
COMPRA E VENDA

R. 18 de Maio, 84 - Centro

Fone: (083) 241-4438

CEP 58200 - J. Pessoa - PB

# LOS ORÍGENES DEL CRISTIANISMO

BIBLIOTECA APOLOGÉTICA

---

**MONSEÑOR LE CAMUS**

Obispo de La Rochela y Saintes

---

LOS ORÍGENES DEL ==  
== CRISTIANISMO

V

---

**SEGUNDA PARTE**

LA OBRA DE LOS APÓSTOLES

VOLUMEN SEGUNDO

*Ἐξεληθόντες ἐκήρυξαν πανταχοῦ.*

Saliendo predicaron en todas partes.

(*Marcos, XVI, 20.*)

TRADUCCIÓN DE LA 4.<sup>a</sup> EDICIÓN FRANCESA

POR EL

**Dr. D. Juan B.<sup>a</sup> Codina y Formosa, Pbro.**

CATEDRÁTICO DE HEBREO Y GRIEGO EN EL SEMINARIO CONCILIAE DE BARCELONA  
Y NUMERARIO DE LA REAL ACADEMIA DE  
BUENAS LETRAS

---

CON LICENCIA DEL ORDINARIO

---

BARCELONA

HEREDEROS DE JUAN GILI

Editores ===== CORTES, 581

MCMX

---

ES PROPIEDAD

---

## PREFACIO

---

Publicar en este momento la continuación de mis trabajos sobre *Los Orígenes del Cristianismo* después de muchos años de espera, parece un reto lanzado á los que pretenden conducir definitivamente el Cristianismo adonde han venido á parar las antiguas religiones, á la tumba donde duermen los muertos. Si alguien se inclina á dar tal sentido á esta segunda parte de *La Obra de los Apóstoles*, no seré yo quien me oponga. Á los que se figuren habernos dado el golpe decisivo, conviene mostrarles, con nuestros escritos y también con nuestros actos, la vitalidad indefectible de la Iglesia y manifestarles el por qué no serán jamás suficientemente poderosos para aniquilarla.

El carácter esencial y constitutivo del Cristianismo ha sido desde el primer momento—se hallará la prueba de ello en estos volúmenes, en los que relataremos su aparición en el mundo—un espíritu de proselitismo que no le ha faltado jamás. El racionalismo ha visto en este celo incansable la manifestación natural de convicciones hereditarias y vivaces, aunque insuficientemente establecidas. Nosotros hallamos en él un agente sobrenatural que, habiendo superado todos los obstáculos de lo pasado, ofrece segura garantía de sus triunfos en lo por venir. El divino Fundador de la Iglesia infundió en ella, con el Espíritu Santo, al que envió para completar su obra, el ardor y el genio de un apostolado perpetuo. De suerte que, cuando ella parece morir en un punto, siempre surgen valientes que la hacen nacer, vivir y progresar en otro. El nombre de estos obreros del Evangelio con frecuencia se ig-

nora; su obra inmediata apenas se nota; pero la levadura que ellos difunden trabaja poco á poco lo que está inerte, y, cuando llega la hora, ya se encuentra la masa totalmente invadida. En las nuevas tierras que nunca habían sido visitadas por el Evangelio, ó en las antiguas que, después de siglos, lo habían rechazado, el reino de Jesucristo se afirma de súbito, dejando dolorosamente sorprendidos á los que habían intentado suprimirlo en otra parte.

Existe, en efecto, en las almas verdaderamente cristianas una necesidad imperiosa de dar á conocer al Señor, necesidad que nada es capaz de reducir á la impotencia. Es este un fenómeno de orden moral que sería inútil poner en duda. El testimonio de diecinueve siglos desafía toda contradicción. En las mismas edades menos gloriosas, es decir, en las más tristes para la Iglesia, este fuego sagrado no se ha extinguido jamás, antes bien, ha encontrado un nuevo ardor en el alma de algunos santos en el momento en que la corrupción general parecía querer ahogarlo. Con él se ha realizado la divina promesa: «Estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.» Mientras acá en la tierra haya un discípulo sincero de Jesús, habrá un apóstol; y si hay un apóstol, no hay que desesperar del triunfo definitivo de la verdad. Con la palabra que propaga y la convicción que abriga en el fondo de su alma, uno solo de los que edifican puede muchísimo más que ciento de los que destruyen. Allí donde éstos no dejan otra cosa que la desesperación, fruto del escepticismo, llevan ellos el consuelo con la esperanza en la fe; allí donde los primeros siembran el egoísmo con sus más criminales excesos, derraman los últimos la caridad con sus numerosos sacrificios; aquéllos envilecen la humanidad, éstos la ennoblecen.

La verdadera causa de esta superioridad de la acción cristiana sobre la de la incredulidad, proviene del principio de donde procede. La actividad del creyente tiene su punto de apoyo en el sentimiento religioso, el más vivo, el más enérgico de todos, cuando trabaja seriamente un cora-

zón humano. Mal dirigido, es capaz de los más lamentables excesos; iluminado por la santa caridad, se torna en ardor devorante; y no retrocediendo, ni ante la más grosera ignorancia, ni ante la degradación moral más profunda, supera todos los obstáculos, vence todas las oposiciones y se dirige gozosamente, sin vacilar, al martirio. Es alimentado por doble y victoriosa energía: el amor apasionado de Dios y el amor apasionado de la humanidad; de suerte que subsiste como una conjunción de dos fuerzas, las más vivas, las más fecundas, las más potentes para llevar tras de sí toda la actividad humana. Aniquilarán á los Apóstoles, mas nunca llegarán á matar el apostolado.

Nada hay más sugestivo, desde éste punto de vista, que la historia, desgraciadamente muy incompleta, empero llena de útiles enseñanzas, de lo que hemos llamado el *Período de Conquista* en la Iglesia primitiva. Vamos á relatarla. Estos recuerdos del pasado están llamados á ser más que nunca la gran lección de hoy, y, acaso, la fuerza de mañana.

\*  
\* \*

Trasladémonos sumariamente á la conclusión del precedente volumen, en donde, con el título de *Período de Emancipación*, hemos descrito el trabajo inicial de la Comunidad fundada por Jesucristo en el seno de un pueblo que, en su particularismo exagerado, parecía prohibirle todo desarrollo hacia fuera y, por consiguiente, condenarla fatalmente á una muerte próxima.

Nosotros hemos visto, no sin vivo interés, cómo esta joven Comunidad se libertaba, por esfuerzos repetidos y finalmente coronados por el éxito, de los lazos en que el judaísmo quería tenerla atada. Después de trece años de lucha, consiguió la separación, de nombre y de hecho, de la Sinagoga. No queremos decir que esta separación fuese súbitamente total. Existirá aún por largo tiempo una ac-

ción obstinada y envolvente, que procurará retener al Evangelio bajo la dependencia de la Ley. No se rompe al primer tirón con las relaciones de origen, de influencia, de prejuicios. Trabajo semejante pide tiempo, perseverancia é infatigable energía. Sin embargo, puede muy bien decirse que, en este primer ciclo, se ha realizado el gran esfuerzo. La nueva religión trasladará en lo sucesivo su verdadero centro de acción á un país completamente pagano. Sus fieles han dejado el nombre de judíos para tomar el de cristianos, y éste, no solamente suprimirá al otro, sino que será su antagonista. La semilla ha brotado realmente en tierra nueva; el joven árbol, transportado y animosamente trasplantado fuera de Jerusalén, ha arraigado en Antioquía; y desde aquí extenderá libremente sus ramas, endebles todavía, pero llenas de savia vigorosa, sobre el mundo entonces civilizado, esto es, á través del imperio romano.

Nada más á propósito para revelar lo que hay de virtud divina en el apostolado cristiano, que esta conquista de la humanidad, intentada á la vez en todas partes y ampliamente realizada en muy poco tiempo por el Evangelio. Si se considera la insuficiencia aparente del motor primero y la extensión, á la vez que la creciente perpetuidad de los resultados, queda uno necesariamente sorprendido y humanamente desconcertado por la desproporción entre la causa y los efectos. La transformación rápida, radical, universal, del mundo no puede explicarse sin la intervención de un factor excepcional que, á un hombre sin prejuicios, ha de parecerle de orden sobrenatural.

Sin duda que multitud de elementos favorables á la expansión del cristianismo habían sido preparados, de mucho tiempo atrás, por ese trabajo perpetuo en que los pueblos se agitan sin saber bien lo que hacen, al impulso de una fuerza superior, única que sabe lo que quiere. Dios, en sus obras, no procede ni á sacudidas ni por transformaciones súbitas y deslumbradoras, como el iluminismo lo espera á veces. Su Providencia dispone los tiempos, los hombres, los acontecimientos, y lo hace converger todo,

con lentitud digna de su eternidad, al resultado final querido por su sabiduría. Cuando todo está á punto, interviene su acción decisiva. Y entonces, para mejor demostrar que lo que sucede es verdaderamente su obra personal, Él, que ha preparado la última realización de sus miras para las más grandes transformaciones sociales, escoge, para cumplirlas, un conjunto de medios visiblemente insuficientes, ó, para emplear las palabras de San Pablo, absolutamente miserables, y, á juicio de los hombres, dignos del más profundo desprecio. Quiere que, tanto al fin como al principio, su dedo aparezca solo, allí asegurando la continuación de sus designios, aquí haciendo con su poder triunfar la más completa y desesperante flaqueza. De suerte que esta segunda fase de nuestros *Orígenes del Cristianismo* nos presentará á Dios tan admirable en la sabiduría con que preparó la conquista del mundo, como en el poder mediante el cual la realizó. Procediendo sin prejuicios en este examen crítico de los comienzos de la Iglesia cristiana, se llega á la doble conclusión de que si, mediante combinaciones diversas, que la historia debe precisar, Dios había felizmente dispuesto á la humanidad para recibir el Evangelio, este largo trabajo preliminar no disminuye en nada la imposibilidad evidente, para doce pobres galileos, de soñar y conseguir la transformación religiosa de la gentilidad.

Mucha imprudencia mostrará el apologista cristiano si, por temor de parecer aliado al racionalismo, reconociendo los elementos humanos que han contribuido á la difusión del Evangelio, se obstina en desconocer el trabajo providencial que ha precedido á la fundación de una religión divina. Á la manera de un gran general, Dios prepara por modo lento, pero seguro, las batallas que quiere dar. En esto consiste su principal gloria. No es menos admirable en esta larga paciencia, indicadora de su sabiduría, que en el golpe decisivo que á la hora deseada probará su supremo poder. La verdadera tesis consiste en seguir, en sus orígenes y en su desarrollo,

el plan providencial, á través de los acontecimientos humanos que se suceden, hasta el momento en que, estando todo preparado, interviene visiblemente el golpe de la mano divina que asegura el resultado previsto. Lo importante consiste en demostrar que la preparación de la conquista no es la conquista, y que si Dios ha dirigido hombres y acontecimientos para asegurarla, se complace en probar que prescinde de ellos para realizarla.

Así, pues, insistiendo en esta primera parte de nuestra tesis, debemos reconocer que Alejandro allanó, con sus fulminantes conquistas, los caminos al Evangelio, con la lengua griega, que él hizo universal, y sobre todo con las colonias judías que su genio político le indujo á formar en las principales ciudades de su imperio. En Antioquía y en Alejandría primeramente, en el resto de sus Estados después, sus sucesores, Seleucidas y Ptolomeos, favorecieron esta inmigración de los hijos de Israel. Éstos, en medio de ciudades populosas y comerciales, sintieron despertarse sus instintos naturales y una superioridad muy apreciable para los pequeños y grandes negocios, para las transacciones lucrativas, para los asuntos bancarios usurarios y seguros. Y á ellos se entregaron. Ahora bien, plúgole á Dios encauzar todo esto en provecho de la realización de sus designios. Los mismos países que habían aprendido á maldecir en sus cantos, Egipto y Caldea, les parecieron excelentes para hacer fortuna. En primer lugar, se establecieron definitivamente en los puntos adonde los llevó el destierro. Después subieron hacia el Norte, á la costa occidental de Asia, siguiendo el movimiento de la civilización griega, y en busca de la protección que el imperio romano les ofrecía de buen grado <sup>(1)</sup>. Con el genio político que los caracterizaba, Julio César y Augusto habían visto efectivamente todo el partido que se podía sacar de aquellos hombres que daban el ejemplo de una vida humilde, laboriosa, correcta, y que á tal extremo llevaban la

---

(1) Josefo, *Ant.* XIV, 7, 2: *B. J.* VII, 3, 3.

sumisión á los poderes públicos, que hasta estaban dispuestos á servirlos prestando su concurso á la acción de la política secreta. Por medio de rescriptos públicos, los emperadores romanos les aseguraron, casi en todos los puntos en que se establecieron, importantes privilegios. La completa libertad de practicar su religión no fué el menos apreciable.

En sus sinagogas cantaban himnos, leían las profecías, mantenían el culto de Jehová según los ritos de la madre patria, empero con las modificaciones impuestas por el destierro, lejos de la Ciudad Santa, y en condiciones especiales que debían reducir gradualmente el muro de separación entre Israel y la gentilidad. El Templo, los sacrificios y el ritualismo por ellos tolerado, toda la vida religiosa en torno del Lugar Santo, no subsistía de otra manera que como un recuerdo lejano; no participaban de él sino por procuración, si así puede decirse, mediante los votos piadosos que se hacían y por las generosas ofrendas que eran la consagración de ellos. El culto, reducido á los ejercicios de la Sinagoga, se convertía fatalmente en más espiritual, en menos formalista que el del Templo. La antigua religión de Israel se despojaba poco á poco de lo que la hacía fuerte é inaccesible á los gentiles. Además, en aquellas reuniones ya no se hablaba el hebreo, sino la lengua universalmente adoptada por la gentilidad, el griego, griego en verdad bastante corrompido, puesto que, si bien las palabras usuales eran del idioma helénico, con todo, habían perdido su bella sintaxis y armoniosa cadencia. La Biblia se leía según la traducción de los alejandrinos.

Ya no se prohibía el acceso á las sinagogas; los incircuncisos podían entrar en ellas, y escuchar las enseñanzas que allí se daban, y aun alabar al verdadero Dios. Si alguna vez se sentían atraídos por la belleza de la antigua religión monoteísta y suplicaban que se les permitiera practicarla, no los rechazaban, antes bien, eran admitidos como postulantes ó prosélitos, esto es, como ciudadanos de segundo orden, en la sociedad de los hijos de Israel.

Se guardaban muy bien de sujetarlos á las obligaciones mosaicas, como la circuncisión y otras. No asociarse jamás, bajo cualquier forma que fuese, con lo que estuviese conforme con los cultos idolátricos, adorar al verdadero Dios en espíritu, practicar la ley moral anterior á Moisés, mostrar benevolencia á los hijos de Israel, he aquí todo lo que se exigía de ellos. Así se hallaban felicísimamente separados y puestos en claro el lado grande y bello, la verdadera sustancia de la religión de Jehová, religión esencialmente espiritualista, á pesar del formalismo de que los rabinos, desarrollando indefinidamente los preceptos mosaicos, habían logrado recargarla.

Y, sin embargo, en este contacto con los gentiles, el Israel de la dispersión, á pesar de ser más tolerante y de poseer más amplitud de miras que el Israel de Jerusalén, no veía aminorar su fe ni el número de sus adeptos. Si daba sus hijas á los incircuncisos, era de ordinario con la promesa formal de que sus hijos serían educados en la religión de Jehová.

Al propio tiempo que, en el comercio de la vida, se mezclaba con la muchedumbre pagana é idólatra, hallaba horas para pensar en sí mismo al entregarse á la oración y á las observancias religiosas del hogar doméstico. Porfiado por temperamento y tenaz en lo que emprendía, permanecía inquebrantable en su fe religiosa. La apostasía era entre ellos un crimen desconocido. La persecución no conducía á otra cosa que á fortalecer su fe religiosa, y las pruebas que le parecían venir de la mano de Dios, lejos de desalentar su piedad, no hacían más que avivarla.

Luego, de un lado, con la lengua griega permitiendo darse á entender en todas partes y, de otro, con las sinagogas abiertas en los principales centros del imperio en que habitaban los judíos, quedaba el mundo entero abierto á la predicación del Evangelio <sup>(1)</sup>.

Por otra parte, el estado religioso y moral de la genti-

---

(1) *Hechos*, II, 5, 9-11.

lidad, sumiendo las mejores almas en el descorazonamiento y condenándolas al espantoso tedio del vivir, parecía pedir, como caridad suprema, el rayo de luz tras el cual suspiran los pobres encerrados en su prisión. Si el mal, en su crisis aguda, invoca con súplica desesperada el socorro de un médico, el grito de la humanidad, en el primer siglo de nuestra era, había llegado—la historia lo atestigua—á la más apremiante crisis.

Inútil es reproducir aquí este cuadro, tantas veces repetido, del mundo pagano en aquellos tiempos de descomposición universal. En religión, en filosofía, en moral, nada quedaba en pie. Los cultos nacionales, desfigurados por la intrusión de nuevas divinidades, que las relaciones cotidianas de diversas provincias del imperio, traían en tropel, no solamente habían perdido parte de su carácter especial, sino también de su vitalidad. Cuanto más dioses colocaba Roma en el Panteón, tanto menos religión había en el imperio; y cuando se vió que Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio, podían tener templos y altares <sup>(1)</sup>, se juzgó que los dioses no eran tales dioses, y la irreligión, que hacía ya mucho tiempo había sido aceptada por los sabios como forma del escepticismo, llegó á ser el derecho común del pueblo, que sentía, á través de un resto de respeto oficial, un desprecio absoluto por los ídolos desacreditados.

Y, sin embargo, en el fondo de las almas inquietas palpaba la necesidad imperiosa de una religión, á la manera como el hambre se irrita en aquellos desgraciados á quienes no se les ofrece otra cosa que simulacros engañosos de alimentación. En vano los discípulos de Epicuro predicaban al pueblo la impía negación que Lucrecio había cantado en versos donde el empuje del genio literario dejó tan dolorosamente acentuada la energía de la blasfemia; no por ello dejaba de reproducirse en la sociedad romana lo que sucede cuantas veces se quiere ahogar el sentimiento religioso: levántase éste bajo las formas más groseras y

(1) Suetonio, *Aug.*, 52; Dion Casio, *LI*, 20; Tácito, *Ann.*, I, 10, IV, 55-56; Appiano, *Bell. Civ.*, V, 132; Josefo, *B. J.*, XXI, 2, 3, 4, 7.

se afirma irreductible por la superstición. En Roma y en todas partes se podía, en efecto, comprobar una explosión general de fe en lo maravilloso, en los hechiceros, en los amuletos, en las profecías, en los prodigios, una recrudescencia de falsa religiosidad, á la cual los mismos espíritus elevados no podían sustraerse <sup>(1)</sup>. Á falta de cosa mejor, en las provincias del imperio, y sobre todo en Roma, se había intentado dirigirse á los cultos orientales, á las religiones de Mitra, Isis y Serapis, sin encontrar en ellas lo que busca toda alma humana, la sensación de la vecindad y del reino de Dios <sup>(2)</sup>. Estos cultos, no obstante lo que de ellos se ha dicho, eran tan vacíos y tan ineptos como las otras formas de politeísmo. Es perder el tiempo, á pesar de la habilidad que en ello se demuestra, esforzarse en establecer una filosofía de las teogonías perfectamente absurdas y pueriles de Egipto, de la costa fenicia, de Asiria y de Oriente en general. Cuanto se imagine para espiritualizar algo estas religiones esencialmente groseras, es visiblemente caprichoso y se halla fuera de la verdad. Todos, sacerdotes de Isis ó de Minerva, de Baal ó de Júpiter, de Astarté ó de Melita, de Melcart ó de Tor, discípulos de Zoroastro, de Buda ó de Confucio, Magos ó Druidas, no eran otra cosa, preciso es confesarlo, que pobres idólatras. La razón humana, tan perspicaz en otros puntos, parecía, ante la cuestión religiosa, atacada de incurable ceguera. Á excepción quizá de algunos espíritus superiores, ningún pagano sospechó, ni en el culto público ni en los misterios privados, las miras idealistas que les atribuyen con frecuencia nuestros modernos historiadores de las antiguas religiones. Suponer en el mundo de entonces la menor percepción de los lazos que debían unir el alma inmortal del hombre con el Dios único, su Creador y Padre, es querer torturar con las más atrevidas extorsiones á la verdad. Quien

---

(1) Suetonio, *Aug.*, 90-92; Plinio, *Hist. Nat.*, XXVIII, 4, 7.

(2) Tácito, *Ann.*, II, 85; XI, 15; Juvenal, *Sat.*, VI, 489, 527; Tertuliano, *Apol.*, 6; Josefo, *Antiq.*, XVIII, 3, 4; Propercio, IV, 1, 17; Lucano, VIII, 831; Dion Casio, XLVII, 15; Arnobio, II, 73.

observe sin prejuicios el conjunto de los cultos paganos, confesará que es inútil buscar en ellos lógica alguna; no se encuentra en ellos otra cosa que incoherencia y confusión, puerilidad humillante, manifestación extraviada del sentimiento religioso, que caracteriza esencialmente al hombre, le distingue de la bestia y le priva de apartarse completamente de la fe en un Ser superior.

Sabido es como, al perder, en medio de las tinieblas que siguieron á su caída, la verdadera noción del Dios que le había creado, la humanidad se encontró fascinada por el espectáculo de las fuerzas misteriosas y terribles que sorprendía en la naturaleza. De aquí á hacer, por temor é ignorancia, su apoteosis, no había más que un paso. Ahora bien, la apoteosis había continuado perpetuándose, aun después que la filosofía había hecho justicia y los pueblos se habían dado cuenta de toda su dolorosa vanidad.

¿Qué beneficio se saca de religiones que no colocan jamás al hombre ante las leyes de la conciencia? Los templos eran estancias reservadas donde el sacerdote entraba solo. El pueblo, al cual nadie se creía en el deber de instruir ó moralizar, carecía de sitio en ellos. Contemplaba en el umbral la inmólación de las víctimas y regresaba de allí sin provecho alguno para su alma inquieta, turbada, infeliz, si es que no había caído ya en el embrutecimiento. ¿Y quién habría podido instruirle? Los mismos hombres intelectuales, los filósofos, permanecían de buen grado atascados en sistemas que se destruían mutuamente. Después de haber dicho con Pilato: «¿Qué es la verdad?», se exasperaban, en un feroz escepticismo, si es que, vencidos por los instintos de la carne, no capitulaban vergonzosamente, como el pueblo, ante las sollicitaciones del más degradante materialismo. Sin verdad religiosa, la moral de los mejores entre ellos valía muy poca cosa.

Las raras virtudes que deben reconocérseles se inspiraban más bien en el egoísmo y en el orgullo individual, que en el interés ajeno y en los derechos de un supremo legis-

lador. Los vicios en que se complacían en nombre de sus principios parecerían al hombre decente de hoy la suprema vergüenza de la humanidad. Añadamos á esto que, entre los pueblos llegados al pleno desarrollo de lo que se llama civilización, la inmensa laguna religiosa y moral entraña consecuencias mucho más dolorosas que entre pueblos todavía niños. La inmoralidad es en aquéllos más sabia y más profunda, el hastío de la vida más universal y más agudo, el sufrimiento y desolación del alma más punzantes, la desesperación y el suicidio más comunes. Nada nos revela mejor esa inquietud moral de la gentilidad que la súplica de los griegos al Apóstol Felipe: «¡Señor, nosotros deseáramos ver á Jesús!»

Realmente, sin verdad religiosa, sin filosofía que imponga doctrinas, sin moral para regular y preservar las relaciones privadas, únicamente sostenida por la ley civil, la antigua sociedad pagana estaba totalmente extenuada por la corrupción. Desorientada en medio de las tinieblas, desesperada por la secular esterilidad de sus esfuerzos hacia la luz, clamaba, como el ciego Bartimeo ó el viajero tendido, víctima de los malhechores, en el camino de Jericó, por el bienhechor que se dignara socorrerla. Aunque no fuera más que una preparación indirecta, semejante estado del alma de la gentilidad, no dejaba de ser una preparación real al advenimiento del Evangelio. Dios—nos dirá San Pablo—debía por compasión mirar por encima de estos tiempos de ignorancia, y el mismo extravío de los hombres era permitido para obtener su salud.

Desde otro punto de vista, la constitución política y geográfica del imperio romano fué asimismo un medio de éxito providencialmente preparado para asegurar la difusión rápida de la Buena Nueva. Después de setecientos años de luchas y victorias, desplegando un genio político tan prodigioso como su valor militar, Roma había conseguido la conquista del mundo. En grados diversos, pero siempre por lozos enérgica y hábilmente manejados, todas las provincias sumisas dependían de ella, y ella se encargaba de man-

tener el orden y el respeto á las leyes. Su protección escéptica, empero eficaz, fué más de una vez la salvaguardia de los mensajeros del Evangelio. Sin ella, el judaísmo fanático y celoso los hubiera violentamente suprimido. En Filipos, en Corinto, en Jerusalén, en Cesárea, la autoridad romana fué la que salvó á Pablo.

Añadamos á esto la facilidad de comunicaciones de una ciudad á otra, que el imperio aseguraba á los viajeros. Aparte el sinnúmero de navíos que mantenían perpetuas relaciones entre las provincias, bordeando el vasto lago mediterráneo, se sabe que grandes carreteras, sólidamente construídas con anchos bloques de tuf volcánico, de granito y aun de mármol, corrían como inmensas arterias á través de todas las partes del imperio, para unir las al miliario de oro que cerca de la tribuna de las arengas, al pie del Capitolio, había llegado á ser el punto central del mundo. Yendo en línea recta de una ciudad á otra, salvaban, sin intentar contornearlos, las montañas y los ríos. Por medio de columnas regularmente colocadas, indicaban las diversas direcciones y las distancias recorridas. Ellas fueron las que los predicadores del Evangelio siguieron cuantas veces, dejando las ciudades de la costa, penetraron en el interior de los países. Ellas ofrecían á los viajeros todas las garantías de seguridad, guardadas como estaban por retenes de veteranos estacionados de distancia en distancia, y perpetuamente surcadas ó por caravanas ó por los correos, que, por asuntos de Estado, debían seguir la serie de postas escalonadas en sus trayectos. Tocando en las principales metrópolis de las provincias imperiales, conducían á los Apóstoles, poco expertos en geografía, á los grandes centros que les parecía bien evangelizar. Por lo tanto, puede decirse de los ingenieros romanos que, al construir las rutas imperiales, no habían hecho otra cosa, sin preverlo, que preparar las vías al cónsul Jesús.

Quizá deba añadirse, á estos diversos elementos de preparación, el estado de miseria física, no menos lamentable que la miseria moral, que los pueblos sufrían en todo

el imperio. De mucho tiempo atrás, algunas familias consulares, ó también simples advenedizos, habían ejercido, con sistemática regularidad, verdaderos bandidajes, y, triunfantes en su maldad, devoraban ellas solas lo que debía ser el bien de todos. La misma Roma, después de haber despiadadamente chupado y devorado las riquezas de las provincias, se veía reducida á sufrir el hambre en medio de su ociosidad y á pedir un pedazo de pan con más ardor aún que los juegos del circo.

Para añadir algo nuevo á todos estos elementos de preparación providencial, se ha señalado recientemente ciertas asociaciones de socorro mutuo, *eranos* ó *thiasos* entre los griegos <sup>(1)</sup>, *colegios* entre los latinos <sup>(2)</sup>, las cuales, si no proporcionaron un medio de propaganda al Evangelio, al menos hicieron aceptar, como asociaciones similares, y, por lo tanto, inofensivas, las reuniones semanales de los primeros cristianos. Aquellas reuniones paganas se celebraban á puerta cerrada y rodeaban de misterio las obligaciones que imponían. Entre los griegos, los *eranos* servían para agrupar periódicamente los asociados en un banquete, en el que se entregaban á demostraciones de jovial fraternidad. Entre los romanos, los *colegios* tenían por objeto especial el cuidado de los funerales de los afiliados al *colegio*. Éstos, en su mayor parte, pertenecían á las clases modestas de la sociedad: gente del pueblo bajo, libertos, veteranos, esclavos. Las mismas mujeres se alistaban en ellos en gran número. La ley, á partir de Julio César y de Augusto, había tendido á suprimir estas agrupaciones; empero no lo había conseguido más que de un modo incompleto, ya que, al menos como asociaciones funerarias, habían resistido á todas las prohibiciones. Posible es, pues, que las comunidades cristianas, celebrando preferentemente sus reuniones en las catacumbas, donde practicaban piadosamente el culto de los muertos, regulando su vida ex-

(1) V. Hamilton, *Res artis in Asia Min.*, vol. II, n.º 301; *Corp. Inscriptp. Græc.*, 120, 126, 2525, y la *Revue Archéol.*, 1864, 1865, 1866.

(2) Mommsen. *De collegiis et sodalitatibus Romanorum*.

terior según los principios de igualdad social y de fraternidad real, y sentándose periódicamente en el banquete eucarístico, que traía á la memoria el triclinio de la *Schola collegii* con los ritos misteriosos que se relacionaban con él, se hubiesen beneficiado, en su origen, de la confusión, fácil de concebir, que las ponía al mismo nivel que las cofradías de funerales; con todo, esto fué sin duda para el libre desarrollo de la nueva religión á través de la sociedad romana una causa tan secundaria, que casi no vale la pena de hacer mención de ella.

\*  
\* \*

Parece que nada falta á esta suma de medios humanos destinados á secundar la difusión del Evangelio. Sin embargo, por apreciables que sean en conjunto, ¿quién osará decir que sólo ellos provocaron ó realizaron aquella difusión? Los medios topográficos, sociales y religiosos fueron, bajo ciertos aspectos, preparados para facilitar la obra de los Apóstoles, mas no para realizarla. Sin los Apóstoles, nada se hubiera hecho en el mundo; ni siquiera hubiera imaginado nadie que era menester hacer algo. Nunca se insistirá bastante en la idea de que el solo proyecto de sujetar todas las naciones á una fe única, de someterlas á un mismo pensamiento religioso, está ya por sí mismo absolutamente fuera de toda concepción humana. En efecto, ninguno de los más grandes filósofos ó de los más célebres fundadores de alguna religión tuvo jamás semejante ambición, y aun diremos que ni siquiera supo vislumbrar semejante posibilidad. ¿Qué pensar si lo no imaginable se ha realizado, y si lo ha sido por lo que hay de más insuficiente, de más despreciable, de más inútil según el mundo? La desproporción paradójica entre los obreros, sus medios de acción y la obra que ha de realizarse, plantea esta inevitable cuestión, á la cual los que no quieren admitir lo sobrenatural no darán nunca respuesta: «¿Cómo la nada ha obrado cosa tan grande?» Al paso que el racionalismo dice: «Lo ignoro,» nosotros afirmamos: «Por medio del milagro.»

En efecto, nosotros llamamos milagro á la realización divina de una imposibilidad humana. Ahora bien, imponer el Evangelio al mundo era, para los Apóstoles, la mas evidente de las imposibilidades. Nosotros hemos manifestado en otra parte las razones de ello, y cualquiera las entrevé sin largas reflexiones. El hecho de que el imperio romano había estado providencialmente preparado para secundar el esfuerzo de los predicadores, no suprime ninguna; puesto que, á pesar de esta remota preparación, es incontestable que, para conseguir su obra, los pobres predicadores iban á chocar con todas las pasiones humanas que debían reprimir, con la oposición orgullosa de los filósofos que era preciso someter, con las antiguas religiones que era inevitable anonadar, con los poderes civiles que iban á desafiar, poderes capaces de todas las violencias desde el momento en que se despertaran sus celos.

En manera alguna olvidemos que la nueva religión se presentaba en sí misma como la antítesis de todo lo que habían podido ser, querer y realizar las antiguas religiones. Deliberadamente chocaba de frente con todas las concepciones y tradiciones humanas. Jamás se profundizará suficientemente todo lo que ofrecía de paradójico, mejor dicho, de insensato, á primera vista, no sólo su enseñanza moral ó dogmática, mas también su constitución como asociación pública.

No ligándose á ningún sistema de filosofía, de política ó de ciencia social, debía, para vivir, plegarse á todos los tiempos y á todos los pueblos, y ofrecer en su parte moral los elementos de las diversas civilizaciones por las cuales se afirmaría el continuo progreso de la humanidad.

Las antiguas religiones habían nacido bajo la influencia del Estado, ó mejor, habían salido de él y debían, para vivir, permanecerle siempre unidas. La nueva religión nacía sin él, pretendía engrandecerse á pesar de él, y triunfar en contra de él. Derechos de Dios y derechos del César eran declarados por Jesús cosas absolutamente distintas. Que los hombres se queden con la tie-

rra; Él toma posición en una esfera más elevada, y su reino, aunque en este mundo, no es de este mundo. Pero entonces, la nueva religión ¿se coloca en el puro dominio de lo ideal? ¿Cómo se sostendrá todo esto sin una base material? Los Apóstoles jamás se inquietaron por ello. Tales son, según su Fundador, las condiciones en que la Iglesia debe vivir para ser fiel al espíritu de libertad y de verdad de donde ha salido. Esta fe les basta. Colocarán, pues, según la consigna recibida, su punto de apoyo y su fuerza en la conciencia de los pueblos. Extraño programa para realizarlo en un mundo en que el poder material lo era todo y en que, como fuerza social, la acción moral era nada.

Con una seguridad que no podría provenir del hombre, la religión del Evangelio, desde el primer momento, tendrá que presentarse como llevando la vida en sí misma, vida que deberá ella hacer prevalecer, no gracias al concurso de los filósofos, de los retóricos ó de los poderes públicos, sino á pesar de ellos. Nada la autoriza á suponer que un día ú otro podrá aliarse con los poderosos de la tierra. Si se halla en el polo opuesto de sus ideas, de sus intereses, de sus medios, casi no se inquieta de ello. Bástale, para desafiar todas las dificultades acumuladas, creer enérgicamente que, siendo la verdad, no tiene necesidad de nadie para vivir, marchar y triunfar. Con esto cuenta apoderarse del mundo entero, puesto que no existe para un pueblo, sino para todos los pueblos. Humanamente hablando, ¿qué locura!

Añadamos que la Iglesia ó la sociedad, al practicar esta religión, quedará únicamente constituída por lazos espirituales. Esta reunión de almas de todos los países, de todas las lenguas, sin fuerza de cohesión externa, y, sin embargo, compartiendo los mismos pensamientos, viviendo de la misma vida, nutriéndose de las mismas esperanzas, estará regida por una autoridad que, aceptada por todos, sentada sobre roca inquebrantable, rígida é intangible como la verdad, impondrá su influencia, su dirección, su re-

gla de fe, á cuantos se hayan inscrito en el reino de Dios.

Para fundar aquí bajo una sociedad cualquiera, son necesarios, ante todo, recursos materiales: los Apóstoles no los utilizaron en manera alguna. En efecto, ellos empezaron por renunciar personalmente á todo, lo mismo á sus redes que á otros medios de existencia tan modestos como legítimos. Preciso es que se pongan á la obra con las manos vacías y el corazón libre de toda ligadura. En su pobreza voluntaria, en su más completa desnudez, en el desprecio y el odio con que serán perseguidos deberán fundar el imperio de Jesucristo.

Los soldados que van á la guerra están de ordinario sostenidos por la elevada idea que se procura inspirarles de su valor. Á los del Evangelio se repetirá, y de ello están firmemente pensativos, que no son nada y que, á pesar de no ser nada, se deben anonadar más aún. Tal es para ellos la condición de la victoria.

En fin, y esto es el supremo desaffío á la sabiduría humana, estos hombres de nada y que no tienen nada por punto de apoyo de sus esfuerzos, deberán imponer una religión, esto es, un conjunto de relaciones íntimas entre Dios y la criatura, relaciones de las cuales toda experiencia sensible quedará excluída, de modo que será preciso creer, amar, adorar sin ver. Prometerán una vida superior en lo presente y eterna en lo por venir; pero sólo será formal la promesa, en tanto que no les será dable verificar la comprobación física. De manera que todo: Dios y su conjunto, serán cosas que

ojo pueda comprobar  
 ron, oyeron y tocaron;  
 no habrán tenido la ma  
 mente arrojada, suspen  
 de lo invisible é impalp  
 mas é individuales de al  
 el conjunto de creyente

miento á lo que no podría caer bajo la acción de los sentidos. Bajo la palabra de los Apóstoles, afirmando un conjunto de relaciones espirituales invisibles, prometiendo un porvenir sin fin en un más allá, del cual no se tiene idea precisa, afirmándolo todo sin establecer nada con argumentos directos del orden sensible, se deberá sacrificar lo presente, de que el hombre goza, lo positivo que toca, lo sensible que es bueno para él, para determinarse á vivir, mediante el alma, en un mundo sobrenatural donde las armonías providenciales se revelarán sin duda en un espléndido desarrollo, pero á riesgo de parecer á nuestra pobre naturaleza, dominada por los sentidos, algo así como una sublime hipótesis ó como un simple sueño de espíritus exaltados.

Ahora bien, y esto se ha hecho valer de un modo insuficiente, cuando pudiera encontrarse en él una de las pruebas irrefragables de la divinidad del Evangelio, esta anomalía, esta imposibilidad no ha sido en manera alguna realizada en un momento de entusiasmo, sino que de su realización permanente á través de los siglos ha vivido la Iglesia en lo pasado y por ella vivirá en lo por venir. Los Apóstoles han logrado persuadir á la humanidad de carne y lodo que lo más real en nuestra vida es lo que no vemos; de manera que el hombre ha sacrificado y sacrificará siempre, en el acto de fe más meritorio, los derechos aparentes de la materia á los supuestos derechos del espíritu, imponiendo silencio á sus sentidos, á sus gustos, á sus necesidades, para decir á todo lo que en su cuerpo grita y se revoluciona: «Creo.» Esto equivale á trastornar la existencia humana, á cambiar sus horizontes, á dislocar su eje. De ahí el lenguaje cristiano que inaugurarán los predicadores del Evangelio sin cuidarse de las literaturas y filosofías que les han precedido, y donde, de repente, las palabras justicia, caridad, gracia, arrepentimiento, regeneración, vida, filiación divina, redención, perdón, pecado, salvación, tomarán un sentido absolutamente nuevo; de suerte que ellos realizarán, en condiciones de otro modo

sorprendentes que en el día de Pentecostés, la promesa divina: *Linguis loquentur novis*. Religión espiritual, lengua nueva, muerte á lo que se ve y se toca, para ser sustituido por lo invisible é impalpable; tal era el programa impuesto.

¡Es esto bastante para darnos el derecho de decir que tan sorprendente conjunto de evidentes imposibilidades era querido por Dios para probar que, en esto, lo humano nada tenía que ver, y que si la obra se realizaba era porque la fuerza de lo alto se había mezclado en ello?

Por arma irrisoria y recordando el cetro de caña puesto en manos del Maestro, los Apóstoles tendrán una cruz y nada más; ya que, como acabamos de observarlo, todo les había sido negado: la ciencia de la palabra, un lugar honroso en la sociedad, la fortuna, la habilidad, el crédito, una doctrina que lisonjea las pasiones ó seduce desde luego á los espíritus, la fuerza del número ó de la organización. Por eso se obscurecen tan completamente, que, lanzados á los cuatro vientos, no nos permiten encontrar su huella en el mundo más que por detalles en que la leyenda ocupa más puesto que la verdad. Realizaron, pues, su obra, no sólo como impotentes en apariencia é incapaces, mas también como desconocidos. Y, no obstante, la obra fué realizada. Verdaderamente, es esto la historia de la levadura trabajando simultáneamente, mediante una acción lenta, pero segura, Asia, África y Europa, simbolizadas por los tres celemines de harina que la mujer de la parábola, imagen de la Iglesia, tenía el deber de transformar en pan. El hecho de que doce hombres, humildemente, en secreto, si cabe hablar así, no dejando su nombre escrito en parte alguna, estableciesen de este modo la causa inmediata de la regeneración del mundo antiguo, y determinasen á los tres grandes pueblos que lo constituían á reconocer esta realeza universal del Nazareno, inscrita, por orden de Pilatos, en lo alto de la cruz en las tres lenguas que hablaban, queda inexplicable, si estos hombres, en su flaqueza,

no hubieran llevado en sí mismos la omnipotencia de Dios.

\*  
\* \*

De estos grandes obreros del Evangelio es de quienes sería necesario escribir la historia. Mas ¡ay! la ignoramos. Vemos su obra, pero no sabemos cómo la realizaron. Pedro, después de haber ejercido su acción preponderante en Palestina, desaparece en la hora de la evangelización general del mundo. Por los Libros Santos se colige su huella en las riberas del Eufrates, en Asia, en Corinto, y, por la tradición, se sabe que murió en Roma. Esto es todo; y fué el jefe de los Apóstoles. De Juan, el discípulo amado, se sospecha, más bien que se afirma según la historia, la acción limitada en Palestina y Asia Menor. De Santiago, el hermano del Señor, leemos que gobernó la Iglesia de Jerusalén. De Andrés, Bartolomé, Mateo y Tomás tenemos sólo indicaciones que se remontan á Clemente de Alejandría y Orígenes<sup>(1)</sup>, pero son insuficientes y disputables. De los demás, la incertidumbre más absoluta.

Uno solo de los mensajeros de la Buena Nueva, el último que se unió á ellos, pero seguramente el más prodigiosamente animoso y emprendedor, Pablo, tiene una historia más seguida; sólo estudiándola, podemos entrever lo que pudo ser la actividad de los demás. Por su rica naturaleza, temperamento, energía, cultura intelectual, no es dudoso que sobrepujó en mucho á sus colegas; pero todo nos autoriza á suponer que éstos quisieron, cada uno según sus medios, rivalizar en celo con él en los fecundos caminos del apostolado. Es muy probable que se dedicasen á escribir Epístolas porque él las escribió. Parece que Pedro se impuso el deber de seguir regularmente sus huellas, para reconocer, fecundar y sancionar lo que había preparado tan felizmente. Por lo menos tenemos el de-

(1) Orígenes, en Eusebio de Cesárea, *H. E.*, III, 1; Clemente de Alejandría, *Paedag.*, II, 1, Comp. Nicéforo., *H. E.*, II, 39; Eusebio, *H. E.*, V, 10.

recho de decir que esto fué lo ocurrido en Antioquía, acaso en Corinto y muy probablemente en Roma. Cosa digna de notarse: esta preponderante personalidad de Pablo, que todo lo eclipsaba en torno suyo, aun á Bernabé, uno de los más beneméritos y simpáticos obreros del Evangelio, se obscurecía siempre humildemente ante el jefe de los Apóstoles, y no se encontrará una sola indicación en nuestros Libros Santos que legitime el extraño antagonismo imaginado por la escuela de Tubinga entre los que unió siempre un idéntico amor apasionado de Jesucristo y su Iglesia.

En cierto sentido, escribir la historia del último que ingresó en el Apostolado, pero del cual tenemos las más importantes indicaciones, nos permitirá conjeturar la obra desconocida de los otros. En el fondo, la actividad de todos procedió de un mismo principio: el fuego sagrado encendido por el Espíritu Santo en el alma de cada uno de ellos; y si, en grados diversos—puesto que es preciso tener en cuenta los dones naturales, que se armonizan más ó menos con los de la gracia,—varía su misión en los resultados, debemos creer que no por ello dejó de seguir un movimiento análogo y uniforme. Así, pues, mantendremos nuestro título: *La Obra de los Apóstoles*, aunque el presente libro expone más bien la obra de un Apóstol.

Es preciso notar también que, si bien reducido á la historia de uno solo, nuestro estudio sobre la actividad apostólica, en esta segunda fase del desarrollo de la Iglesia, quedará muy incompleto, por falta de documentos. Según las Epístolas de Pablo, vemos claramente—y esto, por otra parte, era fácil sospechar por la lectura de los *Hechos*—que Lucas está lejos de haberlo dicho todo. Es necesario, pues, resignarnos á sacar el mejor partido de lo poco que poseemos.

La obra del gran Apóstol, que constituye la segunda parte de nuestros ORÍGENES CRISTIANOS y que llamamos *Período de Conquista*, se reduce á tres misiones que sirven de división natural al presente trabajo. En la prime-

ra, el Apóstol de las Gentes y Bernabé, después de haber comenzado por la isla de Chipre, llevan la Buena Nueva á las provincias de Pamfilia y de Galacia, comprendiendo ésta, en su parte meridional, á Licaonia, Isauria, Pisidia y una parte de Frigia. «La puerta de la fe, como lo dijeron á la Iglesia de Antioquía los dos misioneros—quedaba desde entonces abierta á los gentiles <sup>(1)</sup>.»

En la segunda misión, Pablo, acompañado de Silas y de Timoteo, vuelve á recorrer el sur de Galacia y pasa á Europa, donde evangeliza á Macedonia y Acaya, fundando las grandes Iglesias de Filipos, Tesalónica, Berea, Atenas y Corinto.

En la tercera, evangeliza á Éfeso, visita y vigila, directamente ó por cartas, las comunidades de Corinto y de Macedonia, y se anuncia á la de Roma.

El autor del libro de los Hechos, parece haber querido presentarnos como en tres cuadros el esfuerzo apostólico de Pablo, marchando al asalto de la gentilidad, que era preciso ganar al Evangelio. Tanto el primero como el último de estos cuadros tienen una conclusión importante. Los tres ofrecen de común que Pablo, después de su misión, vuelve á Jerusalén, punto de unión oficial, con el cual trata de enlazar todas sus conquistas. Sin duda que Antioquía será en lo sucesivo el centro del cristianismo activo, pero en la Ciudad Santa se hallará siempre la Iglesia madre, de la cual nunca se podrá separar. La inquietud evidente del Apóstol consiste en establecer y sellar la unión entre los gentiles, recién venidos al Evangelio, y los judíos, que se obstinan, como el hermano mayor del Pródigo, en su celoso orgullo, por prejuicios, en nombre de un exclusivismo irreductible, en arrojarlos fuera de la salvación. Finalmente, perderá su libertad en este trabajo, pero el mismo odio de sus enemigos ayudará á sus proyectos: prisionero en Jerusalén, apelará al César, y será trasportado á Roma, donde definitivamente fundará con Pedro la Iglesia

---

(1) *Hechos.*, XIV, 26.

madre y señora de lo por venir. En toda su vida de apóstol no cesará ni un instante de batir en brecha, por una serie de movimientos ofensivos y de prudentes retiradas, la plaza fuerte del paganismo, en la que quiere plantar la cruz, estandarte glorioso de su Maestro. No de otra manera la ola infatigable, movida por una fuerza misteriosa, bate con esfuerzos sucesivos la playa que quiere invadir, conquista por un instante los primeros bordes, y después retrocede, como para desparramarse, rehacerse y subir más alto; sus numerosas retiradas no significan una derrota, sino la preparación de la victoria definitiva; y con frecuencia, al creérsela prisionera y perdida en la masa líquida, es cuando logra, por un embate decisivo, erigirse en soberana y señora de la ensenada que intentaba conquistar. Nosotros seguiremos sencillamente el texto del libro de los Hechos, aclarándolo y amplificándolo de conformidad con una exégesis seria, auxiliada por los más recientes descubrimientos en historia ó en topografía. Las primeras seis grandes Epístolas de Pablo encontrarán aquí su sitio natural. Nos ha parecido indispensable reproducirlas enteras, con toda fidelidad, y con los comentarios que permitan. No solamente son base doctrinal, primera y decisiva, de la teología cristiana, sino que arrojan sobre la misma historia apostólica, tan incompleta, y, por lo tanto, tan oscura, rayos de luz muy apreciables. Nuestra piedad no sacrificará ni uno de ellos. Aquí es ocasión de decir con el Eclesiástico: *Particula boni doni non te prætereat* <sup>(1)</sup>! Tenemos tan pocos documentos en los que el pensamiento religioso de la primera generación cristiana se halle fijado, que no presentarlos íntegros con la más escrupulosa exactitud, por temor de hacer menos atractiva la forma literaria de un libro, nos parecería culpable infidelidad.

\*  
\* \* \*

Permítome añadir que, al escribir esta continuación de

---

(1) *Eccli.*, XIV, 14.

los ORÍGENES DEL CRISTIANISMO, no he pensado solamente en los adversarios cuyas torcidas opiniones era necesario enderezar, sino que también, y mucho, en los cristianos que debía instruir, y en las almas generosas que quisiera fortalecer para las luchas de mañana y quizá también impulsar á lejanos apostolados.

Al ver como Pablo se apodera del pensamiento del Maestro en su admirable sencillez, presentándolo como el tronco único en el que las ramas deben encontrar la vida, el solo Justo, el solo Santo, el solo Redentor, en quien hay que confiar para lograr la salvación, dejando todo lo demás en segundo término, ó más bien, ni mencionándolo siquiera, y reduciendo el verdadero cristianismo á revestirse, mediante la fe que se afirma en las obras, de solo Jesucristo, debemos preguntarnos si, por respeto y amor, así lo deseo, pero sin provecho para el Evangelio, de tal manera habremos adornado y sobrecargado el marco, que la gran imagen del Único necesario desaparezca bajo los adornos. ¿No permitimos que renazca el antiguo formalismo, tan enérgicamente combatido por el Apóstol? Indudablemente, el organismo de la Iglesia, como el del cuerpo humano, debe desarrollarse con el tiempo; pero preciso es que la semejanza esencial, el elemento vital primero, la identidad del ser, queden visible y severamente mantenidos. Para Pablo, como para Jesús, el Cristianismo es ante todo la religión del corazón y el culto del espíritu. Todo cuanto desdiga de esta doble concepción, se convierte en un peligro, aun cuando lo inspiren las más puras intenciones. Comentando las incomparables páginas en que expone la doctrina evangélica sobre la justificación del hombre, sobre el plan divino y la salvación, nos hemos formulado muchas veces esta angustiosa pregunta: ¿Por qué haber complicado con tantas devociones nuevas lo que desde el principio fué dado al mundo tan profundo y tan completo en su sencillez? Sin duda que prestará un servicio incomparable á la Iglesia el Jefe que en la hora presente la dirige, si, suprimiendo sin contempla-

ciones los pequeños medios de salvación que nos invaden, realiza su soberbio programa: *Instaurare omnia in Christo!*

Pasando á otro orden de consideraciones, cuando se ve lo que el celo apostólico de Pablo emprendió y lo poco que nosotros hacemos, ¿no es ocasión de preguntarnos si verdaderamente somos del mismo tronco, del mismo espíritu, de la misma religión? ¿No es una cuestión inquietante el estado de somnolencia al cual parece resignarse la Iglesia en una parte de Europa? Dedicánse á dirigir ciertas almas á la perfección, con innumerables consideraciones místicas ó devociones á la moda, que empalagan más bien que robustecen los temperamentos más religiosos, y no se piensa en tantos millones de seres que ni siquiera conocen el nombre de Jesucristo. En menos de trescientos años, se inflamó el vasto incendio que abrasó todo el mundo civilizado. Poco tiempo después, emprendióse la conquista del mundo bárbaro, y se le hizo cristiano. Pero ¿y después? Y sobre todo, y ahora ¿qué? El mundo civilizado se nos escapa, y no perseguimos el mundo pagano. ¿Acaso la palabra de Dios ha dejado de ser viva y eficaz? No hacemos más que perder el tiempo. La Iglesia no se ha fundado para permanecer sentada y gozar, sino para luchar y sufrir. Nos exponemos á que el día de mañana nos lo recuerde con alguna dureza. Meditemos en lo que ella fué en los tiempos de los Apóstoles, y no tengamos miedo. Despojándola de todo bienestar, sus adversarios hacen, sin quererlo, una obra de misericordia con ella. Un sueño demasiado largo podría convertirse en muerte. Dejemos que los perseguidores nos despierten con sus gritos de odio y sus violencias. Sólo los hombres de poca fe pueden mostrarse cobardemente espantados. La libertad, que tendremos obligación de tomarnos, si no nos la quieren dar, ¿no valdrá los sacrificios que haya sido necesario hacer para obtenerla? ¿Qué puede haber más deseable para nosotros que acabar con esta situación humillante de sacerdotes que viven bajo el poder y á sueldo del Estado irreligioso y oficialmente ateo, de mi-

nistros de Dios tratados como funcionarios y asalariados? Esta demasiada larga y paciente servidumbre es la que mata la vida de la Iglesia, acarreándonos un desprecio que aumenta de día en día. Pablo mostrábase elocuente y gallardo cuando, con legítima arrogancia, enseñando sus manos endurecidas por el trabajo, exclamaba: «¡Nunca fuí gravoso á nadie!» Séanos dable declarar, por lo menos, si no somos capaces de tan heroica altivez, que en lo sucesivo no recibiremos el pan de la mano odiosa de nuestros enemigos, sino de la caridad filial de nuestros hijos. Honrados, porque se nos verá independientes, nuestro deber consistirá en desempeñar en la sociedad el papel activo y animoso que los religiosos expulsados han dejado libre en ella. No temamos. Dios jamás halla obstáculos para sugerir á sus sacerdotes los medios de hacer frente á nuevas dificultades. Las virtudes pasivas ya no bastarán. ¿Qué peligro habrá en esto? Nosotros probaremos con nuestras obras lo mucho de que somos capaces. No habrá nadie, ni siquiera en el rebaño por un momento conmovido y turbado, que no se sienta finalmente ansioso de concurrir por su propio celo, como los pastores, al advenimiento del reino de Dios. Tengamos confianza. ¿No ha dicho Jesús que Él era el vencedor del mundo? No será la vez primera que, creyendo matarnos, se nos ha resucitado. Los soldados no dejarán marchar solos á sus jefes á la batalla, pues se acordarán del valor de los primeros fieles. Las páginas que les dirijo me parecen capaces de despertar su ardor.

Más de uno entre nosotros, no lo dudo, al leer lo que hicieron los Apóstoles, deberá sin duda convenir en lo poco que hasta la hora presente ha hecho para imitarlos. Para exponer todo nuestro pensamiento, no sin pesar se pregunta uno, al declinar la vida, si no había algo mejor que hacer que escribir libros, ó emprenderlas con auditorios cada día más insensibles á la palabra evangélica, mientras tantos pueblos viven aún y mueren sin saber quién es Dios y quién fué Jesucristo, ó gober-

nar diócesis donde los detalles formalistas, la administración oficial, la inmovilidad ante la indiferencia absorben nuestra vida; en cuanto á nosotros, no osaremos afirmar que nuestro corazón no se haya afligido alguna vez ante el pensamiento de que quizás no hemos escogido la mejor parte. ¡Plegue á Dios que el siglo XX sea testigo de un nuevo florecimiento de misiones cristianas en lo exterior, al mismo tiempo que de valerosas luchas para mantener el reino de Dios en lo interior! Mucho más que en tiempo de Pablo está el mundo abierto ante nosotros.

Según toda probabilidad, la tempestad de irreligión que á estas horas se abate sobre Francia, acentuará este movimiento de apostolado hacia fuera, del cual hasta el presente nuestro clero francés ha sido el agente más activo. Dios sabe siempre sacar bien del mal; así, mientras la persecución expulsa á nuestros religiosos, hay países hospitalarios que los acogen. Desde allí, si no quieren resignarse á la inacción del siervo infiel, dirigirán á esos millares de almas que lo esperan, en las tinieblas del error y en las tristezas de la degradación moral, el rayo de luz evangélica que produce la vida y la santificación. Este vendaval, llegado de improviso, será también, cualesquiera que sean los proyectos de los impíos, un soplo del Espíritu Santo que dispersará los apóstoles por el mundo entero. Si esto es así, bendigamos al Maestro, ya que, á pesar de nuestra cobardía, quiere continuar su obra, y digamos: ¡Feliz persecución que va recta á la difusión del Evangelio de Jesucristo! Así llegó á Jerusalén, después de la muerte de Santiago y la prisión de Pedro. Los Apóstoles se dispersaron y el mundo recibió la Buena Nueva.

Si estas páginas caen en manos de un animoso misionero, deseamos que le alienten y sostengan su ánimo. Conseguirán así más fruto que rectificando los errores de la falsa exégesis. ¡Bienaventurados y felices aquellos por quien la palabra de Dios, corriendo á través del mundo, por Africa, Asia, América y las islas de Oceanía, dé el

supremo asalto, tras el cual empiecen los pueblos salvajes á conocer y amar á Nuestro Señor Jesucristo!

La Rochela, 24 de Agosto de 1905

*Fiesta de San Bartolomé, Apóstol*

† EMILIO PABLO,

Obispo de la Rochela y Saintes

---

# LA OBRA DE LOS APÓSTOLES

---

## DIFUSIÓN DE LA IGLESIA CRISTIANA

---

### PRIMERA PARTE

#### PRIMERA MISIÓN DE PABLO Y BERNABÉ Y SUS CONSECUENCIAS

---

#### SECCIÓN PRIMERA

#### EL EVANGELIO EN MARCHA HACIA LA GENTILIDAD

### CAPÍTULO PRIMERO

## **El Espíritu Santo impulsa á la Iglesia de Antioquía á inaugurar la evangelización general de los pueblos**

La Iglesia de Antioquía y sus principales jefes: Bernabé, Simón el Negro, Lucio, Manahén, hermano de leche de Herodes, Pablo.—Profetas y doctores.—Deseos de difundir por el mundo la Buena Nueva.—Esperando un signo que autorice las misiones en lo exterior.—El Espíritu Santo habla al Concilio.—Bernabé y Pablo, instituidos misioneros, se determinan á inaugurar el verdadero Apostolado católico ó universal. (*Hechos*, XIII, 1-4).

En el momento en que, en un volumen precedente, acabamos la parte de esta historia llamada PERÍODO DE EMANCIPACIÓN, Pablo y Bernabé llegaban de Jerusalén á Antioquía, animados á proseguir la evangelización de los gentiles. Como prenda de alianza entre las dos Iglesias, llevaban consigo á Juan Marcos, al que Pedro trataba como hijo, convirtiéndose así en testimonio viviente de la aprobación del jefe de los Apóstoles á las misiones proyectadas

por los dos predicadores. Á su llegada, debieron exponer sus planes á los fieles de Antioquía, y todos se pusieron en oración para conocer la voluntad de Dios.

El autor sagrado, que tan parco se muestra de noticias que nuestra fe hubiese acogido con tanto reconocimiento, da aquí los nombres de los principales personajes que, profetas ó doctores, dirigían la nueva comunidad cristiana. Estaba como obligado á ello, queriéndonos dejar vislumbrar que la Iglesia, por la cual se inauguró el apostolado universal, no carecía de hombres importantes ni de comunicaciones visibles del Espíritu Santo. Esta nomenclatura, que abre la segunda parte de su libro, nos lleva naturalmente á la de los Apóstoles, por la cual había comenzado la primera, y nos muestra al mismo tiempo al Espíritu Santo interviniendo desde lo alto, con menos esplendor sin duda que en el día de Pentecostés, pero de una manera también directa, para dar el gran impulso del que había de salir la evangelización del mundo.

De los cinco directores de la Iglesia de Antioquía nombrados por San Lucas, el primero y el último, Bernabé y Pablo, nos son conocidos. Aquél era quizás el de más edad; éste el más joven del grupo; ó tal vez, el uno había prestado hasta el presente más servicios á la Iglesia, el otro, aunque el último llegado al Evangelio, anunciábase como llamado á desempeñar el primer papel entre los más valientes propagadores. El personaje mencionado en segunda línea, Simón, apellidado el Negro, ó más exactamente, Níger, ha sido confundido por muchos con Simón Cireneo, á causa de la semejanza de nombre y de la apropiación, bastante natural, del sobrenombre á un habitante de la Cirenaica. Empero, de una parte, muchos romanos llevaron el sobrenombre de Níger <sup>(1)</sup> sin haber nacido en África ó Egipto, y, de otra, si la calificación de Cireneo convenía á este judío—ya que el nombre propio de Simón indica que

---

(1) Suetonio, *Aug.*, XI.

era judío,—hay derecho á extrañarse de que se diese únicamente al tercer personaje mencionado con el nombre de Lucio. De este Lucio, de Cirene, como también de Simón Níger, no tenemos detalle biográfico alguno, á menos que se quiera, como hacen ciertos exégetas <sup>(1)</sup>, identificarle con Lucas, el autor de los Hechos, á pesar de la diferencia esencial de nombre—Lucas es abreviación de Lucano y no de Lucio—ó, lo que sería menos improbable, con Lucio, el cual, estando en Corinto, cuando Pablo escribió su carta á los romanos, se unió al Apóstol, su pariente, para saludar á la Iglesia de Roma <sup>(2)</sup>. Por fin, otro miembro del grupo influyente entre los cristianos de Antioquía, es Manahén <sup>(3)</sup>, ó, según la verdadera pronunciación hebraica del nombre, Menahem, que el historiador califica de hermano de leche, ó compañero de infancia de Herodes el tetrarca. La expresión *συντροφος* puede, en efecto, significar ora que Herodes había sido criado por la madre de Manahén, ora que Manahén le había sido dado como compañero de infancia y juventud <sup>(4)</sup>. Indudablemente, el Herodes de que aquí se trata es Antipas <sup>(5)</sup>. Herodes Agripa I lleva, en efecto, el título de rey, y no el de tetrarca, y Herodes Agripa II, como no tenía mucho más de dieciocho años en el 47 de Jesucris-

(1) Esta opinión, que parece haber sido la de Orígenes, *in Rom.*, lib. X, 39, ha sido sostenida en nuestros días, pero sin éxito. Es muy cierto, según Herodoto, III, 131, que los Cireneos eran, después de los crotoniatos, el pueblo más versado en medicina, lo que explicaría la profesión de San Lucas; sabemos además que se les tenía por muy al corriente en cosas de mar, mérito que hay que reconocer también eu el autor de la historia apostólica; pero la hipótesis tropieza con la diferencia evidente del nombre, y sobre todo con la inverosimilitud de ver á Lucas, que en adelante nunca jamás se nombra como compañero de Pablo, colocarse aquí entre los cinco principales personajes de la Iglesia de Antioquía.

(2) *Rom.*, XVI, 21.

(3) Los Setenta, *IV Reyes*, XV, 14, 16, y Josefo, *Antiq.*, XV, 10, 5, conservan la consonante *μ* en este nombre. Escriben *Μαναήμ* aquellos, y éstos *Μανήμος*. San Lucas conformándose con el uso de la lengua griega, que nunca termina una palabra con la letra *μ*, escribe por eufonía *Μαναήν*.

(4) El verbo *τρέφειν* no quiere, en verdad, decir solamente *criar*, sino también educar, y *συντρέφειν* significa estar asociado á la vida de alguno: Pollux, *Onomast.*, VI, 32; Plutarco, *Puer. educ.*, V, 9; Jenofonte, *Cyrop.*, I, 3.

(5) Walch ha escrito una disertación interesante sobre este asunto: *de Menachem συντροφω Herodis*, Ien. 1748.

to, no es admisible que su hermano de leche, tan joven como él, fuese un doctor considerado y uno de los jefes de la Iglesia de Antioquía; esto sin contar con que, á pesar de tener bajo su autoridad la tetraarquía de Filipo, llevó siempre el título de rey, como su padre <sup>(1)</sup>. Por lo demás, y de un modo general, para San Lucas, <sup>(2)</sup> Herodes el tetrarca es siempre Antipas, el asesino de Juan Bautista, que en aquel tiempo estaba desterrado en las Galias y debía de tener más de sesenta años <sup>(3)</sup>. Manahén era de la misma edad, lo cual nos induce afirmar que no solamente hubo gente joven que abrazó generosamente la causa del Evangelio, sino también hombres maduros por los años y la experiencia.

En uno de sus relatos anecdóticos de la *Historia de los judíos*, nos explica Josefo que un esenio llamado Manahén, que gozaba de gran renombre de santidad entre sus hermanos, había predicho á Herodes, todavía niño y poco creyente en el cumplimiento de la profecía, destinos reales. El estudiante, llegado á rey, quiso volver á ver á Manahén y saber, por boca del hasta entonces afortunado profeta, la duración cierta de su reinado. Manahén, después de alguna vacilación, le aseguró que llevaría el cetro más de veinte y aun más de treinta años. Herodes, satisfecho de la respuesta, le despidió tendiéndole la mano. Desde entonces mostró el más afectuoso respeto á todos los esenios <sup>(4)</sup>. Conocida es la costumbre que había entre los pueblos de Oriente, medos y persas, como también en Grecia y en Roma, de

(1) *Hechos*, XXV, 13; XXVI, 26, 27, 30. En el año 49 fué rey de Calcis (*Antiq.*, XX, 4, 2; *B. J.*, II, 12, 1), y, en el año 53, rey de la tetraarquía de Filipo (*Antiq.*, XX, 6, 1, *B. J.*, II, 12, 8).

(2) *Luc.*, III, 1, 19; IX, 7. *Comp. Mat.*, XIV, 1, y Josefo, *Antiq.*, XVII, 8, 1.

(3) Poco después del nacimiento de Jesucristo, muere Herodes el Grande y le suceden sus hijos. Ahora bien, Antipas era menos joven que Arquelao y este último había de tener á lo menos veinte años para reinar en Judea. Luego en el año 47 de Jesucristo, Antipas y Manahén, compañeros de infancia, eran casi septuagenarios.

(4) *Και πάντας ἀπ' ἐκείνου τοὺς Ἑσσηνοὺς τιμῶν διετέλει*. *Antiq.*, XV, 10, 5, Los talmudistas hablan de un Manahén que, bajo Herodes el Grande, había sido vicepresidente del Sanedrín. V. Lighfoot, *Horae Talm.*, in loc.

dar á los jóvenes príncipes compañeros de juego <sup>(1)</sup> y de estudio, á fin de excitar su emulación; nada, pues, más natural <sup>(2)</sup> que la suposición de que Herodes hubiese tomado un hijo, ó más probablemente un nieto <sup>(3)</sup> de Manahén—se sabe que no todos los esenios se consagraban al celibato,—que llevaba el honrado nombre de su abuelo, para constituirle compañero de su hijo y enviarlo con sus propios hijos á Roma, puesto que en la capital del imperio fué donde se educaron Antipas y Arquelao <sup>(4)</sup>. Admitiendo esta hipótesis, Manahén habría sido, en el grupo cristiano, no solamente el miembro más considerado por su antigua posición social, sino también el más familiarizado con la cultura intelectual del mundo de entonces. Cualquiera que sea la descendencia exacta del personaje en cuestión aquí, como hubiese sido educado en Roma ó en Jerusalén, queda patentizado que, aun como simple hermano de leche del hijo del rey, debió, por razón de los lazos que le unían al tetrarca, ocupar un puesto distinguido en la sociedad judía. Como que Jesús ejerció particularmente su ministerio en Galilea, se puede suponer muy naturalmente que Manahén había tenido ocasión de oír su palabra y de admirar sus obras. El resultado de la predicación evangélica en dos hombres que habían recibido la misma educación y quizá mamado la misma leche, Herodes y Manahén, había de ser muy diferente. Este es el caso de decir: «Entonces estarán dos en el campo: el uno será tomado, y el otro será dejado.»

Cualquiera que fuese la influencia de Simón, de Lucio

(1) Jenofonte, *Cyrop.*, I, 3, 14, habla de los *συμπαίκτορες* dados al joven Ciro. Comp. Diodoro de Sicilia, III, 10; Plutarco, *Puer. educ.*, c. VI, etc.

(2) Es necesario asimismo no desconocer que el nombre de Manahén era muy común entre los judíos. Así, lemos en Josefo, *B. J.*, II, 17, 8, que un guerrero de este nombre, hijo de Judas Galileo, representó un papel importante en la guerra nacional.

(3) El esenio que había anunciado á Herodes niño su realeza futura, golpeándole por detrás, *κατὰ τὸν γλουτὸν*, á fin de que no perdiese la memoria de la predicción, debía sin duda alguna ser ya un hombre maduro, cuyos hijos eran á lo menos de la edad de Herodes.

(4) *Antiq.*, XVII, 1, 3: *ἐπὶ Ῥώμης, παράτινι ἰδιώτῃ τροφᾷς εἶχον*. La relación es natural entre estas últimas palabras y *σύντροφος*.

y de Manahén en la Iglesia de Antioquía, el gran papel exterior quedaba providencialmente reservado á Pablo y á Bernabé. Ellos serán los héroes de la historia que vamos á referir, en la que los veremos formar por algún tiempo una pareja, siendo nombrados indistintamente el uno antes que el otro <sup>(1)</sup>, como para descartar toda idea de preferencia entre quienes estaban unidos por el más ardiente celo en la más íntima fraternidad. Los intérpretes <sup>(2)</sup> que han pretendido hallar en el texto de San Lucas una clasificación de nuestros cinco personajes, calificando á los tres primeros, Bernabé, Simón y Lucio, de profetas, y los otros dos, Manahén y Pablo, de doctores, han leído entre líneas lo que no había en él. Todos eran doctores y profetas según las circunstancias, y con su palabra inspirada edificaban á la Iglesia cuyo gobierno tenían.

Á pesar de lo breve de la indicación que aquí da San Lucas, estamos autorizados para formarnos una idea bastante exacta de la comunidad cristiana de Antioquía en este momento de la historia apostólica. Ardientes aspiraciones trabajaban en ella á todas las almas. Los paganos convertidos y felices en su nuevo estado moral deseaban la conversión de los demás paganos, no sólo de Antioquía, sino de todos los puntos en que tenían parientes y amigos. Llamaban la atención de sus predicadores sobre estas palabras de Jesús: *Enseñad á todas las naciones*. ¿Para cuando el cumplimiento de la prescripción divina? Los mismos judíos, satisfechos de los primeros resultados del Evangelio entre los gentiles y empujados de grado ó por fuerza por el *πάντα τὰ ἔθνη* que despiadadamente resonaba en todos los oídos, se determinaban á abarcar horizontes más vastos que la Sinagoga. Sobre todo después que Bernabé y Pablo volvieron de Jerusalén anunciando las desgracias de la Iglesia madre, la dispersión de

(1) Comp. *Hechos*, XIII, 1, 2, 43, 50, y XIV, 14, etc.

(2) Así, Meyer supone que los tres primeros nombres indican los profetas y los dos últimos, Manahén y Pablo, los doctores, estando señalada la división de estas dos categorías por la repetición de la partícula *τέ* antes de *καί*.

los Apóstoles y la libertad que los ancianos concedían de predicar el Evangelio por todas partes, no había más que una voz para decir que era la hora de organizar oficialmente las misiones encargadas de llevar sin tardanza la luz á los países paganos. El centro de acción debía estar naturalmente en Antioquía. Hacía ya mucho tiempo que estos proyectos generosos de atracción flotaban en el aire, ó mejor, en el corazón de la joven y ardiente Iglesia. No se esperaba más que un signo del cielo para realizarlos.

Como en el Cenáculo de Jerusalén, y con la certeza de que el solemne momento estaba próximo, la comunidad de Antioquía manteníase unida en ayuno y oración. El silencio, la mortificación, los entusiasmos del alma invitan á Dios á hablar, cuando nos hallamos en el momento de tomar graves resoluciones y provocar acontecimientos importantes. Á la súplica general se juntaba la súplica más poderosa aún del sacrificio eucarístico recordando la muerte mediadora de Jesús, y procurando hacer violencia, por la eficacia de su expiación, á las severidades divinas demasiado prolongadas, con relación á la gentilidad extraviada. En efecto, parece claramente indicado que los jefes de la Iglesia invocaban á Dios en nombre de un sacerdocio nuevo y según una nueva liturgia, mientras que el pueblo se unía á ellos mediante la comunión y la plegaria. La expresión *λειτουργούντων δὲ αὐτῶν*, que caracteriza el objeto de estas reuniones piadosas celebradas en aquellas circunstancias, significa, en realidad, el conjunto de ritos sagrados que ya había adoptado la Iglesia primitiva y que no consistían solamente en la predicación y llamamientos ardientes á la misericordia de Dios, sino en la solemne consagración y manducación de la Eucaristía, con su fin especial y tales cuales más tarde las describirá Pablo. Se oraba, pues, se cantaba himnos, y se reproducía la inmólación conmemorativa de la gran Víctima, base y centro del verdadero culto cristiano. Buscar otro sentido á la frase del historiador sagrado, sería alejarse de la verdad. La misma palabra que servía para designar las funciones de los sacerdo-

tes en el templo <sup>(1)</sup>, sirve aquí para calificar las de los jefes de la asamblea. La razón no puede ser otra que la analogía de funciones. Ahora bien, la función principal del sacerdocio levítico era el sacrificio; con intención, pues, San Lucas especifica que el culto ó liturgia de que habla se dirigía al Señor <sup>(2)</sup>.

Como en la sala superior de Jerusalén, también aquí habla el Espíritu Santo; solamente que el historiador no nos dice de qué manera. ¿Escogió visiblemente uno de los profetas y se expresó por su boca? ¿Resonó súbitamente en los oídos de todos una voz celestial, como en otro tiempo en los días del Bautismo y de la Transfiguración, ó solamente en el fondo de los corazones, levantándose la asamblea en masa y diciendo que la había oído distintamente? No podría precisarse. Lo que hay de cierto es que todos reconocieron la voz del Espíritu Santo que imponía explícitamente su voluntad diciendo: «Separadme <sup>(3)</sup> á Bernabé y á Pablo para la obra á que los he llamado.» Esta intervención directa del Espíritu Santo hablando en su propio nombre á nadie extrañó; estaban bajo su poder y Él escogía sus ministros, determinando su misión. Á la asamblea corresponde separar los dos hombres que indica, á fin de que se preparen más inmediatamente para lo que de ellos espera. Ir oficialmente á llevar la Buena Nueva al mundo pagano, es un acontecimiento bastante grave para que antes de partir midan los mensajeros sus fuerzas y atraigan la gracia de lo alto á su alma. Sin duda que la perspectiva puede muy bien no ser absolutamente nueva para ellos, pues el Espíritu Santo quizás los ha ido preparando poco á poco por una vocación interior que se con-

(1) Véase en los Setenta *Num.*, IV, 39; XVI, 9; XVIII, 2; *Exod.*, XXVIII, 35, 43; XXIX, 30; *Joel* I, 9, etc. En I *Macab.*, X, 42. Comp. *Luc.* I, 23; *Hebr.*, VIII, 6; IX, 21; X, 11.

(2) Efectivamente dice τῷ Κυρίῳ en dativo de dirección.

(3) San Juan Crisóstomo halla en esta palabra la prueba de la personalidad y de la divinidad del Espíritu Santo. Es evidente que este Espíritu se sustituye á Dios. Á *Dios* el Señor es á quien se ruega; *Él* es el que responde y el que pide que se le separe á Bernabé y Pablo para la obra á que serán llamados.

vierte hoy en pública. Pablo en particular supo, desde el primer día en que Jesús le tomó como conquista suya, que sería llamado á anunciar el Evangelio á las naciones y al mundo entero. Seguramente que él ha hablado de esta vocación con Bernabé y le ha asociado á sus miras. Pero del proyecto á la ejecución, media el paso decisivo. Al Espíritu tocaba decir cuándo y cómo convenía ponerlo en práctica. He aquí por qué habla solemnemente á la asamblea y consagra con su autoridad los dos nuevos apóstoles deputados para la conquista de las naciones.

¿Cuánto tiempo duró este retrainamiento, este trabajo de recogimiento interior, por el cual Bernabé y Pablo se dispusieron á poner manos á la obra? Lo ignoramos. Lo único explícitamente dicho es que toda la comunidad cristiana ayunó y oró con ellos. Después, cuando llegó la hora providencial, fueron delegados solemnemente por la imposición de las manos, como si la asamblea entera, por mediación de sus jefes, hubiera querido hacer pasar á la cabeza y al alma de los dos elegidos todo su deseo de glorificar á Jesucristo y todo su ardor para predicar el Evangelio. Á esto debe reducirse, dígame lo que se quiera, el sentido de esta ceremonia: una bendición y un signo de unión para quienes marchaban lejos á hablar en nombre de la Iglesia entera, pero nada más. En efecto, ¿qué poderes especiales habrían podido conferir á Bernabé y á Pablo en aquella circunstancia? Hacía ya mucho tiempo que uno y otro predicaban indistintamente á gentiles y á judíos con energía, con éxito, con la gracia de lo alto. Si algo hubiese faltado á la regularidad de su misión, la Iglesia de Jerusalén, que acababan de visitar y socorrer, ¿no habría tenido cuidado de completarlo? Á menos que con esta demostración solemne hubiese querido la comunidad cristiana reconstituir el cuadro de los Doce, recientemente incompleto por la muerte de Santiago, hermano de Juan, y la inmovilidad de Santiago, primo del Señor, quien, destinado en definitiva al gobierno de Jerusalén, parecía haber renunciado á la actividad de la vida apostólica. Muchos lo han supuesto

así <sup>(1)</sup>, mas nada lo indica. Lo que hay de cierto, puesto que él mismo nos lo afirma, es que Pablo no fué constituido apóstol ni por los hombres, ni por un hombre, por eminente que fuese, sino por Jesucristo y por Dios su Padre <sup>(2)</sup>. La realidad de su vocación y de su misión se remonta á una fecha más antigua <sup>(3)</sup>. Todo el sentido de la ceremonia que tuvo lugar en la Iglesia de Antioquía, nos parece resumido en las siguientes palabras con que termina el relato del historiador: «Y habiéndoles impuesto las manos, los enviaron <sup>(4)</sup>.» De este modo se los separa oficialmente del ejército de Antioquía, donde desempeñaban sus funciones y cumplían sus deberes, para enviarlos de exploradores, de gastadores de la Buena Nueva, á los centros paganos que les plazca evangelizar.

Por más que un hombre haya largamente considerado, deseado y aun solicitado una misión extraordinaria, el día en que se la confieren no puede eximirse de una santa emoción y de una turbación interior reveladoras de la elevada idea que tiene de ella y del temor de ser, á pesar de su buena voluntad, inferior á su nueva vocación. En el momento en que, habiendo hablado el Espíritu Santo y descendido la bendición de los ancianos sobre ellos, Bernabé y Pablo se sintieron definitivamente consagrados á la obra por tanto tiempo soñada, experimentaron seguramente la angustia y la santa emoción que produce el terror mezclado con el entusiasmo. ¡Sólo ellos dos para emprender la conquista del mundo! ¡Ellos, sin recursos, contra todos los filósofos, todos los falsos dioses, todos los prejuicios, todas las tinieblas, todas las pasiones! Ellos y la locura de la Cruz, contra la corriente materialista, sensual, sanguinaria, que, según hemos visto, arrastraba el imperio romano al abismo! ¿No era esto más insensato aún que espantoso? Parece que vemos á los dos amigos caer de rodillas anonadados

(1) V. Döllinger: *Le Christianisme et l'Église*, p. 73.

(2) *Galat.*, I, 1.

(3) *Hechos*, IX, 15.

(4) Ἀπέλευσαν.

por la carga que les impone el Espíritu Santo, con la cabeza entre las manos, como sobrecogidos por un vértigo delirante, y procurando indagar, en los designios de Dios, por dónde deberán empezar su viaje. En efecto, sería absolutamente falsa la teoría que presentara á los Apóstoles como perpetuos iluminados, viendo claramente la víspera lo que deberían hacer al día siguiente, marchando sin miedo, sin vacilación, como si el Espíritu Santo les hablase siempre, y, desde luego, no teniendo que pensar en recursos humanos, ó en mejores garantías de éxito.

Hechas todas sus reflexiones y bajo la inspiración de una timidez previsor, Bernabé y Pablo resolvieron inaugurar su nuevo apostolado allí donde podían esperar que apoyarían su primera tentativa útiles relaciones de amistad y de familia, en la isla de Chipre <sup>(1)</sup>, ya que, si era tristemente célebre por la inmoralidad de sus habitantes, no estaba menos poblada, en parte, en sus más importantes centros, por florecientes comunidades judías. Ahora bien, en ellas Bernabé contaba con numerosos parientes y amigos. Ya hemos dicho que era originario de esta isla. Lejos de aminorar á nuestros ojos el mérito de los dos Apóstoles, semejante prudencia parece á propósito para poner de relieve el valor y generosidad de los que iban al combate, no sin desconfiar de sí mismos, y mucho menos seguros del éxito de lo que comúnmente se les supone.

La misión confiada por el Espíritu Santo en manera alguna suprime las dificultades de la empresa. Y porque tenían conciencia de ello, Pablo y Bernabé, en lugar de marchar directamente á Grecia ó á Roma, á fin de intentar un golpe decisivo, se limitan á dirigirse primeramente á una tierra cercana, vecina y conocida. Chipre era como una dependencia de Siria, teniendo todos sus puertos orientados hacia ella, y contando con navíos que diariamente la enlazaban con Antioquía por Seleucia. Proba-

---

(1) *Hechos*, IV, 36: XI, 19, 20; XXI, 16.

---

blemente fué Bernabé quien trazó este programa. Pablo lo aceptó sin discusión, y Juan Marcos, cipriota como su tío, quiso acompañarlos. La obra de las misiones extranjeras estaba fundada.

---

## CAPÍTULO II

### Misión de Chipre

Pablo y Bernabé se dirigen á embarcarse á Seleucia.—La isla de Chipre.—Salamina.—Predicación en las sinagogas de la isla.—Pafos.—El procónsul Sergio Paulo.—Sus relaciones con Bar-Jesús, apellidado Elimas ó el Mago.—Quiere oír á los dos Apóstoles.—Oposición y castigo milagroso de Elimas.—Sergio Paulo discípulo de Jesucristo. (*Hechos*, XIII, 4-13).

Por profundo que fuese el sentimiento de su insuficiencia personal, los mensajeros del Evangelio, encomendándose á la inspiración del Espíritu Santo, se dirigieron sin demora á Seleucia donde debían embarcarse.

Nosotros mismos hemos procurado, y no sin religiosa emoción, descubrir el camino que desde Antioquía se dirige al mar. La antigua vía romana, horriblemente llena de baches, subsiste todavía. Se la sigue penosamente, aun sobre buenas cabalgaduras, dejando á la izquierda el Orontes y los ribazos de Beit-el-Mâ, la antigua Dafne, cubiertos de mirtos y laureles rosas. El trayecto es poco más ó menos de treinta kilómetros. En tiempo de los Apóstoles, el río era surcado por barcos <sup>(1)</sup> que facilitaban el cambio constante de mercaderías entre el mar y la tierra firme. Por razón de sus sinuosidades interminables, el Orontes, encajonado en su lecho, tenía un curso dos veces más largo que el de la vía romana, pero la rapidez de su corriente abreviaba el trayecto, y los viajeros usaban de muy buena gana, para llegar á Seleucia, de un medio de locomoción tan económico como rápido. Cualquiera que

---

(1) Estrabón, *Geogr.*, XVI, 2, 7; Pausanias, *Arcad.*, VIII, 29. Los oficiales ingleses que han estudiado un proyecto de canal para unir el Mediterráneo con el Océano Índico por medio del Eufrates y el Orontes, han comprobado que este último río sería también hoy fácilmente navegable.

fuese la ruta seguida por Pablo y sus dos compañeros, su recuerdo hace interesante la exploración de estos lugares antiguos, y nuestra piedad se complacía en ello. Al salir de Antioquía, la vía romana emprende súbitamente las empinadas cuestas del Amano, prolongado con los nombres de Corifeo y de Pierio, hoy Djebel-Musa. Se atraviesan de Este á Oeste por una continuación de gargantas agrestes que desembocan en la pequeña llanura de Suedieh, cerrada al Sur por el pico desnudo, empero muy pintoresco, de Casio, y al Norte por el promontorio de Raz-el-Khansir. De allí en cosa de media hora se llega á las ruinas de Seleucia. Las barcas, en saliendo del río, debían remontar la costa arenosa y abordar al puerto por el noroeste de la ciudad.

Polibio, en el libro V de sus historias <sup>(1)</sup>, nos ha dejado una descripción de Seleucia que es fácil justificar por lo que queda de la antigua ciudad. Absolutamente desierta hoy día, Suedieh se repoblará cuando sea arranque de línea de la vía férrea proyectada entre el Mediterráneo y el Eufrates. Como todas las ciudades griegas de la costa asiática, Esmirna, Efeso, Mileto, Atalía, alzábase en el flanco de una montaña que la protegía.

Puerto de mar y plaza fuerte á la vez, extendíanse de Norte á Oeste sus murallas en un circuito de ocho kilómetros, en la forma caprichosa de una cota de malla, dejando fuera el gran estanque y el puerto. Este puerto, cuyo muelle meridional, prolongado para proteger los navíos de los vientos del sur, se replegaba hacia la paralela del norte y la cubría en parte <sup>(2)</sup>, continuaba por un canal hasta el gran estanque interior en forma de elipsoide, costeano las murallas de la ciudad. Hoy día la arena y el lodo lo han invadido todo. Sin embargo, los gigantescos trabajos ejecutados antiguamente con arte maravilloso

---

(1) Hist. lib. V, *Res Syriacæ*, 59 y sig.

(2) Los cristianos dieron más tarde á los dos muelles el nombre de los dos Apóstoles. Al del Norte se le llamó de Bernabé, y al del Sur el muelle de San Pablo.

se dibujan aún en la playa desierta. Enormes bloques de piedra, que miden hasta seis metros de largo por dos de alto y tres de ancho, sólidamente ligados por grapas de hierro, señalan el sitio del puerto. Dos torres en ruinas, á cuyos pies pasaban las embarcaciones al dirigirse á alta mar, son seguramente las mismas que vieron partir y llegar la mayor parte de los personajes apostólicos más enlazados con la historia de la primitiva Iglesia. No menos antigua debe ser la puerta del Sureste, llamada puerta de Antioquía, á la que protegían soberbias almenas. Por el año 47 de Jesucristo llegaron muy probablemente por ella, seguidos de Juan Marcos, los dos judíos, que, bastón en mano, con el vestido sujeto á la cintura, con los ojos resplandecientes de fe y entusiasmo, iban á la conquista del mundo. Pasando entre dos templos cuyos restos cubre todavía el suelo, se dirigieron hacia el puerto, á fin de encontrar sin tardanza un navío que se hiciese á la vela para Chipre, navío que no fué difícil hallar.

Ya hemos dicho que la isla de Chipre era como una dependencia natural de la costa asiria. En tiempo claro se la distingue desde las orillas del Orontes. Sus puertos, Salamina, Cicio, Amatonte, Pafos, miraban todos á la costa de Siria. La ribera septentrional de la isla, cubierta de dunas y de altos acantilados rojizos, no podía ofrecer refugio á los navegantes. Los habitantes, fenicios y griegos, pertenecían, por su lengua y costumbres, á las dos razas que poblaban las ciudades del litoral sirio. Las relaciones eran constantes, y desde Antioquía, por decirlo así, se podía seguir día por día la marcha de los dos predicadores. Era un estímulo el principiar de este modo bajo la mirada de los que los habían enviado al apostolado. Por otra parte, y esto tenía asimismo su importancia, el medio en que iban á penetrar se parecía mucho á los que ya habían empezado á conquistar, pues estaba muy mezclado de judíos. En efecto, hacía ya mucho tiempo <sup>(1)</sup> que estos cosmo-

(1) Filón, *Legat. ad Caium*, 36; Josefo, *Antiq.*, XIII, 10, 4; XVII, 12, 12.

politás, lo mismo que en Antioquía, habían tomado posiciones en Chipre al lado de los gentiles. Cuando Herodes el Grande fué autorizado por Augusto para explotar las ricas minas de cobre que había en la isla <sup>(1)</sup>, acudieron en mayor número aún para recoger los primeros beneficios de esta empresa. Por eso llegaron á ser presto ricos é influyentes. En tiempo de Trajano, fueron bastante poderosos para imponer por un instante su tiranía á la isla entera, después de haber ejecutado terribles matanzas. Adriano se encargó de domarlos <sup>(2)</sup>. Por lo pronto, Bernabé y Pablo iban á encontrarles tranquilos y en disposición de escuchar la buena palabra que iba á dirigir-seles.

Los predicadores desembarcaron en Salamina, que está en la costa oriental de la isla. Fundada por una colonia griega llegada de Salamina, cerca de Atenas, aquella ciudad era entonces la más comercial de la isla. Como Seleucia, alzábase en una altura, recibía el agua por grandes acueductos y estaba rodeada de un muro fortificado que dejaba al puerto al descubierto. Éste, vasto y cómodo <sup>(3)</sup>, se hallaba en la desembocadura del Pedieo, el único río verdadero que riega la isla y fertiliza la extensa llanura abierta de Este á Oeste. El país estaba lejos de ofrecer entonces el aspecto desolado y triste que tiene ahora. Las mieses crecían en él, preparadas por el trabajo inteligente del hombre, en una atmósfera cálida y en tierras cuidadosamente regadas por las canalizaciones del río, que tenía, como el Nilo, su crecida anual. Por lo demás, los grandes árboles, cedros, cipreses, pinos, que coronaban las montañas, los bosques de naranjos, de higueras, de olivos, las viñas que, suspendidas en los ribazos, cubrían la llanura, todo contribuía á mantener un fresco suave en este país, el cual nos pareció tanto más terriblemente desnudo, cuanto más delicioso y poético nos lo representaban nues-

(1) *Antiq.*, XVI, 4, 5.

(2) Milman, *Hist. of Jews*, III, 111.

(3) Diodoro de Sicilia, lib. XX, 45 53, cuenta la victoria naval que consiguió en este sitio Demetrio Poliorcetes sobre Tolomeo.

tros recuerdos clásicos <sup>(1)</sup>. Los misioneros probablemente pidieron hospitalidad á los judíos en alguna familia pariente ó amiga de Bernabé.

Luego que se presentó ocasión, se hicieron acompañar á la sinagoga. Allí debían ellos encontrar naturalmente agrupado el primer auditorio al que era preciso anunciar á Jesucristo. Las palabras del Maestro ¿no habían sido éstas: «Los judíos primero, el resto del mundo después»? ¿No había sido ante todo prometido el Mesías al pueblo que debía engendrarle? Y luego, ¿no podían testimoniar los predicadores un amor de preferencia á sus hermanos en Israel? El celo por la obra de Dios no les obligaba en manera alguna á ahogar en su corazón los legítimos afectos que la naturaleza había puesto en él, y en más de una ocasión veremos los acentos de ternura incomparable con que Pablo apremiará á sus hermanos para que reciban el Evangelio que va á predicar á los gentiles. Por otra parte, las sinagogas no estaban solamente compuestas de oyentes judíos. Al lado de los hijos de Israel se colocaban los prosélitos, y por medio de los prosélitos, se podía atraer á los paganos. Cosa extraña; San Lucas no dice una palabra de los resultados ó siquiera de la duración de esta primera predicación; de manera que sobre este punto quedamos reducidos á las más gratuitas conjeturas. Solamente hace observar que Juan Marcos asistía á los dos Apóstoles en su ministerio. ¿Quiere acaso darnos á entender con esto que hubo que administrar muchos bautismos? Algunos así lo han sostenido, sin que el texto se presté á tal suposición <sup>(2)</sup>. Salamina podía tener más de una sinagoga; por lo tanto, cuando el historiador sagrado nos dice que los dos misioneros predicaron en las sinagogas de los judíos, quiere probablemente dar á entender que, no obstante haber desembarcado en Salamina, y después de haber

(1) V. *Notre voyage aux Pays bibliques*, vol. III, p. 9.

(2) El sentido propio de *ὑπηρέτης*, que encontramos, *Luc.*, IV, 20, aplicado al *hazán* ó clérigo de la sinagoga, es el de *servidor* ó *asistente* en las ceremonias y lectura pública.

morado en ella algún tiempo, ejercieron su ministerio en otras ciudades en que había comunidades israelitas. Estas ciudades eran más particularmente las del litoral, Citio, Amatonte, Curio, escalonadas en la gran vía que siguieron los predicadores para atravesar la isla, como lo precisa el historiador sagrado, y llegar á Pafos, la capital, residencia del gobernador romano.

En ella tuvo lugar un incidente que señaló gloriosamente los comienzos de su misión. Se sabe que esta ciudad estaba consagrada al culto, licencioso hasta la infamia, de Venus Astarté, el poder generador. En un templo del cual quedan aún los vestigios, sobre una colina á mil ochocientos metros del mar, detrás de los altares en que el incienso quemaba siempre, y oculta á los ojos de los profanos por un velo de púrpura, una piedra blanca, en forma de cono truncado, recibía los homenajes de innumerables é impúdicos adoradores. Los fenicios la habían llevado á la isla, asegurando que había caído del cielo. Bajo este símbolo inepto ó abominable se atrevieron adorar á la divinidad. Los ritos prácticos consistían en todo cuanto las pasiones brutales de los orientales y la voluptuosidad refinada de los griegos habían imaginado de más obsceno. El ideal y la poesía nada tenían que hacer aquí. Todo desaparecía en el más abyecto realismo. De los diversos países del mundo, sin exceptuar á Corinto, el país más corrompido era Chipre, y sobre todo la capital, Neopafos.

Aunque el hombre haya extinguido en la lujuria las nobles aspiraciones del alma, no por eso experimenta menos los vagos terrores de la religiosidad, por lo que, dejando de creer en todo aquello que no ha podido satisfacerle en el dominio de los sentidos, voluntariamente cree en la magia y en los hechiceros. En aquel entonces había en Pafos un judío que explotaba en su provecho esta tendencia de los hombres degradados por la credulidad y la superstición. Se llamaba Bar-Jesús ó hijo de Josué, y había llegado á imponerse al mismo gobernador de la isla, hombre, no obstante, serio y respetable. Estas debilidades de espíritu

en quienes, sabiendo mucho, sienten más vivamente que no saben nada, no son cosa nueva, y se podrían citar ejemplos muy recientes de hombres superiores que han tenido sus supersticiones y su infantil credulidad. Sergio Paulo creía en la virtud mágica de Bar-Jesús.

La historia nos enseña que Augusto, en la organización del imperio, había dividido hábilmente las provincias en dos clases: las unas, pacificadas desde largo tiempo y no necesitando tropas para vigilarlas, dependían del Senado; las otras, más turbulentas, estaban ocupadas por legiones y dependían del emperador <sup>(1)</sup>. El Senado hacía administrar las suyas por legados designados cada año por la suerte, los cuales, aunque no tenían otros soldados que los lictores, llevaban también el título de procónsules (*ἀνθύπατοι*). El emperador ponía al frente de las suyas hombres de su confianza, á quienes encomendaba el mando de las legiones. Por medio de ellos centralizaba todas las fuerzas militares en sus manos, y se les llamaba propretores (*ἀντιστράτηγος*) <sup>(2)</sup>. Es digno de admirar en este asunto, en que un descuido era muy fácil, la exactitud con que el autor de los Hechos clasifica, bajo Claudio, la isla de Chipre entre las provincias senatoriales, cuando Augusto se la había categóricamente reservado. En efecto, da á Sergio Paulo el título de procónsul, y no el de propretor. De hecho, después de haberla recibido (año 27 a. de J. C.), así como la Galia Narbonense, entre las provincias imperiales, el organizador del imperio había cedido más tarde una y otra al Senado, tomando en su lugar á Dalmacia <sup>(3)</sup>. Ahora bien, esta situación duraba en tiempo de Claudio. Poseemos monedas

(1) Suetonio, *Augusto*, 47. Sólo que observa que alguna vez el emperador modificó la clasificación: «Nonnullas commutavit interdum.» Comp. Dion, Casio, LIII, 12.

(2) El gobernador de los distritos se llamaba procurador, *ἑπίτροπος*.

(3) Engañados por dos textos de Estrabón, *Geogr.*, XIV, 6 y XVII, 25, que colocaban á Chipre entre las provincias militares é imperiales, Grocio y muchos otros críticos habían presentado como una inexactitud el título de procónsul, *ἀνθύπατος*, dado al gobernador de Chipre, cuando debía decirse propretor, *ἀντιστράτηγος*. Rechazando la explicación de Baronio, que había procurado resolver la dificultad suponiendo que, aun siendo provincia preto-

que atestiguan que, en tiempo de este emperador, el verdadero título del gobernador de Chipre fué el de procónsul<sup>(1)</sup>, y ahora recientemente se ha descubierto en Soles una inscripción mencionando á Paulo con esta calificación<sup>(2)</sup>

Este representante de la autoridad romana en Pafos, espíritu muy culto, era un filósofo que buscaba la verdad<sup>(3)</sup>, quizá el mismo que Plinio el Antiguo miraba como uno de los romanos más versados en ciencias físicas y naturales<sup>(4)</sup>. El gusto que tenía por este género de estudios ¿fué hereditario en su familia? Estamos casi tentados á creerlo, puesto que Galieno, un siglo más tarde, admiraba en Roma el saber de otro Sergio Paulo, muy competente en las cuestiones que á él mismo interesaban<sup>(5)</sup>. Sea de

riana, Chipre hubiera podido ser administrada por excepción por el procónsul de Cilicia, el sabio holandés no encontró más que una respuesta insuficiente, á saber, que los griegos, por adulación, suprimían frecuentemente estas diferencias y trataban á los propretos de procónsules. Sin embargo, la solución estaba escrita en Dion Casio, puesto que si dice, LIII, 12, que Chipre, como Celesiria, Fenicia, Cilicia y Egipto, fué el lote de Augusto, y, por consiguiente, provincia imperial, añade que, 5 años más tarde (22 a. de Jesucristo), el emperador dió Chipre y la Galia Narbonense al pueblo y tomó para sí Dalmacia, y en el libro LIV, 4, refiriendo este detalle, concluye: *καὶ οὕτως ἀνθρώποι καὶ ἐς ἐκεῖνα τὰ ἔθνη πέμπεσθαι ἤρξαντο.*

(1) Puede verse en Eckkel, *Doctrina Num.*, vol. III, 84, ó en Morell, *Thes. Numis.*, pág. 106, una moneda que tiene en una cara la cabeza coronada de Claudio con la inscripción TIB. CLAUDIUS CÆSAR y en la otra ΚΤΗΡΙΩΝ ΕΠΙ ΚΟΜΙΝΙΟΥ ΠΡΟΚΛΑΟΥ ΑΝΘΡΩΠΑΤΟΥ. Este procónsul fué uno de los predecesores ó sucesores inmediatos de Sergio Paulo. Ackerman. *Numismatic Illust. of N. T.*, p. 39-42, indica el nombre de cuatro procónsules de Chipre: Aulo Plauto, bajo Augusto y Tiberio; Aquio Escaura, bajo Calígula; Cominio Proclo y Cuadrato, bajo Claudio. Pueden añadirse Julio Cordo y Lucio Annio Baso, que se leen en la inscripción hallada en Curium.

(2) M. di Cesnola es quien, entre tantos felices hallazgos (*V. Notre Voyage aux Pays bibliques*, vol. III, p. 10), señaló en un pedestal de mármol blanco una dedicatoria con estas palabras: ΕΠΙ ΗΛΑΤΟΥ (ΑΝΘ) ΤΗΠΑΤΟΥ.

(3) La expresión de que se sirve el autor sagrado, *συνετός*, y que se halla en *Luc.*, X, 21; *Mut.*, XI, 25, y *I Cor.*, I, 19, supone, junto con la perspicacia de espíritu, la reflexión, la ciencia adquirida.

(4) Plinio el Antiguo, en la tabla que principia su *Historia del mundo*, nota un Sergio Paulo entre los autores en quienes se ha inspirado para el libro II relativo *al Mundo y á los elementos*: «Ex M. Varrone, etc., etc., Sergio Paulo». Lo mismo en el libro XVIII, que trata de los *Cereales*, y, hacia el fin, de los *Pronósticos* deducidos del sol, de la luna, de las estrellas, etcétera: «Ex autoribus Massurio Sabino, etc., etc., Sergio Paulo», etc.

(5) Escribiendo por los años 175, dice: Τοῦ δὲ τοῦ νῦν ἐπαρχοῦ τῆς Ῥωμαίων

ello lo que fuere, el procónsul de Chipre buscaba la compañía de quien pudiera enseñarle alguna cosa, aun cuando fuese la de un mago. El de que aquí tratamos prometía revelarle los secretos de la naturaleza sobre las plantas, los astros, los elementos, y tal vez sobre lo que estaba oculto en lo por venir. La historia nos enseña que los más ilustres romanos, por escépticos que pareciesen, no se desdennaban de interrogar ora á las pitonisas, como lo habían hecho César y Pompeyo en su lucha decisiva, ora á simples magos, como aquella judía, Marta, que guiaba las empresas militares de Mario. Aquí se comprende que á Sergio Paulo le gustase distraer de este modo sus largos ocios en su lejano aislamiento, cuando había visto á Tiberio rodearse de astrólogos caldeos en su islote de Caprea <sup>(1)</sup>. En el fondo de las provincias, lo mismo que en Roma, donde embarazaban las calles, acechaban los palacios, se introducían en todas las familias, sin que pudiesen deshacerse de ellos, ó por mejor decir, privarse de ellos, los adivinos, los hechiceros, los que decían la buenaventura, los que anunciaban la suerte, acababan por imponerse á los ricos patricios disgustados de la vida <sup>(2)</sup>. Plinio el Antiguo observa <sup>(3)</sup> que en todo tiempo los mismos grandes filósofos, Pitágoras, Empédocles, Demócrito, Platón, buscaron en la magia como el coronamiento de su ciencia ó de su gloria, atravesando los mares y condenándose, por adquirir sus secretos, á viajes que eran largos destierros.

Tocante á la medicina, á la religión y á la astrología, las tres cosas de interés más vivo para el hombre, la ma-

πόλεως, ἀνδρὸς τὰ πάντα πρωτεύοντος ἔργοις τε καὶ λόγοις τοῖς ἐν φιλοσοφίᾳ, Σεργίου Παύλου ὑπάτου. Galen., *Anatom.* I. Y en otra parte, de *Proenot. ad Epiq.*, capítulo II: Σεργίος τε ὁ καὶ Παῦλος, ὅς οὐ μετὰ πολὺν χρόνον ἑπαρχὸς ἦν τῆς πόλεως καὶ Φλάβιος... ἐσπευκῶς δὲ περὶ τὴν Ἀριστοτέλους φιλοσοφίαν, ὥσπερ καὶ ὁ Παῦλος. En todo caso, este texto establece que la familia de Sergio Paulo era consular, y, de hecho, en los fastos de la historia se encuentran dos cónsules de este nombre, el uno en el año 21, y el otro en el año 168.

(1) Juvenal, *Sátira* X, 93.

(2) Tácito, *Hist.*, I, 22, pinta de este modo el estado de las cosas: «Genus hominum potentibus infidum, sperantibus fallax, quod in civitate nostra et vetabitur semper et retinebitur.»

(3) Plinio, *Hist.*, l. XXX, 1 y 2.

gia se imponía lo mismo á la clase más instruída que al bajo pueblo. «En Oriente, en la Persia—prosigue el naturalista latino,—nació con Zoroastro, y cuando fué importada á Grecia por cierto Ostanés, en tiempo de Jerjes, se tuvo por ella una verdadera pasión. Demócrito contribuyó mucho á extender sus secretos. Además de los discípulos de Zoroastro, hubo otra secta que hacía también cosas maravillosas, y que se relacionaba con Moisés, Jamnés y Jotapés, tres judíos <sup>(1)</sup> posteriores en varios millares de años al filósofo persa. En cuanto á la secta formada en Chipre, era mucho mas reciente, pero no por eso estaba menos en boga.»

Á ésta pertenecía el mago que se había impuesto al próconsul, y con ella se relacionaba también aquel Simón, por otra parte tan célebre en la historia evangélica, y del cual hemos hablado en otro sitio, el mismo que había comenzado por conquistarse una celebridad en Samaria. Josefo, en efecto, lo califica de cipriota <sup>(2)</sup>. Bar-Jesús ó Bar-Josué—muchas versiones y algunos Padres de la Iglesia han transformado este nombre en Barsuma <sup>(3)</sup>, Barjesubán, para evitar toda relación con el del Salvador,—judío de nacimiento, como su nombre indica, habíase él mismo elegido el nombre de Elimas, palabra de origen nabateo <sup>(4)</sup>,

(1) «Est et alia magices factio—dice el naturalista,—a Mose et Jamne et Jotape, judaeis, pendens, sed multis millibus annorum post Zoroastrem. Tanto recentior est Cypria.» Plinio se engaña suponiendo que Jamnés y Jotapés eran judíos; eran egipcios. Los nombres que les da son casi los mismos que la tradición rabínica daba á los hechiceros egipcios que quisieron hacer fracasar á Moisés en la corte de Faraón. Es muy sorprendente encontrar á este autor latino al corriente de una tradición tan poco conocida, pero que Pablo confirma: *II Tim.*, III, 8.

(2) Esta es sin duda la mejor manera de conciliar el testimonio de San Justino y de Josefo, si se admite que hablan de un mismo personaje. V. la *Obra de los Apóstoles*, vol. I, p. 165. Simón podía ser samaritano de origen y mago de la secta cipriota.

(3) La Peschito que lleva *Bar-Shuma*, supone que Elymas ó Elumus era la traducción árabe del nombre Bar-Shuna, significando el *hijo de la herida*, puesto que si *Alim*, aspirando fuertemente la *a*, quiere decir *prudente*, sin aspiración significa *sufrido al dolor*.

(4) En árabe, *Alim* ó *Alimon* tiene este sentido. De ahí viene el nombre Ulema empleado entre los turcos para designar los doctores de Islam. En hebreo ó arameo no se encuentra la etimología de Elymas.

sinónima de mago, que significaba el Prudente ó el Sabio. Había en esta sustitución de nombre algo de presunción, que San Lucas parece hacer contrastar con la humildad del Apóstol al cambiarse el suyo de Saúl, ó, como se pronuncia con más propiedad Saulo, célebre en la tribu de Benjamín, por el de Pablo ó el Pequeño <sup>(1)</sup>, el cual, á partir del día en que inauguró sus misiones entre los paganos, se convirtió en su denominación ordinaria <sup>(2)</sup>. Por lo demás, este sobrenombre, intencionadamente escogido, no podía menos de ser muy bien acogido. Precisamente por esto lo recuerda el historiador. El Apóstol iba á encontrarse en presencia de un procónsul que también llevaba con pleno derecho este nombre glorioso en los fastos de Roma. Y aun varios han supuesto que tal vez alguno de los Paulos lo había ya anteriormente comunicado al padre del joven de Tarso, como á un emancipado <sup>(3)</sup>.

Todo nos induce á creer que Sergio, hombre serio como era, había tenido con el judío Elimas algo más que simples relaciones de experiencias de hechicería. La cuestión

(1) San Agustín, de *Spir. et Lit.*, c. VII, dice: «Non ob aliud quantum mihi videtur, hoc nomen elegit, nisi ut se ostenderet parvum, tanquam minimum Apostolorum.» Pueden invocarse en apoyo de esta opinión numerosos pasajes de las Epístolas en que Pablo se nombra el *menor de los Apóstoles* (*I Cor.*, XV, 9), y el *menor de los santos* (*Efes.*, III, 8).

(2) De hecho, á partir de este momento, el que había sido llamado siempre con el nombre hebreo de Saúl, no será ya más designado por sus colegas *II Petr.*, III, 15, en los actos oficiales *Hechos*, XV, 25, en sus Epístolas, en el libro de los *Hechos*, sino con el nombre romano de Pablo, á menos que se trate del primer período de su vida, *Hechos*, XXII, 7, 13; XXVI, 14.

(3) V. la *Obra de los Apóstoles*, vol I, p. 155. Ewald supone que Sergio lo da al Apóstol. Esto está en contradicción con el texto. La manera brusca y como fortuita con que San Lucas introduce aquí el nombre de Pablo, induce á creer que repara un olvido cuya importancia le revela súbitamente, ora el sobrenombre presuntuoso de Barjesús, ora el nombre del procónsul Paulo. Con alguna verosimilitud se puede suponer que el Apóstol, debiendo, como la mayor parte de los judíos mezclados con los paganos, tomar un nombre de guerra, escogió el de Pablo á causa de su consonancia con Saulo y de su significación apropiada á su talla, ó al humilde concepto que tenía de sí mismo. La coincidencia de comenzar su apostolado universal predicando á un pagano de este nombre, pudo acabar de hacerle creer que lo había felizmente hallado. Empero el texto indica que fué escogido no como recuerdo de Sergio Paulo convertido, sino *antes* de principiar su conversión: Σαῦλος δὲ, ó καὶ Παῦλος, es llamado.

religiosa debió suscitarse entre ellos, ya que si, por una parte, el procónsul filósofo deseaba instruirse en una multitud de puntos en los que el paganismo no podía satisfacer su inteligencia y su corazón, de otra, el espíritu de proselitismo era tan inherente á todo hijo de Israel, que, aunque hechicero, debió Elimas ser doctor; sólo que había sido falso doctor ó falso profeta, como dice el texto sagrado. El deseo que demostró Sergio de oír la palabra de Dios demuestra que sabía que Dios había hablado; y aun quizás se le había dicho alguna palabra de las esperanzas mesiánicas de Israel: esto estaba en el programa de todo judío al exponer su religión. Sea que después de haber picado la curiosidad del procónsul, Elimas no hubiese sido capaz de satisfacerla plenamente, sea que la reputación de los dos predicadores llegados á Pafos hubiese contrabalanceado la del falso profeta, Sergio hizo llamarlos y les rogó que le comunicasen el Verbo ó palabra de Dios.

Para inaugurar el apostolado entre los gentiles, Pablo y Bernabé no podían apetecer conquista mejor que la de un procónsul romano. Aprestáronse, pues, á predicarle el Evangelio. Era esto abrirle horizontes religiosos mucho más luminosos y consoladores que la incompleta y falsa doctrina del mago. El alma recta y elevada de Sergio se sintió en seguida atraída al cristianismo como por una especie de armonía preestablecida. Tal es el privilegio de todo corazón honrado ante la verdad. Á medida que escuchaba la palabra divina, la apreciaba en su luminosa evidencia y se convertía en discípulo de Jesucristo. Elimas, viendo comprometida su influencia, creyó que este era el momento de intervenir y estorbar la acción triunfante de los dos Apóstoles. En el fondo, tomaba á Pablo y á Bernabé por simples rivales en imposturas y sortilegios, y se consideraba con arrestos suficientes para luchar con ellos. Teniendo necesidad de vencer para mantener su situación ante el procónsul y el pueblo, se presentó como decidido adversario (*ἀνθίστατο*) de los dos predicadores, multiplicó sus esfuerzos para impedir que Sergio abrazara la fe, y

aun se llegó á una especie de conferencia contradictoria, en la que Elimas debió hacer valer todas sus objeciones contra Jesucristo y su Evangelio. El severo reproche de Pablo parecía indicar que lo hacía con habilidad y malicia.

Como, á pesar de su fuerza irresistible, los argumentos que se le opinían dejaban siempre algunas escapatorias á su mala fe, Pablo, cansado de su obstinación, sintió que una indignación santa removía su alma. El Espíritu Santo, de quien estaba lleno y que primeramente había inspirado en él al predicador, inspiró <sup>(1)</sup> súbitamente al vengador de la verdad; miró con severidad <sup>(2)</sup> á Elimas, y esta mirada terrible confundió al impostor. Cuando Jesús quería curar á un enfermo, decía con frecuencia: «¡Mírame!» Pablo quiere castigar á Elimas y, con su mirada acusadora, hace penetrar en él el castigo. La mirada, ni en un caso ni en el otro, produce el milagro; es sólo el vehículo de la energía que lo produce. «¡Oh hombre lleno de engaño y de atrevimiento criminal—le dice, desenmascarando así su hipocresía y su falsa religión,—hijo del diablo <sup>(3)</sup>, adversario de toda justicia, ¿no cesarás, pues, de pervertir los caminos derechos del Señor?» Existe un camino que conduce directamente á Dios; tal es la fe sencilla y sincera, por la cual el hombre arrepentido se acerca al Mediador. El falso doctor se esfuerza en apartar á los que la gracia llama. Propone otros caminos engañosos en lugar del camino recto que el Señor ha trazado, obstinándose de esta manera en deformar y deshacer la obra divina. Antes de oír á los dos predicadores, era ya hipócrita y mentiroso, sirviéndose de la religión para sus intereses personales, y de sus sortilegios para recomendar su religión. ¿Era una excusa su grosera ignorancia? No es probable. En todo caso, después de haber escuchado á Pablo

(1) Mientras la palabra *πλήρης* indica un estado habitual, la expresión *πληθεις* indica un impulso súbito del Espíritu Santo.

(2) Así lo expresa el participio de *ἀπειξω*, derivado de *τεινω*, tender con la *á* intensiva.

(3) Por alusión al nombre Barjesus, ó Barjehú, *hijo de Jesús, ó de Dios*, le llama *hijo del diablo*, Comp. *Juan*, VIII, 44.

y á Bernabé, que exponían la doctrina de verdad, su actitud hostil á la palabra de Dios, su resistencia á la luz, le hacían tan perverso como Satanás, pues cometía el pecado contra el Espíritu Santo. «Mas he aquí ahora sobre ti,—prosigue Pablo,—la mano del Señor; y serás ciego, que no verás el sol hasta cierto tiempo.» Quiere las tinieblas; pues las tendrá, no solamente para el alma, sino también para el cuerpo. Detesta la luz é impide recibirla á los demás; pues estará privado de ella hasta no distinguir la del sol, y este triste estado de su ser físico revelará á todo el mundo el estado más triste aún de su ser moral.

En efecto, en seguida la obscuridad y la noche le envolvieron, y marchando á tientas, buscaba alguien que le condujese por la mano. El desventurado quizás encontró en su castigo la feliz transformación de su alma, ya que Pablo habla de la ceguera como de una pena transitoria. El Apóstol sabía por experiencia que perder la vista súbitamente era también un medio de llegar á ver con toda claridad. Sea de ello lo que fuere, este milagro es el único que, en su carrera apostólica, obró para castigar; con todo, el objetivo principal fué un bien real. Sólo llamó las tinieblas transitorias sobre los ojos de un pecador para procurar encender la luz en el alma de un arrepentido. El Evangelio debía imponerse ante todo en nombre de la caridad. Tal era la doctrina de Pablo. Por otra parte, no era él quien obraba allí, sino Dios. Se engañaría quien atribuyese á los Apóstoles el poder de hacer obras milagrosas por su propia iniciativa y voluntad <sup>(1)</sup>. Ellos esperaban la inspiración de lo alto, y no mandaban á la naturaleza sino cuando Dios lo ordenaba. Esta vez el Espíritu Santo había querido, castigando á un impostor obstinado, dar un golpe decisivo al alma del procónsul, al cual sus virtudes naturales y su sed de verdad hacían digno de ser cristiano.

---

(1) Si hubiese sido así, Pablo hubiera curado á Epafrodito enfermo (*Filip.*, II, 27), y él hubiera suprimido de sí mismo aquella espina en la carne, de que en vano había pedido á Dios le librase (*II Cor.*, XII, 8).

El resultado no se hizo esperar. Sergio fué discípulo del Evangelio. El texto indica que no fué precisamente el milagro realizado—su alma enteramente romana no estaba dispuesta á capitular ni siquiera ante una fuerza misteriosa,—sino la belleza armónica de la nueva religión, la santidad de su moral y la sublimidad de su doctrina lo que se hizo dueño de él.

Según todas las probabilidades, esta conversión ruidosa de un procónsul arrastró en pos de sí muchas otras. Sin embargo, el autor sagrado nada dice, y, por más sorprendidos que nos mostremos de su silencio sobre el resultado general de esta primera misión de Chipre, preciso es resolverse á aceptarlo, sin poder con alguna apariencia de razón llegar á interpretarlo.

¿Qué fué de Sergio Paulo? Como al finalizar el año terminaba su proconsulado, debía volver á Roma. Quizás allí le halló más tarde el gran Apóstol. Si la tradición de nuestra antigua y gloriosa Iglesia de Narbona tuviese fundamento, él hubiera sido su primer Obispo, habiendo recibido este apostolado del mismo que le había convertido. De este modo y con singular coincidencia, de las dos provincias que Augusto había entregado al Senado, Chipre y la Galia Narbonense, Sergio Paulo habría administrado la una como procónsul y evangelizado la otra como obispo. La crítica moderna no autoriza semejante suposición.

En cuanto á los dos Apóstoles, después de esta venturosa conquista, se sintieron animados á llevar más lejos la palabra vivificante de que querían llenar el mundo.

---

## CAPÍTULO III

### Pablo y Bernabé en Antioquía de Pisidia

De Pafos hacia el golfo de Pamfilia.—Lo que pudo determinar á los Apóstoles á tomar esta dirección.—Perge y la ruta que sube hacia el Tauro.—Antioquía de Pisidia.—Discurso de Pablo en la sinagoga de esta ciudad.—En qué se parece á los discursos de Esteban y de Pedro y en qué se distingue.—Resultado de esta primera predicación.—El sábado siguiente en la sinagoga.—Hostilidad de los judíos.—Los Apóstoles se dirigirán á los gentiles.—Conversiones numerosas entre éstos.—Persecución.—Es necesario dejar la ciudad y llevar la luz á otra parte. (*Hechos*, XIII, 13-52).

Las tierras más vecinas de Pafos, que está en la costa occidental de Chipre, eran las de Pamfilia. Se podía llegar á ellas en dos días de navegación. Tal era, pues, el punto naturalmente indicado por el cual los misioneros debían entrar en las ricas provincias del Asia Menor, en donde, particularmente después de la dominación romana, se habían establecido numerosos compatriotas, comerciantes israelitas. Una falúa en franquía, relaciones de familia, de amistad ó de casualidad, alguna circunstancia que no conocemos, fueron el medio de que se valió Dios para poner sus obreros en el camino en que los quería. Además, si, como en otra parte hemos supuesto <sup>(1)</sup>, Pablo había ya experimentado con éxito el temperamento religioso de los cilicianos, naturalmente pudo ocurrírsele la idea de manifestar á Bernabé, al llevarle consigo á los países limítrofes de su patria, que había más recursos entre los rudos montañeses del Tauro que entre los afeminados de la isla de Chipre. En efecto allí, y como al abrigo de las

---

(1) V. *Obra de los Apóstoles* vol. I, pág. 268. *Hechos*, XV, 23, 41, y *Galat.*, 21, son indicaciones serias.

grandes agitaciones sociales, en el interior del territorio, más allá de las cimas nevadas, á cubierto de toda vigilancia envidiosa, había ciudades en disposición de acoger la Buena Nueva. Allí, los instintos religiosos eran potentes, pero, mal dirigidos, degeneraban en ciega superstición<sup>(1)</sup>. Colonias judías, en general florecientes, debían ofrecerles casi en todas partes la ocasión de entrar en contacto con las poblaciones paganas. Esta era para los Apóstoles la cuestión que sobrepujaba á todas las demás.

El navío que conducía á los animosos misioneros dobló el cabo de Acamas, entró en el mar de Licia y abordó á las tierras de Pamfilia. Este es el nombre que se daba entonces á esta pequeña comarca que, en forma de un arco de círculo, se desarrolla graciosamente á lo largo del golfo de Adalia, entre Cilicia á Levante y Licia á Poniente. Como su nombre parece indicarlo, el país estaba habitado por pueblos de origen diverso<sup>(2)</sup>, griegos desembarcados después de la guerra de Troya, montañeses llegados del Tauro, comerciantes de todos los países establecidos en sus principales ciudades: Olbia, Aspendo, Atalia, Side, Perge. Esta pequeña nación se parecía mucho, por sus costumbres y usos, á los habitantes de Cilicia<sup>(3)</sup>; abundaba asimismo en navegantes, que se convertían de buen grado en piratas, y hablaban griego aunque de una manera casi bárbara<sup>(4)</sup>; había también conservado el culto de

(1) La historia de los catafrigios, montanistas y pepuzianos, así como las de Apolonio de Tiana, de Alejandro de Abonotica y de tantos otros charlatanes y teurgos impostores lo prueban. V, Filóstrato, *Vie des Sophistes*, II, 1, 3; Eusebio, *Chronic.*, Olymp. 236; *H. E.*, V, 14, 16 etc. Taciano, *adv. Graecos*, 25; Luciano, *Alexander seu Pseudomantis y de Morte Peregrini*.

(2) Este es uno de los sentidos que se puede dar á la palabra Πάμφυλοι. Los orígenes de este reducido pueblo se hallan indicados en Estrabón, XIII, 1, 63; XV, 4, 3; Herodoto, VII, 91; VIII, 68; Pausanias, VII, 3, 3. Otros quisieron hacer derivar este nombre de πᾶς y φύλλον, el país que está particularmente poblado de árboles. Es cierto que todavía hoy la pequeña llanura que se extiende verdeante como una segunda bahía superpuesta á la del mar, á lo largo de las montañas, está totalmente cubierta de vegetación lujuriosa. Cinco riachuelos la surcan y no hemos visto en la costa del Asia Menor ribera más bella que esta.

(3) Estrabón, XII, 7, dice: Οἱ Πάμφυλοι πολλὸ τοῦ Κιλικίου φύλλον μετέχοντες.

(4) Arriano, *Anab.*, I, 26; 4: Βάρβαρον φωνῆν ἔσαν... ἰδίαν σφῶν.

los dioses de la Helade: Júpiter, Dioniso (Baco) y Artemida (Diana); después, sobrevino la numerosa serie de cultos orientales, dando todo ello por resultante una amalgama de groseras devociones, en la que los nuevos dioses del imperio, Augusto, Calígula, Claudio, Nerón, habían acabado por figurar, con sus templos y sacerdotes especiales para honrarlos. Con mejor derecho, había arraigado también el judaísmo en algunas ciudades, y sabemos que, por las fiestas de Pentecostés, algunos pamfilianos se encontraban en Jerusalén <sup>(1)</sup>. Sin duda que estos oyentes del don de lenguas podían muy bien no ser otros que judíos establecidos en Pamfilia; pero, dondequiera que había judíos, hacían prosélitos, y pronto veremos que su celo no había quedado infecundo en estas comarcas.

Perge, la ciudad á que se encaminaron, estaba casi á doce kilómetros tierra adentro <sup>(2)</sup>, y se hallaba en comunicación con el mar por el Cestro, actualmente Aksu, entonces navegable, de la misma manera que Tarso lo estaba por el Cidno y Antioquía por el Orontes. Los dos Apóstoles desembarcaron con Juan Marcos. Mas, sea que se encontrasen desorientados, sea que se les hiciese mal acogimiento, su joven acompañante, poco preparado para las pruebas del Apostolado, espantado por lo desconocido á que se encaminaban, quizás descontento de ver á Pablo atribuirse la dirección de la misión, en detrimento de Bernabé, su tío <sup>(3)</sup>, fué presa del desaliento. Los recuerdos de su madre y de Jerusalén, acaso también alguna repugnancia, muy propia de un judío, á entrar en contacto, para instruirlos, con los adoradores de Diana y de los dioses de Grecia, hicieron que, por razones difíciles de precisar mejor, pero que Pablo consideró inaceptables <sup>(4)</sup>, solici-

(1) *Hechos*, II, 10.

(2) Estrabón, XIV, 4, 2, dice que remontando el Cestro en un curso de 60 estadios, los navíos abordaban á Perge.

(3) Es en verdad notable que el autor de los *Hechos*, habiendo dicho hasta este momento Bernabé y Pablo, desde ahora invierta el orden y haga de Pablo el punto central: *οἱ περὶ Παύλον*, vers. 13.

(4) La prueba de ello *Hechos*, XV, 37, 39.

tó el regreso á Jerusalén. Los dos Apóstoles debieron experimentar una pena muy viva por esta defección; más tarde Pablo se lo hará sentir al desconsiderado joven de un modo severo. Tal vez para no ser testigos de su partida y tratar su debilidad como se merecía, abandonaron á Perge sin predicar en ella <sup>(1)</sup>. Quizás tampoco había sinagoga en esta ciudad, por lo que consideraron prudente dejar para su vuelta, cuando se sintieran más fuertes, la evangelización de un centro tan importante.

Encaminaron su marcha hacia el Norte, remontando el valle del Cestro, por la ruta de las caravanas. Acaso se juntaron á una de ellas para caminar con alguna seguridad á través de países desconocidos é infestados de bandidos. Aunque el historiador sagrado nada dice de tales peligros, se puede suponer que Pablo hace alusión á ellos cuando habla de sus viajes peligrosos á través de ríos y ladrones <sup>(2)</sup>. No solamente de Isauria dice Estrabón que era una guarida de malhechores, sino también de Pisidia y de toda la vertiente meridional del Tauro <sup>(3)</sup>. De Jenofonte á Zózimo <sup>(4)</sup>, la historia habla, en efecto, de bandidos que no cesaron nunca de saquear estas comarcas. Respecto á las corrientes de agua que brotan impetuosas de las gargantas del Tauro á través de estrechos valles, son siempre peligrosas, aun en los mismos sitios en que se las considera vadeables, y era prudente no franquearlas sino en compañía de gentes muy conocedoras de todo el país. Debían hallarse entonces á principios de Mayo <sup>(5)</sup>.

(1) Esto es lo que indica la expresión *διελθόντες*, *pertranseuntes Pergen*.

(2) *II Cor.*, XI, 26.

(3) Estrabón, XII, 6 y 7.

(4) Jenofonte, *Anab.*, I, 1; II, 9, 59; III, 2, 14. Zózimo, p. 59 61, edic. Bonn.

(5) Para los antiguos, y principalmente en la costa oriental del Mediterráneo, la navegación, casi cerrada en Noviembre, apenas se abría hasta Marzo. Esta fué la época probable en que Pablo y Bernabé debieron abandonar á Chipre, á la que habían evangelizado en los últimos meses del año 47. En Mayo abordaron á Perge. Con todo, en manera alguna supon-dremos, con autores, por otra parte serios, como Conybeare y Howson, Farrar, etc., que no predicaron porque habían llegado en el momento en que los habitantes, huyendo de la fiebre, habían dejado desierta la ciudad.

La ciudad importante donde se detuvieron los dos mensajeros del Evangelio fué Antioquía de Pisidia, al noreste de dos hermosos lagos de aguas azules que se comunican entre sí, el Egerdir y el Hoirán; aquél, rodeado de terrazas frondosas y esmaltadas de casitas blancas, recuerda los lagos de Suiza. La ciudad está situada en una de las colinas meridionales que se unen á la cadena de montañas que atraviesa á Parorea, ó Frigia montañosa, de Este á Oeste <sup>(1)</sup>. Las ruinas subsisten todavía en grandiosa perspectiva, en Jalobatch, donde, no lejos del gracioso acueducto que llevaba á la gran ciudad las puras aguas de Sultán Dagh, trozos de muralla en pié y columnas de mármol derribadas, señalan el sitio de dos templos consagrados el uno á Dioniso, y el otro al dios Mes, protector de Antioquía <sup>(2)</sup>. Algunas monedas confirman lo que ya sabíamos por otras autoridades sobre Antioquía de Pisidia. Fundada por magnesianos y reedificada por Seleuco, quien le dió el nombre de Antíoco, su padre, se había convertido en una colonia romana de derecho itálico, bajo Augusto, y había juntado á su nombre el de Cesárea. Gozaba de todos los derechos que permitía el *Jus Italicum*: exención de impuestos y gobierno por medio de un Senado y de magistrados á la manera de Roma <sup>(3)</sup>. Unida á la provincia de Galacia <sup>(4)</sup>, se hablaba el latín como lengua oficial, según lo atestiguan las inscripciones que quedan. El griego era la lengua usual, que la conquista romana en manera alguna había suprimido. El pueblo bajo prefería el idioma pisidio.

Hemos visto estas emigraciones de verano en Tarso, y siempre queda gente en número suficiente para estimular el celo de un misionero. En todo caso, si estaban en Mayo, todavía la emigración no había tenido lugar. Este es en toda la costa asiática el mes más bello del año. Así lo hemos comprobado por tres veces en Éfeso y en Esmirna.

(1) Estrabón, XII, 8.

(2) La imagen del dios Men, Lunus ó Mensis, tiene una media luna en las espaldas, una Victoria en la mano izquierda, un bastón en la derecha y un gallo á sus pies con la inscripción: *Mensis Col. Coes. Antioch.* V. Eckhel, vol. III, p. 19.

(3) Plinio, V, 24; Digesto, I, 15, 9.

(4) Tolomeo, lib. V.

En compañía de los romanos habían llegado los judíos, y esta cuarta clase de habitantes no era ni la menos rica, ni la menos influyente. Practicaba públicamente su culto en Antioquía, y aun conseguía hacer prosélitos <sup>(1)</sup>. Contando, sin duda, con el apoyo de los correligionarios establecidos en el país, ó también porque fuesen portadores de recomendaciones para algunos de ellos, dirigieron Pablo y Bernabé á Antioquía. Debieron ser acogidos por alguna familia, pues la hospitalidad era un deber en todas las juderías de la dispersión. Por lo demás, los misioneros en manera alguna rehusaban trabajar para ganarse la vida. En el taller, en la tienda de los comerciantes por menor, inauguraron tal vez su evangelización, esperando ocasión propicia para hacerla pública.

En efecto, el sábado se dirigieron á la sinagoga y se sentaron entre los personajes importantes <sup>(2)</sup>. Estaban en su derecho, puesto que Pablo era discípulo de Gamaliel y Bernabé levita. Esto explicaría la invitación que se les hizo de tomar la palabra y edificar á la asamblea. Quizás también se había extendido ya en la comunidad judía el rumor de que eran portadores de una doctrina nueva y de un elemento de santificación inesperado, por lo que era natural el deseo de oírlos. Luego que, según costumbre, se hubo terminado la lectura de la Ley y de los Profetas <sup>(3)</sup>,

(1) Pablo los menciona en las primeras palabras de su discurso, XIII, vers. 16.

(2) Esto parece indicar la palabra *ἐκάθισαν*, empleada aquí con cierto énfasis. Además, es cosa sabida que los judíos guardan muchas atenciones á los extraños que visitan sus sinagogas. En Jerusalén, como en Constantina y en Liorna, donde las hemos visitado, se nos hizo sentar en los bancos de honor, ofreciéndonos libros para cantar con ellos. Solamente que tenían cuidado de presentárnoslos al revés para juzgar de nuestra ciencia en hebreo.

(3) Fundándose en las expresiones *ὑψωσεν, ἐτροφοφόρησεν* y *κατεκληρονόμησεν*, bastante raras en el lenguaje bíblico, empleadas por Pablo al principio de su discurso en un sentido que es visiblemente una reminiscencia de *Isaías*, I, 2 y del *Deuter.*, I, 31, 38, Bengel ha sospechado ingeniosamente que se podía determinar la lectura sagrada hecha en tal circunstancia. Ésta sería la del sábado *Hazon*, en el que, aun hoy día, se leen los últimos capítulos del Deuteronomio y el primero de Isaías, cuya primera palabra da el nombre al sábado. Estos dos fragmentos constituyen la 44.<sup>a</sup> de las secciones de la Ley (*Parashiot*) y de los Profetas (*Haphtarot*). Mas la división actual

los príncipes de la sinagoga enviaron á decirles: «Varones hermanos, si tenéis que decir alguna palabra de exhortación para el pueblo, hablad.» Pablo se prestó á ello de muy buen grado. Levantándose, pues, con un gesto solemne de la mano, gesto que le era habitual <sup>(1)</sup>, reclamó silencio, y se puso á hablar en griego.

Entre los judíos de la dispersión, la misma Biblia se leía en esta lengua, ó, si el texto era hebreo, había que traducirlo á los asistentes, para quienes la lengua de los profetas hacía ya mucho tiempo que se había convertido en lengua poco menos que muerta. La presencia de prosélitos y la concordancia de las citas con los Setenta, no permiten duda alguna sobre este punto. Este discurso, el primero que tenemos de San Pablo y que recuerda muy visiblemente la manera de argumentar empleada por Esteban y por Pedro, ofrece el más vivo interés. Como aquél, empieza Pablo, apoyándose en la historia de Israel, y, como éste, en la resurrección de Jesús, para sentar su tesis; después dará su nota personal añadiendo, al menos sumariamente, su teoría sobre la justificación. Es evidente que San Lucas tan sólo nos ha conservado los rasgos más salientes del discurso, pero bastan para darnos una idea de la predicación popular de Pablo, muy diferente de la teología más concisa y más trascendental de sus Epístolas.

«¡Varones israelitas y los que teméis á Dios, oid!» Se dirige á los judíos y á aquellos gentiles que, habiendo renunciado á la idolatría sin someterse á todas las exigencias de la Ley, van á la sinagoga á orar al Dios único y se muestran dispuestos á recibir la Buena Nueva. «El Dios del pueblo de Israel escogió á nuestros padres, y ensalzó<sup>(2)</sup> al pueblo,

de lecciones en la Sinagoga ¿se remonta á los tiempos de los Apóstoles? (\*)

(\*) Es verdaderamente poco probable que la actual división de la Ley y de los Profetas en secciones, obra del período masorético (siglos VI-X), responda con exactitud á la división á la que se alude en este pasaje, como también en *Hechos*, XIII, 27; XV, 21; *Lucas*, IV, 16; y quizás en *Marcos*, XII, 26; *Rom.*, XI, 2.—N. del T.

(1) *Hechos*, XXI, 40; XXVI, 1.

(2) La expresión *ὑψωσεν* debe entenderse de un beneficio que Dios les dispensó durante su permanencia, y no á su llegada, con la influencia de José,

siendo ellos extranjeros en la tierra de Egipto, y con brazo levantado los sacó de ella <sup>(1)</sup>. Y por tiempo de cuarenta años soportó sus costumbres en el desierto <sup>(2)</sup>; y destruyendo siete naciones en la tierra de Canaán, les repartió por suerte la tierra de ellas. Y después, como por cuatrocientos y cincuenta años, les dió Jueces hasta el profeta Samuel <sup>(3)</sup>. Y entonces demandaron rey; y les dió Dios á Saúl, hijo de Cis, varón de la tribu de Benjamín por cuarenta años <sup>(4)</sup>. Y quitado aquél, levantóles por rey á David,

ó á su partida, con los milagros de Moisés. La bendición de Dios hizo que se multiplicasen y convirtiesen en un pueblo: *Exod.*, I, 7; *Deuter.*, I, 10; *Hechos*, VII, 17. El verbo *ὑποῦσθαι*, que traduce exactamente la expresión hebrea empleada por *Isaiás*, I, 2, se entiende con frecuencia de los que crecen en número y fuerza. *Gen.*, XLVIII, 19, á propósito de Manasés; *Eccli.*, XLIV, 20.

(1) *Μετὰ βραχίονος ὑψηλοῦ* es la expresión bíblica, *Exod.*, VI, 1, 6; *Num.*, XXXIII, 4, que marca la actividad milagrosa de Dios por medio de Moisés.

(2) La verdadera lectura es *ἐτροφοφόρησε*, que significa llevar á la manera que llevan las nodrizas, y, por consiguiente, amamantar y nutrir en su seno. Esta misma expresión también se encuentra en los Setenta, *Deuter.*, I, 31. De ella se sirve la madre de los Macabeos con respecto á sus dos hijos, *II Mac.*, VII, 27. Los que, como la Vulgata, leen *ἐτροποφόρησεν*, entienden que Dios *soportó las malas costumbres* de Israel, pero pierden de vista la intención de Pablo, que consiste en mostrar la acción de Jehová y no la mala conducta de Israel.

(3) Es muy notable que Pablo siga aquí una cronología diferente de la notada en el tercer libro de los Reyes, VI, 1. Según ésta, entre el Exodo y el cuarto año de Salomón hay 480 años que se descomponen del siguiente modo: 4 años Salomón, 40 David, 40 Saúl, 25 Josué (estas dos últimas indicaciones no se encuentran en el Antiguo Testamento, sino en Josefo, *Ant.*, VI, 14, 9; V, I, 29), finalmente 40 en el desierto. Queda, pues, tan sólo un período de 331 años para los Jueces, lo cual no concuerda con los 450 años que Pablo da como cifra aproximada. ¿Se equivocó? En esta cifra concuerda con Josefo, quien, (*Ant.*, VIII, 3, 1, comp. X, 8, 5) encontrando un espacio de 592 años entre el Exodo y la construcción del Templo (*Ant.*, XX, 10, y *C. Apion.*, II, 2, dice 612), reserva 443 años para los Jueces. Está de acuerdo también con las indicaciones del libro de los Jueces en que 339 años de Otoniel á Heli y 111 de servidumbre dan la suma total de 450. (Véase III, 8, 11, 14, 30; IV, 3; V, 32; VI, 1; VIII, 28; IX, 22; X, 2, 3, 8; XII, 7, 9, 11, 14; XIII, 1; XV, 20. El total = 410, y 450 juntándole los 40 años de Heli.) ¿Es necesario suponer un error ó un descuido en el libro de los Reyes? Esta es la solución más franca. Las demás van contra el texto, ya que *μετὰ ταῦτα* del versículo 20 y *ἐκείθεν* del siguiente pretenden fijar el período de que se disputa. Así, pues, en la época de Pablo la exégesis rabínica corregía las faltas que encontraba en los textos sagrados, y Pablo estaba al corriente de estas rectificaciones tan bien como Josefo.

(4) Aquí también, según la tradición, Pablo fija en 40 años la duración del reinado de Saúl. Josefo, *Ant.*, VI, 14, 9, especifica que reinó 18 años en

al que dió también testimonio diciendo: «He hallado á David, hijo de Jesé, varón conforme á mi corazón, el cual hará todo lo que yo quiera (1).»

Hasta aquí Pablo no establece más que preliminares, y este exordio histórico, que probaba su ciencia, á la vez que halagaba el amor propio nacional, no dejaba vislumbrar el objeto principal del discurso. Éste iba á surgir, por lo tanto, de improviso, y de un modo muy natural. Dios escogió, protegió, alimentó y gobernó á su pueblo, ya por sí mismo, ya por medio de sus representantes, con una intención particular, la de hacer salir de él algo decisivo en la historia de la humanidad, la salvación de un mundo destinado á la muerte. Su acción sobre una familia privilegiada apuntaba á un resultado final que interesaba á todo el género humano. De un patriarca sacó una nación; de un rey de esta nación sacará un hombre salvador. David se convierte en el representante elegido y aceptado por Dios, y llevará en sus entrañas el germen de salvación que ha de venir. De este modo, indica Pablo á grandes rasgos la acción maravillosa de la Providencia trabajando para rescatar al hombre perdido, aun á través de las infidelidades del hombre rebelde. Con seguridad que él desarrolló estas ideas más ampliamente, y en cuanto tuvo en suspenso las miradas de todos sobre el gran rey de Israel, David, añadió:

• «De la simiente de éste (2), Dios, conforme á la promesa, levantó á Jesús por Salvador de Israel; predicando Juan delante de la faz de su venida el bautismo de arrepentimiento á todo el pueblo de Israel. Mas como Juan cum-

---

vida de Samuel y 22 después de su muerte. Mas en el texto del historiador judío ha de haber un error, puesto que si Saúl había sobrevivido 22 años á Samuel, se seguiría que David, no teniendo más que 30 años cuando sucedió á Saúl, hubiera sido consagrado por Samuel á la edad de 8 años y hubiera vencido á Goliat y casado con Micol antes de ser un adolescente.

(1) Pablo combina dos pasajes del Antiguo Testamento para constituir este texto: *Sal. LXXXVIII, 21*, y *I Reyes, XIII, 14*.

(2) Es notable la construcción de la frase en el texto griego. *Tóvrou*, que representa á David, está claramente colocado al frente, y el nombre del Salvador Jesús al fin, Dios Todopoderoso entre los dos.

pliese su carrera, dijo: «¿Quién pensáis que soy? No soy yo; mas he aquí viene tras de mí aquel cuyo calzado de los pies no soy digno de desatar <sup>(1)</sup>.» ¿Había en Pisidia, como más tarde se verá en Éfeso, discípulos de Juan Bautista formando una secta en oposición á Jesucristo, y Pablo quiere destruir sus pretensiones exponiendo los hechos evangélicos como tuvieron lugar, ó bien recuerda sin propósito alguno de controversia la idea exacta que Juan dió de sí mismo y de su misión? No podría decirse. En todo caso parece suponer que la acción del Bautista en Israel es conocida de aquellos á quienes se dirige, y por resumido que sea aquí su discurso, no parece que tuviera que añadir nada para hacerse comprender de su auditorio.

«Varones hermanos—exclama con profunda emoción, —hijos de la prosapia de Abraham, á vosotros es, y á cualquiera que entre vosotros teme á Dios, á quienes es enviado este anuncio de la salvación. Porque los habitantes de Jerusalén y sus jefes, desconociendo á este Señor, y las profecías que se leen todos los sábados, con haberle condenado las cumplieron; y no hallando en él ninguna causa de muerte, no obstante, pidieron á Pilato que se le quitase la vida. Y después de haber ejecutado todas las cosas que de él estaban escritas, descolgándole de la cruz, le pusieron en el sepulcro. Mas Dios le resucitó de entre los muertos al tercer día, y se apareció durante muchos días á aquellos que con él habían venido de Galilea á Jerusalén, los cuales hasta el día de hoy están dando testimonio de él al pueblo. Nosotros, pues, os anunciamos el cumplimiento de la promesa hecha á nuestros padres, el efecto de la cual nos ha hecho Dios ver á nosotros sus hijos, resucitando á Jesús en conformidad de lo que se halla escrito en el principio de los salmos <sup>(2)</sup>:

(1) Este es uno de los rarísimos pasajes de los discursos apostólicos en que se encuentra algo de nuestros Evangelios. La expresión *πρὸ προσώπου* recuerda las palabras de Zacarías, *Luc.*, I, 76; la declaración del Precursor á *Marc.*, I, 7; *Mat.*, III, 11; *Luc.*, III, 16. Adelanta lo que más tarde escribirá el cuarto evangelista, *Juan.*, I, 19-27.

(2) La primera vez que encontramos precisada con toda exactitud la

Tú eres hijo mío, te di hoy el ser <sup>(1)</sup>. Y para manifestar que le ha resucitado de entre los muertos para nunca más morir, dijo así: Yo cumpliré fielmente las promesas juradas á David <sup>(2)</sup>. Y por eso mismo dice en otra parte: No permitirás que tu Santo experimente la corrupción <sup>(3)</sup>. Pues por lo que hace á David, sabemos que después de haber servido en su tiempo á los designios de Dios, cerró los ojos, y fué sepultado con sus padres, y padeció la corrupción. Pero aquel á quien Dios ha resucitado de entre los muertos, no ha experimentado ninguna corrupción.»

Esta argumentación sobre Jesús resucitado, que recuerda la de Pedro <sup>(4)</sup>, era la base ordinaria de toda la demostración evangélica, y es muy natural ver á Pablo, que dirá en sus Epístolas: «Si Jesús no ha resucitado, vuestra fe es un engaño <sup>(5)</sup>,» emplearla aquí. Él la expone á su manera, reuniendo sus diversas partes según aquella amplia ciencia escrituraria, que es aquí, como siempre, el fondo mismo de su teología. Que el Crucificado había sido visto resucitado, era un hecho que testificaban los Apóstoles y que bastaba para probar la misión divina de Jesús, puesto que Dios no pudo llamarle á la vida y gloria celestial sino en el caso de que fuese, como Él había predicado, su representante y su Hijo. Además, y como para corro-

fueron de donde se ha tomado el pasaje que se cita, parece que hay en él una inexactitud. El texto original dice: *en el primer Salmo, εν τῷ πρώτῳ ψαλμῷ*; ahora bien, este pasaje se halla en el *segundo*. Es probable que lo que constituye para nosotros el salmo I era entonces mirado como un simple preámbulo de todo el salterio (\*).

(\*) La Vulgata dice: *in psalmo secundo*, de conformidad con la lección: *εν τῷ ψαλμῷ τῷ δευτέρῳ*.— N. del T.

(1) *Rom.*, I, 4; Pablo dice que Jesús fué predestinado ó declarado Hijo de Dios por su resurrección.

(2) Esta cita de *Isaias*, LV, 3, hecha libremente según los Setenta, es mucho más clara en el hebreo: «Yo haré con vosotros una alianza eterna, atendiendo las promesas gratuitas hechas á David.» Estas promesas eran que uno de sus hijos sería rey por siempre: *II Reyes*, VII, 12; *Salmo*, LXXXVIII, 38.

(3) *Salmo*, XV, 10.

(4) Sin embargo, Pablo tan sólo toma un fragmento de los cuatro versículos que Pedro había citado, y organiza su razonamiento de una manera bastante diferente.

(5) *I Cor.*, XV, 17.

borar este argumento, irresistible en sí mismo, es un hecho que la resurrección y exaltación de Jesús habían sido profetizadas. Dios había prometido mostrar á su Hijo al mundo librándole de la corrupción del sepulcro. ¿Cómo cumplió esta promesa? No en la persona de David, que murió y quedó en su sepulcro como los demás hombres, sino en uno de su linaje, en Jesús, á quien Él ha resucitado y proclamado de este modo su verdadero Hijo, Mesías y Salvador de Israel.

«Sabad, pues, varones hermanos, que por este Jesús os es anunciada la remisión de los pecados, y de todo lo que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en éste es justificado todo aquel que creyere.» Entra Pablo sin vacilar en su doctrina capital y decisiva sobre la fe en el Salvador, la cual suprime las obras de la Ley. ¿Expúsola más ampliamente y sin inquietarse por el escándalo que había de suscitar entre los judíos poco preparados para una enseñanza tan nueva y tan contraria á sus ideas? Es probable, porque si bien á primera vista, según la narración del autor de los Hechos, puede admitirse que el Apóstol se deslizó rápidamente sobre lo que iba á ser la base fundamental de sus Epístolas, el tono del discurso, que cambia en seguida, autoriza á creer que Lucas reprodujo de un modo insuficiente lo que Pablo había desarrollado <sup>(1)</sup>. En efecto, puede suponerse que, entre la concurrencia, y de parte de los judíos, se acentuaron algunas señales de reprobación contra la tesis del Apóstol, que colocaba resueltamente la fe en lugar de la Ley. Debió de oír algunos murmullos descorteses, y por esto dirige esta advertencia

(1) Así parecería decir que, por la Ley, se podía obtener una justificación parcial ante Dios: ἀπὸ πάντων κ. τ. λ. Nada más opuesto á su doctrina, *Gal.*, III, 11; *Rom.*, III, 20; VIII, 3, etc. Es preciso, para entender correctamente todo su pensamiento, unir el relativo ὡν con πάντων y excluir la realidad de una justificación parcial por la Ley fuera de Jesucristo. Aquí se halla expuesta tan sólo la mayor de las dos proposiciones que constituyen en realidad la doctrina de Pablo sobre la justificación: «De todas las manchas de que no puede ser purificado por la Ley, será justificado el hombre por la fe en Jesucristo.» En cuanto á la menor del silogismo: «Es así que por la Ley no podía ser purificado de mancha alguna», y la conclusión: «luego es preciso buscar en Jesucristo toda justificación», serán aclaradas más tarde.

severa á los refractarios que dispensaban mala acogida á la Buena Nueva: «Mirad—les dice,—que no venga sobre vosotros lo que está dicho en los profetas: Mirad, oh menospreciadores, llenaos de estupor y desvaneceos, porque yo hago una obra en vuestros días, obra que no creeréis, si alguien os la contare.» Estas palabras son del profeta Habacuc <sup>(1)</sup>. Las amenazas de maldición y de castigo dirigidas en otro tiempo por Dios á Israel con motivo de los caldeos, que, vencedores, iban á ocupar el sitio del pueblo infiel en la tierra prometida y en la Ciudad Santa, son renovadas por Pablo contra los judíos que le escuchan <sup>(2)</sup>. Obra muy asombrosa sería el abandono y reprobación definitiva de Israel, pero, por asombrosa que sea, los insolentes rebeldes la presenciarán y quedarán anonadados.

Las singulares y numerosas variantes que tiene aquí el texto de San Lucas <sup>(3)</sup> no permiten precisar claramente el resultado de este discurso. Pablo y Bernabé salen inmediatamente de la sinagoga antes de acabar la ceremonia <sup>(4)</sup>. ¿Es esto un preludio de la solemne ruptura que debía producirse el sábado siguiente entre ellos y los judíos? Parece probable. En esta hipótesis, resulta cierto que la amenaza tomada de Habacuc por el Apóstol había sido legitimada por la actitud hostil de los principales judíos reunidos en la sinagoga. Se trata de una cita para discutir con más amplitud, en la próxima asamblea sabática, la tesis irritante bosquejada en ésta. ¿Son los jefes de

(1) La cita de Habacuc, I, 5, está conforme con los Setenta menos en dos palabras que dan más energía á la frase, sin modificar el sentido. Los Setenta, como los autores de las traducciones árabe y siriaca, habían leído *bogedim*, *despreciadores*, donde nuestro texto hebraico actual lleva *baggoim*, *entre las naciones*, y Pablo sigue su indicación, que, por lo demás, puede ser muy bien la más conforme al texto primitivo.

(2) Muchos intérpretes suponen que Pablo, á ejemplo de Jesús, alude aquí á la ruina de Jerusalén por los gentiles. Pero no debería limitarse así su pensamiento; habla á los judíos de la dispersión, y parece referirse más especialmente á la sustitución de Israel por los gentiles en lo que atañe á la salvación.

(3) V. Alford, Lachman, Meyer y otros sobre estas variantes.

(4) Así resulta del vers. 43: *λυθείσης δὲ τῆς συναγωγῆς*, precedido del vers. 42; *Ἐξίοντων δὲ αὐτῶν*.

la sinagoga quienes manifiestan á los Apóstoles el deseo de oírlos de nuevo, á fin de que expliquen más claramente su pensamiento sobre la fe que debe sustituir á la Ley? ¿Son los gentiles, como quiere otro texto <sup>(1)</sup>, quienes les piden una conferencia complementaria? Todo esto es posible; pero ¿no sería más natural suponer que Pablo y Bernabé, al retirarse ante la protesta de los dignatarios judíos, invitaran por sí mismos á los gentiles <sup>(2)</sup> á volver en mayor número á la próxima reunión sabática <sup>(3)</sup> para oír la consoladora doctrina de que eran portadores? De hecho, parecía que los paganos de Antioquía habían respondido á un llamamiento semejante. En todo caso, el texto dice claramente que, terminada la asamblea, varios judíos y prosélitos, alabando á Dios, se juntaron á los dos Apóstoles, y que éstos continuaron instruyéndolos, á la vez que exhortándolos á que permaneciesen fieles á la gracia de lo alto.

Transcurrió, pues, una semana en conferencias religiosas con los que buscaban la verdad, y pronto en la ciudad no se habló de otra cosa que de la doctrina de los nuevos predicadores. Todo el mundo esperaba con impaciencia el sábado siguiente que iba á darles ocasión de explicarse. Llegado este día, se vió la ciudad casi en peso dirigirse á la sinagoga para escuchar la palabra de Dios. Semejante solicitud en quienes no eran todavía más que paganos, era visiblemente provocada por las tendencias universalistas de los predicadores, y debían hacer que su palabra y su actitud fuesen aún más sospechosas á los judíos. No cabía duda de que Pablo y Bernabé se inclinaban á una religión abierta á todos y, por lo tanto, á la destrucción del judaísmo. Todo esto era verdadero, mas no había que olvidar que, matando al judaísmo, la rei-

(1) En efecto, algunos manuscritos llevan τὰ ἔθνη después de παρεκάλουν.

(2) El neutro τὰ ἔθνη, si se le admite en el texto, lo mismo puede ser régimen que sujeto.

(3) De ordinario μεταξύ quiere decir *en el intervalo*; aquí significa *después*, y μεταξύ σάββατον quiere decir *el sábado siguiente*. En este último sentido se halla usado por Dionisio de Halicar., III, 2, 3; Demóstenes, *Phil.*, I, 13; Josefo, *B. J.*, V, 4, 2. *Ant.*, XVI, 7, 6, etc.

gión nueva no dejaba de ser su triunfo y su glorioso coronamiento, y particularmente los judíos de la dispersión habrían debido entrever el magnífico papel que Dios les había señalado en medio de las naciones, y considerarse dichosos de ser el germen bendito y providencial que llevaba al mundo entero la salud y la vida.

Desgraciadamente no fué así, por lo que, obstinándose en querer que todo, aquí bajo, fuese para él, en lugar de ser él para los demás pueblos, Israel se levantó contra lo que debía hacer prevalecer el plan divino. Á propósito de la vocación de los gentiles ó del oficio de la Ley y de la fe en la justificación del pecador, suscitó el judaísmo, en Antioquía de Pisidia como en Jerusalén, las más violentas objeciones contra las teorías de Pablo. Su celo, ó mejor, su fanatismo, se excitó hasta pasar, de la oposición, á las injurias y á las blasfemias. La caridad de un apóstol tiene fatalmente límites; ó, si se prefiere, llega un momento en que no se ejerce sino cesando en el apostolado, lo cual sucede cuando éste no sirve más que para excitar una criminal violencia á la verdad y á la luz. Pablo y Bernabé, comprobando con tristeza las detestables disposiciones de sus compatriotas, y no pudiendo soportar por más tiempo las blasfemias contra Cristo y el Evangelio, exclamaron con noble firmeza: «Á vosotros, primeramente, era menester que se os anunciase la palabra de Dios; mas ya que la desecháis y os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí que nosotros nos volvemos á los gentiles. Porque así nos ha mandado el Señor: Te he puesto para luz de los gentiles, para que seas salud hasta los extremos de la tierra.» Al invocar este pasaje de Isaías <sup>(1)</sup>, y aplicárselo á sí mismos, aunque deba entenderse más directamente del Mesías, los dos misioneros quieren convencer á los judíos mediante la autoridad de los profetas, cuyo testimonio en manera alguna

---

(1) *Isaías*, XLIX, 6, está citado, según los Setenta, con una ligera diferencia en las primeras palabras. El oráculo divino va dirigido al servidor de Jehová, al Mesías, y anuncia el llamamiento de los gentiles á la Buena Nueva.

podían recusar. En vano hubieran apelado á la de Jesús declarando que el Evangelio debía ir primeramente á los judíos, á los samaritanos y á los gentiles después, ya que esta autoridad hubiera sido rechazada. En cambio, á sus profetas nada tienen que replicar. El plan divino revelado por sus oráculos debe cumplirse en el decurso de las edades. Israel se presta á ello por su infidelidad. La luz que no quiere pasará inmediatamente á los que la llaman, y se regocijarán de su claridad. Dios va á repudiar á su pueblo. Aquí hay un principio de ruptura pública; sin embargo, no es la ruptura definitiva. Cada comunidad peca por su propia cuenta. En Éfeso, Corinto, Roma, Pablo continuará dirigiéndose primeramente á los judíos y después á los paganos <sup>(1)</sup>, no cesando de suplicar á sus hermanos que abran los ojos á la verdad, hasta que se vea rechazado obstinadamente por ellos. Solamente entonces los abandonará. De este modo y en un sentido general, á medida que el pueblo de la promesa rehuse entrar en el reino, se cerrará la puerta delante de él, y, por el contrario, se abrirá para la gentilidad que responderá en masa al llamamiento de Dios.

He aquí lo que desde luego es necesario consignar. La declaración de los dos Apóstoles excitó el más jubiloso entusiasmo en los gentiles, quienes comenzaron en seguida á glorificar esta voz del Señor, que les hablaba con más benevolencia que la de los rabinos rigoristas. Todos los predestinados por la misericordia de Dios á la vida eterna <sup>(2)</sup> se hicieron creyentes. Así, la Iglesia se fundó sin los judíos.

Además, los nuevos prosélitos, convirtiéndose á su vez en doctores, ayudaban de palabra y de obra á Pablo y á Bernabé en extender el Evangelio por todo el país. Los progresos de la fe fueron rápidos.

(1) *Rom.*, I, 16; XI, 11-25; *Hechos*, XVIII, 6; XIX, 9; XXVIII, 28.

(2) Sin duda que la energía que predestina en la obra de la salvación es aquí suministrada por Dios, mas la libertad humana no está menos salvada por estas palabras precedentes, vers. 46: «Vosotros mismos os habéis juzgado indignos de la vida eterna.»

Semejante éxito pareció intolerable á Israel, puesto así fuera del movimiento religioso que trabajaba á todo el país, y buscó manera de estorbarlo. Uno de los elementos explotados útilmente fué la influencia de las mujeres paganas iniciadas en la religión judía. Sabido es que éstas eran numerosas, y casi siempre de la clase alta, dondequiera que los judíos lograban acercarse á ellas, á pretexto de ejercer sus pequeños negocios. Hablamos en otra parte<sup>(1)</sup> de la influencia de semejantes prosélitos en Damasco y en otras ciudades de Oriente. Pertenecientes principalmente á la alta sociedad, sus ocios, su cultura intelectual, como también el vacío que había dejado en su alma la religión pagana, las disponían muy naturalmente á adoptar el monoteísmo y la moral elevada de Israel. Ora porque no hubiesen entendido bien á Pablo y á Bernabé, ora por que con aquella tenacidad de carácter que las sujeta tan fácilmente al error y les ha asegurado siempre un lugar tan activo en la historia de las herejías, hubiesen tomado, desde el principio, una actitud difícil de retractar cuando la vanidad entra en juego, pusieron al servicio de los judíos, contra los dos predicadores, toda la influencia de que podían disponer. Esta influencia es con frecuencia decisiva, y esas voces llenas de flexibilidad y de artificio que, día y noche, con terrible persistencia, acusan ante un padre, un hermano, un hijo ó un amigo, consiguen al fin levantar odios formidables. Se organizó una verdadera persecución contra Pablo y Bernabé. Se les echó del país, no por un edicto de expulsión—volverán pronto sin ser inquietados,—sino por un acto de violencia. Las luchas religiosas, como se ve en la historia de los primeros siglos de la Iglesia, tomaban prontamente temibles proporciones en aquellas comarcas en que la imaginación es ardiente y las impresiones tan vivas como fáciles. Los dos Apóstoles, indignados de la intriga urdida, contra ellos por sus propios conciudada-

---

(1) V. la *Obra de los Apóstoles*, vol. I, p. 184, 326 y siguientes.

nos, sacudieron sobre Israel el polvo de sus pies, y se marcharon, conformándose así con una de las más severas prescripciones del Maestro <sup>(1)</sup>.

Sin embargo, sus sudores estaban muy lejos de quedar sin fruto, y, si debían renunciar á acabar su obra en Antioquia de Pisidia, dejaban una Iglesia joven é interesante, la cual, en medio de la tempestad, se mostraba llena de dulce alegría y estaba visiblemente trabajada por la acción eficaz del Espíritu Santo.

---

(1) *Mateo*, X, 14; *Marc.*, VI, 11; *Luc.*, IX, 5.

## CAPITULO IV

### Pablo y Bernabé en Iconio

Los dos Apóstoles, al dirigirse al sur, parece que quieren aproximarse á Cilicia.—La ciudad de Iconio.—Predicación en la sinagoga.—La doctrina confirmada por milagros.—Felices frutos de la larga permanencia de los Apóstoles en Iconio.—La leyenda de Tecla y su verdadera significación.—Los judíos suscitan una insurrección contra los predicadores.—Éstos salvan la joven Iglesia retirándose. (*Hechos*, XIV, 1-6.)

Como si, después de esta primera ráfaga de la persecución, algún tanto inquietos por su ministerio, tuviesen necesidad de confortarse acercándose á países más conocidos, los dos predicadores se dirigieron al sudeste, donde, á través de Licaonia, podían, á su gusto, volver, si querían, á Cilicia y á Tarso. Hemos observado ya cuán fuera de razón sería suponer el alma de los Apóstoles al abrigo de las incertidumbres y angustias inseparables de la inmensa empresa que intentaban. Dios no los iluminaba de antemano sobre los resultados venideros. Hubiera aminorado así su mérito y suprimido aquel elemento humano de energía que lucha sin estar seguro de la victoria, elemento que constituye la gloria del hombre y el homenaje más bello ofrecido á quien, desde lo alto, contempla á sus servidores en el trabajo. Pablo, en su labor de misionero, marcha á tientas, con temor y temblor, pasando de repente de la esperanza á la ansiedad, pero marchando al menos, después de haber puesto por su parte los recursos humanos, lo mismo que las condiciones divinas del éxito.

Costeando de norte á sur los últimos contrafuertes del Tauro y pasando cerca de Laodicea la Quemada, sin detenerse en ella, llegaron, después de cien kilómetros de cami-

no, á la ciudad de Iconio, donde había una comunidad judía bastante floreciente y una sinagoga. Los autores antiguos no están acordes en determinar á qué provincia realmente pertenecía esta ciudad. Jenofonte <sup>(1)</sup> la atribuye á Frigia; Cicerón, Plinio el Antiguo y Estrabón á Licaonia <sup>(2)</sup>; Amiano Marcelino á Pisidia <sup>(3)</sup>, lo cual supone que, situada en el límite de estas tres provincias, pudo pertenecer ya á una, ya á otra. En el año 36 a. d. J. C., Antonio la cedió á Amintas, nombrado entonces rey de Galacia. Muerto éste, fué incorporada al imperio romano y definitivamente asignada á la provincia de Galacia <sup>(4)</sup>.

Situada á poniente de aquella vasta llanura, quemada por la sal aun más que por el sol, llamada Licaonia, Iconio se apoyaba en las últimas montañas de Parorea. Como Damasco, rodeada de verdor á las puertas de un vasto desierto, ofrecía el aspecto de un oasis, en el cual mil arroyuelos, derivados de un torrente que desciende de las cimas vecinas, riegan jardines esmaltados de flores y vergeles cubiertos de frutos. Lo que daba una importancia particular á Iconio, era que junto á sus muros se juntaban las vías de gran comunicación con Galacia y Frigia al norte, Capadocia, Armenia y el Ponto á levante, Cilicia y Siria al mediodía <sup>(5)</sup>. Por eso las razas asiáticas se encontraban allí mezcladas en gran proporción con la población griega, la cual, después de haber sido largo tiempo la raza preponderante, había quedado sujeta á los romanos, convertidos en señores del país. Detrás de estos conquistadores habían llegado los modestos comerciantes judíos, pronto bastante numerosos para formar una colonia y tener una sinagoga.

(1) *Anab.*, I, 2, 19. Ciro el Joven llega *és 'Íkónion τῆς Φρυγίας πόλιν ἑσχάτην ἐντεῦθεν διελάνει διὰ τῆς Λυκαονίας.*

(2) Cicerón, *Ad Famul.*, XV, 4: «In Lycaonia apud Iconium.»

(3) Amiano Marcelino, XIV, 2, 1: «Pisidiae oppidum.»

(4) Hoy todavía la grande vía estratégica de Siria á Constantinopla pasa por Khonieh. Los ejércitos la han surcado multitud de veces, y en ella, en 1832, Ibrahim-Pachá con sus egipcios consiguió la victoria que, sin la intervención de las potencias europeas, le habría abierto las puertas de Constantinopla.

(5) Plinio, *Hist. nat.*, V, 25; Estrabón, *Geogr.*, VII, 6, 1; Tolomeo, V, 4, 10.

La ciudad actual de Khonieh, con sus muros levantados por los seljucidas, cuya capital fué en la Edad Media, no ha conservado monumento alguno de la antigua ciudad; mas sus murallas, sus torres cuadradas, sus puertas macizas, son como un museo al aire libre, donde los turcos se glorían en exponer, como bloques vulgares y sin ningún interés, los fragmentos más soberbios de antiguos edificios, templos y palacios, altares ricamente esculpidos y todavía intactos, pedestales de estatuas y frontis de arcos de triunfo, con inscripciones griegas que es interesante descifrar. Sin embargo, la mayor parte son de época romana. Hoy día hay poco más de 30.000 habitantes en Khonieh, una quinta parte tal vez de la población de otro tiempo.

Los dos Apóstoles, obrando según la costumbre que tenían y que desde luego les había deparado un éxito en Antioquía de Pisidia, apenas llegados á Iconio, aprovecharon la primera ocasión de aparecer en la sinagoga donde les aguardaba un auditorio simpático. Hablaron en ella con toda libertad y determinaron á multitud de judíos y paganos <sup>(1)</sup> á aceptar el Evangelio. Para quien no tenía prejuicios y buscaba simplemente la verdad, la palabra de los Apóstoles, tan consoladora, tan luminosa, tan sincera, se convertía en invitación irresistible á aclamar á Jesús. En Iconio se formó, pues, otra Iglesia cristiana, que Pablo y Bernabé se dedicaron á desarrollar y organizar seriamente. En efecto, el historiador dice que permanecieron bastante tiempo en esta ciudad. Siendo la expresión de que se sirve en esta circunstancia la misma que la empleada para indicar el intervalo de tres años entre la conversión de Pablo y su viaje á Jerusalén, estamos autorizados á creer que se trata aquí de un lapso de tiempo considerable <sup>(2)</sup>. El gran esfuerzo de los dos predicadores, durante

(1) La expresión Ἑλλήνων, que traducimos por *paganos*, representa aquí la parte de los asistentes que no practicaba toda la ley de Moisés, prosélitos de la puerta, incircuncisos ó también idólatras, que asistían por curiosidad.

(2) La fórmula *ικαὸν χρόνον* denota, en efecto, tres años, *Hechos*, IX, 23,

su primera misión, parecía, pues, haberse afirmado en Iconio y países colindantes. Esto no quiere decir que todavía los judíos opuestos al Evangelio no les suscitasen graves y numerosas dificultades, excitando las malvadas pasiones de los paganos contra los miembros de la joven fraternidad cristiana; pero Pablo y Bernabé estaban habituados á la lucha y, á pesar de las hostilidades de toda suerte, predicaban libremente y con éxito al Señor y su doctrina. Es muy sensible que una pluma piadosa no nos haya conservado algunos detalles sobre los incidentes, las obras, los discursos, que llenaron esos largos días pasados tan fructuosamente en Iconio. Quizá fué aquí donde Pablo tuvo la crisis violenta de aquella enfermedad que más tarde traerá á la memoria para rendir homenaje al sacrificio y afecto que sus amados gálatas le habían testimoniado. ¡Cuánto interés tendría para nosotros el conocimiento de la historia detallada de este fecundo apostolado! San Lucas tan sólo indica que si, al dirigirse á Israel, los misioneros invocaban las profecías para demostrar la verdad del Evangelio, para persuadir á los gentiles se pusieron á obrar milagros. Y siendo los milagros signos del cielo, el Dios en cuyo nombre se obraban, rendía homenaje á la palabra de los taumaturgos, que resultaba así visiblemente su propia palabra; palabra de gracia y caridad, como la califica el historiador sagrado, que producía los mejores frutos de salvación. Los Apóstoles gustaron entonces plenamente los consuelos del obrero que, después de haber cavado y sembrado la tierra, tras largos esfuerzos, cosecha, finalmente, en la alegría.

Con esta primera permanencia de Pablo en Iconio, la más antigua tradición relaciona la conversión de Tecla, joven virgen tan inteligente como bella. Desgraciadamente, esta interesantísima historia ha sido desfigurada de un modo tan extraño por la imaginación enfermiza de los he-

---

véase *Obra de los Apóstoles*, vol. I, p. 200, como en III *Reyes*, II, 38. En general, San Lucas la emplea para significar largo tiempo; así en la historia de los posesos de Gadara, VIII, 27, ó la de Simón el Mago, *Hechos*, VIII, 11.

rejes de los primeros siglos, que no se sabe muy exactamente lo que es necesario conservar de ella. La impresión que se desprende del escrito apócrifo que nos queda <sup>(1)</sup>, y en el cual los Padres de la Iglesia: Metodio de Tiro, Gregorio Nazianceno, Gregorio Niceno, Juan Crisóstomo, Ambrosio, Agustín y otros, parece haber fundado sus elogios á la santa, es la maravillosa potencia de la palabra que caracterizaba la predicación de Pablo. Esa

(1) V. Lipsio, *Acta Apostolorum Apocrypha*, Leipzig, 1891, p. 235; Πράξεις Παύλου και Θέκλης. Wright, el célebre profesor de Cambridge, ha publicado también en sus *Apocryphal Acts of the Apostles* la versión siríaca de los antiguos manuscritos griegos. Nada de todo esto parece responder al escrito mencionado por Tertuliano, cuyo autor, un falsario, sacerdote del Asia, convencido de superchería en vida, se había hecho pasar por el mismo Pablo. Véase Tertuliano, *De Baptismo*, c. XVII. En efecto, es evidente que el autor del librito que nos queda nada ha hecho para identificarse con San Pablo. Al contrario, § III, pinta de una manera muy pintoresca y original el retrato físico del Apóstol, como si se tratase de una tercera persona. Entonces ¿á qué viene la apreciación de Tertuliano: *quasi titulo Pauli de suo cumulans?* Tampoco asigna un papel distinguido á Pablo, siempre seco y apenas caritativo con la joven y heroica prosélita, sobre todo en el incidente de Antioquía, § 26. ¿Cómo admitir así el que se excusase de su fraude diciendo que había escrito el libro por amor á Pablo: *Confessum id se amore Pauli fecisse?* Nada revela en él al autor empeñado en realzar á su héroe. Existió ciertamente otro libro titulado *Περιοδοι Πρώλου και Θεέκλης*; éste es el que tuvo en sus manos San Jerónimo, después de Tertuliano. En él se refería la historia del león bautizado. Era obra de un sacerdote partidario de Pablo, *σπουδαστής apostoli Pauli*, que, convicto de superchería por el mismo Juan, dice San Jerónimo, *de Scriptor. Eccles.*, c. VII, confesó que había querido atribuir el libro á Pablo por amor al gran Apóstol; engaño que le costó la deposición por el pontificado. No respondiendo á ninguna de estas indicaciones el escrito que tenemos, se sigue que la obra del sacerdote de Asia no existe ya para nosotros. Está por hallar como otros tantos escritos de aquella grande época. Por fabulosa que haya parecido á San Jerónimo, es difícil que estuviese tejida de más errores é inverosimilitudes que la que le ha sobrevivido. El autor de ésta parece ignorar en absoluto que Bernabé estaba con Pablo cuando el gran Apóstol llegó á Iconio. Envía á Onesiforo á esperarle en la vía de Listra al sur, cuando venía de Antioquía al norte. Todo aquí es extraordinario, así los milagros del cielo como las cóleras de la tierra, ó aun contra naturaleza, en esa madre Teoclea que pide, sin otro preámbulo, ver quemar á su hija, y en ese gobernador que envía al momento á la doncella á la hoguera ó á las fieras. El conjunto nos ha parecido sin orden ni concierto y lleno de extravagancias. Muy recientemente, M. Carlos Schmidt ha reconstituido un papiro copto llegado de Achmim y que, bajo el título de *Acta Pauli*, cuenta, págs. 8-28, una parte de la historia de Tecla. El interesante volumen, publicado en Leipzig, 1904, nada añade á las extravagancias apócrifas que ya conocíamos.

doncella que, en oyendo hablar al Apóstol, olvida en seguida á su novio Tamiris, á su madre, su casa, las necesidades más apremiantes de la vida, y cae en éxtasis ante la ventana de Onesíforo, en cuya casa instruye Pablo á la reducida Iglesia, permaneciendo allí día y noche, para recoger, como alimento celestial, las sublimes enseñanzas, á que su alma parecía nacida; que arroja sus brazaletes al portero de su palacio y sus joyas al carcelero de la prisión, para lograr oír todavía una vez más á aquel que tan profundamente ha transformado su ser moral y religioso; que se postra en tierra, donde Pablo se había sentado enseñando el Evangelio, y que, á través de las más terribles pruebas, le persigue por todas partes suplicando una partícula más de verdad, es verdaderamente la imagen de aquellas grandes y santas afecciones que los Apóstoles suscitaban en la sociedad pagana súbitamente regenerada por el agua y el Espíritu. En realidad, Tecla puede muy bien ser el emblema de la gentilidad que rompe todas sus ligaduras de la vida de los sentidos, del bienestar de la fortuna, de los lazos de la familia, para gustar las alegrías de la verdad y de la nueva vida en Jesucristo, sin que nada, ni la iniquidad de los jueces, ni la violencia de los verdugos, ni el fuego, ni el hierro, ni las fieras, pueda detenerle en esta investigación del Evangelio, ó romper los lazos que le atan á Dios muerto en la cruz y de quien toda alma recibe la salvación.

Como rasgo de costumbres, se puede deducir también de este escrito apócrifo la facilidad con que estas poblaciones asiáticas pasaban de la admiración al odio súbito y á las últimas violencias; la mezcla de traidores obrando con disimulo en la misma agrupación de fieles recientemente convertidos; la sencillez con que los Apóstoles, acogidos en el camino, aceptaban la hospitalidad en casa de quien quería ofrecérsela; en fin, el entusiasmo que, por razón de su santidad, de sus obras y de sus doctrinas, ponía cada uno en reivindicar el honor de recibirles. Hay en ello un fondo de cuadro que responde á una realidad y que nos hace entre-

ver el trabajo rápido, irresistible, decisivo, de la levadura elevando la masa inerte de la gentilidad ignorante y corrompida. ¡Qué desgracia que la tradición primitiva no nos haya diseñado más exactamente y conservado con fidelidad algunos de estos deliciosos episodios de la historia evangélica, y que sea necesario cerrar tristemente esos libros apócrifos, en donde se percibe aquí y allá algún rasgo de luz, diciendo: «No, eso no puede ser la verdad!»

Lo que hay de seguro, según el historiador sagrado, es que la ciudad pronto se dividió en dos partidos, claramente deslindados, uno favorable y otro hostil á los Apóstoles. Tales divisiones, cuando no llegan á luchas violentas, tienen la ventaja de obligar á los buenos á mostrar circunspección y firmeza, ganando siempre el Evangelio en ello. Esto debió ocurrir en Iconio, surgiendo de ello una recrudescencia de furor y fanatismo en el clan judío-pagano. Según todas las probabilidades, los judíos, irritados de ver la Ley combatida en el discurso de Pablo, y á los gentiles admitidos en la nueva Iglesia sin recibir la circuncisión, en una palabra, á Jesús suprimiendo á Moisés, se encargaron de preparar hábilmente un golpe de mano. Sin hablar de las influencias directas que pudiesen tener con respecto á los magistrados de la ciudad, por sí mismos ó por las mujeres, como en Antioquía, les quedaba por explotar el peligroso fermento de pasiones humanas, cosa fácil en pueblos groseros y sensuales. Pervertir almas poco inclinadas á la virtud ha sido siempre cosa sencilla <sup>(1)</sup>. La historia apócrifa de Pablo y de Tecla nos muestra cuán poco se necesitaba para armar á los ciudadanos y á los magistrados de la ciudad contra quien predicara la continencia y las demás virtudes evangélicas. Un hombre cualquiera gritaba al pueblo: «Pablo es una calamidad para la ciudad entera; me arrebató mi prometida para consagrarla á la continencia; hará otro tanto con vuestras mujeres;» y el populacho, armándose de bastones, respondía: «Sí, sí,

(1) Este trabajo de los judíos refractarios está muy bien precisado por las siguientes palabras: *ἐτήγειραν καὶ ἐκάκωσαν τὰς ψυχάς.*

¡muera el impostor que quiere arrebatar nos nuestras esposas!» Y el juez, entendiendo que prohibía á las doncellas que se casasen, le hacía encarcelar, azotar y echar fuera de la ciudad <sup>(1)</sup>.

Según San Lucas, no parece que hubiesen llegado á esos últimos excesos, pero se encaminaban á ellos. Los judíos, guiados por sus propios jefes, enérgicamente apoyados por los paganos interesados en su favor, ó quizá ganados á precio de oro, organizaron un verdadero motín. La población de Iconio debía ser entonces, como hoy, robusta, chillona, violenta; de allí salen la mayor parte de ganapanes ó mozos de cordel que hay en Esmirna y Constantinopla, ensordeciendo al viajero con sus gritos, al paso que le asombran con su fuerza muscular. Insultaron públicamente á Pablo y á Bernabé y se dispusieron á apedrearlos; detalle que prueba muy bien que los jefes del motín eran judíos, quienes pretendían aplicar, según sus usos nacionales, el suplicio de lapidación reservado á los blasfemadores de la Ley. Los Apóstoles, por más que, tal vez, hubieran encontrado facilidad en la resistencia, se guardaron de olvidar el espíritu que debe animar á los mensajeros del Evangelio. La única arma que dió Jesús á los suyos fué la dulzura, la resignación, la plegaria, la huída. Con ella la victoria es segura, precisamente porque el hombre, renunciando á servirse de sus propias fuerzas y dejando sólo á Dios el cuidado de sostener la lucha, no puede ser engañado en su acto de fe. Si Pablo y Bernabé, llamando á los numerosos prosélitos á las armas, hubiesen consentido en salir á la calle, se exponían á quedar en ella y comprometer el porvenir de la joven comunidad ya floreciente. Cuando la Iglesia se deja arrastrar y toma parte en conflictos humanos, aunque sea por causas divinas, se expone á sufrir la suerte de las sociedades humanas. Al decir Pedro que había dos espadas á disposición del grupo apostólico, contestó Jesús: «Basta.» Ni una sola

(1) *Acta Pauli et Theclae*, edic. Lipsio, pág. 245 y siguientes.

vez en la historia evangélica veremos á los Apóstoles autorizar á los cristianos para que opongan la fuerza á la fuerza. Esta es la razón porque la Iglesia naciente no respondió jamás, sino con su dulzura de cordero y su resignación de mártir, á la malicia de los verdugos, sobre los cuales Dios le concedió el triunfo.

Pablo y Bernabé, convencidos de que les bastaba desaparecer provisionalmente para calmar el violento motín, se dirigieron al momento hacia otras ciudades de Licaonia, á Listra y Derbe, donde Dios iba á bendecir una vez más su ministerio.

---

## CAPÍTULO V

### Pablo y Bernabé en Listra

**Listra.**—El Evangelio predicado sólo á los paganos y fuera de las sinagogas.  
—Curación milagrosa de un tullido.—Consecuencia que dedujo el pueblo.  
—Un sacrificio á Júpiter y á Mercurio.—Santa indignación de los dos Apóstoles.—Discurso de Pablo.—Éxito del Evangelio en Listra.—Loide, Eunice y Timoteo.—Fanatismo de los judíos de Iconio y de Antioquia.—Pablo apedreado, pero no vencido (*Hechos*, XIV, 6-19).

Durante su permanencia en Iconio, Pablo y Bernabé habían tenido tiempo para considerar atentamente todas las dificultades que ofrecía el apostolado en pueblos ignorantes y versátiles como niños, apasionados como todas las razas ardientes, pero, en medio de sus vicios, no faltos de cierto resorte moral. En realidad, estaban á gusto entre ellos, desde que Dios les había concedido hacerles algún bien.

A su salida de Iconio, se dirigieron hacia Listra y Derbe, dos ciudades cuya precisa situación todavía no ha sido bien determinada, pero que hay que buscar hacia el sur, costeano las montañas de Isauria. Según el historiador sagrado, pertenecían á Licaonia en cuanto á lenguaje y raza, y sus habitantes eran licaonios. Solamente que, desde esta época, la provincia de Licaonia no existía ya, y Listra como también Derbe, reunida desde la muerte de Amintas, 25 a. d. J. C., á la provincia de Galacia, constituía su frontera meridional.

Los dos Apóstoles, al dirigirse á éstas dos ciudades y países circunvecinos, no cambiaban de jurisdicción política, sino tan sólo de ambiente. En efecto, no parecía que los judíos fuesen numerosos en Listra. La ciudad era poco comercial, sin muchos recursos y menos directamente so-

metida á la autoridad romana, otras tantas razones que habían debido apartar de ella á los modestos comerciantes israelitas. En efecto, no sabemos que tuviesen una sinagoga, y, por lo tanto, estamos autorizados á suponer que no formaban una colonia. Los misioneros se determinaron, pues, á inaugurar allí la evangelización de auditorios exclusivamente paganos; la prueba está en el hecho de predicar no sólo en las ciudades, sino también en los campos <sup>(1)</sup>. Es cosa sabida que el paganismo, en lo que tenía de más grosero, era la religión exclusiva de los que vivían fuera de los grandes centros; de aquí el nombre de paganos, *pagani*, con que eran conocidos. De este modo, y muy rápidamente, los dos Apóstoles marchaban á la realización de sus ideas universalistas. Los muros de una sinagoga cesan de parecerles necesarios para ejercer su ministerio, se sienten con fuerza para abrir la lucha en campo raso, marchando derechamente á los incircuncisos, á los paganos, á los idólatras que son el núcleo del ejército enemigo, y están prontos á hablar en las plazas públicas, en las calles más concurridas, dondequiera que puedan agrupar oyentes. No les faltaron ocasiones. Su celo sagaz sabía, por otra parte, hacerlas surgir, y su persuasiva elocuencia multiplicaba los éxitos.

Un día que predicaban en Listra mismo, vió Pablo entre la concurrencia á uno de aquellos desgraciados que, en más de una ocasión, formaban el núcleo primero y fortuito del auditorio que debía ser evangelizado. En efecto, es preciso representarse á los predicadores situándose al azar, en la esquina de una encrucijada, en la plaza pública, en las puertas de la ciudad, dondequiera que encontraban un grupo de hombres, aunque fuese un grupo de miserables mendigos, para anunciar allí la Buena Nueva. En torno de este grupo, cuya atención cautivaba muy pronto la palabra del predicador, se paraban poco á poco algunos transeuntes ociosos, quienes se dirigían en seguida á invitar á otros curiosos para que acudiesen á escuchar; y en medio de esta

---

(1) En efecto el texto dice: *καὶ τῆν περίχωρον*.

multitud, que aumentaba sin cesar, los pescadores de hombres echaban sus redes. El infortunado de que se trata había debido ser colocado de antemano para mendigar, ó por otro cualquier motivo, en el punto en que Pablo iba á predicar. Esto explica cómo, á pesar de su enfermedad, se encontró en primera fila y en situación de atraer las miradas del Apóstol. Tullido desde su nacimiento, y de los dos pies, no había caminado nunca. Aquella enfermedad le valió una incomparable bendición. Escuchando á Pablo, quizás porque no había podido evitarlo, fué poco á poco emocionándose con sus palabras, y probablemente dió señales no equívocas de admiración ó aun de fe positiva en el poder del Apóstol, que debía haber obrado otros milagros, ó en Jesús redentor <sup>(1)</sup>. Hacía ya un momento que el Apóstol se fijaba en él con aquella mirada penetrante que sabía conmover á un hombre hasta el fondo del alma <sup>(2)</sup>, y hallándole bien dispuesto para un milagro: «Levántate—le dijo con voz fuerte y expresando irresistible voluntad,—tente derecho sobre tus pies.» Y el paralítico se levantó en seguida, y echó á andar. Pedro y Juan ya habían obrado un milagro análogo, pero con la diferencia de que habían hablado en nombre de Jesús de Nazaret á un tullido que pedía limosna sin pensar en su curación, y le habían tomado de la mano para determinarle á levantarse y andar, mientras que aquí la fe obra primeramente en el alma del enfermo: Pablo ve que desea ser curado, y con una palabra, sin contacto alguno, á distancia, le restituye el uso de las piernas <sup>(3)</sup>.

(1) La expresión de que se sirve San Lucas, πιστω̄ν̄ έχεῑ τοῦ σωθῆναι, deja indecisa la cuestión sobre si esperaba su curación ó su justificación.

(2) Es la misma palabra, ἀπειθῶς, que se halla empleada cuando Pablo mira á Elimas, *Hechos*, XIII, 9, y que surgirá otra vez, XXIII, 1, cuando compare al Sanedrín antes de pronunciar su discurso.

(3) Sabido es que la escuela de Tubinga, argumentando por la semejanza de las narraciones, ha visto en este milagro una repetición caprichosa del que habían obrado Pedro y Juan en la puerta del Templo. Precizando los dos puntos en que difieren las dos curaciones, es fácil suprimir tal identidad imaginaria, que pareció á Baur y Zeller una razón suficiente para dudar de la veracidad del relato.

El pueblo, que siempre había conocido al paralítico incapaz de tenerse sobre sus pies y le veía súbitamente andar como si nunca hubiese estado tullido, lanzó un grito de júbilo y, como sucede en las grandes emociones de la vida, sirviéndose, para mejor traducir sus impresiones, de la lengua materna—el griego en que Pablo predicaba era la lengua corriente en el Asia Menor, pero los diversos idiomas nacionales no habían dejado de subsistir,—se puso á exclamar en licaonio: «¡Dioses en forma humana han descendido á nosotros!» El efecto de un milagro entre paganos debía consistir en hacer renacer en ellos las antiguas teofanías. «Los dioses—habían cantado sus poetas, que fueron asimismo sus teólogos,—los dioses toman la voz y el semblante de hombres viajeros para visitar las ciudades <sup>(1)</sup>.» Y más particularmente la leyenda del país contaba, no sin algún encanto, la visita de Júpiter y de Mercurio <sup>(2)</sup> á la ciudad inhospitalaria en que vivían Filemón y Baucis, y los habitantes de Tiana enseñaban á los transeuntes, cerca del templo á cuyo servicio se habían consagrado los dos piadosos ancianos, la encina y el tilo que perpetuaban el recuerdo de su dulce afecto y de la conmovedora hospitalidad que habían dispensado á los divinos viajeros. Completando la comparación <sup>(3)</sup>, los habitantes de Listra querían reconocer á Júpiter en Bernabé, que era sin duda el más venerable de los dos por la edad, la fisonomía y la majestuosa gravedad; y á Mercurio en Pablo, que de ordinario llevaba la pala-

(1) El anciano Homero había dicho, *Odis.*, XVII, 485: *Καί τε θεοί ξείροισιν εὐκίβτες ἀλλοδαποῖσι, Παντοῖοι τελέθοντες, ἐπιστροφῶσι πόλῆας.* Véase Hesiodo, *Ἔργα* 248; Ovidio, *Metam.*, I, 212, etc

(2) Ovidio *Metam.*, VIII, 626 describiendo la conmovedora historia de Filemón, dice: «Jupiter huc specie mortali, cumque parente, Venit Atlantides, positus caducifer alis, etc» Tiana habría sido el teatro del acontecimiento: «Ostendit adhuc Tyaneius illic Incola de gemino vicinos corpore truncos.»

(3) Podía inducirlos además á ello el que, si Júpiter no era el patrono de la ciudad, por lo menos era particularmente venerado en ella (vers. 13). Ahora bien, Mercurio era considerado como el compañero ordinario de Júpiter: Plauto, *Amphitr.*, I, 1, 1. Ovidio *Fast.*, V, 495.

bra <sup>(1)</sup> y se reservaba el ministerio más activo al lado de su compañero, más sosegado y más grave. Asegúrase que, poco tiempo después, estos mismos pueblos de Licaonia y de Frigia, engañados por los falsos milagros de Apolonio de Tiana, quisieron también reconocerle por dios, y que él aceptó sus homenajes <sup>(2)</sup>.

No es necesario decir que Pablo y Bernabé no comprendieron al primer momento las extravagantes suposiciones á que, en su entusiasmo, se entregaron los listrianos estupefactos, pues en seguida les hubieran puesto coto. Como el historiador sagrado tuvo cuidado de advertir, el pueblo, en su júbilo, se había puesto á hablar en licaonio, lengua que era desconocida á los dos Apóstoles <sup>(3)</sup>. Esta lengua estaba además muy poco extendida, y ha dejado tan pocas huellas, que hasta el presente ha sido imposible clasificarla <sup>(4)</sup> entre los idiomas orientales.

Más inteligibles iban á ser los hechos, ya que, de las palabras, no tardó el pueblo en pasar á los actos. Júpiter, calificado tal vez de Polieo allí como en Atenas, y dios titular de Listra—puesto que tenía un templo en la puerta de la ciudad,—merecía un homenaje solemne, ya que había ido en persona á visitar á sus adoradores. Se avisó, pues, á su sacerdote, y con toda premura se dispuso cuanto

(1) Caracterizaban á Pablo diciendo: ὁ ἡγούμενος τοῦ λόγου; ahora bien, para los filósofos y los poetas, Mercurio era: ὁ τῶν λόγων ἡγεμῶν, Jámblico, *de Myst. Egypt.*; 1; «Vocis et sermonis potens,» Macrobio, *Saturn.*, I, 8; λόγου προφήτης, Orph. *Hymn.*, 27, 4.

(2) Eunapio, *Vie des Sophistes*, p. 454, 500, edic. Didot.

(3) San Crisóstomo observa, sobre este pasaje, que los Apóstoles no se percataron de las intenciones del pueblo hasta que vieron llegar al sacrificador. Hasta entonces nada habían sospechado, y esto por una razón muy clara, porque los listrianos τῆ γὰρ οἰκεῖα ἐφθέγγοντο φωνῆ.

(4) La sola palabra que se conoce, según Esteban de Bizancio, gramático del siglo V, es Δελβεία, que significa ἀρκευθος, *enebro*, ἐν τῇ τῶν Λυκαόνων φωνῆ. V. los fragmentos de su tratado *de Urbibus*, sobre la palabra Δερβη. Desde entonces, las hipótesis que hacen del lenguaje licaonio una mezcla de griego corrompido con el siriaco (Gülhing, *de ling. Lycaon.*, Viterb. 1726), ó con el asirio (Jablonsky, *de ling. Lycaon.*), son absolutamente gratuitas. La solución podría encontrarse más directamente en las inscripciones heteas que se han descubierto en la actualidad en Licaonia. V. Davis: *Anatolica*, etc. publicado en 1874. y *Life in Asiatic Turkey*, 1879; Sterret, *Preliminary report*, etc. 1884.

era indispensable para un sacrificio. ¿Estaban predicando todavía los Apóstoles en el ágora, ó más probablemente en una de las plazas que se encontraban á las puertas de la ciudad, cuando se condujo hacia ellos las víctimas para ser inmoladas? Huyendo de la ovación del pueblo, ¿se habían retirado á la casa que les daba asilo? No está claramente indicado en el texto; tenemos, por tanto, el derecho de indagar el sitio en que el cortejo sagrado llegó exactamente á alcanzarlos (1).

La suposición de que esto tuvo lugar en las puertas de la ciudad parece la más satisfactoria, si se recuerda que las ciudades de Oriente tienen todas, á su entrada, antes y después de las puertas, plazas con jardines donde se agrupan en desorden mendigos, desocupados, viajeros, comerciantes, conductores de caravanas, gente de todo linaje que podían suministrar á los misioneros un auditorio permanente. El sacerdote de Júpiter, que tenía su templo fuera de la ciudad, llegó en seguida con el cortejo sagrado. Éste era sin duda numeroso y entusiasta. Según costumbre, detrás del sacerdote, coronado de flores, y solemne como convenía en tal circunstancia, marchaba su joven asistente, el Camilo, que llevaba en un plato la harina y la sal que debía extenderse sobre las víctimas; después los tañedores de flauta, las víctimas, los toros enguirnaldados, uno sin duda para cada dios, ya que á Mercurio, lo mismo que á Júpiter, le era grata semejante ofrenda (2), el *popa* encargado de derribar en el momento preciso las víctimas

(1) Creen algunos que las víctimas fueron conducidas al mismo templo de Júpiter. Pero precisamente el sacrificio quería ofrecerse á Júpiter presente en Bernabé y no en su templo. La expresión *πυλώνας* se entiende de las puertas monumentales cual se encontraban en la entrada de la ágora, de ciertas casas de la ciudad. (V. *Mat.*, XXVI, 71; *Luc.*, XVI, 20; *Hechos*, X, 17; XII, 14), y de la misma ciudad. La relación que puede establecerse entre *ἐπὶ τοὺς πυλώνας* y lo que se dice del templo: *τοῦ ὄντος πρὸ τῆς πόλεως*, induce á creer que se trata de las puertas de la ciudad. Comp. *III Reyes*, XVII, 10, en los Setenta.

(2) Persio, *Sat.*, II, 44: «Caeso bove, Mercuriumque Arcassis fibra.» En cuanto á Júpiter: «Taurus tibi, Summo deorum,» así lo dice Ovidio en las *Metam.*, IV, 754. Virgilio, *Eneida*, III, 21; IX, 627, etc. Jenofonte *Cyrop.*, VIII, 3, etc.

con su maza de hierro, los victimarios que las degollaban, y, finalmente, la muchedumbre de adoradores y de curiosos lanzando gritos de alegría. No se necesitaba más para llamar la atención de los dos predicadores, quienes, interrumpiendo su discurso, preguntaron ó comprendieron de qué se trataba. No podían dar crédito á sus ojos y oídos, y este incidente demuestra perfectamente la grosera ignorancia que reinaba en las poblaciones que evangelizaban.

Acometidos de santa indignación, Bernabé <sup>(1)</sup> y Pablo desgarraron sus vestidos—¿podía sucederles cosa peor que ser transformados en aquellos falsos dioses cuyo culto detestable iban á destruir?—y colocándose vivamente en medio de la turba insensata: «Oh varones—dijeron—¿por qué hacéis esto? Nosotros somos también hombres semejantes á vosotros, que os anunciamos que de estas vanidades os convertáis al Dios vivo que hizo el cielo y la tierra y la mar y todo lo que está en ellos.» Grande debió ser la sorpresa de aquellos obsequiosos adoradores al encontrarse en presencia de seres que, no solamente no aceptaban el título de dioses, sino que suprimían todos los dioses para dejar subsistir tan sólo uno, el Viviente, el Verdadero, en cuya comparación no son los demás sino muerte, mentira y sacrilega falsedad; pero no fué menos dolorosa para los Apóstoles, que se veían obligados á empezar su evangelización por la afirmación del monoteísmo en lo que tenía de más elemental. Hablando de ordinario á judíos ó á prosélitos, no necesitaban tocar jamás esta tesis. Sin embargo, allí era lo que primero debía afirmarse, ya que se dirigían á una concurrencia totalmente pagana, y parece que se determinaron á ello con un entusiasmo que transformó su palabra, regularmente sobria y pausada, en una suerte de canto rítmico, eco posible de los himnos de la multitud, convirtiéndose de repente en un grito de elo-

---

(1) Bernabé es nombrado el primero, sin duda porque, suponiéndole Júpiter, era el primero en cuestión y aquel á quien el sacrificador se dirigía en primer lugar.

cuencia en los labios de los predicadores. «Ese Dios vivo dejó en las edades pasadas á todas las gentes andar en sus caminos, si bien no dejó, con todo, de dar testimonio de quien era, haciendo beneficios desde el cielo, enviando lluvias, y los buenos temporales para los frutos, dándonos abundancia de manjares y llenando de alegría nuestros corazones (1).»

Cualquiera que sea el partido que Pablo, con su elocuencia original, pudo sacar en esta ocasión de los cantos sagrados del pueblo para predicar al verdadero Dios—hallará en una inscripción ateniense su tema para hablar en el Areópago,—debe reconocerse que, á parte de esta nota final algo poética, su discurso, por suscintamente resumido que haya llegado hasta nosotros, entra de lleno en su estilo y en el carácter fundamental de su teología. En términos idénticos, caracterizando la conversión de los paganos, dirá más tarde á los de Tesalónica «que los convirtió de los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero (2),» y á los ciudadanos de Atenas y Roma les recordará también á ese Dios, que «ha mirado los tiempos pasados con compasión (3) y, durante largos siglos, soportó pacientemente el extravío de los hombres (4), no de-

(1) Se ha intentado de escandir en cuatro versos esta última frase del discurso, consiguéndolo con un poco de buena voluntad:

Οὐρανὸ | θεὸν ἢ | μὴν ὃ | εἶδος  
 Διδοὺς καὶ καιροὺς ; καρποφόρους  
 Ἐμπεῖ | πλῶν τρο | φῆς καὶ  
 Εὐφροσύνης | τὰς καρ | δίας,

siendo el primero yámbico, el segundo doctíaco y coriámbico, el tercero trocaico y el cuarto coriámbico y yámbico. Lo que hay de seguro es que, tanto por el ritmo como por la abundancia de palabras, esta frase se distingue del lenguaje ordinario del Apóstol. (\*).

(\*) Se necesita verdaderamente *un poco de buena voluntad* para descubrir esta original estrofa, de versos de varias especies, con algún pie irregular, en un versículo truncado.—N. del T.

(2) *I. Tesal.*, I, 9, Comp. con el vers. 15 en que el verbo ἐπιωτρέφειν está tomado también en sentido transitivo. El empleo de θεὸν ἰδῶντα sin artículo caracteriza el lenguaje de Pablo. *Rom.*, IX, 26; *II Cor.*, III, 3, VI, 16; *I Tim.*, III, 15, etc.

(3) *Hechos*, XVII, 30. Comp. con el vers. 15.

(4) *Rom.*, III, 25, 26. Comp. con el vers. 15.

jándolos, sin embargo, en completas tinieblas, sino hablándoles al través de la creación y por la voz de la conciencia <sup>(1)</sup>.» Ya que la demostración basada en la naturaleza es, de mucho, la más sorprendente para quienes no tienen el hábito ni la ciencia de concentrarse, como los filósofos, para oír la voz divina en el fondo del alma, Pablo la pone de relieve ante los de Listra, groseros, pero impresionables. Era cosa muy natural hablar á aquellas buenas gentes de la potencia superior que misericordiosamente envía la lluvia tan útil á las abrasadas llanuras de Licaonia y á los frutos de la tierra, único recurso esperado con impaciencia por los pueblos en que las demás industrias faltan. Pablo les recuerda que Dios se les ha manifestado por sus beneficios; pero, ya que no han sabido verle ni entenderle á través de la naturaleza, revélase Él y se impone hoy con energía decisiva enviando mensajeros que le prediquen, y, que, dándole á conocer, consigan hacerle amar. Estos mensajeros son los que, en aquel momento, suplican al pueblo de Listra que abandone sus antiguos cultos idolátricos para volverse á Él y adorarle, con exclusión de todas las falsas divinidades. Por razonable y elocuente que fuese su palabra, les costó mucho trabajo impedir que el pueblo consumase un sacrificio en su honor.

Sin embargo, la consideración que habían adquirido con el milagro debió aprovechar á la causa del Evangelio, por lo que los dos misioneros multiplicaron activamente los prosélitos. Aquí <sup>(2)</sup> fué donde Pablo conoció y condujo á la fe cristiana á dos piadosas mujeres, madre é hija, Loide y

(1) *Hechos*, XVII, 24, y siguientes. *Rom.*, I, 19-25. Comp. con el vers. 16 y siguientes.

(2) La hipótesis de que Timoteo era natural de Derbe es la menos probable. El pasaje de los *Hechos*, XX, 4, en que se funda, debe leerse de modo que *Δερβαιος* se refiera á Gayo y no á Timoteo, del cual le separa un *καί* absolutamente decisivo. Al contrario, el primer versículo del cap. XVI, en que se dice que Pablo, llegado á Derbe y á Listra encontró aquí, *ἦν ἐκεῖ*, es decir, en Listra, la última ciudad nombrada, á Timoteo, parece concluyente. Además, en el vers. 2, los hermanos de Listra y de Iconio atestiguan las virtudes de Timoteo; en cuanto á los de Derbe, nada se dice de ellos, cosa extraña, si Timoteo fuese de esta ciudad.

Eunice, las cuales, judías de origen, se encontraban en Listria, quizás porque la más joven estaba casada con un habitante de esta ciudad. Había nacido de este matrimonio un hijo, Timoteo, joven dotado de felicísimas disposiciones. Del marido, ora porque hubiese muerto temprano, ora porque circunstancias particulares le hubiesen alejado de la familia, la historia sagrada nada dice, sino tan sólo que fué griego de origen y probablemente pagano. Estos casamientos mixtos entre mujeres judías y hombres paganos, pero en manera alguna entre judíos y mujeres paganas, no eran muy raros. Asuero había tomado por esposa á Ester <sup>(1)</sup>. En tales uniones, el padre tenía todos los derechos sobre los hijos, y esto explica que Timoteo no hubiese sido circuncidado. En cambio, las dos mujeres parecían mostrarse vivamente ansiosas de formarle en la piedad y en la ciencia de la Escritura. La impresión que Pablo dejó en esta santa casa fué tan profunda y tan duradera, que, dos años más tarde, pudo escoger en el joven Timoteo al que debía ser el compañero fiel de su apostolado y al discípulo llamado su hijo predilecto <sup>(2)</sup>.

¿Fueron las relaciones con esta familia en parte judía las que motivaron que se supiese en Iconio los éxitos de los dos Apóstoles en Listria? <sup>(3)</sup> ¿Fué la conversión de las dos piadosas mujeres y de su hijo lo que metió allí algún ruido y despertó el fanatismo apenas adormecido? Es posible. Las dos ciudades no estaban muy apartadas una de otra, y el partido judío, poderoso en una de ellas, no perdía de vista lo que Pablo intentaba y realizaba en la otra para el triunfo de las ideas universalistas. Sólo no olvidando nunca todo lo que había de odio, de energía, de perseverancia en las ideas de aquel pueblo fanático, puede uno darse cuenta de la coalición persistente y general que, comenzada en Damasco contra Pablo, no hará más que acentuarse, ex-

(1) Sin embargo, Josefo, *Antiq.*, XX, 7, 2, dice que Félix había tomado por esposa á Drusila, violando la ley judía.

(2) *I Timot.*, I, 2 y *II Timot.*, II, 1.—*I Cor.*, IV, 17.

(3) Tales relaciones son probables según *Hechos*, XVI, 2.

tenderse, obstinarse donde quiera, destinando siempre alguien á seguir sus pasos para destruir su obra, y hacerle odioso como un hereje enemigo de Moisés y despreciador de la Ley.

Los judíos de Iconio advirtieron á los de Antioquía lo que pasaba en Listra, y unos y otros enviaron emisarios, una especie de comisión oficial, con todos los elementos necesarios para batir en brecha á los dos predicadores. Calumniar, maniobrar, intrigar, después de haberse procurado influencias mediante las recomendaciones que llevaban ó el dinero que distribuían, era fácil en medio de poblaciones versátiles y poco perspicaces. Raza sin carácter y poco estimable, si se da crédito á Cicerón, llenos de mala fe, según dice Aristóteles <sup>(1)</sup>, los licaonios pasaban prontamente de la admiración insensata al odio ciego, según el viento que soplaba en sus almas impresionables y venales. Debíóse explotar la acusación de que los misioneros no sólo no eran dioses, sino que se declaraban adversarios de los dioses. La historia de la humanidad, aun más civilizada de lo que era en Listra, está llena de parecidos incidentes que explican la corta distancia que separa el Capitolio de la roca Tarpeya. Es cosa sabida que, en Jerusalén, el mismo pueblo que acababa de aclamar á Jesús como el Mesías, pidió, cuatro días después, que fuera crucificado como vil criminal. Aquí, bajo el impulso de los judíos, que habían llegado para acabar con los predicadores del Evangelio, se llegó á tirar piedras al más ardiente de los dos. Este procedimiento, en el cual encontramos también las costumbres judías <sup>(2)</sup>, y que no había tenido éxito en Iconio, estuvo á punto de obtener su resultado en Listra. Pablo, aplastado por los proyectiles é imitando sin duda el valor de Esteban, aquel otro apedreado cuyo recuerdo estaba cruelmente vivo en su alma, fué arrastrado fuera de la

(1) Cicerón, *Ad Attic.*, V, 21 y *Ad Fam.*, III, 10. 'Αριστοί γὰρ Λυκάονες, dice Aristóteles citado *Schol. in Iliad.*, d', lin. 88.

(2) *Juan*, X, 31-33; XI, 8; *Mat.*, XXI, 35; XXIII, 37; *Luc.*, XX, 6; *Hechos*, V, 26; VII, 58, para no hablar sino de costumbres de la época mesiánica, tomaban su autoridad del *Levít.*, XXIV, 14, etc.

ciudad, como un cadáver que no debe manchar las calles, y que se echa al muladar. Los discípulos, ó porque todavía no hubiesen tenido tiempo de conocerse, (tan repentino había sido el golpe de mano), ó porque no se hubiesen sentido con valor para presentarse sino cuando los asesinos hubieron desaparecido, acudieron por fin en torno del mártir, á fin de socorrerle, si aun era tiempo, ó para llorarle y sepultarle, si ya estaba muerto. Con gran sorpresa suya, y habiendo intervenido Dios sin duda alguna milagrosamente, Pablo vivía aún; se levantó y, magullado del todo, entró con ellos en la ciudad. Mas el incidente daba lugar á graves reflexiones. Pretender quedarse en Listra, en tanto que los enemigos fuesen dueños de la situación, no era prudente, por lo que al otro día, no obstante lo contusionado y anonadado que se hallaba por el atentado del cual había estado á punto de ser víctima, partió Pablo con Bernabé para ir más lejos, á un medio más apartado, al pie de las ramificaciones septentrionales del Tauro, á llevar la palabra de Dios. Detuviéronse en Derbe. El recuerdo del afrentoso trato que había sufrido fué una de las glorias del Apóstol, y se alabó de muy buen grado por haber sido una vez apedreado por Jesucristo <sup>(1)</sup>.

---

(1) *II Cor.* XI, 25.

## CAPITULO VI

### Fin y resultado de la primera misión

Exito del Evangelio en Derbe.—Por qué los dos Apóstoles retroceden en lugar de ir á Antioquía por Cilicia.—Era preciso afirmar y organizar jerárquicamente las Iglesias que habían fundado.—Estas Iglesias son ciertamente las llamadas de Galacia.—Razones concluyentes.—El Evangelio en Perge.—Vuelta á Siria.—Relato de la misión ante la Iglesia de Antioquía.—Consoladores resultados. (*Hechos*, XIV, 20-27.)

Derbe, según Estrabón<sup>(1)</sup>, estaba al pie de las montañas de Isauria marchando por el lado de Capadocia, y, según Esteban de Bizancio, constituía una especie de fortaleza cerca de un lago<sup>(2)</sup>. Ahora bien, el único lago importante que se encuentra, allí donde las fronteras de Isauria y Capadocia encierran la parte meridional de Licaonia, es el de Ak Ghieul. Suponiendo que Derbe hubiese estado en este punto, hubiera sido vecina de Castabala y de Cibistra, de Tiana y de las puertas de Cilicia, como también observa Estrabón<sup>(3)</sup>. Desgraciadamente no se encuentran por allí ruinas importantes, y las investigaciones, por otra parte sumarias, llevadas á cabo hasta el día por los viajeros, están lejos de haber logrado una identificación satisfactoria. Para unos, Derbe estaría en Divlé<sup>(4)</sup>; para otros en Mil-y-una-Iglesias,

(1) En efecto. Estrabón dice, lib. XII, 6: Τῆς Ἰσαυρικῆς ἔστιν ἐν πλευραῖς ἡ Δέρβη, μίλιον τῆ Κιππαδοκίᾳ ἐπιπεφυκὲς τὸ τοῦ Ἀντιπάτρου τυραννείου τοῦ Δερβήτου.

(2) El texto dice: φρούριον καὶ λίμνη; pero probablemente debe leerse λίμνη, porque es difícil imaginarse un puerto en las montañas de Isauria, á menos que se trate de un pequeño puerto en un lago.

(3) Según este geógrafo, XII, 1, 30, los romanos instituyeron una prefectura, la undécima, tomando la parte de Cilicia que está al lado de Castabala y de Cibistra, hasta Derbe.

(4) Hamilton, *Researches in Asia Minor*, II, 313, y Texier, *Asie Min.*, II, 129, están por ese sitio cerca de la ruta del Tauro, y cuyo nombre recuerda á Δελβεία ó Derbe.

Bin-bir-Kilisseh, al pie del Kara-Dagh<sup>(1)</sup>; en fin, para otros, en Zosta en la ruta que va de Cilicia á Iconio por Laranda<sup>(2)</sup>. En tanto que no hable alguna inscripción descubierta por el azadón de algún explorador, será preciso resignarse á permanecer en la incertidumbre. La única conclusión que puede sacarse de la narración de San Lucas, es que Derbe estaba menos cerca de Iconio que Listra. Un texto del patriarca Cirilo supone que se hallaba á nueve horas de camino<sup>(3)</sup>. Los datos históricos sobre Derbe se reducen á presentárnosla como la ciudad del bandido Antípatro, improvisado rey que aterrorizó desde allí todo el país, hasta que fué vencido por Amintas, quien le condenó á muerte, apoderándose de sus Estados. Parece, pues, que los Apóstoles visitaban poblaciones cada vez menos civilizadas, y afrontaban peligros verdaderos, ya que sobre todo allí debían encontrar, no ya tan sólo ladrones que podían fácilmente robarles, sino caminos difíciles, lugares desiertos y pasos peligrosos, que Pablo mencionará más tarde, al describir los trabajos de su apostolado<sup>(4)</sup>.

Sucedió, sin embargo, que su ministerio fué afortunado en Derbe, donde hicieron numerosos prosélitos. Tal vez Dios quiso así recompensar al valiente atleta, que, magullado todavía por su lapidación, marchaba tan generosamente á nuevos combates. En todo caso, sea que se hubiese guardado en Listra un profundo silencio sobre la dirección tomada por los dos Apóstoles, sea que los judíos hubiesen vacilado en seguirlos á un país donde no tenían relación alguna, es evidente que á partir de este momento se les deja libres para predicar en países desconocidos. En efecto, Derbe era una ciudad sin importancia y poco concurrida. Con frecuencia el bien más rápido y más durable es

(1) Esta era la opinión de Leake, *Asia Minor*, pág. 101, pero allí estuvo más probablemente Barata.

(2) Así lo cree Ramsay, *Hist. Geogr. of Asia Minor*, p. 336. Cicerón, *ad Fam.*, XIII, 73, parece haber pasado por Derbe al dirigirse de Cilicia á Iconio.

(3) Este texto citado en Arundell, *Asia Minor*, vol. II, p. 91, está sacado del Ἀρχιεπιστολῆς.

(4) II Cor., XI, 26, etc.

el que se dispensa en parajes oscuros é ignorados. Cuando Pablo recuerde más tarde á Timoteo <sup>(1)</sup> las pruebas de su primer viaje apostólico, citará á Antioquía, Iconio y Listra como ciudades en que tuvo que sufrir, pero nada dirá de Derbe, porque el Evangelio se estableció en ella sin lucha y con el más consolador éxito. Y aun sabemos que por lo menos uno de los cristianos de Derbe, Gayo, fué, en lo sucesivo, uno de los más animosos compañeros de Pablo <sup>(2)</sup>. Dios se complacía en ofrecer con estas fieles amistades una compensación á las duras pruebas de sus misioneros.

Llegado el momento propicio, tal vez á petición de las jóvenes Iglesias que habían fundado en Listra, Iconio y Antioquía, Iglesias cuya organización, todavía muy incompleta, ponía su existencia en peligro, Pablo y Bernabé resolvieron retroceder y visitar nuevamente en todas partes á los nuevos hermanos para animarlos y fortificarlos. Si hubiesen querido simplemente dar por terminado su viaje y volver á Antioquía de Siria, para dar cuenta de su misión á los que los habían enviado, lo más sencillo era internarse en las gargantas del Tauro, bien conocidas con el nombre de puertas de Cilicia, y, después de ganar á Tarso, que distaba apenas tres jornadas de camino, entrar directamente en Siria <sup>(3)</sup>. Mas la inquietud, muy natural, que los dominaba entonces era la de volver á ver las comunidades que habían fundado, á fin de animarlas y organizarlas más seriamente <sup>(4)</sup>. Habíanlas abandonado súbita-

(1) *II Tim.*, III, 11. Es muy notable la armonía perfecta, aunque ciertamente no buscada, que existe entre la Epístola y la narración de los Hechos. Antioquía, Iconio y Listra están citadas exactamente en el mismo orden en que fueron visitadas. No se hace mención alguna de Derbe, á pesar de que este nombre va unido invariablemente al de Listra en los Hechos, precisamente porque en ella los Apóstoles no habían sido perseguidos.

(2) *Hechos*, XX, 4. Tres han sido los personajes de este nombre, por otra parte, muy común. El uno era de Macedonia, XIX, 29; el otro, *Rom.*, XVI, 23 y *I Cor.*, I, 14, de Corinto.

(3) Pablo seguirá este camino cuando comience su segundo viaje apostólico, *Hechos*, XV, 41.

(4) La suposición de que por haberse desbordado las aguas del lago Ak-Ghieul era impracticable el camino á Cilicia, es absolutamente imaginaria en sí misma y contra el texto, el cual precisa lo que los Apóstoles habían de hacer ya en Listra, ya en Iconio, ya en Antioquía.

mente, expulsados por la persecución. ¿No era acaso conveniente intentarlo todo para asegurar el porvenir de lo que se había plantado con tanto trabajo? La tenacidad y el espíritu de continuación en las obras emprendidas debían ser la característica de los Apóstoles según el corazón de Dios. Este es el viaje de vuelta que Pablo, escribiendo á los gálatas, esto es, á los fieles de estas amadas ciudades, que volvió á ver entonces, llamará su segunda visita. Debíó hacerse lentamente, porque el trabajo de organización es siempre largo cuando se quiere que sea fructuoso. De manera que, por su duración y su importancia, esta segunda campaña igualó ciertamente á la primera.

No consta que hubiesen tenido nada que sufrir de la malevolencia de los judíos durante el tiempo que permanecieron en aquellos puntos de donde la primera vez habían sido expulsados violentamente. Acaso por no tener ya que presentarse én público, siendo recibidos como huéspedes de paso y hablando tan sólo en las casas particulares en que se reunían los hermanos, su estancia pasó, si no inadvertida, á lo menos sin nada que pusiera en guardia. Desde el principio, los mensajeros, como también los discípulos del Evangelio, tuvieron que ingeniarse en permanecer ocultos para dedicarse á sus piadosas conversaciones y á su oración en conjunto, sin excitar el odio de sus adversarios. El historiador sagrado precisa que los Apóstoles se contentaron con confirmar las almas de los discípulos en la fe, exhortándolos á no dejarse atemorizar por las pruebas, y repitiendo que el verdadero creyente debe siempre ver, en las grandes y numerosas tribulaciones que sobrevienen <sup>(1)</sup>, la vía ordinaria del reino de Dios. Este tema indica que no solamente se abstentían de apasionar de nuevo la opinión pública con discusiones ardientes—abierta una vez la brecha, los hombres de buena voluntad

(1) En el texto se dice: «Por multitud de pruebas él *nos* ha hecho entrar en el reino de Dios.» Sería un error querer ver en este *h̄m̄as* una prueba de la presencia del narrador en los consoladores discursos de los Apóstoles. Esa palabra *nos* forma parte del discurso, no de la narración, y en consecuencia debe atribuirse al predicador y no al autor.

no tenían que hacer más que entrar por ella,—sino que hablaban exclusivamente á los fieles en conferencias privadas, en las que cada uno abría su alma con sus tristezas y refería lo que había debido sufrir por el nombre de Jesucristo. Convenía que los miembros de aquellas recientes Iglesias se reconociesen, se contasen, se animasen bajo la mirada de los que las habían fundado. ¡Con qué autoridad se imponían, á los trabajados por el Espíritu Santo, los avisos fortificantes de los misioneros, que volvían de combatir esforzadamente por el Evangelio, y se sentaban en la asamblea como rodeados de la aureola de los mártires! Derecho tenían de alabar el sufrimiento, como la puerta que conduce á Dios, aquellos mismos que lo habían sufrido tan gloriosamente; y tal elogio, en labios de Pablo, cubierto aún con las cicatrices de la lapidación, es el preludio elocuente de tantas otras exclamaciones heroicas como pondrá en sus Epístolas, cuando se ofrezca como víctima para el triunfo del Evangelio y la gloria de Jesucristo.

Siendo las pruebas y las persecuciones el premio de la comunidad cristiana, es importante que ésta tenga jefes que la sostengan, dirijan y defiendan. Esos jefes deberán ser los primeros en el peligro, en el trabajo, en la lucha, en el *bonum opus*. Se convertirán en pastores para cargar con todos los dolores del rebaño. ¿Cuántos habrá que ambicionen tal misión, así como la solicitud de gobernar á través de peligros tan reales? Como nadie podría solicitar prudentemente tal cargo, los Apóstoles lo impondrán á los que juzguen capaces de cumplirlo dignamente, y en cada ciudad constituirán jefes religiosos á quienes conferirán la autoridad y la gracia de regir el rebaño de Jesucristo. He aquí una de las primeras indicaciones de organización jerárquica, ensayada en las iglesias nacidas de la gentilidad.

Si bien desde muy al principio fué empleado comúnmente el sistema de elección para el nombramiento de obispos, es evidente que no lo fué en esta ocasión <sup>(1)</sup>. Los

(1) La expresión *χειροτονήσαντες*, *extendiendo la mano*, puede muy bien significar en los autores profanos el acto por el cual el pueblo vota levan-

dos misioneros escogieron libremente por sí mismos á los ancianos ó presidentes, é imponiéndoles las manos, según el rito entonces recibido, les confirieron el derecho y la gracia de gobernar en bien de la Iglesia. Esta es la segunda vez que hallamos mencionados á los ancianos en el libro de los Hechos. Evidentemente el pensamiento de los Apóstoles fué constituir las nuevas Iglesias á imagen y según el modelo de la de Jerusalén <sup>(1)</sup>, como ésta había sido organizada, en parte, á ejemplo de la sinagoga. Más tarde estudiaremos á fondo la noción de anciano y la de obispo. Por el momento, baste notar que las comunidades cristianas no parecieron á Pablo y Bernabé vivas y completas sino con la condición de tener jefes. Estos jefes, venerables por la virtud, cuando no siempre por la edad, atentos á las necesidades, á los peligros y á los abusos, debían ser capaces de instruir al rebaño, edificarle, gobernarle y defenderle. Los dos Apóstoles hicieron preceder, á las elecciones definitivas de los pastores, el ayuno y la oración, como habían precedido á su propia elección en Antioquía cuando fueron constituídos misioneros del Evangelio <sup>(2)</sup>, y después de la imposición de las manos, los encomendaron instantemente al Señor, en quien habían creído y cuya asistencia no podía faltarles.

Así quedaron constituidas las iglesias llamadas de Galacia, ya que juzgamos que, en el lenguaje de Lucas

---

tando la mano; ἀνευρίτω τὴν χεῖρα, «quien piense así, levante la mano,» dice Jenofonte, *Anab.*, III, 2, 9; y esta expresión está empleada en el mismo sentido en los números 33 y 38. Empero ninguna analogía existe entre esos pasajes y el texto de San Lucas. Los Apóstoles, no los fieles, extienden las manos. Ellos son los que escogen y consagran á los Ancianos de cada Iglesia. Josefo *Antiq.*, XIII, 2, 2, había dicho: χειροτονοῦμεν δὲ σε σήμερον ἀρχιερέα. «Nosotros te elegimos hoy por sumo sacerdote;» mas tampoco éste es el sentido de la misma palabra empleada aquí. Los dos Apóstoles hacen en las Iglesias que organizan lo que la Iglesia de Antioquía había hecho con ellos: ἐπιθέντες τὰς χεῖρας αὐτοῖς, y lo que Pablo encargará que no se haga sin reflexión. (*I Tim.*, V, 22 etc.) No hay que buscar aquí otro sentido. Este es el signo sensible que confiere la gracia, el acto sacramental que establece los obispos y los sacerdotes, representantes de Jesucristo en sus diferentes grados.

(1) *Hechos*, XI, 30.

(2) *Ibid.*, XIII, 3.

y de Pablo, por Galacia debe entenderse, como Asia, Macedonia, Acaya, la provincia romana que llevaba este nombre, y no los países que primitivamente lo habían llevado. Para Pablo, los gálatas no son precisamente los habitantes de Ancira, Pesinonte y Tavio, sino los de los distritos de Licaonia, de Pisidia, de Isauria y de la Frigia montañosa, los cuales, á la muerte de Amintas (25 a. de J. C.), habían sido designados por Augusto para formar parte de la provincia romana de Galacia. Nadie puede ilustrarnos mejor sobre ese punto que Estrabón, natural de Capadocia. «Galacia—dice—después de haber constituido el lote de tres y luego de dos príncipes, estaba bajo la dominación de un solo rey, Dejotaro, á quien sucedió Amintas. Ahora los romanos son los señores de estos Estados y de cuantos Amintas había reunido. Han sido reunidos para formar una sola y misma provincia <sup>(1)</sup>.» Mas ¿cuáles fueron los Estados unidos por Amintas á los de Dejotaro? El mismo autor los precisa: una porción de la grande Frigia y el país colindante hasta el Tauro <sup>(2)</sup>, las denudadas llanuras de Licaonia, donde, sin hablar de los onagros, pacían trescientos rebaños del rey, con Iconio por ciudad principal <sup>(3)</sup>; los alrededores de Derbe en la frontera de Isauria <sup>(4)</sup>; Antioquía de Pisidia con sus dependencias, hasta Apolonia cerca de Apamea Cibotos <sup>(5)</sup>, y, por fin, algunas poblaciones en la vertiente del Tauro <sup>(6)</sup>. Plinio da indicaciones análogas y supone que la provincia de Galacia llegaba hasta los distritos de Milia y de Cabalia en Pamfilia, contando entre los 195 pueblos que la componían los de Listra y otras poblaciones de Frigia, de Pisidia y de Paflagonia <sup>(7)</sup>. Tolomeo, describiendo las provincias romanas del Asia Menor, llega á la de Galacia, la cual, según él, com-

(1) Estrabón, XII, 5, 1. *Πᾶσαν εἰς μίαν συναγαγόντες ἐπαρχίαν.*

(2) *Ibid.*, XII, 5, 4.

(3) *Ibid.*, XII, 6, 1.

(4) *Ibid.*, XII, 6, 3.

(5) *Ibid.*, XII, 6, 4.

(6) *Ibid.*, XII, 7, 3; *εἰσι ἐν τῇ ὑπὸ Ἀμύντα τεταγμένῃ πρότερον.*

(7) Plinio, *H. N.*, V, 42. Comp. V, 24 y 25.

prendía Paflagonia, una parte de Pisidia, Licaonia é Isauria, con las ciudades de Antioquía, Listra é Isauria (1). Un pasaje de Tácito (2), en el que da por gobernador de Galacia y de Pamfilia á Calpurnio Asprenas, supone que las dos provincias eran contiguas, de manera que Galacia comprendía á Licaonia y Pisidia, por las cuales estaba separada de Pamfilia. El conjunto no formaba más que un solo y vasto departamento. A estos concluyentes testimonios se podrían añadir otros (3) corroborados por inscripciones que se han hallado en las piedras miliarias ó en las monedas (4).

El hecho de que los países, donde Pablo y Bernabé acababan de predicar el Evangelio, constituyesen una parte de la provincia romana llamada Galacia parece histórica y geográficamente incontestable. Los habitantes eran llamados oficialmente gálatas por todo el que se colocaba en el punto de vista de la autoridad que los gobernaba. Roma tenía por principio suprimir las antiguas agrupaciones en todos los países en que extendía su imperio y designar con un solo nombre, el de la provincia que formaba, los diversos pueblos que hacía entrar en ella. En este punto de vista se coloca Pablo cuando, en su lenguaje, clasifica y denomina las diversas Iglesias fundadas por él según las provincias de Acaya, Macedonia, Asia y Galacia. Mas no se crea por esto que los pueblos de Pisidia ó de Licaonia se considerasen humillados porque se les llamase gálatas, ó miembros de la provincia romana de este nombre, pues se mostraban muy orgullosos de ligar sus ciudades, como colonias, ó al menos, como dependencias directas de los empe-

(1) Tolomeo, lib. V.

(2) Tácito, *Hist.*, II, 9.

(3) Memnon, *Fragm. Hist. Graec.*, edic. Didot, III, 5, 536.—Dion Casio *Hist., Rom.* XLIX, 32; LI, 2; LIII, 26.

(4) Así, una inscripción griega de Iconio menciona bajo Claudio y Nerón el *ἐπίτροπος Γαλατικῆς ἐπαρχίας*. Es evidente que esta ciudad le rinde homenaje porque estaba bajo su jurisdicción. V. la serie de inscripciones en Henzen, núms. 6912, 6940; Le Bas, III, núms. 1129, 1794, y sobre todo Marquardt y Mommsen, *Manuel des Ant. rom.* trad. franc., París, 1892; Sterrett, *The Wolfe Exped. to Asia Minor*, Boston, 1888, núms. 532, 190; etc. Perrot, *De Gal. prov. rom.*

radores, á aquel poder extraño que desde lo alto del Capitolio ó del Palatino dominaba al mundo entero. Así, las cuatro ciudades donde Pablo fundó Iglesias se gloraban en alto grado del honor de estar unidas á Roma por diversos títulos. Derbe é Iconio habían unido á su nombre el de Claudio, Claudio-Derbe y Claudio Iconio, declarándose así abnegados súbditos de este emperador, y Listra y Antioquía se intitulan colonias romanas: *Colonia Julia Felix Gemina Lystra* y *Colonia Caesarea Antiochia*.

Sin duda alguna que, para Pablo, las Iglesias de Galacia son realmente las que acababa de evangelizar con Bernabé. Si se persiste en sostener que designó con este nombre comunidades pertenecientes á la Galacia propiamente dicha ó septentrional, se sumerge uno en una serie de improbabilidades, por no decir imposibilidades inexplicables. En primer lugar, es difícil admitir que Antioquía de Pisidia, Iconio, Derbe y Listra, frutos del primero y glorioso apostolado en Asia, cesasen en un instante de participar de las solicitudes del Apóstol. Y lo es mucho más todavía asignar un papel preponderante en estas solicitudes á las poblaciones galas de Ancira, Tavio, Pesinonte, cuya conversión no está ni siquiera mencionada en el libro de los Hechos. Se suprime lo que es históricamente cierto, para sustituirlo por lo que es simplemente hipotético y aun poco probable. Parece, en efecto, muy dudoso que Pablo se hubiese internado tan profundamente en los países de Asia, que llegase á Ancira y Tavio. No vemos que intentase jamás apartarse mucho del litoral mediterráneo, ya que por él pasaban las grandes y concurridísimas vías romanas. Desde allí se dirigía á los centros más importantes, más civilizados y más frecuentados entonces por los judíos de la dispersión. Ahora bien, si éstos se habían establecido desde hacia mucho tiempo en las ciudades de Frigia, Lidia y países vecinos, donde Antíoco el Grande había trasladado dos mil de sus familias sacadas de Babilonia <sup>(1)</sup>, es dudoso que el verdadero país de los

(1) Josefo. *Ant.*, XII, 3, 1. En la carta de Antíoco citada en el § 4 del

gálatas, menos civilizado y menos rico, hubiese atraído, desde un principio y en número considerable, á los hijos de Israel. Antioquía de Pisidia pareció uno de los centros más propicios á Pablo para ensayar en él la predicación del Evangelio, precisamente porque tenía una sinagoga importante. El éxito no respondió del todo á sus esperanzas, pero, sin alejarse demasiado y siguiendo la gran vía imperial que atravesaba la Galacia del sur en dirección á Cilicia, visitó sucesivamente á Iconio, Listra y Derbe. Mediante una larga permanencia en estos países, fundó aquellas amadas Iglesias que fueron el recuerdo más exquisito de su primer apostolado. Ellas ocuparon en su corazón un puesto inexplicable si se obstina uno en buscarlas en la Galacia propiamente dicha, donde Pablo tal vez nunca había estado, y en la cual, en todo caso, no se había detenido <sup>(1)</sup>. Á los gálatas del sur podrá hablarles de Bernabé como de un personaje importante á quien conocían. Los gálatas del norte no le vieron nunca, porque si bien es cierto que Pablo se acercará á sus fronteras, será en otra misión en que tendrá por compañeros á Silas y á Timoteo. Y cuando las diversas Iglesias envíen sus representantes á Jerusalén para llevarle sus limosnas, ¿no será Cayo de Derbe quien representará á las de Galacia? Se comprende las vacilaciones de los exégetas de otros tiempos que no tenían á mano, para resolver la cuestión, ni los datos históricos, ni los testimonios sacados de las medallas ó de las piedras miliarias; mas hoy que todo autoriza á extender, como lo había determinado oficialmente el imperio romano, el

mismo capítulo y á propósito de las familias judías que Zeuxis debía enviarle de Babilonia, están consignados los motivos en que se inspiraba, en este punto, la política de los seleucidas: «Sabe que son adictos á los intereses del poder público, sea porque su religión, así como la confianza con que se les ha honrado hace ya mucho tiempo les obligue á ello, sea también porque se inclinen naturalmente á hacer de buen grado cuanto se les pide.» Están asimismo consignados en dicha carta los numerosos privilegios de que disfrutaban.

(1) En verdad que no pudo haber consignado San Lucas en su libro con esta simple mención, *Hechos*, XVI, 6: *διελθόντες τὴν Γαλατικὴν χώραν*, la historia de un apostolado que la Epístola á los Gálatas presenta como uno de los más importantes. Precisa que no hace más que pasar, y aun no por

nombre de Galacia á los territorios de Frigia, Pisidia é Isauria, parece que se puede, para mayor comodidad, modificar, sin temor de ser desmentido por la ciencia, ciertos puntos de cronología y de historia que colocarán en luz más esplendorosa la fecha y el contenido de la Epístola á los Gálatas.

Dejando tras de sí las jóvenes Iglesias de Galacia que acababan de organizar, Pablo y Bernabé se dirigieron hacia el mar. Habiendo atravesado Pisidia, llegaron á Pamfilia, donde se quedaron algún tiempo en Perge para anunciar en ella el Evangelio. Desde que se habían dirigido á auditorios exclusivamente paganos, nada debía ya detener su celo. La razón por la que no habían anunciado á Jesucristo á los habitantes de esta ciudad, cuando su llegada á Pamfilia, fué tal vez porque no tenía sinagoga. Á su vuelta, no creyeron tener necesidad de un auditorio preparado y de compatriotas para sostenerlos. Sin vacilar, se pusieron á predicar en la plaza pública. Acaso fueron oídos por la antigua columnata, parte de la cual todavía está en pie, dominando los restos de la ciudad vieja, que atraviesa de este á oeste, ó por la basílica y el pórtico completamente en ruinas, que se encuentra algo más al sur. Se ignora cuál fué el resultado de su predicación. El historiador nada dice, sin duda porque los Apóstoles no encontraron más que indiferentes, ni perseguidores, ni prosélitos, entre los adoradores de aquella Artemis protectora, cuyo célebre templo dominaba la Acrópolis <sup>(1)</sup>. Descorazonados y no encontrando navío en franquía en el reducido puerto de Perge, donde antes habían desembarcado, resolvieron ganar la costa á veinticinco kilómetros de allí, hacia el suroeste, bajo los muros de Atalía, población marítima bastante más frecuentada por los navegantes.

---

el interior de la Galacia propiamente dicha, sino por las tierras que tocan á Frigia

(1) «Pergae fanum antiquissimum et sanctissimum Dianae scimus esse» dice Cicerón, 2.<sup>a</sup> *in Verrem*, I, 20. V. Estrabón, XIV, 4.

Como su nombre indica, Atalía había sido edificada por un tal Atalo, rey de Pérgamo. Al segundo príncipe de este nombre—dice Filadelfo,—le cupo el honor de haber transformado el pueblo de Corico en una encantadora ciudad que se elevaba en forma de anfiteatro en el fondo mismo de la bahía <sup>(1)</sup>. Los navíos mercantes, al dirigirse á Siria y á Egipto, no dejaban casi nunca de hacer escala en su abrigado puerto. Pablo y Bernabé encontraron allí la ocasión de embarcarse en uno de ellos que les condujo á la embocadura del Orontas y á las puertas de Antioquía la Grande. De aquí habían salido, tres años antes, confiados por sus hermanos á la gracia de Dios; gracia que, venida en su ayuda, había asegurado su primero y muy alentador éxito.

Luego de llegados, convocaron la asamblea general de los fieles para referir las sorprendentes obras que Dios había obrado por sus manos, y sobre todo cómo había este mismo Dios, en su misericordia, abierto generosamente á los gentiles las puertas de la fe.

Es evidente que este primer reconocimiento intentado en el mundo pagano había ofrecido los más consoladores resultados. Á pesar de las dificultades de toda suerte que hallaron á su paso, los dos Apóstoles habían llegado á predicar el Evangelio en la isla de Chipre y en tres distritos de Asia: Pamfilia, Pisidia y Licaonia, dejando trás de sí, además de muchas conversiones aisladas, cuatro Iglesias definitivamente fundadas con los numerosos reclutas de la gentilidad, en Antioquía de Pisidia, Iconio, Listra y Derbe, y probablemente en otras partes, ya que también aquí parece tener el libro de los Hechos una de sus desesperantes y frecuentes lagunas. Cerca de tres años se habían empleado en ese trabajo; tiempo corto si se considera la lentitud de los viajes en aquella época y la au-

(1) Estrabón XIV, 4, 1. Este geógrafo coloca erróneamente Atalía al este del Catarractés (la actual Duden Su). Tolomeo corrige esta indicación, V, 5, 2. La moderna Adalía, que es la antigua Atalía, se halla al oeste, en la ribera derecha del antiguo Catarractés, en uno de los sitios más encantadores que pueda imaginarse.

sencia de toda clase de recursos materiales para sostener y facilitar la obra de los predicadores. Sin duda que, cuando llegaban á un lugar en que eran bien acogidos por los judíos, encontraban el terreno preparado, y su apostolado marchaba entonces más aprisa. Mas ¡cuántas veces, principalmente desde que habían dejado entrever sus ideas universalistas, sus compatriotas irritados hubieron de retirarles todo socorro y resolverse á perseguirlos! Ordinariamente les era indispensable buscar trabajo á fin de asegurar su subsistencia. Se comprende que, para ganar el pan, perdiesen un tiempo que, nuestros misioneros de hoy, sostenidos por los recursos de la Iglesia, no han de emplear más que en interés de su ministerio. Á decir verdad, de todo se aprovechaban Pablo y Bernabé á fin de ganar prosélitos. Todo el que, por analogía de profesión ó por otras relaciones de la vida, se ponía en contacto con ellos, debía oír la Buena Nueva, que no podían tener cautiva. En el taller donde se trabajaba, en la posada donde se comía, en la plaza pública donde se charlaba, en las conversaciones privadas, en discusiones generales, anunciaban al Dios único y al Redentor, con ese celo ardiente que ponen en propagar sus doctrinas tantos hombres dedicados en nuestros días á la difusión de teorías socialistas y de mil utopías políticas.

Con frecuencia residían por algún tiempo donde se les ofrecía trabajo para vivir. El ambiente podía no ser allí propicio á la evangelización; se esperaba á que se aclarase la situación por algún otro lado, y entonces se trasladaba de lugar la antorcha del Evangelio. Á pesar de tales pérdidas de tiempo <sup>(1)</sup>, el resultado fué inmenso. No sólo se ad-

---

(1) Para fijar la cronología de este período, tenemos un punto determinado con bastante claridad: la data del hambre en Jerusalén al fin del gobierno de Cuspio Fado, y al principio del de Tiberio Alejandro, años 46 y 47. (*Ant.*, XX, 2, 6; Eusebio *H. E.*, II, 11, y *Chron.*, pág. 79). La misión de Pablo y Bernabé, que llevó socorros á la Iglesia de Jerusalén, tuvo ciertamente lugar en esta época. Ahora bien, los dos predicadores del Evangelio no emprendieron su primer viaje apostólico sino después de su vuelta de Jeru-

mitía el principio de que era preciso ir á la conquista del mundo pagano, sino que ya este mundo pagano estaba seriamente descantillado, y Pablo triunfante era portador de la nueva consoladora, de que una muchedumbre de almas, entre los gentiles, esperaba impacientemente la luz; la prueba estaba en las Iglesias fundadas, que no pedían otra cosa sino crecer y multiplicarse. De este modo, los acontecimientos daban razón á sus tendencias universalistas y á sus previsiones. Dios, al abrir las puertas de la fe á los que el judaísmo hubiera querido dejar fuera, protegía visiblemente sus teorías. La Iglesia de Antioquía, nacida precisamente de una inspiración universalista, no podía menos de aprobar lo que acababa de hacerse y de alegrarse sobremanera de ello. Quiso retener á su lado á los animosos predicadores y fortalecerse escuchándolos. El historiador sagrado dice que, efectivamente, permanecieron un tiempo bastante largo en Antioquía, donde la oposición judía iba á suscitarles vivas dificultades.

---

salén á fines del año 47 ó principios del 48; fué terminado antes del 51, fecha probable del Concilio de Jerusalén, que, en parte, fué motivado por los resultados de esta misión. ¡Cómo debe repartirse el período de tres ó cuatro años, desde la partida para Chipre y el Asia Menor hasta la reunión conciliar del año 51? Aquí todo es poco menos que arbitrario. Tres meses en Chipre, otros tantos en Antioquía de Pisidia, una larga permanencia en Iconio, seis meses en Listra y Derbe, casi otro tanto á la vuelta, con el tiempo pasado en el camino, en Perge y en otras partes, corresponderían al intervalo que separa el fin del año 47 del año 51, y que comprende la permanencia en Antioquía de Siria, *χρόνον οὐκ ὀλίγον* (*Hechos*, XIV, 28), entre la vuelta de la primera misión apostólica y la asamblea de Jerusalén. En este caso, esa misión podría haber durado no más que tres años.

---

## SECCIÓN II

### CONSECUENCIAS DE LA PRIMERA MISIÓN

---

## CAPÍTULO PRIMERO

### Hostilidad de los judaizantes llegados de Jerusalén á Antioquía

Los judaizantes de Jerusalén y sus miras sobre la obligación de conformarse con la ley mosaica.—Ningún Apóstol fué de este partido.—Turbulencias suscitadas en Antioquía por sus emisarios.—Pedro reprendido públicamente por Pablo. (*Hechos*, XV, 1-2; *Galat.*, II, 11-17.)

Tan importantes noticias sobre las Iglesias fundadas entre los gentiles, fuera de los centros vecinos de Jerusalén y de la misma Antioquía, no podían dejar de producir viva impresión en la Iglesia madre de Palestina, por lo que despertaron en ella, con los antiguos prejuicios farisaicos, el fanatismo que era su consecuencia.

Hemos observado en otra parte <sup>(1)</sup>—y esta es una indicación crítica de la mayor importancia,—que la conversión de cierto número de sacerdotes y levitas, después de la institución de los diáconos, había dado origen al partido de los judaizantes que debía suscitar tantos obstáculos al franco desarrollo de la nueva religión. Dicho partido, gracias quizás á la influencia de Santiago, verdadero modelo del judío piadoso <sup>(2)</sup>, al par que del sincero discípulo

---

(1) *La Obra de los Apóstoles*, vol. I, pág. 130.

(2) Hegesipo, en Eusebio, *H. E.*, II, 23; Josefo, *Antiq.*, XX, 9, 1. Véase *Obra de los Apóstoles*, vol. I, 320.

de Jesucristo, se había robustecido con numerosos é importantes reclutas <sup>(1)</sup>. Sólo que la categoría de prosélitos que lo constituía estaba casi compuesta totalmente de esos obstinados irreductibles que, admitiendo la salvación por Jesucristo, pretendían mantener también en su totalidad la ley de Moisés. Defendían su tesis con energía indomable y con habilidad consumada. Estos son aquellos á quienes Pablo estigmatizará hablando de «los falsos hermanos entrados por sorpresa en la Iglesia á fin de aminorar la libertad importada por Jesucristo <sup>(2)</sup>.» No reconociendo en la nueva religión más que una rama y un desenvolvimiento natural del judaísmo, todo cuanto parecía desgajar la rama del árbol los ponía en guardia y excitaba sus más vivas recriminaciones. En vano los espíritus moderados deseaban prevenir un violento conflicto, del que podía depender la suerte de la Iglesia, y pretendían suavizar en torno de ellos lo que había de excesivo en las pretensiones de los partidarios de la libertad por el Evangelio, ó de los defensores de la sujeción á la Ley; es evidente que la cuestión estaba en sazón y que era imposible no entrar en ella para resolverla definitivamente. Asombrará tal vez que, después del bautismo de Cornelio y la apología que Pedro hizo de su propia conducta en esta ocasión <sup>(3)</sup>, como también después del reconocimiento oficial de la Iglesia de Antioquía y de la legitimidad de sus orígenes <sup>(4)</sup>, los judaizantes se atreviesen á mantener aún sus pretensiones. Pero además de que llevaban la cuestión, no ya á la admisibilidad de los paganos en la Iglesia, sino—lo que era perder visiblemente terreno—á las condiciones de esta admisibilidad y á la importancia de las observancias legales, basta no olvidar la obstinación de los fariseos, con motivo del descanso sabático, en su lucha con Jesús, para dejar de sorprendernos, al ver renacer bajo formas diversas, pero con

(1) *Hechos*, XV, 5; XXI, 20.

(2) *Galat.*, II, 4.

(3) *Hechos*, XI, 4 y siguientes.

(4) *Ibid.*, XI, 22, 23.

invariable terquedad, las mismas falsas ideas sobre el valor de las prescripciones legales. Por temperamento, el oriental es muy formulista, y le gusta de un modo particular vincular su religión en los ritos externos que parecen dispensarle de lo, por otro concepto, penoso, á saber, el esfuerzo moral que se refiere al alma y la trabaja. Cuando le tocan uno solo de esos ritos, cree amenazada toda la religión; cuando se conforman fielmente con ellos, supone conseguida la salvación.

Lo que hay de cierto es que el partido de los judaizantes de Jerusalén, al saber que entraban en masa en la Iglesia millares de gentiles sin que nadie se cuidara sujetarlos á la observancia de la Ley antes de aceptarlos como prosélitos, no pudo contenerse por más tiempo. Á los viejos rabinos no les era dable prescindir de pregonar el escándalo. Como acontece en los ambientes en que domina un prejuicio político ó religioso, se levantaron algunos impacientes, dispuestos <sup>(1)</sup> á oponerse con todas sus fuerzas al abuso que la indignación farisaica señalaba. Atribuyéndose una misión oficial que no tenían, se presentaron en Antioquía para hablar en ella con autoridad y en nombre de los Apóstoles, los cuales eran completamente ajenos á su partido <sup>(2)</sup>. Volveremos á encontrar multitud de veces á esos hombres, ú otros semejantes, con el mismo celo y la misma audacia, siguiendo las huellas de Pablo para perturbar su obra y hacer prevalecer los principios del particularismo judío allí donde el Apóstol había predicado la libertad del Evangelio.

Son los mismos á quienes califica con una palabra difícil de traducir en nuestra lengua, ὑπερβλῶν ἀπόστολοι <sup>(3)</sup>, porque implica á la vez que se hacían pasar por superiores á

(1) San Epifanio, *Haeres*, XXVI, supone que Corinto era de este número. La versión siriaca del siglo VI y algunos manuscritos precisan que estos judaizantes eran fariseos convertidos: Τῶν πεπιστευκῶτων ἀπὸ τῆς αἵρέσεως τῶν Φαρισαίων.

(2) La prueba está en la declaración conciliar que los desaprobaba: οἱ οὐ διεστειλάμεθα.

(3) *II Cor.*, XI, 5; XII, 11.

los Apóstoles, cuya doctrina pretendían corregir, y que en el fondo eran demasiado apóstoles.

El error inconcebible de la escuela de Tubinga consistió en confundir á esas gentes con Pedro y con Santiago, cuando Pablo los califica de falsos hermanos, entrados con astucia en la Iglesia, y, en consecuencia, no teniendo nada de común con los verdaderos Apóstoles que estaban en ella desde el origen y con todo derecho. Sin duda que su papel en el judaísmo, en el Templo ó en el Sanedrín había podido ser considerable; Pablo declarará que esto importa poco, cuando uno se ha convertido en discípulo del Evangelio; es una antigua nobleza caduca en presencia de la nueva que es la de los hijos de Dios.

Llegaron, pues, estos Apóstoles sin misión <sup>(1)</sup> á Antioquía y no ocultando el pensamiento que los guiaba, se pusieron á predicar á los fieles su tesis favorita: «Sin la circuncisión ordenada por Moisés, no hay salvación.» Esto era condenar lo que Pablo, Bernabé y los demás habían hecho hasta este momento, y condenarlo con estrépito á la faz misma de quienes eran responsables de la innovación. Creían cumplir un deber. Por otra parte, Pablo se sentía absolutamente seguro de su derecho en una cuestión que, para él, era totalmente de inspiración divina y el punto fundamental de su apostolado. No podía, pues, capitular. Muchos de sus biógrafos han alabado la alta prudencia con que se había pronunciado contra la circuncisión y la energía que había desplegado para hacer prevalecer su sentimiento, como si, en este debate, se hubiese cuidado sobre todo de la imposibilidad de someter á una práctica tan desagradable la más numerosa y la mejor parte de la humanidad. Esto es reducir de un modo singular las elevadas intenciones del Apóstol y desconocer el pensamiento dominante que le hacía tan intratable. Por prudente y flexible que fuese para poner cerco á las almas y conducir las á Jesucristo, sabemos que siempre se

---

(1) *Hechos*, XV, 24. *Comp. II Cor.*, XI, 13.

inquietó muy poco de la repulsión que el misterio y los medios de salvación podían provocar entre aquellos á quienes evangelizaba. Si hubiese creído que estaba inscrita en el plan providencial, hubiera predicado la circuncisión con tanta energía como el escándalo de la cruz. Mas su convicción, que, por otra parte, le venía de lo alto, era que la Ley tocaba á su término; que todas las prácticas ceremoniales, útiles quizá como formas de vida religiosa á los que las habían practicado desde su infancia, no tenían ningún valor desde que la justificación se obtenía por sólo la fe en Jesús; que lo que había sido puramente simbólico no tenía razón de ser cuando llegaba lo que era simbolizado; que la nueva alianza suprimía la antigua; que debían salvarse por Jesucristo, y no por Moisés; que el espíritu cristiano era un espíritu de santa libertad, y no de triste esclavitud. En vano pretendían los judaizantes que, habiendo sido hechas las promesas mesiánicas á Israel, era indispensable, para aprovecharse de ellas, incorporarse al pueblo israelita por la circuncisión; el Apóstol les replicaba sin duda distinguiendo las promesas, que se extendían á todas las naciones de la tierra, de la Ley mosaica dada solamente y muy tarde al pueblo judío.

En esta cuestión de la inutilidad de los ritos mosaicos después del sacrificio de la cruz, Pablo era mucho menos tolerante que los Doce. Había pasado bruscamente del judaísmo á la fe, según estas palabras: «Por la Ley, yo soy muerto á la Ley, á fin de vivir para Dios; estoy clavado en la cruz juntamente con Cristo<sup>(1)</sup>», y tenía la misión de hacer pasar del mismo modo á los gentiles á dicha fe. Por eso Dios le reveló á su Hijo<sup>(2)</sup>, y no solamente al Hijo de David, al Mesías judío. Sería intempestivo buscar alguna vacilación en el Apóstol á propósito de la abrogación de la Ley, ya que, desde el instante de su conversión, vió claramente que Cristo es el fin de la Ley<sup>(3)</sup>. Los Doce hi-

(1) *Galat.*, II, 19.

(2) *Ibid.*, I, 15, 16.

(3) *Rom.*, X, 4; *Filip.*, III, 4-8.

cieron su evolución con un poco más de lentitud; su misión en medio de Israel les imponía alguna condescendencia. Aunque convencidos, según las palabras del Maestro, de que el mosaísmo había de acabar, parecían esperar el acontecimiento providencial que debía suprimirlo. Esta actitud alentaba el celo de los judaizantes, quienes habían pensado ir á Antioquía é imponerse á Pablo, puesto que Pedro los toleraba en Jerusalén. Desconocían al hombre de hierro con quien iban á luchar. Si era capaz, cuando el bien de las almas lo exigía, de hacerse judío para los judíos y débil con los débiles, era intratable cuando se trataba de defender los derechos de los gentiles y de los principios que él llamaba «la verdad del Evangelio (1)». Combatió, pues, muy enérgicamente á los nuevos predicadores. Éstos habían encontrado partidarios entre los judíos de Antioquía. En efecto, el historiador sagrado habla de vivos sentimientos producidos en la Iglesia en aquellas circunstancias y de contiendas entre los jefes de partido; los unos, Pablo y Bernabé, prevaliéndose del hecho consumado tanto como del mismo espíritu del Evangelio; los otros, los de Jerusalén, invocando la autoridad de Moisés, legislador inspirado de Dios, y la manera de ver de la Iglesia jerosolimitana cuyos representantes se llamaban.

Un incidente que Pablo nos ha referido en su Epístola á los Gálatas demuestra todo lo que la situación tenía de violento y peligroso. Al mismo tiempo nos revela la santa independencia que el Espíritu de Jesucristo daba á las almas aun en presencia de lo que había de más respetable y de más respetado en la Iglesia. Pedro se encontraba en Antioquía, quizá de un modo fijo, ya que debíale parecer racional seguir de cerca el movimiento progresivo del Evangelio y consagrar con su presencia la grande obra fundada en esta ciudad. De este modo se explicaría la tradición que desde el principio le supuso á la cabeza de

---

(1) *Galat.*, II, 5.

la primera gran Iglesia salida de la gentilidad. Á pesar de su natural ardiente y generoso, carecía de la decisión que caracterizaba á Pablo. Las discusiones le apenaban y le dejaban vacilante. De buena gana hubiese sido partidario de dilaciones á fin de evitar los conflictos. Además, la importancia del partido judío-cristiano de Jerusalén no dejaba de intimidarle un poco. Antes que éste hubiese adquirido una posición sólida en Antioquía, vivía Pedro mezclado con los paganos convertidos, sentándose á su mesa, compartiendo sus ágapes fraternales, sin inquietarse gran cosa de lo que, á los ojos de muchos, podía separar todavía á los fieles procedentes del judaísmo de los salidos del paganismo. Mas en cuanto llegaron los celadores de la sinagoga, armaron tal ruido, calificando de apostasía este convivir con los paganos, que Pedro se emocionó. Para calmarlos, pareció conformarse con su opinión y acabar poco á poco las relaciones íntimas que sostenía con los paganos convertidos. Esto era, á los ojos de Pablo, una consecuencia intolerable, cuyos resultados podían ser muy graves. En efecto, poco á poco los judío-cristianos de Antioquía empezaron á seguir su ejemplo, y Bernabé mismo, Bernabé, apóstol, sin embargo, de los gentiles, comenzaba á dejarse ganar. Esto era una escisión mortal en la naciente Iglesia. Pablo no se contuvo, y con aquel valor que le hacía implacable con todo cuanto no iba derecho al establecimiento del reino de Jesucristo, la emprendió públicamente con Pedro y le reprochó con viveza lo que le parecía una concesión muy peligrosa.

Ya veremos la manera como Pablo refirió este incidente á los gálatas. Para él, Pedro no había cambiado de manera de pensar. Le consideraba muy convencido de que, entre circuncisos é incircuncisos, la cruz de Jesucristo había suprimido toda demarcación; razón de más para creerse con derecho de reprocharle en presencia del partido judío una complacencia exterior que venía á ser una especie de mentira, de simulación hipócrita y de peligrosa comedia. Su manera de obrar debía conducir fatalmente á los fieles

---

á suponer que habían de mantenerse los prejuicios judíos. Y, en efecto, como no faltaban los ardientes, los capaces de apoyar con su autoridad los esfuerzos de su celo particularista, la discusión se enconaba de una y otra parte. Pronto llegó al estado agudo, agresivo é intolerable.

---

## CAPÍTULO II

### Contramisión de los judaizantes en Galacia. Epístola de Pablo

Contramisión en Galacia.—Pablo escribe la primera Epístola que poseemos de él.—Las Epístolas de Pablo como fondo y como forma.—Su importancia desde el punto de vista cristiano.—La Epístola á los Gálatas.—Su parte personal ó respuestas de Pablo á los judaizantes que impugnan su autoridad apostólica.—Su parte doctrinal ó la justificación por la fe y no por la Ley.—Argumento de experiencia.—Argumento escriturario y su desarrollo.—Caducidad de la Ley.—Parte práctica.—Conclusiones y consejos.—Epílogo. (*Hechos*, XV, 1; *Galat.*, I-VI.)

Nada tan imperioso como la pasión religiosa, cuando trabaja por la verdad ó por el error. Creyéndose ya dueños de la situación, pensaron los judaizantes que lo mejor que debían hacer era dirigirse á todas partes para rectificar el error de Pablo. La Galacia meridional no distaba mucho de Antioquía, por lo que, encaminándose sin pérdida de tiempo á las Iglesias que acababa de fundar, predicaron en ellas la sujeción obligatoria á las prescripciones mosaicas. Con tan audaz declaración de guerra á la concepción verdadera de la nueva religión, debían, al ahogar el aliento espiritual del Evangelio en el formulismo obstinado de la sinagoga, matar la misma obra de Jesucristo. Su tesis era sostenida con toda la pasión del fanatismo.

Bien pronto se supo el favor que encontraban en las comunidades gálatas. Esto podía obedecer, ya á la influencia de los judíos desparramados en el país, quienes se constituían defensores naturales de las prácticas legales, ya al temperamento supersticioso y, por tanto, formalista de las poblaciones á que se dirigían. Aquellos celadores judaizantes tenían, por otra parte, buen cuidado de apoyarse en la

autoridad de los de Jerusalén, de Santiago, de Pedro, de la Iglesia, en una palabra, y eran creídos.

Ante tales nuevas, Pablo, ya muy sobreexcitado por lo que pasaba en Antioquía, no se contuvo más, y tomando la pluma, manifestó toda su indignación y también su ternura á aquellos en cuya intimidación acababa de vivir por espacio de tres años y que reivindicaba como hijos suyos. Esta es, según nuestra opinión, la primera por orden de fechas de las Epístolas que poseemos de Pablo, ya que ofrece además la impresión de aquel ardor exuberante que las pruebas del apostolado y la experiencia de la vida no habían moderado todavía. Su fecha cronológica nos parece precisada por la declaración de que, en el momento de escribirla, Pablo no había estado, según él mismo asegura, sino dos veces en Jerusalén, la primera después de su conversión—entonces pasó en ella quince días con Pedro <sup>(1)</sup>,—y la segunda, catorce años más tarde <sup>(2)</sup>. Su enseñanza fué entonces reconocida oficialmente y consagrada como ortodoxa por las columnas mismas de la Iglesia, tras lo cual fué delegado oficialmente por los de Antioquía para predicar á los gentiles. Síguese todo esto muy lógicamente, demostrando que, antes del tercer viaje, fué escrita la Epístola. Ahora bien, según el libro de los Hechos, el tercero fué con motivo de la reunión en Jerusalén para fijar la situación de los gentiles ante la Ley <sup>(2)</sup>, lo que corresponde exactamente á las circunstancias actuales.

Debía correr el año 51. Pablo, convertido en el año 33, había hecho su primer viaje á Jerusalén después de su retiro en Arabia y su predicación en Damasco en el año 36. El segundo, que fija muy probablemente en el año décimo cuarto <sup>(3)</sup> después de su conversión, habría tenido

(1) *Galat.*, I, 18.—(2) *Ibid.*, II, 1.

(2) El primero tuvo lugar cuando la conversión de Pablo, *Hechos*, IX, 26; el segundo en los días de la gran hambre, *Hechos*, XI, 30, y XII, 25. Otros dos mencionados, el uno después de su primera llegada á Europa, *Hechos*, XVIII, 22, y el otro que acabó con la prisión de Pablo, *Hechos*, XXI, 15, son evidentemente posteriores.

(3) Si se quiere entender, *Galat.*, II, 1, como si hubiesen mediado catorce años de intervalo entre los dos viajes, y no entre la conversión y el segun-

lugar en el año 47, con motivo del hambre que devastaba la Ciudad Santa. Entonces hizo aprobar su apostolado de los gentiles. Se colocan después los tres años de la primera misión en Chipre y en Asia Menor como también la permanencia en Antioquía de Siria, y nos hallamos en el año 51, algunos meses antes del Concilio de Jerusalén. Pablo no invocará la autoridad de éste, lo que hubiera sido decisivo en su favor, y no la invocará por la razón sencillísima de que todavía no se había celebrado. El tono indignado, desconcertante, á veces duro, de su Epístola se resiente de la crisis aguda que entonces se atravesaba en Antioquía y de la pena que tenía de verse arrebatado, apenas conquistados <sup>(1)</sup>, los primeros frutos de su apostolado.

¿Es esta la primera vez que Pablo recurría á mensajes escritos para mantener en la fe que les había predicado á los discípulos ganados por él al Evangelio? No podría decirse. Lo que hay de seguro es que este medio debió ocurrírsele naturalmente á un hombre de su temple, culto y anheloso de hacer pasar á otras almas los efluvios de la vida cristiana que llenaban la suya. Por medio de sus Epístolas, debía suplir la imposibilidad de estar en todas partes á la vez, y no cabe duda que, gracias á esos mensajes de su pensamiento, de sus entusiasmos, de sus censuras, de su enseñanza, llegó á mantener su influencia sobre cuantos centros había evangelizado.

Desde el punto de vista crítico y literario, nada hay más interesante que el estilo epistolar, digamos teológico, inventado por aquel incomparable obrero de Jesucristo. En su conjunto, sus Epístolas serán para los fieles de su tiempo y de los siglos venideros el resumen de su

---

do viaje, encuéntrase uno obligado, por la fecha que impone la gran hambre de Jerusalén bajo los procuradores Fado y Tiberio Alejandro, *Ant.*, XX, 5, 2, años 47-48, *Fasti Sacri*, números 1679 y 1719, á fijar la conversión de San Pablo en el año 31. Esta combinación es menos satisfactoria, porque supone que Pablo pasó más de doce años con su familia en Cilicia, y uno y medio en Antioquía, *Hechos*, XI, 26, lo que parece excesivo. La otra hipótesis reduciendo este tiempo á tres años, es menos embarazosa.

(1) Esto es lo que significa la expresión que él emplea: *ὄντω ταχέως*, *Galat.*, I, 6.

doctrina escrita, discutida, probada; el Evangelio tal cual lo recibió directamente del Maestro, y tal como él lo comprendió y predicó. Como la revelación divina, cuyo plan procura fijar, su palabra escrita será algo absolutamente nuevo, y nadie deberá extrañarse de los neologismos y del vocabulario que Pablo se reserva crear <sup>(1)</sup>. Escribirá en griego <sup>(2)</sup>, lengua que hablaba desde la infancia, y que hablaba, por otra parte, el mundo civilizado de su tiempo; mas como, desde el punto de vista teológico, esta lengua es pobre, se tomará el derecho de desarrollarla á su gusto y de rehacerla. Romperá las trabas gramaticales, y modificando ó ampliando el sentido de las palabras, cada una suscitará bajo su pluma una agrupación de ideas nuevas, que sujetará á las exigencias de su pensamiento y de su carácter. Con más exactitud que nunca, darse aquí el caso de decir que el estilo es el hombre. Se le hallará sin pretensiones, inculto en apariencia, rudo como el pequeño de Tarso que habla, y, sin embargo, maravilloso por la abundancia de profundos pensamientos que surgen mezclados, que se enredan y chocan entre sí en torno de la idea principal, que acaban por ofrecer la impresión muy viva de un alma invadida por un conjunto de verdades que deja salir en bloque, por ser impotente para contenerlas y hacerlas proceder con orden. No de otro modo, en torno del chorro primero que originará el río, surgen de la tierra ó caen de las rocas una multitud de fuentes secundarias, pero impetuosas, que parecen enturbiar por el momento la realeza de la fuente principal. No hay que inquietarse por ello; el orden queda restablecido bien pronto, y cada una entra poco á poco en el lecho del río para engrasar la corriente y acentuar su belleza. Pablo no teme

(1) Innumerables son las palabras que sólo se encuentran en sus Epístolas: *ἀγαθωσύνη, ἀγιωσύνη, δικαιοσύνη, μεσότης, υἰοθεσία*, etc.

(2) Harduino, Cornelio á Lápide, Belarmino y otros habían supuesto que por lo menos la Epístola á los Romanos había sido escrita en latín. Nadie querrá hoy sostener esta opinión, como tampoco la de Bertholdt y Bolten que suponen que Pablo escribió en arameo. El Apóstol, discípulo de los centros helenistas y viviendo en ellos, habla el griego usual, modificado por el de los Setenta, cuando quiere exponer sus teorías religiosas.

ni las digresiones ni los paréntesis sabe que volverá siempre á reanudar el discurso, porque la lógica ó el trabajo de la razón constituye el fondo de su genio. Cuando su pensamiento, á través de participios ó pronombres relativos desconcertantes para el lector, parece perderse, vuelve á proseguir súbitamente con nueva energía. Lo que para otros sería un serio obstáculo, la afluencia irresistible de ideas concomitantes ó de deducciones, no hace más que excitar la energía de su espíritu, y arrastra vivamente todo ese equipaje, sin dificultad ni vacilación. Su alma ardiente encuentra, como por azar, los recursos de una retórica tanto más poderosa cuanto no parece sospecharla. La interrogación, la exclamación <sup>(1)</sup>, la antítesis <sup>(2)</sup>, la gradación <sup>(3)</sup>, la ironía <sup>(4)</sup>, la delicadeza más sugestiva, las reticencias, las finas alusiones en el elogio ó en el reproche, las comparaciones, las metáforas, las alegorías <sup>(5)</sup> más variadas, más vivas, más pintorescas, todo sale de su alma con el acento natural y felizmente inspirado que constituye la verdadera elocuencia. Se observa que Pablo no escribía, sino que dictaba <sup>(6)</sup>. De ahí esas negligencias de estilo, repeticiones de palabras, frases interminables, que descubren al hombre hablando y sosteniéndose por el sonido mismo de la voz, sin sospechar la extensión de su periodo. De ahí esos participios que chocan entre sí, esos relativos que se enredan unos con otros, esas palabras repetidas sin necesidad <sup>(7)</sup>. Al leerlo, se descubre que la pluma del que escribe no marcha tan deprisa como su pensamiento. Así, ora olvidará un miembro del silogismo que estaba formulando, miembro que el lector, un poco sorprendido al principio, deberá suplir; ora no se cuidará de aca-

(1) *Rom.*, VIII, 31 y sig.; XI, 33 y sig.; I *Cor.*, I, 20, etc., etc.

(2) *Rom.*, II, 21 y sig.; V, 12; II *Cor.*, IV, 8-12; VI, 8-12; XI, 22, etc.

(3) *Efes.*, IV, 1-6; I *Cor.*, III, 22-23; *Rom.*, VIII, 29-30.

(4) I *Cor.*, I, 21; XV, 8, etc.

(5) *Rom.*, XI, 17 y sig.; I *Cor.*, XII, 14 y sig., etc., etc.

(6) Veremos que se contenta con escribir las últimas palabras de sus Epístolas para probar que son suyas. Quizá se debe excluir de esta regla general la Epístola á los Gálatas y la á Filemón.

(7) V., por ejemplo, *Rom.*, I, 2-6.

bar una frase, porque quiere arrastrar más irresistiblemente el espíritu de aquellos á quienes se dirige, sin que por ello deje de comprenderse lo que quiso decir. Su ciencia, es ante todo, intuitiva. Sin embargo, la forma de su enseñanza conserva su carácter dialéctico. Ofrece un vigor triunfante, cuando estrecha á su adversario; y si, en ocasiones, puede uno reprocharle la concisión enérgica, pero dificultosa, que coloca en una palabra todo un mundo de ideas, no es menos cierto que, en general, sabe maravillosamente hacer entender, aun á los más sencillos, lo que quiere decir, porque, antes de formularlo, lo ha elaborado extensamente en su alma. No hay que limitarse á leer tan sólo las Epístolas; es indispensable meditarlas. No hay un libro en el mundo que en tan pocas palabras remueva tantas cuestiones trascendentales, como una de las principales Epístolas de Pablo. San Jerónimo decía de esta palabra prodigiosa, con la cual nada podría compararse: *Non verba, sed tonitrua* (1).

Y con esta profundidad de pensamiento, con esta energía de expresión, con esta viveza de estilo, con esta rudeza de formas, Pablo ofrece, cuando quiere, una delicadeza exquisita, una finura maravillosa, una sensibilidad de alma que asombra. Dificilmente se imaginarían páginas más mezcladas de vivacidad y afecto, de indignación y ternura, de lógica terrible y formas seductoras, que la de la Epístola á los Galatas, cuyo texto vamos á reproducir fielmente y comentar. Será para nosotros la más edificante revelación del alma del gran Apóstol. Esta es la primera vez que va á sernos dado oírle hablar, no ya, como en el libro de los Hechos, á través de resúmenes que quitan fatalmente á su lenguaje su originalidad, su natural, su movimiento, su vida, sino á él mismo, con su verdadera palabra saliendo ardiente de sus labios. De este modo el hombre se nos mostrará tal cual fué. Si el Maestro no procedió así, fué porque quiso realizar en medio de los siglos

---

(1) Epíst. XLVIII, ad *Pammachium*, c. 13.

ese prodigio inaudito de una personalidad suficientemente excepcional para imponerse perpetuamente al mundo sin haber escrito nada, únicamente por el recuerdo de sus palabras, de sus obras y de su muerte. Abramos, pues, con santo respeto esta bella página de Pablo para analizarla y explicarla. Será instructivo ver, después de diecinueve siglos, cómo comprendía el Apóstol la religión de Aquel á cuyo servicio había consagrado toda su vida. No busquemos en el curso de las edades teorías más cristianas que las suyas. Su alma será siempre el eco más fiel de la voz de Jesucristo.

Añadamos que las Epístolas fueron, en su mayoría, escritas antes que los Evangelios, y, como se dirigían á los fieles, nos dan idea del primero y sublime lenguaje usado entre los cristianos. Si la historia evangélica no está allí bosquejada sino en sus líneas generales, el conjunto trascendental de las ideas de la nueva religión queda en ellas admirablemente expuesto. El misticismo no es fruto de los siglos posteriores; nació y fué completado desde el primer momento. La formación de ese lenguaje especial, su vulgarización, como también la sublimidad de las teorías que expone, son á nuestro juicio una de las pruebas más irrefragables de la divinidad del Cristianismo. Genios como Sócrates, Platón, Aristóteles, eran incapaces en absoluto de inaugurar nada parecido; ¿lo hubieran hecho unos pobres campesinos galileos ó un insignificante rabino de Tarso? No, en esas creaciones del lenguaje cristiano hay una virtud superior. El espíritu de Dios ha pasado por ellas.

«PABLO APÓSTOL, NO DE LOS HOMBRES, NI POR HOMBRE, MAS POR JESUCRISTO, Y POR DIOS EL PADRE, QUE LO RESUCITÓ DE LOS MUERTOS, Y TODOS LOS HERMANOS QUE ESTÁN CONMIGO, Á LAS IGLESIAS DE GALACIA.»

Estas primeras palabras se refieren, sin otro preámbulo, á la campaña detestable que se hace contra él en las Igle-

sias á que se dirige. Se ha discutido su autoridad porque, no habiendo sido de los Doce, escogidos oficialmente por Jesucristo, no puede invocar sino una delegación de segunda mano. Con viveza rechaza la injusta acusación, y declara que su apostolado, ni en su primer origen, ni en su ejercicio, depende de los hombres, sino de Aquel que es más que un hombre, Jesucristo, y al mismo tiempo del Padre que resucitó al Hijo, convirtiéndose así en responsable de cuanto el Hijo debía hacer. Pablo convertido recibió el encargo de predicar el Evangelio directamente de este Hijo que se le aparece glorioso en el camino de Damasco, y bajo cuya inmediata autoridad, sin que tuviesen que intervenir los hombres, ejerce su ministerio. Con él hablarán los hermanos de Antioquía que comparten sus ideas y aprueban su doctrina. No da sus nombres, como hará en otras Epístolas, porque son demasiado numerosos, y, por otra parte, desconocidos de los gálatas <sup>(1)</sup>. El único que podía figurar es Bernabé; pero ha claudicado como Pedro, y no podría hacérsele intervenir en la Epístola que es la inexorable condenación de tales condescendencias. Nada de calificaciones halagüeñas á quienes el Apóstol va á reprender <sup>(2)</sup>. Una sencilla deprecación cristiana:

«Gracia á vosotros, y paz de parte de Dios Padre y de Jesucristo nuestro Señor, el cual se dió á sí mismo á la muerte por nuestros pecados, para sacarnos de la corrupción de este mundo <sup>(3)</sup>, conforme á la voluntad de Dios, y Padre nuestro, cuya es la gloria por los siglos de los siglos. *Amén.*»

Este voto prepara en dos palabras toda la tesis que opondrá al error de sus adversarios los judaizantes. Cristo

(1) Los que, según la opinión comúnmente recibida, piensan que la presente Epístola fué escrita desde Corinto durante la tercera misión de Pablo, se hallan muy apurados para explicar por qué los compañeros del Apóstol, Silas, Gayo de Derbe, Timoteo y otros muy conocidos de los gálatas, no figuran aquí.

(2) De ordinario Pablo honra á los destinatarios de sus Epístolas con títulos consoladores: *κλητοί, άγίοι*, etc.

(3) Por *ένεστώτος αιώνος*, es preciso entender, no el siglo venidero, *του μέλλοντος*, sino la época en que se vive, el mundo á que uno pertenece.

muerto en expiación del pecado es la evidente prueba de la insuficiencia de la Ley para salvar á los pecadores. Tal será el fondo de su viva argumentación.

«Me maravillo cómo así tan pronto <sup>(1)</sup> abandonáis al que os llamó á la gracia de Jesucristo, para seguir otro Evangelio; mas no es que haya otro Evangelio, sino que hay algunos que os traen alborotados y quieren trastornar el Evangelio de Cristo. Pero aun cuando nosotros mismos, ó un Angel del cielo os predique un Evangelio diferente del que habéis recibido, sea anatema. Os lo he dicho ya y os lo repito: Cualquiera que os anuncie un Evangelio diferente del que habéis recibido, sea anatema.»

Nada de precauciones oratorias; Pablo va al grano. No existen dos Evangelios de Jesucristo, sino uno solo, el que ha predicado á los gálatas. Todo lo que no sea este Evangelio, es falsedad y mentira. ¿Cómo han podido, en algunos días renunciar á la Buena Nueva de Jesucristo que vivifica, para pasar á la vieja teoría de la Ley que mata? Pablo se muestra por ello estupefacto, entristecido, indignado. Declara enérgicamente que se debe maldecir á todo predicador que anuncie un Evangelio diferente del ya recibido, así lo hiciese él mismo ó un ángel del cielo, porque este Evangelio no sería el Evangelio. Sabe perfectamente que, al hablar con esta energía, soliviantará toda la cólera de sus adversarios, puesto que, en definitiva, á ellos es á quienes denuncia á la maldición de las Iglesias, y ellos son poderosos: pero el temor á los hombres debe desaparecer ante los derechos de la verdad.

«Porque, en fin, ¿busco yo ahora la aprobación de los hombres, ó de Dios? ¿Por ventura pretendo agrandar á los hombres? Si todavía prosiguiese complaciendo á los hombres, no sería yo siervo de Cristo.»

---

(1) La expresión *οδρω ταχέως* se explica muy bien en nuestra hipótesis. Ayer recibieron el Evangelio de Pablo, y he ahí que súbitamente pasan al Evangelio de nuevos predicadores, los judaizantes. Si la Epístola hubiese sido escrita ocho ó diez años después de la conversión de los gálatas, la fórmula *tan pronto* sería inexplicable.

Sí, si él hubiese buscado el favor público, lo más prudente para él hubiera sido quedarse con los judíos, perseguir los cristianos, y fijar su porvenir en el partido de los ricos, de los poderosos, de los jefes del pueblo. Por lo menos, al predicar á Jesucristo, no debía chocar de frente con los defensores de las prácticas legales, que son temibles por su crédito, su obstinación, sus envidiosas influencias. Mas tales consideraciones no le inquietaron nunca. En cuanto vió la verdad, se consagró á hacerla prevalecer sin reserva alguna. Jesucristo, sinceramente presentado al mundo, ha sido la única finalidad de su apostolado. Los hombres, las prácticas legales, el Templo, las teorías de la Sinagoga, no podrían significar cosa alguna para quien es delegado inmediato del Hijo de Dios.

«Porque os hago saber <sup>(1)</sup>, hermanos, que el Evangelio, que yo os he predicado, no es una cosa humana; pues no le he recibido, ni aprendido yo de algún hombre, sino por revelación de Cristo <sup>(2)</sup>. Porque bien habéis oído decir el modo con que en otro tiempo vivía yo en el judaísmo <sup>(3)</sup>; con qué exceso de furor perseguía la Iglesia de Dios y la desolaba, y me señalaba en el judaísmo más que muchos coetáneos míos de mi nación, siendo en extremo celoso de las tradiciones de mis padres <sup>(4)</sup>. Mas cuando plugo á Aquel, que me destinó desde el vientre de mi madre, y me llamó con su gracia, el revelar á mi alma <sup>(5)</sup> á su Hijo,

(1) El verbo *γυωρίσω*, que aquí emplea Pablo, indica una declaración solemne: Comp. *I Cor.*, XII, 3, XV, 1; *II Cor.*, VIII, 1.

(2) Esta revelación siguió de cerca á su conversión. Era indispensable que el bautizado fuese en seguida instruido sobre el Evangelio, ya para consuelo de su alma, ya en cumplimiento de su ministerio de Apóstol. Debíó verificarse en el tiempo en que Pablo se retiró á Arabia. V. *Obra de los Apóst.*, vol. I, p. 201. Las visiones mencionadas, *II Cor.*, XII, 1 y, en otras partes, no pudieron ser otra cosa que el complemento de la revelación primitiva, por la cual Pablo había sido puesto de repente en posesión del Evangelio.

(3) El judaísmo está puesto aquí en oposición al Cristianismo en la vida del Apóstol. Comp. *II Macab.*, II, 21; VIII, 1; XIV, 38.

(4) Fariseo é hijo de fariseos, *Hechos*, XXXIII, 6; XXVI, 5; *Fil.*, III, 5, estaba sujeto á los ritos tradicionales, á los principios, á los prejuicios, al género de vida de la secta.

(5) Este es el sentido de *ἐν ἐμοί*. Comp. *II Cor.*, IV, 6.

para que yo le predicase á los gentiles <sup>(1)</sup>; luego <sup>(2)</sup>, sin tomar consejo de la carne, ni de la sangre, no pasé á Jerusalén en busca de los Apóstoles anteriores á mí, sino que fuí á Arabia <sup>(3)</sup>, de donde volví otra vez á Damasco. De allí á tres años <sup>(4)</sup> fuí á Jerusalén para visitar <sup>(5)</sup> á Pedro y estuve con él quince días, y no vi á otro alguno de los Apóstoles, sino á Santiago, el hermano del Señor <sup>(6)</sup>. De todo esto que os escribo pongo á Dios por testigo que no miento. De allí fuí á los países de Siria y Cilicia. Hasta entonces no me conocían de vista las Iglesias de Cristo que había en Judea <sup>(7)</sup>; solamente habían oído decir: «Aquel que antes nos perseguía, ahora predica la fe que en otro tiempo impugnaba. Y glorificaban á Dios por causa de mi conversión.»

Estos detalles biográficos á que Pablo recurre para demostrar el origen divino de su apostolado tienen un interés vivísimo. Si es verdad que originan algunas dificultades cronológicas, puesto que el Apóstol procede

(1) *Hechos*, IX, 15; XXII, 21; XXVI, 17, 18; *Efes.*, III, 8, *Rom.*, XI, 13. Lo que no le dispensaba de inaugurar regularmente su ministerio entre los judíos viviendo en medio de los gentiles.

(2) Como este *εὐθέως* pareciese excluir el corto ministerio de Pablo en Damasco, después de su conversión, *Hechos*, IX, 20-22, muchos exégetas, después de San Jerónimo, han creído deber referirlo al *εὐαγγελίζωμαι* que precede, pero es sin motivo suficiente. Se puede, aun manteniendo el texto de los Hechos, intercalar entre uno de los versículos citados en el cap. IX, antes del vers. 22, por ejemplo, la retirada á Arabia. El corto ministerio que la precede en Damasco habría pasado inadvertido.

(3) En la *Obra de los Apóst.*, vol. I, p. 201, se halla tratada esta cuestión interesante del retiro de Pablo en Arabia.

(4) Hemos dicho que muy probablemente se deben contar estos tres años á partir de su conversión, y no de su vuelta de Arabia. Ese es el sentido más natural que ofrece el contexto: *οὐδὲ ἀπῆλθον εἰς Ἱερουσόλυμα... μετὰ τῆς τριῶν ἀνηλθῶν εἰς Ἱερουσόλυμα*; esto también es lo menos embarazoso para la cronología.

(5) El texto trae *ἰστορήσαι*, y no *ἰδεῖν*, porque la visita tenía por objeto no ya solamente ver á Pedro, sino hablar con él. Y no se trataba de recibir enseñanzas, pues Pablo hablaría contra su tesis, sino de un cambio de ideas sobre el Evangelio. Por eso duraron tan sólo quince días estas conferencias.

(6) El sentido natural de estas palabras es que Santiago era á la vez Apóstol, como Pedro y los demás escogidos por Jesús, y hermano, primo-hermano del Señor.

(7) Lo que no debe excluir el corto ministerio entre los helenistas de Jerusalén mencionado en los *Hechos*, IX, 29.

aquí de un modo más bien oratorio que histórico, esas dificultades no por eso son insolubles. Ya lo hemos notado en otra parte. Lo que importa ver en ello ante todo es la revelación del misterio de su apostolado. Dios, que le había señalado y separado desde el seno de su madre, y después llamado en el camino de Damasco, le reveló á su Hijo, es decir, el conjunto del Evangelio, por una revelación súbita en el fondo del alma, y le intimó la orden de predicarlo á los paganos. En efecto, esta manifestación del Hijo fué un Evangelio visto súbitamente, hablado, inoculado, de tal suerte que Pablo no hubo de pedir á los hombres información alguna. Su único preceptor fué el mismo que el de los Doce, Jesucristo, pero Jesucristo resucitado y vivo en la gloria. Lo afirma con juramento, ante Dios. Lo prueba por la historia de lo que ha seguido á su conversión. Que no se trate, pues, de aminorar su ministerio como si fuese de segunda mano; depende directamente del Maestro Jesucristo.

Por eso los jefes de la Iglesia que vivían entonces en Jerusalén, los Apóstoles á quienes se quisiera presentar como adversarios de él, reconocieron á su debido tiempo la exactitud de su Evangelio y la legitimidad de su misión.

«Catorce años más tarde, volví á Jerusalén con Bernabé, llevando también conmigo á Tito.»

De este nuevo adepto del Evangelio, que Pablo introduce aquí como un personaje conocido, tan sólo sabemos una cosa, que era griego de origen <sup>(1)</sup>. Probablemente convertido desde el principio por el Apóstol, que le llamará más tarde su hijo en la fe <sup>(2)</sup>, representó un papel importante en la fundación de algunas Iglesias <sup>(3)</sup>. ¿Era de Cilicia ó de Antioquía? Nos faltan por completo indicaciones sobre este punto, de suerte que su aparición en la relación de Pablo no podrá darnos indicación alguna cronológica.

(1) *Gal.*, II, 3.

(2) *Tit.*, I, 4.

(3) *II Cor.*, VIII, 23, nos da una idea elevada del celo é inteligencia de este discípulo. En *Hechos*, XVIII, 7, aunque la lección *Τίτου Ἰούστρου* fuera exacta, no se trataría del compañero de Pablo.

¿Puede hallarse alguna en lo que sigue: «Yo me volví á Jerusalén movido de una revelación?» Es posible, si se entiende que la revelación había hecho algún ruido en la Iglesia y si era la que había comunicado Agab á propósito del hambre que iba á asolar á Jerusalén, revelación que de hecho motivó el envío de Pablo y de Bernabé á los ancianos de esta ciudad <sup>(1)</sup>. El viaje habría tenido lugar á principios del año 47. En todo caso, es poco razonable pretender identificarlo con el que condujo á Pablo á la reunión conciliar de Jerusalén, porque aquél no fué en manera alguna provocado por una revelación, sino que se ejecutó por orden de la comunidad cristiana de Antioquía fatigada por las turbulencias interiores que suscitaban los judaizantes <sup>(2)</sup>.

«Este viaje lo hice movido de una revelación, y conferí con los de allí el Evangelio que predico entre los gentiles, en particular con los más autorizados <sup>(3)</sup>, por no seguir quizá mi carrera sin fruto ó haberla seguido en vano. Mas ni aun Tito, que me acompañaba con ser gentil fué obligado á circuncidarse; ni aun por miramientos á aquellos falsos hermanos, que furtivamente se metieron á espiar la libertad, con que procedemos en Cristo Jesús á fin de reducirnos á la servidumbre; á los cuales ni por un momento quisimos ceder ni sujetarnos para que la verdad del Evan-

(1) *Hechos*, XI, 28-30. El texto: Unus ex eis nomine Agabus significabat per S. Sanctum, y el resultado de la revelación: mittentes ad seniores per manus Barnabae et Sauli, concuerdan muy bien con lo que Pablo dice aquí.

(2) *Hechos*, XV, 2: Facta seditione non minima... statuerunt ut ascenderent Paulus et Barnabas... ad Apostolos... in Jerusalem.

(3) La expresión *οἱ δοκοῦντες*, que hallaremos de nuevo en el vers. 6 en la forma intransitiva, indica personajes muy considerados. Así, Eurípides hace decir á Hécuba, vers. 295: «Las palabras que proceden de gente sin consideración, ἀδοκοῦντων, no tienen el mismo valor que las de gentes más estimadas, τῶν δοκοῦντων.» Comúnmente se supone que estos personajes importantes eran los Apóstoles Pedro, Santiago y Juan. Pero ¿no podría suponerse que Pablo apunta en esta ocasión á los jefes del partido jerárquico llegados al Evangelio, sin dejar por ello de ser grandes dignatarios de la sinagoga? No cabe duda alguna en que habria príncipes de los sacerdotes y escribas imperfectamente convertidos entre los judaizantes que hacían la campaña contra el Evangelio de Pablo. La manera como están designados aquí esos *δοκοῦντες* y la mención hecha inmediatamente después, y en condiciones diferentes, de los tres Apóstoles, columnas de la Iglesia, parecen autorizar esta suposición.

gelo se mantenga entre vosotros. En cuanto á los que parecían ser los más distinguidos—nada me importa lo que hayan sido en otro tiempo: en Dios no hay acepción de personas—aquellos, digo, que parecían ser los más autorizados, nada me enseñaron de nuevo. Antes al contrario, habiendo reconocido que á mí se me había confiado el evangelizar á los incircuncisos, así como á Pedro á los circuncisos—pues quien dió eficacia á Pedro para el apostolado entre los circuncisos, me la dió también á mí para entre los gentiles,—habiendo, digo, conocido Santiago, Cefas y Juan, que eran reputados como columnas de la Iglesia, la gracia que se me había dado, nos dieron las manos en señal de convenio á mí y á Bernabé para que predicásemos á los gentiles y ellos á los circuncidados. Solamente nos recomendaron que tuviésemos presentes á los pobres, cosa que he procurado hacer con esmero.»

¿Es posible seriamente ver en este pasaje un resumen de la conferencia conciliar de Jerusalén? No lo juzgamos así. Pablo y Bernabé se presentaron en ella con la frente alta y resueltos á hacer valer los derechos de los gentiles. No debían ser denunciados por falsos hermanos que los espiasen. Afirmar públicamente sus principios, era su primer deber, y en verdad que no faltaron á él. Sus pretensiones fueron sancionadas por una sentencia solemne que aquí no está indicada. Y, sin embargo, era el triunfo de Pablo. Todo se ventila en conversaciones privadas, *κατ' ιδίαν*, y la solución, si bien es un encaminamiento hacia la sentencia que pronunciará pronto el Concilio, está lejos de quedar por eso precisada. La recomendación á propósito de los pobres parece indicar el tiempo de hambre anunciado por Agab, y se refiere muy probablemente á las limosnas aportadas por Pablo y Bernabé, limosnas cuya continuación se desea.

Una prueba de que la cuestión zanjada en el Concilio no había sido tratada todavía oficialmente, es un incidente, del cual hemos dicho ya algunas palabras, y al que alude aquí mismo Pablo para demostrar que nada podía ce-

rrarle la boca, cuando debía hacer prevalecer la verdad de su Evangelio. Á Pedro mismo <sup>(1)</sup>, el jefe incontestable de la Iglesia, tuvo que darle un día una lección. Encontrábase este en Antioquía para sostener y dirigir la comunidad cristiana, inspirándose desde luego en los más amplios principios. Pero desde que llegaron los judaizantes de Jerusalén empezó á sufrir poco á poco sus influencias, y de aquí una especie de vacilación en su actitud. Pablo, sin inquietarse por la primacía incontestable que Pedro gozaba en la Iglesia, juzgó que era indispensable reprenderle, y lo hizo con bastante viveza. Mencionará aquí este incidente para demostrar con claridad la independendencia y la autoridad divina de su apostolado. Contra todos, quienesquiera que sean, se siente capaz de hacer prevalecer los derechos de la verdad.

«Y cuando vino Cefas á Antioquía, le hice resistencia cara á cara porque era de condenar <sup>(2)</sup>. Pues antes que llegasen ciertos sujetos de parte de Santiago <sup>(3)</sup>, comía con los gentiles; mas llegados que fueron, empezó á recatarse y separarse por temor de aquellos circuncisos. Y los demás judíos se conformaron con su porte disimulado, por manera que aun Bernabé fué inducido por ellos á usar de la misma simulación.»

Esta severa expresión de simulación ó comedia, empleada aquí por Pablo, caracteriza exactamente el estado de alma de aquellos que sacrificaban sus convicciones más

(1) Sabemos, por Clemente de Alejandría, citado en Eusebio, *H. E.*, I, 12, y por el testimonio del falso Doroteo, que algunos sostenían que no se trataba aquí de Pedro, sino de uno de los setenta discípulos que llevaba el nombre de Cefas. Esta hipótesis, inspirada en el deseo de no hallar en falta al verdadero Cefas, es insostenible, y San Jerónimo, *in Galat.*, II, 11, antes de San Gregorio, *Hom.*, XVIII, *in Ezech.*, ya la había refutado.

(2) La expresión *ὅτι κατεγνωσμένος ἦν* significa más que reprehensible; debe entenderse del que es acusado y aun condenado por la opinión pública.

(3) El texto *τινες ἀπὸ Ἰακώβου* puede significar ó gentes que se decían enviadas de Santiago, ó simplemente personajes que vivían en Jerusalén en torno de este Apóstol. En cuanto á suponer que Santiago realmente los había enviado para vigilar lo que pasaba en Antioquía, es en absoluto improbable, si se tiene en cuenta la acogida que había hecho á Pablo, y por razón de lo inconveniente que hubiera sido el enviar espías ó inspectores donde estaba Pedro, el jefe de los Apóstoles. Comp. *Hechos*, XV, 24.

arraigadas al respeto humano que les inspiraban de repente los judíos cristianos llegados de Jerusalén. Hasta entonces, Pedro y los demás habían vivido en la más cordial fraternidad con todos los fieles, tanto si habían ido á Jesucristo de la gentilidad, como del judaísmo, no haciendo distinción alguna allí donde el Evangelio bien comprendido no la establecía. Todos se sentaban en la misma mesa, participaban de los mismos ágapes y de la misma Eucaristía. Verdaderamente no había sino una Iglesia, y todos se mostraban dichosos por esta armonía. Pedro, cesando de tomar asiento en aquellas reuniones, donde hasta entonces había tenido su sede de honor, parecía promover una cuestión de principios. No que él no tuviese conciencia plenamente formada sobre este punto, ya que no debe olvidarse que había fraternizado hasta entonces con los gentiles, y que Pablo no le reprocha haber cambiado de opinión, sino tan sólo de conducta; era que, ya fuese por temor de incurrir en la reprobación y desafecto de los judaizantes, ya simplemente por falsa vergüenza, parecía no tener ya en cuenta sus convicciones, y sacrificaba insensiblemente su deber á consideraciones humanas muy lamentables. Bueno é indulgente por temperamento, quizás poco á propósito para hacer frente á sus contradictores, hubiera deseado no contristar á nadie. Pero hay casos en que la decisión de carácter se impone, sobre todo en quienes deben dirigir á los demás. Pedro parecía olvidarlo, y, teniendo las mismas convicciones que Pablo, se portaba como si tuviese otras. Esto no era ni franco, ni valiente, ni prudente. Su ejemplo se hacía contagioso, y la Iglesia judío cristiana, agrupándose en torno de él y de los recién llegados, acentuaba una escisión detestable en el rebaño de Cristo. Bernabé mismo se dejaba ganar; de aquí que Pablo no pudiera contenerse por más tiempo, por lo que, escogiendo la ocasión favorable, delante de los fieles reunidos, dió á Pedro la lección que merecía:

«Pero yo, visto que no andaban derechamente conforme á la verdad del Evangelio, dije á Cefas en presencia de

todos: Si tú, con ser judío, vives como los gentiles, y no como los judíos, ¿cómo con tu ejemplo fuerzas á los gentiles á judaizar?»

Para hacerse cargo perfecto de la argumentación que va á seguir, y en la cual, sin transición muy sensible, se pasará, de lo que Pablo dijo á Pedro, á lo que quiere decir á los gálatas, conviene precisar el valor exacto de este primer reproche. Pedro, instruído por una visión celestial en Joppe é iluminado por los acontecimientos que siguieron, llegó á esta conclusión definitiva y categórica: que el Evangelio es para todos, que gentiles y judíos son hermanos en Jesucristo, con los mismos privilegios, y las mismas esperanzas. Muy prudentemente, encontrándose en una Iglesia cuyos miembros en su gran mayoría han salido del paganismo, ya no tuvo en cuenta las prescripciones mosaicas, y vivió ostensiblemente en la libertad del Evangelio. Esto era afirmar muy oportunamente el gran principio del cual pendía el porvenir del Cristianismo. Así lo hizo, é hizo bien. ¿Por qué quiere parecer ahora que se vuelve atrás y condenar con una abstención funesta esa línea recta del Evangelio que tan bien había seguido? Si él mismo ha creído que podía vivir hasta el presente como los gentiles, conformándose así con las enseñanzas del Maestro, ¿por qué se expone, con su nueva actitud, á parecer que se retracta de lo que tan felizmente había inaugurado? Porque en, definitiva, debería concluirse de su extraña manera de obrar, que las reglas del mosaísmo no eran letra muerta, sino muy viva y dominante, y que era necesario sujetarse á ella. De suerte que, por una inconsecuencia lamentable, mientras en el fondo de su conciencia estaba dentro de la verdadera doctrina, con su conducta predicaba una doctrina falsa. Él se ha creído y se cree libre, y hace creer á los demás que son esclavos. He ahí la contradicción reprensible que Pablo no puede soportar. Iniciando entonces, con dialéctica tan cerrada que es difícil seguirle, su vigorosa argumentación, exclama:

«Nosotros <sup>(1)</sup> somos de naturaleza judíos, y no gentiles pecadores; sin embargo, sabiendo que no se justifica el hombre por las obras de la Ley, sino únicamente <sup>(2)</sup> por la fe de Jesucristo, por eso creemos en Cristo Jesús, á fin de ser justificados por la fe de Cristo, y no por las obras de la Ley, por cuanto ningún mortal será justificado por las obras de la Ley.»

Todos cuantos han ido á Jesucristo no han podido lógicamente ir sino teniendo conciencia de la insuficiencia de la Ley y de la necesidad de un mediador para ser justificados. Mas entonces, ¿á qué pretender imponer la Ley á aquellos que nunca la han conocido? Pero aun hay más. Si la Ley es el medio de salvación, Cristo, que la habría sustituido muy intempestivamente, sería, no ya salvador, sino ocasión de ruina irreparable para la humanidad, puesto que dejaría á ésta en estado de pecado y la engañaría prometiéndole una justificación que no concede.

«Y si queriendo ser justificados en Cristo, venimos á ser también nosotros pecadores ¿no se dirá entonces que Cristo es ministro de pecado? En ninguna manera puede jamás serlo. Mas si yo vuelvo á edificar lo mismo que he destruido, me convenzo á mí mismo de prevaricador. Pero la verdad es que yo estoy muerto á la Ley por la Ley misma á fin de vivir para Dios. Yo estoy clavado en la cruz juntamente con Cristo. Y yo vivo, ó más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí. Así la vida que vivo ahora en esta carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó á sí mismo por mí. No desecho esta gracia de Dios. Porque si por la Ley se obtiene la justicia, luego en balde Cristo murió.»

¿Puede suponer Pedro que se engañó dejando la Ley por Jesucristo, y que, por consiguiente, es preciso volver á ella, única capaz de dar la salvación? Seguramente

---

(1) Pablo habla aquí el lenguaje de la sinagoga, para quien los gentiles, no teniendo la verdadera noción de Dios, eran pecadores *ἀμαρτωλοί*, *Tob.*, VIII, 5; *Sabiduría*, X, 19. Comp. *Lucas*, XVIII, 22; XXIV, 7.

(2) Este es el sentido de *ἐν μὴ δία*.

que no. Y, sin embargo, á eso tendería su conducta. Sería un crimen levantar de nuevo el muro de separación derribado tan felizmente por el Evangelio. Con elocuencia conmovedora, Pablo caracteriza la transformación radical del hombre por medio de la fe. La nueva Ley ha matado la antigua, ó mejor, el cumplimiento de la ley mosaica ha traído lógicamente su supresión. Moisés ha conducido á Jesucristo, después de lo cual ha desaparecido. La nueva vida ó la vida en Dios comenzó entonces; empezó por una muerte, la del hombre antiguo que fué puesto en la cruz, abrazado con Jesucristo en el acto de fe, y que, muriendo con Él, ha hecho nacer ó resucitar en él al hombre justificado. De suerte que la vida actual del hombre regenerado nada tiene de común con la vida anterior del hombre fuera de Jesucristo. Procede totalmente de ese Jesús Salvador, y Pablo, sintiéndose lleno de vida, declara que no es él quien vive, sino que verdaderamente Cristo vive en él. Con esta convicción, este sentimiento, esta certeza, no puede admitir ni por un instante la idea de que la gracia de Dios ó la muerte de Cristo deba rechazarse como inútil. Y, sin embargo, esto habría que admitir, si se reconociese que la Ley puede justificar al hombre.

El Apóstol no dice cuál fué el efecto de su vivísima amonestación, pero el silencio que guarda indica suficientemente que ganó el pleito y que Pedro no persistió ya en su condescendencia con los judaizantes. Por lo demás, se ve, por su razonamiento, que consideraba á Pedro en acuerdo absoluto con él por sus principios, y que se quejaba únicamente de su inconsecuencia. Por lo demás, Pedro era demasiado recto para obstinarse en el falso camino á que su extremada bondad le había conducido.

«¡Oh gálatas insensatos! ¿quién os ha fascinado <sup>(1)</sup> para desobedecer así á la verdad, vosotros, ante cuyos ojos ha

(1) El verbo *βασκαλω* se entiende de la molesta influencia que se ejerce sobre alguien. Debería más bien traducirse por hechizar. Plutarco, *Symp.*, V, 7; Platón, *Phaed.*, p. 95.

sido ya representado Jesucristo como crucificado en vosotros mismos? Una sola cosa deseo saber de vosotros: ¿Habéis recibido al Espíritu Santo por las obras de la Ley ó por la obediencia á la fe? <sup>(1)</sup> ¿Tan necios sois, que habiendo comenzado por el espíritu, ahora vengáis á parar en la carne? Tanto como habéis sufrido por Jesucristo ¿será en vano? Pero yo espero que al cabo no ha de ser en vano. Ahora pues, aquél que os comunica el Espíritu Santo y obra milagros entre vosotros, ¿lo hace por virtud de obras de la Ley ó por la fe que habéis oído predicar?»

La respuesta á todas estas preguntas con que Pablo apremia á los gálatas no podría ser dudosa. Son cuestiones de hecho, ó más bien de experiencia, las que propone. Además de la acción sobrenatural de la fe, que ha transformado toda la vida interior de ellos, poniéndola bajo la constante influencia del Dios que aman, y haciéndola capaz de prodigios para demostrar este amor en la práctica del bien, ¿han experimentado alguna influencia moral regeneradora por la observancia de las prácticas legales? Seguramente que no. ¿Qué hacer, entonces? Después de haber experimentado el efecto vivificante del Espíritu por el acto de fe, ¿es posible volver á las prácticas materiales, visiblemente impotentes y en adelante estériles? Lejos de ello, todo, aun en el Antiguo Testamento, es explícito en favor de la fe como medio de salvación.

«Como que Abraham creyó á Dios y su fe se le reputó por justicia, reconoced, pues, que los que abrazan la fe, esos son los hijos de Abraham. Así es que Dios en la Escritura, previendo que había de justificar á los gentiles por medio de la fe, lo anunció de antemano á Abraham, diciendo: «en ti serán benditas todas las gentes.» Luego los que tienen fe, esos son benditos con el fiel Abraham. En lugar de que todos los que se apoyan en las obras de la Ley, están sujetos á maldición. Pues está escrito:

---

(1) Palabra por palabra debería traducirse ἐξ ἀκοῆς πίστεως por la audición de la fe, esto es, por la recepción de la fe que os ha venido mediante la audición.

Maldito es cualquiera que no observare constantemente todo <sup>(1)</sup> lo que está escrito en el libro de la Ley. Por lo demás, el que nadie se justifica delante de Dios por la Ley, está claro: Porque el justo vive por la fe. La Ley empero no tiene el ser de la fe, sólo si: El que la cumple, vivirá en ella. Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, habiéndose hecho por nosotros objeto de maldición, pues está escrito: Maldito todo aquél que es colgado en un madero. Y todo esto, para que la bendición de Abraham cupiese á los gentiles por Jesucristo, á fin de que así, por medio de la fe, recibiésemos la promesa del Espíritu Santo.»

No es muy fácil seguir el raciocinio que hace el Apóstol combinando una serie de testimonios escriturarios, y puede uno formularse ya la pregunta que se originará más tarde: ¿Cómo podían los lectores poco cultos comprender la trama de la argumentación, llena de sobreentendidos y de lagunas, que Pablo, arrastrado por el ardiente vigor de su espíritu, les dirigía? He aquí, en resumen, lo que quería decirles: Por una parte, según la Escritura, Abraham es justificado, no por una obra cualquiera, sino por el acto de fe en Dios, y, por otra, todas las naciones han de ser bendecidas en el santo patriarca. Ahora bien, ¿qué pueden tener de común con él las naciones que viven fuera de la circuncisión sino la fe? En verdad que por esta fe se ingresa en la generación de Abraham y se participa de las promesas que le fueron hechas. Ahora bien, en presencia de este hecho previsto y precisado por la Escritura, hay otro no menos concluyente, y es que la Ley, exigiendo que sea observada en todos sus detalles para producir la justicia, no la produce jamás, por cuanto nadie es capaz de una fidelidad tan perfecta, y porque en lugar de hacer justificados, la Ley engendra malditos. Resolviendo en sí la dificultad, Jesús borra, tomándola sobre sí, toda

(1) La palabra *πᾶσι* se halla en los LXX y en el texto samaritano, pero no en el hebreo. San Jerónimo supone que los judíos lo habían suprimido para suavizar lo que tenía de riguroso esta prescripción.

maldición, y, substituyéndose á la Ley, se convierte en el término salvador, en el cual, por la fe, cada uno de los creyentes recibe la bendición prometida á Abraham y al Espíritu de la nueva economía.

«Hermanos míos, me serviré del ejemplo de una cosa humana: después que un hombre ha otorgado en debida forma un testamento, nadie puede ni anularlo ni alterarlo. Las promesas se hicieron á Abraham y á su posteridad. No dice: «y á las posteridades <sup>(1)</sup>» como de muchos; sino como de uno: *y á tu posteridad* <sup>(2)</sup>, la cual es Cristo. Lo que quiero, pues, decir es, que habiendo hecho Dios una alianza en debida forma <sup>(3)</sup>, la Ley dada cuatrocientos y treinta años después <sup>(4)</sup>, no ha podido anularla ni invalidar la promesa. Porque si la herencia <sup>(5)</sup> se nos da por la Ley, ya no es por la promesa; y Dios hizo por medio de la promesa la donación á Abraham.»

El raciocinio es fácil de seguir. Las promesas que Dios hizo á Abraham por razón de su fe son absolutamente independientes de la Ley, la cual sobreviene cuatro siglos

(1) El Apóstol quiere sentar su tesis observando que el singular *σπέρμα* tiene un sentido especial que no se podría hallar en el plural *σπέρματα*. El inconveniente de su raciocinio consiste en que *σπέρματα* no se emplea nunca — se cita un solo caso, *IV Macab.*, XVII, 1: τῶν Ἀβραμιαίων σπερμάτων—precisamente porque *σπέρμα* es nombre colectivo equivalente al plural.

(2) El texto á que alude el Apóstol es *Gén.*, XIII, 15, ó XVIII, 8, pero no XXII, 18, que no tiene delante de τῆ σπέρματι la conjunción *καί* cuidadosamente notada aquí.

(3) Dios la consagró una vez por medio de un sacrificio, otra por un juramento.

(4) Este intervalo de 430 años entre Abraham y la ley del Sinaí no puede armonizarse ni con *Exod.*, XII, 40, que fija en 430 años la sola permanencia de Israel en Egipto, ni con *Hechos*, VII, 6, que fija en 400 años el tiempo de la esclavitud. Ahora bien, entre las promesas hechas á Abraham y la entrada de los hijos de Jacob en Egipto, hay 215 años. Comp. *Gén.*, XII, 4; XXI, 5; XXV, 26; XLVII, 9. Pablo debería haber dicho 645 años. Pero, ¿es él quien se equivoca, ó nuestro texto hebreo? Los LXX, de acuerdo con el Pentateuco samaritano, refieren en el *Exod.*, XII, 40, que el tiempo pasado por los hijos de Israel en la tierra de Egipto, y en la de Canaán fué de 430 años. Evidentemente Pablo se inspira en este texto, ya que era el más familiar á sus lectores y probablemente el más exacto.

(5) La expresión ἡ κληρονομία en el Antiguo Testamento se entiende de la tierra prometida, pero en el Nuevo indica el reino de Dios.

más tarde. No es admisible que ésta haya disminuído el valor incondicional de aquéllas. Moisés no podía atribuirse tal autoridad, ni tampoco Dios podía retractarse. Esas promesas debían cumplirse, no en la Ley, sino en el resultado final de la descendencia de Abraham, Jesucristo, único medio de salvación para los hombres. Pablo, familiarizado todavía con los procedimientos rabínicos, que permitían fácilmente la arbitrariedad en la interpretación del Antiguo Testamento, no vacila en tomar la palabra *σπέρμα*, *tserah*, simiente ó posteridad, en sentido singular, como refiriéndose á una sola persona, cuando es siempre un colectivo que designa una raza, una descendencia <sup>(1)</sup>. Arbitrariamente y contra todos los precedentes, concretará en un solo hombre la palabra que siempre se entiende de muchos. San Jerónimo declara que la argumentación, establecida en estos términos, es muy débil, pero que podía bastar para los gálatas ignorantes. Quizás el santo Doctor es demasiado severo en su apreciación <sup>(2)</sup>. Pablo pudo individualizar en Jesucristo, único objeto de las promesas sobrenaturales, la verdadera simiente de Abraham, con exclusión de su descendencia carnal, simple heredera del país de Canaán. Si, en la importancia arbitraria que da á una palabra, revela el Apóstol la sutileza del rabino <sup>(3)</sup>, consecuencia de su primera educación, no puede menos de

(1) Pablo mismo la toma siempre así. *Rom.*, IV, 18.

(2) Es harto duro el comentario del Santo. Después de hacer constar que siempre ha visto usado *semen* en singular, y que el Apóstol dice *testamentum* en vez de *pactum*, añade: «Unde manifestum est, id fecisse Apostolum quod promisit, nec reconditis ad Galatas usum esse sensibus, sed quotidianis, et vilibus, et quae possent (nisi praemisisset, *secundum hominem dico*) prudentibus displicere.» *Comm. in epist. ad Gal.*, Migne, VII, p. 364.—N. del T.

(3) Cornely reprueba que se diga que San Pablo argumenta *more rabbinico*. He aquí su comentario: El argumento del Apóstol no versa sobre la forma gramatical de la palabra hebrea ó griega, sino sobre el hecho de que en estas promesas se emplea un nombre colectivo y no un nombre en plural. Quería decir el Apóstol: las promesas fueron hechas á los descendientes de Abraham, no en cuanto éstos son muchos y distintos, desligados entre sí, sino en cuanto, unidos todos, constituyen un solo cuerpo; porque en el primer caso, no habría escogido Dios la palabra *semen*, que indica cierta unidad, sino otra, como *filií*, *posterí*, que expresan pluralidad. *Comment.*—Nota del T.

mantenerse el fondo de su tesis, porque es independiente de la misma expresión sobre la cual Pablo pretende establecerla. El único y real heredero de las promesas, es, en efecto, Jesucristo y todos los que están en Él. Israel identificado con el Mesías fué una de las ideas fundamentales de la teología judía <sup>(1)</sup>.

Pero si la Ley nada tenía que ver con la promesa ¿para qué sirvió? Tal es la objeción que debían formular los judaizantes. Pablo la emprende en seguida con resolución.

«Pues ¿de qué ha servido la Ley? Púsose por freno de las transgresiones, hasta que viniese el descendiente, de quien se hizo la promesa, siendo dicha Ley dada por mano de ángeles <sup>(2)</sup>, por medio de un medianero. No hay empero mediador de uno solo; y Dios es uno.»

La Ley, según el Apóstol, no sobrevino sino como un incidente entre la promesa y su cumplimiento. Dios la dió á su pueblo como una barrera para detener la violencia de sus pasiones y para poner de relieve, ya la extensión de su infidelidad, ya la profundidad de su impotencia y de su miseria. Al llegar el objeto de las promesas divinas, la Ley ya no tenía razón de ser. De aquí su primera razón de inferioridad. La segunda es aún más decisiva. Al paso que la promesa, que es un acto directo de Dios, no puede resultar inútil por la mala voluntad de otro, la Ley es un pacto que media entre dos partes, pacto en el cual, una de ellas, el hombre, por su debilidad, puede faltar á la fidelidad y

(1) Puede verse la prueba en la aplicación hecha á Jesús, *Mateo*, II, 15, de la profecía de Oseas, XI, 1: «Yo llamé de Egipto á mi hijo (\*).»

(2) El origen divino de la ley no puede ponerse en duda, y según *Exod.*, XXXI, 18; XXXII, 16, verdaderamente Dios es el autor de ella. La tradición que suprime las apariciones directas de Dios y le hace hablar ú obrar por medio de los ángeles se remonta á los orígenes de la Teología rabínica. Así, en contra del texto hebreo original, los LXX traducen, *Deuter.*, XXXIII, 2, como si la ley hubiese sido promulgada por ministerio de los Ángeles, siendo, empero, Dios su primer autor. Comp. *Hebr.*, II, 2; *Hechos*, VII, 38, 53; *Josefo*, *Ant.*, XV, 5, 3; V Eisenmenger, *Entdecktes Judent.*, vol. I, p. 308.

(\*) El autor toma la palabra *aplicación* en el sentido de *acomodación*. Si bien algunos exégetas católicos, entre ellos el insigne Maldonado, opinan que, en algún caso, una cita profética, aunque acompañada de la fórmula *ut a ímpletur* ó de otra análoga, puede ser una acomodación, la mayoría de nuestros comentaristas no admite esta doctrina. — N. del T.

convertir así la Ley antes en perniciosa que en útil. En el caso de la promesa, Dios sólo es quien habla y se compromete, por lo que no puede haber deficiencia alguna. En la Ley, por lo contrario, hay dos factores, Dios y su pueblo, y, entre uno y otro, un mediador, Moisés, el cual, habiendo recibido la Ley por ministerio de los ángeles, la trasmitió é impuso á Israel, libre de observarla ó de violarla. De ahí el resultado dudoso de esta Ley y su inferioridad ante la promesa, que es cosa firme <sup>(1)</sup>. Por otra parte, los acontecimientos confirmaron plenamente su insuficiencia; Pablo va á recordarlo.

«Luego replicaréis, ¿la Ley es contra las promesas de Dios? No por cierto. Porque si se hubiese dado una Ley que pudiese vivificar, la justicia provendría realmente de la Ley. Mas la Ley escrita dejó sujetos á todos al pecado para que la promesa se cumpliese á los creyentes por la fe en Jesucristo. Así, antes del tiempo de la fe, estábamos como encerrados bajo la custodia de la Ley hasta recibir la fe que había de ser revelada. Por manera que la Ley fué nuestro ayo <sup>(2)</sup> que nos condujo á Cristo para ser justificados por la fe. Mas venida la fe, ya no estamos sujetos al ayo. Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Jesucristo, pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo estáis revestidos de Cristo. Ya no hay distinción de judío, ni griego: ni de siervo, ni libre: ni tampoco de hombre, ni mujer, porque todos vosotros sois una cosa en Jesucristo. Y siendo vosotros de Cristo, sois por consi

(1) Tal parece ser el sentido más natural de este pasaje muy oscuro por su concisión y que ha tenido más de 300 interpretaciones diversas, de modo que sería necesario un volumen para reproducirlas y apreciarlas todas. Muchos exégetas, desalentados por las dificultades que presenta el vers. 20, han supuesto que era una glosa torpemente interpolada; pero el silencio de Ireneo, Tertuliano y Orígenes sobre este pasaje no basta para debilitar los argumentos que afirman su autenticidad.

(2) Es preciso no confundir el παιδαγωγός, que es el hombre que conduce al niño de la mano, con el διδάσκαλος, que es el que le instruye. V. Platón, *de Legibus*, VII, 14; Jenofonte, *de Laced. Rep.*, II, 1; Quintiliano, *Inst. Or.*, I, 1, 8, 9; Elian., *V. H.*, III, 21. Plutarco, *De lib., Educ.*, VII, precisa las funciones del pedagogo ó ayo.

guiente la posteridad <sup>(1)</sup> de Abraham, herederos según la promesa.»

He ahí, pues, el verdadero valor de la Ley. No se dió para justificar al hombre, cosa que hubiera sido contrarrestar la promesa ó anularla. Dos medios de justificación, de los cuales el uno destruyese ó suplantase al otro, en manera alguna serían dignos del plan providencial. Y, de hecho, la Escritura nos da á entender que la Ley no justificó á nadie; parece que nunca pudo hacer más que una sola cosa: condenar á quien la violaba. ¿De qué, pues, sirvió en definitiva? Desempeñó el papel del ayo que se da al niño para conducirlo á la escuela y acompañarlo luego á casa para vigilarlo en sus paseos ó en sus juegos, para preservarle de accidentes y también de relaciones peligrosas <sup>(2)</sup>. Sabido es que, entre los antiguos, era confiada con frecuencia á un esclavo <sup>(3)</sup> ó á un criado de fidelidad probada, esta función, la cual entrañaba, con la autoridad en el mandato, la severidad en la reprimenda. De ahí la fisonomía dura y la impresión poco seductora que evoca generalmente la palabra pedagogo. De este modo la Ley, exigente en sus minucias, tuvo por misión mantener bajo su dependencia, en una sumisión insuficientemente meritoria, porque era forzada, á Israel, al pupilo que Dios le había confiado y que iba á tratar como á niño insubordinado y caprichoso, hasta el momento en que se llegara á Cristo, término de la antigua Alianza. Su oficio no era sino temporal. Desde que se inauguró el nuevo orden de cosas, no tenía ya razón de ser. Los hijos menores se han emancipado. Mediante la fe en Jesucristo, se convierten en hijos de Dios mayores de edad y libres, porque se han revestido de la santidad, de la semejanza, de la belleza, de los derechos del Hijo único.

---

(1) Aquí Pablo toma la palabra *σπέρμα* en su significación colectiva regular sin preocuparse del sentido singular anteriormente señalado. En efecto, Jesucristo es á la vez uno y muchos, uno como tronco y muchos como ramas, punto final ó centro y resumen de todos los rayos que convergen en Él.

(2) Horacio, *Sat.*, I, VI, 81-84.

(3) Platón, *Lysis*.

De suerte que todas las diferencias de nacionalidad, de condición, aun de sexo, desaparecen en Aquel que penetra, llena, transforma á todos sus fieles y los une en un solo cuerpo, Jesucristo. Él es la verdadera descendencia de Abraham en quien se realizan las divinas promesas de salvación.

Pablo, prosiguiendo su pensamiento bajo la forma alegórica que ha escogido, añade en seguida:

«Digo además que mientras el heredero es niño, en nada se diferencia de un siervo no obstante ser dueño de todo; sino que está bajo la potestad de los tutores y curadores hasta el tiempo señalado por su padre. Así nosotros, cuando éramos todavía niños, estábamos servilmente sujetos á las primeras y más rudimentarias <sup>(1)</sup> instrucciones que se dieron al mundo. Mas cumplido que fué el tiempo, envió Dios á su Hijo formado de una mujer y sujeto á la Ley para redimir á los que estaban debajo de la Ley y á fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto vosotros sois hijos, envió Dios á vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual nos hace clamar: ¡Abba! ¡Padre! Y así ninguno de vosotros es ya siervo, sino hijo, y siendo hijo es también heredero de Dios por Cristo.»

La semejanza de la humanidad antes de Jesucristo con el hijo menor no es exacta sino en parte. Supone la muerte del padre, y Dios no muere. El hijo menor tiene derecho á la herencia; pero la humanidad sólo por gracia tie-

(1) La expresión *τὰ στοιχεῖα τοῦ κόσμου* se traduciría por nuestra locución familiar el ABC del mundo. Según el contexto, significa las formas religiosas elementales que rigieron á la humanidad hasta Jesucristo. Todas las demás explicaciones son demasiado rebuscadas y poco racionales, porque si *στοιχεῖα* puede entenderse de los elementos de donde el mundo ha salido, *Sab.*, VII, 18; XIX, 17, de los astros en cuanto sostienen la bóveda celeste, II *Pedro*, III, 10, 12, y en cuanto con ellos se relaciona la vida humana en su principio y vicisitudes, *Epist. ad Diogn.*, VII; Justino, *Dial. c. Tryph.*, XXIII, y *Apol.*, II, 5, no se comprende casi como Pablo habría podido referirse aquí á los elementos de la naturaleza ó á los cuerpos celestes, sea porque eran el objeto de las adoraciones paganas, sea porque fijaban las épocas de las fiestas judías (\*).

(\*) Las frases de la carta de San Pedro, aludidas por el autor, dicen sencillamente: «elementa vero calore solventur; elementa ignis ardore tacescent».—N. del T.

ne promesas. Finalmente, la duración de la menor edad, regularmente fijada por la ley griega ó romana, se deja aquí á la libre voluntad del padre. Con todo, ya se sabe que en las comparaciones se debe renunciar á buscar un paralelismo absoluto. La gran idea que se surge aquí es que, á pesar de su destino definitivo, el género humano, habiendo permanecido largo tiempo como el niño bajo la dependencia de formas religiosas imperfectas y rudimentarias, dictadas por la ley natural ó la ley mosaica, encontróse, por fin emancipado en la hora deseada por Dios. El libertador, el que puso fin á prolongada minoría, fué Jesucristo, miembro de esta humanidad, por Él libertada, y súbdito de esta ley que Él abrogó. De ahí ese nuevo estado del alma humana que se siente emancipada de la servidumbre y que llama á Dios su padre, porque tiene conciencia de la adopción divina que la ha transformado.

«Verdad es que cuando no conocíais á Dios, servíais á los que realmente no son dioses. Pero ahora, habiendo conocido á Dios, ó por mejor decir, habiendo sido de Dios conocidos: ¿cómo tornáis otra vez á esas observancias legales que son sin vigor ni suficiencia, queriendo sujetaros nuevamente á ellas? Observáis todavía los ritos de los días y meses y tiempos y años. Téme de vosotros, no hayan sido inútiles entre vosotros mis trabajos.»

No olvidemos que la mayor parte de los gálatas convertidos habían sido primeramente paganos. Los judíos figuraban en número muy reducido en las comunidades de Listra, de Derbe ó de Iconio. Pablo se dirige á esos libertados de la idolatría para preguntarles si no están ya cansados de las formas materiales de la religión. Sin duda alguna que no quieren volver á los ídolos; pero la observancia misma de las exigencias sabáticas, de las lunas nuevas, de las estaciones, ¿no es la expresión de una religión demasiado poco espiritual y digna solamente de la humanidad durante su infancia? Aceptar la vuelta á tal sujeción es demostrar que no se ha comprendido nada del Evangelio, y que el

Apóstol, al poner á contribución todas sus fuerzas para instruirlos, ha fracasado por completo.

«Sed como yo, ya que yo he sido como vosotros<sup>(1)</sup>, ¡oh hermanos!, os lo ruego encarecidamente. Á mí en nada me habéis agraviado. Al contrario, bien sabéis que, entre aflicciones de carne<sup>(2)</sup>, os anuncié el Evangelio la primera vez<sup>(3)</sup>; y en tal estado de mi carne, que os era materia de tentación, no me despreciasteis, ni me desechasteis; antes bien me recibisteis como á un Ángel de Dios, como al mismo Jesucristo. ¿Dónde está, pues, aquella felicidad en que go-

(1) La forma elíptica que emplea aquí Pablo ha dado lugar á interpretaciones diferentes. Según unos, querría decir: «Sed como yo emancipado de la Ley, ya que yo he renunciado en mí mismo á la Ley para ser como vosotros.» Según otros: «Sed para conmigo como yo soy para con vosotros.» Pero esto no se halla en el texto, y todavía menos en el contexto.

(2) La expresión δι' ἀσθένειαν τῆς σαρκός promueve muchas dificultades. ¿Hay que dar á διὰ el sentido de *por causa*, como si los gálatas debiesen su evangelización á una enfermedad súbita de Pablo? Nada autoriza semejante suposición, y la evangelización de los gálatas no fué consecuencia de la indisposición de Pablo, sino que la indisposición sobrevino á causa de la evangelización. Διὰ construído con acusativo significa muy bien *entre*. Por la enfermedad de la carne de que habla, ¿hay que entender su exterior, humilde, poco imponente, miserable? No lo creemos así. Aquí se trata de la misma enfermedad física que él llama, II Cor., XII, 7, una espina en la carne y que afectaba probablemente á sus ojos, quizá en forma de oftalmía purulenta, lo que era muy repugnante. De ahí, tal vez, el deseo de los gálatas de dar sus propios ojos para cambiarle los suyos.

(3) La fórmula τὸ πρότερον puede tomarse en doble sentido y significar *antes*, Juan, VI, 62; VII, 51; IX, 8; II Cor., I, 15; etc., ó bien la *primera vez*, cuando el hecho se ha reproducido. Cualquiera que sea el sentido que se le dé aquí, no puede referirse más que á un solo viaje hecho hasta este momento á la Galacia meridional. El contexto, vers. 18, 19, supone una sola permanencia de Pablo, después de la cual llegaron inmediatamente los envidiosos. Si se quiere traducir τὸ πρότερον por *la primera vez*, deberá recordarse que la misión de Pablo y Bernabé tuvo dos fases distintas: la primera, *Hechos*, XIII, 14, hasta XIV, 19, durante la cual fundaron las Iglesias de Galacia, la segunda, *Hechos*, XIV, 20-22, en que consolidaron su obra. Aquí se trataría de la primera, la ida, y no de la segunda, la vuelta. En efecto, habla de la acogida que le hicieron. Hemos dicho que Pablo permaneció largo tiempo en Iconio la primera vez que fué allí, *Hechos*, XIV, 3. En todo caso, sería extraño que hablase aquí tan sólo de la primera recepción, si, en una segunda misión propiamente dicha, hubiese vuelto en realidad al país de los gálatas. Da á luz por segunda vez, πάλιν, á aquellos á quienes se dirige. La primera vez fué de viva voz, ahora por carta. En verdad no ha vuelto á verlos desde su primer viaje. Si pudiese volver á verlos, la causa de la libertad evangélica estaría ganada. Sin duda que ha bosquejado energicamente á Cristo en ellos, pero este trabajo reciente pide ser proseguido.

zábais? Porque yo puedo testificar de vosotros que estábais prontos, si posible fuera, á sacaros los ojos para dármelos á mí. ¿Con qué, por deciros la verdad, me he hecho enemigo vuestro? Esos falsos apóstoles procuran estrecharse con vosotros, mas no es con buen fin, sino que pretenden separaros de nosotros para que les sigáis á ellos. Sed, pues, celosos amantes del bien con un fin recto en todo tiempo, y no sólo cuando me hallo yo presente entre vosotros. Hijitos míos <sup>(1)</sup>, por quienes segunda vez padezco dolores de parto hasta formar á Cristo en vosotros; quisiera estar ahora con vosotros, y diversificar mi voz según vuestras necesidades, porque me tenéis perplejo sobre el modo con que debo hablaros.»

Con exquisita ternura, Pablo, abandonando por un momento el terreno de la demostración, apela á los lazos del corazón que le unen á sus amados gálatas. Ellos, por su parte, todavía no le han causado agravio alguno; al contrario, le testimoniaron el afecto más sincero, cuando al evangelizarlos la primera vez, estaba enfermo de un mal que no nombra, pero que designa como repugnante. Su enfermedad no enfrió su entusiasmo, antes bien, olvidando lo que ella tenía de humillante, vieron en el enviado de Dios otro Jesucristo. Ningún sacrificio les hubiera parecido entonces demasiado grande; tan generosa era su abnegación. Nada tiene el hombre más precioso que la vista, y, sin embargo, Pablo llega á decir que los gálatas se hubieran arrancado los ojos para reemplazar los suyos, en los que radicaba probablemente su repugnante enfermedad <sup>(2)</sup>. Entonces le amaron intensamente; ¡acaso porque tiene el valor de de-

---

(1) La palabra *τεκνία* expresa la ternura de la madre, cuyos dolores Pablo acaba de recordar, puesto que el Apóstol se siente en esta ocasión no ya solamente padre, sino madre dando á luz á sus hijos.

(2) Es cosa notable que Pablo no diga: «si hubiese sido *necesario*», sino: «si hubiese sido *posible*», lo que parece implicar su necesidad de tener otros ojos y la imposibilidad por parte de los gálatas, no ya de arrancárselos, sino de darle los suyos. Por lo demás, si se dice alguna vez sacarse los ojos *por alguien*, nunca se dirá para *darlos á alguien*, á menos que no fuese en el caso real en que se quisiese reemplazar los ojos enfermos de alguien por otros absolutamente sanos.

¿Circles la verdad no le amarán hoy? Hombres envidiosos quieren atraérselos. Si porque él no está con ellos, esos envidiosos triunfasen, sería muy engañador el afecto que antes le demostraban. En cuanto á él, tiene todo su pensamiento, todo su corazón, sus más vivas solicitudes puestas en sus amados gálatas, hijos que él dió una vez al mundo llamándolos al Evangelio y que continúa engendrando penosamente á la verdad, separándolos de las falsas doctrinas, de las tiránicas é inútiles observancias que quisieran imponerles. Habrán nacido á la vida completa cuando, con toda verdad, el Cristo haya sido formado ó realizado en ellos. ¡Ah, si pudiese hablarles cara á cara, cuánto más seguro estaría de triunfar que escribiéndoles esta carta! Su amor de padre encontraría, según la oportunidad, acentos que llegarían al corazón de sus amados hijos; acentos de severidad, de ternura, que se modificarían según el eco que su voz encontrase en el alma de ellos... ¡Cuán conmovedor y exquisito de verdad es todo eso!

Entonces, reanudando de nuevo su tesis sobre la caducidad de la ley, sostiene Pablo su razonamiento mediante una explicación alegórica de un pasaje de la Escritura que supone bien conocido de sus lectores:

«Decidme los que queréis estar sujetos á la Ley, ¿no habéis leído lo que dice la Ley <sup>(1)</sup>? Porque escrito está que Abraham tuvo dos hijos, uno de la esclava y otro de la libre. Mas el de la esclava nació según la carne <sup>(2)</sup>; al contrario, el hijo de la libre nació en virtud de la promesa <sup>(3)</sup>. Todo lo cual fué dicho por alegoría <sup>(4)</sup>. Porque estas dos

(1) La palabra ley significa aquí el Pentateuco, el cual constituía, con los profetas y los hagiógrafos, las tres partes del Antiguo Testamento. Es cosa sabida que estas lecciones de la historia sagrada, de la ley y de los profetas, que se leían en las sinagogas, *Lucas*, IV, 16: *Hechos*, XV, 21, servían también de edificación á las asambleas cristianas. La historia de Agar y Sara se halla en *Gén.*, XVI, 15, 16; XXI, 9 y sig.

(2) Es decir, según el orden de la naturaleza; mientras que Isaac nació de una madre estéril y anciana, *Gén.*, XVIII, 11, en virtud de una promesa divina.

(3) Pablo quiere hablar aquí de la Jerusalén judía, por oposición á la Jerusalén cristiana. La presenta como esclava de la ley con hijos esclavos.

(4) El participio *ἀλληγοροῦμενα*, del verbo *ἀλληγορεῖν*, que no se encuentra

madres son <sup>(1)</sup> las dos alianzas. La una dada en el monte Sina que engendra esclavos, la cual es Agar; porque así se designa entre los árabes <sup>(2)</sup> el monte Sina <sup>(3)</sup>. Agar <sup>(4)</sup> corresponde á la Jerusalén de ahora, la cual es esclava con sus hijos. Al contrario <sup>(5)</sup>, aquella Jerusalén de arriba <sup>(6)</sup> es libre, la cual es madre de todos nosotros. Porque escrito está: ¡Alégrate, estéril que no pares <sup>(7)</sup>! ¡prorrum-

más en el Nuevo Testamento, pero muy común en Filón, significa que se debe buscar en una narración, por otra parte histórica, un segundo sentido diferente del literal. Es sabido que la exégesis judía, en sus últimos tiempos, había acabado por dar un sentido alegórico á todas las historias del Antiguo Testamento, Gfrörer, *Gesch. d. Urchristent.*, I, 1, p. 68 (\*).

(\*) El texto dice: Quae sunt per allegoriam dicta; A. Montano: Quae sunt allegorizata. Hay que condenar los excesos de la escuela figurista (véase vol. III, p. 39, nota); pero trátase aquí de un tipo verdadero. Vigouroux: «Ce récit, outre sa signification littérale, a un sens typique et allégorique», *La S. Bible Polygl.*—N. del T.

(1) Es decir, significan ó representan en sentido alegórico los dos Testamentos.

(2) Este es el sentido de ἐν τῇ Ἀραβίᾳ. En efecto, no se comprende la utilidad que tendría para Pablo hacernos observar que una montaña tan conocida como el Sina estaba en Arabia.

(3) En un paréntesis, el Apóstol advierte que el Sina lleva entre los árabes el nombre de Agar, y halla en este detalle una confirmación de su explicación alegórica. A decir verdad, no existe prueba alguna de que el nombre de Agar se haya dado al Sina antiguamente ó bien hoy. Los viajeros no han podido comprobar nada parecido, y la suposición de que la cima de la montaña haya podido llamarse Hadjar, la Roca, no sirve de nada, ya que la ortografía de las dos palabras es absolutamente diferente. Muchos han intentado eludir la dificultad traduciendo: «Agar, en efecto, es la representación del monte Sina en Arabia»; pero olvidan que el texto lleva τὸ Ἄγαρ en género neutro, lo que hace imposible su traducción.

(4) El sujeto es Agar y no el Sinaí, como muy generalmente se supone. Son, en verdad, las dos mujeres, que constituyen la alegoría, quienes dominan siempre la frase. Así se descarta la traducción según la cual Pablo observaría que el Sinaí se enlaza por ramificaciones lejanas con Jerusalén. El verbo συστοιχεῖν significa estar en el mismo jerarquía, ser de la misma categoría ó de la misma especie. Polibio, X, 21; XIII, 18, 19; Aristóteles, *Metaph.*, I, 5.

(5) Se esperaba leer aquí: la otra alianza instituida por Jesucristo es Sara correspondiente á la Jerusalén de arriba, etc.; pero ya estamos habituados á ver á Pablo, en el movimiento de pensamientos que le arrastra, dejar á los lectores el cuidado de llenar las lagunas que pone entre líneas. Comp. *Rom.*, V, 12; VII, 12, etc.

(6) El paralelismo deja un poco que desear. La Jerusalén de arriba corresponde aquí á la Jerusalén no de abajo, sino de ahora.

(7) Isaac nació de Abraham y de Sara—aunque estéril por razón de su edad, *Rom.*, IV, 19—por la voluntad y según la promesa misericordiosa de Dios.

pe en gritos de júbilo tú que no eres fecunda! porque son muchos más los hijos de la que ya estaba abandonada, que los de la que tiene marido. Nosotros, pues, hermanos, somos los hijos de la promesa figurados en Isaac. Mas así como entonces el que había nacido según la carne perseguía al nacido según el espíritu, así sucede también ahora. Pero ¿qué dice la Escritura?: Echa fuera á la esclava y á su hijo, que no ha de ser heredero el hijo de la esclava con el hijo de la libre. Según esto, hermanos, nosotros no somos hijos de la esclava, sino de la libre.»

Esta argumentación, toda ella dentro de la nota de la teología rabínica, en realidad no tenía valor sino para los judíos. Pablo estima poder colocarse en el mismo terreno de sus adversarios para combatirlos. El pasaje del Antiguo Testamento que invoca se leía tanto en las reuniones cristianas como en las sinagogas, y se extraña de que no hayan sabido penetrar su sentido alegórico. En todo caso, como explicación ó aclaración de su pensamiento, el hecho histórico, en el que buscaba una alegoría, había sido un hallazgo feliz. Se lee, en ese mismo libro en que está contenida la Ley, que Abraham tuvo dos hijos principales, Ismael é Isaac; los demás no entran en cuenta. El uno, nacido de la esclava Agar según la ley de la naturaleza, y el otro, en virtud de una promesa divina, de Sara, la esposa libre, cuya edad parecía haberla condenado á esterilidad definitiva; he ahí personificado el fruto de los dos Testamentos. No hay más que seguir el sentido alegórico. Lo que viene de la esclava es para la esclavitud; por esto, la Ley venida del Monte Sináí, llamado también Agar, no conoció sino esclavos, sea porque sus preceptos ceremoniales constitúan un yugo abrumador, sea porque el pueblo al cual se dirigía sólo era capaz de temor y no de amor. Esta ley es la que todavía gobierna á la Jerusalén terrenal y al judaísmo refractario. Piensen lo que quieran los legistas obstinados, los ritualistas orgullosos contra quienes Pablo discute, no son hijos de Abraham sino por Ismael. Sólo descenden de él por Isaac, el hijo de la

promesa, los que constituyen la Jerusalén superior <sup>(1)</sup>.

Los hijos de Sara libre viven en la santa libertad del Evangelio, por el espíritu de dilección que llena sus almas <sup>(2)</sup>. El Apóstol, admirado ante la fecundidad tardía y milagrosa de Sara ó del Evangelio, se sirve de las palabras de Isaías <sup>(3)</sup> y canta la gloria de la que, dando á luz según la promesa divina, después de largos siglos de esterilidad, ve salir de su seno la generación más floreciente y más feliz, sin dolor, en un momento, por un acto de la libre misericordia divina. El nacimiento súbito y la expansión rápida de la Iglesia cristiana tenía, ya en los mismos tiempos de Pablo, algo de humanamente inexplicable.

Prosiguiendo su alegoría, afirma que el judaísmo legal persigue al Cristianismo, como Ismael, según la tradición rabínica, perseguía á Isaac <sup>(4)</sup>. Mas este desorden no puede durar y la madre del hijo legítimo dirá al padre: «Echa fuera al hijo de la esclava.» La sinagoga, si se obstina en su hostilidad, será excluída de la familia, expulsada con sus representantes. En estas condiciones, el judaísmo no puede tener por medio de ella parte en la herencia. Esta pertenece toda entera á aquellos que han nacido y viven por Jesucristo en la libertad del Evangelio.

«Manteneos firmes—prosigue el Apóstol—en esta libertad que habéis adquirido por Jesucristo, y no dejéis que os opriman <sup>(5)</sup> de nuevo con el yugo de la servidumbre. Mirad que os declaro yo, Pablo, que si os hacéis circunci-

(1) El Apóstol mira no ya precisamente á la Iglesia del cielo, sino á la que, en la tierra, vive por su fe y esperanza en el cielo. *Colos.*, III, 1; *Filip.*, III, 20; *Apoc.*, XXI, 2, etc.

(2) *Rom.*, VIII, 28.

(3) *Isaías*, LIV, 1, citado según los LXX.

(4) Sirviéndose del verbo *ἐδίωκε* para reproducir lo que se dice en el *Génes.*, XXI, 9 de Ismael burlándose de Isaac, Pablo parece inspirarse en la tradición rabínica. Así en *Beruc. R.*, LJII, 15, leemos: «Dixit Ismael Isaac: Eamus et videamus portionem nostram in agro; et tulit Ismael arcum et sagittas et jaculatus est Isaacum et prae se tulit ac si luderet.» Quizá también esta palabra debe entenderse de vejaciones desagradables, tales como los judaizantes imponían á los predicadores del Evangelio.

(5) Los fieles que vinieron del paganismo llevaron el yugo de la idolatría y los que vienen del judaísmo arrastraron el yugo de la ley.

dar, Cristo de nada os aprovechará. Además declaro á todo hombre que se hace circuncidar que queda obligado á observar toda la ley por entero. No tenéis ya parte ninguna <sup>(1)</sup> con Cristo, los que buscáis la justificación en la ley; habéis perdido la gracia. Pues nosotros en virtud de la fe esperamos recibir del Espíritu la justicia, porque para con Jesucristo nada importa el ser circunciso ó incircunciso, sino la fe que obra animada de la caridad.»

A los gálatas toca escoger entre dos principios que casi no se avienen: las obras personales y la fe, la Ley y Jesucristo. Si pretenden salvarse practicando las observancias mosaicas, no deben esperar nada de Jesucristo; quedarán bajo un yugo tan intolerable como inútil, porque, después de haber sufrido todas las exigencias de la circuncisión y de las obligaciones legales que á ella van ligadas, no habrán dado ni un paso hacia la justificación, y se quedarán sin esperanza. Al contrario, los que ponen sólo en Jesucristo su confianza tienen, mediante su Espíritu que Él les comunica, la gracia, la santificación, la certeza de la salvación.

«Vosotros habíais comenzado bien vuestra carrera ¿quién os ha estorbado de obedecer á la verdad? Persuasión semejante no es ciertamente de aquel que os ha llamado <sup>(2)</sup>. Un poco de levadura hace fermentar toda la masa <sup>(3)</sup>. Yo confío, no obstante, de vosotros en el Señor que no tendréis otros sentimientos que los nuestros; pero el que os anda inquietando, quienquiera que sea, llevará el castigo merecido. En cuanto á mí, hermanos, si yo predico aún la circuncisión <sup>(4)</sup>, ¿porqué soy todavía perseguido? Según eso acabóse el escándalo de la cruz. ¡Ojalá fuesen más que circuncidados los que os perturban <sup>(5)</sup>!»

(1) Este es el sentido de *καταργείσθαι ἀπὸ τῶος*. *Rom.*, III, 3, *II Cor.*, III, 7.

(2) Quien los llamó al Evangelio puede ser ó Jesucristo, ó Pablo, ó Dios. La última hipótesis concuerda con el vers. 6 del cap. I.

(3) Esta locución proverbial se halla también en *I Cor.*, V, 6.

(4) Por absurda que fuese la acusación, los judaizantes, según este pasaje, parece que pretendieron que Pablo mismo predicaba la circuncisión.

(5) En vano muchos intérpretes quieren entender el verbo *ἀποκλύβουσαι* en

De esta manera, con sus apremiantes amonestaciones, mezcla Pablo hábiles testimonios de confianza al buen sentido y fidelidad de sus amados gálatas. Después, de repente, prorrumpe en palabras severas contra los que han ido á turbar la sinceridad y la sencillez de la fe de sus amadas Iglesias. Los presenta con su influencia perniciosa, por poco numerosos que sean, quizás reducidos á uno solo <sup>(1)</sup>, que procura arrastrar á los demás, como la levadura agria tiende á invadir la masa entera. Nos los presenta como abrigándose imprudentemente bajo su propio patronato y declarando, para engañar á sus discípulos, que el mismo Pablo predicaba la circuncisión. Mas si esto era así, ¿á qué vendría el perseguirle y maldecirle? No existiría ya ese escándalo de la Cruz que tanto perturba é irrita á los judaizantes. ¡Ah, pero todo eso son mentiras y engaño! En un movimiento de santa indignación, el Apóstol desea una operación más radical que la circuncisión para cuantos perturban la Iglesia en nombre de la circuncisión. Después de lo cual prosigue sus exhortaciones, advirtiéndole que la emancipación de la Ley no podrá conducir al libertinaje, y que á la servidumbre legal es preciso sustituir la servidumbre fraternal mediante la caridad.

«Porque vosotros, hermanos míos, sois llamados á la libertad; cuidad solamente que esta libertad no os sirva de ocasión para vivir según la carne, pero sed siervos unos de otros por un amor espiritual. Como quiera que toda la ley en este precepto se encierra: Amarás á tu prójimo como á ti mismo. Que si unos á otros os mordéis

el sentido de separación de la comunidad cristiana, ó bien de la sociedad de los vivos. Esta interpretación, imaginada para suprimir una de esas palabras vivas y crudas tan en armonía con el carácter de Pablo, no es admisible, como lo han reconocido San Crisóstomo, Jerónimo, Agustín y otros. Este verbo indica la castración propiamente dicha, Arriano, *Epiet.*, II, 20, 19; Luciano, *Tun.*, 8, y la palabra *ἀπόκοπος* en Strabón, XIII, lo mismo que *ἀποκεκομμένος* en los LXX, *Deuter.*, XXIII, 1, significa un hombre castrado. Este sentido del verbo en la forma media es incontestable.

(1) Es notable que parezca hablar de uno solo, después de haber ya reducido á poca cosa, *μικρὰ ζύμη*, el elemento corruptor. Si no había más que un promovedor de la circuncisión, ¿quién era? La conclusión, vers. 12, supone que eran muchos.

y roéis, mirad no os destruyáis los unos á los otros.

»Digo, pues: proceded según el Espíritu de Dios, y no satisfaceréis los apetitos de la carne; porque la carne tiene deseos contrarios á los del espíritu, y el espíritu los tiene contrarios á los de la carne, como que son cosas entre sí opuestas; por cuyo motivo no hacéis vosotros todo aquello que queréis. Que si vosotros sois conducidos por el espíritu, no estáis sujetos á la Ley.»

El Espíritu suplanta, pues, la Ley en los discípulos del Evangelio, también impone una regla en la dirección de la vida, pero al mismo tiempo da la gracia á fin de observarla. Este es el carácter esencial de la nueva economía. No que la acción hostil de la carne contra el Espíritu se haya suprimido; subsiste y se ejercita para provocar la determinación enérgica y meritoria de nuestra voluntad; sólo que esta acción, logrando algunas veces desviarnos del bien, es siempre equilibrada por la gracia, que viene en socorro de nuestra libertad. El Espíritu de Dios y el del hombre parecen, en el pensamiento del Apóstol, no formar más que uno, porque el Espíritu de Dios, comunicándonos la gracia, se une á nuestro propio espíritu y parece absorberlo en su asistencia omnipotente.

«Bien manifiestas son las obras de la carne: las cuales son: fornicación, deshonestidad, lujuria, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, enojos, riñas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, embriagueces, glotonerías y cosas semejantes. Sobre las cuales os prevengo, como ya tengo dicho, que los que tales cosas hacen no alcanzarán el reino de Dios. Al contrario, los frutos del espíritu son: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia, castidad. Para los que viven de esta suerte no hay ley que sea contra ellos. Y los que son de Jesucristo tienen crucificada su propia carne con los vicios y las pasiones.»

El Apóstol, habiendo acabado el objeto principal de su Epístola, pasa á las recomendaciones generales que debe-

rán asegurar el pleno desarrollo de las jóvenes Iglesias de Galacia.

«Si vivimos por el Espíritu, procedamos también según el Espíritu. No seamos ambiciosos de vanagloria, provocándonos los unos á los otros, y recíprocamente envidiándonos. Hermanos, si alguno, como hombre que es, cayere desgraciadamente en algún delito, vosotros los que sois espirituales, al tal instruidle con espíritu de mansedumbre, haciendo cada uno reflexión sobre sí mismo y temiendo caer también en la tentación. Comportad las cargas unos de otros y con eso cumpliréis la Ley de Cristo. Porque si alguno piensa ser algo, se engaña á sí mismo, pues es nada. Por tanto examine cada uno sus propias obras y así tendrá entonces motivo de gloriarse en sí mismo solamente y no respecto de otro. Porque cada cual cargará con su propio fardo.»

Repentinamente, movido por la importancia que tiene el ser instruido por buenos maestros, y por el mérito que consiguen éstos formando buenos discípulos, Pablo interrumpe su exposición moral, para dirigir, sin conexión con lo que precede ó lo que va á seguir y como si temiese olvidarlo, la recomendación siguiente:

«Entre tanto, aquel á quien se le instruye en las cosas de la fe asista de todos modos con sus bienes al que le instruye.»

Así lo exige la más elemental gratitud; dar el pan material en cambio del alimento espiritual, parece mera justicia. Debe hacerse bien al prójimo, quienquiera que sea: ¿y no se hará al evangelista, portador de la verdad y padre de las almas? Este incidente sin duda se refiere á la situación precaria de los heraldos de la Buena Nueva. Luchaban contra los predicadores judaizantes, pero en condiciones, desde el punto de vista material, muy desiguales.

«No queráis engañaros á vosotros mismos: Dios no puede ser burlado. Así es que lo que un hombre sembrare, eso recogerá. Por donde, quien siembra para su carne, de la

carne recogerá la corrupción y la muerte; mas el que siembra para el espíritu, del espíritu cogerá la vida eterna. No nos cansemos, pues, de hacer bien, porque, si perseveramos, á su tiempo recogeremos el fruto. Así que, mientras tenemos tiempo, hagamos bien á todos, y mayormente á aquellos que son, mediante la fe, de la misma familia que nosotros.»

Estas consideraciones finales recuerdan que la ley de la libertad no ha sido promulgada para dispensar al hombre de hacer bien, antes, al contrario, le obliga á hacerlo siempre, sin cansarse. Las obras procedentes del espíritu y sembradas abundantemente por la fe y la caridad engendrarán la vida eterna. ¡Anímense, pues, los sembradores del bien! Extiendan á su alrededor su influencia tan lejos como puedan, sin olvidar jamás que la esfera principal de su actividad debe ser la comunidad cristiana de la cual son miembros.

Llegado al final de su Epístola, la recapitula vivamente. Se ve que estaba en sus comienzos en este género nuevo de apostolado; todavía no se había asociado, para escribir, los auxiliares de que dispondrá más tarde. Ningún indicio, ni al principio ni al fin de la Epístola, de que á su redacción hayan concurrido otros personajes apostólicos, ni siquiera Bernabé, quien, en mal hora, se había sometido con Pedro á los judaizantes. Pablo no podía asociarlo á su enérgica protesta. Á pesar de sus ojos enfermos, debió escribir por sí mismo; de ahí su observación:

«¡Mirad en cuán grandes letras <sup>(1)</sup> os he escrito de mi mano!»

Hemos dicho en otra parte que la espina en la carne de que se quejaba, era con toda probabilidad el mal de ojos que degeneraba á veces en una especie de oftalmía purulenta, que se hacía muy molesta. ¡Consideraba Pablo esta enfermedad como una consecuencia de la ceguera con que

(1) No es dudoso que *πηλικούς* deba entenderse de la *dimensión* misma de las letras ó caracteres. Así en Platón. *Menex*; Plotomeo, I, 3, 3: *πηλικας γωνιας*, y LXX, *Zacar.*, II, 2: *τοῦ ἰδεῖν πηλικον τὸ πλάτος... καὶ πηλικον τὸ μήκος*.

había sido herido en el camino de Damasco y la llamaba los estigmas ó el sello con que su Maestro le había marcado? Es posible. Su pésima vista le obligaba, pues, á escribir en caracteres muy grandes; más tarde dictará á algunos secretarios y casi no trazará más que las últimas líneas de su propia mano, como auténtica confirmación de lo que precede.

«Todos aquellos que quieren seros gratos según la carne, esos os constriñen á que os circuncidéis con solo el fin de no ser ellos perseguidos por causa de la cruz de Cristo. Porque ni ellos mismos que están circuncidados guardan la ley, sino que quieren que seáis circuncidados vosotros á fin de gloriarse en vuestra carne. Á mí libreme Dios de gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo. El hecho es que, respecto de Jesucristo, ni la circuncisión ni la incircuncisión valen nada, sino el ser una nueva criatura. Y sobre todos cuantos requieren esta norma venga paz y misericordia como sobre el pueblo de Dios. Por lo demás, nadie me moleste en adelante, porque yo traigo impresas en mi cuerpo las señales del Señor Jesús.

»La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea, hermanos, con vuestro espíritu. Amén.»

Ignoramos cuál fué el efecto de esta Epístola en Galacia, ni por qué intermediario llegó á ella. La vivacidad de los sentimientos de Pablo nos demuestra que los espíritus estaban lejos de calmarse en Antioquía. Los dos partidos se enardecían. La turbación más lamentable reinaba en la comunidad cristiana. Se juzgó prudentemente que era indispensable, sin esperar más, apelar á la autoridad de la madre Iglesia é ir á Jerusalén á exponer y resolver la cuestión.

## CAPITULO III

### Conferencia de Jerusalén y decadencia de la Ley mosaica

La cuestión tan vivamente debatida entre Pablo y los judaizantes es llevada ante la Iglesia de Jerusalén.—Conferencia pública en que fué resuelta.—Discurso categórico de Pedro.—Bernabé y Pablo le apoyan.—Proposición conciliadora de Santiago.—La asamblea la adopta.—La Epístola á los hermanos gentiles sacrifica realmente la ley de Moisés.—Triunfo y vuelta á Antioquía de los partidarios de la libertad por el Evangelio. (*Hechos*, XV, 2-33).

Con toda naturalidad había surgido el pensamiento de llevar la cuestión que se debatía allí mismo donde se había promovido, á Jerusalén, de donde procedían los agitadores; Pedro, sin duda, había vuelto allí con el deseo de calmar los espíritus.

El hecho de que Pablo y su partido apelasen á los Apóstoles presentes en la Ciudad Santa prueba claramente que éstos no tenían prejuicio alguno contra su manera de pensar; el tribunal de la Iglesia-madre no les infundía miedo; más aún, no querían sobre todo separarse de ella. Nada más sugestivo que los lazos de deferencia y filial caridad, por los cuales los gentiles convertidos entendían permanecer unidos á la cuna de la religión y á los primeros Apóstoles. Pablo, cualquiera que fuese su independencia de carácter y aun su conciencia de tener una misión excepcionalísima, no se sustraía á ese sentimiento de veneración y de inferioridad ante Pedro y los demás. Los aceptaba como jueces, ó, mejor, iba resueltamente á pedir su aprobación, seguro como estaba de vivir en comunidad de ideas con los verdaderos discípulos de Jesús. Por derecho

propio, Bernabé formó parte de la embajada. ¿No le habían combatido, lo mismo que á Pablo, porque, á pesar de sus recientes complacencias en Antioquía, había precedentemente, como misionero, afirmado y puesto en práctica los principios incriminados? Por otra parte, su presencia había de contribuir á la paz religiosa. Era amado hasta por el partido de los judaizantes, por razón de su natural indulgente, mesurado, tal vez demasiado acomodaticio.

El libro de los Hechos no consigna el nombre de los otros miembros de la diputación, pero hace constar que los fieles de la Iglesia de Antioquía se interesaron por la cuestión decisiva que iba á zanjarse. No pudiendo trasladarse en masa á Jerusalén, quisieron á lo menos acompañar <sup>(1)</sup>, durante algún tiempo, á sus delegados, para dar á entender que estaban con ellos de todo corazón y que les sería muy penoso saber que su propio ingreso en la comunidad cristiana había sido tachado de irregularidad, ó que Pablo, después de todas sus obras de celo, no había conseguido sino correr en vano. La embajada siguió la vía terrestre, que, después de Dafne, volvía hacia el sur, al pie del Casio, y seguía la costa mediterránea. Un judío del siglo XII, Benjamín de Tudela, nos ha indicado las estaciones ordinarias de esta ruta que él mismo recorrió yendo de Antioquía á Jerusalén <sup>(2)</sup>. Hemos encontrado los vestigios de ellas en los bordes del Lico, entre Beirut y Biblos. Debieron emplearse casi dos semanas para atravesar los países de Fenicia y Samaria en que se desarrollaban acá y allá algunas Iglesias fundadas por los predicadores procedentes de Jerusalén después de la muerte de Esteban <sup>(3)</sup>. Era difícil pasar

(1) Esto indica la expresión προπεμφθέντες. Al verbo προπέμπειν corresponde, en efecto, el *deducere* de los latinos que significa hacer escolta de honor. Cicerón dice, *Cat. M.*, c. 18: «Haec enim ipsa sunt honorabilia, salutari, deduci, reduci, etc.» En este sentido Jenofonte, *Cyr.*, I, 4, 25, dice: ἀπίοντα τὸν Κῆρον προῦπεμπων ἅπαντες. Comp. *Hechos*, XX, 38; *Rom.* XV, 24, etcétera.

(2) «Dos días—dice—de Antioquía á Latakíe; uno hasta Gebal de los hijos de Ammón; dos hasta Beirut; uno hasta Saída ó Sidón; uno hasta la nueva Tiro; otro, en fin, hasta Acre, ciudad fronteriza de Palestina, y donde desembarcan los peregrinos que van á Jerusalén.

(3) Para Fenicia V. *Hechos*, XI, 19. Para Samaria, cap. VIII.

sin saludarlas y consolarlas, poniéndolas al corriente de la reciente conversión de tantos paganos al Evangelio. Debemos creer que ellas asimismo habían heredado las ideas universalistas de sus fundadores, ya que, aunque reclutadas al principio exclusivamente entre los judíos á quienes los Evangelistas habían anunciado la Buena Nueva, mostraron gran alegría al saber tan felices conquistas. Así aprobaban de una manera clara el que los dos Apóstoles quisieran el reino de Dios en condiciones bastante amplias para no dificultar el grande movimiento de la gentilidad hacia el Evangelio. Si los judaizantes seguían el mismo camino, debieron sufrir ya una primera decepción, aunque fuese muy natural, al ver que samaritanos y judíos helenistas, convertidos al cristianismo, repudiaban las estrechas y detestables pretensiones de los fariseos de Jerusalén.

Seguramente que lo más desagradable para ellos fué que esta misma acogida benévola, fraternal, entusiasta, la encontraron Pablo y sus compañeros de parte de la Iglesia de Jerusalén y de sus jefes, los Apóstoles y los Ancianos <sup>(1)</sup>, prueba evidente que una cosa era esta Iglesia y otra la camarilla exclusivista que tomaba su nombre, después de haberse introducido fraudulentamente en sus filas.

La recepción dispensada á la embajada parece que fué pública y solemne. Todos los grandes dignatarios estaban allí para acoger á los esforzados obreros del Evangelio. Pablo y Bernabé tomaron en seguida la palabra y refirieron las grandes obras que Dios había hecho por su ministerio. Fué como una repetición de cuanto les había sucedido en Antioquía, al volver los dos Apóstoles triunfantes de su misión. Sin embargo, los descontentos, y estaban presentes algunos de ellos, si no se atrevieron á tomar la palabra en esta primera sesión, no tar-

(1) Esto es lo que significa el verbo *παρεδέχθησαν* ó, según otra lección, *ἀπεδέχθησαν*, comp. XXI, 17. San Lucas, en el Evangelio, emplea esta expresión para denotar el entusiasmo con que la multitud recibió á Jesús, VIII, 40.

daron en prorrumpir en recriminaciones violentas <sup>(1)</sup>. Ya que no era posible negar el éxito de los dos Apóstoles en su reciente apostolado entre los gentiles, se censuró severamente su manera de obrar y la relajación escandalosa de que habían dado pruebas recibiendo indistintamente á los gentiles dentro de la Iglesia, sin obligarlos á someterse á la ley de Moisés y, más particularmente, á recibir la circuncisión. De la censura á la acusación, no había más que un paso, y la acusación tomó cuerpo muy rápidamente. Los jefes del partido judaizante—que eran, como lo indica muy claramente el historiador sagrado, fariseos convertidos—tendía á dejar sentado que, lejos de desautorizar á sus emisarios y lo que habían dicho en Antioquía, emprendían la tesis por su propia cuenta, dispuestos como estaban á sostener la lucha contra el liberalismo pernicioso de Pablo y de sus partidarios.

Como los dos partidos se hiciesen cada vez más irreducibles, se llevó sin demora la cuestión ante los jueces autorizados. Hase llamado esta reunión solemne el Concilio de Jerusalén <sup>(2)</sup>. Prescindiendo de la cuestión de nombre, la asamblea se compuso de los Apóstoles y de los Ancianos, como miembros con voto deliberativo y autoridad para

(1) Muchos exégetas suponen que el vers. 5. forma parte de la exposición hecha por los Apóstoles, como si, después de haber referido sus obras entre los gentiles, ellos mismos hubiesen querido suscitar la cuestión, recordando las recriminaciones de los judaizantes en Jerusalén. Sin duda que se pueden hallar ejemplos análogos de transición súbita del lenguaje indirecto al lenguaje directo, pero está siempre indicado de alguna manera, y estos exégetas se ven obligados á añadir *ἔλεγον* después de *ἐξαιτίωνται*. Aquí el historiador abrevia su narración y se dirige inmediatamente al hecho, señalando la protestación de los jefes de partido judaizante.

(2) El papa Benedicto XIV, de *Synodo dioeclesiana*, lib. I, c. I, 5, caracteriza esta asamblea del siguiente modo: «Nenimem inficiari posse putamus speciem quamdam et imaginem Synodi in praedicta congregatione eminere.» Melchor Cano, *Loc. theol.*, V, 4, cree que éste fué un concilio provincial, y no general, Torquemada, de *Eccles.*, III, 3, un concilio diocesano. Finalmente, puede decirse que esta asamblea de la Iglesia de Jerusalén, si se consideran las condiciones en que se reunió y en que ejerció su acción, fué más bien un tribunal que un concilio en el sentido que más tarde se dió á esta palabra. Por eso, los que en absoluto quieren llamarlo concilio, vienen obligados, como Cabassut, *Notitia eccles.*, saec. I, Gerson y otros, á encontrar en el libro de los Hechos tres y cuatro concilios, uno para la elección de Matías, otro para la elección de los diáconos, etc.

terminar el debate, y de fieles como testigos ansiosos pero respetuosos de lo que iba á decidirse <sup>(1)</sup>. Los judaizantes, muchos de los cuales tenían sin duda representantes entre los Ancianos, mantuvieron todas sus pretensiones, y la discusión fué desde luego muy viva <sup>(2)</sup>. Es lamentable que el historiador sagrado no nos haya dicho el nombre de algunos de esos adversarios. ¡Qué servicio hubiera dispensando á la crítica histórica, condenada á encontrarlos con tanta frecuencia y por todas partes, sin que sean personificados de otro modo que de una manera vaga: *los de Jerusalén*, *los falsos hermanos*, *los partidarios de la circuncisión!* Debieron invocar las prerrogativas pasadas y futuras de Israel, y la necesidad lógica, para tener parte en ellas, de ser francamente israelita, incorporándose al pueblo de Dios mediante la circuncisión y la aceptación de la ley mosaica. Si Jesús había venido realmente á cumplir esta ley, sometiéndose á sus prescripciones, ¿con qué derecho sus discípulos pretendían suprimirla? Y recordaban, sin duda, todas las maldiciones de los rabinos célebres contra quienquiera que violase uno solo de los mandamientos de Moisés; como si, después del Calvario, pudiese existir, entre el cielo y la tierra, otro lazo de unión que Jesucristo. De esto á atacar á Pablo, no había más que un paso, y los debates parecían tomar un sesgo molesto, cuando Pedro, con una autoridad y una calma grave, muy á propósito para imponerse, redujo los espíritus á la nota digna de tal asamblea: «Hermanos míos—dijo—bien sabéis que mucho tiempo hace <sup>(2)</sup> fuí yo escogido por Dios entre vosotros

(1) Algunos han pretendido concluir de la presencia de los fieles en la asamblea, πᾶν τὸ πλῆθος, ὅλη ἡ ἐκκλησία, οἱ ἀδελφοί, que éstos habían sido llamados para votar, como si fuese posible admitir el sufragio universal para la solución de cuestiones doctrinales. Por llenos del Espíritu Santo que se suponga á los fieles de aquel tiempo, no tenían cualidades mejores que los de hoy para ser jueces de la doctrina. Jesús constituyó su Iglesia con un cuerpo docente y otro cuerpo discente, con pastores y un rebaño.

(2) El texto *Hechos*, XV, 7, dice: πολλῆς δὲ συνζητήσεως γενομένης.

(3) La expresión ἀφ' ἡμερῶν ἀρχαίων, que indica un intervalo de once ó doce años, prueba la necesidad de tener siempre en cuenta, en las palabras de los orientales, la exageración que caracteriza su temperamento.

para que los gentiles oyesen de mi boca la palabra evangélica y creyesen, y Dios, que penetra los corazones <sup>(1)</sup>, dió testimonio de esto dándoles el Espíritu Santo del mismo modo que á nosotros. Ni ha hecho diferencia entre ellos y nosotros, habiendo purificado con la fe sus corazones. Pues ¿por qué ahora queréis tentar <sup>(2)</sup> á Dios con imponer sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido soportar? Pues nosotros creemos salvarnos por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, así como ellos.»

Este discurso de Pedro era la expresión del buen sentido práctico, que fué siempre la nota característica del jefe de los Apóstoles. He ahí los hechos de que ha sido testigo; nadie podrá ponerlos en duda. Las consecuencias se imponen. Por otra parte, procura no agraviar á nadie, al recordar que la Ley había sido para Israel una carga insoporrible, y proclama altamente la doctrina capital de la salvación por sólo la gracia de Jesucristo. No es el cuerpo lo que es impuro en los paganos, sino el corazón; y esta es la causa por la cual debe hacerse la purificación, no mediante el ritualismo externo, la circuncisión, como pretenden los fariseos, sino mediante la fe, como Dios exige. Los puntos de vista que indica en este discurso, por compendiado que nos haya quedado, son absolutamente los de Pablo <sup>(3)</sup>, y una vez más debemos calificar de incomprensibles las contradicciones que se han supuesto entre las doctrinas teológicas de los dos Apóstoles. Es este un sueño de los críticos en busca de novedades. Desde el origen, como en la continuación de las edades, no ha habido más que una enseñanza oficial en la verdadera Iglesia de Jesucristo, y esta enseñanza nunca ha sido formulada más seguramente que por el Jefe de esta Iglesia. Así, en esta ocasión, Santiago hablará después de Pedro, pero hablará menos feliz-

(1) Pedro parecía haberse encariñado con esta expresión ὁ καρδιογνώστης, aplicada á Dios. Comp. *Hechos*, I, 24.

(2) La expresión πειράζετε supone que quieren tentar á Dios y determinarle á volver sobre lo que hizo.

(3) Comp. *Rom.*, V, 15; *Efes.*, II, 8; *Gálat.*, II, 16, etc.

mente que él, limitando por prudencia y espíritu de conciliación lo que, en la boca del príncipe de los Apóstoles, era absolutamente generoso y católico. Sin duda que, por condescendencia, se admitirá el término medio que propone el obispo de Jerusalén, y que parece mucho más un concordato que una solución franca de la dificultad; pero, en realidad, la tesis del porvenir y del dogma católico es la de Pedro: entre los judíos y los paganos que llaman á la puerta de la Iglesia, no hay diferencia alguna; en todos ellos Dios ve, no ya hijos de Abraham circuncisos, sino hijos de Adán rescatados, á los que Él los salva con su gracia. La prueba está en aquel centurión Cornelio y su familia á quien dió orden, no de circuncidar, sino, sin otros preliminares, de bautizar. El bautismo mismo no fué más que un signo de su admisión en la Iglesia, y no el medio de su santificación, habiéndoles Dios comunicado visiblemente el Espíritu Santo para probar que estaban ya santificados <sup>(1)</sup>. El gran juez del debate que se promueve es simplemente ese Dios á quien le plugo terminarlo de antemano, y, dando su propio testimonio, imponer así su voluntad. ¿Se querrá, pues, aleccionarle y suponer que se ha engañado?

Cuando Pedro hubo hablado, profundo silencio reinó en la asamblea. ¡Ay! San Lucas en lo sucesivo guardará también silencio sobre la historia del jefe de los Apóstoles, siendo ésta la última vez que se le nombra en el libro de los Hechos. A su argumentación tópica, era difícil replicar; por otra parte, la situación especial del orador, su primacía reconocida, la nitidez quizás inesperada con que se había expresado, no podían menos de embarazar á los judaizantes. Cualquier palabra de contradicción en aquel momento hubiera sido mal recibida. Así, pues, Bernabé, primero, y Pablo, á continuación, se levantaron para apoyar, con el relato de las obras milagrosas realizadas entre los gentiles, la tesis de Pedro: Dios acepta, fuera de las formas de la antigua Ley, la piedad de cual-

(1) V. lo que anotamos en *La obra de los Apóst.*, vol. I, p. 249.—N. del T.

quiera, pagano ó judío, que desee acercársele. Bernabé indudablemente procedió con la potencia persuasiva, la circunspección, la dulzura que le daban tanto crédito, y su discurso completa muy felizmente el de Pedro. ¿Fué Pablo más incisivo y provocó algún disgusto en el partido farisaico? Este sería tal vez un medio de explicar la proposición conciliadora de Santiago que debía poner de acuerdo á todo el mundo.

Este Santiago, hermano del Señor, Apóstol y obispo de Jerusalén, cuya fisonomía totalmente judía hemos esbozado en otra parte, era en verdad muy bien visto de los judaizantes, porque, personalmente, continuaba siendo observador muy celoso de la Ley <sup>(1)</sup>. Sin embargo, su manera de ser era en el fondo la misma de Pablo y de Pedro. Lo sabemos, no sólo por la Epístola á los gálatas <sup>(2)</sup>, sino también por el mismo lenguaje que usó en la asamblea: «Hermanos míos—dijo—escuchadme. Simón <sup>(3)</sup> os ha manifestado de qué manera ha comenzado Dios desde el principio á mirar favorablemente á los gentiles, escogiendo entre ellos un pueblo consagrado á su nombre. Con él están conformes las palabras de los profetas según está escrito: «Después de estas cosas yo volveré y reedificaré el tabernáculo de David que fué arruinado, y restauraré sus ruinas y le levantaré para que busquen al Señor los demás hombres y todas las naciones que han invocado mi nombre», dice el Señor que hace estas cosas; desde la eternidad tiene conocida el Señor su obra.»

(1) De esto á concluir que fué el sostén de los judaizantes, hay gran distancia. No puede citarse una sola palabra suya, sea en el discurso que sigue sea en su Epístola ó en otra parte, que autorice tal suposición. La frase de, *Gálat.*, II, 12, *τινὰς ἀπὸ Ἰακώβου*, comp. con *Hechos*, XV, 1, y 24, significa gentes que venían de Jerusalén, teniendo sin duda, en esta Iglesia, y, por consiguiente, *en torno de Santiago*, una situación oficial y jerárquica, Ancianos, *Batlaním*, quizás, pero nada autoriza á creer que eran enviados por él y que él aprobaba su conducta. Lo contrario se halla en la carta que resume la decisión de la asamblea: *οἱς οὐ διετελέμεθα*, nosotros no hemos dado misión alguna á esas gentes.

(2) *Gálat.*, II, 9.

(3) El texto dice Symeon forma hebraica de Simeón que Pedro emplea también designándose á sí mismo, *II de Pedro*, I, 1.

Santiago apela en la primera parte de su discurso al mismo Antiguo Testamento, autoridad soberana para todo israelita, y sienta que la admisión de los paganos, pura y simple, sin pasar por el yugo de la Ley, puesto que esta condición no está mencionada por los profetas, es conforme á la voluntad de Dios. Sus citas fueron sin duda numerosas <sup>(1)</sup>. El historiador sagrado se contenta con poner en sus labios un oráculo de Amós <sup>(2)</sup>. El profeta-pastor había anunciado que en los tiempos mesiánicos Dios no reedificaría solamente la casa, ó, para precisar más el texto, la tienda, la choza de David derribada por espantosos reveses, sino que haría entrar en ella al resto de los hombres, esto es, los paganos que buscan á Dios. Entendía, pues, aceptarlos un día como miembros de la teocracia. Lo mismo que Israel, debían constituir su pueblo, y vivir bajo la protección de su nombre. Que esta profecía tuvo un cumplimiento parcial al volver de la cautividad, y sobre todo bajo los Macabeos, cuando las naciones vecinas y más particularmente los edomitas, fueron incorporados á la nación judía, es cosa evidente; pero el cumplimiento definitivo, la gran realización teocrática estaban reservados á los días en que el Mesías, habiendo empuñado el cetro de David, recogería en su reino la masa de la gentilidad. Esto no era una cosa nueva, inesperada; desde la eternidad, Dios la previó y decretó; ahora bien, El es el Señor, y allí donde no ha puesto condición alguna, no consiente que el hombre las imponga.

«Por lo cual yo juzgo—prosigue Santiago—que no se inquiete á los gentiles que se convierten á Dios.» He aquí los principios de Pedro, de Bernabé y de Pablo, franca-

(1) Podría recordar á *Isaías* II, 1 y sig.; LX todo entero; á *Miqueas* IV, 1, y sig. Este es el motivo porque, en el vers. 15, ha hablado de los profetas en plural.

(2) *Amós*, IX, 11 y 12. La cita, si se tomó de los Setenta por San Lucas ó por Santiago, difiere de la versión de aquéllos en su primera parte en cuanto á las palabras, pero no en cuanto al sentido general. Los mismos LXX parecen haber traducido un texto diferente del actual hebreo. Este dice en el vers. 12. «A fin de que ellos posean los restos de Edom y todas las naciones en que mi nombre será honrado.»

mente aceptados y proclamados. Esto es el triunfo de la libertad cristiana.

Sin embargo, sería lástima que ésta se practicase en detrimento de la caridad. Las comunidades cristianas nacidas del paganismo viven con mucha frecuencia en contacto con judío-cristianos que todavía observan muy respetuosamente la Ley; ¿por qué agraviarlos rechazándola por completo, sin ni siquiera rendir el más ligero homenaje á prescripciones que fueron por largo tiempo la regla de vida del pueblo de Dios? Es preciso tener piedad de los débiles—esto entra en las doctrinas del mismo Pablo—<sup>(1)</sup>, y temer escandalizarlos. «Yo propongo, pues,—prosigue Santiago—que se les escriba que se abstengan de las inmundicias <sup>(2)</sup> de los ídolos, de la fornicación, de animales sofocados y de la sangre.» Y la razón que da, se encuentra en las palabras siguientes: «Porque, en cuanto á Moisés, ya de tiempos antiguos tiene en cada ciudad quien predique su doctrina en las sinagogas, donde se lee todos los sábados.» Que se haga un pequeño sacrificio á la Ley, á fin de mantener la paz, y que si Moisés es leído á unos como autoridad, no sea pisoteado absolutamente por los otros como una superfluidad.

Entre las cuatro condiciones que debían imponerse á los gentiles hechos cristianos, hay una que, al primer golpe de vista, parecería de un orden totalmente diferente de las observancias rituales, y esta es la fornicación. Es imposible que, aun con respecto á los paganos, un apóstol, y toda la asamblea cristiana con él, pusiese la fornicación en el número de aquellas cosas que debían prohibirse por sim-

(1) Πάντα μοι ἔξεστιν, ἀλλ' οὐ πάντα οἰκοδομεῖ... ἀπρβακοποι γίνεσθε, κ. τ. λ. *I Cor.*, X, 23-33. Comp. VIII, 7-13; *Rom.*, XIV, 2; 21, *I Tim.*, VI, 4.

(2) La frase de que se sirve, τῶν ἀλισγημάτων, sólo se halla en el texto griego de los Alejandrinos. Indica la polución legal contraída comiendo manjares prohibidos, *Daniel*, I, 8. Comp. *Malaq.*, I, 7, 12. Ahora bien, como esta palabra califica todo lo que sigue en la frase, parecería uno autorizado á no buscar en las causas de inmundicia indicadas, sino manjares que se han de apartar y no mujeres públicas que se han de evitar. Sin duda alguna, esta es también una carne que debe excluirse, pero por una razón grave en sentido distinto de la de los animales sofocados ú ofrecidos á los ídolos.

ple condescendencia y por algún tiempo, de la misma manera que el uso de manjares vedados. ¿Hay en el texto un error del copista <sup>(1)</sup>, que se reproduciría también en la carta conciliar, y aun en una advertencia que Santiago hará más tarde á Pablo, al estar por última vez en Jerusalén <sup>(2)</sup>? Es poco probable. La fornicación de que se trata, ¿será el culto de los ídolos? Pero tampoco el culto de los ídolos pudo ser considerado como una cosa en sí indiferente y de la que era necesario privarse únicamente para no escandalizar. En cuanto se parte del principio de que Santiago propone un medio de conciliación provisional, y que el decreto de la asamblea, como diremos dentro de poco, no obliga á sujetarse á él bajo pena de excomunión, sino que declara simplemente que cumpliéndolo *se hará bien*, no puede tratarse de ninguna prohibición fundada en la ley moral, y por consiguiente, ni de la idolatría ni de la fornicación. Si él hubiera querido entrar en la categoría de las obras esencialmente malas que han de prohibirse, la enumeración debiera haber sido más

(1) Ante esta anomalía de la fornicación puesta en la categoría de las prohibiciones ceremoniales, anomalía que no desaparece alegando las costumbres relajadas de los paganos, porque no son los paganos, sino Santiago y la Iglesia quienes igualan la fornicación á las inmundicias contraídas por los alimentos vedados, era de desear que se pudiese alegar un error del copista. Algunos han supuesto que el texto primitivo llevaba χοιρας, ó bien un nombre sacado del latín porcelas en lugar de πορχειας. Mas nada autoriza tal lectura que habría de invocarse tres veces: *Hechos*, XV, 20, 29 y XXI, 25. Es, pues, indispensable explicar la palabra. Como que la carne de cerdo era un alimento al cual los judíos tenían horror extraordinario, uno se siente invenciblemente llevado á creer que ella entra en las prohibiciones hechas á los paganos, y se quisiera hallar en la palabra πορχειας el mismo sentido de carne de cerdo. Se invoca en los Setenta, III *Reyes*, XXII, 38, el pasaje en que, con motivo de las injurias que sufrió el cadáver de Acab, *ai ves kal oi kúves* parecen identificadas con *ai prórai*, mas nada de esto es satisfactorio. El solo punto que parece incontrovertible es que la Iglesia no ha podido confundir con cosas indiferentes en sí lo que es esencialmente malo. Si la palabra empleada por Santiago no significa de una manera general toda inmundicia legal contraída por el contacto con los alimentos ú objetos impuros, comp. *Apoc.*, II, 20 y 21, lo más sencillo todavía es suponer que indica las alianzas entre cristianos y paganos, inspirándose en el texto del *Éxodo* XXXIV, 15, 16, que citaremos más abajo (\*).

(\*) Véase Coppieters, *Le décret des Apôtres*, en la *Revue Biblique*, janvier, avril, 1907.—N. del T.

(2) *Hechos*, XXI, 25.

extensa. Visiblemente, pretende encerrarse dentro la esfera del ritualismo legal. Las inmundicias que, por condescendencia, debían evitar los paganos convertidos, son las que provienen de manjares ofrecidos á los falsos dioses en las fiestas vergonzosas en que la idolatría y la inmoralidad se dan cita, del contacto de cuanto es impuro según la ley, tal vez de las mujeres paganas que no se podrán tomar por esposas, de la sangre de animales sofocados ó degollados. Esto parece que no es pedir demasiado; sin embargo, bastará para establecer una comunión exterior, una fraternidad visible entre los dos elementos de que se compone la Iglesia nueva, judíos y paganos convertidos; se tributará por el cristianismo un homenaje á la antigua religión de Israel que le precedió y preparó; una transición del Antiguo al Nuevo Testamento. ¿Quién se atreverá á rechazar una solución tan prudente y tan pacífica, puesto que, á la vez que mantiene la libertad del Evangelio, consagra la santidad de la Ley?

Así habló Santiago, y todos fueron de su misma opinión: los Apóstoles, los Ancianos y la misma asamblea, por unanimidad. Este acuerdo tiene algo de conmovedor. El porvenir probará que no fué de larga duración. El viejo farisaismo, con sus prejuicios ceremoniales, no era cosa tan fácil de domar, y, después de una tregua muy corta, veremos á sus representantes por todas partes seguir de cerca las pisadas de Pablo, como si la asamblea de Jerusalén no hubiese zanjado jamás el litigio.

A fin de que la decisión fuese transmitida oficialmente á la Iglesia de Antioquía, que la aguardaba con ansiedad, se constituyó un grupo de delegados encargados de llevar la respuesta. Pablo y Bernabé formaron naturalmente parte de ella con preferencia á los demás, ya que ellos habían ganado el pleito. Unióseles Judas llamado Barsabas, hermano ó hijo de aquel José que había estado á punto de ser Apóstol en lugar del Iscariote, y Silas ó Silvano, que en lo sucesivo desempeñará un papel importante en la historia apostólica, ambos, personajes de consideración,

influyentes y autorizados para hablar en nombre de la Iglesia de Jerusalén. Se les encargó que llevaran á los fieles una carta concebida en estos términos:

«Los Apóstoles, los Ancianos <sup>(1)</sup> y los hermanos, á nuestros hermanos convertidos de la gentilidad que están en Antioquía, Siria y Cilicia, salud <sup>(2)</sup>.» No solamente, pues, se dirigen á la Iglesia de Antioquía, sino también á todas las de Siria y aún de Cilicia, donde, sin poderlo poner en duda, según este texto, Pablo había ya ejercitado su celo, aunque nada parecido esté consignado en el libro de los Hechos <sup>(3)</sup>. Todos los fieles hablan con sus jefes jerárquicos, Pastores, Ancianos y Apóstoles, y tratan oficialmente de hermanos á los gentiles convertidos en discípulos del Evangelio.

»Por cuanto hemos sabido que algunos que de nosotros fueron ahí sin ninguna comisión nuestra os han alarmado con sus discursos, desasosegando vuestras conciencias, habiéndonos congregado, hemos resuelto, de común acuerdo, escoger algunas personas, y enviáros las con nuestros carísimos Bernabé <sup>(4)</sup> y Pablo, que son sujetos que han expuesto sus vidas por el nombre de nuestro Señor Jesu-

(1) Muchos manuscritos no llevan la conjunción *καί*, y la palabra hermanos se refiere entonces á los Apóstoles y á los Ancianos, en lugar de designar los fieles de Jerusalén. Pero injustamente, como se ve por el término *ἡμῶν* del v. 24. Por otra parte, esto importa poco, ya que sabemos que esos fieles fueron asociados á los Ancianos y á los Apóstoles en la solución del litigio, no ya como jueces, sino como testigos suscribiendo todos el decreto de pacificación.

(2) La expresión *χαίρειν* al principio de su carta y *ἔβρωθε* al fin, entran de lleno en el formulario de quienquiera que escribía en griego. Además, en esta lengua convenia dirigirse á los gentiles. ¿Quién fué el redactor de la carta? Lo ignoramos. La comparación entre el saludo *χαίρειν* y el primer versículo de la epístola de Santiago, no es una razón suficiente para decir que la carta fué escrita por él. Con toda probabilidad, fué obra de la asamblea entera.

(3) Nuestro pensamiento es que estos fieles de Cilicia son asimismo los de la Galacia inferior, limítrofe de Cilicia por Derbe, y donde el conflicto había tomado, por la epístola de Pablo, proporciones inquietantes.

(4) Bernabé citado antes que Pablo, indica claramente el origen jerosolimitano de la carta. Para los cristianos de Jerusalén, aquél era un personaje más importante que éste. Estos detalles, en apariencia insignificantes, son para un hombre sin prejuicios otras tantas pruebas de autenticidad de la carta y del libro.

cristo.» Así, desde el principio de su declaración, la Iglesia de Jerusalén rechaza á los que han tenido la audacia en Antioquía de hablar en su nombre; ninguna misión tenían para ello, y han desempeñado el papel de perturbadores<sup>(1)</sup>. Fustígase su celo intemperante y la audacia con que se han arrogado el derecho de hablar en nombre de la autoridad apostólica. Por el contrario, la asamblea rinde homenaje al valiente celo de Bernabé y de Pablo. Conviene que todo el mundo sepa la estima en que la Iglesia tiene á esos dos hombres y el afecto de que los rodea. Esto significaba el triunfo completo de Pablo y de su causa.

Después de haber restablecido de este modo toda justicia, desenmascarando á los falsos apóstoles, y glorificando á los verdaderos, que se prodigan, no por su propia causa, sino por la de Jesucristo, la asamblea, no queriendo dejar duda alguna sobre la autenticidad y sentido de su respuesta, declara que dos de sus delegados se juntarán á Bernabé y Pablo para llevar y comentar la carta: «Os enviamos, pues, á Judas y á Silas—prosiguen los jefes de la Iglesia,—los cuales de palabra os dirán también lo mismo.» Aquí comienza la sentencia oficial ó el decreto de la autoridad superior: «Ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros, no imponeros otra carga, fuera de estas que son precisas, es á saber: que os abstengáis de manjares inmolados á los ídolos, y de sangre y de animal sofocado, y de la fornicación. De las cuales cosas haréis bien en guardaros. Dios os guarde.» Los Apóstoles no están solos al zanjar el debate y al decretar que el mundo no se haga judío; el Espíritu Santo había dictado esta respuesta, al descender sobre Cornelio y los demás incircuncisos, y la completa ahora inspirando las prudentes precauciones de que deberá rodearse esta decadencia de la Ley. Sus

---

(1) La expresión *ἀσκειάζοντες*, que no se halla más en toda la Biblia, significa en los autores profanos el desorden que causa el enemigo cuando penetra en una ciudad sitiada. Jenof., *Cyr.*, VI, 2, 10; Tucid., IV. Ella corrobora el verbo *ἐτάραξαν*. Es preciso tener muy buena voluntad, para identificar con los jefes de los judaizantes á los que así hablan de los judaizantes.

órganos son los Apóstoles ó los Ancianos. Comprenden que la fusión de los dos elementos judío y pagano no se hará, para el triunfo del Evangelio, sino con la condición de no imponer observancias tan desagradables como inútiles á quienes nunca las han practicado. Sin embargo, no sería prudente mortificar en público con un desdén absoluto de la Ley á los que todavía se someten á ella. Ya que es necesario sepultar la sinagoga con honor, á fin de que acepte la sepultura, hay prescripciones indiferentes en sí mismas (*ἀδιαφορα*), que provisionalmente será necesario observar. Estas se refieren á la mesa, este punto de unión en que paganos y judíos deben encontrarse fraternalmente <sup>(1)</sup>. Moisés había dicho. «No hagas liga con los habitantes de aquellos países (con los gentiles); no sea que después de haberse corrompido con sus dioses, y adorado sus estatuas, alguno te convide á comer de las cosas sacrificadas; ni desposarás á tus hijos con las hijas de ellos; no suceda que después de haber idolatrado ellas, induzcan también á tus hijos á corromperse con la idolatría <sup>(2)</sup>.» Comer de lo que se había ofrecido á los ídolos, por indiferente que esto pudiese ser, como dice el Apóstol <sup>(3)</sup>, puesto que el ídolo no es nada, era una abominación para los judíos, y tomar por esposas á mujeres paganas les parecía una vergonzosa fornicación, aunque el cristiano deba santificar en el matrimonio á la mujer pagana, y recíprocamente <sup>(4)</sup>. Se invita, pues, á los paganos convertidos á que eviten este espectáculo á los judíos timoratos. La sangre, en la teología judía <sup>(5)</sup>, conteniendo el alma de toda carne, debe servir de expiación ante Dios, y no de alimento al hombre. Moisés dice que es la vida; bien puede el cristia-

(1) I Cor., XI, 27 y sig.

(2) Exodo, XXXIV, 15, 16. Es notable la expresión *ἐκπορεύεσθαι* empleada tres veces en el texto. ¿Será acaso esto lo que habrá sugerido la idea y lo que debe precisar el sentido de *πορεύτας* en las palabras de Santiago y de la asamblea?

(3) I Cor., VIII, 4.

(4) I Cor., VII, 14.

(5) Génesis, IX, 6; Levít., XVII, 11; Deuter., XII, 23.

no resolverse á ofrecer toda vida al Creador<sup>(1)</sup>. Por necesaria que pareciese la observancia de algunos preceptos mosaicos<sup>(2)</sup> para la pacificación religiosa, el orden general y el respeto á lo pasado, la Iglesia, en este decreto, no parece imponerlos de un modo general bajo pena de pecado. Quien lo haga así, se dijo, *hará bien*, dará pruebas de buen espíritu; se conformará con los deseos de los Apóstoles, con las exigencias de la situación. Portarse de otro modo no será pecado. Pablo tomará por su cuenta explicar más tarde á los corintios<sup>(3)</sup> el sentido del decreto, manteniendo los derechos de la libertad, que no cede sino ante la caridad. Con todo, el decreto no lleva consigo el anatema. Como indica la conveniencia, y nada más, cesará de ser observado cuando las conveniencias no lo impongan, y un día, como todo lo que tan sólo es provisional, caerá enteramente en desuso<sup>(4)</sup>. Tal fué la decisión firme, pero pacífica y del todo paternal, en cuanto al fondo y á la forma, que se tomó en esta conferencia y que evitó en parte

(1) *Levit.*, XVII, 14.

(2) Se ha creído sin razón que Santiago había querido imponer á los paganos convertidos los preceptos noáquicos, obligatorios, según los rabinos, para los prosélitos de la puerta y dispensarlos del complicadísimo conjunto de obligaciones reservadas á los prosélitos de justicia. Entre estas obligaciones, había la circuncisión. Pero de ello no hay nada. Los siete preceptos que se decían dados á Noé, comprendían toda la vida moral prohibiendo la idolatría, la blasfemia, el homicidio, el incesto, el robo, la insubordinación á los magistrados y la comida de manjares con su sangre. Véase *Maimonides*, tratado *Melach.*, 9, 1. Ahora bien, aquí sólo se ocupa en las observancias exteriores que en modo alguno descansan en las bases esenciales de la moralidad. Apenas si, de los siete, uno de los preceptos noáquicos ha sido renovado.

(3) *I Cor.*, VIII, 4-10.

(4) V. el hermoso pasaje de San Agustín, *C. Manich.*, 332, 13: «Transacto vero illo tempore, quo illi duo parietes, unus de circumcissione, alter de praeputio venientes, quamvis in angulari lapide concordarent, tamen suis quibusdam proprietatibus distinctius eminebant, ac ubi ecclesiae gentium talis effecta est, ut in ea nullus Israelita carnalis appareat; quia jam hoc christianus observat, ut turdos vel minutiores aviculas non attingat nisi quarum sanguis effusus est, aut leporem non edat, si manu a cervice percussus, nullo cruento vulnere occisus est. Et quia forte pauci adhuc tangere ista formidantes a caeteris irridentur: ita omnium animos in hac re tenuit sententia veritatis: «Non quod intrat in os vos coinquinat, sed quod exit», nullam cibi naturam quam societas admittit humana, sed quae iniquitas committit peccata, condemnans.»

á la naciente Iglesia una crisis capaz de comprometer su futuro desenvolvimiento.

Se observará, sin embargo, que la cuestión se había zanjado, no en virtud de principios absolutos y por una suerte de tesis teológica, sino simplemente invocando indicaciones providenciales de que se había sido testigo, indicaciones que, con razón, dispensaban, por lo pronto, de otros argumentos. Los verdaderos y fieles discípulos del Evangelio se contentaron sin abrigar segundas intenciones, é hicieron callar todos los prejuicios de raza ó de religión. Para los irreductibles fariseos, es evidente que la solución no podía tener nada de definitiva. Por lo mismo que eximía á los gentiles y no á los judíos de las prácticas mosaicas, dejaba, al reconocer dos formas muy diferentes de salvación, el debate siempre abierto entre dos sociedades divididas, puesto que no tenían las mismas obligaciones. Por eso veremos que los judaizantes no tardan en suscitar de nuevo la cuestión, en nombre de la antigua enseñanza rabínica, como si nunca hubiese sido zanjada. La orgullosa razón humana no abdica jamás de sus derechos, mientras no es reducida por la misma lógica, y el más sabio de los expedientes no dispensa ni de abordar ni hacer prevalecer en definitiva los principios en lo que tienen de más riguroso. Por lo pronto, todo el mundo pareció quedar satisfecho, y bajo este concepto, si se quiere llamar á esta asamblea un concilio, es un concilio que en poco se parece á los que le siguieron.

Bendecidos por toda la comunidad <sup>(1)</sup> y satisfechos de llevar consigo la feliz carta de pacificación y de libertad, los cuatro mensajeros se dirigieron á Antioquía, donde, en cuanto hubieron llegado, convocaron á los fieles para darles cuenta de la carta. La impaciencia con que esperaban la respuesta de la Iglesia de Jerusalén debía ser grande, porque un centro como la capital de Siria era muy á propósito para entrever el golpe fatal que aca-

(1) El participio ἀπολυθέντες parece indicar que se rodeó su partida de alguna solemnidad.

rrrearía á la difusión del Evangelio el triunfo de los judaizantes.

Mientras estuvo en litigio la suerte del cristianismo, los verdaderos discípulos de Jesucristo vivían en suma inquietud. El historiador sagrado nos dice que la lectura del mensaje provocó una verdadera explosión de alegría. Se sintieron aliviados y consolados al ver á Pablo y Bernabé, los prohombres de la Iglesia de Antioquía, altamente alabados, á los perturbadores judaizantes, humillados, y la emancipación de la ley, oficialmente establecida. Después de esto, ¿podía costar mucho á su caridad el dar una ligera satisfacción á las suspicacias ritualistas de los judíos? Seguramente que no. Diéronse, pues, prisa en conformarse con las insignificantes prescripciones indicadas por la Iglesia de Jerusalén, y todos los nubarrones quedaban disipados. La unión, la concordia, la comunidad de miras con esta Iglesia-madre quedaba establecida mejor que nunca. Judas y Silas, habituados á tomar la palabra en las asambleas, y habiendo recibido de Dios el don de expresarse con calor—esto es lo que quiere decir el título de profetas que les atribuye San Lucas,—se pusieron á predicar también, como delegados de esta Iglesia. Esto era un signo manifiesto de comunión. Su abundante palabra fué un consuelo visible para los hermanos á quienes fortalecía en la fe.

Aquí acaba, para la Iglesia cristiana, la primera parte del período de conquista entre los gentiles. Ella plantó la cruz, que es su bandera, en plena tierra pagana, no ya solamente entre pueblos de origen semítico, tales como los fenicios y los sirios, más ó menos parientes de Israel, sino también en medio de naciones que vivían enteramente fuera de Tierra Santa <sup>(1)</sup>, dependiendo, en parte, de la civilización griega y soportando el yugo del Imperio romano.

---

(1) Según los rabinos, limitaban la tierra de Israel, el Hor Hahar ó el Amán al norte y el Nahar ó el Eúfrates al este V. la *Tosiftha Mauser Scheni*, c. II; *Hallah*, c. II; Talm. de Jerus., *Schebit*, VI, 2; Talm. de Bab., *Guitin*, fol. 8, a, citados por Neubauer, *La Géogr. du Talmud*.

Es decir, que se tenía ya un pie sobre el muro, y aun en la plaza, para dar el grande asalto al paganismo. Finalmente, lo más decisivo para asegurar el triunfo acababa de obtenerse en la conferencia de Jerusalén, y la proclamación de la decadencia del mosaísmo, al menos con respecto á los gentiles, era una conquista más importante para lo por venir que las de Pablo y Bernabé en sus viajes apostólicos. En lo sucesivo, no sólo el camino de la gentilidad está abierto á Pablo mediante las Iglesias que ha fundado, sino que, sobre todo con el decreto que muestra triunfalmente á todo el mundo, tiene la seguridad de no correr en vano.

---

## SEGUNDA PARTE

### SEGUNDO VIAJE APOSTÓLICO DE PABLO CON SILAS Y TIMOTEO

#### EL EVANGELIO ABORDANDO Á LAS TIERRAS DE EUROPA

---

#### SECCION PRIMERA

#### EL EVANGELIO IRÁ AL NORTE Á TRAVÉS DEL ASIA MENOR

---

### CAPÍTULO PRIMERO

#### En el momento de emprender su segunda misión, Pablo y Bernabé se separan

Después de la promulgación del decreto en Antioquía.—Pablo propone á Bernabé emprender una segunda misión.—Conflicto con motivo de Juan-Marcos.—Apreciación y consecuencias.—Pablo lleva consigo á Silas.—Quién era este nuevo colaborador.—Bernabé toma á Marcos y se dirige á Chipre.—Pablo y Silas se dirigen al norte por Cilicia. (*Hechos*, XV, 35-41).

Pablo no era de los que se duermen al día siguiente de una victoria. Reconocida oficialmente la autenticidad de su apostolado, la ortodoxia de su Evangelio, la inutilidad de la Ley para los gentiles, le quedaba por explotar con toda libertad tan poderosos elementos de conquista en un nuevo viaje apostólico.

Los primeros días después de la vuelta de Jerusalén habíanse empleado en contar, comentándolos, los incidentes de la magna conferencia y en sacar todas sus consecuencias desde el punto de vista doctrinal y práctico. Ju-

das y Silas se ocupaban en ello por modo enérgico, dirigiéndose, sin duda, con preferencia, á las asambleas judío-cristianas, mientras que Pablo y Bernabé hablaban á los auditorios de gentiles convertidos los cuales, constituían la mayor parte de la Iglesia de Antioquía. Pasado algún tiempo en estas utilísimas comunicaciones, los delegados de Jerusalén, juzgando la notificación del decreto suficiente y la paz asegurada, regresaron junto á los que los habían enviado. Los hermanos, al despedirlos, les dieron el ósculo de paz y el testimonio de su más sincera gratitud por la misión que habían cumplido.

Desde este momento, todo volvió á tomar su curso ordinario en la Iglesia antioqueña. Pablo y Bernabé, continuando en ella la instrucción de los fieles, anunciaban, con otros muchos predicadores, la palabra de Dios á quienes todavía no la conocían. Este género de vida podía convenir á las almas consagradas al oficio de pastor. Tal vez fué también este el momento en que Pedro, si se cree á la tradición, estableció de un modo provisorio en Antioquía su sede primacial. El celo devorador del Apóstol de los gentiles no debía, empero, conformarse con esto. Necesitaba un campo de batalla más vasto, y todo le llamaba hacia aquel en que había obtenido victorias tan gloriosas. Al cabo de unos cuantos días <sup>(1)</sup>, dijo á Bernabé: «Demos una vuelta, visitando á los hermanos por todas las ciudades en que hemos predicado la palabra del Señor, para ver el estado en que se hallan.» Esta solicitud por las Iglesias que había fundado fué siempre muy viva en el corazón de Pablo, y es la que le inspirará sucesivamente sus más elocuentes Epístolas. Bernabé se declaró pronto á partir. Después de una apariencia de vacilación sobre las observancias legales, su celo no había hecho sino reanimarse en las recientes luchas y en sus predicaciones de Antioquía. Con gusto consideraba, no sólo la perspectiva de volver á ver

(1) Esto debió ocuparle poco tiempo. El historiador sagrado dice: *μετά δέ τινος ἡμέρας*, y no permite ver meses donde sólo habla de días.

las conquistas que había hecho con su amigo, sino también la posibilidad de obtener otras nuevas. En el fondo, todo el mundo comprendía que los verdaderos obreros de Dios eran, en aquel momento, los que, sin temor, iban á llevar á lo lejos su nombre y el de su Hijo, Jesucristo, el Salvador. Por eso, más de un alma soñaba en verse asociada á tan glorioso ministerio.

Quien debía sentir haber renunciado á él poco razonablemente desde el primer momento, era Juan Marcos. Sabemos cómo se había retirado en el instante en que la obra se convertía en peligrosa, pero fecunda. Sin duda que había comunicado su pena á su tío, quien, bueno por temperamento, é inclinado á la indulgencia, le prometió arreglarlo todo y asociárselo para la próxima misión. Ahora bien, Bernabé no había contado con la rigidez de carácter que, en Pablo, alternaba tan frecuentemente con la ternura más exquisita. Tropezó con una negativa obstinada. ¿Temía Pablo una nueva defeción en un joven que los había abandonado ya una vez, á pesar de todas sus instancias, y en el momento en que su concurso era más útil? ¿Encontraba en él ideas demasiado judías, suspicacias ritualistas demasiado acentuadas, una facilidad sobrado grande en escandalizarse de la caridad y de la indulgencia necesarias para la evangelización de los gentiles? ¿Juzgaba que, si se puede perdonar la debilidad del hombre que mira atrás después de haber puesto la mano en el arado, no es prudente olvidarlo enteramente? Lo único que hay de seguro es que se mostró irreducible. Las instancias de Bernabé no consiguieron nada, y, como para probar, según lo que habían dicho á los de Listra, que no eran sino simples mortales, los dos Apóstoles se enfadaron <sup>(1)</sup> y aquellos dos viejos amigos se separaron. Si fuese preciso echar la culpa á uno de ellos <sup>(2)</sup>, nos inclinaríamos á

---

(1) En efecto, el texto: *ἐγένετο οὖν παροξυσμός*, significa una discusión muy viva.

(2) San Jerónimo, *adv. Pelag.*, II, dice: «Paulus severior, Barnabas clementior; uterque in suo sensu abundat; et tamen dissensio habet aliquid

lamentar que Pablo no hubiese sido más indulgente, si no por Marcos, á lo menos por Bernabé, cuyo natural dulce y compasivo había debido parecerle en otro tiempo muy apreciable. Y, sin embargo, tal vez nos engañáramos, porque la manera con que la Iglesia de Antioquía trató á los dos compañeros de apostolado, en el momento en que partieron cada uno por su lado, parece indicar que todas las simpatías estuvieron por Pablo. Ahora bien, la Iglesia estaba en condiciones mejores que nosotros para juzgar una diferencia cuyos incidentes y también cuyos motivos, en parte, nos son desconocidos. Así, cuando Bernabé con su sobrino se embarcó para la isla de Chipre, no se menciona que fuese acompañada su partida con demostraciones de simpatía de ninguna clase. Hasta es probable que se tuviese algo de tristeza al ver á uno de los dos grandes mensajeros del Evangelio sacrificar el más importante apostolado á un afecto de familia, y dirigirse tímidamente hacia Chipre, que era su patria, á fin de predicar en ella, sin duda, pero lejos de las gloriosas luchas y de los triunfos que le esperaban en otras partes.

Al contrario, cuando Pablo se puso en camino, los hermanos le encomendaron á la gracia del Señor. Había escogido como compañero de viaje, y para reemplazar á Bernabé, á Silas, que ya conocemos, puesto que había sido uno de los dos enviados á Antioquía por la Iglesia de Jerusalén. Al ver de cerca la gran alma de Pablo, Silas debió dejarse arrebatado de viva admiración por el valiente Apóstol, de suerte que fácilmente se determinó á dejar á los de Jerusalén, con sus aspiraciones estrechas ó vacilantes, para unirse al que era el hombre de los vastos horizontes y del porvenir. En efecto, apenas entró en la Ciudad Santa, si es que llegó allí <sup>(1)</sup>, para dar cuenta de

humanae fragilitatis.» San Crisóstomo, comentando este pasaje de los Hechos, encuentra que Pablo busca τὸ δίκαιον y Bernabé τὸ φιλάνθρωπον, y reconoce que los dos Apóstoles, no siendo «ni de madera, ni de piedra,» se dejaron llevar uno y otro de la viveza de su carácter.

(1) El vers. 34, que falta en algunos manuscritos, aun los mejores, corrige el final del vers. 33, ἀπελύθησαν πρὸς τοὺς ἀποστολείαντας αὐτοὺς, diciendo: ἔδοξε

su misión, cuando debió regresar, llamado por Pablo ó arrastrado por el deseo de tomar parte en las grandes misiones de Antioquía, que eran la verdadera esperanza de la Iglesia. Pablo, habiendo ya distinguido cuanto en él había de generoso, respondió á sus aspiraciones asociánoselo. El solo hecho de que hubiese sido escogido, á pesar de su juventud, como representante de la Iglesia de Jerusalén ante la de Antioquía, indica que tenía un valor verdadero, y el porvenir <sup>(1)</sup> probará que se le había juzgado recatemente.

Su nombre, Silvano, que el autor de los Hechos transforma, por una contracción familiar entre los alejandrinos <sup>(2)</sup>, en el de Silas, venía del latín *Silva*, y prueba que, aunque judío, quien lo llevaba había estado en contacto con la sociedad romana. Hasta parece que había gozado, como Pablo, del título de ciudadano romano <sup>(3)</sup>. Su título de profeta indica el don especial que había recibido del cielo para predicar la palabra de Dios. Todo esto, unido á la elevada posición que tenía en la Iglesia madre de Jerusalén, debía hacer de él un colaborador muy valioso del Apóstol de las gentes. Ocupó, pues, el lugar de Bernabé, aceptando, lo mismo que aquél, la dirección y la superioridad absoluta de aquel á quien iba á seguir. Discípulo al lado del maestro libremente escogido, soldado junto al capitán que guía al combate, parecía especialmente autorizado para dar testimonio, en los diversos centros judíos en que se presentasen, de que Pablo, á pesar de sus ideas universalistas, estaba en perfecta comunión con la Iglesia de Jerusalén.

Por más feliz que pareciese el hallazgo de este nuevo

---

δὲ τῆ Σίλα ἐπιμείναι αὐτοῦ. Probablemente todo esto ha sido añadido para explicar lo que había de seguir, vers. 40. Pero es más sencillo suponer que Silas fué á Jerusalén y volvió.

(1) Además del libro de los Hechos, las Epístolas le tributan un bello testimonio: *I Tesal.*, I, 1; *II Tesal.*, I, 1; *II Cor.*, I, 19; *I Pedro*, V, 12.

(2) De este modo transforman Apolonio en Apolo, Hermadoro en Hermas, Zenadoro en Zenas.

(3) *Hechos*, XVI, 37.

compañero, no podemos menos de creer que hubo, por parte de quien le tomaba, alguna tristeza en prescindir de Bernabé. La primera fraternidad de armas no podría ser olvidada en un conflicto de personas, desde el momento en que ésta supone entre dos almas una intimidad tanto mayor cuanto se han corrido juntos y superado con un mismo denuedo los más rudos peligros. El corazón del Apóstol, aunque inflexible cuando veía el deber en cualquier parte, no dejaba de estar lleno de ternura para con aquellos á quienes había amado y apreciado. Es probable que, pasados los ímpetus del primer momento, los dos compañeros de apostolado no se separaron sin comunicarse lo que iban á emprender, sin repartirse amigablemente las provincias que habían de visitar, sin darse el ósculo de paz con deseos de éxito y triunfo. Por lo demás, se opondría á todos los datos de la historia evangélica suponer que la diferencia sobrevvenida entre ellos dividió para siempre sus corazones, como había dividido su apostolado. Sabemos que aquellas grandes almas, ardientes é inflexibles cuando creían ver el bien en alguna parte, se volvían á hallar sin pena en la efusión de una santa caridad. Pablo tendrá ocasión de prestar homenaje á las hermosas virtudes de Bernabé, y hablará siempre de él como de un obrero de Dios á quien estima y ama <sup>(1)</sup>. Atestiguará que él continúa su evangelización entre los gentiles, viviendo animosamente del trabajo de sus manos, sirviéndose de una hermana compañera en su misión, en una palabra, sujetándose á los principios que los habían dirigido en su primer viaje apostólico. Ni siquiera Juan Marcos, el objeto de la diferencia, dejará de ser llamado más tarde á hallar gracia ante Pablo; para entonces el joven misionero habrá demostrado su valer, y ya antes, ya después de la muerte de su tío Bernabé, será, para el que le había tratado anteriormente con un poco de dureza, un compañero de ministerio útil y un colaborador adicto <sup>(2)</sup>. De suerte que si, en un momento difícil de su vida, la severi-

(1) *I Cor.*, IX, 6.

(2) *Colos.*, IV, 10; *Filem.*, 24; *II Tim.*, IV, 11.

dad inflexible del uno sirvió para inspirarle un vivo sentimiento de su falta, la indulgencia del otro impidió su desaliento. Inducido á detestar su cobardía, al mismo tiempo que autorizado á repararla, fué en adelante, en condiciones diversas y sucesivamente, el fiel auxiliar de los dos Apóstoles. Cuando se suscita un conflicto entre santos, lo cual no es inaudito en la historia de la Iglesia, Dios, teniendo en cuenta las buenas intenciones que lo han provocado, se complace en resolverlo casi siempre en beneficio de su propia gloria. Aquí, el resultado más evidenté fué el desdoblamiento la acción de sus dos misioneros y provocar así dos corrientes de predicación en sentido diverso, en vez de dejar subsistir una sola. En efecto, Bernabé no debió limitar su apostolado á la isla de Chipre. Sin admitir que hubiese llegado hasta Milán <sup>(1)</sup>, para ser el primer Obispo de esta ciudad, nos inclinamos á creer que predicó en Alejandría, porque en esta Iglesia apareció, poco después de él, una carta que llevaba su nombre. Á decir verdad, la crítica atribuye su redacción á una pluma menos judía que la suya <sup>(2)</sup>. Sin embargo, el hecho de que este escrito, compuesto á fines del primer siglo ó á principios del segundo, creyese deber autorizarse con el nombre de Bernabé para recomendarse entre los alejandrinos, induce á creer que Bernabé, con mayor razón que cualquier otro personaje apostólico, había estado mezclado en los orígenes de la Iglesia de Alejandría, preparando así el sitio á Marcos, quien, según la tradición eclesiástica, debía ser más tarde su obispo mártir <sup>(3)</sup>.

Sean los que fueren los pueblos que Bernabé debió evangelizar más tarde, por el momento se dirigió con Marcos á su propio país, la isla de Chipre. Pablo, acompañado de las bendiciones de todos <sup>(4)</sup>, como un valiente que tiene nece-

(1) San Ambrosio, al enumerar sus gloriosos predecesores, no pronuncia su nombre.

(2) Véase Vigouroux, *Dict. Biblique*, en el artículo *Bernabé*.

(3) San Jerónimo, *de Vir. illust.* VIII; Eusebio, *H. E.*, II, 16; San Epifanio, *Haeres.*, LI, 6; Nicéforo, *H. E.*, II, 43.

(4) Con estas mismas bendiciones había partido la primera vez en com-

sidad de ellas, puesto que se encaminaba á una obra más peligrosa y de resultado menos seguro, se dirigió con Silas hacia el norte. Esta vez deseaba llegar y visitar por la vía terrestre las Iglesias fundadas en su primer viaje. Su corazón, que, en lo más intenso del entusiasmo religioso, no perdió jamás nada de su afecto por quienes habían sido los suyos, debía encontrar un verdadero consuelo en volver á ver, durante su ruta, las comunidades de Siria y Cilicia á las que, durante su alejamiento voluntario y antes de ser conducido á Antioquía por Bernabé, había ya predicado el Evangelio. Sentía la necesidad de anunciar á sus amados hijos, por un instante turbados gracias á las maniobras de los judaizantes, que Pedro, Santiago y los Ancianos, columnas de la Iglesia de Jerusalén, habían reconocido y proclamado públicamente la legitimidad de su apostolado, habían dado razón á sus ideas sobre la decadencia de la Ley y, por fin, habían consagrado oficialmente la legitimidad de cuanto hiciera hasta la hora presente.

Como hemos notado, el decreto de la asamblea jerosolimitana iba dirigido á los fieles de Cilicia, lo mismo que á los de Antioquía y Siria. Quizá también se extendía á las Iglesias de Galacia, limítrofes de Cilicia. Pablo atravesó los desfiladeros del Amano y franqueó el golfo de Alejandría, no, tal vez, sin experimentar dolorosa congoja. Trasladándose seis ó siete años atrás, podía acordarse de que había seguido, en sentido inverso, este mismo camino con Bernabé, como buenos amigos. El animoso y buen compañero había ido á arrancarle de su penoso aislamiento de Tarso para conducirlo al campo de batalla de Antioquía. Mas, ¡ay! ya no estaba allí.

Pablo se dedicó á visitar las Iglesias del país, y á instruir las, confirmandolas en la fe y en la caridad.

---

pañía de Bernabé yendo hacia lo desconocido para intentar la redada del Evangelio. V. *Hechos*, XIII, 3.

## CAPÍTULO II

### Visita de las Iglesias fundadas en la Galacia inferior

Pablo y Silas se dirigen á la Galacia inferior.—Lo que se llamaba confirmar las Iglesias.—En Derbe.—En Listra, Pablo encuentra el auxiliar más fiel y más amado.—Fisonomía moral de Timoteo.—Por qué Pablo le circuncida antes de unírsele.—Visita á Pisidia.—Desarrollo de las comunidades cristianas. (*Hechos*, XVI, 1-5).

Cilicia podía ser una parada; mas no era este el fin del viaje. Sin detenerse mucho en ella, Pablo y su compañero penetraron en las gargantas del monte Tauro, tal vez no lejos de las grutas pintorescas donde el Cidno helado tiene su nacimiento. Pasando por las puertas de Cilicia, llegaron á Cibistra y Derbe. Aquí comenzaban esas queridas Iglesias de la Galacia inferior á las que había escrito con tanta viveza. Debía estar impaciente por ver el resultado de su Epístola y comunicar á todos el documento oficial de la reunión de Jerusalén que probaba su triunfo sobre los judaizantes. Por dos veces <sup>(1)</sup>, el libro de los Hechos advierte que Pablo recomendaba á las Iglesias que observasen lo que habían dictado los Apóstoles y los Ancianos de la Ciudad Santa. Esta insistencia es significativa.

Derbe había sido la última ciudad evangelizada cuando la precedente misión; era ahora la primera en recibir la visita del Apóstol, quien, viajando por tierra, emprendía de nuevo su itinerario en sentido inverso. De la estancia que hizo allí y de las obras que señalaron su presencia, no sabemos casi nada. El historiador sagrado resulta, á partir de este momento hasta la llegada á Tróade, de un laconis-

---

(1) *Hechos*, XV, 41, y XVI, 4.

mo desesperante. En diez líneas relata la visita de las Iglesias fundadas con Bernabé, la predicación del Evangelio en Frigia, quizás en la Galacia superior, y las peripecias que impidieron al grupo apostólico entrar en la provincia de Asia, en Bitinia y en Misia. ¿Le faltaron indicaciones más precisas para informarnos algún tanto sobre esos primeros incidentes del segundo viaje apostólico? Es probable. Y, no obstante, sin que pueda ponerse en duda, pasaron cosas muy importantes. Será, pues, deber del exégeta recoger las raras indicaciones diseminadas en las Epístolas, para procurar llenar una laguna tan lamentable.

El Apóstol, siguiendo, como todo lo induce á creer, su programa, debió comprobar en Derbe los progresos ó debilidades de la comunidad cristiana. Si algún desconcierto había sobrevenido, restablecía el orden, ora desarrollando la organización jerárquica, ora reprendiendo á quienes se habían entibiado y felicitando á los que habían perseverado. En fin, instruía á cada cual en su deber, convencido de que la ciencia de la virtud es el primer medio de llegar á ser virtuoso. A esto se llamaba confirmar las Iglesias. Una predicación más completa del Evangelio no podía menos de ser muy útil á poblaciones tan groseras. Lo fué, en efecto, y más tarde hallaremos á un habitante de Derbe, Gayo, entre los discípulos y colaboradores que escoltaban á Pablo <sup>(1)</sup> al volver de Macedonia á Tróade.

En Listra le esperaba una conquista más afortunada. Esta Iglesia había sido fundada con la sangre del Apóstol; aquí fué donde se le había apedreado. Debía estar ansioso de ver los frutos de su martirio y comprobar cómo la sangre convierte en fecundas las obras que consagra. En ella vivía—ya lo hemos dicho—una familia convertida por Pablo al Evangelio y particularmente amada. En esta fa-

(1) *Hechos*, XX, 4. Ya hemos dicho que en este pasaje, el epíteto *Δεσβαῖος* no se refiere á Timoteo, sino á Gayo, que el historiador quiere distinguir de sus homónimos, Gayo de Corinto, *Rom.*, XVI, 23, Gayo de Macedonia, *Hechos*, XIX, 29, y tal vez también de otros que llevaban este nombre, entonces muy extendido.

milia había un joven lleno de esperanzas, Timoteo, de quien el Apóstol guardaba el mejor recuerdo <sup>(1)</sup>. Pablo se complacerá en tributar homenaje á la generosa fe de las dos mujeres, Loide y Eunice, abuela y madre respectivamente, con quienes vivía. Llenas de tierna solicitud, habían formado el alma de su hijo <sup>(2)</sup> en la piedad, iniciándole desde el principio en el estudio de las Sagradas Letras <sup>(3)</sup>. Estos cuidados delicados por parte de las dos madres, eran tanto más apreciables, cuanto el padre, griego de origen, probablemente no había hecho nada para desarrollar los sentimientos religiosos del niño. A decir verdad, el nombre de Timoteo, que éste llevaba, parecería indicar en sus padres un deseo de verle crecer en el temor de Dios. Mas el padre no le había hecho circuncidar, y, cuando hubo muerto, ó cuando, por razones desconocidas de nosotros, se halló condeñado á vivir lejos de su familia, se juzgó al niño demasiado crecido, y tal vez también la voluntad del padre demasiado formal, para modificar su situación de incircunciso con respecto á la Ley. Por otra parte, no parece que en Listra hubiese habido sinagoga, y todo induce á creer que Eunice, casada con un infiel, practicaba, junto con su madre Loide, un judaísmo muy amplio, en un ambiente del todo pagano, sin detrimento real para su piedad tan activa como sincera. Según lo que leemos en las Epístolas, Timoteo era de constitución delicada <sup>(4)</sup>, sensible <sup>(5)</sup>, inclinado al ascetismo <sup>(6)</sup>; quizá la educación femenina que había recibido influyó en su temperamento, en apariencia tímido

---

(1) Algunos exégetas, fundándose en el texto de Pablo, *II Tim.*, III, 10, 11, quieren que, ya desde su primer viaje, el Apóstol y Bernabé hubiesen tomado en Antioquía de Pisidia á Timoteo para reemplazar á Marcos, que acababa de dejarlos. Mas no es necesario que Timoteo estuviese en Antioquía ó en Iconio para saber lo que Pablo había sufrido en ellas. Había podido oírlo decir, y en Listra, haberlo visto. El historiador que nos cuenta aquí la invitación hecha á Timoteo de seguir á Pablo, no habría dejado de decirnos lo que la había preluído.

(2) *II Tim.*, I, 5.

(3) *II Tim.*, III, 15.

(4) *I Tim.*, V, 23.

(5) *II Tim.*, I, 4.

(6) *I Tim.*, V, 23.

é impresionable <sup>(1)</sup>. Era modesto, sencillo, lleno de buena voluntad. Cuando Pablo le vió por primera vez y le instruyó en el Evangelio, podía tener como unos veinte años. Doce ó quince años más tarde, le hablará como á un hombre que todavía no tiene cuarenta, y le recomendará que haga respetar su juventud <sup>(2)</sup>. En su segunda visita, tuvo el consuelo de hallarle singularmente maduro, como espíritu cristiano, y fortalecido en aquella fe sincera que era el signo característico de sus dos madres <sup>(3)</sup>. Unánimes las Iglesias de Listra y de Iconio, tributaban testimonio á sus virtudes y quizá también á su ciencia. Todos profetizaban que era llamado á ser uno de los más esforzados obreros del Evangelio <sup>(4)</sup>. Pablo, cautivado por las dotes que observaba en él, resolvió <sup>(5)</sup> atraérselo. Su juventud no le pareció un obstáculo, pues se sentía capaz de formarlo. Por otra parte, Timoteo, que había ya visto á Pablo en medio de las persecuciones en Iconio, martirizado y casi muerto en Listra, conocía muy bien el duro trabajo que suponía el apostolado y los peligros á que se exponía aceptando tan arriesgado honor. Pero ¿quién, con un alma de veinte años y un corazón trabajado por la más viva fe, hubiese resistido la apremiante invitación de Pablo? Timoteo aceptó sin vacilar.

Aquí se presentaba una grave cuestión. Como hemos dicho, este hijo de pagano y judía, escogido tan felizmente para servir de lazo de unión entre los dos mundos que Pablo quería fundir en un solo reino, no estaba circuncidado. ¿Era necesario circuncidarlo? No que esto fuese necesario para hacer de él un verdadero cristiano; los principios de Pablo, en esta materia, no daban lugar á vacilación alguna, y el decreto de Jerusalén acababa de decir de un modo oficial lo que pensaba la Iglesia. Sin embargo, podía esto parecer prudente para no herir las suspicacias de los judíos en países en que la paz con ellos era

(1) *I Tim.*, V, 20; *II Tim.*, II, 1; *I Cor.*, XVI, 10-11.

(2) *I Tim.*, IV, 12.

(3) *II Tim.*, I, 5.

(4) *I Tim.*, I, 18; IV, 14.

(5) La expresión *ἠθέλησεν* expresa la firme voluntad del Apóstol.

tan deseable. El Apóstol se determinó, pues, por la afirmativa. El caso aquí no se presentaba del mismo modo que para Tito en Jerusalén. Nadie pensaba en obligarle. La doctrina no se discutía. Sólo la destreza, la sabiduría práctica, los intereses del Evangelio debían aconsejarle. Y los escuchó. Puesto que, por una parte, no podemos sospechar de su energía—bastantes pruebas dió de ella—y, por otra, conocemos muy claramente su manera de ver en la cuestión, debe concluirse que aquí, como en otros casos, Pablo tomó el mejor partido. Conociendo á fondo los lugares mezclados de judíos donde debía presentar á su joven acompañante y las violencias de que eran capaces, no quiso comprometer el bien ya hecho resucitando la antigua cólera de los de Iconio y de Antioquía de Pisidia, ni dificultar la obra que debían proseguir, cerrando á Timoteo las sinagogas, donde, siendo incircunciso, difícilmente hubiese desempeñado su papel. Ya, por sí mismos, el matrimonio de Eunice con un pagano, y el hecho de que Timoteo, judío por derecho <sup>(1)</sup>, hubiese crecido sin llevar en su carne el signo de los hijos de Israel, eran una ocasión suficiente de escándalo. Se juzgó que era preciso imponer silencio á toda malevolencia soportando los prejuicios. Había casos en que, según el Apóstol, debía uno hacerse judío con los judíos, pagano con los paganos, para conducir todo el mundo á Jesucristo. Con sus propias manos, sin misterio, á fin de que se supiese por todas partes que, hijo de Israel, llevaba en su corazón el respeto á la Ley, Pablo practicó la circuncisión en el que iba á tomar por compañero. En Jerusalén, discutiendo con adversarios á quienes se debía reducir, había escuchado el grito de su conciencia y de su fe; aquí, ante hermanos á quienes se debía salvar, prestaba oídos á los consejos de la prudencia y de su ardiente caridad.

---

(1) La casuística de los rabinos, *Bechorot*, I, 4, invocaba un principio reconocido todavía por el derecho moderno: «Partus sequitur ventrem.» Se lee en el tratado *Jehamot*, fol. 45, 2: «El hijo de un pagano ó de un esclavo y de una judía es judío.»

¿Es preciso creer que en aquel momento, en Listra ó en Iconio, Timoteo recibió, por la imposición de las manos, la consagración solemne que le abrió las puertas del Apostolado y cuya importancia más tarde le recordará Pablo <sup>(1)</sup>? Algunos así lo suponen. Sin embargo, parece dudoso que se hiciese, en aquel momento, con él, más de lo que antes se había hecho con Marcos. Timoteo no fué invitado á seguir á Pablo sino como auxiliar, sin ser realmente apóstol desde el principio. Esta imposición de las manos por los Ancianos y por el mismo Pablo, el don de profecía, y, en fin, todo lo que constituía los signos visibles del Apostolado y que confería la gracia, podía muy bien no haber sobrevenido sino algún tiempo después, cuando Timoteo, cesando de ser un simple auxiliar, comenzó á recibir misiones personales, en las que, á pesar de su modestia y la timidez de su carácter, debió tomar alguna iniciativa en los asuntos que le estaban confiados. En todo caso, el noviciado no fué largo, y el discípulo respondió plenamente á cuanto el maestro esperaba de él. Tal vez nadie se mezcló tanto en la vida del gran Apóstol como Timoteo; él tuvo el insigne favor de ser algo así como su coadjutor oficial. En cinco Epístolas dirigidas á las grandes Iglesias, parece hablar con el mismo título que Pablo, siendo llamado su hermano, y, como él, siervo de Jesucristo. A excepción del tiempo en que va á ejecutar las órdenes recibidas, podemos estar ciertos de hallarle allado de su maestro en el apostolado, consolándole en sus pruebas, ayudándole en sus trabajos, compartiendo hasta su cautiverio. Pablo, pues, ha hecho de él un colega, pero sin dejar de amarle como á un hijo. Es indispensable leer las dos Epístolas que le dirige, si se quiere juzgar del afecto que profesaba á este joven queridísimo, engendrado por él á la vida cristiana, que conocía á fondo su doctrina, su manera de vivir, sus inten-

---

(1) Se puede hallar el recuerdo de la imposición de las manos, *I Tim.*, IV, 14; *II Tim.*, I, 6; de la profesión de fe, *I Tim.*, VI, 12; de la solemne delegación, *I Tim.*, I, 18; de la venida del Espíritu Santo sobre el nuevo apóstol, *II Tim.*, I, 6.

ciones, sus pruebas; este amigo á quien conserva, día y noche, un perpetuo recuerdo en sus oraciones, no teniendo gozo más grande que la perspectiva de volver á verle.

Hay aquí, pues, una fisonomía nueva, y de las más importantes, que viene á juntarse á las otras que ocupaban ya la escena en que se desarrolla la historia de la Iglesia apostólica. La encontraremos siempre modesta y simpática, y nos complaceremos en conservarle los rayos luminosos que la vecindad absorbente de Pablo no impedirá del todo que lleguen hasta ella. Timoteo era un precioso recluta para el pequeño ejército de Jesucristo. El Maestro, al conducirlo á Pablo, en el momento en que el apostolado iba á convertirse en laborioso y difícil, parecía decirle que su mano y su gracia más que nunca estaban con él para sostenerlo. No menos que la de Listra, debió enorgullecerse la Iglesia de Iconio viendo al joven, que había edificado con tanta frecuencia á los hermanos con su palabra y sus virtudes, oficialmente agregado á la comitiva de Pablo, y á un hijo del país alistarse para ir á tomar parte en las grandes batallas del Evangelio. De este modo, las nuevas Iglesias suministraban nuevos apóstoles, y las conquistas prestaban ayuda á los conquistadores.

Aunque el historiador no lo diga <sup>(1)</sup>, Pablo y sus compañeros visitaron á Antioquía de Pisidia y los demás centros en que se encontraban comunidades cristianas. Esto estaba en el programa del viaje. Hay que creer, pues, que comprobó por todas partes el orden con que funcionaba la autoridad jerárquica, la regularidad y la santidad de las reuniones á que los hermanos eran convocados, la fidelidad de todos en la doctrina y en las obras. Al dejarlos, Bernabé y él habían recomendado el valor en las pruebas y persecuciones. Al volverlos á hallar, se informó de las luchas que habían sostenido y de las victorias obtenidas. Después, á fin de infundirles la elevadísima

---

(1) Hace constar, sin embargo, en el vers. 4, que los Apóstoles atravesaron ó visitaron las ciudades, *τὰς πόλεις*. ¡Qué ciudades, sino aquellas en que habían fundado Iglesias!

idea que debían tener de sí mismos ante el judaísmo tristemente obstinado y desposeído de las promesas que pasaban á la gentilidad, expuso á todos ellos las resoluciones tomadas por la asamblea de Jerusalén, recomendándoles que se conformasen con ellas. Era esto una palabra de libertad, de emancipación, que debía hacer estremecer de gozo las almas paganas, una palabra de autoridad que se imponía á los judíos convertidos pero no libres todavía de todos sus prejuicios. Pablo predicaba que era necesario someterse á ellas y aprender á ser dóciles á la unidad de gobierno que debía ser la fuerza y la belleza de la Iglesia universal. Indudablemente vióse también obligado á exponer cómo Bernabé, su antiguo colega en el apostolado, se había determinado á llevar por otros rumbos, con las mismas órdenes de la Iglesia jerosolimitana, el mismo Evangelio que había predicado en otro tiempo en Pisidia, y cómo el objeto supremo de los Apóstoles de Jesucristo permanecía siempre el mismo, aun cuando hubiesen consentido en separarse.

En efecto, es probable que la ausencia de Bernabé en esta segunda misión no dejase de inquietar á los fieles que le habían conocido, oído y gustado una primera vez. De las explicaciones del Apóstol pudieron concluir que, cuando la gracia de lo alto se empeña en ello, nadie es necesario para hacer avanzar aquí bajo la obra de Dios. En realidad, las predicaciones de Pablo y los esfuerzos de sus nuevos auxiliares obtuvieron en el país los más fecundos resultados. A la vez que se afirmaban en la fe, se multiplicaban las comunidades cristianas. Este doble progreso en intensidad y en extensión de la vida religiosa debió parecer un fenómeno tanto más consolador cuanto es más raro, pues la cantidad daña casi siempre á la calidad. Dios se complacía en animar á sus tres misioneros en el momento en que era necesario resolverse á entrar en nuevas comarcas y centros del todo paganos y desconocidos.

## CAPITULO III

### Incertidumbre sobre qué camino debe seguir el Evangelio

El Espíritu Santo prohíbe á los predicadores entrar en la provincia de Asia.—Predican en Frigia con éxito probable.—La parte occidental de la Galacia propiamente dicha tal vez fué también evangelizada.—Historia, costumbres y carácter de los galos que la habitaban.—El Espíritu de Jesús impide á los predicadores entrar en Bitinia.—Se dirigen á Tróade. (*Hechos*, XVI, 6-8).

San Lucas, sin indicaciones precisas sobre los incidentes que señalaron entonces el paso de Pablo y de Silas al Asia Menor, se contenta con decir que los mensajeros del Evangelio atravesaron las tierras de Frigia y de Galacia, subiendo de este modo hacia el norte. En un tercer viaje, hará seguir al Apóstol el mismo camino, pero supondrá que pasa por las tierras de Galacia antes de llegar á Frigia. Esto indica una incertidumbre en las divisiones geográficas, muy complicadas en este punto, ó mejor, demuestra que la denominación de «región galática» se extendía de sur á norte desde Licaonia á Bitinia, comprendiendo la parte de la Frigia montañosa y todos los demás países unidos á la provincia romana de Galacia.

Frigia es también mencionada, pero por su parte más occidental, que no pertenecía á Galacia y que parece haber sido evangelizada desde ese viaje apostólico. El deseo que entonces mostró Pablo de entrar en las ciudades de la provincia de Asia Menor propiamente dicha se explica muy naturalmente por cuanto ya estaba en el valle del Licos. El camino á Éfeso estaba del todo abierto, y se comprende que la grande y célebre capital atrajese al animoso

obrero de Jesucristo. Pero la hora de Dios no había sonado. Súbitamente, mediante voces interiores, ó por cualquier otro accidente providencial que no conocemos, disuadiólos el Espíritu Santo de penetrar en aquel centro tan atractivo por sí mismo. La civilización griega, mezclada con la más profunda corrupción asiática, tal vez habría sido obstáculo al éxito del Evangelio, desanimando, de este modo, desde los comienzos de su misión, si no á Pablo, á lo menos á sus dos compañeros, todavía poco aguerridos. ¿Evangelizó el Apóstol la Frigia propiamente dicha desde este segundo viaje apostólico? Nos inclinamos á creerlo. En efecto, volverá á pasar por este país al principio de su tercer viaje <sup>(1)</sup> para confirmar en la fe á los discípulos que se hallaban en él y que eran muy probablemente el fruto de la primera predicación. Sabido es que hacía ya algún tiempo que se habían formado colonias judías en las principales ciudades de dicho país <sup>(2)</sup>. El celo de los misioneros casi no podía desdeñar la explotación de tan felices medios de propagar el Evangelio. Suponer lo contrario, sería desconocer lo que había de santa impaciencia en el alma de los predicadores. Por consiguiente, sin querer afirmar que, desde aquel momento, Pablo hizo en él la conquista de todos los fieles discípulos de que hablará en sus Epístolas: Epafras, Filemón, quien, sin embargo, le debe el ser cristiano <sup>(3)</sup>, Nimfa y su pequeña Iglesia, Arquipa, la diaconisa Apia, se puede muy bien creer que echó á bastante profundidad la buena semilla para preparar el nacimiento de las comunidades del Licos que fueron el gozo de la naciente Iglesia. Los prosélitos que dejó en ellas se convirtieron pronto en predicadores del Evangelio. Por eso, recordará más tarde á los habitantes de Colosas <sup>(4)</sup> los días en que oyeron y recibieron por boca de uno de ellos, Epafras, la palabra de Dios en toda

(1) *Hechos*, XVIII, 23.

(2) *Ant.*, XII, 3, 4; XIV, 10, 20; *Hechos*, II, 10.

(3) *Filemón*, 19.

(4) *Colos.*, I, 7.

su verdad. Éste, por lo demás, debía ser uno de los más adictos colaboradores del gran Apóstol, y le hallaremos muchas veces mencionado con honor en el curso de esta historia.

El hecho de que nuestros predicadores subieran hacia el norte hasta Misia, y que la costearan, con el pensamiento de entrar en Bitinia, autoriza á creer que habían tocado las tierras de la Galacia propiamente dicha. Siguiendo las grandes vías romanas, debieron pasar por Pesino, una de las tres grandes capitales de esta provincia. La ciudad estaba situada en la parte inferior de la vertiente meridional del monte Dindimo y en la ribera izquierda del Sagarrio. Muy probablemente provenía su nombre del famoso ídolo de Cibeles, su diosa protectora, estatua de madera ó piedra, caída <sup>(1)</sup> milagrosamente del cielo y conservada, con una religión rayana en el fanatismo, por los sacerdotes que fueron por largo tiempo los jefes del país.

Conocida es la historia de aquellos gálatas ó galos <sup>(2)</sup> que, arrancados de las orillas del Garona por acontecimientos desconocidos y llevados por su espíritu bélico hasta las riberas del Helesponto y del Bósforo, habían sido llamados á Bitinia por el rey Nicomedes que defendía su corona contra su propio hermano Zibeas. Intrépidos hasta el exceso, suministraron á los pueblos afeminados de Oriente soldados irresistibles. Después de haber consolidado en su trono al rey que habían ido á socorrer, y antes de tomar posesión de las tierras que les había ofrecido en pago de sus servicios, se esparcieron por Tróade, Misia y Lidia y saqueando todas estas ricas comarcas, hasta que, vencidos por Antíoco Soter y después por Atalo, rey de Pérgamo <sup>(3)</sup>,

(1) El nombre *Πεσσινοῦς* parece referirse á *πεσείν*.

(2) La palabra *Γαλάται* es una visible transformación de *Κέλται* ó *Κέλται* (Pausanias, I, 3, 5). Vemos que Polibio y Dion Casio llaman á nuestros antepasados *Γαλάται*, mientras que Tito Livio, XXXVIII, 12-27, llama galos á los gálatas, *Galli*. De ahí la dificultad de saber si, según *II Tim.*, IV, 10, Crescencio fué en misión á las Galias ó á Galacia, por tener la palabra *Γαλατίαν* de tal modo los dos sentidos, que muchos manuscritos llevan *Γαλλίαν*.

(3) Los espléndidos bajorelieves del altar de Júpiter, que exhumó nues-

acabaron por fijarse en las tierras que les había asignado Nicomedes. Según cuentan Tito Livio, Justino, Apio, Polibio y Estrabón, continuaron distinguiéndose por su espíritu guerrero, poniéndose al servicio de cuantos reyes reclamaban su concurso para hacer la guerra ó para defenderse de sus propios vasallos. Cleopatra y Herodes el Grande <sup>(1)</sup> tomaron gálatas como guardas reales. Sus mujeres habían conservado los caracteres distintivos de la raza gala y germana; eran de una castidad y energía á toda prueba <sup>(2)</sup>. Sólo el valor militar constituía en aquellos guerreros una aristocracia poderosa, y el pueblo nombraba por sí mismo los doce tetrarcas, cuatro por tribu, que, bajo la dirección de un consejo de trescientos notables, debían gobernarle. Esta corte en pleno, llamada Drunémeton, se celebraba, como su nombre indica, bajo las viejas encinas de las selvas. Tales eran las costumbres de la antigua Galia, transportadas al pie del monte Olimpo. Mezclándose con cuantos ejércitos se encontraban á cada instante en aquellas provincias asiáticas, los gálatas acabaron por hallarse en presencia de los de Roma. Vencidos con Antíoco el Grande en Magnesia de Sipilo, hubieron bien pronto de defenderse en su propio país. Pero aquí como en todas partes, la astucia de los romanos debía dar buena cuenta del valor temerario de nuestros antepasados. En 188 antes de Jesucristo, el cónsul Manlio Vulso dictó á los gálatas vencidos sus condiciones de paz, no sin haber antes devastado cruelmente su país para dejar una terrible impresión del poder de Roma. A partir de este momento, el amor desenfrenado á la libertad, á los combates, á la vida nómada, parece haber disminuído en aquellos pueblos, que se vieron en lo sucesivo invadidos por la civilización griega y enervados por el lujo asiático. En tiempo de Cicerón, la república gálata no tenía más que un jefe, el tetrarca Detro malogrado amigo M. Humann, eran la representación alegórica de este triunfo.

(1) Josefo, *B. J.*, I, 20, 3.

(2) Véase la historia de Quiomara en Tito Livio, XXXVIII, 24; Valerio Máximo, VI, 1, 2, y Plutarco, *De Virt. mulier.*, XXII.

yótaro<sup>(1)</sup>, gobernador de todo el país y pronto condecorado por el Senado romano con el título de rey. Finalmente, después de la muerte de Amintas, 25 años antes de Jesucristo, Augusto, uniendo Galacia á las comarcas que hemos enumerado en otra parte, hizo de ellas una de sus provincias imperiales, y envió un propretor para gobernarla<sup>(2)</sup>.

Desde entonces la influencia romana dominó en ella por completo; así lo prueban cuantas ruinas se encuentran en ella. Por lo demás, hacía ya mucho tiempo que, entre los que se llamaban galo-griegos<sup>(3)</sup>, un principio de fusión operado con la raza helénica había preparado la aceptación definitiva del dominio y costumbres de los romanos. Sin embargo, San Jerónimo<sup>(4)</sup> hace constar que, en su tiempo, los gálatas hablaban la misma lengua que él había oído hablar en Tréveris, el céltico<sup>(5)</sup> probablemente, lo cual no impide que el griego viniese á ser muy pronto su lengua oficial, y aun en parte, la ordinaria. Todas las inscripciones halladas en Pesino ó en Ancira están en griego. En esta lengua sin duda debió Pablo evangelizar el país. En cuanto á los rasgos esenciales del carácter galo, cualidades y defectos de raza, nada había sido capaz de borrarlas en aquellas poblaciones vigorosas. Como los de Occidente, los galos de Oriente habían permanecido entusiastas, generosos, francos, leales, uniéndose fácilmente á sus bienhechores, pero irreflexivos, temerarios, indisciplinados, dados á la bebida, violentos, volubles, vanidosos, y, junto con todo eso, muy religiosos por temperamento<sup>(6)</sup>. Sus templos estaban ri-

(1) Hubo dos príncipes de este nombre: el padre, en cuyo favor abogó Cicerón, y el hijo, que fué el amigo del gran orador.

(2) *Fasti Sacri*, n.º 676.

(3) Manlio Vulso, animando á sus soldados antes de la batalla, les dice que deberán luchar con galos degenerados, galos griegos, como se los llama. Tito Livio, XXXVIII, 17. Comp. Justino, XXV, 2.

(4) *In Epist ad Galat.*, II, *Praef.*

(5) Tácito, *Annales*, I, 43; *Hist.*, IV, 71, concuerda con César, *B. G.*, II, 4 y sig., en reconocer que los trevirenses, aunque vecinos de los germanos, eran galos de origen.

(6) César, *B. G.*, VI, 15.

camente adornados, sus sacerdotes y sus sacerdotisas eran muy venerados. Sin ser inquietados por nadie, algunas colonias judías habían podido establecerse entre ellos, y hecho tal vez algún prosélito, ya que Pausanias afirma que los gálatas tenían horror á la carne de cerdo <sup>(1)</sup>. En el templo más bello de Ancira, el de Augusto, se leían, anunciados en griego, los privilegios que Roma había concedido á los hijos de Israel <sup>(2)</sup>.

Las tres tribus galas estaban escalonadas, de oeste á este: los tolstibogos alrededor de Pesino, los tectosagos alrededor de Ancira, y los trocmos alrededor de Tavio. Si realmente Pablo evangelizó á estos galos de Oriente, debió estar en contacto con los tolstibogos. Á éstos los encontraba en su camino, y su capital, muy populosa y comercial, en el punto de intersección de las grandes vías <sup>(3)</sup>, debía parecer á los misioneros un centro en que la buena semilla se esparciría prontamente por los países vecinos.

Experimentamos un verdadero consuelo al decir que, tal vez, nuestros valientes antepasados, llenos de nobles cualidades en medio de tantos vicios, recibieron desde el principio la palabra de Dios por boca de Pablo. Como prueba de su origen galo, habían trasplantado en aquellos lejanos países hasta los nombres de su madre patria. Una de sus ciudades, al sur de Pesino, en la vía misma que debieron seguir los Apóstoles yendo de la Frigia montañosa á Bitinia, se llamaba también Tolosa, Tolosocorion <sup>(4)</sup>. Habían conservado, en parte, las prácticas religiosas de las Galias, y los recuerdos del druidismo estaban allí vivos aún. La estatua de Cibeles, transportada al Capitolio para obedecer á los oráculos sibilinos, tenía también en Pesi-

(1) Pausanias, VII, 17, 10.

(2) *Ant.*, XVI, 6.

(3) Estrabón, *Geogr.*, XIII, 5.

(4) En su misma denominación, la tribu de los tolstibogos, *tolosatobogii*, recuerda el nombre de Tolosa, y la de los tectosagos es mencionada por César, *B. G.*, VI, 24, como habitando las orillas del Garona. La opinión de Estrabón, XII, 5, que busca el origen del nombre de los tolstibogos y de los trocmos en el de los jefes que condujeron estas tribus, está mal fundada.

no un magnífico templo, cuyas ruinas subsisten todavía, y los galos fanáticos se consagraron en él á su servicio mediante crueles mutilaciones.

¿Cuál fué el apostolado de Pablo en este centro? No poseemos indicación alguna, desde que admitimos que la Epístola á los gálatas fué dirigida á los fieles de la Galacia inferior convertidos en la primera misión, y no á los que, según toda probabilidad, no pudieron casi ser evangelizados sino en la segunda. Es necesario, pues, renunciar á las numerosas alusiones que ciertos exégetas han querido ver en esta Epístola, ya á la versatilidad y á otros defectos de la raza gala, ya al papel de la sangre humana en las teorías druidas para la expiación del pecado y apaciguamiento de la justicia divina. Todo eso es fruto de imaginaciones fáciles en ponerse al trabajo para demostrar su fecundidad. Lo más razonable es que, si Pablo realmente evangelizó aquellas razas europeas, Dios quiso dejarle vislumbrar los recursos que hallaría, en medio de tantos vicios, en naciones menos gastadas que las de Oriente. Esto era como una preparación para responder al signo decisivo que el cielo iba á hacerle.

Llegados al pie del Olimpo misiano, subiendo siempre, estaban en la frontera de Bitinia. Era esta una de las provincias romanas en que abundaban las colonias judías. Sin embargo, el Espíritu de Jesús <sup>(1)</sup> no les permitió entrar en ella. Así, no obstante detenerlos en el momento decisivo, la inspiración sobrenatural los abandonaba, el tiempo restante, á positivas incertidumbres, ó á sus preferencias personales. Las marchas y contramarchas que hicieron en esta ocasión son prueba de ello. No teniendo facultad para ir más al norte, volvieron á la izquierda, costearon <sup>(2)</sup>, al pie del Olimpo, la frontera septentrional de Misia y, á través de lo que se llamaba la pequeña Frigia, ó Frigia del Helesponto, llegaron á Tróade.

---

(1) Esta expresión del cap. XVI, 7, τὸ Πνεῦμα Ἰησοῦ, no se halla más en la Sagrada Escritura.

(2) Este es el mejor medio de explicar el *παρελθόντες τὴν Μυσίαν*.

Aquí, por fin, debían explicárseles las voces misteriosas que les prohibían predicar en Asia; aquí iban á abrirse para la Iglesia los vastos horizontes de su verdadero porvenir.

---

## CAPÍTULO IV

### Alejandría de Tróade

Alejandría de Tróade, casi á las puertas de Europa.—El Espíritu Santo condujo aquí á los predicadores del Evangelio para dirigirlos á Occidente.— Por aquí les es preciso invadir el mundo entero.—Inquietudes de Pablo.—Visión que le determina á ir á Macedonia.—Lucas, autor del libro de los Hechos, se agrega á los discípulos de Pablo.— Lo que se sabe de él.—De Tróade á Neápolis. (*Hechos*, XVI, 8-12).

El Espíritu Santo, al prohibir momentáneamente á Pablo y sus compañeros predicar el Evangelio en la provincia de Asia y en Bitinia, tenía miras misericordiosas sobre Europa. Quería conducir á los mensajeros de la Buena Nueva á la costa mediterránea, donde les daría indicaciones más precisas. Por el pequeño valle del Escamandro, que alcanzaron, sin duda, entre el Cotilo al Norte y las vertientes pobladas de árboles del Ida al Sur, llegaron á Alejandría de Tróade. Este puerto de mar, á igual distancia del cabo Lecto y del cabo Sigeo, era la estación naval más próxima á Europa. Fundado por Antígono, uno de los sucesores de Alejandro, y llamado primeramente Antigonia, fué ensanchado por Lisímaco, que le quitó el nombre de su fundador para darle el del conquistador macedonio, á quien debía, como tantos otros generales, haber llegado á ser gran personaje <sup>(1)</sup>. Esta ciudad, llamada en lo sucesivo Alejandría de Tróade ó simplemente Tróade, fué, bajo la dominación romana, uno de los puertos más animados de la provincia de Asia. Según Suetonio <sup>(2)</sup>, Julio César había tenido el pensamiento de trasladar allí la sede del impe-

(1) Estrabón, XIII, 1, 26.

(2) *Caesar*, LXXIX.

rio, que se extendía, de día en día, por los países de Oriente, sobre pueblos más ricos y menos difíciles de dominar que los de Galia ó de Germania. De esas comarcas, donde estuvo la antigua Ilión, habían salido en otro tiempo, según la tradición, los legendarios fundadores de Roma. Los emperadores, en los días de su omnipotencia, soñaron volver allí. Á un proyecto de este género alude Horacio en una de sus más bellas odas <sup>(1)</sup>. Más tarde, al decaer el viejo patriotismo romano, volvió á insistirse en la idea, y Constantino resolvió realizarla. Hizo comenzar los trabajos en Alejandría de Tróade, y si fijó definitivamente su elección en el paraje de Bizancio, que era idealmente bello, no fué sin sentimiento, porque su inclinación natural estaba por la costa troyana, de donde habían partido antiguamente Eneas y sus compañeros. Augusto había conferido el *Jus italicum* á Alejandría convertida en colonia romana, como lo atestiguan las medallas de aquel tiempo <sup>(2)</sup>. Sabido es que este importante privilegio eximía á un país del impuesto, asimilándolo á las tierras de Italia. De aquí el rápido desarrollo de este centro comercial. Sin embargo, no parece que hubiese habido en ella una judería, pues el libro de los Hechos no hace mención de ninguna sinagoga. Pablo recibió hospitalidad en casa de algún gentil, tal vez en casa de Carpo. Ignórase el tiempo que permaneció en Tróade; sin duda pocos días. Lo que hay de cierto es que no estuvo inactivo, y la reducida Iglesia, en cuyo seno le veremos más tarde detenerse y predicar, fué el resultado de esta primera visita.

Sin embargo, el bien que realizaba en este centro, todavía asiático del todo, no le impedía considerar que allende

(1) Es la III del tercer libro: *Justum ac tenacem*, etc., en que Juno depone su odio contra los descendientes de Eneas, á condición de que entre Ilión y Roma brome el ancho mar, que los rebaños pazcan sobre la tumba de Príamo y que las bestias fieras escondan en ella impunemente sus cachorros. La diosa concluye por la prohibición final: «...Ne nimium pii, Rebusque fidentes, avitae Tecta velint reparare Trojae.»

(2) Eckhel, *Doct. Num. Vet.*, vol. II, p. 481. Plinio, V, 30, igualmente lo afirma.

el brazo de mar, á cuya orilla el Espíritu Santo acababa de conducirle, había almas que esperaban la luz y corazones hambrientos de verdad. Su pasión religiosa debía asimismo ambicionar vivamente ocuparse en definitiva en aquella raza europea que era, para todo hombre reflexivo, la raza señora del mundo, la fuerza real á la que pertenecía el porvenir. Dondequiera que Pablo la había tratado, ya en las ciudades marítimas, ya en las capitales de provincia, en las que imponía su superioridad á los pueblos de Oriente, debieron impresionarle sus importantes cualidades. Si los judíos y los levantinos tenían más que ella el genio del comercio, la flexibilidad en las relaciones, la aptitud en comprender y exponer una idea, la afabilidad seductora de los modales, era ella en todo lo demás incontestablemente la primera. Después de haber conquistado todo el Oriente con Alejandro, dominaba á la vez Oriente y Occidente con los emperadores romanos. De suerte que Pablo comprendía perfectamente que, para extender de un modo seguro el Evangelio por el mundo entero, era necesario, ante todo, poner mano en los verdaderos señores de ese mundo. Ahora bien, el camino que conducía á ellos estaba á tres días de distancia, á la otra parte de una serie de pequeñas islas contiguas, puente dispuesto providencialmente para pasar á Europa.

Sin verse realmente las tierras de esta parte del mundo, ya que desde Tróade la vista se extiende apenas, más allá de Tenedos, hasta Lemnos y, al norte, hasta Imbros <sup>(1)</sup>, se puede suponer que, por las aspiraciones de su alma, Pablo penetraba en ellas de antemano, no esperando sino un signo de Dios para ponerse en camino.

Recibió este signo en una visión, no ya simbólica, como

---

(1) Nada hay más divertido que la hipótesis de Farrar, al imaginar, *The Life of Paul*, I, 478, que, en una hermosa tarde, el monte Athos pudo aparecer á Pablo como un gigante colosal invitándole á dirigirse á Europa. Por tres veces hemos estado en Alejandría de Tróade en los días más encantadores de Mayo, y por ningún lado aparece el monte Athos, ni siquiera Samotracia, que está oculta por Imbros.

la de Pedro en la azotea de Simón el Curtidor en Joppe <sup>(1)</sup>, sino tan natural que podemos preguntar si el Espíritu Santo no tomó los elementos de ella de las inquietudes más recientes del Apóstol ó de sus conversaciones de la víspera. Vió, durante la noche, á un hombre que, por sus palabras <sup>(2)</sup> y, sin duda, también por su porte, le pareció ser macedonio. Se presentaba en la actitud de un suplicante <sup>(3)</sup> y decía: «¡Pasa á Macedonia y ven en nuestro socorro!» ¿Comprendía este hombre de un modo exacto el género de socorro que podía esperar de Pablo? ¿Era su palabra distinta del grito vago de un alma en pena, de la expresión del inmenso malestar moral que trabajaba al mundo pagano, de la confesión de la insuficiencia de las glorias de aquí bajo para la felicidad de los pueblos? Todo es posible, ya que Dios había dejado que el orgullo humano siguiese sus vías, y, después de todos los prodigios del genio griego y de la política romana, el mundo se encontraba tan hambriento, tan infeliz como antes. Alguien ha creído que el hombre de la visión era el Ángel de Macedonia, puesto que, según Daniel, los pueblos tienen cada uno su ángel protector. Mas el texto nada de esto indica, y la aparición representaba, no un habitante del cielo, sino uno de esos macedonios cuyo carácter serio, bueno, leal, y cuyo temperamento enérgico, oía Pablo ponderar, desde hacía algunos días, á un discípulo recién llegado, Lucas ó Lucano, que habitaba probablemente en Filipos y del cual hablaríamos dentro de poco.

En realidad, la raza macedonia—relacionárase ó no con los pelagos—fué excepcionalmente fuerte y bien dotada. Viviendo en medio de montañas, en un clima desapacible comparado con el de Grecia, en tierras que era preciso remover profundamente para convertirlas en fértiles, fuera de las civilizaciones más avanzadas de Oriente y de Occi-

(1) Es designada sin embargo con el nombre *δραμα* en los dos casos: *Hechos*, X, 17 y XVI, 9. Comp. XVIII, 9; IX, 10, 12, etc.

(2) Dijo: «Pasa á Macedonia y ven en nuestro socorro.» Luego era un Macedonio quien hablaba.

(3) Esto es lo que indica la palabra *παρακαλῶν*.

dente, este pueblo, endurecido por la fatiga, conservando su moralidad, teniendo, bajo apariencias un poco rudas, la generosidad de las razas eslavas, había demostrado lo mucho de que era capaz, conquistando el Asia, dirigido por Alejandro. Aun hoy día, después de largos siglos, y á pesar de la mezcla de razas, el aspecto que presentan al viajero las poblaciones macedonias ofrece algo de consolador. Nada tienen de común con las tribus perezosas y descuidadas de Oriente. Ni un pedazo de tierra queda sin cultivo en Macedonia. No que deba compararse este país con Estiria ó Suabia; esto sería demasiado, y la misma naturaleza del suelo, el género de explotación que se practica en él, casi no se prestan á ello; pero el campesino es allá vigorosamente laborioso. Hemos visto, en la llanura de Filipos, encorvados á los hombres sobre el trabajo durante todo el día. Las caravanas cargadas de tabaco caminaban bajo la lluvia y durante la noche. Cuando se penetra en las moradas de tan esforzados agricultores, siente una satisfacción indecible al ver en ellas honrada la vida patriarcal. El aislamiento de las granjas diseminadas por los campos y las laderas de las montañas contribuye á mantenerla. Así debió ser en todo tiempo, y se comprende que Pablo, advertido sobre las virtudes humanas de esos pueblos, se sintiese presa del violento deseo de llamarlos á practicar las virtudes divinas del Evangelio.

Daniel había representado bajo el emblema de un carnero con un cuerno <sup>(1)</sup>, como se ve todavía en las medallas macedonias y entre las ruinas de Persépolis, á ese pueblo conquistador del mundo asiático. Domar semejante adversario era cosa para tentar á Pablo. Roma lo había subyugado, pero por ello no había enervado su vigor. El pueblo macedonio, tan recomendado por Lucas, el discípulo médico recientemente unido al grupo apostólico, ofrecía además el atractivo particular de hallarse en gran parte mezclado con veteranos romanos, lo que debía permitir á

---

(1) Pero véase. *Daniel*, VIII. Comp. *Josefo*, *Ant.*, XI, 8, 5.—N. del T.

la semilla divina experimentar la fecundidad de tierras diversas, pero igualmente fuertes y profundas.

Sin vacilar reconocieron todos, en la visión que Pablo se apresuró á comunicar á sus compañeros, la contraseña del cielo. Creyéronse en seguida obligados á responder á ella y pasar á Macedonia. Hasta entonces se había visto á los conquistadores ir de Europa á Asia; he aquí que esta vez van á salir de Asia para marchar á Europa. Podría establecerse un paralelo entre Alejandro el Macedonio y Pablo el Judío, cruzando el Helesponto con cuatro siglos de intervalo, el uno para conquistar el Oriente, y el otro el Occidente, con armas y ambiciones totalmente distintas, pero debiendo, uno y otro, asombrar al mundo por la rapidez de sus proezas y la extensión de sus conquistas.

El autor del libro de los Hechos se presenta aquí de improviso en escena, sin nombrarse, pero hablando en primera persona del plural: «*Dispusimos* marchar á Macedonia.» Evidentemente se revela aquí un recién llegado, diferente de Silas y de Timoteo. Es muy lamentable que, por una modestia excesiva, ó porque Teófilo, á quien iba dirigido el libro, estaba al corriente de su conversión, el escritor sagrado no nos haya dicho dónde y cómo Pablo había hecho de él un prosélito; evitándonos así el vernos reducidos á emitir hipótesis. ¡Había sido llamado Lucas, á quien Pablo llamará más tarde «su querido médico», para cuidar al Apóstol cruelmente molestado por su enfermedad crónica, por aquella «espinas en la carne», que, tal vez había amenazado atacarle de nuevo á su llegada á Tróade? Es posible. El médico de las almas cuidó, por su parte, al médico del cuerpo y ganó á Lucas para el Evangelio.

La tradición de los tiempos de Eusebio y San Jerónimo suponía que Lucas era originario de Antioquía <sup>(1)</sup>, y las indicaciones precisas de nombres y hechos, referentes á los orígenes de la Iglesia cristiana en esta ciudad, han parecido á algunos ser la prueba de ello. Sin embargo, es evi-

(1) Eusebio, *H. E.*, III, 4; San Jerónimo, *de Vir. illus.*

dente que Lucas se juntó á Pablo en Tróade solamente, y que no le siguió sino hasta Filipos <sup>(1)</sup>. Si Antioquía era su patria, hay que decir que acontecimientos desconocidos por nosotros le habían alejado de ella, para fijarle, sea en Tróade, sea en Macedonia, donde lo hallaremos al cabo de siete años <sup>(2)</sup>. Entonces se juntará definitivamente á Pablo para acompañarle en su cautiverio en Roma, y él solo le permanecerá fiel, cuando le abandonen todos los demás <sup>(3)</sup>.

La carencia total de datos biográficos sobre San Lucas deja el campo libre á las más gratuitas suposiciones. Así, algunos <sup>(4)</sup> deducen, de la contracción de su nombre primitivo, Lucano en Lucas, que era un liberto; otros creen poder afirmar que, según el pasaje de la Epístola á los colosenses <sup>(5)</sup>, en que Lucas es mencionado fuera de los circuncisos, era de origen pagano <sup>(6)</sup>. Asimismo, tal vez estamos autorizados á suponer, según la manera que Pablo habla de él á los colosenses, que era conocido como médico en el valle del Licos. Todo eso concordaría muy bien entre sí, si Lucas hubiera sido reducido en Antioquía á la esclavitud, y si, dedicándose al arte de curar, como sucedía con frecuencia á los hombres de esta condición cuando tenían alguna cultura, hubiese merecido ser declarado libre por los servicios prestados á sus señores. Por otra parte, los literatos afirman que para ser sirio, y con más razón para ser esclavo, escribía el griego con notable elegancia. También aquí hay de particular que no sólo revela su estilo una cultura de espíritu algo más que ordinaria, sino que las palabras

(1) *Hechos*, XVI, 10, donde el *nosotros* empieza, y XVI, 17, en que acaba.

(2) *Hechos*, XX, 5.

(3) *II Tim.*, IV, 11. *Comp. Filem.*, 24; *Colos.*, IV, 14.

(4) Véase Wolf, *Analecta*, III, 49. Lobeck es quien ha hecho esta observación sobre los nombres terminados en *ás*.

(5) *Colos.*, IV, 12-14.

(6) Esta opinión tiene otro punto de apoyo en los *Hechos*, I, 19, donde Lucas, con motivo de la palabra Haceldama, da á entender que el hebreo ó sirocaldaico no era su lengua propia, *τῆ ἰδίῃ διαλέκτῃ αὐτῶν*, y, por lo tanto que tampoco era judío.

técnicas que emplea en sus relatos sobre navegación y naufragio inducen á creer que había vivido en compañía de marineros, si no en navíos, á lo menos en alguna ciudad marítima <sup>(1)</sup>. Esta ciencia del arte náutica, unida á una serie de expresiones pertenecientes al lenguaje clásico de los médicos <sup>(2)</sup>, denota algo en alto grado sorprendente. La crítica, que no siempre sabe detenerse á tiempo, ha llegado á suponer que, definitivamente unido á la compañía de Pablo, Lucas había acostumbrado poco á poco al Apóstol á su vocabulario médico; la prueba de lo cual se halla en las Epístolas escritas por Pablo mientras el discípulo estaba con él <sup>(3)</sup>. Lo que podemos afirmar, sin temor de engañarnos, es que Lucas fué un hombre modesto, que se obscurecía siempre entre los del grupo que seguía á Pablo, en lugar de manifestarse; un espíritu amplio, instintivamente inclinado á emancipar el reino de Dios del yugo de la sinagoga, universalista en la más elevada acepción de la palabra, y un fiel amigo del gran Apóstol.

Una vez tomada la resolución de pasar á Macedonia, no se perdió un instante en ejecutarla. Lucas declara que él y los demás se apresuraron á buscar un navío en franquía. En el «nosotros» que aquí pone se siente el gozo del narrador, quien tal vez había insistido largo tiempo para que Pablo se resolviese á dirigirse á las tierras de Europa, y que por fin triunfa de sus vacilaciones, gracias á un signo del cielo. De aquella graciosa ensenada, donde estuvo

(1) Smith, *Voy. and Shipwreck* reveló estos detalles muy cuidadosamente.

(2) Así se ve que el médico se manifiesta categóricamente en las expresiones *θρῦμβοι* (*Lucas*, XXII, 44), *σκωληκόβρωτος* (*Hechos*, XII, 23), *βάσεις* y *σφυρά* (*Hechos*, III, 7), ó en las escamas que caen de los ojos de Pablo (*Hechos*, IX, 18) y los accesos de fiebre complicada con disentería. (*Hechos*, XXVIII, 8).

(3) En efecto, se ha señalado la aparición de expresiones nuevas: *ὑγαίνω*, *Tim.*, I, 13, II, 2; *I Tim.*, I, 10; VI, 3, etc.; *νοσῶν*, *I Tim.*, VI, 4; *γόγγρανα*, *II Tim.*, II, 17; *τυφῶν*, *I Tim.*, III, 6; VI, 4, etc.; *κεκωντηριασμένοι*, *I Tim.*, IV, 2; *κνηθόμενοι*, *II Tim.*, IV, 3, en las Epístolas escritas en el último periodo de la vida del Apóstol, y esta observación, que por el momento parece singular, está filológicamente fundamentada. Estas palabras que no se hallan en las otras Epístolas, pertenecen todas al lenguaje de Hipócrates.

Tróade y en la que hoy día no se ve más que barcas de pescadores, varadas unas sobre la playa, bordeando otras con algunas miserables falúas por la costa, salían todos los días para las playas de Europa hermosos y numerosos navíos. En uno de ellos tomaron pasaje.

Tres veces hemos visitado las orillas de Tróade, y el puerto donde desembarcaron los cuatro misioneros nos ha interesado siempre, como uno de los sitios venerables de un modo particular en la historia de nuestros orígenes cristianos. Al ver las medio columnas en que se amarraban los navíos, se puede decir con certeza: «¡De aquí partieron!» El puerto de Tróade se componía de dos senos. El uno, donde se carenaban los navíos, está hoy completamente cegado; el otro, que formaba un doble muelle, se halla separado del mar por un banco de arena y transformado en una especie de salina natural. Sobre los muelles se habían levantado grandes pórticos, tales como los hemos notado en Ostia y Cencreas. Bajo esos pórticos, por escaleras todavía visibles, se embarcaban los viajeros. El navío, salido de puerto, bordeó la costa pintoresca que se dobla al norte y se dirigió á Imbros. La ciudad, levantada en forma de anfiteatro entre dos colinas que se abaten para dejar ver, detrás de ellas, una serie de montañas graciosamente dentelladas, y, en lontananza, el monte Ida, de cimas sombrías y majestuosas, desapareció poco á poco con sus monumentos, teatros, templos, circo, gigantesco gimnasio, todo ello encerrado en largas murallas de torres cuadrangulares y macizas.

Con la ciudad principal de Tróade, dejaban tras de sí al mundo oriental para emprender la conquista de los países de Europa. El Espíritu Santo había indicado el programa, y, sin embargo, no sin emoción se dirigían hacia lo desconocido en pueblos nuevos. La fe viva y la caridad ardiente nunca suprimen por completo en el corazón del Apóstol las santas aprensiones. Un viento favorable del sureste empujó muy vivamente la nave en que iban Pablo, Silas, Lucas y Timoteo, prueba de que el cielo estaba verdaderamente con

ellos. En un día, lo que parece extraordinario<sup>(1)</sup>, llegaron á Samotracia y se abrigaron en una de las ensenadas que, desde los altos acantilados, se dibujan al noroeste de la isla. Samotracia no es, en verdad, un puerto propiamente dicho, y Plinio la llama la menos abordable de las islas, *omnium importuosissima*<sup>(2)</sup>. Es una montaña de diez leguas de circuito en su base, bastante poblada de árboles en sus pendientes, y cuya cima se eleva á mil seiscientos metros de altura. Homero coloca en su cumbre más alta á Neptuno, quien quiere seguir de lejos las peripecias de la empeñada batalla bajo los muros de Troya. Los Cabiros, aquellas extrañas divinidades, cuyos nombres no era permitido pronunciar, tuvieron en los bordes de los torrentes que surcan el noroeste de la isla, cerca de la única ciudad cuyas ruinas se han descubierto, templos en que los devotos se hacían iniciar en los misterios. Filippo, padre de Alejandro, y Olimpia, su madre, se contaron entre el número de los que fueron allí, con un ceñidor de púrpura en los riñones, un velo y una corona de olivo en la cabeza, á sentarse, en medio de luces deslumbradoras, en el trono de la iniciación. En el momento en que Pablo pasaba por Samotracia, hacía apenas treinta años que Germánico había estado allí con la intención de hacer como Filippo. Un presagio se lo impidió. No es probable que el Apóstol se inquietase por tan ridículas supersticiones, ni por la trinidad fantástica que se había disfrazado bajo el culto de los dioses Cabiros. El barco hizo allí su parada nocturna, y al día siguiente, al rayar el alba, con viento siempre propicio, emprendieron la marcha franqueando, con la rapidez de la vispera, una distancia todavía mayor. Pronto dejaron atrás á Tasos y entraron en aguas de Europa, desembarcando en Neápolis, puerto situado en el extremo oriental de Macedonia.

(1) La expresión *εὐθυδρομήσαμεν*, que es un neologismo, indica muy bien este rápido curso. Un barco de vapor emplea ocho horas de Tenedos á Samotracia, y la falúa á que habían subido no empleó más que un día. Seguramente que entonces debían correr los días largos del año. En otra circunstancia (*Hechos*, XX, 6), fué preciso mucho más tiempo para hacer el mismo trayecto en sentido inverso, y se emplearon cinco días de Neápolis á Tróade.

(2) *Lib.*, IV, 23.

## SECCIÓN II

### EL EVANGELIO EN EUROPA

## CAPÍTULO PRIMERO

### Predicación del Evangelio en Filipos

El puerto de Neápolis.—En el camino de Filipos.—La ciudad de Filipos, colonia romana.—Un auditorio de mujeres.—Lidia, la creyente.—La esclava poseída del demonio que predecía el porvenir.—Su curación.—Violento disgusto de sus amos.—Pablo y Silas azotados y puestos en prisión.—Signo del cielo y conversión del carcelero.—Los duumvros dan excusas á los dos cautivos, ciudadanos romanos, y les ruegan que se alejen de Filipos. (*Hechos*, XVI, 11-40.)

Neápolis, donde Pablo abordó, es con toda certeza la Cavalla moderna. Su antiguo nombre fué transformado por los emperadores bizantinos en el de Cristópolis, porque, por ella, Cristo había hecho su entrada en Europa. Más tarde, Cristópolis se convirtió, en lengua románica, en Cavalla, ó la ciudad de los caballos de parada. A pesar de esta variedad de denominaciones, la identidad del lugar es incontrovertible, é injustamente se ha pretendido buscar á Neápolis en Leutero ó Eski-Cavalla, otra parada de posta, á dieciocho kilómetros hacia poniente<sup>(1)</sup>. El viejo puerto en que desembarcaron los predicadores del Evangelio es verdaderamente el en que se abrigan todavía los navíos mercantes que trafican con Macedonia. Antiguamente, como hoy día y en el mismo recinto, ya que las murallas reconstruídas por los turcos fueron levantadas sobre

---

(1) Véase *Notre Voyage aux Sept Églises*, p. 272.

fundamentos de la época romana, la ciudad se escalonaba sobre la alta roca oblonga que abriga la rada contra los vientos del sureste. En el lugar del castillo, que domina aquellos edificios en forma de anfiteatro, estuvo el templo de Diana, bastante semejante al de Minerva en el cabo Sunio. Se le llamaba el Partenón, y se ha hallado no lejos de allí una inscripción en honor de Apolófanes, guardián de dicho templo y de su matadero. El gracioso acueducto que desarrolla su doble hilera de arcadas al fondo del paisaje, es seguramente obra turca, pero establecido sobre una construcción romana tal vez contemporánea de San Pablo. Así como el Pireo era el puerto de Atenas, Cencreas el de Corinto y Seleucia el de Antioquía, Neápolis, aun siendo hasta Vespasiano <sup>(1)</sup> ciudad de Tracia, fué el puerto de Filipos. Puede asimismo decirse, según las inscripciones recientemente descubiertas, que las dos ciudades, si bien á catorce kilómetros <sup>(2)</sup> una de otra, acabaron por formar una sola. Los personajes que desempeñaban funciones públicas en Filipos, tenían su sepultura en Neápolis. En todo caso, Neápolis era el punto del litoral en que tocaba una de las grandes vías romanas que surcaban el imperio y ofrecían una seguridad particular á los viajeros. Ésta, partiendo de Dirraquio, atravesaba á Iliria, Macedonia y Tracia. Con razón ó sin ella, se la llama hoy día la vía Ignaciana.

Los predicadores del Evangelio, á fin de conformarse exactamente con la orden recibida de ir á Macedonia, no quisieron quedarse en una ciudad que todavía no formaba parte de ella. Penetraron por la vía imperial que, á lo largo de precipicios abruptos, serpenteaba, en el flanco de la montaña, hacia el noroeste. Llegados á 600 metros de altura, franquearon la colina del Simbolón <sup>(3)</sup> y se encontraron en una estrecha llanura cuyas tierras rojizas crían

(1) Bajo Vespasiano fué unida á Macedonia. Suetonio, *Vespas.*, 8.

(2) El *Pèlerin de Bordeaux* dice que entre Neápolis y Filipos hay diez millas.

(3) Hemos descubierto restos considerables de esta vía, hace ya mucho tiempo desfondada é impracticable.

hermosas cosechas. Está limitada al sur por pantanos, más allá de los cuales se levantan los picos abruptos y nevados del Pangeo, y al norte por los últimos contrafuertes del Hemo, uno de los cuales avanza en forma de pequeño promontorio en medio de la oblonga llanura. Sobre esta colina, llamada Dionisio Lofos, y en su vertiente meridional, estuvo la ciudad de Filipos. Allí, cien años antes, Roma había visto sucumbir con Casio y Bruto la causa de la libertad.

Desde la cumbre del Simbolón, los misioneros del Evangelio pudieron divisar el doble cerro redondeado y llano en que se había apoyado, para dar la batalla, el ejército de Casio. Descendieron rápidamente á la llanura, porque la vía romana no seguía los recodos descritos por la vía actual. No sin alguna emoción debían decirse que allí donde la antigua libertad de un pueblo grande había perecido, á los golpes de ambiciosos triumviros, iban ellos á hacer surgir otra nueva, independiente de las combinaciones políticas y de las luchas de la humanidad, la imperecedera libertad de los hijos de Dios. Alcanzaron pronto una magnífica fuente que debió ser, en todo tiempo, un sitio muy frecuentado. Poco después, la vía Ignaciana, cercada de tumbas, algunas de las cuales todavía subsisten, franqueaba un torrente ordinariamente seco y llegaba á la misma ciudad, que dividía convertida en calle principal, como con frecuencia sucedía en las grandes ciudades de Oriente, en Tesalónica, por ejemplo. Hemos hallado vestigios de dicha calle debajo del teatro, cuya *cavea* aún subsiste, al pie de grandes piedras talladas, que adornaban, acá y allá, entre figuras negligentemente trabajadas, pero recordando la elegante facilidad del arte griego, estatuitas colocadas en los nichos. Léense en ellos inscripciones, casi todas en latín, en que los nombres de Crescencio, Segundo, Trófimo, Aristóbulo, Pudente, Urbano, Clemente, recuerdan la mayor parte de los que se encuentran en las Epístolas de Pablo. La puerta por la que los misioneros entraron en la ciudad debía llamarse la puerta de Neápo-

lis, y es ciertamente aquella cuyo verdadero lugar está todavía señalado por una vuelta del ángulo del muro helénico, al sureste del teatro. Filipos, dice San Lucas, era la primera ciudad del distrito de Macedonia que se encontraba en el camino de los predicadores<sup>(1)</sup>, puesto que Neápolis, como ya hemos hecho notar, pertenecía aún á Tracia. Allí debían quedarse, ya que estaban en las tierras á que Dios les había prescrito que se dirigieran. Era también, añade el autor del libro de los Hechos, una colonia, como si quisiese indicar con ello que el Evangelio iba por fin á empezar la conquista del mundo romano. Dichas colonias, diseminadas por todas las provincias del imperio, se componían de veteranos, ligados al suelo como colonos, pero armados, á fin de tener en jaque á los pueblos conquistados. Cicerón los llamaba *propugnacula imperii*. Un plebiscito ó un senadoconsulto las establecía, y se tomaba posesión de ellas con las insignias desplegadas, bajo el mando de jefes calificados de duumvros. Las monedas que tenemos de Filipos demuestran que esta colonia había sido fundada por Augusto<sup>(2)</sup> en recuerdo de la derrota de los conjurados. Este había acantonado en ella una parte de los soldados de Antonio después de la batalla de Accio, y le había conferido el privilegio del *Jus italicum*<sup>(3)</sup>, asimilándola así á una tierra italiana, exenta de impuestos, y autorizada á reproducir en proporción menor, en aquel país, la vida social y administrativa de la madre patria<sup>(4)</sup>.

(1) Este es el sentido más natural de un pasaje que los intérpretes han torturado inútilmente. Hacer decir á San Lucas que Filipos era la capital, ya de toda Macedonia, ya de la Macedonia primera, es hacerle cometer una evidente inexactitud, porque la capital de toda Macedonia era Tesalónica, y la de la Macedonia primera, mientras se mantuvo la separación establecida por Pablo Emilio, fué Amfípolis. (Tito Livio, LXV, 29).

(2) Léese en ellas: *Colonia Augusta Julia Philippensis*. Subsisten todavía monedas de esta colonia acuñadas bajo el reinado de Claudio, y que, por consiguiente, habían tenido curso en tiempos de la predicación de Pablo en Filipos.

(3) Dion Casio, LI, 4; Plinio *H. N.*, IV, 18; *Digesto*, 4, XV, 6.

(4) *Gal.*, XVI, 13, dice de esas colonias: «Populi romani quasi effigies

Esto era para Pablo una buena y primera ocasión de ver de cerca, con sus virtudes y sus vicios característicos, á aquel pueblo romano que, después de haber conseguido la conquista del mundo, debía convertirse en conquista del Evangelio. En toda colonia no había en realidad más que un tercio de romanos; el resto se componía de indígenas; pero dicho tercio era la clase directora, la burguesía, los señores. Filipos ofrecía de particular que los veteranos habían importado en ella la lengua y la religión de Roma. Hablábase el latín lo mismo que el griego, y paralelamente á Baco de Tracia, ó á Luno de Frigia, se honraba en ella, como lo prueban las inscripciones que hemos descubierto al lado del teatro, al dios Silvano, aquel guardián de los bosques y de los campos <sup>(1)</sup>, tan celebrado por los poetas de Roma y honrado por los agricultores de Italia. La llanura; terminada al sur por un ancho pantano, estaba, de antiguamente como hoy día, surcada de numerosos arroyos. Sabido es que Filipos primitivamente se llamaba Crenides, á causa de las numerosas fuentes que brotaban de la montaña en que estaba situada <sup>(2)</sup>. Antes de perderse en el pantano, bajo álamos, sauces y temblones, aquellas aguas, que hoy en parte han sido canalizadas, riegan ricas praderas y jardines en los que la vegetación es incomparablemente bella. Era aquello un verdadero paraíso para los veteranos romanos, deseosos, como los grandes hombres de la república, de guiar el arado después de haber empuñado la espada, ó bien orgullosos, como los emperadores desengañados, de plantar coles esperando la muerte.

Pablo debió sentirse impresionado de lo que había de serio, enérgico, honrado en aquellas poblaciones de un temperamento totalmente nuevo para él. Pues si las otras ciudades que había visitado, Tróade, por ejemplo, eran colo-

---

parva. » La colonia de Filipos se atribuía el título de *Respublica Philipensis*, como se ve en la estela de Secundilla y en otras.

(1) Virgilio *Æn.*, VIII, 600; Horacio, *Epod.*, II, 22; Catón, *de Re rustica*; 83. Comp. Orelli; *Inscrip. Lat.*, n.º 1800.

(2) El autor se refiere á la etimología *κρήνη*, *fuerente*, *manantial*.—Nota del T.

nias romanas sin romanos, aquí ocurría lo contrario; y esto es probablemente lo que quiso decir San Lucas al hacer observar que Filipos era una colonia. El indicio de que Pablo quedó un tanto sorprendido por aquel ambiente está en que, antes de emprender nada, pasó algunos días estudiando el terreno, y, todavía después de haberlo estudiado, no procedió sino muy tímidamente. Hemos notado que los predicadores del Evangelio no estaban jamás seguros de sí mismos y de sus medios. Sabían que el milagro no estaba regularmente á su servicio, que no disponían de él, y menos estaban las multitudes dispuestas á capitular á la influencia de su palabra. De hecho, se ve que el Apóstol no se lanza aquí en seguida al asalto del paganismo. De buena gana hubiéramos deseado al Evangelio una entrada triunfal en Europa. Tomó pie modestamente, siendo el plan providencial el de llegar á la victoria por los medios más humildes y las conversiones más insignificantes. Además, por todas partes se habían dirigido al elemento judío en las sinagogas; aquí no había, en una ciudad enteramente agrícola y militar, ni sinagoga, ni ambiente judío.

Los predicadores se habían instalado como habían podido, en alguna posada, sin duda. Informados minuciosamente, supieron que algunos personajes devotos, si no ya judíos, á lo menos prosélitos de la puerta, se reunían todos los sábados cerca de un arroyo, fuera de la ciudad <sup>(1)</sup>, para orar y hacer allí las lustraciones según las

(1) No es fácil hallar hoy día el paraje á que se refiere San Lucas. Nuestro primer pensamiento fué buscarlo en la orilla del Gangites, el arroyo actual de Burnabachi, que tiene origen al noroeste de la colina en que estaba la acrópolis de Filipos, y, corriendo de norte á sur, va á parar á los pantanos. Siguiendo la vía Ignaciana, se llega, en efecto, á un arco de triunfo y al Gangites, cosa que, en realidad, parecería concordar con San Lucas, al decir que se pasaba una puerta y que se alcanzaba el río, *ἐξήλθομεν τῆς πόλεως παρὰ ποταμὸν*. Sin embargo, ninguna ruina cristiana subsiste en este lado, y además distaba demasiado de la ciudad. No puede admitirse que ésta se haya extendido alguna vez por la llanura baja, donde, hacia occidente, Casio y Bruto desplegaron su ejército para dar la batalla. Al contrario, hemos hallado hacia levante, antes de llegar á Filipos, una rica fuente, muy abundante, que brota debajo de la vía Ignaciana. Desagua en seguida en un estanque casi redondo, donde crecen, en medio de soberbios berros, juncos muy semejantes al papiro. Después se precipita en ancho arroyo hacia el pantano, y

prácticas mosaicas. Al día señalado se presentaron allí, y, en un cercado al aire libre, que respondía á los lugares de oración, *proseuje* <sup>(1)</sup>, usados en donde no había sinagoga, encontraron á algunas mujeres. Por superficial é insignificante que pareciese la concurrencia, en manera alguna la juzgaron indigna de oír la Buena Nueva. Estando, pues, sentados entre ellas, se pusieron á hablarles. La prodigiosa naturaleza de Pablo se adaptaba á todos los auditorios. Con un tono muy diferente, discurrió aquí con tanto éxito como en Jerusalén ó en el Areópago. Se ve, según el texto de San Lucas, que sus compañeros se ejercitaron también en el ministerio de la palabra. Uno de ellos, Timoteo, podía tener un argumento particular para hacerlo valer ante aquellas mujeres ya conmovidas por los discursos del principal misionero: el ejemplo de su madre y de su abuela convertidas en discípulas del Evangelio. Sea de ello lo que fuere, el historiador hace constar que la palabra de Pablo fué la que produjo más viva impresión en la asamblea y muy particularmente en una mujer de Lidia <sup>(2)</sup>, á

en su curso hace girar las muelas de un molino. El sitio de esta fuente es de los más pintorescos, en medio de árboles, en la bifurcación del camino. Aquí hacen alto los viajeros. De aquí partía la línea de tumbas que terminaba en la puerta oriental de Filipos. La de Vibio todavía subsiste, muy maltratada por los campesinos, que rascan el polvo de ella para darlo á las nodrizas que no tienen leche. En un montecillo vecino á la fuente, hubo una antigua Iglesia, y las pinturas que en ella se veían apenas hace treinta años revelaban que había sido erigido este oratorio en honor de San Pablo. La existencia de un santuario en este lugar parece consagrar un sitio tradicional, y todo induce á creer que éste fué el de la *proseuje*. La expresión *παρά ποταμὸν* no debe tomarse á la letra; de lo contrario sería indispensable, como algunos lo han hecho, ir á buscar, para conformarse plenamente con ella, el Estrimón, á una jornada de Filipos. El autor quiere indicar uno de los pequeños arroyos que había alrededor de la ciudad.

(1) Esta palabra griega que significa oración, había pasado al latín para indicar los oratorios judíos al aire libre: «Ede ubi consistas; in quá te quero proseuchá?», dice Juvenal, III, 296. El decreto de Halcarnasio autorizaba á los judíos para erigir lugares de oración *προσευχάς*, á orillas del mar, según costumbre nacional. V. Josefo, *Ant.*, XIV, 10, 23. Juvenal, *Sat.*, III, 11, señala la costumbre por la que ellos se reunían cerca de la fuente y en el bosque sagrado de la ninfa Egeria, á la otra parte de la puerta Capena. Tertuliano menciona también esta práctica judía, *de Jejun.*, XVI, y *ad Nationes*, I, 13, en que llama á las oraciones hechas á orillas del agua *orationes littorales*.

(2) Es singularmente notable que el Apóstol, habiéndole prohibido el Es-

la que el Señor, mediante su gracia, abrió el corazón, disponiéndola á aceptar generosamente la Buena Nueva.

Aquella mujer era de Tiatira, antigua colonia macedónica <sup>(1)</sup>, que siempre había mantenido relaciones comerciales con la madre patria. De aquí que los habitantes de Tiatira fuesen á vender <sup>(2)</sup> á los habitantes de Filipos telas encarnadas, una de las producciones más famosas <sup>(3)</sup> de su país y más apreciadas de los macedonios como de los griegos. Los *tarbuchs* de Tiatira son todavía los más vivos de color y los más buscados en los bazares de Esmirna. Llamábase Lidia, nombre muy extendido <sup>(4)</sup>, ya que se daba á la mayor parte de las mujeres que procedían de orillas del Hermo. Dotada de felices disposiciones y no dejándose absorber por las vulgaridades de la vida, parecía haber abrigado inquietudes más hondas que su comercio, porque antes de oír á Pablo, probablemente á consecuencia de las relaciones con los judíos que le habían hablado del verdadero Dios, había renunciado al paganismo para convertirse en prosélita de la puerta. Al escuchar la Buena Nueva, fué subyugada por el ideal religioso que se le proponía, y, del mismo modo que había dejado la idolatría por el monoteísmo judío, dejó el judaísmo para unirse á Jesús, el único Mediador por quien el hombre debe salvarse. Dios había abierto su corazón, y el corazón había dado su asentimiento, como dice San Crisóstomo: tal es la

---

píritu Santo predicar en Lidia, empieza por convertir una lidiense en aquel país de Macedonia, adonde la inspiración de Dios le había enviado.

(1) Estrabón, XIII, 4, 4.

(2) Un fragmento de una inscripción descubierta por M. Henzey en Filipos, *Mission archeól.*, números 9, 28, y en que se lee... RPVRARI, prueba que había en ella fabricantes ó comerciantes de púrpura.

(3) Hemos visto en Tiatira el éxito con que se tiñe de rojo los filtros que han de servir á los *tarbuchs*. Las aguas del país tienen probablemente una propiedad especial para hacer valer el color escarlata. Se han hallado inscripciones mencionando la corporación de tintoreros, *oi βαφεῖς*, entre los raros restos de la antigua Tiatira. La nueva ciudad, muy graciosa de aspecto, en medio de dilatada llanura, ejerce todavía las mismas industrias que antiguamente. Teñir telas y adobar cueros, tal es la ocupación de cuantos no se dedican á la agricultura ó al comercio. V. *Nôtre Voyage aux Sept Eglises*, p. 237.

(4) Horacio, *Od.*, I, 8; III, 9; VI, 20; Marcial, XI, 103.

parte de lo divino y de lo humano en el acto de la fe. Esas almas armoniosas y ardientes no admiten términos medios para dirigirse al bien. ¿Pidió inmediatamente Lidia el bautismo, y, en el arroyo en cuya orilla estaban, fué incorporada oficialmente al reino de Dios? En todo caso, el texto supone que, en la *proseuje*, ó en su casa, recibió el bautismo y lo hizo administrar á los suyos, como conclusión de los discursos de Pablo. Como que no se hace mención de su marido, generalmente se ha supuesto que era viuda. Tal vez también, hablando exactamente, no tenía familia propiamente dicha, y, por los suyos ó los de *su casa*, el historiador quiere simplemente designar á sus esclavos, á sus sirvientes, á la gente que empleaba para su comercio. En cuanto fué señalada de este modo con el signo de Jesucristo, dijo á los predicadores del Evangelio: «Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, entrad en mi casa y posad.» Pablo y sus compañeros se habían alojado á sus expensas, donde habían podido. El nuevo prosélito no permite que desde ahora vayan á otra parte que no sea su casa. No reconocer públicamente el beneficio que acaba de recibir, sería dejar flotar la duda sobre la sinceridad de su transformación religiosa. Pertenece á la Iglesia, por lo cual entiende que le corresponden las cargas como el honor. Lo que hay en ella es para los hombres de Dios. Ha recibido de ella los bienes de la vida futura, justo es que ella dé los de la vida presente.

Las almas hermosas son generalmente demostrativas<sup>(1)</sup> y persuasivas. Lidia hizo á los misioneros una santa violencia, y se rindieron á sus deseos. Esto era, por otra parte, un medio de constituir, sin tardanza, en casa de ella, una pequeña Iglesia, un núcleo cristiano, con reuniones edificantes, reglas de vida, una influencia y un poder de irradiación, tal como lo creaba Pablo por donde pasaba. Sabemos por sus Epístolas el lugar que estas iglesias de

---

(1) Véase *Nôtre Voyage aux Pays Bibliques*, t. II, p. 260.

familia, estas comunidades privadas, ocupaban en sus inquietudes. Fueron un elemento de atracción muy poderoso. Las pequeñas asociaciones han sido siempre más activas, más emprendedoras, más animosas, que las grandes. A los pocos días, veremos cómo la Iglesia de la casa de Lidia se desarrolla considerablemente por reclutas, no ya sólo mujeres, Erodia, Sintica, sino también hombres, Epafrodita, Clemente, y otros cuyos nombres fueron escritos en el libro de la vida <sup>(1)</sup>. Pablo, antes de abandonar á Filipos, irá á consolar á los hermanos y á excitarlos á la perseverancia.

Las reuniones generales de la pequeña Iglesia parece que se celebraron semanalmente en la *proseuje*, á orillas del agua, sin que el formalismo judío, ese perpetuo adversario de la Iglesia, hubiese intentado perturbar la dichosa influencia de los predicadores. La razón consiste en que muy probablemente no había judíos en Filipos. Mas, consistiendo la suerte de la nueva religión en hallar contradictores en todas partes, y crecer entre obstáculos, sus apóstoles no debían tardar en sufrir otras persecuciones.

En efecto, un incidente fortuito puso, poco después <sup>(2)</sup>, á Pablo y á Silas en lucha con el fanatismo pagano, fanatismo tanto más temible cuanto era lento en alarmarse, y la intervención de los magistrados romanos se mostraba siempre dura y sin consideraciones. En Filipos comenzó, para Pablo, la lucha que debía acabar en Roma bajo la espada de Nerón, y para la Iglesia, la serie de persecuciones que debían durar tres siglos.

Al dirigirse al lugar de la oración, los Apóstoles encontraban regularmente en su camino, sin duda porque pasaban por delante de la casa en que ella habitaba, una sir-

(1) *Filip.*, II, 25; IV, 2, 3.

(2) El texto no precisa el intervalo que medió entre la conversión de Lidia y ese incidente. Pudo ser considerable, aunque la separación no esté muy señalada en el relato. Así, es evidente que después del bautismo de Lidia hay que colocar la instalación de los Apóstoles en casa de esta mujer, *καὶ παρεβιάσατο ἡμᾶς*. ¡Cuánto tiempo duró esa permanencia en su casa? Lo ignoramos. Lo que hay de cierto es que el vers., 16, con su fórmula *ἐγένετο δέ*, se propone pasar á nuevos acontecimientos escalonados en un intervalo de muchos días, vers. 18.

vienta, poseída de un espíritu que, según se creía, le comunicaba la facultad de ver en el porvenir. Esto producía mucho dinero á sus amos, pues, en todo tiempo, ha habido gentes crédulas y curiosas que hacen la fortuna de los que se dedican á decir la buena ventura. El estado de aquella pobre joven no consistía precisamente, como algunos han imaginado, en el de una ventrílocua engañando á los transeuntes y haciéndoles oír, como desde lejos, simulando llegar del otro mundo, las contestaciones á las preguntas formuladas <sup>(1)</sup>. Realmente estaba poseída del demonio, y sin duda sometida á intermitencias de exaltación moral en las que se creía autorizada á predecir el porvenir. En el mundo griego, se suponía á estas gentes bajo la influencia ordinaria de Apolo Pitón <sup>(2)</sup>, y la calificación de que se sirve San Lucas es muy exacta. Sea que, habiendo oído la predicación de Pablo, hubiese concebido la esperanza de ser librada del espíritu que la obsesionaba convirtiéndose en cristiana, sea que el demonio, de quien era víctima, la obligase á denunciar la obra de los predicadores al odio de los paganos, obstinábase ella en seguirlos gritando: «¡Estos hombres son siervos del Dios Alto, los cuales os anuncian el camino de la salvación!» Las expresiones *servidores del Dios Alto* y *camino de la salvación* entraban tan exacta-

(1) En efecto, algunos, según San Agustín, *de Civit. Dei.*, II, 23, han pretendido ver una ventrílocua en esta joven. Pero mientras los ventrílocuos, obligados á ahogar la voz cuando sale de la laringe por una espiración lenta, no pueden hacerse oír sino en un lugar en que reine el silencio, la jovencita parecía haber gritado con un lenguaje plenamente articulado detrás de Pablo y sus compañeros, en medio de la calle. Los ventrílocuos hablan inmóviles, de pie ó echados, á fin de cambiar mejor el sonido de la voz por la contracción de los músculos del vientre, pecho y cuello; la esclava corría detrás de los Apóstoles y pronunciaba probablemente sus oráculos en la plaza pública, allí donde quería.

(2) Dice, en efecto, que tenía un espíritu Pitón, πνεῦμα Πιθωνα. Pitón era el nombre de la terrible serpiente que Apolo había matado, y este nombre había pasado ya al mismo dios, ya á Delfos, donde el dios era venerado. De modo que la sacerdotisa de Apolo, la que daba los oráculos, se llamaba Pitia ó Pitonisa, porque se suponía que Apolo Pitón ó Pitónico la inspiraba. De ahí á llamar Pitones, ó inspirados por Apolo, á los adivinos, no hubo más que un paso. Y, una vez aceptada esa denominación, se extendió á los simples decidores de la buena ventura: τοὺς ἐγγαστριμύθους Ἐυρυκλέας πάλαι, νυνὶ Πιθωνας προσαγορευόμενοι, dice Plutarco, *De Orac. defec.*, 2.

mente en la nota del lenguaje apostólico, que es preciso explicarlas, bien por la influencia satánica, bien por las continuas relaciones de la criada con los miembros de la reducida Iglesia. Es muy cierto que en el Evangelio los testimonios rendidos á Jesús por los endemoniados son de ordinario muy correctos <sup>(1)</sup>, aunque casi siempre dictados por una intención malvada. Sin embargo, ¿no es lo más natural suponer que la infeliz pitonisa, por tanto tiempo atormentada del demonio y cansada de verse explotada por sus amos, hablase de esta manera para pedir su libertad? Pablo, dice el historiador sagrado, soportando con pena las aclamaciones obstinadas de aquella mujer, tuvo un sentimiento de piedad para con ella, si realmente era suplicante, ó de indignación <sup>(2)</sup> contra el espíritu que la obligaba á denunciar á los paganos la obra de los Apóstoles, si hablaba por malicia. Volvióse hacia ella y, reconociendo la acción de Satanás allí donde los paganos veían una influencia de Apolo, dijo al demonio: «Yo te mando en nombre de Jesucristo, que salgas de esta muchacha.» Y al punto salió el espíritu. ¿No había prometido Jesús que sus discípulos echarían los demonios en su nombre <sup>(3)</sup>?

La esclava, librada milagrosamente, sin duda dió gracias á sus bienhechores, pero no sucedió lo mismo con sus amos, quienes, por el mismo hecho, perdieron un elemento de considerable ganancia. Cuando están comprometidos los intereses materiales, la brutalidad del hombre grosero no conoce medida. Furiosos, cogieron á Pablo y Silas <sup>(4)</sup>, como responsables de lo que acababa de acontecer, y habiéndolos arrastrado hasta el ágora <sup>(5)</sup>, los presentaron á la au-

(1) *Mat.*, VIII, 29; *Marc.*, III, 11; *Luc.*, VIII, 28.

(2) La expresión *διαπονηθείς* se presta á los dos sentidos.

(3) *Marc.*, XVI, 17.

(4) Se pregunta por qué Lucas y Timoteo no se hallaban metidos en el litigio. Primeramente porque podían no estar con Pablo en el momento en que exorcizó á la posesa; además, hay el derecho de suponer que no se juzgó útil mezclar en el asunto á Lucas, porque se vió que no era judío, y á Timoteo, porque era joven.

(5) El ágora debía estar inmediatamente debajo del teatro, á la otra

toridad pública, diciendo á los duumviros, á quienes pomposamente se calificaba de pretores (1): «Estos hombres alborotan nuestra ciudad, son judíos; y quieren introducir una manera de vida, que no nos es lícito abrazar, ni practicar, siendo como somos romanos.» De este modo, no sin alguna habilidad, poniendo por delante la utilidad pública, cuando no se discutía sino su utilidad privada, disimulaban el verdadero motivo, cual era la liberación de la esclava, para alegar otro totalmente inesperado, la propaganda religiosa. La ley romana no había previsto el caso de la depreciación que un exorcismo pudiese hacer sufrir á una esclava, pero se encontraba armada contra toda religión nueva que quisiera introducirse en un centro romano. Tal era aquí el caso. Augusto y Tiberio, según Suetonio (2), habíanse honrado practicando exclusivamente la religión de sus antepasados y rechazando enérgicamente los nuevos cultos. Los magistrados de las colonias romanas nada mejor podían hacer que imitar tan bellos ejemplos.

En Roma, como en todo el Imperio, había, sin embargo, de particular en favor de los judíos, que se les permitía practicar su culto ó también hacer prosélitos, á condición de no ejercer su proselitismo sino con respecto á quienes no eran romanos. Su celo debía saber limitarse. Así, pues, pretender circuncidar á un ciudadano romano, hubiese

---

parte de la calle formada por la vía Ignaciana, en la dirección de las columnas que todavía hemos visto en pie y que los campesinos llaman Dírékler.

(1) Estos duumviros eran los dos primeros magistrados de la colonia, como los dos cónsules de Roma lo eran del imperio. Cicerón nos enseña, de *Leg. Agr.*, XXXIV, que algunas veces, como en Capua, se daban ellos mismos el título de pretores: «Duumviri se Praetores appellari volebant.» Con el termino *στρατηγός*, empleado por San Lucas, designábase, no sólo á los que mandaban tropas, sino también á los magistrados que administraban justicia. Demóstenes, *pro Cor.*, distingue el *στρατηγός* ó *ἐπὶ τῶν ἑπλων*, ó pretor militar, del que es *ἐπὶ τῆς διοικήσεως*, el pretor urbano. Todavía, en el sur de Italia y en Sicilia, es decir, en la antigua Magna Grecia, hemos oído llamar al alcalde del pueblo *stradigo*.

(2) *Aug.*, 93; *Tib.*, 36. Dion Casio, lib. 52, nos ha conservado los consejos que á Augusto daba Mecenas en este sentido: «Honra á la divinidad—le decía,—según las leyes del imperio, de toda manera y siempre; obliga á los demás á honrarlas; y si alguien quiere introducir un culto extranjero, sé su enemigo y castígale, *ξενίζοντάς τι περὶ αὐτὸ καὶ μίστει, καὶ κόλαζε.*»

sido exponerse á los más severos castigos. En el presente caso, hay ya una primera sinrazón, la de confundir á los cristianos, los hombres de la idea y del espíritu, con los judíos, los hombres de la forma y de la letra; en segundo lugar, se miente, diciendo que alborotan la ciudad, pues esas buenas gentes, yendo á predicar á la *pro-seuje*, ó reuniéndose en casa de Lidia, no parecían que fueran perturbadores públicos. Esto supuesto, dicen verdad alegando que predicán cosas nuevas, y que su doctrina empieza á decentar el alma del pueblo. En todo caso, la afectación con que ellos oponen los provocadores, los judíos, la raza absolutamente despreciable, á los provocados, los romanos, al pueblo rey, siempre celoso de sus tradiciones y de su prestigio, es una habilidad muy positiva, que debía producir su resultado. En efecto, la multitud, cuya patriotería nacional se excitaba, no aguardó la apreciación de los jueces, ni tampoco una más larga instrucción del proceso. Echóse desapiadada sobre los acusados. Los duumvros, perdiendo la cabeza ante el motín, y viendo que se trataba de judíos, gente sin consideración, con quienes no debía contarse, ordenaron que se despojase violentamente á los Apóstoles de sus vestidos y que se les diese de palos. Estas ejecuciones sumarias eran la solución más común que imaginaban los magistrados en todas las causas por motín, cuando los acusados no eran ciudadanos del imperio. Con una palabra <sup>(1)</sup>, mandaban á los lictores coger, desnudar desgarrando los vestidos, y azotar á los culpables. Pablo y Silas, atados por las manos al poste, casi desnudos, sufrieron la flagelación <sup>(2)</sup> sin prevalerse del título de ciudadanos romanos. ¿No había podido hacerse oír en medio del tumulto del motín su voz? La rapidez del proceso, la violencia de los golpes ¿habían im-

(1) La fórmula consagrada era: *Summovete, lictores, despoliate, verberate*. Véase Tito Livio, II, 8; Valer. Max., II, 28.

(2) En *II Cor.*, XI, 25, Pablo dirá que tres veces ha sido azotado con varas. ¿En qué circunstancias tuvieron lugar las otras dos? Lo ignoramos, como otros tantos incidentes de su vida apostólica. A buen seguro que lo que se nos ha conservado es casi nada al lado de lo que nos falta.

pedido sus protestas? Es muy posible. ¿Entrañaba un goce sobrenatural para ellos el inaugurar su apostolado en Europa con sangre para asemejarse á Jesús azotado con varas? El gozo con que dieron gracias á Dios por su suplicio, hace probable esta suposición. En cuanto se les hubo magullado de este modo, los metieron en prisión, encargando al carcelero que los tuviera en lugar seguro. Encerroselos, pues, no en la prisión ordinaria, en la que, como no es raro observar en Oriente, los condenados pueden ver á los transeuntes y conversar con ellos á través de los barrotes, sino en un lugar de reclusión interior, dice el historiador, probablemente en algún calabozo subterráneo (1). Para mejor asegurar á los prisioneros, les pusieron cepos, es decir, se sujetó sus pies en una pieza de madera con dos agujeros (2), tal como todavía se ve en los calabozos de Constantinopla. La pieza abierta por medio se cierra con un tornillo en cada extremo, y sin herirlas, apretándolas por los tobillos, retiene las piernas del condenado. Esta inamovilidad forzada se convierte en tortura para el prisionero y en seguridad para el guardián. Algunas veces sucedía que calambres muy dolorosos arrancaban gritos á los pacientes. Pero en nuestro caso el suplicio era tanto más cruel cuanto venía después de una flagelación sangrienta. Sin embargo, los dos servidores de Jesucristo estaban contentos de sufrir algo por el Maestro. «Cuando el alma está en el cielo—dirá más tarde Tertuliano (3),—la pierna no siente el cepo que la aprieta.» En medio de la noche, no

(1) No que deba pensarse aquí en algo igual á la cárcel Mamertina. Esta serie de pozos superpuestos no se acomodaría á la relación del historiador, en la que se hace notar que las puertas se abrieron. El texto dice: *eis τὴν ἐσωτέραν φύλακην*, para precisar que hay dos clases de prisiones, una más dura que la otra. Hemos comprobado su existencia no sólo en Grecia, Salónica y Neápolis, sino también en Siria y Egipto.

(2) Había cepos de cinco aberturas en que se sujetaba el cuello, brazos y piernas de los presos á fin de impedirles todo movimiento. Aristófanes, *Equit.*, 1046, menciona el *πεντεσύριγγον*. Los romanos llamaban á ese madero *ξύλον, nervus*. «Noctu nervo vinctus custodibitur,» en Plauto, *Captiv.*, 3, 5, 71. V. Terencio, *Phorm.*, 2, 2, 11; Tito Livio, VIII, 28.

(3) «Nihil crus sentit in nervo, quum animus in coelo est.» *Ad Martyres*, c. II.

conteniendo ya su gozo, convirtieron su oración en himno de acción de gracias al Dios que los había juzgado dignos de tributar homenaje al Evangelio. Se pusieron á cantar con santo entusiasmo. En realidad, inauguraban en su prisión la larga serie de persecuciones que, durante tres siglos, la autoridad romana debía hacer sufrir á millares de cristianos. Sus vibrantes voces hacían resonar los ecos de la prisión, y los otros cautivos escuchaban sorprendidos aquellos cánticos de santa y animosa alegría.

De repente tembló la tierra, y por modo tan violento, que los muros de la prisión fueron sacudidos hasta sus fundamentos. Al mismo tiempo, se abrieron las puertas, y las ligaduras de los prisioneros se rompieron. El carcelero, despertando sobresaltado, supuso que los cautivos se habían escapado. Esto era para él la suprema desgracia, ya que en ello le iba la vida y no sin haber sufrido previamente una larga tortura. Loco de desesperación, en lugar de mirar inmediatamente al interior de la prisión, ó mejor, de tal modo turbado que no veía ya nada, su primer pensamiento fué matarse. Verdaderamente, la ley romana aplicaba al carcelero que dejaba escapar á sus prisioneros los suplicios reservados á los evadidos <sup>(1)</sup>. Como que el suicidio en aquellos tiempos <sup>(2)</sup> era el recurso ordinario de los desgraciados, el viejo soldado, encontrándose, á su pesar, infel á la consigna, quería acabar de un golpe echándose sobre su espada, cuando, desde el fondo de la prisión, una voz tranquilizadora le detuvo. Era la de Pablo, que, viendo ó comprendiendo su desesperación, le gritaba: «No te hagas ningún daño, que todos estamos aquí.» Él y Silas no tenían ningún interés en marcharse, y los demás, aterrorizados por el temblor de tierra, ni menos pensaban en ello. El carcelero, habiendo hecho traer luz al instante, penetró en el oscuro reducto, y allí, reconociendo en lo que había pasado un signo del cielo, cayó á los pies de los dos prisioneros. Veía en ellos á los amigos de

(1) Véase Dig., *De custodia et exhibitione reorum*, XLVIII, III, 12 y 16.

(2) Séneca, *de Prov.*, II, 6; *Ep.*, 58; Cicer., *de Fin.*, I, 15.

la divinidad. Sin duda, se excusó lo mejor que pudo de haber sido el verdugo de hombres virtuosos, y, conduciéndolos fuera del calabozo, les dijo: «Señores, ¿qué debo hacer para salvarme?» La poca diligencia que pusieron los dos prisioneros en huir, el amor que al parecer tenían al sufrimiento, la bondad que le habían testimoniado impidiéndole que se desesperara, como también la amistad del cielo, de que visiblemente gozaban, acabaron por demostrar al guardia lo que, desde algunos días, oía decir, lo que gritaba la sirvienta exorcizada, lo que Lidia y los suyos repetían en voz baja. Para él, como para todos los nuevos discípulos del Evangelio, aquellos hombres eran los servidores del supremo Dios, anunciaban el camino de la salvación. Pablo y Silas, entendieron en este sentido, el único razonable, la pregunta del carcelero y le dijeron: «Cree en el Señor Jesús y te salvarás tú y tu familia.» Después empezaron á exponer á él y á los suyos la palabra del Señor.

Como la gracia de Dios trabajó el alma de aquellos neófitos imprevistos, se asimilaron pronto, á lo menos en sus grandes líneas, la redención por Jesucristo. Ya que el bautismo era la puerta de la salvación, desearon recibirlo, y, sin retardarlo más, en aquella misma hora de la noche, fueron todos juntos á la fuente ó piscina que se halla en el patio de todas las casas orientales, por poco abundante que sea el agua en el país. Allí, viendo que los que iban á iniciarle en la vida sobrenatural estaba todavía cubiertos de la sangre de la flagelación, rogó al carcelero que le permitieran lavar sus heridas. Tan sólo después de esto consintió que, junto con todos los suyos, fuese lavado del pecado por el bautismo. ¡Qué animada y deliciosa narración nos ha bosquejado San Lucas de un incidente en el cual, después de los sufrimientos de los Apóstoles, tanto resplandecía la gloria de Dios! El nuevo cristiano hizo subir <sup>(1)</sup> á los dos presos

(1) El participio *ἀναγαγών* supone que la casa del carcelero estaba encima, no sólo del calabozo, sino también del patio en que se hallaba la fuente. Más de una vez, mirando los cuatro pilares de mármol dorados por el sol que se levantan en la llanura de Filipos, me ha venido al pensamiento que tal vez formaron parte del tribunal en que Pablo y Silas fueron

á su casa, y en ella, disponiendo la mesa, les sirvió de comer, en medio del gozo de todos los suyos, que se mostraban satisfechos de creer en Dios y de saber que estaban en el camino de la salvación.

Á primeras horas del día, los duumviros, inquietos por lo que había pasado, pues el temblor de tierra había debido parecer á todos un signo de la cólera del cielo, se informaron más exactamente de las causas del motín al cual habían cedido. Avergonzados de haber dado, en su precipitación, á un agravio absolutamente personal y miserable las proporciones de un crimen de Estado, enviaron los lictores, los mismos que habían apaleado á los dos Apóstoles, á decir al carcelero: «Poned esos hombres en libertad.» Éste, rogándoles que le siguiesen, fué á transmitir á Pablo y Silas la orden que traían. «Salid, pues—añadió,—é idos en paz.» Pablo pareció insensible á esta buena noticia. Quería enseñar á los mártires de las edades futuras que, al aceptar las humillaciones, el servidor de Jesucristo no deja de estar autorizado á conocer su dignidad, y que, pasada la hora de la abnegación en el sufrimiento, hay lugar para una enérgica reivindicación del derecho en la justicia. «¿Cómo?—exclamó.—¿Después de habernos azotado públicamente, sin oirnos en juicio, siendo ciudadanos romanos <sup>(1)</sup> nos metieron en la cárcel, y ahora salen con soltarnos en secreto? No ha de ser así, sino que han de venir los magistrados, y soltarnos ellos

---

azotados y de la prisión en que fueron encerrados. Realmente, aquellos pilares señalan los cuatro ángulos de un patio interior que podría muy bien haber sido aquel en que el carcelero y los suyos fueron bautizados. Bajo enormes ramilletes de asfódelos yacen las ruinas del edificio que rodeaba este patio. Había en él grandes salas laterales, una galería larga de ocho metros, subterráneos, departamentos superiores, en fin, cuanto debía constituir un palacio de justicia en una ciudad romana. Sería maravilloso que en medio de la ruina absoluta del resto, aquellos viejos pilares macizos, testigos del martirio de los dos Apóstoles, fuesen los únicos que hubiesen quedado en pie. Sobre el arquiteabe, muy ornamentado y de época claramente romana, las cigüeñas han hecho su nido.

(1) Ya hemos notado que Pablo, probablemente por su padre, era ciudadano romano. Por lo que aquí se dice—y no hay motivos para ver en ese pasaje una sinécdoque—Silas también lo era. Además, su nombre de Silvano es totalmente romano.

mismos.» En esta respuesta, enérgica pero serena, cada palabra es una sentencia. Todas las injusticias de los duumvros son puestas de relieve. Se ha castigado á los Apóstoles sin juicio previo, cosa que es un abuso del poder; se les ha azotado no obstante ser ciudadanos romanos, lo que era una especie de sacrilegio. «La ley Porcia—decía Cicerón—proteje contra los azotes los miembros de todo ciudadano romano»<sup>(1)</sup>. El cargar de cadenas debió parecer á todos una mala acción; el azotar, un crimen; el matar, casi un parricidio. El caso era absolutamente grave para los duumvros, porque un ciudadano romano despreciado en sus derechos era el mismo pueblo romano indignamente tratado. La muerte y la confiscación de bienes en provecho del tesoro público, podían ser sus consecuencias<sup>(2)</sup>. Los magistrados, muy contrariados por haberse metido en un asunto tan desagradable, declararán que se han equivocado. Perfectamente. Los prisioneros están dispuestos á aceptar sus excusas, pero que vayan á darlas ellos mismos. Es preciso, en honor del Evangelio, que se sepa en Filipos que, al tratárselos como malhechores, se había obrado injustamente y que así se ha reconocido. La injuria ha sido pública, oficial; es preciso que la reparación también lo sea.

Los lictores fueron á llevar á los magistrados esta respuesta tan inquietante como imprevista. No sólo han violado el derecho de gentes maltratando á hombres irreprochables, sino que han cometido un crimen de lesa majestad contra Roma, haciendo azotar con varas á dos ciudadanos romanos, en la plaza pública de una ciudad romana. Esta segunda queja les pareció sin duda mucho más seria que la primera. Podían hacer poco caso del derecho de gentes, pero el derecho de un ciudadano romano era cosa muy diferente. Los mismos bárbaros respetaban este nombre.

---

(1) *Pro Rabirio*, c. IV. Esta ley promulgada por Valerio Publicola en el año 254 de Roma (Tito Livio, II, 8; Valer Máx., IV, 1, etc), fué completada en el año 506 por Porcio Lecca (Tito Livio, X, 9.)

(2) Véase á Dionisio de Halicarnaso, *Ant. Rom.*, XI. Dion Casio, lib. LX, cuenta como Claudio castigó, privándoles de los derechos de las ciudades libres, á los rodios que habían crucificado á ciudadanos romanos.

Los duumvros se resolvieron sin vacilar. Fueron á la prisión y, habiendo libertado oficialmente á Pablo y á Silas, les pidieron por favor que saliesen de la ciudad á fin de evitar nuevas complicaciones. Para aquellos hábiles magistrados, este era el mejor medio de echar tierra á un proceso que, de haberse enconado, debía hacerlos, ante los ojos de Roma, culpables de un abuso efectivo de poder. Los Apóstoles tuvieron compasión de aquellos pobres magistrados, pero, si bien se conformaban con partir, quisieron tomarse el tiempo suficiente, y marcharse, no como criminales indultados, sino como ciudadanos honrados víctimas de una injusticia. Desde luego se dirigieron á casa de Lidia. En ella encontraron á los hermanos reunidos para aplaudir su energía. Después de haberles dirigido palabras de edificación, partieron, dejándoles á Lucas, y muy probablemente á Timoteo <sup>(1)</sup>, para continuar y afirmar la obra cristiana fundada en Filipos.

---

(1) Con respecto á Timoteo es menos cierto que Lucas, aunque Pablo habla más tarde de él, *Filip.*, II, 19-25, como de uno cuyo celo han experimentado los filipenses. En todo caso no permaneció allí largo tiempo y volvió á juntarse con los dos predicadores en Tesalónica, probablemente para llevarles socorros pecuniarios. Comp. *Hechos*, XVII, 14. En cuanto á Lucas, desde el momento en que cesa de hablar en primera persona del plural, ya no es más testigo ocular de lo que cuenta. Por eso vuelve á ser avaro de detalles. El viaje de Filipos á Tesalónica no tendrá incidente alguno. Lo de Filipos todo fué cuidadosamente anotado: la ciudad era la primera que se encontraba, era colonia romana; el lugar de oración de los prosélitos estaba fuera de la puerta de la ciudad, cerca de un arroyo, etc. De Tesalónica nada tendremos tan precisado.

## CAPÍTULO VII

### El Evangelio en Tesalónica

La vía Egnacia de Filipos á Tesalónica.—Anfípolis y Apolonia.—Llegada á Tesalónica.—En casa de Jasón.—Predicaciones en la sinagoga.—Numerosas conversiones.—Lo que el Apóstol nos deja vislumbrar de su ministerio en Tesalónica.—Motín suscitado por los judíos.—Acusación ante los politarcas.—Pablo y Silas abandonan la ciudad. (*Hechos*, XVII, 1-9.)

Los dos mensajeros de la Buena Nueva dejaban, pues, al abandonar á Filipos, una comunidad cristiana insuficientemente organizada en pocos días, pero en la que no podían faltar almas generosas. La toma de posesión de las tierras de Europa era un hecho consumado. Cubiertos todavía de heridas y orgullosos de estas señales de la persecución<sup>(1)</sup>, marcharon, con el alma alegre á nuevas conquistas.

Tomando la vía Egnacia, pasaron por debajo del arco de triunfo levantado por la colonia, en honor de Augusto, sobre el campo de batalla en que Casio y Bruto habían sido vencidos. Después de diecinueve siglos de soberana estabilidad, este monumento ha acabado por conmoverse y marchar rápidamente á una ruina completa. Nos ha recordado, por sus proporciones modestas—una simple arcada de once metros de amplitud y seis de profundidad, con una abertura de cinco,—un arco análogo que se ve en pleno campo en Saint-Remi de Provenza. Desde el punto de vista arquitectónico, esta construcción, por otra parte muy sobria de ornamentación, casi no es notable más que por sus bloques de mármol asentados sin cemento mediante

---

(1) I *Tesal.*, II, 2.

hiladas anchas alternando con otras más estrechas <sup>(1)</sup>. Para la arqueología bíblica, hay en estas dos pilas cuadrangulares de Kiemer, de pie en los campos de Filipos, testimonios auténticos de nuestros orígenes cristianos, porque á buen seguro que por debajo de la derruida bóveda, que ahora cubren los asfódelos y los helechos, pasaron en otro tiempo los hombres de Dios.

Dirigieron hacia Occidente: era el punto de mira providencialmente indicado. Siguiendo la gran vía romana, dieron la vuelta al Pangeo, probablemente al norte, si bien la ruta más seguida hoy día sea la del sur. La primera ciudad que alcanzaron fué Amfípolis, levantada en anfiteatro sobre un contrafuerte de la gran montaña, y, como su nombre lo indica <sup>(2)</sup>, rodeada por tres lados por un río, el Estrimón, de rápida corriente. Allí terminaban numerosísimas vías de comunicación que llegaban de las tierras del interior, por lo que los antiguos habían llamado á este punto las Nueve-Vías <sup>(3)</sup>. Su importancia estratégica debió ser considerable, pues, en la división de Macedonia en cuatro provincias, en tiempos de Paulo Emilio, fué capital de la Macedonia primera <sup>(4)</sup>. Después fué perdiendo poco á poco toda su importancia. No parece que Pablo se detuviera en ella, como tampoco en Apolonia, situada también en su camino, 45 kilómetros más lejos <sup>(5)</sup>. Diríase que faltaba á los predicadores, por animosos que fuesen, una especie de punto de apoyo humano en el judaísmo para arriesgarse á la evangelización de una ciudad. Sin ella, parecían perplejos, encogidos, como incapaces de emprender nada. Tal vez entraba en los designios de la Pro-

(1) Tucídides, IV, 102.

(2) Véase Cousinery, *Voy. dans la Macedonie*, p. 128.

(3) Herodoto, VII, 114.

(4) Tito Livio, XLV, 30, dice: «Amphipolis quae objecta claudit omnes ab oriente sole in Macedoniam aditus.»

(5) Esta ciudad, mencionada por Plinio, *H. N.*, IV, 7, como comprendida en el distrito de Migdonia, era de poca importancia. Hoy ha desaparecido por completo; estuvo á 38 millas en la antigua vía romana partiendo de Salónica. Quizás subsiste su nombre en el de Solina, dado á una ciudad situada en dicho punto.

videncia establecer de este modo, á los ojos de todos, el estrecho parentesco de la Iglesia y la Sinagoga, la alianza de los dos Testamentos, de los cuales el uno era el preámbulo y la preparación del otro. Muy probablemente se abstuvieron los Apóstoles de hacer alto en esas dos ciudades para predicar, porque ninguna de ellas tenía sinagoga. San Lucas confirmará esta suposición, haciendo notar que se detuvieron en Tesalónica, en donde estaba la sinagoga <sup>(1)</sup> común á todos los judíos de la comarca. Su viaje duró probablemente una semana. El trayecto constaba de cerca de 150 kilómetros <sup>(2)</sup>, á través de los países más pintorescos. Á partir de Amfípolis, la carretera, alejándose de la embocadura del Estrimón, bordea, á través de praderas y tierras cubiertas de bosques hasta la playa, el golfo que ha tomado el nombre de este río; después franquea el Aulón ó valle de Aretusa, cuyo aspecto semisalvaje, con sus grandes bosques de encinas y las murmurantes aguas de un ancho arroyo que pone en comunicación los lagos interiores y el mar, recuerda las montañas de Saboya; finalmente, á través de rocas abruptas, desemboca al sur del lago Bolbe, al que costea de oriente á occidente. Estos países, maravillosamente fértiles, muy poblados, encantadores para los viajeros, probablemente no dijeron nada á aquellos caminantes de nueva especie, cuyo pensamiento único, absorbente, exclusivo, era Jesucristo, al que debían anunciar.

Su martirio en Filipos no había hecho sino excitar su ardor <sup>(3)</sup>. En sus almas—Pablo nos lo dirá más tarde—no había lugar para nada sino para el Maestro, por lo que se les hubiera singularmente turbado en su exaltación piadosa, viniendo á recordarles, con la historia en la mano, los recuerdos célebres que encontraban en su ruta: á los magos de Jerjes inmolando al Estrimón caballos blancos, y al rey

(1) *Hechos*, XVII, 1.

(2) El *Pélerin de Bordeaux* dice que de Filipos á Amfípolis hay 32 millas, de Amfípolis á Apolonia 31 millas y de Apolonia á Tesalónica 38, lo que da como distancia total cien millas poco más ó menos, esto es, 148 kil. 175 m.

(3) *I Tesal.*, II, 2.

haciendo enterrar vivos en Nueve-Vías á nueve jóvenes y nueve doncellas, para asegurar el éxito de una campaña que debía serle tan desastrosa; más tarde á Brasidas, pagando con su vida la victoria sobre los atenienses; á Tucídides, desterrado por haber fracasado en su ataque contra Amfípolis; por fin, á Paulo Emilio, proclamando, después de la batalla de Pidna, la independencia de Macedonia, como si el convertirse en protegidos de Roma no hubiese sido siempre decir adiós á la libertad; á Aristóteles, cuya lógica nervuda imitará Pablo, naciendo en Estagira, la ciudad que se dejaba á la izquierda, en las montañas, al lado del mar; á Eurípides, el más patético de los trágicos griegos, sepultado en las rocas del valle de Aretusa. ¡Qué importaba la historia de lo pasado á quienes tenían el secreto de lo por venir, y qué el recuerdo de los muertos á quienes venían á dar la vida? Marchaban silenciosos, del todo abertos en las inquietudes de su divina misión. Cuando hubieron dejado atrás el lago de aguas grises y tranquilas como un inmenso baño de mercurio, treparon por las pendientes del monte Ciso, y de repente apareció á sus pies, escalonada en los últimos contrafuertes de la montaña, Tesalónica, dominando, como una reina, el golfo al cual da su nombre. El golpe de vista, cuando se llega á las alturas, tiene algo de mágico, aun hoy día en que la ciudad ha perdido sus magníficos monumentos de otro tiempo. La sucesión de casas blancas, azules, rosadas, descendiendo en anfiteatro hasta el mar; los navíos de todos los países cubriendo la rada; las olas de un azul maravilloso fundiéndose en lontananza con las tintas violáceas de las colinas forman un incomparable panorama, en el fondo del cual, á la otra parte del golfo, hacia Grecia, y como perdiéndose en el cielo, el monte Olimpo levanta sus soberbias cimas bajo la nieve que lo cubre de un manto blanco.

Sabido es que en aquellas regiones superiores en que el hombre no podía penetrar, por encima de las nubes y de las tempestades, en el azul sereno, la antigua mitología había colocado la mansión de Júpiter y de los grandes

dioses. Con el tiempo, el nombre del Olimpo se había extendido á todos los países de civilización helénica. Habíase dado á ciertas cumbres del Ida, del Tauro, de Chipre, de Lesbos. Asimismo había llegado á ser sinónimo de cielo. ¡Con qué compasión debieron Pablo y Silas mirar aquella morada de los antiguos y falsos dioses, ellos que iban á predicar al Dios nuevo, Dios espíritu, que habla y vive, á quien el mundo entero no puede contener! Hacía mucho tiempo, sin duda, que la mano febril de la filosofía removía el velo tejido y mantenido por la poesía sobre aquella misteriosa mansión de la divinidad, y casi había llegado á demostrar á los más perspicaces que los palacios imaginarios de Júpiter Olímpico estaban tristemente vacíos. Pablo quería hacer algo más que destruir las absurdas religiones de lo pasado; llevaba una religión nueva, seductora de verdad, como todo lo que es amor y misericordia. Por ello debía, aunque revolucionando al mundo, merecer plácemes de la humanidad.

Bajaron por la vertiente occidental del Ciso, contemplando la gran ciudad en donde iban á librar con el error, ellos, los flagelados de ayer, una nueva batalla. Como puede todavía verse siguiendo sus huellas, la vía Egnacia atravesaba por medio á Tesalónica; la espaciosa calle que conduce del arco de Constantino á la puerta de Vardar no es otra que aquella misma vía. Los dos Apóstoles llegaron á la ciudad por la puerta de Oriente, y en esta fué donde se elevó más tarde el edificio triunfal <sup>(1)</sup>, destinado á celebrar las proezas de Constantino contra los sármatas ó su victoria sobre Licinio.

Tesalónica era entonces una de las ciudades más bellas del imperio romano. Sabido es que Casandro, hijo de Antípatro, al reconstruir la antigua Terma, la ciudad de las aguas calientes <sup>(2)</sup>, le dió el nombre de su mujer Tesalónica, hermana de Alejandro <sup>(3)</sup>. Felizmente situada en la vía

(1) Cuando la visitamos en 1893, se trabajaba en repararla. V. *Notre Voyage aux Sept Eglises*, p. 294.

(2) Ese nombre primitivo, que conservó el golfo Térmico, le provenía de los numerosos manantiales termales que se hallan en sus alrededores.

(3) Otros creen que Filipo fué el que dió este nombre á Terma ya restau-

de gran comunicación que conducía, por Iliria y Dirraquio, al Adriático y á Roma; al final de una rica llanura cuyas vías convergían todas en ella; á la puerta de los desfiladeros montañosos que guardaban el camino de Oriente; en el fondo de un golfo y en un puerto muy abrigado, cuyas aguas profundas ofrecían toda clase de seguridades á los navegantes, había visto crecer rápidamente su prosperidad y su comercio. Durante la dominación romana, cuando se suprimió la división del país en cuatro distritos, fué la metrópoli de toda Macedonia. En ella residía el procónsul romano, puesto que Macedonia, en tiempo de San Pablo, era una provincia senatorial. Sin embargo, y lo que va á seguir lo prueba, Tesalónica, después del triunfo de Octavio y Antonio en Filipos, gozaba del privilegio de ciudad libre y se administraba según sus propias leyes.

No tardaron en instalarse los judíos en un centro de negocios tan importante. Filón, al señalar los puntos del imperio á que Israel había emigrado, menciona á Tesalia y Macedonia. Y, en realidad, en Tesalónica fueron siempre particularmente numerosos. En ella se han mantenido y desarrollado de siglo en siglo. Hoy día constituyen la mitad de la población <sup>(1)</sup> de esta ciudad de 100.000 habitantes, y poseen, dedicándose á humildes oficios, como tejedores, bateleros, zurradores, tintoreros, la mayor parte de la fortuna pública. En tiempo de la dominación romana, estaban organizados muy probablemente en diversas asociaciones ó corporaciones, lo que permitía á los recién llegados hallar pronto trabajo y pan, practicando el oficio que, según costumbre de la nación,

---

rada por él, en recuerdo de su victoria sobre los tesalios; pero se engañan, pues dicho nombre fué el que dió á su hija, cuyo nacimiento se le anunció el día de su triunfo. Más tarde, el nombre de esta hija fué dado á la ciudad. Véase Estrabón VII, frag. 24.

(1) La cifra de 40.000 que nos dió un israelita de los más instruídos de Salónica está por debajo de la verdad. En todas las ciudades del imperio turco se creen obligados á disimular su importancia numérica, para no ocasionar inquietudes al gobierno.

cada cual había debido aprender en su juventud. Por otra parte, mostrábanse siempre benévolos para con sus hermanos, y si su espíritu de parsimonia no les permitía alimentar gratuitamente á los que acogían de buena gana, á lo menos les daban sin pena albergue y trabajo.

Pablo, que había aprendido á tejer el crin y la lana en su familia, en Tarso, podía esperar trabajo manual en una ciudad en que, antiguamente como hoy día, la mayor parte de sus compatriotas hacían fortuna fabricando tapices muy apreciados. Y así, en efecto, sucedió. Con mucha frecuencia se habla de los Apóstoles, como si hubiesen sido hombres fuera de nuestras condiciones ordinarias de vida, sin cesar sostenidos por un poder sobrenatural, no teniendo más que presentarse y abrir la boca para asegurar el triunfo del Evangelio. Es esta una concepción absolutamente falsa. Lucharon constantemente con las dificultades morales y materiales de la existencia en lo que tenían de más duro. Dios parecía complacerse en abandonarlos á sí mismos, á sus propias fuerzas, á sus vacilaciones, á sus inquietudes, y esto es lo que constituye su grandeza. Nunca tentarán la Providencia, no la perderán jamás de vista y cuanto más débiles se sientan, tanto más se unirán con el Maestro para contar únicamente con Él, sin olvidar nada de cuanto prescribe una sabia prudencia. Habiendo deseado encontrar un punto de apoyo judío para proseguir su obra, lo hallaban aquí; se dispusieron por tanto á aprovecharse de él.

Poco más ó menos como esos pobres obreros caminantes, que, extenuados por la fatiga, vemos llegar por la tarde á la puerta de nuestras ciudades y descansar en ella un instante preguntándose dónde, sin relaciones y sin recursos, con el simple deseo de obtener trabajo, podrán instalarse, debieron Pablo y Silas hacer alto en las puertas de Tesalónica. Representáselos uno entrando, vencida toda vacilación, en la ciudad, deteniéndose ante el tenducho del primer artesano que sale al paso y preguntándole por el barrio judío. Llegados al barrio, si llevaban alguna direc-

ción ó recomendación de Lidia, debieron hacer uso de ella; y si no, buscaron de casa en casa alguien que hubiese estado en relaciones con su familia, ya en Tarso, ya en Jerusalén. Sabemos que fueron alojados por un tal Jasón, judío que había helenizado, según la costumbre, su nombre de Jesús, y que, por lo menos, si es el personaje mencionado en la Epístola á los romanos, resultó ser primo de Pablo (1). El Apóstol, queriendo agradecer la hospitalidad recibida, se puso en seguida á trabajar manualmente. Nos enseña él mismo que se entregaba al trabajo día y noche para no ser gravoso á nadie (2). Esto no significa que en aquella labor material, diese tregua á sus inquietudes, por muy distinto modo dominantes, de evangelista. Con toda certeza empezó por predicar en el taller, en las conversaciones privadas de la familia ó de la amistad, y habiendo preparado así el terreno, el sábado inmediato se presentó en la sinagoga. El texto parece indicar que no había más que una (3).

(1) *Rom.*, XVI, 21.

(2) *I Tesal.*, II, 9.

(3) En efecto, léese, "Ὅπου ἦν ἡ συναγωγή τῶν Ἰουδαίων, como si los judíos de las ciudades vecinas se reuniesen en Tesalónica en las grandes fiestas del año. Hoy día se cuentan 38 sinagogas en Salónica. Muchas han sido destruídas por un reciente incendio y han sido reemplazadas por casas particulares en las cuales se reúnen. He aquí como se dividen en ritos diferentes: Para el rito italiano ó Rumania 2; Cataluña 2; Aragón 1; Castilla 2; Español 30; Alemán 1. Pregúntase si una de ellas corresponde todavía á aquella en que habló Pablo. Es posible, si se considera la tenacidad con que el judaísmo mantiene, allí donde se le deja libre, todas sus instituciones seculares. Solamente que, por más que se diga, y por esta misma razón, no hay que buscarla en una de las iglesias convertidas más tarde en mezquitas, en San Demetrio, por ejemplo. Si existe, aún es sinagoga, no habiendo jamás los judíos de Tesalónica cedido el puesto á los cristianos. En nuestro último viaje, nos vino al pensamiento hacer algunas investigaciones en este sentido. Ayudados por una Hija de la Caridad, inglesa muy instruída, supimos del *hazan* Judá Nahamán que la sinagoga más antigua de Salónica es la alemana, ó Askinas. Allí, dijo el *hazan*, predicaría Pablo. Sin embargo, nos enseñó otra en la parte baja de la ciudad que nos pareció de antigüedad más remota. Se baja por 14 peldaños al patio en que se halla. La construcción, poco importante, 25 metros de largo por 10 de ancho, es relativamente moderna; mas una especie de cripta cuyos muros están roídos por el salitre, prueba que fué levantada sobre otra sinagoga más antigua. Judá Nahamán declaró que aquélla existió *antes* de San Pablo. Esto bastaría á nuestra

No necesitaba más el Apóstol, al proponerse volver á emprender en Tesalónica, como en Oriente, su táctica ordinaria: primeramente evangelizar á los judíos, después á los demás. En esto no seguía solamente la orden del Maestro y el grito de su corazón, sino que se conformaba con los consejos de la prudencia más elemental. Porque, si estaba en su derecho al dirigirse directamente á un auditorio israelita, proponíase, á través de este auditorio, alcanzar á los prosélitos de la puerta, y por éstos llegar, finalmente, á los paganos. Otra ventaja de esta táctica era evitar presentarse con demasiada evidencia como adversario de la religión del Estado. Entraba en la plaza mediante un rodeo, sin darle abiertamente el asalto. Acogido favorablemente por sus compatriotas, debió rogar que le permitiesen hablar, como todavía se practica en las sinagogas de Oriente, en las que todo extranjero piadoso que llega es admitido á edificar la concurrencia. Quizá también se mezcló con toda sencillez en las disertaciones de los rabinos, en esa especie de catequesis que precede ordinariamente al oficio público, y en las que el primero que llega puede proponer una cuestión y discutir las respuestas <sup>(1)</sup>.

Durante tres sábados consecutivos hizo lo mismo, y con tal habilidad llevó la palabra, que pudo libremente desenvolver toda su tesis tal cual comúnmente la proponía á los auditorios judíos. Su terreno firme era la Escritura. La concurrencia no podía menos de alegrarse de ello. Pablo tomaba lo que había de más consolador, para Israel disperso, en los textos de los profetas que anunciaban al Mesías y el reino de Dios. Este género de exégesis ofrecía un interés muy vivo. El Apóstol manifestaba que la Escritura había sido hasta entonces para sus oyentes un libro cerrado, y él lo abría; un fruto cuya cáscara no habían

---

piadosa curiosidad, si fuese cierto. En recompensa de sus informes, la buena religiosa sacó un instrumento de su bolsillo y, acto continuo, le arrancó un diente.

(1) La expresión *διελέγετο αὐτοῖς*, antes parece apoyar esta segunda explicación. Véase sobre esta costumbre *Notre Voyage aux Pays Bibliques*, vol. I, p. 322.

sabido romper para saborearlo en su verdadera suavidad, y ante ellos dedicábase él á tan caritativo trabajo <sup>(1)</sup>, presentando las promesas divinas, en toda su consoladora sinceridad, á las almas de buena voluntad. A esto se reducía su demostración apologética: «El Mesías, tal como los profetas lo han anunciado, debe ser un Mesías paciente y al mismo tiempo un Mesías glorioso; á las ignominias de su muerte debe suceder el triunfo de su resurrección. He ahí lo que dicen los Libros Santos. Ahora bien, hay alguien que, realizando en sí mismo esta aparente contradicción de anonadamiento profundo y de rehabilitación suprema, ha cumplido esos oráculos divinos; este es Jesús, el mismo que vengo á predicaros.» Como se ve, la tesis, ora fuese desarrollada por Pablo, ora por Pedro, era absolutamente idéntica: los Profetas han hablado, basta saber leerlos; los Apóstoles han visto, no hay más que escuchar su testimonio; y de los oráculos de los unos y de las afirmaciones de los otros, es preciso concluir necesariamente que todo cuanto había sido anunciado, desde hacía siglos, acaba de realizarse en Jesús de Nazaret. Esta demostración no era ya solamente categórica para quienes admitían el origen sobrenatural de los Libros Santos, como los judíos, sino que venía á ser muy inquietante para todo hombre que quería reflexionar; porque, en fin, aun desde el punto de vista enteramente racional, los paganos, á quienes los prosélitos debían trasmitir un eco de aquellas conferencias, no podían menos de sentirse sorprendidos al ver que profecías muchas veces seculares se cumplían puntualmente en un Enviado celestial crucificado y resucitado.

El efecto fué considerable. Algunos judíos que se dejaron persuadir por Pablo y Silas convirtiéronse en conquista del Evangelio; pero sobre todo, entre los griegos temerosos de Dios fué entre quienes se hizo el mayor número de reclutas <sup>(2)</sup>. Las grandes señoras de la ciudad fueron también

(1) Las expresiones: *Διανοίγων και παρατιθέμενος*, dicen exactamente todo eso.

(2) Las expresiones *τινες*, cuando se trata de judíos, y *πλήθος πολύ*, cuan-

dominadas por el atractivo de la Buena Nueva. Les era agradable ver al sexo débil rehabilitado por aquella religión que no distinguía entre hombres y mujeres, sino que tan sólo veía almas, del mismo valor ante Dios y con el mismo derecho á la salvación. Convirtiéronse en masa. Ya sabemos por los autores profanos, que el deseo de la verdad, el hastío del error y de la duda eran profundos en aquellas almas que el politeísmo dolorosamente había tan sujetado á su yugo. El ideal religioso puro, sublime, que el Apóstol evocaba ante ellas, no podía menos de conmoverlas y seducirlas. Pablo, en sus Epístolas, completará lo que San Lucas olvida decir aquí. Nos enseñará que, sin desanimarse ni por la obligación de ganar su pan cotidiano, trabajando día y noche, ni por el recuerdo de lo que le había pasado en Filipos, ni por las dificultades de toda clase que surgían para estorbar su ministerio, «predicó, en Tesalónica, el Evangelio, no sólo con palabras, sino también con milagros y el Espíritu Santo, con eficaz persuasión, y arrancó las almas al culto de los ídolos para conducir las almas al verdadero Dios <sup>(1)</sup>.» Esas últimas palabras autorizan á decir que fuera de la sinagoga, se dirigió á los paganos y los convirtió.

¿Cuánto duró su ministerio en la metrópoli de Macedonia? No es fácil precisarlo. El tiempo suficiente <sup>(2)</sup> para que Pablo recibiese en ella, por dos veces, socorros de los fieles de Filipos <sup>(3)</sup> y para que llegase á formar una verdadera Iglesia, importante como las de Judea, compuesta, es

do se trata de griegos, demuestran claramente la relación proporcional de los éxitos del Evangelio en uno y otro ambiente. Comp., en cuanto al fondo y resultado, la predicación en la sinagoga de Antioquía de Pisidia, *Hechos*, XIII, 15 y sig.

(1) *I Tesal.*, I, 5, 9; II, 1-2.

(2) La indicación de los tres sábados no debe aplicarse sino á la predicación preparatoria que se hizo en la sinagoga. Después de este primer llamamiento al judaísmo, los predicadores se dirigieron á los gentiles. De que el historiador pase súbitamente á los acontecimientos que precipitan la marcha de Pablo, no se tiene derecho á deducir nada. Comp. *Hechos*, XVIII, 6-11, en que Pablo permanece 18 meses en Corinto, y XIX, 9-10, en que pasa 2 años en Efeso.

(3) *Filip.*, IV, 16.

cierto, en su mayoría, de griegos prosélitos ó idólatras <sup>(1)</sup>, pero organizada con jefes para gobernarla, y, en fin, creada, formada, instruída por él con la delicada ternura de la nodriza que cuida á sus pequeñuelos. Había tenido tanto tiempo para identificarse en ella, que, por ella, Silas y él habrían dado, con el Evangelio, su misma vida, y que, separados de ella, no tenían más que un deseo, el de volver á verla <sup>(2)</sup>. Esta fué seguramente una de las comunidades cristianas que Pablo elaboró con más paciencia, energía, cariño, seductora dulzura, abnegación personal y éxito. Es indispensable, para hacerse cargo de ello, leer atentamente la incomparable Epístola que le dirige poco después de haberla abandonado.

Por causa de esta prolongada permanencia de los Apóstoles en Tesalónica y de su éxito respecto de los gentiles, resolvieronse los judíos á provocar un levantamiento popular, tanto por odio á Jesucristo, á quien aquéllos predicaban, como por irritación contra las ideas universalistas <sup>(3)</sup> cuyos promovedores se proclamaban. La cosa fué fácil y probablemente poco costosa. Recogieron la canalla que pulula por las plazas públicas de Oriente <sup>(4)</sup>, más numerosa y más detestable que los *lazzaroni* de Nápoles, y poniéndose á su cabeza, suscitaron un gran tumulto, ó por mejor decir, una verdadera insurrección. Se presentaron en casa de Jasón, en la que sabían que moraban Pablo y Silas. Hubieran querido cogerlos y arrastrarlos á la plaza públi-

(1) En algunos manuscritos se lee en el vers 4: τῶν σεβομένων καὶ Ἑλλήνων πλῆθος πολὺ; pero fuera de lo que aquí dice San Lucas, puede darse por prueba directa de esta conversión de los paganos el texto de *I Tesal.*, I, 9, y como prueba indirecta el hecho bastante característico de que, en sus dos Epístolas á la Iglesia de Tesalónica, Pablo nunca se apoya en los Libros Santos. (\*)

(2) *I Tesal.*, II, 7, 17 etc.

(3) *I Tesal.*, II, 16, lo indica categóricamente.

(4) En Roma, Cicerón. *Epíst. Fam.*, VIII, 1, los llamaba «Subrostrani», Plauto «Subbasilicani» y Horacio «Innati triviis ac poenē forenses». Es el περίτριμμα ἀγορᾶς de Demóstenes y el πονηρὸς καὶ ἀγορᾶς de Aristófanes. La palabra *canalicolae*, que designa á los que están encenagados á lo largo de los arroyos, ha formado nuestra palabra *canalla*.

(\*) Más adelante, en este mismo volumen, tendremos ocasión de anotar esta opinión del autor.—N. del T.

ca, para denunciarlos al tribunal del pueblo <sup>(1)</sup>, pero no los encontraron en su domicilio, sea porque se les hubiese hecho partir al ver producirse el motín, sea porque estuviesen ausentes por azar. Furiosos, se apoderaron de Jasón y de algunos hermanos á quienes condujeron á viva fuerza ante los politarcas <sup>(2)</sup> ó magistrados de la ciudad. Los capítulos de acusación no faltan nunca á los malvados que intentan atropellar cuanto hay de más honrado aquí bajo. Los amotinadores gritaban: «Ved ahí unas gentes que meten la confusión por todas partes; han venido acá y Jasón los ha hospedado en su casa. Todos estos son rebeldes á los edictos de César, diciendo que hay otro rey, el cual es Jesús.» La acusación política, que reaparece aquí, como antes había sido formulada en el pretorio de Pilatos, es la que debía producir más efecto ante los magistrados deseosos ante todo de estar bien con Roma. El *crimen majestatis* estaba ya muy á la orden del día <sup>(3)</sup>. Esta extraña acusación, formulada originariamente por judíos, será más tarde re-

(1) Tesalónica, por ser ciudad libre, se administraba por sí misma. El *ἄρχων* era el juez ordinario. Jenofonte, *Mem.*, I, 1, 18; Plutarco, *Educ. Liber.*, IX.

(2) Por largo tiempo se había creído que esta denominación de los magistrados de Tesalónica era una expresión más ó menos bárbara brotada al azar de la pluma de San Lucas, ó cuando menos, un error de los copistas que habrían debido escribir *πολιάρχους* y no *πολιτάρχους*. La ciencia arqueológica moderna ha demostrado, según numerosas inscripciones halladas, que esta era la calificación oficial de los jefes de esta ciudad libre. Apenas hace aún veinte años, se podía leer en el arco de triunfo de Vardar los nombres de siete politarcas, entre los cuales, tres, Sosípater, Secundo y Gayo, recordaban los nombres de tres discípulos de Pablo. Hoy día ha sido destruído dicho monumento, último testimonio autorizado de la edad apostólica en la metrópoli macedonia. Como M. Crosbie, misionero presbiteriano dedicado á la conversión de los judíos en Tesalónica, protestase contra el vandalismo del demoledor, éste le hizo callar dándole la inscripción que interesaba á la arqueología cristiana, y el bloque de mármol fué enviado á Londres. M. Crosbie tuvo la amabilidad de hacernos conocer otras dos inscripciones que mencionan á los politarcas. La más interesante es la que, por largo tiempo encajada en una fuente, ha pasado á ser propiedad de M. Bitso, un griego anciano, dragomán del consulado de Inglaterra. Es del tiempo de Claudio, ya tribuno y cónsul por cuarta vez, y los politarcas que van nombrados en ella, Nicerates y Heraclides, fueron próximamente contemporáneos de Pablo, puesto que son del año 46 de nuestra era. Véase *Notre Voyage aux Sept Eglises*, 304.

(3) Tácito, *Annal.*, III, 38.

petida por la autoridad romana y terriblemente explotada contra los discípulos de Jesús. Convertirás en el santo y seña de todas las persecuciones. Sin vacilar, habrían debido considerarla calumniosa. Los cristianos no podían menos de mostrarse, en todas partes y siempre, los hombres más sumisos á la autoridad pública. En sí misma, su religión, que atiende únicamente á la vida futura, no se ocupaba en los negocios de ese mundo sino para enseñar la abnegación, la humildad, el desinterés, la indulgencia, la caridad bajo todas sus formas. Sin duda que el Señor Jesús es rey, pero de un reino que no trata de quitar súbdito alguno al César.

Sin embargo, pudo ocurrir que la predicación de Pablo al anunciar el advenimiento del nuevo reino <sup>(1)</sup>, con el nombre del Señor repetido con frecuencia en ella, hubiese dado pretexto á esta acusación. Con todo, los dos pobres judíos promotores de ideas nuevas no tenían, humanamente hablando, nada de lo que era necesario para preparar los caminos á un nuevo César. Estaban desprovistos de todo crédito, trabajaban con sus propias manos, sin recursos de ninguna clase, sin pretensiones, sin ambiciones terrenales conocidas. ¿Cómo habrían podido alistar ó arrastrar las legiones? Al decir, con una exageración muy natural en los amotinadores, que la nueva secta perturbaba al mundo entero, ¿hacían acaso alusión á los desórdenes que habían estallado en Roma, y que Claudio había reprimido expulsando á los judíos? Es posible; pero ni en Roma, como tampoco en Tesalónica, había sido promovido el motín por los cristianos. Era obra de los judíos con motivo de los cristianos. Los politarcas, hombres por otra parte pacíficos, si no benévolos, declararon que no podían tolerar esta agitación y, sin inquietarse por el justo derecho de unos ó de otros, como la policía autoritaria, que no entiende sino una solución—el silencio severamente impuesto á todos,—obligaron á Jasón y á los que se le habían asociado á

---

(1) *I Tesal.*, I, 2; III, 12; *II Tesal.*, I, 5; II, 6, 7.

dar garantías, y después los soltaron sin hacerles daño alguno. Esas garantías debieron consistir en alguna cantidad de dinero depositada, ó en una penalidad convenida y aceptada de antemano, si sobrevenía todavía algún desorden por culpa de Pablo y Silas. La prueba de que la caución debía ser tomada en serio está en que, aquella tarde misma, al anochecer, los dos Apóstoles abandonaron la ciudad. Los principales miembros de la joven Iglesia les dieron escolta para honrarlos y protegerlos contra un golpe de mano. La exasperación del partido judío era grande y los auxiliares que habían reclutado no habrían retrocedido ante un crimen.

Es muy posible que Timoteo, que se había reunido á los dos Apóstoles después de haber organizado la Iglesia de Filipos, se quedase en Tesalónica para regular aún lo que una salida precipitada dejaba por concluir.

---

## CAPITULO III

### El Evangelio predicado en Berea

Pablo y Silas se encaminan á Berea.—Motivos que inspiraron esta resolución.—Berea antigua y Verria actual.—Carácter de la colonia judía de esta ciudad.—Éxito de la predicación en la sinagoga.—Conquistas del Evangelio entre los gentiles.—Los judíos de Tesalónica acuden para armar otra vez un motín.—Pablo deja á Berea y, por mar, se dirige á Atenas. (*Hechos*, XVII, 10-15.)

La Iglesia de Tesalónica, ya numerosa cuando Pablo la dejó, estaba en parte organizada <sup>(1)</sup>, y prometía mucho para la causa del Evangelio. Pocas ciudades macedonias había más propicias que aquella para hacer irradiar á lo lejos la Buena Nueva. De todas partes llegaba gente á Tesalónica, y las vías de tierra y de mar veían entrar y partir cada día prosélitos que, ya cristianos, ansiaban comunicar á los demás los efluvios de su vida religiosa. Hubo en ella un centro de actividad considerable, y la nueva comunidad, compuesta de elementos serios, se convirtió rápidamente en ejemplo de edificación de Macedonia y Acaya. El Apóstol se complace en escribirselo <sup>(2)</sup>. Confesará que se ha separado de ella con el corazón verdaderamente desgarrado, comparando su brusca partida al acto violento que separa un padre de su hijo todavía demasiado joven para quedar huérfano <sup>(3)</sup>.

Lo más penoso para él debió ser verse expulsado por sus propios hermanos, adoradores del verdadero Dios é hijos de la promesa, cuando los gentiles, idólatras y peca-

(1) *I Tesal.*, V, 12.

(2) *I Tesal.*, I, 6 y sig.

(3) *I Tesal.*, II, 17.

dores se mostraban tan satisfechos de acoger su palabra, no ya como la de un hombre, sino como la de Dios <sup>(1)</sup>. En definitiva, los más ardientes enemigos del Evangelio eran aquellos á quienes el Evangelio, al cabo de tantos anuncios proféticos, había llegado primeramente y por privilegio. Además, no es posible dejar de observar que el grupo de tesalonicenses convertidos parece que fué poco belicoso, ó á lo menos muy inclinado á practicar la mansedumbre evangélica, por lo que es muy fácil que bajase la cabeza ante el motín, ofreciendo garantías, cuando era preciso exigir el respeto al derecho individual y á la libertad. Con todo, eran afectuosos y adictos. Esta es la razón de que, después de haber ocultado á Pablo y Silas á las persecuciones de los amotinados, hubiesen querido acompañarlos, al venir la noche, por la vía de Berea, hasta que estuviesen fuera de peligro.

¿Por qué Berea fué la ciudad á que se dirigieron preferentemente los dos Apóstoles, siendo otras, como Pella y Edesa, en la vía Egnacia, más cercanas y no menos importantes? Tal vez porque, hallándose Berea más aislada en el interior de la comarca, casi en las montañas <sup>(2)</sup>, debía ser más fácil á los predicadores ejercer en ella su ministerio sin poner en guardia demasiado pronto á los sobreexcitadísimos adversarios que dejaban en Tesalónica; tal vez también porque tenían en Berea relaciones más seguras y amigos prontos á recibir á los misioneros. Pablo y Silas abandonaron la metrópoli macedonia por el arco de triunfo del Vardar, levantado, como el de Filipos, en recuerdo de la victoria de Augusto sobre los conjurados. No siguieron mucho tiempo la vía Egnacia. Á una hora poco más ó menos de la ciudad—probablemente en esta

---

(1) *I Tesal.*, II, 13.

(2) Cicerón, hablando de Berea, comparándola con Tesalónica, dice que era una ciudad situada en un lugar apartado, y en la que Pisón, contra quien acumula las más violentas acusaciones, fué á refugiarse para evitar las lamentaciones y quejas de los desgraciados: «Qui, cum concursus plorantium ac tempestatem querelarum ferre non posses, in oppidum devium Beroeam profugisti.» *C. Pis.*, XXXVI.

bifurcación se despidieron los hermanos,—tomaron su camino hacia el suroeste. Atravesando un pequeño río, el Galiko actual, el antiguo Equedoras, alcanzaron el Axios, Vardar moderno, en la pequeña ciudad de Calastra, de la que habla Plutarco<sup>(1)</sup>. Desde aquí dirigíase la vía á otra corriente de agua bastante caprichosa para invadir con frecuencia la llanura que transforma en pantano: el Haliacmón, al que los campesinos llaman el Río Loco, Delipotamo. El grandioso arco de un puente romano<sup>(2)</sup>, cerca de la ciudad de Klidhi, señala ciertamente el camino que siguieron Pablo y Silas. De aquí á Berea todavía había más de cuarenta kilómetros, á través de numerosos torrentes, siempre peligrosos. Si los puentes no estaban mejor construídos en aquellos tiempos que en nuestros días, se comprende que Pablo mencionase el peligro de los ríos en sus viajes apostólicos. De Tesalónica á Berea, hoy día Verria, con las vueltas que daba la vía, el recorrido total era de noventa<sup>(3)</sup> kilómetros. En el viaje se debieron emplear cuatro días.

Si se juzga por el recinto, cuyos vestigios todavía subsisten, y por las magníficas ruinas: fragmentos de arquitrabes, capiteles trabajados finamente, restos de estatuas, bajorelieves, que se encuentran por todas partes en pequeñas porciones, así como por las murallas reconstruídas en la época bizantina, más particularmente la torre del Reloj, y por las actuales casas de Verria, la Berea antigua, construída en una meseta, en la extremidad oriental del monte Bermios, fué una ciudad importante. Plinio precisa que era una de las capitales de la Macedonia tercera<sup>(4)</sup>. Hoy día no tiene más que una población de veinte mil habitan-

(1) Vida de Alejandro, 49.

(2) Este arco se llama Kamra. Mide 17 m. de abertura. No puede precisarse la altura primitiva, por haber el cielo elevado considerablemente el suelo. Este puente, que se levanta todavía como un monumento en medio de la llanura, tenía 6 m. de ancho.

(3) El itinerario de Antonino dice que la distancia es de sesenta y una milla.

(4) *H. N.*, IV, 10.—Tito Livio, XL, 30, dice: «Tertia regio Macedoniae nobiles urbes Edessam et Beraeam et Pellam habet.»

tes, pero las numerosas iglesias que se ven en ella—casi 60,—sin hablar de las mezquitas, prueban que su población debió ser, aun en la Edad Media, muy considerable. Por otra parte, su situación era de las mejor escogidas. Adosada á la gran montaña cubierta de bosques, en la llanura que se extiende hacia el oriente, ampliamente provista de aguas vivas, antiguamente por medio de numerosos acueductos cuyos restos subsisten aún, hoy día por las derivaciones naturales de los torrentes que la rodean, fué, ya de antiguo, un centro comercial muy frecuentado. El Paleo-Foro, cuyo emplazamiento á 800 metros al sur indican algunos corpulentos plátanos, fué probablemente la vastísima ágora donde tenían lugar las transacciones comerciales. Natural es que siendo de este modo la ciudad un punto de reunión para los mercaderes, se hubiese establecido en ella una colonia de judíos, procedentes probablemente de Tesalónica. Y aun tenía de particular que aquellos judíos poseían un alma mejor y aspiraciones más elevadas<sup>(1)</sup> que los de Tesalónica. Tal vez el aislamiento en las montañas, en medio de poblaciones mejor conservadas, aunque paganas en absoluto, en un centro menos concurrido que un puerto de mar, los había protegido contra la aberración moral demasiado común que pone, para calmar la conciencia, el formulismo y el prejuicio en el lugar de la justicia y de la piedad, lo que siempre es cómodo para los falsos devotos y peligroso para los creyentes sinceros. El hecho fué que recibieron la Buena Nueva sin hostilidad preconcebida y aun necesario es decir que con favor.

Luego que Pablo estuvo en medio de ellos, recomendado sin duda á alguna familia judía, compareció en la sinagoga y predicó. Su tema debió ser el mismo que en Tesalónica: el Mesías de las Escrituras, humillado y glorifi-

---

(1) La expresión *εὐγενέστεροι* significa gentes bien nacidas, bien dotadas, y aquí debe entenderse de las disposiciones del alma. Filón, definiendo esa palabra, *De nobilitate*, p. 904, dice: *μόνους χρῆ λέγειν εὐγενεῖς τοὺς σώφρονας καὶ δικαίους.*

cado, muerto y resucitado, teniendo en Jesús su incontestable realización. Sus oyentes le escucharon con toda la atención de que eran capaces. Lo que les decía los apasionaba, porque no tenían prejuicios y deseaban conocer la verdad. El género exegético adoptado excitaba tanto más su curiosidad, cuanto estaba lleno de puntos de vista ó argumentos inesperados y nuevos; por eso se dedicaban todos los días á examinar de cerca las Escrituras para comprobar lo muy fundado que era lo que se les había predicado. Vieron que las afirmaciones de Pablo eran exactas, y, ayudando la gracia de Dios, se colocaron del lado de la verdad. En gran número y con algún entusiasmo, aquellos hombres de buena voluntad se declararon discípulos del Evangelio. Esto era para ellos una alegría y un triunfo, pues veían que Dios había cumplido las promesas hechas á sus padres, y que había aparecido, en un miembro de la familia israelita, el Salvador del mundo, señor del reino mesiánico y de la nueva humanidad.

Empero no estuvieron solos en abrazar la fe cristiana. Buen número de hombres y mujeres de nacionalidad griega<sup>(1)</sup> siguieron su ejemplo. El historiador hace notar que las mujeres pertenecían á lo mejor de la sociedad. Aquí se verificaba el mismo fenómeno moral ya observado en Tesalónica. Las damas más distinguidas por su nacimiento, educación, delicadeza de sentimientos, eran las primeras que se sentían seducidas por el ideal de vida religiosa que ofrecía el Evangelio, y generosamente querían realizarlo. Una vez más hace constar intencionadamente San Lucas esta influencia de la Buena Nueva en la clase elevada; no porque la religión cristiana se halle más honrada en conquistar á los ricos que á los pobres—para ella todas las almas tienen valor inapreciable,—sino porque tenía un interés particular en recordar que en un mundo materialista, sensual, orgulloso, el Evangelio sabía súbitamente inspirar

---

(1) La calificación *Ἑλληνίδων* del vers. 12, se aplica á hombres y mujeres.

el desprecio de las grandezas, del placer y de la riqueza. No había duda alguna en que aquellas mujeres de la burguesía iban á ser una adquisición importante para el triunfo de la verdad. No se creían consagradas, como las de Siria, á la vida silenciosa, oscura, aislada, del hogar doméstico. Hallábanse mezcladas con la sociedad en lo que tenía de más viviente y una vez en posesión de la luz, no podían ser de las que gozan de ella sin comunicarla. La mujer griega, con su espíritu libre, su carácter abierto, su natural generosidad, iba á ser un auxiliar de los más preciosos para los Apóstoles. Lidia, Febea, Priscila, Evodia, y otras cuyo nombre no han llegado hasta nosotros, desempeñaron su papel en la fundación de la Iglesia.

Estas conquistas hechas en el mundo pagano no se debían á las predicaciones de la sinagoga, sino al ministerio privado que Pablo se resolvía á ejercer cada vez más <sup>(1)</sup>. Probablemente fueron obra de largos días <sup>(2)</sup>. Durante este tiempo, el Apóstol tuvo por dos veces <sup>(3)</sup> el pensamiento de volver á Tesalónica para visitar la brillante comunidad que había fundado y cuya suerte, bastante entorpecida por la malevolencia y aun por la persecución <sup>(4)</sup>, le daba serias inquietudes. Sobrevinieron impedimentos <sup>(5)</sup>, que él mira como obra del diablo, y debió renunciar á ello.

Estos acontecimientos fueron con toda certeza la campaña de violenta hostilidad emprendida por los judíos de Tesalónica contra él en Berea mismo. Relaciones bastante frecuentes existían de sinagoga á sinagoga, y certísimamente no tardó la de Berea en anunciar á la de Tesalónica el movimiento religioso de que era testimonio feliz y aun entusiasta. Esto bastó para despertar el fanatismo <sup>(6)</sup> del judaísmo anticristiano en todo su odioso ardor

(1) *Hechos*, XX, 20.

(2) El vers. 11, al decir que los judíos examinaban *cada día*, τὸ καθ' ἡμέρας, las Escrituras, supone una serie de días bastante importante.

(3) *I Tesal.*, II, 17.

(4) *I Tesal.*, III, 3, y II, 14.

(5) *I Tesal.*, II, 18.

(6) Esto recuerda lo que habían hecho los judíos de Antioquía de Pisidia y de Iconio en Listra, *Hechos*, XIV, 19.

contra Pablo. La palabra de Dios predicada con éxito por un hombre que, poniendo al mismo nivel á judíos y gentiles, formaba de esta escandalosa mezcla una nueva sociedad religiosa destinada á suplantar el mosaísmo, ¿era tolerable? Habiendo fracasado el golpe de mano en vano preparado en Tesalónica, los fanáticos esperaron poderlo realizar en Berea, y en ella se presentaron en número bastante para provocar allí un motín. Su acción no pudo ser tan rápida como lo habían esperado. Les fué indispensable trabajar poco á poco la multitud, sin duda, mediante sus discursos y su dinero. La expresión de que se sirve el historiador parece indicar que el movimiento se acentuó gradualmente, como el de las olas <sup>(1)</sup> que el viento hace subir y descender en torno del navío, al cual amenazan con engullir. Cuando el peligro fué inminente, los hermanos, sin esperar un momento más, hicieron partir á Pablo por mar. Este era un medio de hacer ver á los amotinadores que el Apóstol abandonaba definitivamente el país, y de calmar el furor que solo su nombre era suficiente para provocar.

Digno es de notar que fuese Pablo muy especialmente el que tuviese el privilegio de excitar el odio violento de sus correligionarios. En efecto, Silas y Timoteo pudieron permanecer en Berea sin inconveniente alguno. Con sentimiento consintió el Apóstol en separarse de ellos el tiempo necesario para acabar de organizar en la nueva comunidad lo que su partida precipitada dejaba incompleto. Tal vez también tuvo Timoteo el encargo de ir á expresar á los fieles de Tesalónica <sup>(2)</sup> los sentimientos de Pablo, que había partido sin volver á verlos, en tantó que Silas se ocupaba más directamente en la Iglesia de Berea.

Sea de ello lo que fuere, el Apóstol se puso en camino escoltado por algunos fieles de Berea, que no quisieron abandonarle hasta Atenas. La provincia de Macedonia se com-

(1) Dice: *σαλεύοντες τοὺς ὄχλους*.

(2) Esta es la explicación más natural del pasaje en que Pablo, *I Tesal.*, III, 1, 2, dice que prefirió quedar solo en Atenas y enviarles á su hermano Timoteo para visitarlos en su nombre. Timoteo fué enviado desde Berea, en el momento en que hubiera debido embarcarse con Pablo, y no desde Atenas.

placía en atestiguar de este modo su fidelidad, y á pesar del viento de persecución que le arrojaba de una ciudad á otra, el Apóstol debió quedar satisfecho de su obra. Desde que el cristianismo se había sólidamente fijado en tres centros, los más importantes de Macedonia, el porvenir del Evangelio en este país estaba asegurado y el anhelo del hombre que le dijo en Tróade: «¡Pasa la mar y ven en nuestro socorro!» quedaba felizmente cumplido. Sopater, hijo de Pírrro, al que hallaremos más tarde al lado de Pablo, fué sin duda del número de los de Berea que le dieron escolta. En todo caso, el nombre de este hermano será el único recuerdo bíblico que nos quedará de esta interesante Iglesia de Berea. Pablo, en sus Epístolas, nada dice de los fieles de esta ciudad. Extrañas lagunas que sólo la pérdida probable de muchas de sus Epístolas y el carácter fragmentario de los Hechos pueden explicar.

De haber querido hacer que desapareciera Pablo por el camino más corto, debieron marchar por Metón. La pequeña bahía de Scala Elefterokori, que señala el sitio de este puerto, era entonces, como ahora, el fondeadero más frecuentado de la costa. Antiguamente la ciudad había representado su papel en la lucha de Atenas contra Macedonia, y durante el sitio que sufrió el célebre arquero Aster vació el ojo derecho de Filipo. Por arruinada que estuviese en aquel entonces, no era menos animado su reducido puerto; hallábanse en él casi todos los días, navíos en franquía para Atenas. El Apóstol se embarcó en uno de ellos. Hacerle ir á Atenas por tierra, ni se conforma con el texto <sup>(1)</sup>, ni

(1) La expresión *ὡς ἐπὶ τὴν θάλασσαν* no significa, en efecto, que se hizo como si se fuera hacia el mar; quiere decir que se fué realmente. No es raro ver en los autores *ὡς* junto á *ἐπὶ* para precisar la disposición actual en que alguien se halla de tomar una dirección. V. Winer, *Gramm. du N. T.*, p. 640. Esta fórmula se halla en Pausanias, II, 25, 9: *Καταβάντων δὲ ὡς ἐπὶ θάλασσαν*; en Diodoro de Sicilia: *κελεύσας κατὰ τάχος λάθρα πλεῖν ὡς ἐπὶ Συρακουσίους*, y significa una marcha real hacia tal ó cual punto. Además, el texto mismo casi no deja duda alguna sobre el embarque de Pablo. De los dos verbos empleados, el primero *ἄγαγον* indica el acto de acompañar hasta un punto preciso, y el segundo *καθίστανοντες* el acto por el cual se establecieron é instalaron en un lugar determinado. Véase Jenofonte, *Anab.*, IV,

con el deseo que se tenía de sustraerle, sin demora, á las violencias de sus enemigos. Por el contrario, enviarle por mar era muy indicado, puesto que, por una parte, se quería hacer ver á los ojos de todos que abandonaba el país, renunciando á continuar en él la agitación religiosa de que se quejaban, y, por otra, ponerle en seguridad contra un golpe de mano siempre posible cuando el fanatismo está excitado. Además, se le ofrecía el medio de hacer, sin fatiga y en pocos días, un trayecto que, á través de las montañas de Tesalia y de Grecia, habría requerido más de tres semanas. Si Pablo hubiese seguido el camino de tierra, el autor del libro de los Hechos no hubiera dejado de indicarnos, como lo había hecho entre Filipos y Tesalónica, algunas de las ciudades importantes visitadas en su camino. El silencio que guarda en este punto acaba, pues, de autorizar nuestra hipótesis. De este modo se explica que Pablo visitase á Atenas antes que á Corinto. Si hubiese seguido la vía terrestre, hubiera sucedido todo lo contrario.

Debióronse emplear tres ó cuatro días de Metón á Falerio ó al Pireo. Pasaron por el pie del Olimpo, del Osa, del Pelión, y, bordeando la isla de Eubea, llegaron pronto á las riberas de Ática, de aquella célebre tierra en que la humanidad, abandonada á sus propias fuerzas, había mostrado lo mucho que podía, como pensamiento, como poesía, como generosidad, como esfuerzo patriótico, como nobles aspiraciones, como virtudes humanas, no consiguiendo, sin embargo, sacudir el yugo del paganismo. Al doblar el cabo Sunio para entrar en el golfo Sarónico, los marineros saludaron, sin duda, el templo de Atenas, cuya esbelta columnata dorada por el sol está todavía de pie; y en lontananza, á la derecha, enseñaron á los viajeros la lanza y el casco de la colosal diosa, centelleante, encima de los mármoles del Partenón. Entraban en pleno país de la mitología y de sus sueños poéticos. El alma de Pablo experimentó un penoso presentimiento.

8, 5; Tucídides, IV, 78. Un pasaje de Herodiano, II, 8, 10, emplea los dos verbos: *eis τὰ ἱερὰ τὸν Νίτρον ἀγούσι, καὶ εἰς τὴν ἑαυτοῦ οἰκίαν καθιστᾶσιν.*

## CAPÍTULO IV

### El Evangelio en Atenas

Atenas en el tiempo en que Pablo llegó á ella.—Decadencia general.—Del Pireo á Atenas.—La ciudad de los ídolos; é impresión que causó á Pablo.—El altar consagrado al *Dios Desconocido*.—Las escuelas filosóficas.—Epicúreos y estoicos.—Pablo en el Ágora buscando prosélitos.—Curiosidad que excita.—Es conducido al Areópago.—Admirable discurso que pronuncia.—Resultados. (*Hechos*, XVII, 15-34.)

Atenas, en el momento en que Pablo llegó á ella, hacía mucho tiempo que había cesado de desempeñar en el mundo un papel político. Aun como centro intelectual, esta noble ciudad vivía apenas de sus pasadas glorias, no produciendo nada, y contentándose con entretener sus ocios con algunas teorías filosóficas ó religiosas que los extranjeros llevaban como novedades seductoras. Filósofos sin mérito y sin renombre, reemplazaban en ella á Antíoco de Ascalón, el académico cuyas lecciones habían seguido Varrón y Cicerón, y á Cratipo, el peripatético, amigo de Pompeyo y de César, que había educado á Bruto y á los hijos de Cicerón. Discurrían, con más vanidad que ciencia, en medio de la juventud que las familias acomodadas de Roma y de las grandes ciudades del imperio enviaban á Atenas, siempre en gran número. Gramáticos y retóricos, antes que maestros en filosofía ó en elocuencia, aquellos decadentes pasaban el tiempo en pasearse gravemente bajo las columnas del Ágora, del Pecilo y de los gimnasios cercanos, envueltos en sus mantos tradicionales, que les daban un aire falso, pero no la ciencia de los sucesores de Platón ó de Demóstenes. En suma, Atenas era entonces una ciudad de placer. La vida pública era en ella bulliciosa, alegre, como

en los centros en que afluyen los estudiantes, y frívola, como lo había sido siempre en el pueblo más impresionable, más artista, más móvil de la antigüedad.

Esta vida, vacía é infecunda, no dejaba de tener por teatro el ambiente más maravillosamente hermoso que había en el mundo, y el mejor armonizado con la luz excepcional que lo inunda. En efecto, el cielo de Ática multiplica extraños resplandores en el aire traslúcido. Bajo su singular magnificencia, los mármoles del Pantélico y de Paros, transformados, por incomparables artistas, en monumentos grandiosos ó en incomparables estatuas, se envuelven en nimbos vacilantes, á través de los cuales, la belleza de las líneas va á perderse en el mundo del ideal. Hoy mismo, cuando, desde lo alto de la Acrópolis, se evoca el recuerdo de las maravillas que cubrieron aquel pequeño rincón de tierra, en que se levantan por todas partes templos, pórticos, teatros, gimnasios, en la pureza de líneas arquitectónicas, las más sencillas, y, sin embargo, las más estudiadas, en que estatuas sin cuento realizan, con una perfección que nunca jamás se ha vuelto á encontrar, la belleza bajo todas sus formas, dícese uno que si los visitantes no tenían ya nada que aprender en las escuelas de Atenas, tenían, por lo menos, mucho que admirar en aquel museo en pleno aire, cual era la incomparable ciudad.

Por desprecio al genio griego y por incapacidad artística que hubiesen mostrado los primeros romanos al llegar vencedores al Peloponeso, la civilización helénica había acabado por hacerse dueña de los sucesores de Mummio y de Sila. Los cónsules y los senadores de Roma habían comprendido, poco á poco, que allá bajo existía otro poder diferente del de la espada, y habían tributado homenaje á las antiguas glorias de Atenas, declarando libre á la ilustre ciudad y enviando sus hijos á formarse en ella en las bellas letras, en la filosofía y en la más exquisita cortesía. La capital del antiguo mundo intelectual hacía mucho tiempo que había renunciado á toda actividad comercial. El grandioso movimiento de negocios entre Orien-

te y Occidente, se había centralizado en Corinto, la metrópoli oficial de la provincia de Acaya. La rada de Fale-ro, desde mucho tiempo atrás casi no era frecuentada. El puerto del Pireo, sólo veía llegar algunos extranjeros anhe-losos de saludar la tierra clásica donde el genio del hom-bre, bajo todas sus formas, se había instalado por tanto tiempo, manteniendo siempre el patriotismo al servicio de la libertad.

Pablo desembarcó en el Pireo. El aspecto de este puer-to de mar, con sus docks casi desiertos, sus columnas roídas por la humedad acre del mar, sus templos rui-nosos apoyándose en las pendientes occidentales del pro-montorio de Alcimas, se parecía bastante á las demás ciudades en que el Apóstol había desembarcado. No se detuvo en ella un momento. En Atenas era donde quería ejercer su apostolado. Siguió sin duda el Hamaxitos, ca-mino polvoriento por donde pasaban los carros y los caminantes, desde que el desmantelamiento de la ciudad por Sila había suprimido la gran vía abierta entre los Largos Muros. Su dirección era, poco más ó menos, la que se toma aún, á través de campos plantados de olivos, higueras y almendros, cuando se va, en carruaje, del Pi-reo á Atenas. Hay, sin embargo, la diferencia de que, ca-fetines, casas de hortelanos, construcciones comunes des-tinadas á diversas industrias, reemplazan la larga serie de tumbas, monumentos, altares, pedestales, coronados de estatuas maravillosamente hermosas, que en otro tiempo constituían una calle de obras maestras. La vía acababa en el Dipilo, cuyas ruinas recientemente se han exhuma-do. Todavía se encuentran allí multitud de estelas funera-rias, bajorelieves y algunos grupos hábilmente trazados. La mayor parte de ellos vieron pasar á San Pablo.

En el Dipilo comenzaba la gran calle de los Pórticos ó de los Bronces, la cual, á través de la Cerámica, acababa en el Agora. El Apóstol, al seguirla, debió darse cuenta, cada vez más, de que entraba en un mundo totalmente nuevo pa-ra él. Aquellas estatuas sin cuento, que miraba como ído-

los; aquellas pinturas alegóricas ó mitológicas, maravillosamente trabajadas sin duda, pero én las que los dioses del Olimpo se ofrecían con las miserables pasiones del hombre; las inscripciones votivas, los llamamientos al placer, al vicio, ó á la virtud; la gran agitación en torno de los gimnasios y escuelas públicas que rodeaban el Ágora; los innumerables grupos de desocupados <sup>(1)</sup>, discurriendo un poco sobre todos los asuntos; la misma atmósfera, absolutamente característica de la gran ciudad idólatra, filosófica, vanidosa, inteligente, curiosa, delicada, artista, soñadora, ávida de ideas superiores, á pesar de su gusto á los placeres, todo era á propósito para producir en él una impresión penosa y perturbadora. Aunque asistido por la divina gracia y portador de la irresistible verdad, se halló absolutamente solo contra aquella humanidad pagana, cuyo genio y pasada gloria veía levantarse ante él con tanto esplendor.

En el momento en que los de Berea, después de haberle instalado, sin duda, en alguna casa amiga, quisieron dejarle, le pareció sentirse incapaz, si se quedaba sin auxiliares, para la gran empresa que se imponía, por lo que les encomendó que le enviasen sin tardanza á Silas y á Timoteo. Este miedo al aislamiento demuestra una vez más lo que Dios se complacía en dejar abandonado al valor individual y á la iniciativa humana, en la obra de los Apóstoles.

Es muy probable que Pablo se imaginase que la ciudad en que Sócrates, Platón y Aristóteles habían enseñado debía estar más cerca de la verdad que las demás, y que no esperase encontrar en ella los falsos dioses casi en tan gran número como sus adoradores <sup>(2)</sup>. Á través de las estatuas que se levantaban por todos lados, veía la más cínica glorificación de la carne soñada por la pasión humana, y aquel espectáculo engendraba en su alma un

(1) Se contaban hasta 360 círculos para la conversación.

(2) Petronio dijo que se encontraba en Atenas más fácilmente un dios que un hombre, *Satyric.*, 17.

estremecimiento que participaba á la vez de la indignación y de la piedad. Á las divinidades de Grecia habían ido á juntarse las de los países de Oriente que Alejandro recorriera con sus ejércitos victoriosos; pero si esta amalgama de todas las religiones alimentaba por un momento los instintos supersticiosos de un pueblo tan ávido de novedades como de verdad y de luz, dejaba, con todo, un vacío espantoso en las almas. No estaba Dios allí donde ellos le buscaban. Plinio dice que había más de tres mil estatuas desparramadas por la ciudad, lo que es fácil de creer si se sigue la placentera enumeración que de ellas hace Pausanias, poco más ó menos un siglo después del viaje de Pablo. Cuando estuvo agotada la serie de dioses conocidos y colocados en el Olimpo mitológico, representando el mismo personaje bajo todos los aspectos que el reconocimiento, la poesía, el genio de los artistas había imaginado: Apolo protector de la ciudad, Apolo Liceo, Apolo Pitón, Delfico, Apolo el que aparta las calamidades <sup>(1)</sup>, Júpiter padre de los dioses, Júpiter Libertador, Júpiter Olímpico, Minerva Poliade, Ergane, Area, Higia, divinizaron las Virtudes y las Pasiones, la Modestia, la Persuasión, la Piedad y muchas otras <sup>(2)</sup>; de suerte que esta interminable exhibición de ídolos no podía ser para Pablo otra cosa que una perpetua obsesión. Á lo largo de las calles, al lado de las encrucijadas, en el Ágora, en lo alto de la Acrópolis, por todas partes, estatuas, ceremonias idolátricas, el insulto al verdadero Dios, y la profanación del sentimiento más exquisito del alma humana, la adoración, á los pies de seres fabulosos que con frecuencia no habían sido célebres más que por sus crímenes. Este doloroso espectáculo prohibía al Apóstol toda admiración por las obras maestras del arte, convertidas en motivo de envilecimiento moral. Sin embargo, no hay derecho á concluir que el sentimiento de lo bello faltase á su alma judía y que fuese incapaz de com-

(1) Traducción del epíteto ἀλεξικακος; lat., *averruncus*.—N. del T.

(2) Tito Livio dice, XLV, 27: «Athenae simulacra Deorum hominumque habentes omni genere et materiae et artium insignia.»

prender las maravillas de la escultura antigua. Nada autoriza tal suposición; pero más fuerte que toda impresión de estética, la religión exclamaba en él: «Un solo Dios adorarás, y ante Él destruirás los ídolos.» Este sentimiento será, por otra parte, el de las generaciones cristianas, hasta que el verdadero Dios haya definitivamente reducido á la nada las mentiras del paganismo. Cuando su reinado exclusivo sea incontestable, la Iglesia no prohibirá á nadie admirar el Apolo del Belveder ó el Hermes de Olimpia. Ella misma inspirará á los artistas que lucharán con los de la antigüedad, levantando catedrales en las que se colocarán la *Piedad* y el *Moisés* de Miguel Angel, las *Magdalenas* de Canova y otras tantas obras maestras no menos admirables que las estatuas de Praxiteles ó de Fidias.

El alma de Pablo sufría un dolor intenso, irritante, difícil de contener <sup>(1)</sup>. Él mismo nos da á entender que vagaba de acá para allá sin llegar á vencer su tristeza. Se comprende que quisiera luchar contra el mismo espectáculo que le escandalizaba, puesto que, en lugar de apartar los ojos de aquellos innumerables altares diseminados por todos los caminos, descifraba sus inscripciones. Una de ellas fué, por decirlo así, la que le suministró el texto de su discurso en el Areópago. ¡Encontró realmente un altar con estas palabras:

ΑΓΝΩΣΤΟΙ ΘΕΩΙ

ó tomó solamente su idea de las inscripciones que Pausanias había visto en el camino de Falero y á las que hace alusión Filostrato <sup>(2)</sup>:

(1) Esto es lo que indica la expresión: *παρώξυνο*.

(2) Pausanias, I, 1, 4, dice que había en Falero: *βωμοί θεῶν ὀνομαζομένων ἀγνώστων, καὶ ἡρώων, καὶ παιδῶν τῶν Θεσέως καὶ Φαλήρον*, y Filostrato, en la vida de Apolonio, VI, 2, observa que es muy prudente no decir nunca mal de Dios alguno, sobre todo en Atenas, en donde se hallan altares erigidos á los mismos dioses desconocidos, *οὐ κρὶ ἀγνώστων θεῶν βωμοὶ ἴδονται*. San Jerónimo, *in Tit.*, I, 12, supone, no se sabe con qué fundamento, que la inscripción llevaba: «Diis Asiae et Europae et Africae, Diis ignotis et peregrinis.» Si hubiese sido concebida en esos términos, no hubiera podido servir de argumento al discurso de Pablo.

## ΑΓΝΩΤΟΙΣ ΘΕΟΙΣ?

No podría decirse. Sin embargo, la primera hipótesis es la más verosímil, porque, aun cuando el Apóstol hubiese podido entender el plural en sentido general de la Divinidad, como hacían Sócrates y Platón, es poco probable que se hubiese expuesto á verse interrumpido, á las primeras palabras de su discurso, por oyentes bastante maliciosos para decirle: «¿Dónde has visto esa inscripción que no se halla en ninguna parte?» Además, todo induce á creer que los altares de que hablan Pausanias y Filostrato no estaban realmente consagrados más que á un solo Dios, y esos autores no emplearon el plural sino porque existían en Atenas ó en sus alrededores muchos altares con esta inscripción.

A esta categoría pertenecerían las piedras sagradas que se levantaban allí donde un acontecimiento, feliz ó desgraciado, pero sabiendo á prodigio, se había producido, sin que se supiese á qué potencia sobrenatural atribuirlo <sup>(1)</sup>. Empero la hipótesis más en armonía con el lenguaje del Apóstol es que el altar que llamó su atención llevaba en su rótulo un llamamiento ardiente de las almas desalentadas á un enviado del cielo, tal cual Platón lo había vislumbrado y la humanidad entera lo esperaba, á menos de suponer que los atenienses supersticiosos no hubieran querido, en una de sus innumerables piedras votivas, honrar al mismo Dios de los judíos, llamado por los paganos el Dios Desconocido, puesto que sus adoradores no lo nom-

(1) Aulo Gelio, II, 28, observa que en los temblores de tierra se ofrecía una víctima expiatoria á la divinidad desconocida que los había producido. De aquí aquellos altares con inscripciones singulares; de ellos se encuentra uno al pie de la vertiente del suroeste del Palatino con la inscripción: *Sei Deo, Sei Deae*. Diógenes Laercio, I, 10, cuenta que Epiménides, habiendo hecho soltar desde lo alto del Aréopago ovejas negras y blancas, ordenó, para conjurar la peste, que donde se parasen, fuesen inmoladas, τῷ προσήχοντι θεῷ, al dios á quien aquello pudiese interesar; y de aquí los altares anónimos que se hallaban en los diversos barrios de Atenas (\*).

(\*) Es decir: seive deo seive deae (arcaico); sive deo sive deae, á un dios ó á una diosa.—N. del T.

braban nunca <sup>(1)</sup>. En efecto, no se comprende por qué, habiendo admitido, al lado de sus dioses, todas las divinidades de Oriente que los ejércitos de Alejandro habían hallado en su ruta, habían de excluir al Dios de los judíos, por el cual el conquistador macedonio había mostrado un respeto muy significativo. Cualquier explicación que se adopte, el hecho de un altar consagrado

## AL DIOS DESCONOCIDO

no parece dudoso <sup>(2)</sup>, ya que Pablo halla en este hecho, de todos conocido y aceptado por sus oyentes, la ocasión natural de entrar en materia y apoyar su discurso.

Ora se ocupase en Dios, ora en el hombre, toda la filosofía de aquel tiempo estaba en absoluto desorden.

Sin duda que en la calle de los Hermes, el Apóstol, paseando su tristeza, pudo leer algunas sentencias que constituyeron el honor de la sabiduría antigua; una de las cuales, *Sigue en todo la justicia*, preludiaba el *Sectare justitiam*, que él escribirá más tarde á Timoteo. Mas si, á través de los monumentos de Trasíbulo, de Pericles, de Cabrias y otros muchos, quiso ir á buscar en la Academia un eco de los discursos casi cristianos pronunciados por Platón, ó, en el Liceo, á algunos peripatéticos que hiciesen revivir la escuela de Aristóteles, debió experimentar la más viva decepción. En todos aquellos antiguos círculos en que se daba

(1) En Filón, *Leg. ad Caium*, Calígula habla del Dios de los judíos, como del *Innominado*; y en Lucano, *Farsalia*, II, 593, Pompeyo dice: «Dedita sacris Incerti Judaea Dei.»

(2) Por dos veces se menciona en el *Philopatris* que, tal vez sin razón, la crítica moderna rehusa atribuir á Luciano el Dios Desconocido de Atenas. Por él jura Critias, 9: *Νη τὸν ἄγνωστον ἐν Ἀθήναις*; él es á quien Triefón, uno de los interlocutores, se reserva, 29, el derecho de adorar y de dar gracias, designándolo con el mismo nombre de Dios Desconocido. ¡Quiso el autor hacer alusión al discurso de Pablo! Nada lo prueba; en todo caso, supone que el altar de aquel Dios existía en Atenas. A fines del siglo XVII, se enseñaba en el Partenón una inscripción que respondía exactamente á la afirmación de Pablo. Spon declara que en 1676 ya no la halló. Por otra parte, podía no ser más que una inscripción cristiana aplicada al Partenón, que fue llamado durante algún tiempo el templo del Dios desconocido. Véase Mommsen, *Athenae Christianae*, p. 33.

cita la sabiduría griega, en medio de ídolos todavía de pie, bajo los tristes olivos, en las grutas cubiertas de musgo, ante los templos arruinados, no había más que paseantes desocupados, incapaces de interesarse por las sublimes teorías de Sócrates y de los que, después de él, habían continuado siendo la más noble personificación de la humanidad en la persecución desesperada de la verdad eterna, oculta tras el velo de lo infinito. Al cabo de largo tiempo, la filosofía, á través de una serie de sistemas que revelaban el abatimiento progresivo del espíritu humano, se había resignado á limitar su esfuerzo al estudio de solos los fenómenos tangibles ó morales, y, después de un período de escepticismo y de eclecticismo impotente, había terminado en dos sistemas, el de Epicuro y el del Pórtico. Caracterizando por títulos diferentes el estado del alma de la humanidad en el momento en que fué predicado el Evangelio, eran uno y otro propios de una época de decadencia.

Así como en los siglos de libertad, de entusiasmo y de gloria, sobre todo en el mundo antiguo, en que el individuo se confundía de pleno derecho con el Estado mismo, se había visto sucederse genios que lucharon audazmente para elevarse á las regiones sublimes del pensamiento, así también en los siglos de servidumbre, de abyección, de miseria social, no se halla casi otra cosa que almas que se repliegan sobre sí mismas, ó se pegan á la tierra como á su última esperanza. Ese constante fenómeno tiene fácil explicación.

Cuando la filosofía ya no mira á Dios, se vuelve al hombre, y en este hombre mismo coloca el principio de la felicidad, el fundamento de la moral, el término de todas las cosas. Aventúrase á decir que, puesto que todo va mal aquí bajo, no hay otro remedio que reir ó entristecerse de las locuras humanas, y bastarse á sí mismo, buscando, en el placer ó en el orgullo, según el temple y aspiraciones de cada uno, la felicidad de la vida. Así procedían, en el momento en que Pablo apareció en Atenas, las dos sectas de que acabamos de hablar. Ni la una ni la otra estudiaban la metafísica. La moral les bastaba. Para los adeptos

de Epicuro, esta moral consistía en hallar la felicidad en el placer, y, por consiguiente, en huir del sufrimiento. El sabio suprime, en primer lugar, el temor á los dioses, los cuales, si son alguna cosa, no se cuidan para nada de los hombres, y luego el temor á la eternidad, puesto que la muerte es el aniquilamiento completo del ser humano. Conseguido esto, llenar su existencia de sensaciones agradables y gozar el mayor tiempo posible, en paz y tranquilidad, es el ideal de la vida feliz. Dícese que el maestro había colocado los placeres del espíritu antes que los de los sentidos, pero no se tardó en hallar, con Aristipo, que estos últimos son los más apreciables. Los del estómago parecen haber tenido, para los primeros discípulos de Epicuro <sup>(1)</sup>, una preeminencia incontestable. Decía Metrodoro que toda verdadera filosofía se reduce en definitiva al vientre <sup>(2)</sup>. Es bueno ser virtuoso, porque la virtud, moderando las pasiones, suprime necesidades, penas, sufrimientos. Es preciso deseársela con miras al placer, como la ciencia médica con miras á la salud.

Los derechos ajenos han de respetarse, porque conducir-se de otro modo sería comprometer los nuestros. La justicia, cosa enteramente convencional, es el resultado de un pacto primordial dictado por consideraciones utilitarias, y no habría que inquietarse por las obligaciones que impone, si no fuese por el temor de ser inmediatamente castigado. Ahora bien, este temor turba el alma y compromete la felicidad. El problema de la libertad moral, de la conciencia y de sus luchas casi no inquietaba ya á los partidarios del epicureísmo. En cuanto á la cuestión de la creación y conservación del mundo, sabido es cómo la zanjaban. Átomos, materiales unos, sutiles é ígneos otros, encontrándose ó desviándose fortuitamente en su caída, parecíanles que lo explicaban todo.

(1) Ἀρχή καὶ βίβη παντὸς ἀγαθοῦ ἢ τῆς γαστρὸς ἡδονῆ, en Ritter, *Hist. de la Philos. anc.*, p. 338, ó en Aten., XII, 67. Comp. Dióg. Laercio, X, 6; Cicerón, *de Fin.*, II, 3.

(2) Ateneo, VII, 11.

Habría motivo para admirarnos del prolongado y tenaz éxito que tuvieron teorías tan miserables, si no conociéramos la atracción natural que siente el hombre por todo cuanto puede servir de vehículo á sus malas pasiones. Fácilmente se dispensa á sí mismo de razonar en cuanto se le ofrece gozar. Los déspotas, los tiranos, los opresores de la humanidad fueron desde luego los primeros interesados en fomentar los éxitos de tan funestas doctrinas. Les era grato oír á los filósofos repetir al pueblo, cuyos terribles levantamientos debían temer, que el valor, la gloria, el patriotismo son palabras, mientras que el placer es una realidad consoladora; que en lugar de ejercitarse en ser valientes soldados, oradores, hombres de Estado, era más provechoso gozar simplemente de la vida como de un agradable y perpetuo festín <sup>(1)</sup>. De este modo se transforman rápidamente los pueblos en viles rebaños, cuyas aspiraciones se limitan á las de un sensualismo grosero. Siervos degradados de la materia, no sueñan ya en remover ideas generosas, madres y protectoras de la libertad. Nacen y mueren para la esclavitud.

Con razón despreciaba el estoicismo estas teorías degradantes y, proponiendo al hombre elevarse por encima de los accidentes de la vida, placer ó dolor, buena ó mala fortuna, debía seducir á las almas nobles y grandes. Halagando su orgullo, quería levantar á la humanidad por encima de las miserias de aquí bajo. Panteísta y materialista, cuando se trataba de explicar el origen ó el gobierno del mundo, tenía siempre una altísima idea de los deberes del hombre. Por este punto principal de su filosofía se aproximaba á las doctrinas de Platón. En cuanto á lo demás, se separaba radicalmente de ellas.

Todas las realidades son corpóreas—decía—y todo lo que no es corpóreo es pura abstracción. Los cuerpos ó son pasivos, como la materia del mundo, ó activos, como el éter ó el elemento flúido, sutil, ígneo, que penetra esta ma-

---

(1) Plutarco, *de Epic.*, cap. XXXIII; comp. II, 1.

teria y la anima. Este mundo de tal modo combinado, materia pasiva y elemento activo, es Dios, como el cuerpo y el alma son el hombre. Todos los seres que lo pueblan son fragmentos ó personificaciones en grados diversos del Dios-Todo. Por esto es lógico adorar los astros, los ríos, los héroes, puesto que ellos llevan una porción de Dios. Por otra parte, todo está destinado á volver á entrar por conflagración en el seno de la divinidad, y á salir de ella bajo nuevas formas por una nueva efusión de fuerzas vitales. Una ley fatal preside estas eternas y periódicas destrucciones y renovaciones, sin que ningún ser pueda sustraerse á ellas. Pero el hombre, al sentirse una porción de este Dios, que no es otro que la naturaleza en su conjunto, debe buscar su felicidad en seguir la ley personal que encuentra en sí mismo, la indicación moral que le da su propia naturaleza. He ahí por qué consiste la virtud estoica en armonizar la existencia humana con el orden general del mundo. Por medio de la razón, recibe el hombre la indicación que debe conducir á esta armonía. Por esto siempre hará que el principio racional que está en él presida los diversos actos de su vida, poniéndose por encima de todo placer, de todo dolor, y llegando, no á la insensibilidad física, cosa que sería imposible, sino á la ataraxia, ó estado moral en la que el alma dice al dolor: «Ya no me haces daño.» Razón y virtud, virtud y felicidad son una misma cosa. Por lo mismo que Dios es perfecto, porque obra conforme á su naturaleza, así también el hombre hallará su perfección en las mismas condiciones. Regulando de este modo sus acciones, viene á ser moralmente igual á Dios. Elévase tan alto por encima de las miserias de la vida, que desafía el ataque: *Extra omnem teli jactum*, decía Séneca <sup>(1)</sup>. Esta teoría hubiera sido muy hermosa, á no haber llevado el hombre, en el fondo de sí mismo, instintos depravados. Mas vivir según nuestra naturaleza pervertida, era un llamamiento singular á la perfección.

---

(1) *De Const. Sapient.*, c. 1.

Siendo el hombre tal cual lo ha hecho el pecado original, es preciso empezar por matarlo y poner á Dios en lugar del muerto, si se quiere hacer germinar algo bueno y grande. El estoicismo, ó la fe del hombre en el hombre, no era sino un profundo orgullo que engendraba algunas veces virtudes feroces, y, en resumen, se acomodaba á multitud de vicios. Vivir según la naturaleza era tan elástico, que no podía menos de dejarse arrastrar más de una vez á la más peligrosa arbitrariedad. Desde que la regla del bien para el sabio era él mismo, porque quien hablaba en él era la razón divina con el movimiento de la naturaleza, los más detestables crímenes, la pederastia, por ejemplo, el incesto, podían ser considerados, por esta falsa razón, como obras indiferentes <sup>(1)</sup>. El suicidio podía llegar á ser un derecho y un deber, cuando un gran dolor físico ó moral hacía la vida insoportable <sup>(2)</sup>. Esta vida pareció al hombre desgraciado como una habitación de la que se tiene el derecho de salir cuando el humo impide habitarla <sup>(3)</sup>. Y, de hecho, los grandes estoicos, desde Zenón y Cleanto, hasta Catón y Bruto, habían salido de ella dándose de puñaladas.

Los estoicos de Atenas, á quienes Pablo pudo oír, estaban probablemente poco dispuestos á llegar á tal extremo. Preciso es hallar almas fuertes para resolverse á esta terrible deserción de la vida, deserción que la verdadera sabiduría llama cobardía, pero que, para la ilusión humana, parece todavía un supremo valor. Si en el Ágora, en el Pecilo, bajo las columnatas de los gimnasios, parecían apasionarse por las teorías más ó menos rejuvenecidas de las diversas escuelas, era sin provecho alguno para el adelantamiento moral de la humanidad. El cuadro que más tarde trazará Pablo, en la Epístola á los romanos, de los desórdenes á que se abandonaron los representantes de la sabiduría antigua, estará, en parte, inspirado en el hastío

---

(1) Así apreciaron esos actos tan abominables los tres grandes maestros del Pórtico. Sext. Empír., *Hypot.* III, 200 y 245.

(2) Diog. Laerc., VII, 130.

(3) Marco Aurelio, V. 9; VIII, 47; X, 8, 32.

indignado que experimentó entonces, en Atenas, al contacto de la filosofía extraviada. La impotencia del genio del hombre para sostener, á través de todos sus arranques de poesía y elocuencia, la debilidad de sus pobres razonamientos debió parecerle lastimosa en aquella sociedad helénica, la primera del mundo civilizado. Tal vez dirigió á la filosofía, vencida por la inmoralidad, las palabras que se leían en el zócalo de una estatua levantada á Demóstenes en el Agora por donde se paseaba: «Si tu poder hubiese igualado á tu elocuencia, jamás tu patria hubiese estado sujeta al extranjero.» El resultado final de tan bellos discursos, recitados desde hacía cuatro siglos en la Academia, en el Liceo, en el Pórtico, en el Cinosarges, en los Jardines públicos; de tan sublimes sueños consignados en libros inmortales, era patente en aquella ciudad cubierta de ídolos, en aquellas multitudes entregadas á todos los vicios, en aquellas generaciones envilecidas. Ora levantase los ojos hacia la Acrópolis, ora los bajase hasta el pobre pueblo, veía Pablo por todas partes el crimen y el castigo del paganismo. De ahí el estremecimiento de sorpresa, de indignación, de piedad, que experimentaba en su alma, y el estigma que dirigió más tarde á todos aquellos predicadores de sistemas filosóficos: «Se han presentado al pueblo como sabios y no son más que locos.»

Judío, Pablo se debía desde luego á los judíos; por esto se presentó, á su llegada, en la sinagoga, porque en Atenas había una sinagoga. Evangelizó en ella á sus hermanos y á los griegos piadosos que la frecuentaban. El historiador sagrado no dice cuál fué el resultado de esta predicación. Parece que esto importaba poco en aquel momento en que las inquietudes reales del Apóstol se relacionaban con el mundo pagano. En efecto, á éste buscaba Pablo en la plaza pública, durante todo el día.

El Agora con sus dependencias se extendía desde el pie de la colina del Teseión á poniente, hasta el Diogenión á levante, y del pie de la Acrópolis al mediodía hasta el lugar en que más tarde se levantaron al norte los pórticos.

de Atalo y de Adriano. Hoy todo ha desaparecido bajo las construcciones modernas. Sin embargo, cuando se pasa por delante del reloj de Andrónico, puede asegurarse con certeza que, más de una vez, miró Pablo la hora en su clepsidra y en los cuadrantes solares diseminados en su circuito octogonal hacia los ocho puntos del horizonte.

Bajo las columnas romanas recientemente exhumadas, y que precisan el sitio del antiguo mercado, en torno del pórtico de Minerva Arquegeta, erigido por la munificencia de Julio César y de Augusto, el Apóstol anduvo errante, entristecido por su aislamiento é inquieto por su insuficiencia ante la inmensa obra soñada por su celo. Sin duda que se sentó en aquellas gradas que todavía subsisten, conversando con los comerciantes, los desocupados, los paseantes, con cuantos querían escucharle.

Un poco más lejos, hacia poniente, bajo el amplio pórtico de Atalo, en aquellos tres tramos de cuarenta y cinco columnas cada uno, algunas de las cuales conservan todavía sus capiteles de palmitos y loto, fué á buscar á la juventud congregada de todos los países en torno de la cátedra de profesores más ó menos célebres. Hacia levante, en el gimnasio de Diógenes, hallaba la flor de la sociedad ateniense en aquellos efebos de dieciocho á veinte años, enviados por las primeras familias de la ciudad á fin de que se preparasen en él para las grandes funciones de la vida civil.

Evangelizados los discípulos, pasaba á los maestros, á los *cosmetas* <sup>(1)</sup>, á los retóricos, á los filósofos, por poco que la ocasión se ofreciese. La emprendía con todos <sup>(2)</sup>, y todos, extrañados de ver á aquel pequeño judío, ardiente, enfermizo, animoso, hablando, no sin incorrección, pero con algo muy pintoresco, en la forma como en el fondo, la lengua de Atenas, le escuchaban con curiosidad. La impresión que causaba debía ser grande, puesto que los representantes de las dos escuelas filosóficas más acredita-

(1) Los *cosmetas* eran los magistrados atenienses que velaban por las costumbres de la juventud.—N. del T.

(2) El texto dice: *κατὰ πᾶσαν ἡμέραν πρὸς τοὺς παρατυγχάνοντας.*

das por aquel tiempo en Atenas, la de los epicúreos y la de los estoicos, quisieron conferenciar con él. El sensualismo corrompido de los unos y el orgullo egoísta de los otros debían chocar, desde el primer cambio de ideas, con el espíritu de mortificación y de humildad que Pablo predicaba como el fondo de la moral cristiana. Vióse que se hallaba en el polo opuesto del pensamiento moderno, y se le despreció, desprecio que, en parte, se tradujo en injurias.

Penetrado de su asunto, ¡sorprendía el Apóstol con la abundancia de su palabra, abundancia característica de sus Epístolas, en las que los pensamientos se aprietan, se mezclan, se traban á cada momento, abundancia que debía contrastar singularmente con la brevedad concisa, sentenciosa, del estoicismo en particular? <sup>(1)</sup> Es posible. Comparando este sorprendente lenguaje con su miserable aspecto, con su visible pobreza, con su afectada permanencia en el Ágora, se le tomó por uno de aquellos vagabundos del mercado, que vivían de las legumbres que recogían, procurando hacerse soportables con sus discursos bufones, como los gorriones cantan en el aire buscando granos de trigo. La lengua griega tenía una palabra para calificar á tales personajes; *spermologos* <sup>(2)</sup>, pájaro que recoge granos, parásito, charlatán, y se la aplicaron. «¿Qué viene á decirnos ese pica granos?»—exclamaban los más insolentes.—Otros, juzgándole menos severamente, y confesando que sus teorías religiosas se les escapaban en parte, se contentaban

(1) Quintiliano, *Instit. Orat.*, X, 1.

(2) Esta expresión *σπερμολόγος* se entiende del que recoge granos, de los pájaros que comen en los campos la simiente mal cubierta por la tierra, como lo explica el Escoliasta á propósito de esta palabra empleada por Aristófanes, *Las Aves*, 232 y 579: *σπερμολόγων*, dice, *θνομα ὀρνέων ἃ ἐκ τοῦ ὀρύττειν τὰ σπέρματα, καὶ ἐσθίειν οὕτως ἠνομάσθησαν*. Por metáfora el epíteto significa los vagabundos de mercado que andaban recogiendo los altramuces ú otras legumbres caídas de los sacos de los mercaderes. Véase Eustatio, sobre el vers. 241 de la Odisea, cap. V. De ahí á significar un parásito, un hombre que se impone por su charla, no había más que un paso. Demóstenes, *pro Cor.*, 127, califica á su adversario de *σπερμολόγος* y de *περίτριμμα ἀγορᾶς*, es decir, de hombre que pasa su vida y rompe sus vestidos en arrastrarse, recitando tonterías, por las piedras del Ágora. En este sentido se dirigía la injuria á Pablo. En romance podríamos traducir: «¿Qué quiere de nosotros ese pajarraco, ó ese mascarón?»

con decir: «Parece que es predicador de dioses nuevos (1).» Pablo, en efecto, había hablado de Jesús, Hijo de Dios, y Dios como su Padre; esto era bastante para legitimar la acusación. Los oyentes de menos inteligencia, oyéndole predicar á Jesús y la Resurrección, se asían á estas dos palabras y juzgaban que se trataba sin duda de instalar una nueva pareja en el Olimpo mitológico (2). En resumen, los unos poniéndole en ridículo, los otros tomándole en serio, acabaron por obligar á la opinión pública á ocuparse en él. Juzgóse que sería conveniente invitarle á explicarse públicamente sobre sus teorías religiosas. Pablo no debió molestarse ante esta intimación, y, sin prepararse, halló con tacto exquisito el tono que era necesario emplear para dirigirse al auditorio, medio simpático, medio burlón, que había de escucharle. Es propio de las naturalezas ricas no estar jamás á merced de los acontecimientos que surjan, y poseer en sí mismas el secreto resorte que convierte en triunfo la prueba destinada á humillarlas.

Por lo demás, nada prueba (3) que hubiese habido verdadera hostilidad en la invitación á explicarse que se le había dirigido. Condújosele cortésmente al Areópago—lugar en que se trataban los asuntos importantes—y le dijeron: «¿Podemos saber qué doctrina nueva es ésta que predicas? Porque te hemos oído decir cosas que nunca habíamos oído; y así deseamos saber á qué se reduce eso.» Como se ve, nada había de amenazador en estas palabras. Por el contrario, la urbanidad ateniense se mostraba en ellas (4). Era sobre todo asunto de curiosidad, y San Lucas apoya

(1) Jenofonte, *Memor.*, I, 1, dice que se formuló la misma acusación contra Sócrates; *καὶνὰ δαιμόνια εἰσφέρων*. La palabra *δαίμων* significaba entre los griegos un dios cualquiera que fuese, Homero, *Iliada*, 222, y más particularmente los dioses de segundo orden.

(2) San Crisostomo, Eucumenio y algunos modernos han juzgado á los atenienses capaces de este desprecio.

(3) La expresión *ἐπιλαβόμενοι* indica, al contrario, que se le toma como por la mano, con benevolencia. San Lucas la empleó á propósito de Bernabé cuando hizo la presentación de Pablo á los Apóstoles, *Hechos*, IX, 27, y del gobernador de la fortaleza al tomar aparte al sobrino de Pablo para invitarle á hablar libremente, *Hechos*, XXIII, 19.

(4) *Δυνάμεθα γινῶναι*, es, en efecto, una expresión completamente culta.

esta explicación diciendo que en Atenas, habitantes y extranjeros no tenían otro pasatiempo mejor que decir y escuchar novedades cada vez más sorprendentes<sup>(1)</sup>. Sabemos que ya en tiempos de Demóstenes sucedía así<sup>(2)</sup>. Nada, pues, había de común entre la situación de Pablo y la de Sócrates ante el Areópago. El Apóstol no fué conducido allí para ser juzgado, sino para ser escuchado más libremente que en medio del tumulto del Ágora. Nadie le acusa, nadie le absolverá. La concurrencia sacará diversas conclusiones de su discurso incompleto, y nada más. El tribunal del Areópago no parece, por otra parte, haber sido reunido solemnemente. Pablo fué conducido á él como de improviso. Sin embargo, hubo miembros de esta alta magistratura en el auditorio, puesto que uno de ellos, Dionisio, se convirtió. La asamblea debió verificarse en pleno aire, según la costumbre<sup>(3)</sup>, pero no sobre las piedras entalladas que todavía se ven al sureste de la colina<sup>(4)</sup>. La sala abierta del Areópago, según los recuerdos á que iba unida

(1) Este es el sentido del comparativo *καυρότερον*. Diríase, al hallar aquí esa frase, que San Lucas pensaba en el clásico pasaje de Demóstenes, *Filípica* I, 43, ó en el retrato del hablador en Teofrasto, *Caract.*, VIII, 1.

(2) Tucídides, III, 38; Eliano, *H. A.*, V, 13; Séneca, *Epist.* 94, y otros autores concuerdan en afirmarlo.

(3) *Ἐπαθροὶ ἐδικάζοντο*, hase dicho, Pollux, VIII, C. 10, *sobre los Tribunales de Atenas*. El texto de Vitrubio, II, 1, 5, hablando de los techos de tierra del Areópago, debe entenderse de las casas levantadas en la colina del Areópago, casas que, á juzgar por los cimientos, fueron mezquinas y miserables.

(4) Me pregunto cómo se ha podido buscar en el pequeño rectángulo excavado en la roca, al sureste del Areópago, el sitio en que la augusta asamblea celebraba sus sesiones, y cómo yo mismo pude, cuando mi primera visita á Atenas, aceptar esta inaceptable indicación. La escalera de 16 gradas por la cual se llega al estrecho cuadrilátero es muy incómoda, por no decir inaccesible. Nunca jamás pudo servir de camino á los jueces venerables que iban á sentarse en el tribunal. Los tres cortes en la piedra, que se hallan en la cumbre, no podrían, en sus miserables dimensiones, señalar el recinto de un tribunal. Allí hubo más bien un altar votivo. En torno de ellos, la piedra gastada y los resaltos del terreno impiden ofrecer sitio á una concurrencia. Por otra parte, hay un punto fijo para determinar el sitio del Areópago, y es el santuario de las Euménides encima del cual, ó á cuyo lado debió hallarse. Las piedras hundidas impiden fijar exactamente el lugar de este santuario, pero ciertamente estaba al norte, donde se abrian profundas grutas. Se llegaba desde el lado del Ágora por calles que serpenteaban por la colina y cuyo vestigio se ve todavía. Las ruinas de una iglesia dedicada á San Dionisio

esta institución judicial, se hallaba con toda certeza al lado ó encima del templo de las Euménides, allí mismo donde Orestes había sido absuelto del asesinato de su madre. Ahora bien, el santuario de las Euménides tenía su lugar bien señalado en una de las profundas grutas abiertas al noreste de la colina. Desde allí se dominaba el Ágora y los edificios que la rodeaban. Pablo habló teniendo á su vista, no la Acrópolis, que veía sólo de lado y desde abajo, sino la ciudad de los filósofos, de los estudiantes, de los comerciantes, y de los paseantes, aquella á la que habría querido hacer llegar su palabra vibrante, si hubiese sido posible. Es notable, en efecto, que no se dirija á los jueces, sino á los ciudadanos de la ciudad entera. Las palabras de salutación que emplea deben llegar á toda alma de buena voluntad.

Habla de pie. Diríase que el hombrecito que ha oído las trivialidades del Ágora, se levanta con toda su dignidad de Apóstol para imponerse á sus insultadores ¡Qué bosquejo de mano maestra es su discurso! Nos ha sido conservado en sus líneas principales, ya por él mismo, que debió dar cuenta de él á Timoteo y á Silas, cuando fueron á juntársele, ya por Dionisio el Areopagita cuya conversión había determinado. Desde el punto de vista del arte oratorio y de la apologética, es un fragmento admirable. Elocuencia insinuante, delicadeza de sentimientos, elevación de doctrina y sencillez de expresión, calor del alma y movimiento del pensamiento, nada falta en él. Diríase que la naturaleza tan maravillosamente dotada de Pablo se había modelado en algunos días en el mismo giro del espíritu ateniense, y el potente orador, con una elegancia tan exquisita como su sencillez, demuestra que sabe enseñar, en la lengua de Demóstenes y de Platón, el Evangelio de Jesucristo.

«Ciudadanos atenienses—dijo,—echo de ver que vos-

indican probablemente el lugar de la sala judicial. Esta dominaba el Ágora, pues se hallaba á sus puertas. (\*)

(\*) Pero véase Vigouroux, *Le Nouv. Test. et. les découv. archéol. mod.* libro III, cap. V; Schneller (trad. Gindraux), *L'Apôtre Paul et le monde ancien*, p. 211.—N. del T.

otros sois en todo nimiamente religiosos<sup>(1)</sup>; porque al pasar, mirando yo las estatuas de vuestros dioses<sup>(2)</sup>, he encontrado también un altar con esta inscripción: ¡AL DIOS DESCONOCIDO!»

Entra en materia con un homenaje muy hábilmente tributado al sentimiento religioso que los atenienses se jactaban de poseer más desarrollado que los demás pueblos. Sabido es que Sófocles les había dirigido antiguamente, por boca de Edipo, esta agradable lisonja, y Eurípides había hallado el ejemplo digno de ser imitado<sup>(3)</sup>. Por otra parte, el elogio era merecido, y todos los autores, desde Jenofonte, quien nota que tenían doble número de fiestas religiosas que los demás pueblos, hasta Josefo, que los declara los más religiosos de los griegos, están ahí para confirmarlo<sup>(4)</sup>. La natural religiosidad de los atenienses le permite, pues, ponerse en contacto con su auditorio, sin disgustarle mucho. Un detalle que hubiera escapado á muchos, pero que él observó con el más vivo interés, el altar consagrado al Dios Desconocido, le sirve muy felizmente para entrar en materia. Ve en ello una prueba de que el pueblo de Atenas no se contenta ya con aquellos dioses antiguos, y que su piedad busca otro. Su mano ha escrito sobre una piedra algo así como un llamamiento desesperado á un ser superior, el que tal vez había vislumbrado Platón, capaz de colocarse en lugar de los ídolos carcomidos y de consolar á las almas sedientas de verdad y justicia.

(1) La expresión *δεισιδαιμονετέροις* significa más particularmente hombres que temen á Dios. Este temor de la divinidad engendra la piedad y á veces la superstición. De ahí los dos sentidos de esta palabra. Así Jenofonte, *Cyr.*, III, 3, 58; Aristóteles, *Pol.*, V, 11; Diodoro, I, 10; Josefo, *Antiq.*, X, 3, 2, la toman en el sentido de *religiosos*; Plutarco, *de Adul.*, c. XVI, *de Superst.*, c. X; Diodoro, I, 62; IV, 51; Teofrasto, *Caract.*, XVI, 22, la emplean en el sentido de *supersticioso*. Aquí debe traducirse por la palabra religiosa. Comp. el vers. 23, *εὐσεβείρε*, y otro pasaje de los *Hechos*, XXV, 19 en que es empleada.

(2) Por τὰ σεβάσματα debe entenderse los templos, los altares, las estatuas. Comp. *II Tesal.*, II, 4; Dionis. de Halic., *Ant.*, I, 30; V, 1.

(3) Sófocles, *Edipo en Col.*, verso 260. Eurípides, *Her.*, 177, 330.

(4) Jenofonte, *de Rep. Athen.*, III, 2; Josefo, *C. Apion.*, II, 12; Pausanias, *Attic.*, 24; Tucídides, II, 40.

«Pues bien—prosigue el Apóstol,—lo <sup>(1)</sup> que vosotros adoráis sin conocerlo, eso es lo que yo vengo á anunciaros.»

He ahí la proposición después del exordio, como diría la retórica. Los atenienses tributan homenaje al Desconocido, Pablo va á hacerles conocer Aquel á quien es preciso tributar homenaje. El yo que pone por delante es una respuesta á las desagradables calificaciones que ha oído en el Ágora. El charlatán va á enseñar alguna cosa á los graves filósofos; el judío despreciado, á los soberbios griegos, porque, en fin, va él á revelar á Aquel mismo que ellos declaran no conocer, siendo así que le adoran, á Aquel indefinido que no pueden precisar y á quien su religión persigue como una soberana realidad. Vamos á oír una sublime lección de filosofía cristiana:

«El Dios que creó al mundo y todas las cosas contenidas en él, siendo como es el Señor de cielo y tierra, no está encerrado en templos fabricados por hombres <sup>(2)</sup>; ni necesita del servicio de las manos de los hombres, como si estuviese menesteroso de alguna cosa, antes bien, él mismo está dando á todos la vida, y el aliento, y todas las cosas.»

Aquí no tenemos más que un resumen, pero es exacto. Se comprende que de sus líneas generales no falta ni una. Con la precisión y la sencillez que la verdad presta á la palabra humana, desenvuelve Pablo muy felizmente, trazo por trazo, la idea precisa del verdadero Dios. Este Dios creó el mundo y todas las cosas. Ninguna filosofía, ni la de Platón, ni la de Aristóteles, se había elevado á la concepción de un Dios creador. La eternidad de la materia había sido la piedra de escándalo de todos los sistemas, la base falsa que debía viciar las más sublimes especulaciones de la razón. En una palabra, Pablo niega esta eternidad, y con ella suprime los falsos dioses, ya que si uno solo lo ha hecho todo, uno solo es Dios. Creador de la materia, este

(1) La verdadera lectura es δ... ταῦτο, y no ἐν... τοῦτον, y Pablo vió en la inscripción que él cita un homenaje no á un dios mitológico desconocido, sino á la misma divinidad, τὸ θεῖον.

(2) Diríase una reminiscencia del discurso de Esteban antes de su martirio. *Hechos*, VII, 48. Comp. II *Macab.* XIV, 35.

Dios no es materia, y no hay que pretender limitarlo en el espacio. No hay templo capaz de contenerle, aunque fuese el universo entero. Habiendo hecho todas las cosas, no puede existir sino en sí mismo, en donde existía antes de crearlas. Sin duda alguna que dará audiencia á sus servidores en los edificios que la piedad le consagra, pero no podrá estar encerrado en ellos, y, escuchando de buen grado la oración del hombre, no cesa jamás de estar en todas partes. Á medida que el pensamiento de Pablo se desenvuelve, mina por su base cuanto su auditorio tiene de más amado: teorías filosóficas, gustos artísticos, prejuicios paganos. Dios es; he ahí la condenación del ateísmo de Epicuro. Es el creador y el señor del mundo; luego es distinto de él, luego el panteísmo de Zenón no puede sostenerse. Es infinito, y desde luego poco le importan esos templos edificadas con tanto arte, que son el orgullo de Atenas. Lo da todo, y, por consiguiente, no tiene necesidad de nada, de tal suerte que esos millares de altares, recibiendo ofrendas cotidianas, no son más que una vasta redundancia. El hombre, puesto que es su obra, debe ser su templo más hermoso, y las verdaderas víctimas dignas de la divinidad son las que se ofrecen en la intimidad del alma que adora y expía. He aquí la base de la nueva religión. Es la teodicea cristiana en lo que tiene de más sencillo y sublime.

Mediante una transición natural, el Apóstol pasará á la antropología, que es el segundo aspecto de toda religión. Con una amplitud de miras desconocida por toda otra filosofía, proclamará la fraternidad humana y la relación esencial y necesaria de la humanidad con Dios.

«Él es el que de uno solo ha hecho nacer todo el linaje de los hombres, para que habitase la vasta extensión de la tierra, fijando el orden de los tiempos, y los límites de la habitación de cada pueblo, queriendo con esto que buscasen á Dios, por sí rastreando y como palpando, pudiesen por fortuna hallarle <sup>(1)</sup>, como quiera que no está lejos de

---

(1) En el giro empleado por Pablo está latente la imagen del ciego que

cada uno de nosotros; porque dentro de él vivimos, nos movemos y existimos; y como algunos de vuestros poetas dijeron:

*Somos del linaje del mismo Dios.»*

Si no hay más que un Dios, no hay más que un Padre, y todos los hombres, obra de sus manos, son hermanos. En la teoría politeísta, cada nación tenía sus dioses y se atribuía un origen particular y privilegiado. De aquí las profundas divisiones entre pueblo y pueblo, con todas las injusticias y las violencias cuya consecuencia eran. La humanidad no es más que una familia. Ha salido de un solo hombre, y las naciones no deben menospreciarse ú odiarse; son todas de un mismo tronco, de la misma nobleza, de la misma sangre, y ante Dios tienen los mismos derechos. Este Dios las ha difundido por la tierra, señalando á cada una su puesto bajo el sol, su destino feliz y desgraciado y el tiempo que habrá de vivir. Puesto que él es el Padre, él es el señor, y los pueblos, como los individuos, no tienen que hacer más que recibir y seguir la consigna que les dará. Esta consigna, que deben buscar con todos sus esfuerzos, es lo que han perdido <sup>(1)</sup>. La ley del progreso en la humanidad es, pues, una ley providencial. El hombre debe ir siempre adelante, en persecución de la verdad, y á medida que se aproxima á ella, se aproxima á Dios.

El esfuerzo de esta pobre humanidad fuera de la Revelación recuerda al Apóstol las vacilaciones, los tanteos del ciego que se agita en las tinieblas. ¡Cuántos razonamientos falsos ha hecho, cuántos sistemas extraños ha edificado, cuántas teologías absurdas ha imaginado, buscando lejos, á través del tiempo y del espacio, á Aquel que está en nosotros y en quien nosotros existimos, sin ser Él y sin que

busca: *ei άραγε*, si por azar, *ψηλαφήσειαν αυτόν και εύροισιν*, llegan á palparlo y á hallarlo. Homero, *Odisea.*, IX, 416, Comp. *Job.* V, 14.

(1) Pablo indica aquí un punto capital de la religión que predica, la caída del hombre. Al emplear la palabra *ξηρειν*, supone el pecado original. No se busca sino lo que se ha perdido. (\*)

(\*) De todos modos, la frase *quaerere Deum, quaerere Dominum* es frecuente en el antiguo Testamento.—N. del T.

Él sea nosotros! En efecto, Dios es, no sólo la atmósfera en que vive el hombre, mas la fuente misma de su vida. Nuestra conservación no es sino una creación perpetua. En nosotros, el instante que precede no lleva en sí fatalmente el que va á seguir. Es necesario, para que conservemos la existencia, un acto positivo de Dios; de modo que siendo el ambiente en que vivimos, es asimismo el principio de donde nos viene, por un influjo incesante, la vida, no solamente en su desarrollo físico, intelectual y moral, sino también en sus elementos primordiales, el movimiento y el ser. ¡Y el hombre no ha hallado á este Dios, tan cerca de él que no se puede imaginar nada tan próximo, salvo la unión panteísta, de la que no es cuestión aquí! ¡Nosotros no tenemos, en efecto, la existencia más que en Él y por Él! A un auditorio judío, el Apóstol le hubiera recordado los magníficos acentos del salmista (1): «¿Adónde iré yo que me aleje de tu espíritu? ¿Y á dónde huiré que me aparte de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás tú; si bajo al abismo, allí te encuentro. Si tomare las alas del alba y fuere á posar en el último extremo del mar, allá igualmente me conducirá tu mano, y me hallaré bajo el poder de tu diestra.» Á los atenienses les recuerda sus poetas. Es cosa bastante sorprendente que este discípulo de Gamaliel, de educación esencialmente judía, los hubiese conocido. Sin embargo, los conocía lo bastante para precisar que el verso citado por él pertenece á muchos de ellos (2). Según aquellos inspirados por el genio pagano, el hombre, por su naturaleza, tiene alguna cosa que procede de la divinidad. El cristianismo explicará este lazo de filiación entre nosotros y

(1) *Salmo*, CXXXVIII, 7, 8, etc.

(2) El verso que cita Pablo está exactamente tomado del poema de Arato, *los Fenómenos*, que los antiguos apreciaban mucho. Arato era de Soli en Cilicia, casi conciudadano de Pablo, pero había vivido dos siglos y medio antes de él. El verso quinto del poema es este: τοῦ γὰρ καὶ γένος ἐσμὲν. Este es el que Pablo cita palabra por palabra, pero indica que otros poetas han dicho lo mismo. Y en realidad, Cleanto, de Asos, uno de los más célebres discípulos de Zenón, dice en su *Himno á Júpiter*; ἐκ σου γὰρ γένος ἐσμὲν. Píndaro, *Nem.*, 6, emite el mismo pensamiento, pero el verso no es el mismo: ἐν ἀνδρῶν, ἐν θεῶν γένος. (\*)

(\*) Véase *La Obra de los Apóstoles*, vol. I, p. 152.—N. del T.

Dios, afirmando que, por nuestra alma espiritual é inmortal, hemos sido hechos á imagen y semejanza del Creador. Pablo, por el momento, se contenta con el testimonio de los poetas de esos videntes completamente humanos, si así puede decirse, de esos profetas de orden inferior, pero cuya inspiración y genio les ofrecieron algunas veces vistas más profundas sobre el mundo sobrenatural.

De este parentesco entre el hombre y Dios, saca el Apóstol, con moderación, por otra parte, benévola, una conclusión lógica contra el culto de los idolos:

«Siendo, pues, nosotros del linaje de Dios, no debemos <sup>(1)</sup> imaginar que el Ser Divino sea semejante al oro, á la plata, ó al mármol, de cuya materia ha hecho las figuras el arte é industria humana.»

El hombre es superior á la materia que trabaja según su capricho; luego con mucha más razón, Aquel que ha hecho al hombre será cosa muy distinta de las estatuas, por maravillosas que sean, talladas por el cincel del artista. En nombre mismo de la dignidad humana, es indispensable derribar esos ídolos indignos de ser llamados dioses. Sin duda que los espíritus elevados hace ya mucho tiempo que han cesado de adorar las estatuas en sí mismas para referir su culto á los dioses que representan, pero la multitud—y esta es la que constituía la mayor parte de la asistencia—ruega todavía ó invoca ora á un pedazo de piedra ó de madera caído del cielo y escondido detrás del velo del santuario, como en Pafos y en el Erecteion, ora las obras de los artistas que hablan á su alma como hablaría la misma divinidad. ¡Qué aberración del espíritu humano! Ya hace muchos siglos que dura; ha llegado la hora de acabar con ella.

«Pero Dios, habiendo disimulado <sup>(2)</sup> los tiempos de esta

---

(1) Se ha notado con razón la moderación que usa Pablo en su condenación de la idolatría. Habla en primera persona del plural *οὐκ ὀφείλομεν*, como para unirse á los que acusa.

(2) La expresión *ὑπεριδών* denota ya el acto del que desprecia, ya del que pasa por alto y olvida. Aquí expresa un sentimiento de piedad misericordiosa.

ignorancia, intima ahora á los hombres que todos en todas partes hagan penitencia, por cuanto tiene determinado el día en que ha de juzgar al mundo con rectitud por medio de aquel varón constituido por él, dando de esto á todos una prueba cierta con haberle resucitado de entre los muertos.»

El Apóstol entra aquí en el verdadero terreno del Evangelio. Hasta ahora no ha salido del de la filosofía <sup>(1)</sup>, y sus oyentes le siguen con alguna sorpresa, tal vez con admiración. Con gran viveza sale de él para emprender la tesis cristiana. Parece que el historiador, más cruelmente que al principio, ha abreviado aquí su discurso. Las precauciones oratorias, tan hábilmente utilizadas hace un momento, cesan, y el Apóstol hiere poco á poco á sus oyentes en su amor propio, afirmando que lo pasado fué detestable, y que es necesario hacerse otros hombres para crear otro porvenir.

Acaba de despreciar los templos, las estatuas, los prejuicios de raza, cosas de que los atenienses estaban muy orgullosos; he aquí que ahora, con una palabra, inmola sus glorias intelectuales. Sus sabios, sus oradores, sus poetas y toda la humanidad no han inspirado á Dios sino una piedad profunda. Mira por encima de sus cabezas como si ellos nunca hubiesen existido, y á la humanidad, que ha permanecido con todo su orgullo en el horror y en el mal, la invita á hacer penitencia. Todo cuanto ha precedido no ha tenido ningún valor; es indispensable prepararse el porvenir, no por el esfuerzo de la inteligencia —no todos serían capaces de ello,—sino con el cambio de vida y la transformación del corazón. No es hombre quien no puede sentir pena del mal que ha hecho y dedicarse al bien que es preciso hacer. Por eso todos y en todas partes son invitados al arrepentimiento. La humanidad ente-

---

(1) El P. Lacordaire, al inaugurar el género apologético de sus conferencias, parece haberse fundado en el ejemplo de Pablo. Como él, empezó por hablar el lenguaje de su auditorio antes de hablar al auditorio el lenguaje de Jesucristo.

ra procede de Dios; su destino es vivir en Él, en el tiempo y en la eternidad. El Evangelio y la salvación son, pues, para todos los pueblos. Dios les envía la luz y la gracia, á fin de juzgarlos pronto en su justicia. El juez está designado. Pablo le llama sencillamente un hombre, para no complicar su primera lección de teología, pero es un hombre señalado con el signo de Dios, y autorizado oficialmente por el más sorprendente de los milagros: su resurrección de entre los muertos, resurrección que confirma como divinas las obras y las doctrinas de su vida.

El pensamiento del Apóstol era hacer de la resurrección de Jesús el punto de apoyo de su exposición doctrinal. Tenía razón. Ante un auditorio pagano, no podía invocar las profecías; pero existía un hecho positivo, no menos sorprendente que los oráculos de los profetas: el sepulcro del Crucificado, que había quedado vacío, y el Resucitado, que había sido visto y tocado por numerosos testigos. No necesitaba más para edificar todo el andamiaje de las doctrinas evangélicas: misión divina de Jesús, redención por su muerte y su doctrina, reino de Dios inaugurado. Desgraciadamente, el auditorio no quiso admitir la base fundamental de su argumentación. El prodigio de la resurrección de un muerto contrariaba á su razón. En el campo de las ideas, habían escuchado á Pablo. En el de los hechos, se le interrumpió á la primera palabra. Los unos echáronse á reir, en oyendo hablar de muertos que volvieron á la vida. ¿Quién, pues, ha visto un fenómeno semejante? La misma Fábula no había conocido más que metamorfosis, pero nada de resurrecciones. Aquel judío, que había empezado á hablar bastante bien, empezaba á desatinar de repente. Se burlaron de él <sup>(1)</sup>. Ante esta manifestación hostil, era necesario pararse. Acaso algunos oyentes sintieron que no se dejase al orador llegar hasta el fin.

Una parte del auditorio dijo: «Te volveremos á oír to-

(1) San Lucas se sirve de la misma expresión *ἐχλεύαζον* que había empleado con motivo de los judíos que se burlaron de los Apóstoles á quienes creían ebrios, el día de Pentecostés, *Hechos*, II, 13.

davía otra vez sobre esto.» ¿Era ésta una manera cortés de decirle: basta? ¿Ó bien tuvieron algunos el deseo de saber algo más sobre ello? <sup>(1)</sup> Esta última suposición nos parece autorizada por el hecho de que, cuando el Apóstol salió de la asamblea, algunos oyentes le siguieron <sup>(2)</sup>. Eran, sin duda, los que querían conocer todo su pensamiento los que, persuadidos por él, se hicieron cristianos. El historiador tan sólo nombra dos, un hombre y una mujer, pero declara que fueron muchos <sup>(3)</sup>. El hombre era un personaje importante, Dionisio, miembro del Areópago. Según tradición muy antigua <sup>(4)</sup>, consignada en Eusebio, este magistrado convertido vino á ser obispo de Atenas. Nicéforo añade también que murió mártir en ella. La mujer, llamada Dámaris, debió ser célebre ó por su posición en la sociedad ateniense, ó por los servicios que prestó más tarde al Evangelio, pues, de lo contrario, casi no se explicaría que San Lucas hubiese querido conservarnos su nombre <sup>(5)</sup>. San Crisóstomo supuso que era la mujer de Dionisio, pero el texto nada dice acerca de esto. La misma ausencia de toda indicación acerca de ello induce á creer que esta hipótesis no está fundamentada. ¿Se halló Dámaris mezclada con la concurrencia que escuchaba á Pablo en el Areópago? Es probable, ya que el relato de San Lucas parece unir su conversión á la misma pre-

(1) El texto *καὶ πάλιν*, todavía otra vez, parece autorizar este sentido. Si querían deshacerse definitivamente del predicador, no se le hubiera dicho *καὶ, todavía* otra vez. Bastaba con decir: «Bien, bien, otra vez.» Por otra parte el historiador indica con estas palabras *οἱ μὲν* y *οἱ δέ* dos categorías distintas y opuestas en la concurrencia, lo que sería poco exacto, si unos y otros se hubiesen burlado del Apóstol.

(2) Hay que ver la trabazón que el historiador pone entre la salida de Pablo y la agregación de los que le dan escolta: *τινὲς δὲ ἄνδρες κολληθέντες αὐτῷ*.

(3) Dice *τινὲς ἄνδρες*, y más abajo *καὶ ἕτεροι σὺν αὐτοῖς*.

(4) Eusebio, *H. E.* III, 4 y IV, 23, refiere que, según Dionisio, obispo de Corinto, hacia la mitad del siglo segundo, el Areopagita había sido el primer obispo de Atenas. *Comp. Const. Apost.*, VII, 46, 2. Nicéforo, III, 11. *Mallala, Chronogr.*, p. 251, edic. Bonn.

(5) Grocio y otros han supuesto que se llamaba Dámalis, la Ternera, nombre bastante extendido en el mundo griego. El cambio de λ en ρ es, sin duda, cosa ordinaria, pero muchas inscripciones antiguas llevan el mismo nombre de *Δαμάρης*; v. Boeckh, *Inscript.* 1241; otras la de *Δαμαρίων*, 2393, etc. En *Diod.* XI, 26, la mujer de Gelon se llama *Δαμαρέτη*.

dicación del Apóstol. Como apenas se admitía en Atenas que una mujer honrada tomase parte en las reuniones públicas, algunos han supuesto que Dámaris había sido una especie de Magdalena errante, súbitamente tocada por la gracia y ganada para Jesucristo.

Sea de ello lo que fuere, el movimiento en favor del Evangelio parece que fué menos intenso en Atenas que en Tesalónica, ó aun que en Berea. Sin embargo, se equivocaría quien supusiese que fué insignificante y que la palabra de Pablo quedó sin fruto en aquel ambiente, el más culto del mundo antiguo. En efecto, la Iglesia de Atenas se nos muestra desde el origen, muy floreciente, á pesar de las dificultades que debía suscitarle todo un glorioso pasado de recuerdos mitológicos, de literatura frecuentemente poco moral, y, finalmente, de costumbres sensuales, reprobadas por religión de Jesucristo. Hacia la mitad del siglo segundo, Dionisio de Corinto le dirige una hermosa carta de edificación <sup>(1)</sup>. Casi al mismo tiempo, suministra ella al cristianismo los primeros apologistas: Arístides <sup>(2)</sup>, Cuadrato <sup>(3)</sup>, Atenágoras <sup>(4)</sup>, mientras que Dionisio y Publio, sus primeros obispos, mueren mártires. Sin duda que en el libro de los Hechos no se dice que Pablo la visitase de nuevo; pero ¿qué puede concluirse de narraciones tan fragmentarias y tan incompletas como las de San Lucas? Indudablemente, el Apóstol volvió á pasar por Atenas y consolidó en ella la obra de su primera misión. Posible es que no escribiese carta alguna á los atenienses, pero tampoco las dirigió á otras grandes Iglesias por él fundadas. Los frutos que produjo desde el siglo segundo la comunidad cristiana de Atenas bastan sobradamente para sentar que el celo de Pablo no había sido estéril en ella.

(1) Eusebio, *H. E.* III, 4.

(2) Presentó su Apología del Cristianismo á Adriano hacia el año 133. Véase Eusebio, *H. E.*, IV, 3; San Jerónimo, *de Vir. illus.*, 20; *Epist.*, 83, ad Magnum.

(3) Véase San Jerónimo, *de Vir. illus.*, 19.

(4) En el título de su Apologíeades cristianas, se le llama ateniense y filósofo.

## CAPÍTULO V

### El Evangelio en Corinto

La vía de Atenas á Corinto.—Qué era Corinto cuando Pablo llegó á ella.—La hospitalidad en casa de Priscila y Aquila.—Pablo ejerce un oficio manual para vivir y empieza á predicar en la sinagoga.—La llegada de Silas y Timoteo le determina á pronunciar algunos discursos más incisivos.—Ruptura con los judíos.—Iglesia abierta al lado de la sinagoga.—Numerosas conversiones.—Jesús en una visión anima á su Apóstol.—Comunidades diversas fundadas en Acaya. (*Hechos*, XVIII, 1-11).

El verdadero Apóstol teme llegar tarde allí donde el bien parece que cuesta mucho de hacer. Oye la voz del Maestro que dice: *Id y enseñad; Euntes docete*. El mundo entero está abierto á sus ambiciones, y ve siempre un objetivo que le atrae, un punto previsto en que mañana deberá echar la divina semilla.

El centro más importante cercano á Atenas era Corinto, entonces metrópoli oficial de Grecia. Sabido es que, destruída por Mummio, esta ciudad había sido reedificada, cien años después, por Julio César y poblada por habitantes llegados en corto número de cada una de las provincias del imperio <sup>(1)</sup>: veteranos, libertos, y sobre todo comerciantes. Éstos hallaban muy propicio para su negocio aquel inmenso depósito cuyos arrabales se extendían hasta los dos mares, pues sus puertos, Cencreas y Lequea, se abrían, aquél hacia Oriente, y éste hacia Italia y Occidente. Su reputación de ciudad totalmente corrompida contribuía no poco á atraer muchos visitantes. Existían en ella más extranjeros que helenos. Esto explica que tuviese un anfitea-

---

(1) Estrabón, VIII, 6; Pausanias, II, 1; Plinio, *H. N.*, IV, 5; Plutarco, *César*, 57.

tro para las luchas sangrientas en que hombres y bestias se mataban unos á otros <sup>(1)</sup>. Podía muy bien contar, en tiempo de San Pablo, seiscientos mil habitantes. Como en todos los puntos principales del imperio, los judíos tenían en ella una colonia numerosa <sup>(2)</sup>, cosa que para el Apóstol no carecía de importancia. Además, Corinto estaba en el camino de Roma. ¿Quién sabe si, ya entonces, Pablo no pensaba, por poco que la ocasión se ofreciese, en ir á evangelizar la capital del mundo?

De Atenas á Corinto había una jornada de navegación, si se atravesaba el golfo de Salónica, ó tres de camino, 100 kilómetros, si se le circundaba á pie. El historiador no precisa el modo de viajar adoptado por el Apóstol. Deja suponer que abandonó la ciudad, siendo tan poco notado en su partida como en su llegada. Si tomó un navío en el Pireo, pasó por delante de Salamina para desembarcar en el fondo del golfo, en la graciosa ensenada de Cencreas. De aquí se llegaba á la metrópoli de Acaya por la larga vía bordeada de tumbas, que pasaba por el bosque de cipreses de Cranea, ante los templos de Belerofonte, de Venus la Negra y de los monumentos de Diógenes el Cínico y de la cortesana Lais. Si hizo el camino por tierra, más de una estación interesante pudo cautivar su atención. Eleusis, con su famoso templo de Demeter (Ceres), era uno de los centros religiosos en que el hombre había vislumbrado mejor los horizontes elevados de la vida moral y del destino futuro, no siendo acaso los misterios de la buena diosa más que un recuerdo ó un resto religiosamente conservado de la religión primitiva. En las gradas de la gran sala de la Iniciación, en que nosotros mismos más de una vez nos hemos sentado, como visitantes, habían tomado asiento, como prosélitos, los hombres más célebres de la antigüedad, llevándose—según se decía—como un secreto precioso el dogma de la

---

(1) El emplazamiento es todavía visible á levante de Paleo-Corinto, entre las dos vías de las que una va hacia Hexamilia y la otra hacia Corinto moderna.

(2) Filón, *Leg. ad Caium*, § 36.

unidad de Dios y de la inmortalidad del alma. A una corta jornada de allí, aparecía Megara, con su doble ciudadela, como una falsificación de Atenas, poblada de templos <sup>(1)</sup> y de estatuas, pero con más pretensión que gusto. Ora con motivo de las incesantes guerras que tuvieron que sufrir, ora por la insuficiencia de sus recursos, los de Megara no habían edificado nunca nada notable. Utilitarios por temperamento, empleaban las rentas del tesoro público en construir acueductos que conducían el agua de las montañas, y no tenían inconveniente ninguno en dejar que terminase en yeso ó en barro cocido un Júpiter Olímpico cuya cabeza había sido esculpida por Fidias en oro y marfil.

Dejando atrás Megara, entendiábase la famosa vía abierta en la piedra al pie de los montes Geranianos, vía que, por sus contornos pintorescos, sobre un mar azul y quieto como un lago, recuerda las deliciosas ensenadas de la Córnica y las encantadoras calas que se suceden de Salerno á Amalfi. La tradición pagana hacía de este camino tan gracioso el antiguo teatro de las proezas del bandido Escirón que engordaba las tortugas con la carne de sus víctimas. En seguida, contorneando el golfo, llegó el Apóstol al punto en donde, por no medir el istmo más que siete kilómetros de ancho, se ven simultáneamente los dos mares. Su alma dirigió, sin duda, una mirada santamente ambiciosa hacia el país de Occidente en que reinaban los señores del mundo. Por una vía resbaladiza y dispuesta para ello, vió transbordar por tierra los navíos que se dirigían á Italia. Pero la hora de seguirlos no había llegado todavía. Franqueó el antiguo muro que separaba el Peloponeso del resto de Grecia. Antes de internarse en la gran avenida formada, de una parte, por una alameda de pinos cuidadosamente alineados, y, de la otra, por una larga serie de estatuas que representaban los atletas vencedores en los juegos ístmicos, se sentó tal vez, soñador, so-

(1) Pausanias, I, 39-44 hace de ellos una larga enumeración. El de Artemis Soteira (Diana Salvadora), encerraba las estatuas de los Doce Dioses por Praxiteles.

bre las viejas piedras del Estadio, y, meditando en el valor obstinado de los luchadores que iban allí á conquistar una perecedera corona de pino, se exhortó á merecer él también la corona mucho más preciada de la gloria eterna. En aquel recinto de los juegos ístmicos, Flaminio, después de la derrota de Filipo de Macedonia en Cinoscéfalos, había hecho proclamar la independendencia de Grecia entre los aplausos delirantes del pueblo sorprendido de tanta magnanimidad por parte de los vencedores. Pablo, que llegaba cual pacífico y modesto desconocido, sin el ruidoso séquito ni las pretensiones orgullosas del general romano, con el Evangelio en la mano y el amor del Crucificado en el corazón, llevaba una libertad por muy distinto modo verdadera y deseable para todo hombre de buena voluntad.

De Istmia, una vía directa conducía á Corinto, juntándose á la de Cencreas. El Apóstol la siguió. Todo el que visita á Corinto, guarda siempre viva la impresión que experimenta á medida que se acerca á la inmensa roca sombría y salvaje que se eleva verticalmente á 575 metros sobre el mar, coronada su cima por los restos de la antigua acrópolis. Con el sol que se levanta ó se pone, la majestuosa montaña pasea su sombra de un mar al otro. La antigua ciudad, sepultada desde largo tiempo bajo la hierba, duerme á sus plantas como en un vasto cementerio. Algunos cipreses crecen en ella; casas modernas, medio derribadas por el último terremoto, se levantan desmanteladas, sin techo; raros habitantes, roídos por la fiebre, vagan en medio de las ruinas. Un sacerdote basta para las necesidades del pobre rebaño, y las cinco iglesias que todavía subsisten, señalando sin duda los lugares antiguos, son tan miserables, que se las tomaría por vulgares corrales más bien que por santuarios cristianos. Este espectáculo de desolación no hace más que acentuar el efecto grandioso de este sitio excepcional, y el alma no puede sustraerse á un extraño sobrecogimiento.

Cuando Pablo se presentó en la capital de Acaya, Corinto era rica y bella. Orgullosa de sus soberbios mo-

numentos, desarrollaba sus largas calles en el trapecio de plano inclinado que, en un espacio de ocho kilómetros de circuito, se dibuja todavía al pie de la gigantesca ciudadela. Tierras negruzcas y rojizas, de donde sale, como una cúpula monumental, la roca sombría y escarpada, cubren las ruinas de la antigua ciudad. Por eso los trigos son en ella pobres y amarillos antes de tiempo. Un ancho y elevado muro, encerrando por tres lados la ciudad baja, la unía á la ciudadela por un sistema de cremallera igual al que vimos en Antioquía. Las dos ciudades, reunidas de este modo, medían dieciséis kilómetros de circuito. Agis decía: «¿Cuáles son las mujeres que tienen necesidad de tales murallas para abrigarse<sup>(1)?» Ateneo<sup>(2)</sup> asegura que había en Corinto 460.000 esclavos, lo que por lo menos supone una población de 600.000 habitantes. Además del constante tránsito de mercancías y viajeros que llegaban de Oriente ó de Occidente y constituían la fuente principal de la prosperidad de Corinto, la explotación de diversos ramos de la industria contribuía no poco á acrecentar el bienestar público. En ella se fabricaba el bronce y la púrpura, y, desde el punto de vista artístico, objetos de tocador, estatuitas y vasos de un gusto exquisito. Roma, después de haber agotado las tiendas de la lujosa ciudad, hizo registrar sus tumbas para disputar á los muertos las graciosas obras maestras con que habían adornado su última morada. Algunos han creído que los fenicios habían importado desde el principio á Corinto, con el genio del negocio, el infame culto de Astarté, que vino á ser la Afrodita Pandemos. Es posible. Lo que en ello hay de cierto es que el bienestar fué muy grande en aquella ciudad, como en los centros burgueses en que abunda el dinero. Multiplicáronse en ella los templos, las estatuas, los monumentos públicos de toda clase, con más vanidad que gusto. Pausanias nos ha dejado una larga y confusa descripción de Corinto en el siglo segundo de nuestra era; se-</sup>

(1) Plutarco, *Apophit*, *Lacon.*; Agis, *Arch.*, VI.

(2) Ateneo, VI, p. 272.

gún sus datos puede intentarse la reconstrucción de la ciudad en el estado en el que se hallaba cuando Pablo llegó á ella.

En su orgulloso esplendor, debió aparecerle más inmoral aún que pagana. Si había experimentado un doloroso estremecimiento al ver la ostentación de los falsos dioses en Atenas, sintió ciertamente más tristeza todavía cuando en Corinto se halló en contacto, no sólo con la misma exhibición idolátrica, sino con todo lo que tenía de infame el culto escandaloso de Venus impúdica. Ésta era la patrona de la ciudad, y así como su templo dominaba, desde la cima de la Acrópolis, todos los demás monumentos, así también las obscenas prácticas de su culto se imponían á todos los habitantes, transformando la ciudad entera en un vasto foco de impureza y libertinaje. La reputación de Corinto estaba extendida por el mundo entero. El Apóstol había tomado su partido. Á él no le desagradaba ir á predicar, en un pueblo de voluptuosos, á Jesús crucificado.

La vía de Cencreas y de Esqueno, por la que llegó, daba directamente á la plaza pública. Allí se dirigió en seguida, indudablemente en busca de informes y del feliz encuentro de algún compatriota. Todavía estaba solo, pues sin duda Silas y Timoteo habían recibido demasiado tarde sus órdenes para juntársele en Atenas. Aquí todavía debemos representárnoslo triste é inquieto, vagando por entre las estatuas que cubrían el Ágora. Allí había una Minerva de bronce sobre un pedestal en el que figuraban las nueve Musas. Más lejos, Artemis de Éfeso, símbolo de la naturaleza fecunda. Después Dioniso, dios del vino, con el cuerpo cubierto de puntos dorados y la cara pintada de bermellón; una Afrodita de Hermógenes, un Júpiter terrestre, un Júpiter celeste y un tercero sin nombre; Apolo Clario, dos Hermes, de los cuales uno estaba religiosamente abrigado bajo un nicho; un Neptuno, á cuyos pies, por la boca de un delfín, manaba ábundante fuente, tal vez la que corre aún bajo el plátano en que los corintios moder-

nos gustan reunirse. Nada faltaba á aquel desenvolvimiento de los cultos idolátricos. Muchos templos, como los de la Fortuna y de todos los Dioses, numerosos altares, diseminados acá y allá, adornaban y limitaban la plaza pública, de donde partían cuatro grandes arterias que cruzaban la ciudad de poniente á levante, de mediodía al septentrión.

Hacia el norte, un arco de triunfo rematado por dos carros dorados, el del Sol y el de su hijo Faetón, daba acceso á la calle que, ensanchándose poco á poco, se convertía en ancha y hermosa vía, protegida por dos largos muros, como la del Pireo en Atenas, y terminaba en el puerto de Lequea, transformado de este modo en un arrabal de la ciudad. Este camino, muy ancho, puesto que dos ejércitos pudieron trabar en él <sup>(1)</sup> una batalla, estaba adornado de monumentos, templos, baños públicos, fuentes, estatuas. Pueden todavía seguirse las huellas en la depresión del terreno que va desde lo alto de las escaleras de mármol que conducían al Ágora, hasta Diavatiki, la laguna en que antiguamente estuvo el puerto de Lequea. Una casa moderna y algunos cipreses indican tal vez el emplazamiento, ora de los famosos baños construídos en mármol rojo por Euricles de Esparta, ora de la célebre fuente en que Pégaso montado por Beleforonte hacía brotar de sus pies maravillosos chorros de agua.

Á levante abríase la calle que conducía al camino de Cencreas. Este era el barrio rico de la ciudad. En él se hallaban los hermosos paseos. El Cranión fué en Corinto lo que el Colito en Atenas <sup>(2)</sup>. Por eso Diógenes se había instalado en él para burlarse más á su talante, en su pobreza cínica, del lujo de los ricos corintios. Aquí fué donde respondió fríamente á Alejandro: «No deseo más que una cosa, que te apartes, pues me quitas el sol.» Bosquecillos de cipreses señalan tal vez todavía, antes de llegar á Hexamilia, el sitio antiguo de los bosques sagrados

(1) Jenofonte, *Hellen.*, IV, 4, 1.

(2) Plutarco, *de Exilio*.

que abrigaron los desórdenes de la corrompida ciudad. Un poco más lejos empezaba la serie de tumbas que se extendían á lo largo del camino hasta Cencreas. La necrópolis de Corinto se desenvolvería hacia el norte.

Á poniente empezaba la calle que conducía á la vía de Sición. Constituían sus principales ornamentos un templo de Apolo y de Minerva Calinitis, la fuente de Gloceas, la tumba de los hijos de Medea. Al dejarla para acercarse á la Acrópolis, se encontraba el teatro debajo del templo de Júpiter Capitolino, el antiguo Gimnasio, dos templos consagrados, uno á Júpiter, y otro á Esculapio y á la Salud; por fin, la fuente de Lerna, con una columnata y asientos donde los desocupados iban á sentarse. Cuando se piensa en el largo tiempo que permaneció Pablo en Corinto, todos estos detalles tienen su interés. Nosotros los estudiamos en el mismo lugar diciéndonos: «Él pasó, se sentó, habló, hizo oración, acaso lloró aquí.»

En su parte más elevada, este tercer barrio se unía casi á la cuarta calle grande que, bajando de la Acro-Corinto, llegaba al Ágora por el mediodía. Aquella estaba también adornada de monumentos notables: dos recintos sagrados de Isis, otros dos de Serapis, el altar del Sol, el santuario de la Necesidad y de la Fuerza donde nadie podía penetrar, el templo de la Madre de los dioses, otro de Juno, y, por fin, en el punto culminante de la Acrópolis, el famoso templo de Venus, cuyo lugar señalan todavía hoy cinco bloques de piedras blancas.

Si Pablo, desde el centro de la plaza pública donde permanecía absorbido en su profunda piedad, intentó levantar la cabeza para olvidar un instante el espectáculo lastimoso de la gran ciudad idólatra, sus ojos debieron fijarse en aquel edificio vergonzosamente célebre, en el que la más grosera de las pasiones humanas se complacía en ir á honrar á la Divinidad en las más repugnantes prácticas de la impureza. Había en ella mil cortesanas al servicio de la diosa y de todos sus adoradores. Llegaba á concederse á aquellas prostitutas una especie de derecho á interceder con éxito

cerca de los dioses para evitar males á la tierra. Tal es la aberración del hombre abandonado á su réprobo sentido.

Aunque el historiador sagrado no nos diga nada de las impresiones del Apóstol en presencia de esta apoteosis del vergonzoso vicio, puesto bajo el amparo de la misma religión, puede creerse que fueron profundamente dolorosas. Lo prueba la inexorable requisitoria por la que estigmatizó, al escribir á los romanos, la degradación moral del paganismo <sup>(1)</sup>. Al leerla, se observa que sus terribles acusaciones están fundadas en lo que había visto y lo que todavía veía en Corinto, en el momento en que escribía su Epístola. Una gran ciudad, entonces capital de un país ilustrado por tantas glorias, convertida en una inmensa casa de prostitución, y Pablo fijando en ella su domicilio, á fin de establecer allí el reino del Crucificado, ¿hay algo de más inaudito, más paradójico y en apariencia más insensato? Él mismo nos confesará que siempre estuvo en ella en un estado de sobreexcitación nerviosa, de temor y temblor, comprometiendo su salud y quitándole todo sentimiento de energía personal, para no dejar obrar, ante un desorden tan grande, sino á la virtud divina de la Cruz <sup>(2)</sup>.

En Atenas, los de Berea que le acompañaban habían debido instalarle en alguna casa amiga ó dejarle algunos recursos. Poco á poco éstos se fueron consumiendo, por lo que parece que Pablo se halló, al llegar á Corinto, en completa miseria. Por eso pensó sin tardanza en un medio de ganarse la vida.

Como hemos dicho ya en otra parte <sup>(3)</sup>, conformándose con los usos de su país y de su tiempo, había aprendido un oficio, lo que completaba su formación de joven rabino. Los estudios teológicos entre los judíos eran ante todo un ejercicio de memoria, y se instruían, como lo hacen en nuestros días los jóvenes imanes de El-Haksar, en el Cairo, al

(1) *Rom.*, I, 21-32.

(2) *I Cor.*, II, 3. Son de notar las expresiones que emplea: *ἐν ἀσθενείᾳ καὶ ἐν φόβῳ καὶ ἐν τρόμῳ πολλῇ.*

(3) Véase *La Obra de los Apóstoles*, vol. I, pág. 157.

par que se dedicaban á un trabajo manual. Pablo sabía, no sólo tejer, como se teje todavía en Tarso; la lana de las ovejas ó el pelo de las cabras de Cilicia, sino que con estos tejidos fabricaba, ora tiendas para los soldados y los nómadas del desierto, ora otros artículos de este género útiles á los viajeros. Buscó en el mercado, en los bazares, alguien que se ocupase en esto. Corinto era un centro demasiado importante para que no tuviese industriales de esta clase. Con sus manos y su ánimo pretendía ganarse el pan; y ayudándole á pedir de boca le Providencia, fué á parar á un patrono, judío de origen, y muy probablemente cristiano en religión: Aquila.

Acababa éste de llegar <sup>(1)</sup> de Roma, expulsado con todos sus correligionarios, á consecuencia de los violentos y obstinados tumultos sobrevenidos en las sinagogas y que habían comprometido el orden público. Los autores profanos mencionan los disgustos que los judíos causaron al gobierno de Claudio y las medidas que este emperador debió tomar contra ellos. Dión Casio nos dice que, asustado por su número y su turbulencia, que perturbaba sin cesar la paz de la ciudad, no se atrevió en un momento á echarlos de la capital, y que se contentó con prohibirles el derecho de reunirse, ya á todos sin distinción, lo que parece bastante verosímil, ya, si se admite que falta una negación en su frase, á los que pretendían romper con las tradiciones religiosas de su nación <sup>(2)</sup>. Esta precaución resultó ineficaz, y la agitación fué creciendo. Suetonio <sup>(3)</sup> precisa que ésta se movía en torno de un nombre un poco desfigurado,

(1) La expresión *προσφάτως* significa, en efecto, *después que, al momento que*. Polibio, III, 37; II, 48, 6, y *II Macab.*, XIV; 36. El edicto de expulsión databa á lo menos de cuatro años, mas Aquila y Priscila habían, tal vez, pasado algún tiempo en Italia antes de resolverse á ir á Corinto.

(2) Dion Casio, IX, 6 se expresa del siguiente modo: *οὐκ ἐξήλασε μὲν, τῷ δὲ πατρὶν νόμῳ βίῳ χρωμένους ἐκέλευσε μὴ συναθροίζεσθαι*. Con bastante verosimilitud, Ewald ha supuesto que faltaba la negación *οὐ* antes de *χρωμένους*, y que la prohibición de reunirse comprendió á los novadores, es decir, á los cristianos.

(3) «Judeos impulsore Chresto assidue tumultuantes Roma expulit.» *Claudio*, XXV.

es cierto, *Chrestus*, pero que se pronunciaba siempre en su forma griega latinizada, *Christus* <sup>(1)</sup>. Acaso el historiador romano comete un segundo error suponiendo que *Chrestus* era un hombre vivo, y que provocaba la agitación tumultuosa: error excusable si se tiene en cuenta que difícilmente había de ocurrírsele al pensamiento de un pagano que surgiesen disputas por un muerto, y más por un muerto crucificado. En otra parte <sup>(2)</sup>, hemos emitido la hipótesis de que esta agitación entre los judíos de la capital había sido provocada por la predicación de Pedro, llegado á Roma por los años 44 ó 45. Si nuestra suposición no está absolutamente demostrada, es preciso convenir en que es singularmente probable <sup>(3)</sup>. Sea de ello lo que fuere, como tomasen las discusiones religiosas un cariz cada vez más agudo, aun después de la prohibición de las asambleas religiosas, Claudio se resolvió á expulsar en masa á todos los perturbadores, sin profundizar antes las razones y el derecho de cada uno. Tan radicales soluciones no eran nuevas cuando se trataba de las razas orientales, de las que Cicerón decía que habían nacido para la servidumbre. Tácito nos enseña que Tiberio no vaciló en deportar á Cerdeña ó á las provincias del imperio, de clima sumamente mortífero, á los judíos cuya influencia parecía demasiado considerable en Roma <sup>(4)</sup>. La sanción de los edictos imperiales era brutal: condenábase á esclavitud por el resto de sus días á todo expulsado que la guardia cogiese en la ciudad.

(1) Véase lo que hemos dicho sobre este nombre en *La Obra de los Apóstoles*, vol. I, página 343. La ortografía adoptada por Suetonio tiene, sin embargo, de sorprendente que el mismo autor escribe *CHRISTIANI, Nero.*, XVI (\*).

(2) *La Obra de los Apóstoles*, vol. I, páginas 309 y siguientes.

(3) Según nuestra hipótesis, la prohibición de reunirse para los dos partidos, ó solamente para los novadores, habría sido promulgada hacia el año 47; y dos años después, en el noveno de Claudio, como afirma Orosio, *Hist.* VI, 7, habría tenido lugar la expulsión. Entonces Pedro habría vuelto á Oriente, mientras judíos y cristianos se dispersaban provisoriamente en los principales centros del imperio.

(4) Tácito, *Ann.*, II, 84. Comp. Suetonio, *Tiberio*, XXXVI; Josefo, *Ant.*, XVIII, 3, 5.

(\*) Esta diferencia ortográfica entre *Chrestus* y *Christiani*, apoyaría lo que anotamos en la citada pág. 343.—N. del T.

Si se juzga por el ardor que parece constituyó el fondo de su temperamento <sup>(1)</sup>, Priscila y Aquila debieron desempeñar, en las discusiones religiosas que turbaron la judería de Roma, un papel muy activo. ¿Estaban en pro ó en contra de Cristo? A falta de documentos precisos, las opiniones se dividen sobre este punto. Personalmente nos inclinamos á creer que Aquila y su mujer eran cristianos antes de conocer á Pablo. Sin duda que Aquila, en el relato de los Hechos, se halla simplemente designado como judío <sup>(2)</sup>, y el Apóstol parece <sup>(3)</sup> juntarse á él á causa del oficio que ejerce y no por sus disposiciones conocidas con respecto del Evangelio. Pero ¿no sería absolutamente extraño que si Pablo hubiera ganado esta familia á la fe de Jesucristo, no hubiese sido mencionada entre sus primeras conquistas? <sup>(4)</sup> ¿Por qué no la había de bautizar por sus propias manos, puesto que él vivía en su intimidad y ella no había podido convertirse sino en el momento en que, no habiendo todavía llegado Silas y Timoteo, él mismo administraba el bautismo á los primeros prosélitos, Crispo, Gayo, Estéfanos y su familia? <sup>(5)</sup>

Algunos han creído que solamente Priscila, tal vez pagana de origen <sup>(6)</sup>, era cristiana cuando Pablo llegó á Corinto,

(1) *Hechos*, XVIII, 26; *Rom.*, XVI, 3. 4.

(2) Es llamado del modo siguiente: *τινα Ἰουδαίων*, y es comprendido entre los judíos expulsados de Roma: *πάντας τοὺς Ἰουδαίους*; mas el historiador, al expresarse así, parece, en el primer texto, haber querido indicar la nacionalidad y no la religión de Aquila, y en el segundo se conforma con el tenor del decreto que comprendía bajo una misma denominación á judíos y cristianos.

(3) En efecto, examinado el texto de cerca, es acaso menos categórico de lo que se supone. Dicese en él que Pablo halla á Aquila y Priscila, *εὐρών*, y que conferencia con ellos, *προσῆλθεν αὐτοῖς*. Hasta aquí el oficio no entra para nada en sus relaciones. Otro motivo los une: ¿es simplemente la común nacionalidad, ó el Evangelio? He ahí la cuestión. La semejanza de oficio no se señala hasta el versículo siguiente y ella determina á Pablo á trabajar en su taller.

(4) *Hechos*, XVIII, 8.

(5) *I Cor.*, I, 14-16.

(6) Su nombre es perfectamente romano, pero sabido es que los judíos, hombres y mujeres, adoptaban nombres semejantes. Hállase empleado en las Epístolas en su doble forma, Prisca y Priscila indiferentemente, como se verificaba en Roma en donde se decía Terentila por Terencia, Quintila por

y que su esposo todavía era judío. Son éstas hipótesis intermedias absolutamente fantásticas. La honrada pareja parece haber tenido las mismas inquietudes religiosas, el mismo celo. Por eso sufrió la misma persecución. Lo que tal vez esté permitido suponer, es que Priscila fué una mujer de inteligencia y condiciones singulares. ¿Es esta la razón por la que más de una vez se encuentra mencionada antes que su marido? <sup>(1)</sup> No es probable. Pablo hace el mismo elogio de los dos esposos y los llama sus coadjutores en la obra del Evangelio. El libro de los Hechos nos los muestra igualmente celosos, primeramente para instruir en Éfeso y después para sostener en Corinto al elocuente predicador Apolo. Según lo que dice San Lucas, á lo menos en el texto comúnmente recibido, Aquila era originario del Ponto. Muchos han supuesto que aquí había un error del copista y que el marido de Priscila era simplemente, por sí mismo ó su padre, un liberto de la gens Poncia, en la cual el sobrenombre de Aquila era común <sup>(2)</sup>. Otros lo han considerado como liberto de los Acilios Glabrones, familia en la que el cristianismo había hecho conquistas desde el principio <sup>(3)</sup>. Estas son hipótesis ingeniosas. En el fondo, no hay ninguna inverosimilitud en que este comerciante judío hubiese llegado directamente del Ponto, donde los emigrados de Palestina habían sido en todo tiempo numerosos <sup>(4)</sup>. Se sa-

---

Quintia, Claudila por Claudia. Sólo en la Epístola á los romanos y la segunda á Timoteo, cuando Priscila no era sino una joven, Pablo la llama Prisca, diferencia digna de ser notada de paso.

(1) *Hechos*, XVIII, 18, 26; *Rom.*, XVI, 3; *II Tim.*, IV, 19. Es la segunda en *Hechos*, XVIII, 2, y *I Cor.*, XVI, 19.

(2) Cicerón, *ad Fam.*, X, 33; Suetonio, *Julio César*, LXXVIII.

(3) Dion Casio, LXVII, 3, dice que Domiciano hizo matar á Glabrión, acusado de ateísmo y de costumbres judías. Suetonio, *Domiciano*, X, declara que le hizo morir como culpable de novedades, *molitor rerum novarum*. El nombre de Acilio es lo mismo que Aquilio, si la letra *c* conserva su pronunciación fuerte, como sucedió por largo tiempo en la lengua latina. Como la finales en *as* indica casi siempre libertos ó hijos de libertos, salta á la vista la relación entre Acilio y Ἀκυλίας, Aquilas. También es digno de notarse que los Acilios Glabrones, cuyas tumbas ha encontrado M. de Rossi en el cementerio de Santa Priscila, pertenecían á una familia en la cual el nombre de Priscila era muy común.

(4) Algunos judíos del Ponto asisten al discurso de Pedro durante las

be que existió, en el siglo segundo de nuestra era, en esta misma provincia de las orillas del Euxino, otro judío Aquila, acaso hijo menor de éste y célebre por su traducción griega de la Biblia hebrea.

Era muy común en la antigüedad poner los nombres de *Aquila*, águila, *Leo*, león, y de otros animales, como también de flores y plantas. Á juzgar por la extensión de su comercio, Priscila y Aquila parecen haber poseído si no una fortuna importante, al menos una actividad comercial bastante desarrollada. Roma era su domicilio principal, y veremos que después de la suspensión de la sentencia de Claudio, volvieron á ella sin tardanza <sup>(1)</sup>. Entre tanto, ejercieron su negocio en Corinto y también en Éfeso, á donde volverán poco antes del martirio de Pablo <sup>(2)</sup>. Suponer que eran simples mercaderes ambulantes, como se encontraban muchos en la puerta Capena, no entra en las indicaciones que tenemos sobre su importancia, eran patronos que explotaban una industria, que tenían numerosos obreros, y transformaron su casa en centro religioso en que se enseñó y practicó el Evangelio <sup>(3)</sup>. Se los puede, sin temor, clasificar entre la buena burguesía judía.

Esto supuesto, tenemos algún derecho á admirarnos de que permitieran que Pablo se fatigase en su casa como un obrero vulgar para ganar su pan cotidiano. Acaso el Apóstol había impuesto su voluntad sobre este punto, á fin de afirmar mejor á los ojos de todos, en una ciudad en que sólo los esclavos trabajaban, mientras los señores pasaban la vida en gozar, no solamente la dignidad y la importancia del trabajo, sino sobre todo su desinterés y su independencia. En efecto, sabemos por él mismo que tomaba en serio su condición de simple obrero y que se entregaba al

---

fiestas de Pentecostés, *Hechos*, II, 9. La primera Epístola de este Apóstol se dirige á los fieles dispersos en las provincias del Ponto, etc. *I Pedro*, I, 1.

(1) *Rom.*, XVI, 3.

(2) *Hechos*, XVIII, 18, 26. *I Cor.*, XVI, 19; *II Tim.*, IV, 19.

(3) *Rom.*, XVI, 5; *I Cor.*, XVI, 19.

trabajo día y noche, á riesgo de perder en él su salud <sup>(1)</sup>. Sea de ello lo que fuere, hay algo de emocionante al representarse al gran sembrador del Evangelio en uno de aquellos tenduchos estrechos y oscuros, semejante á los que se ven todavía en los bazares de Oriente, con las tijeras ó la aguja en la mano, cortando, ribeteando, ajustando las diversas piezas necesarias á una tienda. Su cuerpo se encorvaba penosamente sobre el trabajo, y su alma, ardiente y feliz, subía hacia el cielo, donde estaba el Maestro amado cuyo nombre murmuraban sin cesar sus labios. Naturalmente es de suponer que empezó por evangelizar á los que iban al taller, como compañeros de trabajo ó como visitantes. Su primera sala de conferencias fué ciertamente la tienda de Águila, medio insuficiente para un predicador lleno de un celo tan devorador como el suyo. Por eso, los sábados, se apresuraba á buscar un auditorio más importante en la sinagoga. Permanecía en ella mañana y tarde <sup>(2)</sup>, discurrendo con precaución, contentándose con sostener sin duda las tesis generales sobre las promesas de perdón, de reinado universal, de gloria y salvación hechas por Dios á la descendencia de Abraham, ó también sobre la vuelta de los gentiles y su vocación al reino celestial. Mezclaba en ello, como de paso y por intervalos, el nombre del Señor Jesús. De este modo, preparó <sup>(3)</sup> gradualmente á sus oyentes judíos y griegos que frecuentaban la sinagoga para que oyesen toda la verdad.

Silas y Timoteo llegaron por fin de Macedonia, donde habían quedado, aquél en Berea y éste en Tesalónica <sup>(4)</sup>. Al punto resolvió Pablo dar el golpe decisivo al auditorio que trataba con tantos miramientos y cuyas simpatías esperaba ganarse. El Espíritu, ó mejor, la Palabra le im-

(1) *I Cor.*, IV, 12; *I Tesal.*, II, 9; *II Tesal.*, III, 8.

(2) El texto dice: *διελέγετο ἐν τῇ συναγωγῇ κατὰ πᾶν σάββατον.*

(3) Este es el único sentido que puede darse á *ἐπειθε*, puesto que veremos dentro de poco la tempestad que levantó, cuando quiso predicar categóricamente á Jesucristo Mesías.

(4) *I Tesal.*, III, 6, establece que Timoteo no estaba con Silas cuando salió de Tesalónica, y *Hechos*, XVIII, 5, precisa que llegaron juntos á Corinto.

pulsaba <sup>(1)</sup>, y no podía ya hacer retroceder dentro de su corazón lo que había de decir del Maestro. Así, pues, de repente, con entusiasmo, tributó enérgicamente testimonio á Jesucristo. Cuanto más trabajo había tenido en contenerse, tanto más entusiasmo puso en expansionar toda su alma. La palabra que le obsesionaba, salía ardiente, amorosa, apremiante, irresistible. El objeto de las promesas divinas era Jesús, el Mesías de los profetas, el heredero de David, el rey de Israel; era Jesús, el Salvador del mundo el triunfador de las naciones, el pastor del rebaño de Dios; era siempre Jesús, y repetía este nombre con tal ternura, energía y complacencia, que no podía menos de impresionar á las almas. Silas y Timoteo habían llevado de Macedonia <sup>(2)</sup> algunos recursos, y con ellos, la posibilidad de eximirse en parte del trabajo cotidiano. Pablo se dedicó, pues, desde entonces completamente al apostolado. Pero á medida que ganaba terreno, los judíos, descontentos, organizaban contra él una oposición formidable <sup>(3)</sup>. Llegado el día, estalló ésta en plena sinagoga con una tempestad de injurias y blasfemias. Pablo, comprendiendo que no podía hacer frente á aquellos locos, y deplorando el escándalo que daban á las almas buenas, se resolvió á una ruptura solemne. Contra todos los falsos hermanos que le insultaban, sacudió sus vestidos, como el Maestro había prescrito á los Apóstoles que sacudiesen el polvo de sus pies contra los obstinados de quienes nada podía esperarse. Extendiendo la mano hacia ellos exclamó: «¡Recaiga vuestra sangre sobre vuestra cabeza! Yo no tengo la culpa. Desde ahora me voy á los gentiles.» Por mucha que fuese su indignación, no pretende el Apóstol maldecir á su pueblo.

(1) La expresión *συνείχετο* es la misma que empleará Pablo para denotar la acción de la caridad divina sobre las almas, *II Cor.*, V, 11: *ἡ ἀγάπη συνέχει ἡμᾶς*. Jesús había dicho, *Lucas*, XII, 50: *πῶς συνέχομαι*. Algunos manuscritos llevan que él estaba agitado ó atormentado por el Espíritu, *τῷ Πνεύματι*; los mejores dicen *τῷ λόγῳ*.

(2) *II Cor.*, XI, 9. Comp. *Filíp.*, IV, 15.

(3) La expresión *ἀντιτασσομένων* de que se sirve el historiador está tomada del estilo militar y denota la disposición de un ejército en orden de batalla. Jenofonte, *Agésilas*, II, 6; *Anab.*, V, 4, 12; Arriano, *Exped.*, II, 7, etc.

Le veremos más tarde desear ser anatema por él. Tan sólo, con el corazón destrozado, afirma que en Corinto, como en casi todas partes, se empeñan sus hermanos obstinadamente en quedar fuera de la luz, y que él no puede hacer nada para impedirselo. Ante su endurecimiento, se aleja, y se dirige á oyentes mejor dispuestos, ó que, por lo menos, no prorrumpirán en blasfemias.

En efecto, salió de la sinagoga <sup>(1)</sup> para establecerse en una casa vecina, la de Tito Justo, un pagano temeroso de Dios. En ella continuó instruyendo libremente á los que querían oírle, á griegos ó judíos bien dispuestos <sup>(2)</sup>. Esto era decididamente levantar altar contra altar, ya que la casa de Justo, medio absolutamente pagano, lindaba con la sinagoga. Pero Pablo, con la energía que constituía el fondo de su carácter, había tomado su resolución. Lo más irritante para el partido judío fué que uno de sus jefes, Crispo, gran dignatario de la sinagoga, y su familia se hicieran cristianos. El mismo Pablo los bautizó. Entre los paganos,

---

(1) Cuando nuestro tercer viaje á las excavaciones que el amable Director de la Escuela Americana dirige en Corinto, tuvimos la dicha de ver desenterrar, no lejos de la vía que, por una escalera de mármol, subía al ágora, un fragmento del dintel de una puerta en el cual se lee en caracteres muy grandes aunque grabados bastante groseramente... ΓΩΓΗ ΕΒΡ... Este bloque de mármol primitivamente había formado parte de algún hermoso edificio público, pues uno de sus lados tiene molduras muy bien trabajadas; que más tarde sirvió para edificar la puerta de una sinagoga es evidente según la inscripción. ¿Fué esta sinagoga contemporánea de Pablo? No me atrevería á afirmarlo. Parece dudoso que, en el momento de la prosperidad de Corinto, los judíos hubiesen fundado un lugar de oración en el punto más céntrico y más aristocrático de la ciudad. El primitivo destino del mármol inducirá á creer que fué utilizado en una época más posterior, cuando la decadencia de Corinto permitió á los judíos edificar donde querían sus oratorios nacionales. Sin embargo, como los temblores de tierra han cambiado por modo tan frecuente y tan extraño las ruinas de la antigua Corinto, no sería imposible que el dicho dintel, recogido y utilizado desde la época romana entre los restos de la ciudad saqueada por Mummio, hubiese ido de un punto más excéntrico hasta la proximidad del Ágora. Si esta hipótesis se admitiese ¡qué hermosa reliquia habría hallado allí M. Rufo Richardson!

(2) Equivocadamente entienden muchos el texto *μεταβὰς ἐκεῖθεν* de un cambio de domicilio de Pablo. *Ἐκεῖθεν* indica la sinagoga en que se le había insultado. Cambia de lugar de reunión, y predicará desde ahora en casa de Justo, alojándose mientras tanto en casa de Aquila y Priscila, quienes nunca cesarán de consagrarse á la causa del Evangelio.

fueron numerosas las conversiones. Se instruían escuchando al Apóstol y se hacían bautizar.

El modo de enseñanza que Pablo adoptó en Corinto fué totalmente distinto de aquel cuya experiencia había intentado en Atenas, ante el Areópago. Acaso experimentó algún remordimiento por haberse cuidado un instante de las reglas de la elocuencia y de las especulaciones de la filosofía. No es de ningún modo improbable que su delicada conciencia le hubiese hecho sentir severamente que sólo con Jesucristo y su cruz habría tenido mejor éxito. En todo caso, sabemos que, al predicar en la capital de Acaya, no quiso ya recurrir á los discursos persuasivos inspirados por la sabiduría humana. Su fe le decía que, anunciar el testimonio de Dios con habilidades de lenguaje que estaban bien en sus medios, pero no en el ambiente del Evangelio, era indigno de una causa demasiado divina para hacerse valer por medio de argumentos humanos. Aunque el Evangelio puede presentar batalla en el terreno de la especulación trascendental con la certeza de triunfar, puesto que es la verdad, y la verdad debe tener razón en todas partes, sin embargo, no es dudoso que su derecho y su privilegio es vencer por sí mismo, sin el auxilio de nuestra pobre insuficiencia. Desde luego ¿no es lo más prudente para el predicador poner directamente á las almas en contacto con el mismo Evangelio? La gracia divina se encarga por sí sola de dar el asalto y entrar por santa violencia ó por persuasión en la plaza, que es el corazón humano. Cuanto menos de hombre haya en la palabra del predicador, más tendrá de Dios, y, á buen seguro, que esto vale más que aquello. Tal es la razón por la cual declara Pablo á los corintios que no quiere saber ni anunciar entre ellos más que á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado <sup>(1)</sup>. Á fin de dejarlo todo al Maestro, él se hará personalmente humilde, casi tímido, y despreciable en la forma de su enseñanza, «pues, cuando soy flaco—decía,—entonces soy poderoso <sup>(2)</sup>.»

(1) *I Cor.*, II, 2.

(2) *II Cor.*, XII, 10.

Los convertidos fueron, en su mayor parte, gente del pueblo bajo ó esclavos: pocos sabios, según el mundo, pocos poderosos y pocos nobles. Hubo, sin embargo, algunas excepciones; entre éstas dos jefes de la Sinagoga, Crispo y su colega <sup>(1)</sup> ó sucesor Sostenes, personas importantes entre los judíos. Estéfanos y su familia, llamados por Pablo las primicias de la Acaya, los cuales alimentaban caritativamente á los fieles <sup>(2)</sup>; Cayo, que alojó al Apóstol cuando Aquila y Priscila se marcharon de Corinto <sup>(3)</sup>; Justo, el prosélito que ofreció una parte de su casa para servir de iglesia, y Erasto, el tesorero de la ciudad, ocupaban una posición entre la burguesía griega. También conocemos otros nombres de cristianos: Cloe y su familia, Fortunato, Acaico, Tercio, el secretario á quien Pablo dictó la Epístola á los romanos, y Quarto <sup>(4)</sup>, acaso hijo de veteranos establecidos en Corinto. Tan rápidas conquistas realizadas públicamente todos los días á los ojos de los judíos, puesto que la Iglesia establecida en casa de Justo y la sinagoga se hallaban frente por frente, no dejaban de inspirar temor á violencias. La conversión y el bautismo de Crispo en particular había sido un acontecimiento extraordinario.

A pesar, y tal vez á causa de esos éxitos, el Apóstol parece que se halló en aquel momento en ese estado del alma que más tarde caracterizará él en tres palabras: abatimiento, temor y temblor perpetuo. Y aun tal vez pensaba en alejarse por algún tiempo, queriendo, como lo había hecho en otras ciudades, prevenir cualquier violencia. Jesús, para tranquilizarle, se le apareció durante la noche y

(1) Existían muchos jefes en una sinagoga, como se puede juzgar por *Hechos*, XIII, 15, y *Marc.*, V, 22. Sin embargo es posible que Sostenes hubiese sucedido á Crispo. Ese Sostenes, que veremos maltratado por los judíos ante el tribunal de Galión, parece haber hecho más tarde un viaje á Éfeso para informar á Pablo sobre la situación de la Iglesia de Corinto, y haber escrito, bajo el dictado del Apóstol, la primera Epístola á los Corintios. *I Cor.*, I, 1. *Comp. Hechos*, XVIII, 12, 17.

(2) *I Cor.*, I, 16; *XVI*, 15, 16, 18.

(3) *I Cor.*, I, 14; *Rom.*, *XVI*, 23.

(4) *Rom.*, *XVI*, 22 y 23; *II Tim.*, *IV*, 20.

le dijo: «No tienes que temer, prosigue predicando y no dejes de hablar; pues que yo estoy contigo, y nadie llegará á maltratarte; porque ha de ser mía mucha gente en esta ciudad.» El Señor sabe de antemano los que se pronunciarán en su favor; los mira ya como suyos; hasta los ha contado. Este será el nuevo pueblo de Dios <sup>(1)</sup>. La mies abundante ya amarillea; Pablo ha de recogerla sin temor.

Y, en efecto, Pablo continuó, durante un año y medio, predicando en Corinto, con celo y con toda libertad, la palabra de Dios. Tal vez intentó también difundirla por los principales centros de Acaya <sup>(2)</sup> fundando en ella «esas Iglesias de Dios» de que habla á los tesalonicenses <sup>(3)</sup>. Lo que hay de cierto es que, al escribir su segunda Epístola á los Corintios, se dirigirá á «todos los santos que están por toda la Acaya <sup>(4)</sup>.» Sición, Egión, Patras, Argos, y otras ciudades vecinas no hubieran podido dejar indiferente su corazón de Apóstol. Había creado en ellas comunidades cristianas.

---

(1) La palabra λαός se aplicaba en la antigua ley á Israel. Los gentiles vendrán á ser el pueblo de Dios, el Israel de la ley nueva. Esto es lo que Jesús había anunciado, *Juan*, X, 16.

(2) *II Cor.*, I, 1; IX, 2; XI, 10; *Rom.*, XV, 26.

(3) *II Tesal.*, I, 4; comp. *I Tesal.*, I, 7, 8.

(4) *II Cor.*, I, 1. La provincia de Acaya en tiempo de San Pablo comprendía todos los países del sur del Epiro y de Macedonia, en otros términos, Hélada y Peloponeso.

## CAPÍTULO VI

### La primera Epístola á los Tesalonicenses

Las nuevas traídas de Tesalónica por Silas y Timoteo determinan á Pablo á escribir á la Iglesia de esta ciudad. —Relaciones epistolares usadas de sinagoga á sinagoga. —Contenido de la primera Epístola á los Tesalonicenses: acción de gracias por la acogida de los tesalonicenses al Evangelio; recuerdo, á modo de apología personal, de cuanto el Apóstol hizo cuando estuvo con ellos, y de lo que experimenta lejos de ellos; exhortaciones á la santificación y á las virtudes que la Epístola entraña la inquietante cuestión de la Parusia; recomendación concerniente á la vida de la Iglesia; conclusión. (*1.ª Epístola á los Tesalonicenses*).

Al mismo tiempo que fundaba laboriosamente, pero con visible éxito, la Iglesia de Corinto, no perdía Pablo de vista las comunidades que había ya organizado en Macedonia. Timoteo y Silas acababan de traerle noticias muy interesantes. Sobre todo el primero, había conmovido al Apóstol hablándole de las vivas simpatías que había dejado en Tesalónica, de las pruebas impuestas á los fieles de esta ciudad y del valor que habían sabido demostrar. Esto no quería decir que, sobre muchos puntos, no se hubiesen de concebir temores para su progreso espiritual, pues algunos eran demasiado terrenos y medio paganos, y otros se exaltaban hasta el exceso en su misticismo y hacían poco caso de las necesidades y deberes de la vida presente, puesto que esperaban en breve plazo la venida de Jesucristo. La cuestión del más allá los apasionaba vivamente y los turbaba. Pablo sentía no estar cerca de ellos para calmar sus inquietudes; pero no podía dejar la obra importante y tan felizmente fecunda que acababa de emprender en Corinto. Esto hubiera sido comprometer el resultado final. Resolvióse, pues, á escribir.

Las cartas de sinagoga á sinagoga eran cosa muy usada entre los judíos. Como quiera que los inquietos y cosmopolitas hijos de Israel viajaban mucho por causa de sus negocios, desde que consintieron en vivir en el extranjero, nada más natural que verlos convertidos en portadores ordinarios de noticias orales ó escritas á las diversas comunidades, preludiando de este modo la institución regular del régimen postal. Por otra parte, en ello iba su interés, pues al humilde comerciante que, con su mochila á la espalda, se dirigía de Roma á Corinto ó de Corinto á Éfeso, podía serle útil llevar cartas de recomendación para asegurarse algunas casas hospitalarias durante su larga ruta. Á esta especie de cédula de alojamiento ó de crédito que se le entregaba, no era raro que la colonia irsaelita de una ciudad juntase una carta de fraternidad, con cumplidos, avisos, plegarias, para la colonia de otra ciudad. De este modo se explica la intensidad de vida religiosa que se perpetuaba en aquellas comunidades diseminadas por las grandes ciudades del imperio, y la rapidez de informaciones de una sinagoga á otra, cuantas veces una cuestión de interés general se suscitaba en Jerusalén. Desde que fué decretada en ella la lucha contra Pablo por la autoridad religiosa, no llegó el Apóstol á un centro importante sin que le precediesen ó siguiesen inmediatamente órdenes venidas de Palestina.

Pablo no desconocía esta forma de correspondencia de una judería á otra. Le hemos visto recibir cartas para las sinagogas <sup>(1)</sup>, antes de partir para Damasco, donde debía organizar la persecución contra los cristianos. Cuando, ardiente convertido y Apóstol ya consagrado por su primera misión, tuvo noticia de las turbulencias religiosas sobrevenidas en Galacia, recurrió á una carta para contener las defecciones. Y cuando la asamblea apostólica de Jerusalén formuló su decisión sobre las observancias legales, ¿no avisó también mediante una carta á los fieles de Antioquía,

---

(1) *Hechos*, IX, 2.

de Siria y de Cilicia <sup>(1)</sup>? Es, pues, muy natural que, no pudiendo ir á visitar en aquel momento á los fieles de Tesalónica, muy vivamente probados, se resuelva á escribirles. Sin duda alguna que uno de los navíos que partía de Cenebras para Macedonia llevó su mensaje.

Admítase comúnmente que las dos Epístolas á los tesalonicenses son, después de la dirigida á los gálatas, las más antiguas entre las que nos quedan de Pablo. Animado por su éxito cerca los fieles de Galacia ¿había escrito otras á las Iglesias fundadas en Asia Menor ó en Macedonia? Es posible, si bien nada lo indica con seguridad <sup>(2)</sup>. En todo caso, se muestra satisfecho de haber empleado este modo de apostolado, por cariño á su obra de Tesalónica. Fijar de esta manera su palabra y su doctrina en algunas páginas siempre animadas de su vida, era legarlas á la Iglesia universal, que debía encontrarlas en ellas más tarde. Debemos mostrarnos reconocidos á Timoteo por haberle inducido á esta determinación, tal vez por los relatos que le hizo y los sentimientos de afecto que suscitó en su corazón.

¿Sospechó el discípulo la incomparable importancia que tendrían en lo por venir tales escritos, código importante del pensamiento religioso y punto de partida de la teología cristiana? Es dudoso, puesto que Pablo mismo parece no haber querido escribir, esta vez al menos, sino para algunos fieles. Las dos Epístolas á los tesalonicenses son en realidad cartas de sentimiento más bien que de doctrina. Cosa digna de notarse, y que no se reproducirá en ningún otro de sus escritos; no contienen ni una sola cita de la Escritura. ¿Fué acaso porque se dirigía á una Iglesia compuesta especialmente de paganos? Esta explicación es insuficiente. La comunidad de Tesalónica, desde el punto

(1) *Hechos*, XV, 23.

(2) Y no es que le faltase ocasión. Al enviarle recursos los filipenses, hubiera podido darles las gracias por escrito. Cuando, desde Berea, envió á Timoteo á Tesalónica, no sería extraño que le hubiese dado una carta. El final de la segunda á los tesalonicenses: «La salutación de mi propio puño, Pablo; lo cual sirve de contraseña en toda carta mía: así escribo etc....» autorizaría, tal vez, á suponer que Pablo había escrito otras veces. *Quod est signum in omni epistola* no mira solamente á lo por venir, sino á lo pasado.

de vista de su composición, no difería de las de Filipos, de Éfeso ó de Corinto, y la singularidad no deja de resultar muy sorprendente.

La primera Epístola á los tesalonicenses se relaciona inmediatamente con la llegada de Silas y Timoteo <sup>(1)</sup> á Corinto, en donde Pablo residía desde hacía poco tiempo. Habiendo sido motivada la segunda por la primera, puede decirse que la fecha de las dos es absolutamente cierta. Fueron escritas, en Corinto, durante los largos meses que el Apóstol pasó en esta ciudad.

Ordinariamente, las Epístolas de Pablo constan de tres partes bien señaladas: en primer lugar, de un preámbulo, que comprende la dirección, una fórmula de cumplimiento, desarrollo del *χαλρειν λέγει* obligatorio en el estilo epistolar griego, las acciones de gracias por la obra de Dios entre sus lectores y votos por la consolidación de esta obra; luego, del cuerpo de la carta, en el que trata del objeto que se propone, objeto que, teórico ó práctico, se refiere al adelantamiento espiritual de aquellos á quienes va dirigida: verdades teológicas que ha de afirmar ó esclarecer, exhortaciones fraternales, advertencias ó reprensiones que ha de formular; finalmente, de la conclusión, donde coloca las comunicaciones de orden privado, noticias interesantes, comisiones, saludos personales. Las dos Epístolas á los tesalonicenses tienen de particular que la primera parte ofrece un desarrollo preponderante, para no dejar al elemento didáctico sino una importancia de segundo orden, si bien no en el sentido de que la concepción dogmática del cristianis-

(1) Suponer, con Teodoreto y Teofilacto, que fué escrita desde Atenas es olvidar que Silas y Timoteo entonces no estaban con Pablo. Hacerla datar de otra estancia del Apóstol en Corinto, durante el viaje que precedió á su prisión, es violentar los textos más explícitos. *I Tesal.*, III, 6, *ἀπὸ δὲ ἐλθόντος Τιμοθέου*, «habiéndonos llegado Timoteo recientemente de vosotros... nos hemos consolado», concuerda con *Hechos*, XVIII, 5. El Apóstol recuerda también como una cosa reciente, que prefirió ir á Atenas solo, *I Tesal.*, III, 1, y enviar á Timoteo á su amada comunidad de Tesalónica para sostenerla y dirigirla. A viva fuerza, pero por un momento, *I Tesal.*, II, 17, *ἀπορφανισθέντες ἀφ' ὑμῶν πρὸς καιρὸν ὤρας*, se había separado de ella. El presente *ἀπαγγέλλουσιν*, *I Tesal.*, I, 9, acaba de indicar que todo tiene lugar en intervalos muy próximos.

mo todavía estuviese elaborada incompletamente en el espíritu del Apóstol, como algunos han pretendido <sup>(1)</sup>, pues nada autoriza esta afirmación paradójica. Sería preciso, para sostenerla, perder de vista que en el momento mismo en que Pablo escribía su carta, predicaba en Corinto únicamente á Jesucristo, y á Jesucristo puesto en cruz, potencia, sabiduría de Dios y salud del mundo, á Jesucristo convertido por todos en justicia, santificación y redención, es decir, el conjunto de su profunda teología. En realidad, lo que más prudentemente puede afirmarse es que el Apóstol, bajo la influencia de inquietudes totalmente personales: alegría provocada por las felices nuevas de su amada Iglesia <sup>(2)</sup>, indignación que le causan las hostilidades de los judíos, sentimientos de una separación penosa, quiso solamente dictar una carta, ya afectuosa y á propósito para mantener el fervor de aquellos á quienes se dirige <sup>(3)</sup>, ya de justificación personal. Sin embargo, como que se le han notificado algunos defectos en la vida moral de los recién convertidos —¿podía por ventura esperarse que todos, apenas cristianos de ayer, practicasen desde luego el Evangelio en toda su severidad?—los reprende muy paternalmente <sup>(4)</sup>.

Por último, como la fe de muchos se ha visto turbada por la muerte de parientes ó de amigos acaecida antes de la venida del Hijo del hombre, quiere tranquilizarlos rectificando su falsa concepción de la Parusia. Á través de esta variedad de inquietudes, su Epístola no puede menos de ser, si no una conversación afectuosa, sin profundas discusiones teológicas, una especie de predicación familiar á distancia, que recordaba algunos de sus discursos del libro de los Hechos, salvo que aquí un compendiador no suprimió nada de la palabra abundante y calurosa, de la efusión del alma, del acento penetrante ó de los desenvolvimientos prácticos que caracterizaban la predicación del gran Apóstol.

(1) Sabatier, *L' Apôtre Paul*, p. 89-92; Weiss, *Einl.*, p. 174.

(2) *I Tesal.*, III, 6-10; I, 7-10.

(3) *I Tesal.*, II, 14; III, 3 y sig.; *II Tesal.*, I, 4.

(4) *I Tesal.*, IV, 3-11.

«PABLO Y SILVANO Y TIMOTEO Á LA IGLESIA DE LOS TESALONICENSES QUE ES EN DIOS PADRE Y EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO. GRACIA Y PAZ SEA CON VOSOTROS.»

En esta salutación, Pablo no toma el nombre de Apóstol, sin duda porque este título no había sido puesto en duda entre aquellos á quienes se dirige. Asíciase modestamente, como iguales, á Silvano y á Timoteo, aquél antes de éste, porque era menos joven y más autorizado. La fórmula de salutación usada entre los judíos, *Schalom*, paz <sup>(1)</sup>, y la de que se sirven los griegos, *χαίρειν* <sup>(2)</sup>, se hallan reunidas por Pablo, quien les da un sabor cristiano transformando el *χαίρειν* totalmente humano en *χάρις*, la gracia divina deseada en lugar de la alegría mundana.

«Sin cesar damos gracias á Dios por todos vosotros, haciendo continuamente memoria de vosotros en nuestras oraciones, acordándonos delante del Dios y Padre nuestro de las obras de vuestra fe, de los trabajos de vuestra caridad y de la firmeza de vuestra esperanza en nuestro Señor Jesucristo.»

De este modo, desde las primeras líneas de su Epístola, pone Pablo de relieve las tres virtudes que constituyen la vida cristiana. Los tesalonicenses han entrado, practicándolas, en la verdadera religión del Evangelio. Mediante ellas, todo el hombre es conquistado y unido á Dios. Si la fe eleva la inteligencia, la esperanza dirige la actividad, y la santa caridad señala su verdadero término en el amor. De este modo se prepara aquí bajo la bienaventurada unión del cielo. Cada uno de esos elementos se presenta con su carácter especial. La fe se consolida en su firmeza, la caridad en su acción, la esperanza en su longanimidad. La vida espiritual progresa por medio de su desarrollo paralelo.

«Sabiedo, amados hermanos de Dios, vuestra elección;

(1) *Gén.*, XLIII, 23; *Jueces*, XIX, 20; *I Reyes*, XXV, 6; *I Paral.*, XII, 18; *Comp. Juan*, XX, 19; *Lucas*, X, 5.

(2) Jenofonte, *Cyrop.*, IV, 5, 27; Eliano, *V. H.*, I, 25, etc. *Comp. Hechos*, XV, 23; XXIII, 26. Empleábase el infinitivo sobreentendiendo λέγει, κελεύει.

por cuanto vuestro Evangelio no se anunció á vosotros sólo con palabras, mas también en potencia y por el Espíritu Santo, con eficaz persuasión.»

La predicación de Pablo no fué una palabra que se escucha sin influir nada en la práctica; se impuso con energía divina, y con la ayuda del Espíritu Santo, infundió en las almas la convicción, que es el principio de la salvación.

«Porque ya sabéis cuál fué nuestro proceder entre vosotros para vuestro bien. Vosotros de vuestra parte os hicisteis imitadores nuestros y del Señor, recibiendo su palabra en medio de muchas tribulaciones <sup>(1)</sup> con gozo del Espíritu Santo <sup>(2)</sup>. De suerte que habéis servido de modelo á cuantos han creído en Macedonia y Acaya. Pues que de vosotros resonó <sup>(3)</sup> la palabra del Señor no sólo por Macedonia y por Acaya, sino que por todas partes se ha divulgado en tanto grado la fe que tenéis en Dios, que no tenemos necesidad de decir nada sobre esto. Porque ellos mismos publican el suceso que tuvo nuestra entrada entre vosotros; y como os convertisteis á Dios abandonando los ídolos por servir al Dios vivo y verdadero <sup>(4)</sup>, y para esperar del cielo á su Hijo Jesús (á quien resucitó de entre los muertos) y el cual nos libertó de la ira venidera.»

(1) Los tesalonicenses debieron sufrir por el Evangelio cuando Pablo estaba con ellos, *Hechos*, XVII, 6 y sig., y después que los había dejado, *I Tesal.*, II, 14, III, 2, 3, 5.

(2) Sobre este gozo que da el Espíritu Santo, comp. *Rom.*, XIV, 17; *Galat.*, V, 22; *Hechos*, V, 41. Es interior, pero suficiente para crear una fuerza de resistencia que triunfa de las pruebas de fuera.

(3) La expresión *ἐήχηται* recuerda la trompeta que resuena con estrépito.

(4) Según este pasaje, es evidente que se ha de leer, *Hechos*, XVII, 4, no τῶν σεβομένων Ἑλλήνων πολὺ πλῆθος, sino con la Vulgata y la lectura Alejandrina: τῶν σεβομένων καὶ Ἑλλήνων. Los prosélitos de la puerta σεβομένοι, deben ser distinguidos de los paganos Ἕλληνες. Reunirlos ambos es una tautología; los prosélitos eran siempre griegos. (\*)

(\*) Magnien, *La résurrection des morts, d'après la première épître aux théssaloniens*, en la *Revue Biblique*, julio, 1907, p. 350, n. 2, responde que, en dicha frase, la palabra σεβομένων es un adjetivo calificativo, debiendo traducirse: «gran número de griegos prosélitos.» Esto supuesto, no hay tautología, porque si todos los prosélitos eran griegos, no todos los griegos eran prosélitos.—N. del T.

De un centro tan frecuentado como Tesalónica, se había divulgado por mar y por tierra la noticia de que se había fundado, en la capital de la Macedonia segunda, una Iglesia que adoraba al verdadero Dios. Tres ó cuatro meses habían bastado para hacerla célebre. Dondequiera que Pablo se presentaba, no tenía ni que contar su fundación, ni alabar su fe, todo el mundo ya las conocía. Conocida era la diligencia con qué habían abandonado á los falsos dioses, para no adorar sino al Dios verdadero, y las vanas aficiones de la tierra, para esperar los bienes del cielo.

«El hecho es que vosotros, hermanos, sabéis bien cómo nuestra llegada á vuestra ciudad no fué sin fruto, sino que habiendo sido antes maltratados y afrentados (como no ignoráis) en Filipos, puesta en nuestro Dios la confianza, pasamos animosamente á predicaros el Evangelio en medio de muchos obstáculos <sup>(1)</sup>. Porque no os hemos predicado ninguna doctrina de error, ni de inmundicia, ni con el designio de engañaros, sino que del mismo modo que fuimos aprobados de Dios para que se nos confiase su Evangelio, así hablamos, no como para agradar á los hombres, sino á Dios que sondea nuestros corazones.»

Probablemente enciérrese aquí el resumen de las inculpaciones formuladas contra él por los judíos de Tesalónica. Según ellos, lo que el Apóstol predicaba no era sino superstición y quimera en labios de un visionario, *πλάνη*; los motivos que le movían á obrar eran impuros, *ἀκαθάρτα*, ora se incriminase su castidad, á propósito de las mujeres que convertía, ora se le imputasen sentimientos viles, miras humanas é interesadas; los medios que usaba eran la perfidia, el engaño, la doblez, *δβλος*. Pablo responde enérgicamente á cada una de estas acusaciones y recuerda que tuvo algún valor al penetrar en Tesalónica, después de lo que había sufrido en Filipos. Cualquier hombre que no hubiese tenido conciencia de que hacía la obra de Dios, se habría sustraído á pruebas tan injustas y tan multiplica-

---

(1) Esto concuerda con *Hechos*, XVII, y 5 sig.

das. Él no se conmovió por ellas, sino que las arrostró valerosamente.

«Porque nunca usamos del lenguaje de la adulación como sabéis, ni de ningún pretexto de avaricia; Dios es testigo de todo esto. Ni buscamos gloria de los hombres, ni de vosotros, ni de otros algunos. Pudiendo como Apóstoles de Cristo gravaros, antes bien nos hicimos blandos en medio de vosotros, como una madre que está criando <sup>(1)</sup>, llena de ternura para con sus hijos; de tal manera apasionados por vosotros, que deseábamos con ansia comunicarnos no sólo el Evangelio de Dios, sino daros también nuestra misma vida <sup>(2)</sup>; tan queridos llegasteis á ser con nosotros. Porque bien os acordaréis, hermanos, de nuestros trabajos y fatigas, como trabajando de noche y de día <sup>(3)</sup>, á trueque de no gravar á nadie, os predicamos ahí el Evangelio de Dios. Testigos sois vosotros y también Dios de cuán santa y justa y sin querella alguna fué nuestra mansión entre vosotros que habéis abrazado la fe; sabiendo como sabéis que nos hemos portado con cada uno de vosotros (á la manera que un padre para con sus hijos) amonestándoos, consolándoos y conjurándoos á llevar una vida digna de Dios que os ha llamado á su reino y gloria.»

¡Con qué encanto y sencillez hace Pablo su propia apología! No quiso deber nada á los tesalonicenses, sino entregárselo todo: su tiempo, sus esfuerzos, su corazón y la verdad. Mezclóse en su vida como si fuese uno de ellos, sin pretensiones, con toda fraternidad y afecto. ¡Con cuánta naturalidad encuentra las imágenes más exquisitas para expresar las ternezas de su corazón! Madre que está

(1) Se compara, no ya á una nodriza, sino, lo que es muy diferente, á la madre misma que cría á sus propios hijos, τὰ ἐαυτῆς τέκνα. El verbo empleado para caracterizar los cuidados maternos, θάλπειν, indica el acto por el cual la madre reanima á su hijo en su seno y pretende consolarle.

(2) La expresión de que se sirve el Apóstol, μεταδοῦναι ἑμὴν τὰς ἐαυτῶν ψυχάς, significa que hubiera querido hacer pasar su misma alma al pecho de los tesalonicenses, como la madre hace pasar su propia vida á su hijito.

(3) Como todos los judíos, el Apóstol coloca la noche delante del día, νυχθήμερον, por cuanto las veinte y cuatro horas del día legal empezaban al ponerse el sol.

criando, padre que instruye, forma y sustenta á sus hijos; en todo esto se ha convertido, y si hubiese sido preciso morir por ellos, de buena gana lo hubiera hecho. De modo que su ministerio, todo afecto y abnegación, nada tuvo que ver con la enseñanza rígida y presuntuosa, sino que se aplicó á una suerte de formación comparable, por su sencillez y su bondad, á la que dan el padre y la madre en el seno de la familia.

«De aquí es que no cesamos de dar gracias á Dios, porque cuando recibisteis la palabra de Dios oyéndola de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombre, sino (según es verdaderamente) como palabra de Dios, que fructifica en vosotros que habéis creído, porque vosotros, hermanos, habéis imitado á las Iglesias de Dios que hay en Judea reunidas en Jesucristo, siendo así que habéis sufrido de los de vuestra propia nación <sup>(1)</sup> las mismas persecuciones que aquellas han sufrido de los judíos; los cuales también mataron al Señor Jesús y á los profetas, y á nosotros nos han perseguido, y desagradan á Dios, y son enemigos de todos los hombres <sup>(2)</sup>; prohibiéndonos el predicar <sup>(3)</sup> á los gentiles á fin de que se salven, para ir siempre ellos llenando la medida de sus pecados; por lo que la ira de Dios ha caído sobre su cabeza hasta el fin.»

Pablo ve la cólera del cielo pronta á castigar sin misericordia al pueblo judío, infiel á su Dios y sin caridad para con los hombres. ¿Qué falta á su perpetua iniquidad? En

(1) La expresión *συμφύλται*, «de la misma tribu, del mismo tronco», debe entenderse de los paganos de Tesalónica que son con respecto á la Iglesia tesalonicense, lo que los judíos con respecto á las Iglesias de Palestina. Aunque los motines fuesen preparados por los judíos, generalmente eran ejecutados por los paganos, *Hechos*, XIV, 2, XVII, 5, 13. Sin embargo no es imposible, dado su papel activo en el motín suscitado en Tesalónica, *Hechos*, XVII, 5, que Pablo se dirigiese también á los judíos helenistas desde largo tiempo establecidos y viviendo de padres á hijos en esta ciudad.

(2) Este *πάντων ἀνθρώπων ἐναντίων* recuerda las palabras de Tácito, *Hist.*, V, 5, que caracterizaba á los judíos: «*Adversus omnes alios hostile odium.*» Comp., Juvenal, *Sat.*, XIV, 103 y sig.; Diod. Sic., XXXIV; Josefo, *C. Apion.*, II, 10, 14. La ley había separado á Israel de los demás pueblos, pero no había dictado los sentimientos egoístas que le introducían hasta el corazón el desprecio y el odio del género humano.

(3) *Hechos*, IX, 23 y sig.; XIII, 45; XVII, 5, 13; XXII, 22, etc.

otras épocas mató á los profetas, más recientemente crucificó á su Mesías, y, obstinándose en su ciego odio contra lo que es de Dios, persigue á los predicadores y á los discípulos del Evangelio. No les basta rechazar la salud para sí mismos, sino que multiplican sus esfuerzos á fin de impedir á los demás que se aprovechen de ella. La paciencia divina está acabándose y la hora del castigo se aproxima. Lo que se cumplirá terriblemente al cabo de diecisiete años, Pablo lo anuncia desde hoy. Esta vehemente salida contra los hijos de Israel demuestra claramente que, aun en Corinto, sufría sus hostilidades.

«Pero en cuanto á nosotros, hermanos, después de haber estado por un poco de tiempo separados <sup>(1)</sup> de vosotros con el cuerpo, no con el corazón, hemos deseado con tanto más ardor y empeño volveros á ver; por eso quisimos pasar á visitaros, y en particular yo, Pablo <sup>(2)</sup>, he estado resuelto á ello más de una vez, pero Satanás <sup>(3)</sup> nos lo ha estorbado. En efecto ¿cuál es nuestra esperanza, nuestro gozo y la corona que formará nuestra gloria? ¿No sois vosotros delante de nuestro Señor Jesucristo para el día de su advenimiento? Sí, vosotros sois nuestra gloria y nuestro gozo.

»Por lo cual no pudiendo esperar más, tuvimos por bien quedarnos solos <sup>(4)</sup> en Atenas, y despachamos á Timoteo,

(1) La expresión *ἀποφασισθέντες* no puede ser plenamente traducida; atribuye al Apóstol el dolor moral del huérfano privado de sus padres y llevando penosamente este sentimiento de la soledad y aislamiento en la vida.

(2) Hace esta restricción muy oportunamente, pues que hablando hasta aquí tanto en nombre de Silas y Timoteo, como en el suyo propio, no podía asociar al deseo que había tenido de ir á Tesalónica á Timoteo, quien en esa época ya estaba allí, y á Silas, quien se hallaba en Macedonia. Esos detalles, en apariencia insignificantes, concurren á probar la autenticidad de la Epístola.

(3) Satanás para Pablo es un ser personal, que tiene su acción en el mundo, *Efes.*, VI, 12; *Rom.*, I, 13; XVI, 20; *I Cor.*, V, 5; VII, 5, etc. Aquí le nombra como si ya hubiese hablado de este espíritu maligno á los tesalonicenses. En Filipos, lo había echado de la sirvienta que predecía el porvenir. ¿Cómo Satán ha impedido al Apóstol volver á Tesalónica? ¿Por nuevas dificultades sobrevenidas en las comunidades cristianas entre las cuales se hallaba? ¿Por causa de aquellas crisis de enfermedad que él llamaba bofetadas de Satanás, *II Cor.*, XII, 7? Es posible.

(4) Sería mejor decir: á ir solo á Atenas, si esto no fuese violentar en

hermano nuestro y colaborador <sup>(1)</sup> de Dios en el Evangelio de Jesucristo para confirmaros y esforzaros en nuestra fe; á fin de que ninguno se conturbe por estas tribulaciones, pues vosotros mismos sabéis que á esto estamos destinados. Porque ya cuando estábamos con vosotros os predécíamos que habíamos de padecer tribulaciones, así como ha sucedido y tenéis noticia de ello. Por esto mismo no pudiendo ya sufrir más, envié á informarme de vuestra fe, temiendo que el tentador os hubiese tentado y se perdiese nuestro trabajo.

»Pero ahora que Timoteo, regresado acá de vosotros, nos ha traído nuevas de la fe y caridad vuestra, y como conserváis siempre buena memoria de nosotros, deseando vernos, igualmente que nosotros os deseamos ver también, con eso, hermanos, hemos tenido gran consuelo á vista de vuestra fe en medio de todas nuestras necesidades y tribulaciones; porque ahora vivimos puesto que vosotros estáis firmes en el Señor. Y en efecto, ¿qué acción de gracias podemos tributar á Dios por todo el gozo que experimentamos por vuestra causa delante de nuestro Dios? Esto es lo que nos hace rogarle noche y día con la mayor instancia que nos permita pasar á veros y acabar las instrucciones que faltan á vuestra fe.

»¡Oh! quiera el Dios y Padre nuestro, y nuestro Señor Jesucristo dirigir nuestros pasos hacia vosotros. Entre tanto el Señor os multiplique y aumente vuestra caridad recíprocamente y para con todos, tal cual es la nuestra para con vosotros, á fin de fortalecer vuestros corazones en santidad y ser irreprochables delante de Dios y Padre nues-

apariciencia el texto. El verbo *καταλειφθῆναι* quiere decir ser dejado solo. Mas por el mismo hecho que él enviaba, como dijimos en otra parte, á Timoteo, de Berea, donde se había quedado, á Tesalónica, se conformaba con no tenerle con él en Atenas, y, por consiguiente, con permanecer solo en ella, en interés de los fieles de Tesalónica. Esta es la mejor conciliación de este pasaje de la Epístola con *Hechos*, XVII, 14, 15, 16.

(1) La expresión *συνεργόν* tiene algo de sorprendente á primera vista. Sin embargo, siendo la obra evangélica dirigida por Dios, los que se asocian á ella vienen á ser realmente cooperadores de Dios. No porque la situación del que manda sea diferente de la situación del que obedece, la obra deja de ser común á los dos.

tro, para cuando venga nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos (1)»

Después de estas efusiones tan tiernas que, á través de repeticiones muy naturales en un sincero afecto, no dejan de estar menos llenas de suave elocuencia, el Apóstol pasa á la segunda parte de la Epístola, es decir, á las exhortaciones prácticas que le ha sugerido la información de Timoteo. Por consoladoras que fuesen las noticias de la joven Iglesia, todavía hay algunas miserias en la vida de los nuevos creyentes. No se pasa del paganismo al Evangelio sin conservar alguna cosa de aquél, ó exaltarse demasiado vivamente el espíritu al contacto de éste. Pablo va á tocar sucesivamente todos los puntos que Timoteo le ha señalado.

«Por lo demás, hermanos, os rogamos y conjuramos por el Señor Jesús, que según aprendisteis de nosotros el modo como debéis portaros y agradar á Dios, así procedáis para adelantar más y más. Porque ya sabéis qué preceptos os he dado en nombre del Señor Jesús. Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación: que os abstengáis de la fornicación, que sepa cada uno tener la propia mujer (2) santa y honestamente, no con pasión libidinosa, co-

(1) Algunos entienden por la palabra *santos* á los ángeles. De hecho, así debe tener lugar la manifestación final, según *Mateo*, XVI, 27; XXV, 31; *Marc.*, VIII, 38; *Judas*, 14, etc. Mas Pablo nunca aplica esta denominación á los espíritus celestes. Aquí se trata de los justos que viven con Jesucristo cerca del Padre. Lo que se dice más abajo, cap. IV, 16, no se opone á esta explicación.

(2) La expresión *σκεδος* que significa *un vaso, un utensilio, un instrumento*, debe tomarse aquí en sentido figurado. Muchos comentadores suponen que indica el cuerpo del hombre, y traducen: cada uno debe *guardar su propio cuerpo* en la castidad. En realidad, Pablo habla de *vasos de barro*, *II Cor.*, IV, 7, en los cuales llevamos, con nuestra alma, los dones espirituales; Filón llama repetidas veces el cuerpo *τὸ τῆς ψυχῆς ἀγγεῖον*, y en la otra Epístola titulada de San Bernabé, cap. VII y cap. XI, leemos: *τὸ σκεῖος τοῦ πνεύματος*. Los mismos filósofos paganos empleaban esta imagen para designar al cuerpo con relación al alma. Cicerón, *Tuscul.*, I, 22, Lucrecio, III, 441. En este caso, *ἐαυτοῦ* que precede á *σκεδος* significaría el hombre espiritual. Pero hay una dificultad capital en esta explicación, y es que el verbo *κτᾶσθαι* no quiere decir *poseer*, sino *adquirir*, tomar lo que está fuera de sí. Desde luego debemos preferir la interpretación de San Agustín, *contra Julian.*, IV, 10; V, 9; *de Nupt. et Conc.*, I, 8; de Teodoro de Mops., de Sto. Tomás, etc., que entienden por *σκεδος* la mujer. La imagen era fami-

mo hacen los gentiles que no conocen á Dios. Que nadie viole el derecho conyugal <sup>(1)</sup> engañando fraudulentamente á su hermano, puesto que Dios es vengador de todas estas cosas, como ya antes os hemos dicho y protestado; porque no nos ha llamado Dios á inmundicia, sino á santidad. Así que, quien menosprecia estos preceptos, no desprecia á un hombre, sino á Dios, el cual asimismo nos ha dado su Santo Espíritu.»

La miserable pasión de la carne ha sido siempre la gran plaga de la humanidad. Entre los paganos, donde no tenía ningún freno, había llegado á los últimos excesos. El Evangelio nunca ha manifestado mejor su energía divina que haciendo prevalecer contra ella la castidad como una ley moral que se impone á todos, y la continencia absoluta, ó aun la virginidad, que viene á ser la vocación heroica de los más perfectos. La insistencia que Pablo pone en todas sus Epístolas en señalar y condenar el vicio impuro se explica por la facilidad con que el mundo pagano se dejaba llevar á dicho vicio.

«Por lo que mira á la caridad fraterna, no hay necesidad de escribiros, pues vosotros mismos aprendisteis de Dios el amaros unos á otros; y así lo hacéis con cuantos

---

liar entre los judíos, *I Pedro*, III, 7. En *Megilla Esther*, mientras unos ponderan la belleza de las mujeres de Media y los encantos de las de Persia, Asuero dice: «*Vas meum quo ego utor neque Medicum neque Persicum est, sed Chaldaicum.*» V. Schoetgen, *Hor. hebr.* sobre este pasaje, p. 827. Hay dos maneras de obtener, *κρᾶσθαι*, á una mujer, la vía desordenada de la pasión, que la toma en cualquier parte en que la encuentre, y la vía honesta del matrimonio, en que se guarda fielmente á la que se ha escogido en la libertad del corazón. La primera es la costumbre del libertinaje pagano; es preciso renunciar á ella. La segunda es el honor de la virtud cristiana; es preciso conformarse con ella. Pablo tendrá ocasión de volver á hablar de su teoría sobre las relaciones del hombre y de la mujer, *Efes.*, V, 28; *I Cor.*, VII, 2, etc.

(1) Es difícil, por más que digan algunos intérpretes, no convenir en que el Apóstol prosigue aquí su recomendación contra la lujuria, al emplear la expresión *ἐν τῷ πράγματι* para significar las relaciones conyugales. Después de haber condenado la fornicación, habla contra el adulterio. Sin duda la expresión *πράγμα* es de un realismo un poco sorprendente. Mas la continuación de ideas parece prohibir la suposición de que Pablo, dejando allí su idea para tomarla de nuevo en la línea siguiente, se levante sin transición contra un segundo vicio del paganismo, la mala fe y los abusos de toda clase en las relaciones comerciales.

hermanos hay en toda Macedonia <sup>(1)</sup>. Pero os rogamos, hermanos, que adelantéis más y más, y procuréis vivir quietos, y atended á lo que tengáis que hacer, y trabajéis con vuestras manos <sup>(2)</sup>, conforme os tenemos ordenado y que os portéis modestamente con los que están fuera de la Iglesia y que no codiciéis cosa alguna de nadie <sup>(3)</sup>.»

Nada más práctico, más moderado, más prudente que estas recomendaciones á recién convertidos sobre el desarrollo de la vida moral: castidad conyugal, amor paternal, orden en los negocios, horror á la pereza, vida materialmente ocupada, fructuosa y tranquila, independencia y dignidad por medio del trabajo. Aquellos que, en nombre del Evangelio, quieren tener á los hombres entre el cielo y la tierra, fuera de la vida positiva, entienden el cristianismo de muy distinta manera que Pablo, y se exponen de este modo á hacer pocos cristianos y malos cristianos. El Apóstol ve al creyente tal cual debe ser, hombre de su esposa, trabajador que mantiene la dignidad en el hogar doméstico, que vive libre en él, tranquilo, feliz, vigilante, y, fuera de él, es modelo de probidad y de amor fraternal.

Sin transición preparada, y probablemente porque Timoteo llamó su atención sobre esta viva inquietud de los fieles de Tesalónica, entra Pablo de lleno en la cuestión de la resurrección de los muertos y de la venida del Señor.

«En orden á los que duermen <sup>(4)</sup>, no queremos, hermanos, dejaros en ignorancia, porque no os entristezcáis del modo

(1) Los primeros fieles parece que tuvieron más facilidad en practicar la caridad que las demás virtudes, y aunque aquí hubiese una delicada habilidad de Pablo al querer, por medio del elogio, acentuar la obligación, no es dudoso que el amor fraternal reinaba en la joven Iglesia. Dios mismo la había puesto en su corazón. El *θεοδιδασκτοι* recuerda aquí el *διδασκτοι Θεου* de Juan, VI, 45, é *Isaiás* LIV, 13.

(2) Los tesalonicenses convertidos debían de ser en su mayoría artesanos.

(3) Esto recuerda el discurso de Mileto, *Hechos*, XX.

(4) Esta expresión que oculta bajo una dulce imagen el terrible misterio de la muerte se encuentra frecuentemente empleada no ya sólo en la Biblia, *Hechos*, VII, 60; XIII, 36; *Mateo* XXVII, 52; *I Cor.*, XV, 20; VII, 39; Juan, XI, 11, sino también en los autores profanos, Homero, *Ilíada*, XI, 240; Sófocles, *Electra*, 509, etc. Para nosotros, indica el sueño de los cuerpos. Según el Evangelio, las almas no se duermen, *Lucas*, XVI, 19 y sig., XXIII, 43. La enseñanza apostólica no es diferente. Véase *II Cor.*, V, 8; *Filip.*, I,

que suelen los demás hombres que no tienen la esperanza <sup>(1)</sup>. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, también debemos creer que Dios resucitará y llevará con Jesús á los que hayan dormido en Jesús <sup>(2)</sup>. Por lo cual os decimos sobre la palabra del Señor que nosotros los vivos, que quedaremos hasta la venida del Señor, no cogemos la delantera á los que duermen; por cuanto el mismo Señor á la intimación y á la voz del Arcángel y al sonido de la trompeta de Dios, descenderá del cielo y los que murieron en Cristo, resucitarán los primeros. Después, nosotros, los vivos, los que habremos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos sobre nubes al encuentro de Cristo en el aire, y así estaremos con el Señor eternamente. Consolaos, pues, los unos á los otros, con estas verdades.»

Uno de los puntos interesantes de la predicación de Pablo, era Jesús viniendo á juzgar al mundo. Ya en la presente Epístola, ha hecho alusión á ello por dos veces, y sabemos que, en su discurso en el Areópago, el objetivo que pretendía, y que á su auditorio gustó muy poco, era también el anuncio de este día <sup>(3)</sup>. Ora el Apóstol hablase de él con insistente elocuencia, ora las imagina-

---

23; *Apoc.*, XIV, 13. Los que no creen en la resurrección de los cuerpos no tienen el derecho de llamar á la muerte un sueño, porque el sueño no se comprende sino seguido del despertar.

(1) Conocida es la desesperación de los paganos, Esquilo, *Eum.*, 638: ἀπαξ θανόντος οὐτως ἐστ' ἀνάστασις. Véase Teócrito, *Idyl.*, IV, 42; Catulo, V, 4; Lucrecio, III, 942, etc. Empero lo más interesante de notar son las inscripciones funerarias que leímos en Salónica. Aquellos negociantes, sin ideas sobre la vida futura, mostrábanse inconsolables al pensar que no había nada más allá de la tumba. Véanse las estelas de la necrópolis descubierta recientemente en la puerta Kassandriotike. Los epitafios han debido ser publicados por M. Kinch.

(2) Puede unirse διὰ τοῦ Ἰησοῦ á lo que precede, y tiene el sentido que hemos adoptado, denotando la preposición διὰ el estado de los que se han dormido, con la señal y la gracia de Jesús; ó bien á lo que sigue, y entonces indica la causa de la resurrección de los fieles que serán llevados por Jesús y con él. El vers. 16 y *I Cor.*, XV, 18, recomiendan la primera interpretación.

(3) *Hechos*, XVII, 31. La acusación de los judíos de Tesalónica, *Hechos*, XVII, 7, supone también que Pablo había predicado el advenimiento del Rey Jesús en la Parusia.

ciones de aquellos paganos convertidos se sintiesen más particularmente impresionadas por estas pinturas realistas, y sobre todo, por las promesas positivas que se relacionaban con él, es evidente que los tesalonicenses miraban la Parusia, ó la venida del Señor y de las alegrías de su reino, como una cosa no sólo muy deseable, sino también muy próxima. ¿Supusieron los Apóstoles que la ruina de Jerusalén y la Parusia no formarían más que una cosa <sup>(1)</sup>? Es posible. Según la fe común de Israel, ¿se les apareció la irremediable destrucción del templo de la nación, desde el tiempo del mismo Maestro, como el fin de todas las cosas? Para su espíritu fatalmente impregnado de los prejuicios judíos, la venida de Jesús en su cólera sobre el pueblo prevaricador ¿estuvo identificada con su venida en la misericordia para con los elegidos? Ó bien, habiendo aprendido de Jesús que era necesario estar siempre dispuestos á ver llegar el día del Hijo del hombre, ¿se habían habituado á hablar de su venida como de una cosa inminente? ¿Se engañaron, ora confundiendo el fin de Jerusalén, que era realmente próximo, con el fin del mundo que estaba todavía muy lejos, ora no distinguiendo la venida solemne y última del Señor para juzgar á todos los hombres, de la venida individual en que viene á juzgar á los que mueren cada día? Uno se queda perplejo para formular una respuesta. Sea de ello lo que fuere, es difícil negar que, por su culpa, sus ideas sobre la Parusia no hubiesen sido exactas <sup>(2)</sup>. Jesús había dicho que ni los ángeles ni el mismo

(1) El hecho mismo de que la Parusia era esperada como próxima por el autor de la Epístola lo mismo que por los tesalonicenses prueba que la Epístola había sido escrita en una fecha en que era posible el error sobre las palabras de Jesucristo. Medio siglo más tarde, se vió claramente que era preciso dar un sentido más amplio á sus afirmaciones sobre lo por venir. Un falsario, que hubiera compuesto la Epístola en el siglo segundo, no hubiera atribuido á Pablo una convicción tan visiblemente errónea. En cuanto á suponer un impostor contemporáneo de Pablo, ningún crítico ha soñado en ello. No se publican nunca libros apócrifos con el nombre de alguien que todavía vive.

(2) Esta espera de la Parusia próxima no es particular de Pablo, si bien él habló de ella con más frecuencia que los demás, no solamente en sus dos Epístolas á los tesalonicenses, sino también *1 Cor.*, I, 7, 8; III, 13;

Hijo del Hombre sabían el día y la hora <sup>(1)</sup>, y ¡ellos querían saberlo! Su enseñanza tiene, pues, tanto de embrollada como de embrolladora. Le hubiera bastado, para ser claro, distinguir categóricamente el juicio particular del juicio universal, la supervivencia de las almas de la renovación de los cuerpos. De la Parusia, debían ellos simplemente afirmar, no que estaba próxima, sino que podía estarlo. Y aun más; si algunas afirmaciones de Jesús parecían admitir esta proximidad, ¡cuántas debían excluirla! Las parábolas de la levadura y de la zizania <sup>(2)</sup>, el esposo que tarda en venir, el señor volviendo de un largo viaje <sup>(3)</sup> ó entrando tarde, á media noche, al cantar del gallo <sup>(4)</sup>, los tiempos de las naciones y la evangelización del mundo que debían preceder á la Parusia <sup>(5)</sup>, ¿no suponían una larga duración de la economía actual?

En todo caso, el Espíritu Santo no permitió que su ilusión tuviese para los fieles enojosas consecuencias. Ofrecía asimismo un lado práctico muy útil, y era el de poner á todos en guardia sobre el juicio próximo que debía fijar la eternidad. Desde este punto de vista, el medio de estar dispuestos á comparecer ante el juez, y, por consiguiente, de vivir bien para acabar bien, era el creer que pronto iba á llegar Dios <sup>(6)</sup>.

IV, 5; V, 5; VII, 29-31; X, 11; XV, 2-25 y 28; *II Cor.*, V, 1-10; *Hebr.*, X, 25, etc. Todos los Apóstoles la comparten. *Santiago*, V, 7-9, *I Pedro*, I, 5, 7, 13; *II Pedro*, III, 7-12; sin hablar de los discursos de los *Hechos*, II, 16-20 y 40; III, 19-21; *I Juan*, II, 18; *Apoc.*, I, 3, 7; III, 10; XVI, 15, etc. De este modo se explica la creencia de que Juan todavía estaría en ese mundo cuando viniese el Señor.

(1) *Mateo*, XXIV, 36; *Marc.*, XIII, 32; *Hechos*, I, 7.

(2) *Mateo*, XIII, 31-33.

(3) *Mateo*, XXV, 5, 14, 19. *Comp. Luc.*, XIX, 12.

(4) *Marc.*, XIII, 35.

(5) *Lucas*, XXI, 24; *Mateo*, XXIV, 14.

(6) Los esfuerzos que se han hecho para suprimir la evidente ilusión del Apóstol sobre la proximidad de la Parusia, son tan superfluos como desesperados. Los unos han dicho que Pablo, con esas palabras: *ἡμεῖς οἱ ζῶντες, οἱ περιλειπόμενοι εἰς τὴν παρουσίαν τοῦ Κυρίου*, había querido hablar, no de sí mismo y de sus contemporáneos, sino de los fieles del fin de los tiempos. Pero no era esto lo que preocupaba á los tesalonicenses. Otros han supuesto que, con un piadoso engaño, y no obstante estar convencido de que la Parusia se hallaba todavía muy lejana, se había complacido Pablo en hablar de ella

Si Pablo hubiese tenido una idea exacta de la duración de la economía de la gracia que empezaba, del porvenir de la humanidad cristiana y de la fecha muy lejana de la Parusia, habría respondido á los tesalonicenses: «¿De qué os inquietáis, pues? Mas nosotros, los hoy vivientes, no tendremos ninguna ventaja sobre los muertos de ayer, porque todos nosotros estaremos muertos desde mucho tiempo, cuando el Hijo del Hombre vendrá.» Se limita á explicarles que, si el Maestro llega pronto, cosa que le parece muy posible, los muertos se levantarán de sus tumbas para ir, con los vivos, á reunírsele en las nubes del cielo. Después, refiriéndose á las palabras de Jesús <sup>(1)</sup> sobre el fin de los tiempos, y entrando así en la esfera de las cosas reveladas, expone en qué condiciones se cumplirá la Paru-

---

como si estuviese próxima, á fin de excitar á los fieles á que estuviesen prevenidos, como si el Juez estuviese por venir. Mas sería preciso explicar, no un texto, sino una serie de textos, y no ya solamente de San Pablo, como hemos dicho, sino también de los demás Apóstoles, para poder establecer seriamente que la primera generación cristiana no se engañó sobre la proximidad de la Parusia. Ahora bien, en este trabajo se perdería el tiempo. (\*)

(\*) Magnien, en su artículo de la *Revue Biblique*, que citamos en la página 314 copia esta nota y hace observar que el libro de monseñor ha sido «honoré d' une lettre flatteuse de Sa Sainteté le Pape Pie X.» Los exégetas que explican este pasaje por una *enallage personae*, conviene que no olviden dicha observación de Magnien, á fin de no extremar los calificativos contra otros comentaristas también católicos. De todos modos, creemos que la interpretación de Monseñor Le Camus no se armoniza fácilmente con lo que el mismo Apóstol dirá muy pronto en su Epístola II á los mismos tesalonicenses, II, 1-5; y, en el vol. III, veremos que nuestro autor no puede menos de extrañar que San Pablo, *I Cor.*, VI, 14, escriba: «Dios que resucitó al Señor, nos resucitará también por su virtud.» Debemos hacer constar que en el mismo vol. III, el autor atenúa su exposición y escribe que el pasaje *I Tesal.*, IV, 16, debe interpretarse en el sentido de que el Apóstol creía, no que el segundo advenimiento de Jesús al fin de los siglos *había de alcanzarle* antes de su muerte, sino que *podía alcanzarle*. Muchos exégetas no admiten semejantes ilusiones en el Apóstol. El P. Murillo, *Razón y Fe*, noviembre, 1909, p. 385, escribe que ya en los primeros escritos de San Pablo se leen indicaciones que «excluyen en absoluto la opinión de que el Doctor de las gentes hubiera alimentado en tiempo alguno de su vida ni siquiera la idea de una proximidad inminente é inmediata (de la Parusia), no ya tal que hubiera de alcanzarla el Apóstol antes de terminar su carrera mortal.» —N. del T.

(1) Probablemente las que están citadas, *Mateo* XXIV, 31; *Marc.*, XIII, 27, ó bien otras que podía tener él mismo directamente de Jesucristo, según *Gálat.*, I, 12; II, 2; *Efes.*, III, 3; *II Cor.*, XII, 1.

sia, en cualquier momento que se produzca en la historia del mundo.

Pone desde luego fuera de duda la resurrección de los fieles, puesto que Cristo y sus discípulos, no formando sino un cuerpo, cabeza y miembros que deben permanecer indisolublemente unidos, no es posible que, habiendo Aquél resucitado, éstos no resuciten igualmente. Después de esto, bosqueja á grandes rasgos el drama final de la Parusia.

El mismo Señor, tal como lo vieron los Apóstoles elevarse al cielo el día de la Ascensión <sup>(1)</sup>, descenderá, precedido del Arcángel <sup>(2)</sup>, cuya voz, estruendosa como la misma trompeta de Dios, convocará á la humanidad entera. Los que hayan muerto dentro de la fe en Jesucristo y dentro de su amor, resucitarán los primeros. De los vivos en el momento de la Parusia, no se dice si pasarán por la purificación de la muerte que será seguida inmediatamente de la resurrección. La manera como se explica el Apóstol no parece suponerlo <sup>(3)</sup>. No se ve, en efecto, que ponga un intervalo entre vivir los últimos sobre la tierra é ir en seguida hacia Jesús en los aires, sobre una nube de gloria. No habla de los malos, y no tenía por qué hablar, puesto que Pablo se proponía tan sólo calmar las inquietudes de los tesalonicenses con respecto á los fieles difuntos.

El resultado final será que, vivos ó muertos en el momento de la Parusia, todos los justos subirán al cielo, al encuentro del Señor quien vendrá á tomarlos en la tierra, y una vez reunidos, permanecerán eternamente con Él, gozando de la recompensa que su santa humanidad, de la cual son los miembros, les habrá conquistado <sup>(4)</sup>. Esto será el cielo.

(1) Comp. *Hechos*, I, 11.

(2) Probablemente se trata del Arcángel Miguel, *Judas*, 9; *Apoc.*, XII, 7.

(3) Comp. *I Cor.*, XV, 52; *II Cor.*, V, 2.

(4) Aquí se trata del ser humano total, cuerpo y alma, que no tendrá su completa glorificación sino al fin de los tiempos. En cuanto al alma sola, Pablo dirá que va á Dios directamente en el momento que deja el cuerpo, *II Cor.*, V, 1-10; *Fil.*, I, 23, como así lo había prometido Jesús al buen ladrón, *Lucas*, XXIII, 43.

«Pero en cuanto al tiempo y al momento <sup>(1)</sup>—continúa el Apóstol—no necesitáis, hermanos míos, que os escriba.»

Desde luego nadie lo sabe de una manera precisa, y aventurarse á decir de una manera general que eso será en seguida, es ya engañarse. ¡Cuánto mayor sería el error, si se quisiese fijar el año y el día! Lo importante es estar siempre á punto, puesto que una sorpresa sería tan dolorosa como fácil. Pablo debió frecuentemente dar estos avisos á los fieles de Tesalónica, pues continúa de este modo, volviendo á tomar las mismas comparaciones de que probablemente se había servido en sus predicaciones:

«Porque vosotros sabéis muy bien que como el ladrón <sup>(2)</sup> de noche, así vendrá el día del Señor. Pues cuando los hombres estarán diciendo: Paz y seguridad; entonces los sobrecogerá de repente la ruina como el dolor de parto á la preñada <sup>(3)</sup>, sin que puedan evitarla.»

Esto es verdadero ante todo para cada fiel. La muerte que lleva en sus entrañas, como la madre á su hijo, debe salir de ellas un día y, á través de sufrimientos muy vivos, de improviso, arrojarlo á la eternidad. Mas el Apóstol pretende todavía hablar del acontecimiento final de la Parusia, suponiéndola siempre próxima; puesto que si la mujer en cinta ignora el día y la hora precisa de su parto, sabe, sin embargo, desde que ha concebido, que su término no podrá aplazarse más allá de un límite restringido. Mediante una asociación de ideas que es fácil entre-

(1) La aproximación de las dos palabras χρόνος, el tiempo en general, y καιρός, un momento particular del tiempo, recuerda la respuesta misma de Jesús á los Apóstoles, *Hechos*, I, 7.

(2) La misma expresión ὡς κλέπτῃς ἐν νυκτὶ se emplea en *II Pedro*, III, 10, y recuerda la palabra de Jesús, *Mateo*, XXIV, 43; *Lucas*, XII, 39. Algunos fieles, tomándola al pie de la letra, supusieron que la Parusia llegaría de noche y aun en víspera de Pascua. Lactancio, *Instit.*, VII, 19; Jerónimo, in *Matth.*, XXV, 6. La idea del ladrón debe despertar un serio temor y resolvernos á tomar prudentes precauciones.

(3) La expresión ἡ ὄδῃ, empleada por él, recuerda la de que se sirve Jesús al anunciar el fin de los tiempos, ἀρχὴ ὀδίνων, *Mateo*, XXIV, 8; *Marco*, XIII, 8. Por lo demás, todo ese pasaje parece referirse á la enseñanza del Maestro respondiendo á inquietudes análogas: *Mateo*, XXIV, 42 y sig., XXV, 13; *Marc.*, XIII, 32 y sig.; *Lucas*, XII, 35 y sig.

ver, el Apóstol pasa del ladrón, que viene durante la noche, á las mismas tinieblas, y del día del Señor, á la misma luz. Los cálculos de probabilidad sobre el fin más ó menos próximo de los tiempos no le apasionan: lo por venir no le hace perder de vista lo presente, y obliga á volver al punto á los deberes de la hora actual á aquellos á quienes se dirige. He aquí con qué hábiles estímulos excita su celo:

«Mas vosotros, hermanos, no vivís en las tinieblas, para que os sorprenda como ladrón aquel día; puesto que todos vosotros sois hijos de la luz, é hijos del día <sup>(1)</sup>; no lo somos de la noche ni de las tinieblas. No durmamos, pues, como los demás, antes bien estemos en vela y vivamos en templanza.»

El vicio del paganismo era vivir para el estómago, gozando de lo presente en las orgías nocturnas y sin cuidarse del alma y de lo por venir. Por si algo queda de este triste materialismo á los discípulos del Evangelio, con habilidad y sin parecer señalarlos, procura Pablo corregirlos por medio de elogios que obligan:

«Los que duermen, duermen de noche; y los que se embriagan, de noche se embriagan; nosotros, empero, que somos del día, vivamos en sobriedad, vestidos de cota de fe y de caridad, y teniendo por yelmo la esperanza de la salud, porque no nos ha puesto Dios para blanco de venganza, sino para hacernos adquirir la salud por nuestro Señor Jesucristo, el cual murió por nosotros, á fin de que, ora velando, ora durmiendo, vivamos juntamente con El <sup>(2)</sup>. Por lo cual consolaos mutuamente, y edificaos los unos á los otros como ya lo hacéis.»

Aquí, como lo confirmaremos frecuentemente en las demás Epístolas, la exuberancia del pensamiento multiplica

(1) Comp. *Juan*, XII, 36; *Lucas*, XVI, 8, sobre esta expresión *vivai φως*.

(2) El Apóstol escribirá más tarde á los Romanos, XIV, 8: «Sea que vivamos ó que muramos, del Señor somos.» Mas aquí habla en otro sentido, y volviendo á la cuestión de la Parusia que estaba planteada, quiere decir que tanto los muertos como los que estén vivos, en el momento de la venida de Jesucristo, irán á participar de su felicidad eterna.

rápidamente las imágenes, de suerte que Pablo, haciendo poco caso de las reglas de la retórica, pasa bruscamente de una metáfora á otra, deseoso ante todo de excitar la piedad de sus queridos tesalonicenses. Las mismas palabras dormir, velar, están, á dos líneas de intervalo, tomadas en sentido diverso; pero el Apóstol sabe que aquellos á quienes quiere exhortar y animar comprenderán al punto la diferencia, y deja correr la pluma. La idea de vigilancia le sugiere la del centinela armado, esperando el día del Señor, y la armadura del soldado que él descompone <sup>(1)</sup>, le parece corresponder á las tres virtudes necesarias para asegurar el triunfo y la vida eterna. La fe y la caridad deben proteger el corazón del cristiano contra los ataques del mal, como la coraza protege el pecho del soldado, mientras la esperanza de la salud le mostrará el cielo abriéndose sobre su cabeza y le dará ánimo para afrontar las pruebas de la vida presente, que no son nada con respecto la eternidad. Después de lo cual seguirán las exhortaciones prácticas cada vez más paternales y prácticas en las últimas líneas de su Epístola.

«Asimismo, hermanos, os rogamos, que tengáis especial consideración á los que trabajan entre vosotros y os gobiernan en el Señor y os instruyen <sup>(2)</sup>, dándoles las mayores muestras de caridad por sus desvelos. Conservad la paz con ellos.»

Estas recomendaciones no eran inútiles para aquellas comunidades recientes, en que la organización jerárquica daba á veces por superiores de hombres de una clase ele-

(1) Esta imagen que es, acaso, una reminiscencia de *Isaías*, LIX, 17, y de *Sab.*, V, 19, se halla más extensamente desarrollada, *Efes.*, VI, 10 y sig. La idea de que la vida del cristiano es un combate aparece sin cesar en el espíritu de Pablo; *I Tim.*, VI, 12; *II Tim.*, IV, 7; *Fil.*, I, 30; *Hebr.*, XII, 1, etc.

(2) Algunos han supuesto que Pablo enumera aquí, sin dar los nombres oficiales, las diversas categorías de los dignatarios de la Iglesia: *κοινωντας, προϊσταμένους, νοητοδύντας*, trabajadores que la desarrollan, superiores que la gobiernan, predicadores que le recuerdan sus deberes; pero es más probable que indique aquí tres funciones de un mismo oficio, el de presbíteros ó de obispos. Con todo, se halla, *I Tim.*, V, 17, el trabajo de los presbíteros claramente dividido en dos, gobernar é instruir.

vada á pobres hombres llegados los primeros al Evangelio, mejor instruídos que los otros y desde luego instituídos directores y predicadores en la Iglesia. Eran de tener antagonismos por razón de la educación muy diversa de los neófitos y de los dignatarios encargados de formarlos. Esta es la razón por la que Pablo encomienda el respeto y el amor á los jefes de comunidad y la paz entre todos los miembros.

«Os rogamos también, hermanos, que corrijáis á los inquietos, que consoléis á los pusilánimes, que soportéis á los flacos, que seáis sufridos con todos. Procurad que ninguno vuelva á otro mal por mal, sino tratad siempre de hacer bien unos á otros y á todo el mundo. Vivid siempre alegres; orad sin intermisión; dad gracias por todo <sup>(1)</sup>; porque esto es lo que quiere Dios que hagáis todos en Jesucristo. No apaguéis el Espíritu; no despreciéis las profecías; examinad todas las cosas atentamente <sup>(2)</sup>; y ateneos á lo bueno y apartaos de toda apariencia de mal.

»Y el Dios de la paz os haga santos en todo, á fin de que vuestro espíritu entero con alma y cuerpo <sup>(3)</sup> se conserven sin culpa para cuando venga nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llamó y así lo hará <sup>(4)</sup>.»

¡Qué suave serenidad hay en la religión de Pablo! ¡Cuán consoladora debía parecer su palabra á las almas que la escuchaban! Quiere que los elegidos tengan siempre la sonrisa en los labios, la plegaria y la acción de gracias en el corazón, el bien como objeto perpetuo de su vida, la perspectiva de la salud asegurada como consuelo. Por breves que sean esas últimas recomendaciones, se entrevé

(1) Comp. *Mateo.*, V, 12; *Rom.*, XII, 12; *II Cor.*, VI, 10; *Fil.*, IV, 4.

(2) Más tarde, *I Cor.*, XII, 7 y sig., Pablo desarrollará mejor su pensamiento sobre los dones y las operaciones del Espíritu Santo; sobre los profetas ó predicadores inspirados por el Espíritu, *I Cor.*, XIV.

(3) Aunque en ciertos pasajes, *I Cor.*, VII, 34; *II Cor.*, VII, 1, Pablo divide al hombre en dos, cuerpo y alma, según el lenguaje ordinario, la teoría platónica que le divide en tres parece ser también la suya: πνεῦμα ó νοῦς, el elemento superior y el más espiritual en el hombre, ψυχή, el elemento medio que entra en contacto con el cuerpo, σῶμα, el elemento inferior.

(4) Comp. *II Tesal.*, III, 3; *I Cor.*, I, 9; X, 13; *II Tim.*, II, 13.

en ellas que no sólo la Iglesia de Tesalónica estaba organizada jerárquicamente, puesto que Pablo suplica el afecto y el respeto para los jefes que se consagran á su servicio, sino que se producían en ella las mismas manifestaciones sobrenaturales que en las Iglesias de Judea: don de lenguas, profecías, carismas de toda suerte. El Espíritu de Dios es un fuego que exige, para su conservación, un ambiente propicio á su desarrollo. La comunidad religiosa lo apaga el día en que la piedad general declina, y á la vez se afirman victoriosos los instintos materiales, la indiferencia, el escepticismo. La caridad fraternal que corrige, que anima, que consuela, que eleva, que conduce á la justicia es el elemento requerido para desarrollarlo.

Después del voto final para la santificación de todos, añade Pablo una especie de *post-scriptum*, que probablemente escribió él mismo. Hemos dicho que ordinariamente dictaba sus Epístolas, ó que, si las escribía, las hacía copiar probablemente por un calígrafo <sup>(1)</sup>, contentándose con darles su autenticidad por medio de alguna última palabra trazada de su propia mano. La apostilla contenía tres recomendaciones:

«Hermanos míos, orad por nosotros. Saludad á todos los hermanos con el ósculo santo <sup>(2)</sup>. Os conjuro por el Señor que se lea esta carta á todos los santos hermanos. La gracia de nuestro Señor. Jesucristo sea con vosotros. Amén.»

Si hubiese necesidad de otra prueba para establecer la autenticidad de esta Epístola, la tendríamos en esta recomendación expresa de leerla á todos los cristianos de Tesalónica. Porque, en definitiva, ó fué leída en la Iglesia de

(1) *Rom.*, XVI, 22. Comp. *I Cor.*, XVI, 22; *Col.*, IV, 18; *II Tesal.*, III, 17.

(2) Siendo costumbre en Oriente el saludarse abrazándose, el ósculo fraternal, *φιλημα ἀγιον*, formó parte de los testimonios de caridad que se daban en las reuniones piadosas. Comp. *I Cor.*, XVI, 20; *II Cor.*, XIII, 12; *Rom.*, XVI, 16; *I Pedro*, V, 14; *Constit. Apost.*, II, 57; Tertuliano, *de Orat.*, 14. Antes de la comunión, los hombres de un lado y las mujeres del otro se transmitían gravemente el ósculo santo: Hoy día lleva aún el diácono el ósculo de paz al presbítero asistente en las misas solemnes.

esta ciudad, ó no. Si fué leída como procedente de Pablo, en el momento preciso en que se producían allí las inquietudes á que se refiere, realmente es del fundador de esta comunidad, porque entonces las relaciones eran demasiado frecuentes para que fuese posible el engaño. Si no fué leída allí, ¿cómo pudo ser recibida más tarde en Tesalónica, á pesar de esta cláusula que debía destruir toda su autoridad?

De hecho sabemos que fué recibida, desde el principio, en todas las Iglesias cristianas como obra del Apóstol. Las versiones siríaca y latina, el canon de Muratori en la segunda mitad del siglo segundo y el catálogo que Marción había traído del Asia Menor algunos años antes, bastarían á confirmarlo, aunque no hallásemos en Ireneo <sup>(1)</sup>, Clemente de Alejandría <sup>(2)</sup>, Tertuliano <sup>(3)</sup>, y aun en las cartas de Policarpo <sup>(4)</sup>, de Ignacio <sup>(5)</sup> y de Clemente de Roma <sup>(6)</sup>, citas que prueban su difusión universal.

Sin duda que, como doctrina dogmática, no tenía la importancia de las otras Epístolas de Pablo. Había sido dictada por el corazón más que por el espíritu, y la teología había cedido en ella el lugar principal al sentimiento; pero como revelación del alma ardiente y tierna del Apóstol, como expresión de su caridad exquisita, como testimonio de simpatía conmovedora, es preciso ponerla por encima de las páginas más hermosas que él dictará y de las más consoladoras que haya podido leer la Iglesia.

- 
- (1) *Adv. Haeres.*, V, 6, 1 y V, 30, 2.
  - (2) *Paedagog.*, I, 5.—*Strom.*, I, 11.
  - (3) *De resurr. carn.*, c. XXIV.
  - (4) Polic., *ad Philipp.*, c. II y IV.
  - (5) Ign., *ad Polyc.*, c. I; *ad Eph.*, c. X.
  - (6) Clem., *ad Corint.*, c. XXXVIII.

## CAPÍTULO VII

### Ultimos incidentes en Corinto y segunda Epístola á los tesalonicenses

El nuevo procónsul de Acaya, Anneo Galión.—Pablo llevado por los judíos á su tribunal.—Razones del odio persistente de sus compatriotas y correligionarios de otro tiempo.—Pablo triunfa de ellos una vez más.—Continúa su ministerio y escribe la segunda Epístola á los tesalonicenses.—Motivos que provocaron esta Epístola.—Su contenido: acciones de gracias por el progreso de los tesalonicenses en la fe y en la caridad; estímulos á la lucha; la Parusia, que será repentina, no es inminente; lo que debe precederla inmediatamente: la apostasía, la aparición del hombre de pecado, que no impedirán el triunfo final de Jesucristo; recomendaciones particulares: permanecer fieles á las enseñanzas recibidas; orar por el ministerio del Apóstol violentamente combatido; huir de los místicos extravagantes que no quieren trabajar ya, corregirlos con caridad; la firma del Apóstol.—Pablo se resuelve á dejar á Corinto. (*Hechos*, XVIII, 12-18; *II Tesal.*)

Entretanto había llegado á Corinto un nuevo procónsul para gobernar desde ella á Acaya, convertida de nuevo bajo Claudión en provincia senatorial <sup>(1)</sup>; era éste Junio Anneo Galión, hermano de Lucio Anneo Séneca, el filósofo que estuvo encargado de educar á Nerón, y de Anneo Mela, padre del poeta Lucano. Este gobernador nos es un

---

(1) Ya hemos explicado en otra parte, p. 21, la división en provincias del senado y del pueblo y en provincias del emperador. San Lucas se muestra también aquí historiador bien informado. La expresión que emplea, ἀνθυπατεῖοντος, precisa que teniendo la provincia un procónsul, ἀνθύπατος, á su frente, era provincia senatorial. Nada hay más fácil que engañarse y creerla gobernada por un propretor, ἀντιστράτηγος, porque, como dice Tácito, *Ann.*, I, 76, Tiberio la hizo provisionalmente provincia imperial: «Achaiam ac Macedoniam, onera deprecantes, levare in praesens proconsulari imperio tradique Caesari placuit.» Mas Suetonio, *Claud.*, 25, nos enseña que Claudio la devolvió al senado: «Provincias Achaiam et Macedoniam quas Tiberius ad curam suam transtulerat, Senatui restituit.» Comp. Dion Casio, LIII, 12. Bajo Nerón, fué libre: Véase Suetonio, *Ner.*, 24, y en tiempo de Vespasiano volvió á ser senatorial. Véase Suetonio, *Vesp.*, 8.

tanto conocido por lo que de él dijeron los contemporáneos. Era hijo del retórico Marco Anneo Séneca, y se llamaba primitivamente Marco Anneo Novato; pero habiendo sido adoptado por el retórico Lucio Junio Galión, añadió á su nombre de familia los nombres de su bienhechor. Tácito no nos da una elevada idea de su carácter. Lo presenta, en efecto, ora como un torpe adulator á quien Tiberio reprende y castiga duramente por haber propuesto que fuesen admitidos <sup>(1)</sup> á sentarse en los catorce bancos de los caballeros los pretorianos veteranos, ora como un poltrón que, espantado de la esforzada muerte de su ilustre hermano Séneca, suplica que se le perdone y obtiene así la gracia de vivir <sup>(2)</sup>. Sin duda fué una de estas naturalezas dulces y sin energía, que tienen miedo de sufrir y á las que no les agrada hacer sufrir á los demás, buscando siempre el buen lado de las cosas y empleando su sabiduría en ser agradables á todo el mundo, para tener la ventaja de no suscitarse enemigos. Por esto su hermano Séneca dijo de él «que se le amaba todavía demasiado poco, aunque se le amase tanto como se le pudiese amar. Jamás—añade—mortal alguno supo complacer á uno solo tanto como él consiguió complacer á todos <sup>(3)</sup>: de tal manera su afabilidad, el encanto y la sencillez de sus modales arrebatában aun á aquellos á quienes no se dirigía, y obligaban, sin que nada le costase, aun á aquellos á quienes no veía más que de paso.» Aunque este retrato, trazado por la pluma de un hermano, pueda parecer singularmente halagüeño, no es dudoso que Galión debió de ser un hombre de natural feliz y seductor.

Casi nada sabemos de su administración en Acaya, sino

(1) Tácito, *Ann.*, VI, 3.

(2) Tácito, *Ann.*, XV, 73: «In Senatu cunctis, ut cuique plurimum moris, in adulationem demissis, Junium Gallionem, Senecae fratris morte pavidum et pro sua incolumitate supplicem, increpuit Salienus, etc.»

(3) Séneca, *Quaest. natur.*, lib. IV, Prefacio: «Solebam tibi dicere Gallionem fratrem meum, quem nemo non parum amat, etiam qui amare plus non potest, alia vitia non nosse, etc...Nemo mortalium uni tam dulcis est, quam hic omnibus.»

es que abandonó precipitadamente esta provincia para evitar la fiebre, diciendo, al momento de embarcarse, á quien quería oírle, que «el país y no él era quien estaba enfermo <sup>(1)</sup>, razón por la cual se iba,» lo que se aviene muy bien con el temor á la muerte que le reprocha Tácito. Al verle así inclinado á ser agradable á la muchedumbre, procurando apartar de sí los negocios enojosos, tal vez poco al corriente de la administración, juzgó el partido judío que debía aprovecharse de la ocasión para intentar un golpe de mano contra Pablo. Parecía poco probable que el recién llegado, puesto en la alternativa de escoger entre un solo hombre y toda una multitud, pudiese vacilar. Antes de arrostrar un motín, ciertamente sacrificaría al acusado. Levantáronse, pues, de común acuerdo, contra Pablo y le arrastraron ante el tribunal del procónsul.

De ordinario juzgaba éste en la plaza pública. Los judíos formularon desde luego con violencia sus cargos, que se reducían á los siguientes: «Este hombre persuade á la gente que dé á Dios un culto contrario á la ley.» Evidentemente la cuestión era asunto de sinagoga y no de orden público; pero los acusadores pretendían prevalerse de la protección oficial que les otorgaban los romanos para el libre ejercicio de su religión. Pablo iba á abrir la boca para defenderse, cuando Galión le dispensó de ello diciendo á los judíos: «Si se tratase verdaderamente de alguna injusticia ó de algún enorme crimen, sería razón, oh judíos, que yo admitiese vuestra delación; mas si estas son cuestiones de palabras y de nombre y cosas de vuestra ley <sup>(2)</sup>, allá os las hayáis; que yo no quiero

(1) Séneca, *Epístola CIV*: «Illud mihi in ore erat domini mei Gallionis, qui, cum in Achaia febrem habere coepisset, protinus navem ascendit, clamatans non corporis esse, sed loci morbum.»

(2) Para Galión, las discusiones que los judíos pudiesen tener entre sí, á propósito de su religión, no siendo más que cuestiones de palabras, de títulos que dar á tal ó cual personaje, de ritos que observar según la ley mosaica, no podían interesarle. El procónsul romano no había sido enviado para ejercer el oficio de doctor en Israel, sino sencillamente para administrar su provincia.

meterme á juez de esas cosas.» Y los envió sin querer, escucharlos más tiempo.

La multitud se había agrupado en gran número, ávida de saber en qué concluiría el paso que daban los acusadores. Muy probablemente estaba ya bien dispuesta en favor de Pablo quien, desde hacía algún tiempo, había abandonado los judíos para ocuparse de los griegos. En todo caso, la manera como el procónsul despidió á los demandantes debió contribuir no poco á irritarla contra ellos. En Corinto, como en todas las ciudades del imperio, los judíos eran comúnmente despreciados y detestados. El odio público casi nunca perdía las ocasiones de infligirles duros tratamientos. Viendo denegada su demanda y rechazados ignominiosamente <sup>(1)</sup>, encontró muy natural la concurrencia <sup>(2)</sup> infligir una corrección á su jefe, Sóstenes, quien, habiendo probablemente reemplazado á Crispo en la dirección de la sinagoga <sup>(3)</sup>, se había puesto al frente de los acusadores y había sin duda llevado la palabra en su nombre.

(1) El verbo ἀπέλασεν supone que hizo que los arrojaran. Los tumultos promovidos en Roma bajo Claudio por los judíos habían prevenido ciertamente á Galión contra esta raza turbulenta y obstinada en sus rencores religiosos.

(2) La verdadera lectura es πάντες. Algunos manuscritos llevan οἱ Ἕλληνες, otros οἱ Ἰουδαῖοι, mas estos son más bien adiciones destinadas á precisar en sentidos diversos lo que hay de vago en el relato. Unos, suponiendo que el personaje de quien aquí se trata es el mismo Sóstenes, llamado hermano por Pablo, *I Cor.*, I, 1, quieren que, ya convertido al cristianismo, fuese golpeado por los judíos que le atribuyeron su derrota ante Galión; y desde luego para ellos πάντες significa los judíos, Mas ¿es posible que éstos, en el momento mismo en que eran tan duramente despedidos por el procónsul, hubiesen llegado á vías de hecho, en su presencia, contra un partidario de Pablo? ¿Se hubiese contentado el historiador con designar á Sóstenes como jefe de la sinagoga, si hubiese sido cristiano? Otros, con más verosimilitud, quieren que πάντες, indique la población de Corinto, los griegos y aún la gente del procónsul, quienes tradujeron en golpes administrados al jefe de los judíos, el cual tal vez manifestó alguna obstinación contra el procónsul, la sentencia, declinatoria que éste acaba de dar. Si el Sóstenes que hallaremos de nuevo en Éfeso, cuando Pablo escribió su primera Epístola á los corintios, fué, como puede creerse, el mismo de quien aquí se trata, es que se hizo cristiano más tarde. Los malos tratos recibidos en esta circunstancia le inspiraron mejores sentimientos para lo por venir.

(3) Sabido es que Crispo se había hecho cristiano, y los judíos debieron darle por sucesor á Sóstenes. Es, pues, inútil suponer que existían muchas sinagogas en Corinto. Además, con frecuencia una sinagoga tenía muchos jefes, ἀρχισυνάγωγοι. Comp. *Hechos*, XIII, 15.

Galión no se inquietó por ello. Su temperamento de escéptico, no podía menos de sentirse satisfecho de afectar tanto desdén por la persona como por las inquietudes religiosas de aquellos judíos muy mal vistos por todos. Una vez más los adversarios de Pablo habían errado el golpe.

No será inútil que intentemos aquí, en una corta digresión, darnos cuenta de la pasión obstinada, mejor dicho, del fanatismo incansable que el judaísmo empleaba en perseguir por todas partes á Pablo y su obra. Porque, en fin, es un fenómeno muy extraño encontrar invariablemente al esforzado Apóstol en lucha con un partido irreductible, cruel, bebiendo su odio en Jerusalén mismo y esforzándose en que prevaleciera desde Antioquía hasta aquí, en Corinto, á través de las ciudades de Galacia y de Macedonia. Aquel partido no debía darse tregua ni reposo hasta que hubiese puesto la mano sobre el detestado predicador, y se encarnizaba contra Pablo con tal furor que la misma autoridad romana no pudo sustraerlo á la muerte sino encarcelándolo.

Si se quiere reflexionar sobre ello, se reconocerá que tan ardiente hostilidad comprendía á la vez hombres y cosas.

Cosas, porque no debe perderse de vista las condiciones en que Jesús había instituído la nueva religión. La había deducido ó sacado de la antigua, pero sin cortar violentamente el lazo que la unía á lo pasado. Había querido dejar al tiempo y á los hombres el cuidado de realizar poco á poco, bajo el impulso del Espíritu Santo, esta emancipación. De suerte que, para los primeros fieles, ser cristiano no fué dejar de ser judío, antes bien, juntar á todas las obligaciones religiosas del mosaísmo la fe en Jesús Mesías. El Maestro había venido, no á derogar, sino á cumplir la Ley. Para Jesús, cumplir quería decir hacer salir el fruto de la flor, no habiendo ésta de perder más que sus pétalos y su corola, ahora inútiles, desde que aquéi quedaba abierto. Para los discípulos, esto pareció significar y prescribir desde luego una fidelidad perseverante á las ob-

servancias legales: ayunos <sup>(1)</sup>, abstinencia de los manjares prohibidos <sup>(2)</sup>, oraciones á las horas prescritas, ya en el templo, ya en particular <sup>(3)</sup>, fiestas, votos <sup>(4)</sup>, sacrificios litúrgicos <sup>(5)</sup>, circuncisión <sup>(6)</sup>. Y de tal modo que, hasta su muerte, los mismos Apóstoles, no obstante juntar á ellas las prácticas adicionales características de los discípulos del Evangelio, tales como las reuniones para la oración, la fracción del pan, la lectura comentada de los Libros Santos, el canto de los himnos, las obras de caridad, parece que consideraron la observancia de la Ley como condición necesaria de la verdadera piedad. Así, Ananías es alabado por su corrección de vida según la Ley <sup>(7)</sup>, y cuando Santiago quiere prevenir á Pablo contra los peligros que le amenazan, le aconseja que tenga consideración á la multitud de judíos convertidos, pero que continuaban siendo ardientes celadores de la Ley, y mostrándose él muy diligente en probar públicamente que la practica <sup>(8)</sup>.

Ahora bien, si los más penetrados del espíritu nuevo-mostrábanse convencidos de que el Evangelio no debía salir de la Sinagoga, sino desenvolverse en ella, y que era de todo punto necesario mantener á Moisés y su Ley ¿qué debían pensar los demás? Para todo judío, el culto nacional se confundía tan exactamente con la idea de patria, ó mejor, de tal modo engendraba la patria, que había logrado, y aun logra en nuestros días mantener esencialmente vivaz y viviente á ese pueblo diseminado en el mundo entero. De ahí el lazo tan estrecho que parecía imposible sacrificar sin renegar de la misma patria, es decir, de lo que el hombre tiene de más sagrado aquí bajo. Conocido es el celo feroz con que la secta de los fariseos ó de-

(1) *Hechos*, XIII, 2, 3; XIV, 22, etc.

(2) *Ibid.*, X, 14.

(3) *Ibid.*, II, 46; III, 1; V, 42; X, 9.

(4) *Ibid.*, XVIII, 18; XXI, 23.

(5) *Ibid.*, XXI, 26.

(6) *Ibid.*, XV, 5; XVI, 3; *Gal.* V, 2, etc.

(7) *Ibid.*, XXII, 12.

(8) *Ibid.*, XXI, 20 y 24.

los *separados* acentuaba el conjunto y los detalles de los ritos que debían proteger á Israel contra toda fusión con los demás pueblos. Ahora bien, aquellos celadores de la Ley eran precisamente los que se habían dirigido en mayor número al Evangelio <sup>(1)</sup>. Había en su evolución religiosa, evolución que no pretendía sacrificar nada de lo pasado, una causa particularmente indicada. En el fondo de la religión de esta secta, singularmente numerosa é influyente, hay que buscar sobre todo un propósito político muy ardiente; y aun diremos que su religión se resolvía en una fe firme y enérgica en el porvenir de Israel por medio del Mesías. Por opuesta que hubiese sido á Jesús vivo, no permaneció insensible al gran movimiento religioso que se produjo en Jerusalén cuando los Apóstoles predicaron en ella á Jesús resucitado. Le pareció que había en ello una esperanza, un principio de renovación para la nación judía. Sin duda que la separaba un abismo del espíritu de Jesús; mas, por el respeto á la ley, por la esperanza del reino mesiánico, por la conciencia del papel providencial asignado al pueblo de Dios, por un positivo deseo de santidad, tanto más ardiente cuanto menos podía satisfacerlo el formalismo estrecho al cual se había consagrado, tenía alguna afinidad con la religión del Evangelio. No es, pues, de extrañar que desde el principio le proporcionase numerosos discípulos; solamente que, con irreductible tenacidad, pretendían éstos conservar cuando menos todo el pasado inviolable, es decir, el legalismo bajo sus formas más variadas y más absorbentes.

Detrás de ellos, y estimulándolos con sus más vivos reproches, estaba la multitud de los que, no queriendo en manera alguna reconocer al Mesías en Jesús, se declaraban exclusivamente judíos. Verdaderos sectarios, no podían menos de ser implacables perseguidores.

De este estado de espíritu general en Israel debía resultar en Jerusalén y en el exterior, en grados diversos, un

---

(1) *Hechos*, VI, 7; XV, 5.

considerable esfuerzo para proteger el Templo nacional, cuya ruina había anunciado Jesús, é impedir la edificación del templo nuevo y espiritual que había profetizado. La casa de Dios con el Santo de los Santos era toda la religión de Moisés. Sabido es el furor con que se había cerrado la boca á Esteban que repetía, en las sinagogas de Jerusalén, la declaración profética del Maestro. De cuanto se podía imaginar, nada debía parecer más odioso á todo verdadero judío que un ataque dirigido á la antigua religión de Israel y á sus preceptos. En aquel culto supersticioso de la letra y del formalismo, que en todo tiempo había enlazado, modelado y llenado la vida nacional, debe buscarse la explicación del odio con que se perseguía al Apóstol de los gentiles. Habíase lapidado á Esteban; se quería exterminar á Pablo.

Sin duda, que los verdaderos discípulos de Jesús se rindieron á las manifestaciones celestiales y á las direcciones que finalmente dieron los Apóstoles; pero muchos de ellos, aun después de la decisión de la conferencia de Jerusalén, decisión que los rabinos debieron enérgicamente censurar y combatir, no comprendieron lo que había de divino en el espíritu universalista del Evangelio, y, sin renunciar al Mesías venido, creyeron poder apelar siempre á Moisés. ¿Quiénes fueron sus jefes en Jerusalén, puesto que tuvieron allí jefes <sup>(1)</sup>? No sabemos sus nombres. Pero por más que imaginaron para hacerse pasar como autorizados por los Apóstoles y por Santiago en particular, los textos más explícitos prueban que nunca obtuvieron tan elevada recomendación <sup>(2)</sup>. Los doctores de la ley que estaban con ellos excitaban su celo con especiosas demostraciones exegéticas y, por razón de las relaciones que unían unas con otras las sinagogas de la dispersión, la oposición se extendía por todos los puntos en que Pablo predicaba su Evangelio.

(1) *Hechos*, XV, 5; *Gal.*, II, 4.

(2) *Hechos*, XV, 24, los Apóstoles se excusan de haber dado misión alguna á los judaizantes, y en *Galat.* II, 4, se ve á estos judaizantes introducirse fraudulentamente junto á los Apóstoles, para espiar lo que se tramaba entre ellos y Pablo. Luego los Apóstoles no estaban en su favor.

Éste tenía, por otra parte, títulos particulares al odio de los judíos, que venía á ser también el de los judaizantes. Cuanto más celoso de la ley se había mostrado antes, tanto más detestable se consideraba el que se pronunciase ahora contra ella. Fácilmente se le acusaba de apostasía <sup>(1)</sup> y se juzgaba que se le debía tratar en consecuencia. En suma ¿quién era? Él no había conocido á Jesús; ¿cómo conocía su pensamiento? ¿de dónde procedía su misión? ¿cuáles eran sus derechos al apostolado? Todas estas malévolas preguntas en las que vemos que Pablo se ocupa sin cesar <sup>(2)</sup>, las hacían repetir, no sólo en Jerusalén, sino también en todos los puntos por donde el Apóstol había pasado ó debía pasar. Organizábanse contramisiones para destruir su obra, y cuando los emisarios no conseguían batir en brecha su enseñanza, pagaban y suscitaban, como tantas veces hemos visto, motines que obligaban al predicador á alejarse. No les faltaba audacia á tales adversarios. Se apoyaban falsamente en los jefes de la Iglesia jerosolimitana, de los que decían que eran los únicos Apóstoles auténticos é indiscutibles. Se prevalían de cartas de recomendación <sup>(3)</sup>, tal vez apócrifas—en todo caso no eran de los Apóstoles—para hacerse aceptar en las comunidades cristianas y en ellas hablar con violencia contra la persona de Pablo, lo mismo que contra sus doctrinas. De este modo excitaban el fanatismo religioso y nacional. Este fanatismo, aliándose con cuanto había de ferroz obstinación en aquel pueblo de cabeza dura, explica suficientemente el ardor que judíos y judaizantes pusieron en contrariar por todas partes las teorías universalistas y el apostolado de Pablo. La circuncisión suprimida, los paganos que entraban en masa y sin condiciones en el reino de Dios, la Sinagoga en lo sucesivo inútil, todo ello era más de lo que podían soportar los más tolerantes, y suficiente para legitimar al parecer la cólera de los más fanáticos.

(1) *Hechos*, XXI, 21.

(2) *I Cor.*, IX, 1 y sig.; *II Cor.*, XI, 5 y sig., *Galat.*, I, 1, 11 y sig.; *Efes.*, III, 7, 8; *I Tesal.*, II, 4, etc.

(3) *II Cor.*, III, 1.

Por otra parte, si Pablo se manifestaba lleno de condescendencia para con los que creía que procedían de buena fe; si se resignaba á preceptos superfluos para no escandalizarlos; si se aplicaba á destruir con sus razonamientos las objeciones que le oponían, y á triunfar con infatigable ternura de sus ciegos prejuicios, mostrábase implacable con los que comprendía que eran adversarios perversos é irreductibles. Los tomaba por su cuenta, y, multiplicando la invectiva, la ironía, el sarcasmo, y aun la injuria, los anonadaba, no con su desprecio, sino con los destellos de la más severa indignación. Cuanto más sus adversarios se creían en el deber de defender por todos los medios la Antigua Alianza, tanto más se avivaba en él la conciencia de haber sido llamado para sustituirla con la Nueva, con los amplios horizontes que abría el Evangelio de la libertad. Su actitud, satisfecha de su perfecto derecho é implacable contra aquella malicia hipócrita que Jesús había flagelado en los fariseos de su tiempo, así como los éxitos crecientes de su apostolado, no podían dejar de avivar los furores de enemigos poderosos. Gracias al muy benévolo temperamento de Galión, Pablo acababa de frustrar otra vez sus criminales proyectos. La tregua no podía ser de larga duración. Semejantes adversarios no podían rendir las armas, por lo que los veremos perseguir con un fanatismo cada vez más ardiente al que consideraban como el más abominable de los apóstatas.

El Apóstol no dejó de continuar predicando largo tiempo todavía <sup>(1)</sup> el Evangelio en Corinto, á la vez que velando y animando á las demás Iglesias fundadas en Grecia.

Es muy probable que hacia esta época escribiese su segunda Epístola á los tesalonicenses <sup>(2)</sup>. Fué motivada por las noticias que recibió de esta Iglesia, noticias que le llevó el portador de la primera Epístola, ó muy probable-

(1) La expresión *ἡμέρας ἰκανάς* significa un tiempo bastante considerable, como puede verse por los pasajes de los *Hechos* en que vuelve á aparecer: IX, 23, 43; XXVII, 7. Comp. VIII, 11; XIV, 3.

(2) El pasaje del cap. III, 2, parece referirse al incidente de la denuncia al procónsul: *προσέχρησθε... ἵνα βυσθῶμεν ἀπὸ τῶν ἀτόπων καὶ πονηρῶν ἀνθρώπων.*

mente otro intermediario que no conocemos. Es preciso suponer entre las dos Epístolas un lapso de tiempo bastante considerable, para explicar los elogios consignados por el Apóstol á los progresos de los tesalonicenses en la caridad fraternal, enérgica resistencia en la persecución y fe en las promesas de Dios. Creemos por el contenido de esta segunda Epístola que si la primera los había tranquilizado sobre la suerte de los que habían muerto antes de la Parusia, los había dejado en la ilusión sobre la inminencia de esta Parusia, de suerte que muchos, convencidos todavía de que el Señor iba á venir de un día á otro, de una hora á otra, se fundaban en este fin muy próximo del mundo para prescindir de los trabajos ordinarios de la vida, lo que producía un estado de exaltación religiosa deplorable. El Apóstol, con su temperamento práctico, con su fe razonable y razonada, sintió la necesidad de calmar aquellas imaginaciones demasiado inflamadas, recordando á todos que no debían faltar á los deberes de la vida presente á pretexto de que iban á entrar en la futura. No se limitará, pues, como en la primera Epístola, á recomendar, sino que censurará en términos severos la pereza de los unos, la ligereza de los otros, y hará entender que la disciplina eclesiástica debe asegurar el desarrollo normal y el buen orden de la nueva sociedad.

«PABLO Y SILVANO Y TIMOTEO <sup>(1)</sup> Á LA IGLESIA DE LOS TESALONICENSES, EN DIOS NUESTRO PADRE Y EN EL SEÑOR JESUCRISTO. LA GRACIA Y PAZ SEA CON VOSOTROS DE PARTE DE DIOS NUESTRO PADRE Y DEL SEÑOR JESUCRISTO.»

La dirección y la salutación que abren esta segunda Epístola son con poca diferencia las mismas que las de la primera. La plenitud de la bendición cristiana procede simultáneamente de Dios y de Jesucristo. El Padre, por

(1) La reunión de estos tres nombres sirve también para señalar la fecha aproximada de la Epístola y el lugar en que fué escrita. Pablo está siempre con estos dos compañeros y, por consiguiente, en Corinto, puesto que estos tres hombres parece que no se hallaron ya más juntos. En efecto, de Silas no se había más en el libro de los *Hechos*, y *I Pedro*, V, 12, parece indicar que en lo sucesivo formó parte de las misiones de Pedro.

el Hijo, da la gracia á los fieles, y la gracia asegura la paz.

«Debemos dar á Dios continuamente acciones de gracias por vosotros, hermanos míos, y es muy justo que lo hagamos, puesto que vuestra fe va progresando más y más <sup>(1)</sup>, y la caridad que tenéis reciprocamente unos para con otros va tomando un nuevo incremento; de tal manera que nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las Iglesias de Dios <sup>(2)</sup> por vuestra paciencia y fe en medio de todas vuestras persecuciones y tribulaciones que padecéis, que son señales que demuestran el justo juicio de Dios, para haceros dignos de su reino por el cual padecéis; porque delante de Dios es justo que él affija á su vez á aquellos que ahora os affigen; y á vosotros que estáis al presente atribulados os haga gozar juntamente con nosotros <sup>(3)</sup> del descanso <sup>(4)</sup>, cuando el Señor Jesús descenderá del cielo y aparecerá con los ángeles ministros de su poder con llamas de fuego <sup>(5)</sup> á tomar venganza de los que no conocieron á Dios y de los que no obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Los cuales sufrirán la pena de una eterna condenación lejos de la presencia del Señor y del brillante resplandor de su poder <sup>(6)</sup>, cuando viniere á ser glo-

(1) Para mejor pintar estos progresos, Pablo crea un verbo que no se halla más en el Nuevo Testamento: *ὑπερβαίνει*. Estas combinaciones de la preposición *ὑπερ* con ciertas palabras cuadraban bastante bien con la vivacidad de sus sentimientos ó de sus apreciaciones. *II Cor.*, VII, 4; *I Tim.*, I, 14; *Fil.*, II, 9; *Rom.*, V, 20; VIII, 37.

(2) Esto indica que además de la comunidad de Corinto, existían otras en las ciudades de Acaya.

(3) Para la recompensa, Pablo pone á los discípulos al mismo nivel que los maestros, *μεθ' ἡμῶν*, por haber sufrido todos la persecución.

(4) La expresión *ἀνεσις*, de que se sirve el Apóstol responde al lado negativo de la eterna felicidad é indica la cesación de toda tribulación. El que estaba violento en el sufrimiento y la lucha, se apacigua en la tranquilidad dichosa.

(5) De este modo aparece Dios en el Antiguo Testamento rodeado de brillantes llamas. (*Exod.*, III, 2; XIX, 18; *Daniel*, VII, 9). El fuego es el resplandor de su gloria ó de su majestad; este será también el instrumento de su justicia. (*Isaías*, XXIX, 6; XXX, 30; *I Cor.*, III, 13).

(6) La expresión de que se sirve el Apóstol, *ἀπὸ προσώπου*, recuerda la sentencia del Juez, *Mat.*, XXV, 41. Esto es, en el lenguaje teológico, la pena de daño. Vivir lejos de la faz de Dios, fuera del espectáculo de su gloria y de su poder, será el gran castigo de los impíos. Pablo afirma que este castigo se-

rificado en sus santos y á ostentarse admirable <sup>(1)</sup> en todos los que creyeron; pues que vosotros habéis creído nuestro testimonio acerca de aquel día. Por cuyo motivo oramos también sin cesar por vosotros, para que nuestro Dios os haga dignos del estado á que os ha llamado y cumpla todos los designios que su bondad tiene sobre vosotros y haga con su poder fecunda vuestra fe en buenas obras, á fin de que sea glorificado en vosotros el nombre de nuestro Señor Jesucristo, y vosotros en él por la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo.»

En realidad, toda esta primera parte de la Epístola que, según el orden regularmente adoptado por Pablo, está consagrada á la acción de gracias, no forma más que una sola frase en el texto griego, y puede citarse como ejemplo de ese extenso desenvolvimiento de pensamientos, familiar al Apóstol, pero inusitado en literatura, sobre todo entre los judíos, que procedían generalmente por medio de aforismos. Obsérvase más bien en ella al hombre que dicta y sigue el curso impetuoso de sus ideas, que al escritor reflexivo que distribuye con orden y medida lo que ha de decir. La hemos distribuído en secciones para hacer más fácil su comprensión. Pablo mezcla en ella las felicitaciones y los estímulos á los tesalonicenses, con miras á su salvación, que quiere asegurar por medio de sus oraciones, como la preparó con sus predicaciones. El cuadro del juicio final restableciendo toda justicia, y la amenaza de la condenación eterna ó del destierro sin fin lejos de Dios, parangonada con el descanso prometido á las víctimas gloriosas de la persecución, nos muestran la plena conformidad de las ideas escatológicas de Pablo con las que están consignadas en los Evangelios. Al mismo tiempo, su alma deja comprender el profundo é inalterable afecto que guarda á sus queridos hijos en Jesucristo, de los que está orgulloso.

---

rá eterno, y su categórica afirmación no permite evitar el sentido directo de la palabra eternidad.

(1) La felicidad de los creyentes consistirá en contribuir á la gloria del Señor durante la eternidad.

Después, pasando á la segunda parte de su Epístola, entra en la cuestión apocalíptica, punto capital que le resolvió á escribir:

«Cuanto á la venida de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra reunión <sup>(1)</sup> á él, os rogamos, hermanos, que no abandonéis ligeramente vuestros sentimientos, ni os alarméis con supuestas revelaciones, con ciertos discursos ó con cartas que se supongan enviadas por nosotros, como si el día del Señor estuviera ya muy cercano. No os dejéis seducir de nadie en manera alguna <sup>(2)</sup>.»

En medio de la sobreexcitación producida por el pensamiento de la inminente Parusia, había cristianos que se levantaban en la asamblea, creyéndose ó diciéndose inspirados, para hablar en nombre del Espíritu y profetizar la próxima venida del Señor. Había otros, menos escrupulosos, que atribuían á Pablo palabras y aun una Epístola que afirmaba que estaban en la víspera del gran acontecimiento.

«En efecto, no podrá venir <sup>(3)</sup> este día sin que primero haya acontecido la apostasía <sup>(4)</sup>, y aparecido el hombre del pecado, el hijo de la perdición <sup>(5)</sup>, el cual se opondrá y se

(1) Pablo, al hablar así, tiene ciertamente á la vista lo que describió en su primera Epístola, IV, 17, y, por lo tanto, sería poco razonable querer, con algunos exégetas, que la segunda Epístola sea la más antigua de las dos.

(2) Juan dirá más tarde, *I Epíst.*, IV, 1, que no se debe creer á todo espíritu.

(3) Completamos de este modo esta frase que, en el texto, es gramaticalmente incompleta. Es uno de esos casos frecuentes en que el Apóstol, arrastrado por su pensamiento, olvida ó sobreentiende la misma proposición principal, para llegar en seguida á la descripción que tiene á la vista. Así, sin decir: «no podrá venir este día,» él lo sobreentiende y dicta: «sin que primero haya acontecido la apostasía, *ὅτι ἐὰν μὴ ἔλθῃ, κ. τ. λ.*»

(4) Llevando el texto *ἡ ἀποστασία*, nos autoriza á creer que se trata, si no de un acontecimiento conocido y esperado del lector, á lo menos de la apostasía final y completa; sin esto, el artículo definido *ἡ* no tendría razón de ser.

(5) La expresión *ὁ ἄνθρωπος τῆς ἀμαρτίας* indica al hombre que será la encarnación, la expresión suprema del mal, y como tal, *ὁ υἱὸς τῆς ἀπωλείας*, el que, siendo un perdido, debe perder á los demás. Comp. *Juan*, XVII, 12. No será Satanás mismo, sino su instrumento, aquel á quien Satanás comunicará su poder, como se dice en el vers. 9. Tomando posiciones contra Cristo y afirmándose como su adversario, será el Antecristo, ó más correctamente el Anti-Cristo, *I Juan*, II, 18.

alzará contra todo lo que se dice Dios ó se adora, hasta llegar á poner su asiento en el templo de Dios, dando á entender que es Dios <sup>(1)</sup>.» ¡No os acordáis que cuando estaba yo todavía entre vosotros os decía estas cosas <sup>(2)</sup>? Ya sabéis vosotros lo que ahora le detiene hasta que sea manifestado en su tiempo. El hecho es que ya va obrando el misterio de iniquidad <sup>(3)</sup>; solamente espera hasta que sea quitado de en medio el que le detiene <sup>(4)</sup>; y entonces se dejará ver aquel perverso á quien el Señor Jesús matará con el resuello de su boca <sup>(5)</sup>; y destruirá con el resplandor de su presencia á aquel inicuo que vendrá con el poder de Satanás con toda suerte de milagros, de señales y de prodigios falsos, y con todas las ilusiones que pueden conducir á la iniquidad á aquellos hombres que se perderán por no haber recibido y amado la verdad á fin de salvarse. Por esto, Dios les envía <sup>(6)</sup> el artificio del error con que crean á la mentira, para que sean condenados todos los que no creyeron á la verdad, sino que se complacieron en la maldad.»

(1) Este retrato del Antecristo recuerda el de Antíoco Epifanes en *Daniel*, XI, 36-37.

(2) Pablo reprocha implícitamente á los tesalonicenses el olvidar las enseñanzas precisas que les ha dado y prestar oídos á los discursos de los fanáticos que no temen convertirse en falsarios, á fin de mejor hacer prevalecer sus ideas sobre la inminencia de la Parusia. Este reproche supone que él había tratado abundantemente la cuestión de viva voz, cuando predicó en su ciudad.

(3) Del mismo modo que Jesucristo manifestado en la carne es el misterio de piedad, *I Tim.*, III, 16: τὸ τῆς εὐσεβείας μυστήριον, así el mal encarnado en el hombre del pecado será el misterio de la impiedad: τὸ μυστήριον τῆς ἀνομίας.

(4) De los dos términos ὁ κατέχων y τὸ κατέχον, el que y lo que detiene, impide, contiene, como una fuerza superior, al hombre del pecado, el primero indica alguien, y el segundo alguna cosa; pero hay correlación entre los dos, y el que detiene tiene entre manos lo que debe detener.

(5) En lugar de describir inmediatamente, como podría esperarse, la acción del hombre del pecado, empieza Pablo por anunciar su ruina, y los términos de que se sirve recuerdan á *Isaías*, XI, 4. Sólo que, después de haber tranquilizado la fe de aquellos á quienes se dirige, precisará las condiciones en que el mal tratará de realizar su obra.

(6) Es superfluo intentar suavizar la expresión πέμπει αὐτοῖς ὁ Θεός, traducéndola: «Por eso permite Dios que les llegue.» La doctrina del Apóstol es que el pecado castiga al pecado. Dios no hace el mal, pero crea al hombre, quien, con su permiso, lo hará. De este modo se dice que Dios envía la mentira, porque llamó á la existencia á aquel que se convertirá en mentiroso. *Comp. Rom.* I, 24.

Pocos fragmentos de las Epístolas de Pablo han parecido más difíciles de comprender <sup>(1)</sup> que esta doctrina sobre la lucha final entre el Cristo y el Hombre del pecado. Rodeándose la forma apocalíptica, como toda profecía, de cierta obscuridad, se ha intentado, de muchas maneras, levantar el velo en que Pablo parecía haber querido envolver su pensamiento. Pero ¿existe realmente el velo? Pensamos que no. Si el Apóstol continúa en la ilusión saludable, común á toda la generación cristiana, de la proximidad de la Parusia, entra muy claramente en el marco de la revelación mesiánica en donde no puede engañarse, cuando diseña el cuadro. Si, en efecto, el Maestro dijo que nadie sabe el día ni la hora de la Parusia, y si, desde luego, toda la ciencia de los Apóstoles, como la de los ángeles y del Hijo del hombre, debe consistir en no saber nada en cuanto al tiempo en que se producirá, es evidente que las circunstancias que la precederán, las condiciones de su cumplimiento, han sido por el contrario precisadas muy exactamente y forman parte del Evangelio. Pablo, al trasmitir á los tesalonicenses, en los discursos catequísticos que les había dirigido, la doctrina del Maestro sobre el fin de los tiempos, había debido, no ya solamente diseñar el cuadro de la súbita venida del Juez, sino hacer notar que, según las mismas palabras de Jesús, acontecimientos considerables tendrían lugar antes de esta venida. Así, el Evangelio debía ser predicado previamente en toda la tierra; era necesario dejar que penetrara la levadura en la humanidad entera; esta será la hora de las naciones. Que se había prestado poca atención á estas cláusulas dilatorias, para mirar solamente el acontecimiento capital de que debía depender la inauguración del reino eterno, acontecimiento objeto de los más ardientes votos de los fieles, es evidente; y los más exaltados, los fanáticos impacientes habían acabado por atreverse á todo: revelacio-

---

(1) San Agustín, *de civit. Dei*, XX, 19, se declara incapaz, á pesar de su penetración de espíritu, de explicar claramente este pasaje: «Ego prorsus quid dixerit, fateor me ignorare.»

nes atribuídas al Espíritu Santo, palabras apostólicas falsamente referidas, cartas supuestas ó mal interpretadas, para probar la inminente proximidad de la Parusia.

El Apóstol se contenta con recordar la doctrina del Maestro, que precisa bajo formas concretas. Antes de que llegue la Parusia, es preciso que se produzcan tres cosas: la realización de la gran apostasía<sup>(1)</sup>, el eclipse del principio conservador religioso ó social, que está en el seno de la humanidad<sup>(2)</sup>, y, por fin, la venida del Anticristo<sup>(3)</sup>. Es muy probable que, en su interior, abrigue la creencia de que esto se realizará en un tiempo relativamente próximo, pero no lo afirma<sup>(4)</sup>, y hace bien, porque se habría salido del dato revelado, tal como lo había adquirido del Maestro<sup>(5)</sup>. De hecho, he aquí que han transcurrido más de dieciocho siglos, y ni la apostasía general se ha cumplido, ni el elemento protector que está en el seno de las sociedades se ha disipado, ni el Hombre del pecado, ó el mal encarnado en un individuo, ha aparecido. Todo esto está todavía por venir, todo está sin duda muy lejano, puesto que si el Hijo del hombre se hizo esperar cuatro mil años antes de poner la salvación á la disposición de los hombres, hay que creer que les dejará á lo menos otro tanto tiempo para aprovecharse de ella.

Los que buscan, pues, en lo pasado la realización de esta declaración apocalíptica de Pablo nos parece que se en-

(1) Esta es la apostasía que está indicada en el discurso de Jesús. *Mateo*, XXIV, 5: *καὶ πολλοὶ πλανήσουσι*; 12: *καὶ διὰ τὸ πληθυνθῆναι τὴν ἀνομίαν*, κ. τ. λ.

(2) *Lucas*, XVIII, 8: *πλὴν ὁ υἱὸς τοῦ ἀνθρώπου ἔλθων ἄρα εὐρήσει τὴν πίστιν ἐπὶ τῆς γῆς*;

(3) El es á quien Jesús indica, *Mateo*, XXIV, 5: *Ἐγὼ εἰμι ὁ Χριστός, ἦ* vers. 11, *πολλοὶ ψευδοπροφήται ἐγερθήσονται*. Comp. vers. 24, etc.

(4) Eso es lo que observa muy justamente San Agustín, *Epíst.* 80 ó 199 de la edic. Bened.: «Ita sane obscure sunt et mystice dicta, ut tamen appareat eum nihil de statutis dixisse temporibus, nullumque eorum intervallum spatiumque aperuisse. Ait enim: ut reveletur in suo tempore, nec dixit post quantum temporis hoc futurum sit.»

(5) Nada hay más categórico que las respuestas de Jesús á los discípulos á propósito de la fecha de la Parusia: «No toca á vosotros saber, etc.» *Hechos*, I, 7. «Nadie más que el Padre sabe el día, etc.» *Mateo*, XXIV, 36. Com., *Marcos*, XIII, 32.

gañan. Ni Calígula, que ya había muerto <sup>(1)</sup>; ni Nerón <sup>(2)</sup> que todavía no se anunciaba como un monstruo, cuando el Apóstol escribía su Epístola, ni Simón Mago, ni los fariseos, ni los herejes del primer siglo <sup>(3)</sup>, que en manera alguna responden al papel social y preponderante en el mundo del Anticristo, ni el Papado <sup>(4)</sup> que ha tenido tantos Santos bienhechores de la humanidad, ni Mahoma <sup>(5)</sup>, ni Lutero, ni Napoleón <sup>(6)</sup>, quienes no suprimieron á Dios, ni se hicieron adorar á sí mismos, realizan el retrato profético trazado por San Pablo. Por otra parte, no se ve que el Señor Jesús se apareciese solemnemente para derribar con el soplo de su boca á ninguno de ellos. Esta es la prueba decisiva de que no debe buscarse en lo pasado al Hombre del pecado, sino esperarlo en lo por venir <sup>(7)</sup>. Será la resultante definitiva del mal bajo todas sus formas trabajando lentamente á la humanidad. He aquí porque Pablo declara que el misterio de la iniquidad ha empezado ya. Lo que le impide y le impedirá largo tiempo lograr su objeto, lo que lo detiene, no es el Imperio romano, por el cual no se ve que Pablo se inquietase seriamente, y que, por otra parte, hace mucho tiempo que desapareció, ni tampoco poder civil alguno, sino el elemento

(1) Grocio para hallar el Antecristo en Calígula, no vacila en suponer que la Epístola fué escrita en el año 40, lo que es á todas luces extravagante.

(2) Los Padres de la Iglesia y los modernos como Döllinger, Hausrath, Renán, quienes han visto en Nerón al Hombre del pecado, y en el viejo Claudio (*qui claudit*) al *Detentor*, se han olvidado decirnos en qué había consistido la apostasía que debía preceder á la venida del Señor Jesús y seguir á la aparición del Antecristo.

(3) Así han opinado Hammond, Schoettgen, Krause, Bahnsen. El *detentor*, en sentido neutro, es el cuerpo episcopal, y en masculino el obispo de Tesalónica; pero ¿dónde está la persona misma del hombre del pecado?

(4) Sabido es que esta fué la explicación propuesta por los reformadores Zuinglio, Lutero, Calvino, etc. A lo que los católicos respondieron buscando el Antecristo en Lutero.

(5) Esta es la opinión de la Iglesia griega moderna. Mas no se ve que el Señor haya suprimido todavía á Mahoma.

(6) Los que han pretendido confundir á este grande hombre con el Antecristo han olvidado que fué autor del Concordato y dictó las *Memorias* de Santa Elena.

(7) Los Padres de la Iglesia generalmente han profesado esta opinión.

de santidad y de justicia que el Evangelio, τὸ κατέχον, conservará en el mundo por la poderosa acción de la Iglesia, ὁ κατέχων. El día en que, por causas diversas, este elemento saludable se enrarezca, y la creciente impiedad reduzca el número de los fieles y prescinda de la Iglesia, ἐκ μέσου γένηται, habrá llegado la hora de la gran apostasía, y aparecerá el Hombre del pecado, el antagonista de Cristo. Satanás le prestará su propio poder, y hará en su honor multitud de falsos milagros. El reinado de las tinieblas reemplazará al de la luz. El mal, bajo todos sus aspectos, personificado en un individuo, se sentará en el mundo, en este templo profanado, de donde Dios habrá sido echado, y pedirá en él la adoración de los hombres envilecidos y perversos. Cuando se produzca este sacrilegio, sonará la hora en que el Señor hará su aparición y derribará á su adversario<sup>(1)</sup>. Entre tanto, los tesalonicenses deberán vivir piadosamente en el trabajo, en la práctica de todos los deberes y en el abandono á la Providencia. El Apóstol quiere llegar á esta recomendación, pero de antemano les dirigirá algunas palabras de elogio y estímulo:

«Mas nosotros debemos siempre dar gracias á Dios por vosotros, ¡oh hermanos amados de Dios! por haberos Dios escogido, desde el principio, para la salvación, mediante la santificación del espíritu y la verdadera fe; á la cual os llamó asimismo por medio de nuestro Evangelio, para hacerlos conseguir la gloria de nuestro Señor Jesucristo: Así

(1) Por el viento de antisemitismo que sopla, no es superfluo mencionar la opinión del docto profesor Godet, *Introd. au N. T.*, p. 207. Según éste, el Hombre del pecado no será otro que el Mesías terrestre de todos los tiempos soñado y finalmente realizado en Israel. Pablo veía ya en sus contemporáneos, los judíos infieles, el germen del futuro Anticristo. Del seno de esta raza, en lo sucesivo separada de Dios, deberá nacer, como una resultante lógica, el Anti-Mesías. El Imperio romano y los poderes públicos que le sucedieron, dominaron enérgicamente los esfuerzos continuados de este pueblo hábil, inteligente, tenaz, invasor, pero finalmente las sociedades cristianas serán vencidas, el judaísmo materialista, sin moral, corruptor, impío, orgulloso, será el señor. Los hombres pervertidos por él, acomodándose á vivir sin conciencia, sin honradez, aceptarán su yugo. Esta será la gran apostasía de la humanidad. Un judío resumirá en su alma todos los vicios de su nación; reinará; este será el Antecristo.

que, hermanos míos, estad firmes, y mantened las tradiciones que habéis aprendido, ora por medio de la predicación, ora por carta nuestra <sup>(1)</sup>. Y nuestro Señor Jesucristo y Dios y Padre nuestro, que nos amó y dió eterno consuelo y buena esperanza por la gracia, aliente vuestros corazones y los confirme en toda obra y palabra buena.»

De este modo coloca Pablo, frente á los malos, á quienes Dios envía un espíritu de extravío y de error, los fieles de Tesalónica predestinados á la salvación y recibíendola con la verdad por medio de la predicación del Evangelio. Las fases sucesivas de la obra sobrenatural están aquí exactamente indicadas, tales como las hallaremos más tarde en las grandes Epístolas dogmáticas del Apóstol. Dios escoge á los suyos desde la eternidad por un acto de amor gratuito. Los llama en el tiempo por los portadores de la Buena Nueva que les envía. Los elegidos evangelizados responden al llamamiento por el acto de fe. El Espíritu Santo interviene desde luego para operar la obra de la justificación. Él la coronará con la gloria en la vida eterna. Tal es la suerte de aquellos á quienes Pablo se dirige. Que estén, pues, tranquilos y contentos en la alegría de su elección, no cuidándose sino de glorificar á Dios por su fidelidad á

---

(1) Evidentemente aquí se trata de la primera Epístola á los fieles de Tesalónica. Aunque no existiesen otras razones para rechazar la opinión de los que, después de Grocio, han afirmado la prioridad de la presente Epístola sobre la otra, esto sería suficiente. No se comprende que para hallar, á pesar de toda la cronología, en Calígula, al Hombre del pecado, este sabio exégeta notuviese la menor cuenta de la subordinación evidente de lo que se dice en esta segunda Epístola por referencia á lo que leemos en la primera. Ewald, Baur, Renán y otros han compartido su error, pero fundándose en otros motivos que es superfluo enumerar. El orden tradicional continúa, pues, siendo el único lógico, en razón misma de la gradación y de la correspondencia que hay entre las dos Epístolas. La primera nos dice cómo los tesalonicenses recibieron el Evangelio, la segunda atestigua sus grandes progresos en la fe. En aquélla el Apóstol expone la Parusia y responde á la inquietud que tienen por los que están muertos; en ésta, sin retractar nada de lo que les ha escrito, precisa que la Parusia no llegará antes de ciertos signos precursores que enumera. En fin, en la una había recomendado de un modo general el trabajo y la vida correcta, evitando todas las inquietudes inútiles, IV, 11; en la otra, habiendo sabido que algunos se obstinan piadosamente en la ociosidad, III, 11, quiere que se proceda con severidad contra la pereza de un iluminismo pernicioso.

la enseñanza recibida y por las obras que son las consecuencias de ello, sin demostrar una impaciencia tan viva de verle venir en su gloria.

Pasando luego á la serie de recomendaciones personales que debían cerrar su Epístola, Pablo añade:

«Por último, hermanos, orad por nosotros para que la palabra de Dios corra <sup>(1)</sup>, y sea glorificada, como lo es ya entre vosotros; y nos veamos libres de los díscolos y malos hombres, porque no es de todos alcanzar la fe.»

Muy probablemente alude aquí Pablo á los últimos incidentes acaecidos en el tribunal de Galión. Los judíos le parecían infelices extraviados <sup>(2)</sup> que, en lugar de sostener la causa del Mesías ante los paganos, empleaban todo su ardor en comprometerla. Éstos son los malvados prontos á no retroceder ni ante la delación, ni ante la calumnia, ni ante la violencia. El Apóstol ruega que Dios le libre de ellos, no tanto por lo que ha de sufrir de ellos, como por los obstáculos que ponen á la libre expansión del Evangelio. En su infatigable celo, quisiera ver la Buena Nueva correr por todas partes como el relámpago y volar de una familia, de un barrio, de una ciudad, de un país á otro. Mas he aquí que resueltos adversarios, en vez de útiles cooperadores, sus falsos hermanos multiplican los obstáculos en su camino. Al rogar para que Dios reduzca tales gentes á la impotencia, los fieles de Tesalónica no harán sino conformarse con las prescripciones del Maestro: «Cuando vosotros oraréis, decid: Padre, venga tu reino.»

Ellos tendrán sin falta la recompensa:

«Mas fiel es Dios—añade—que os fortalecerá y defenderá del mal <sup>(3)</sup>. Y así confiamos en el Señor que vosotros

(1) Traducimos textualmente el pintoresco término *τρέχῃ* del cual se sirve Pablo para señalar la difusión rápida del Evangelio, cuando ningún obstáculo viene á detener á los predicadores.

(2) La expresión *ἀστρος* significa alguien que no está en su lugar, que se pone fuera de la verdad y de la justicia. Se la encuentra empleada *Lucas*, XXIII, 41; *Hechos*, XXVIII, 6, para denotar algo injusto ó malo.

(3) Aunque la palabra *ὁ πονηρός* se toma ordinariamente para significar el diablo, *Mateo*, V, 37; VI, 13, etc.; *Juan*, XVII, 15, etc.; *Efes.*, VI, 16, pare-

hacéis ya ahora lo que ordenamos, y que lo haréis en adelante. El Señor entre tanto dirija vuestros corazones en el amor de Dios y en la paciencia de Cristo <sup>(1)</sup>.»

Como enteramente sorprendido de haberse ocupado en sí mismo y de haber querido interesar á los demás en sus pruebas, el Apóstol se vuelve bruscamente á sus queridos discípulos. El corazón del hombre le parece como el navío que, en medio de la tempestad, busca su ruta; desea que el de los tesalonicenses, en lugar de entretenerse en las miserias de la vida, en los afectos culpables, en los goces peligrosos, vaya derecho á Dios para amarle y al Maestro para imitarle en su valiente resignación y en su paciencia sublime. El voto que precede á las últimas recomendaciones es como un grito irreflexivo escapado á su ternura paternal:

«Por lo que os intimamos, hermanos, en nombre de nuestro Señor Jesucristo que os apartéis de cualquiera de entre vuestros hermanos que proceda desordenadamente y no conforme á la tradición que ha recibido de nosotros. Pues bien sabéis vosotros mismos lo que debéis hacer para imitarnos, por cuanto no anduvimos desordenadamente entre vosotros, ni comimos el pan de balde á costa de otro, sino con trabajo y fatiga trabajando de noche y de día, por no ser gravosos á ninguno de vosotros. No porque no tuviésemos potestad para hacerlo, sino á fin de daros en nuestra persona un dechado que imitar. Así es que, aun estando entre vosotros, os intimábamos esto: quien no quiere trabajar, tampoco coma <sup>(2)</sup>. Porque hemos oído que andan entre vosotros algunos fuera de orden, no trabajando en nada, sino ocupados en curiosear <sup>(3)</sup>. Pues á es-

ce bastante lógico, por comparación entre este pasaje y el vers. 12 del capítulo II, entenderlo aquí en sentido neutro, en que significa el mal, lo contrario de las *obras y palabras buenas*. Comp. *Lucas*, VI, 45; *Rom.*, XII, 9.

(1) Es decir, os hace capaces de sufrir la persecución con la valerosa constancia que el Cristo demostró en su Pasión. Comp. *II Cor.*, I, 5.

(2) Pablo hace aquí alusión á un proverbio judío que se halla en el Talmud y que probablemente debía su origen al *Génesis*, III, 19.

(3) El verbo *παραύσθηται*, que no se halla más en el Nuevo Testamento,

tos tales los apercibimos y les rogamos encarecidamente por nuestro Señor Jesucristo que trabajando quietamente, coman su propio pan.

»Vosotros hermanos, no os canséis de hacer bien. Y si alguno no obedeciere lo que ordenamos en nuestra carta, tildadle al tal y no converséis con él <sup>(1)</sup> para que se avergüence; mas no le miréis como á enemigo, sino corregidlo como hermano. Así el mismo Señor de la paz os conceda siempre paz en todas partes.»

Así, el Apóstol, aunque distante, continúa siendo el director inmediato de la Iglesia de Tesalónica. Le desagrada todo desorden en la comunidad cristiana, y es un desorden el pasar el tiempo excitando á los espíritus, explotando la fe de los fieles, predicándoles la Parusia para breve plazo, en lugar de trabajar animosamente para ganar el pan cotidiano. Comer sin hacer nada ó haciendo pequeñeces, es portarse mal con la sociedad que nos alimenta. Pablo lo comprendió tan bien, que él, el predicador autorizado del Evangelio, el fundador de la comunidad, su director, su padre, quiso, á pesar de sus derechos á ser mantenido por ella, ganar, mientras predicaba, su pan de cada día con los trabajos manuales á que se dedicaba. Por esto puede proponerse como ejemplo á los místicos, á los soñadores, á los iluminados, que quieren vivir de sus profecías. Mas no son sólo esos fautores de agitación y desorden en la Iglesia los que se han consagrado á no hacer nada; los que están convencidos de la inminencia de una revolución radical en la constitución del mundo y de la humanidad, juzgan á su vez, que es inútil trabajar, ya que las necesidades de la vida presente van á terminar con ella. Por esto se encierran prácticamente en una piadosa apatía, en una santa ociosidad, que el Apóstol estigmatiza. Tal actitud ante la simple posibilidad de la venida inmediata del Señor es una locura; prolongada obsti-

indica la agitación, el movimiento *fuera* de la obra que se debe hacer. Quintiliano, *Inst. Or.*, VI, 3, 54, dice que eso no es *agere* sino *satagere*.

(1) Comp. *I Cor.*, V, 9, 11.

nadamente, sería la ruina de la Iglesia. Si es preciso vivir como si el día del Señor pudiese llegar á cada instante, es preciso trabajar y ocuparse útilmente como si no debiese llegar nunca. He ahí la verdadera sabiduría. Cuando un hermano rehuse seguir estas recomendaciones, se debe suprimir todas las relaciones con él, no para tratarlo como enemigo y testimoniarle odio, sino para obligarle á entrar en sí mismo por la vergüenza que tendrá al verse postergado de este modo. Esto no es aún toda la severidad de la excomuni6n propiamente dicha, es una admonici6n fraternal, con una penitencia para apoyarla.

Habiendo el Ap6stol dictado su Ep6stola, a6ade una palabra de su propia mano para darle autenticidad. Esta 6ltima palabra es la bendici6n:

«La salutaci6n, de mi propio pu6o, Pablo; lo cual sirve de contrase6a en toda carta m6a. As6 escribo <sup>(1)</sup>. La gracia de nuestro Se6or Jesucristo sea con todos vosotros.»

El fraude cometido con la presentaci6n de alguna carta ap6crifa y á la cual, como hemos visto, se hab6a dado importancia, determina á Pablo á rogar á los tesalonicenses que se fijen en su escritura. No pudo escribir toda la Ep6stola, probablemente porque sus ojos estaban enfermos, pero traza las 6ltimas l6neas, como para firmarla. Ya lo hab6a hecho as6 en la primera Ep6stola, pero no se hab6a prestado á ello suficiente atenci6n. Por eso insiste esta vez, á fin de que aquellos á quienes se dirige aprendan á reconocer su escritura, y no se dejen engañar m6s por falsarios. Siempre escribirá al menos una palabra ó apostilla aut6grafa al final de cada una de sus Ep6stolas <sup>(2)</sup>, salvo tal

(1) Los que han supuesto que Pablo hac6a aqu6 alusi6n á un monograma ó á una r6brica complicada y dif6cil de reproducir, olvidan no s6lo que esto no era costumbre entre los antiguos, sino sobre todo que el texto, *οὕτως γράφω*, se refiere á la escritura corriente, á las l6neas mismas que traza el Ap6stol al final de la carta.

(2) Algunos han entendido esto 6nicamente de las Ep6stolas que escribir6a en lo sucesivo á los tesalonicenses. Pero habla de una manera general *ἐν πάσῃ ἐπιστολῇ*, y aunque no lo haya precisado m6s que dos veces, *I Cor.*, XVI, 21, y *Col.*, IV, 18, todo induce á creer que en todas sus Ep6stolas la bendici6n final regularmente era escrita por él.

vez aquellas que expedirá por medio de un portador conocido y autorizado. Esta última palabra será regularmente la bendición.

Para quien conociese la complexión moral, el corazón y el estilo de Pablo, tales como los conocemos nosotros, su firma podía parecer superflua. ¿Quién, fuera de él, habría hallado tan felizmente esos acentos de tierna simpatía por aquellos á quienes reprende, esos sinceros elogios que los estimulan, esa frescura de sentimiento que tan bien responde á los hermosos días de la Iglesia naciente infantilmente trabajada por las primeras esperanzas de la Parusia? ¿Quién sino él hubiera hablado de sí mismo con sencillez tan conmovedora, y al mismo tiempo mandado con autoridad tan segura y paternal?

Por otra parte, todo, forma y fondo, se adapta exactamente á la nota característica de los otros escritos del Apóstol: expresiones y giros particulares <sup>(1)</sup>, digresiones y expansiones afectuosas <sup>(2)</sup>, frases interminables <sup>(3)</sup> ó incompletas <sup>(4)</sup>, lenguaje absolutamente especial é inimitable; de suerte que, en toda la antigüedad, no se ha levantado una sola voz <sup>(5)</sup> para poner en duda la autenticidad de esta Epístola, citada corrientemente por los Padres del siglo segundo <sup>(6)</sup>.

(1) Véase cap. II, 13, 15; III, 6, 9, etc.

(2) Véase cap. I, 3-10.

(3) Cap. I, 6-10.

(4) Cap. II, 3.

(5) La colección de Marción, el Fragmento de Muratori, la Itala, la Pesquito, Orígenes, Eusebio, la recibieron unánimemente. Schmidt fué el primero que, á principios del siglo XIX, se atrevió á poner en duda esta autenticidad, basándose en razones críticas muy mal fundadas: *Einleitung in das N. T.* vol. II, p. 256. Fué seguido por Kern y Baur, quien arrastró consigo á su escuela. Más tarde, la crítica racionalista reconoció unánimemente que no había ni una sola objeción seria entre cuantas se habían levantado contra una ú otra de las dos Epístolas. Véase Renán, *les Apôtres* p. XLI.

(6) Sin hablar de Tertuliano, *de Resurr. carn.*, c. XXIV, que cita textualmente á *II Tesal.*, II, 1, 2; de Clemente Alejandrino, *Strom.*, V, 3, 7, que invoca á *II Tesal.*, III, 2; de San Ireneo que, *adv. Haeres.*, III, 7, 2, y V, 25, 1, se refiere á *II Tesal.*, II, 8, y á II, 3, 4, se hallará mencionada en Justino Mártir, *Dial. c. Tryph.*, c. CX, el hombre de la apostasia, quien pronunciará cosas orgullosas contra el Muy Alto; en Policarpo, *ad Philip.*,

La Iglesia de Tesalónica la conservó esmeradamente y la comunicó á las demás comunidades cristianas, mostrándose legitimamente orgullosa de haber recibido tan paternales exhortaciones.

---

c. VI, una alusión evidente á *II Tesal.*, III, 15; en la Epístola llamada de Bernabé, XV, 5 un pasaje sobre la venida del Hijo del Hombre que recuerda á *II Tesal.*, II, 8, 12, por fin, en la *Didajé* de los Doce Apóstoles, hacia el final, una descripción de la venida del Anticristo tal como la encontramos en nuestra Epístola.

---

## CAPÍTULO VIII

### Pablo vuelve á Oriente

Razones que tenía Pablo para volver á Jerusalén.—Voto que hizo en Cencreas.—Partida.—Toca en Efeso sin que permanezca en ella.—Desembarca en Cesárea y sube á Jerusalén.—Frío recibimiento en esta ciudad.—Partida para Antioquía donde Pedro dirige la Iglesia cristiana —Pablo permanece algún tiempo en la metrópoli de Siria. (*Hechos*, XVIII, 18-23).

Poco tiempo después de haber enviado su segunda Epístola á los tesalonicenses, Pablo, soldado desde mucho tiempo destacado en las avanzadas, experimentó la necesidad de ir á fortalecerse en Jerusalén y en Antioquía, al contacto de la Iglesia madre. Creíase obligado á comunicarle de viva voz los felices resultados de su segunda excursión apostólica.

Puesto que la comunidad de Corinto estaba sólidamente establecida, debía dejársela que creciese por sí misma con sus propias fuerzas, prescindiendo de su fundador. No habían de faltarle pruebas; pero la tempestad, al sacudir el árbol, le obliga á ahondar más profundamente sus raíces. Por otra parte, Priscila y Aquila, los dos amigos abnegados, en cuya casa se había albergado el Apóstol, estaban á punto de pasar al Asia Menor. Resolvióse á partir con ellos. Como no se dice que Silas y Timoteo le siguiesen, puede suponerse que los dejó en Acaya para continuar en ella, como lo habían hecho en Macedonia, la organización de las jóvenes fraternidades cristianas tan felizmente fundadas en el país.

El historiador sagrado nos dice que antes de partir, reunió Pablo á todos los discípulos y amigos, para darles

un adiós fraternal <sup>(1)</sup>. Había pasado con ellos más de dos años <sup>(2)</sup>, y Corinto determinaba realmente la etapa principal de su primera misión entre los gentiles. No podía dejarlos sin algún sentimiento. Dirigióse en seguida á Cencreas, de donde debía partir.

Antes de embarcarse, se hizo cortar los cabellos, con motivo de un voto que había hecho <sup>(3)</sup>. ¿Cuál era ese voto? No puede pensarse seriamente que fuese el del nazareato, porque, tal como está explicado en la ley de Moisés <sup>(4)</sup>, no podía cumplirse en sus condiciones finales sino en el Templo. Solamente en él, á la entrada de la tienda de la asignación, debía el nazareno presentar su complicadísima ofrenda: un cordero de un año para el holocausto, una oveja para el sacrificio de expiación, un carnero para el sacrificio de acción de gracias, un canasto de panes sin levadura, con pasteles amasados con flor de harina y aceite y tortas preparadas de la misma manera. Después, se le rasuraba la cabeza, y los cabellos eran arrojados al fuego encendido para el sacrificio de acción de gracias. Cortar la cabellera era, pues, el último y no el primer acto del voto del nazareato, y Pablo, al cortar sus cabellos en Cencreas para ir á terminar su voto en Jerusalén, ha-

(1) La expresión ἀποραξάμενος αὐτοῖς, que indica más directamente el acto por el cual uno se separa de alguien, se entendía también del último saludo antes de la partida. *Lucas*, IX, 61; *Marcos*, VI, 46. Comp. Jenofonte, *Cyr.*, XI, 44; *Anab.*, VII, 1, 6.

(2) *Hechos*, XVIII, 11, atestigua una presencia de dieciséis meses, á los que hay que añadir el tiempo mencionado en el vers. 18, ἡμέρας ἰκανάς.

(3) Sin duda que la construcción de la frase permitiría suponer que fué Aquila y no Pablo quien se hizo cortar los cabellos con motivo de un voto, pero ¿qué interés tendría este detalle para el lector? La única razón que hay para creer que se trata de Aquila, es que éste se halla nombrado después de su mujer Priscila, como si el historiador hubiese querido indicar con esto que el participio κειράμενος τὴν κεφαλῆν verdaderamente debe referirse á él. Mas este argumento pierde todo su valor, si se tiene en cuenta que en todas ocasiones, exceptuando una sola, XVIII, 2, Aquila cede el paso á su esposa, probablemente, como hemos dicho más arriba, por razón del celo excepcional que ésta desplegaba. Para leer bien el texto, hay que poner entre paréntesis: καὶ σὺν αὐτῇ Πρίσκιλλα καὶ Ἀκύλας, y entonces el participio κειράμενος se unirá, no á Aquila, último personaje nombrado, sino á Pablo que es el sujeto de la frase.

(4) *Números*, VI, 2-21.

bría comenzado sencillamente por donde debía acabar. No había más que un caso en que el nazareno rasuraba su cabeza antes de realizar ningún otro acto; y era, cuando, de cualquier manera, tocando un muerto, por ejemplo, había quedado impuro. Pero aun entonces, debía sufrir esta operación en el Templo y con las ofrendas prescritas, reconociendo de este modo que su tiempo de nazareato había de volver á empezar. Como quiera que nada pruebe que los judíos que vivían lejos de Jerusalén estuviesen dispensados de estas formalidades minuciosamente prescritas, síguese que el nazareato no era casi practicable más que en Palestina. ¿Habrá que suponer que Pablo había hecho sencillamente uno de esos votos ordinarios á que estaban acostumbrados los hombres que se consagraban á empresas difíciles (1)? En este caso, habría prometido á Dios no cortarse los cabellos hasta terminar su primera evangelización en Europa, y el esforzado obrero de Jesucristo, habiendo concluído muy felizmente su primer ensayo apostólico entre los gentiles, habría depositado en Cencreas su cabellera intacta desde hacía tres años, y en cierto modo sagrada, en signo de acción de gracias, antes de abandonar la tierra de Grecia. No es esto imposible; pero este voto trivial é insignificante ¿sería verdaderamente digno de un alma que vivía tan cerca de Dios, como la de Pablo? Más plausible nos parece la explicación que ve en esta determinación súbita la intención reflexiva de hacer concordar su vuelta á Jerusalén con el cumplimiento de un voto en el Templo, á fin de demostrar á todos que su celo por la salvación de los gentiles no le hacía hostil á las prácticas del judaísmo. Nada hay más chocante que la actitud humilde y deferente de este hombre, naturalmente inflexible y sin contemplaciones,

(1) Así, *Hechos*, XXIII, 12, algunos judíos hacen voto de no comer ni beber hasta haber dado muerte á Pablo. En el Antiguo Testamento, los votos eran frecuentes: *Génesis*, XXVIII, 20; *Jueces*, XI, 30; *Jonás*, I, 6; *I Reyes*, I, 11; *II Reyes*, XV, 8, etc. Dios los aceptaba y exigía que fuesen guardados: *Deuter.*, XXIII, 21-23; *Números*, XXX, 3; *Levít.*, XXVII, 2, 8. Cortarse los cabellos, entre los paganos, era objeto de frecuentes votos de los marinos: *Juven.*, *Sat.*, XII, 81, y de todo el que escapaba de un naufragio ó de una enfermedad: *Artemis.*, *Oneirocr.*, I, 23, etc.

ante la Iglesia de Jerusalén. Aun cuando le lleve limosnas recogidas penosamente, creará que no se presenta debidamente á ella <sup>(1)</sup>, y adversario declarado de los ritos legales, se resignará, en otra ocasión, á fin de no escandalizar á los judíos de la Ciudad Santa, á pagar, por consejo de Santiago, las ofrendas de cuatro hermanos que habían hecho un voto. Le veremos, después de haberse purificado, conducirlos él mismo al Templo para hacerles cortar los cabellos <sup>(2)</sup>. Josefo nos habla <sup>(3)</sup>, á propósito de Berenice, la hermana de Agripa el Joven, de la costumbre que reinaba, cuando sobrevenía una grande prueba, una enfermedad ó una coyuntura enojosa, de hacer á Dios un voto que consistía en orar durante treinta días, abstenerse de vino y rasurarse la cabeza <sup>(4)</sup>, para dirigirse luego al Templo á ofrecer víctimas. Acaso una cosa parecida es la que se propuso Pablo, antes de ponerse en camino para Jerusalén. Así se explicaría su negativa de quedarse en Éfeso, queriendo estar el día trigésimo en Jerusalén para terminar allí su voto en plena fiesta judía. Desgraciadamente, nada de esto se halla en el libro de los Hechos, y si las cosas sucedieron de este modo, es sensible que San Lucas no nos haya dicho nada, si no de las verdaderas intenciones de Pablo en Cencreas, á lo menos de cuanto después hizo en Jerusalén <sup>(5)</sup>.

Hemos visitado religiosamente, y por dos veces, la Kerkieh moderna, la antigua Cencreas. Es la ensenada más

(1) *Rom.*, XV, 31.

(2) *Hechos*, XXI, 23-26.

(3) *B. J.* II, 15, 1.

(4) El texto de Josefo parece decir que se cortaban los cabellos al mismo tiempo que se sometían á una serie especial de oraciones y á la abstinencia del vino, es decir, desde el primero de los treinta días. Así, este voto habría sido diferente del nazareato.

(5) Otros, puntuando la frase de diferente modo, leen: «Habiéndose hecho cortar los cabellos en Cencreas (señalando así que él rompía en ese momento con las costumbres de los gentiles para volver á tomar las de los judíos, quienes ordinariamente llevaban los cabellos cortos), se hizo á la vez la hacia Siria, según un voto que había hecho (el de estar en Jerusalén para la próxima solemnidad).» Para esto es indispensable referir la partícula γάρ, que comienza la frase explicativa, no á lo que precede inmediatamente, á κειράμενος, sino á ἐξέπλει que está mucho más lejos.

graciosa, y no obstante, la más desierta que se halla en los últimos repliegues del golfo Sarónico. Allí, donde hubo antiguamente una ciudad importante, no queda más que una casucha inhabitada, cuyos muros se ven roídos por las olas. A mil quinientos metros, hacia poniente, en el lugar donde se separan las colinas y empieza la llanura, tres ó cuatro casas recientemente levantadas, ocupadas por campesinos poco hospitalarios, y defendidas por furiosos perros, han conservado el nombre del antiguo puerto oriental de Corinto. La bahía se redondea regularmente entre dos lenguas de tierra, en cuyo fondo y flancos yacen esparcidas ruinas de docks, de templos y de edificios privados. Algunos algarrobos, matorrales y adelfas crecen con vigor por entre un espeso lecho de piedras, ladrillos y mármoles rotos. Aunque su asiento principal estaba en este arco de círculo, puede decirse que Cencreas se prolongaba, por medio de una larga vía bordeada de monumentos funerarios, de bosques sagrados, de casas de recreo, de santuarios, de ocho kilómetros de longitud, hasta Corinto.

El mar, regularmente azul y tranquilo como un lago, se extiende hacia Oriente, esmaltado de pequeños islotes pintorescos, parecidos á nadadores que se dirigen hacia Egipta y Salamina, cuyas crestas sombrías aparecen en lontananza. Las olas, lentas y muelles, van á morir en la playa con murmullo melancólico, en armonía con el desolado paisaje. Algunos trozos de columnas y las hiladas de mármol de los antiguos muelles levantan todavía su cabeza en medio de la arena y de conchas disecadas. Es fácil reconocer, al norte y al sur, una doble escollera, que se adelantaba en forma de herradura, y formaba el puerto reservado donde se embarcaban y desembarcaban las mercancías, mientras que la ensenada fué la rada en que los navíos debían regularmente estacionarse.

En el puerto reservado, al pie de un muelle, en que, sobre una base todavía visible gracias á la transparencia del agua, se levantaba la estatua colosal de Neptuno, fué

donde Pablo, Priscila y Aquila se hicieron á la mar. Numerosos fieles debieron acompañarle y saludarle con sus señales de despedida, cuando el navío levó el ancla para hacerse á la vela hacia Oriente. Pablo, inclinado en la popa, contemplaba sin duda aquellos países de Occidente en que desde entonces quedaba expedita la vía del Evangelio, y decía ¡hasta la vista! á los que lloraban su partida. Sí, ¡hasta la vista! era la divisa digna de su alma de Apóstol. Descantillado ya el mundo romano, proponíase continuar en él sus conquistas aun en la misma capital. Si Pablo volvía de este modo corriendo y como á escondidas á Jerusalén y Antioquía, era porque su solicitud por el triunfo universal del Evangelio se lo imponía como un deber. Le era indispensable, á la vez que proseguir su marcha hacia adelante, asegurar que, detrás de él, la gran Iglesia cristiana no corría peligro de dividirse en dos. Desde entonces, una de sus más vivas y perpetuas inquietudes era suavizar las asperezas que podían provocar una escisión entre el elemento judío y el elemento pagano, en las diversas comunidades y sobre todo en Jerusalén.

Ora porque hubiese recibido de Palestina malas noticias, ora porque estuviese trabajado por tristes presentimientos, parece que en aquel momento se hallaba como asustado de sus éxitos entre los paganos. Diríase que, atormentado por el temor de verse oficialmente anatematizado por los judíos, él, fariseo, hijo de fariseos, como un renegado enemigo de Moisés, no podía ya resistir al deseo de visitar la Iglesia-madre para demostrar á todo el mundo que él no era el adversario de la religión nacional, sino el promotor de su triunfo final, al asegurar la plena expansión del mosaísmo en la fe en Jesucristo. Luego de hecha su aparición en la Ciudad Santa, y dada esta prueba de fidelidad á la ley de sus padres á la vista de todos, proponíase ir á Antioquía á relatar á los partidarios de las ideas universalistas las conquistas del Evangelio en la gentilidad. Así, después de haber tranquilizado á los unos, cerrado la boca á los otros, consolado y edificado á todo el mundo, con-

fiaba regresar más resuelto á los pueblos de Europa, que eran su herencia especial y de la cual no se separaba sin pena.

El navío debió de hacer muchas escalas antes de llegar á Éfeso. Las islas, en aquel hermoso mar Jónico, están tan próximas que no parece sino que fueron providencialmente dispuestas para poner en perpetuas relaciones á los pequeños pueblos de que se compone la nación helénica. Cada tarde, anclaban navíos en los acantilados tutelares ó en uno de los puertos de refugio que se ofrecen por todas partes, y la navegación volvía á emprenderse al día siguiente, al rayar el alba. Debióse emplear una semana para llegar á Éfeso.

La costa de Jonia fué siempre la más viviente y la hermosa del Asia Menor. Éfeso, metrópoli de la provincia, era su más bello ornamento. El aspecto que ofrecía desde el mar, incomparable. Sin duda que ya no era exacto decir que, al abordarla, el templo de Artemida, de mármoles deslumbrantes de blancura, se presentaba de improviso como un metéoro á los ojos de los viajeros maravillados. El mar habíase retirado poco á poco ante los aluviones progresivos del Caistro, y el célebre santuario se encontraba aislado detrás de la montaña de doble cima, á cuyo poniente Lisímaco había hecho transportar la ciudad. Mas el panorama no por eso era menos imponente. Tan pronto como se abordaba al gran puerto Panormos ó al puerto romano, hallábase uno en presencia de la espléndida ciudad, que presentaba todos sus monumentos escalonados por las colinas ó desparramados en torno del ágora, desde el Gran Gimnasio hasta el teatro erigido en los flancos del Príon, y desde el templo de Claudio, por la vertiente de la acrópolis, hasta el altar de Isis, más allá del antiguo puerto helénico. Por todas partes se veía obras maestras de arte y prodigios de riqueza. Pablo, al poner pie en tierra, debió atravesar ó á lo menos ladear el Gran Gimnasio, cuyos soberbios basamentos todavía subsisten. Como en Atenas, y por muy distinto modo que en Corinto,

en Filipos ó en Tesalónica, estaba aquí desarrollada la vida intelectual. La numerosa y bulliciosa juventud llenando la gran sala de columnas de mármol rojo del Efebeion, los retóricos disertando en los exedros bajo los pórticos, los ociosos transeuntes dispuestos á escuchar á cualquiera que trajese doctrinas nuevas, una atmósfera particular de religiosidad, la mezcla de habitantes llegados de todas partes como á un lugar de tránsito comercial, todo era á propósito para inspirar á Pablo un vivo deseo de fundar en esta ciudad, uno de los dos ojos de Asia, como la llamaba Plinio <sup>(1)</sup>, una importante comunidad cristiana.

Atravesando el ágora donde estaban inscritas en tablas de mármol las leyes de Jonia, debió ir con Priscila y Aquila á establecerse en el barrio judío, probablemente al pie del monte de la Acrópolis. En la primera reunión que tuvo lugar en la sinagoga, tomó la palabra y entró en discusión con los rabinos judíos. La impresión que produjo fué buena, puesto que se le suplicó que se quedase en Éfeso para continuar allí su enseñanza. Mas él tenía su plan dispuesto de modo muy distinto. Todas las instancias fueron inútiles. Despidióse de los que le suplicaban, dejándoles esta consoladora promesa: «Es menester que en todo caso celebre la fiesta que viene en Jerusalén <sup>(2)</sup>; otra vez volveré á veros, si Dios quiere.»

En consecuencia, separándose de Priscila y de Aquila, á quienes dejó en Éfeso <sup>(3)</sup>, se embarcó de nuevo para se-

(1) *Alterum lumen Asiae. H. N., v. 31.*

(2) Esta cláusula: «Es menester que en todo caso celebre la fiesta que viene en Jerusalén», falta en muchos manuscritos, y de los más importantes, ABE, y el Sinaítico, como también en muchas versiones, la copta, la armenia y la Vulgata en particular. Pero las variantes numerosas que sobrevienen en los manuscritos que suprimen este pasaje son, tal vez, una huella de la omisión que cometen. En todo caso, la adición es más difícil de explicar que la omisión. Ella arroja luz muy útil sobre el incidente del voto hecho en Cencreas que precede y sobre el verdadero sentido de *ἀναβάς* que va á seguir en el vers. 22.

(3) Ponemos aquí en su verdadero lugar un fragmento de frase, *κατέλιπεν αὐτοῦ*, que el historiador, por una prolepsis atrevida y como para desembarazarse de los dos personajes que desempeñan un papel secundario, Priscila y Aquila, había colocado en el momento en que Pablo desem-

guir la costa y llegar á Cesárea, el puerto más indicado cuando se iba á Jerusalén. La Ciudad Santa era, como hemos dicho, el objeto del viaje, y los intérpretes que hacen desembarcar al Apóstol en Palestina para dirigirse á Antioquía, olvidan que, si realmente hubiese tenido el proyecto de presentarse directamente en esta ciudad, hubiera tomado tierra ya en la costa de Cilicia, ya también en uno de los puntos más cercanos de la metrópoli de Siria, donde tocaban los navíos, desde Seleucia hasta Sidón y Tiro.

Dejó, pues, el mar en Cesárea, en aquel gigantesco muelle, cuyas piedras, azotadas por las olas y derribadas por los temblores de tierra, subsisten todavía. Cesárea, según dijimos ya en otra parte, era la capital militar de Judea. En ella residía ordinariamente, el gobernador y los legionarios que debían hacer reinar el orden en el país. Había en ella una comunidad cristiana cuyo núcleo había sido Cornelio y su familia y cuyos predicadores fueron el diácono Felipe con sus hijas. Pero Pablo no se detuvo allí, sino que subió de prisa <sup>(1)</sup> á Jerusalén.

¿Llegó á tiempo á la fiesta? No sabemos nada de esto. ¿Cuál era la solemnidad que se celebraba? No es probable

barcó en Éfeso, en lugar de reservarlo para el momento en que iba á partir. Los que no admiten la prolepsis, traducen este pasaje como si San Lucas hubiese querido decir que el Apóstol, habiendo entrado en Éfeso, apresuróse á dejar á Priscila y Aquila para ir á la sinagoga. Eso sería pueril.

(1) La misma rapidez de la narración se convierte aquí cada vez más desesperante. En cuatro versículos, 19-23, encierra el historiador todo el gran circuito que hizo Pablo de Éfeso á Éfeso, pasando por Judea, Siria, Galacia y Frigia. Hállase uno condenado á sacar de las palabras mucho más de lo que dicen. Así, el historiador sagrado no precisa el lugar á que llegó Pablo al desembarcar, ni qué Iglesia saludó: *συναγωγὴν καὶ ἀσπασάμενος τὴν ἐκκλησίαν*. Solamente se sabe que el verbo *κατέβη*, ordinariamente era empleado para indicar que se subía á Jerusalén: *Mateo*, XX, 17; *Juan*, VII, 13, etc. Decir que Pablo *subió* á Cesárea al bajar del navío, porque la ciudad estaba sobre la ribera, es tanto menos serio cuanto que, edificada sobre los acantilados del mar, Cesárea no se hallaba en una altura propiamente dicha, y sus principales calles tocaban en el puerto. Añadamos que la expresión de que se sirve á continuación el historiador, *κατέβη*, el *descendió*, para caracterizar e viaje á Antioquía, no se explicaría si Pablo se hubiese detenido realmente en Cesárea. De esta ciudad, situada á orillas del mar, á Antioquía, situada tierra adentro, no se desciende, sino que se sube. De Jerusalén para ir á Siria, al contrario, se desciende.

que fuese la Pascua. La navegación, interrumpida durante el invierno, casi no volvía á emprenderse sino después del equinocio de primavera<sup>(1)</sup>. Quizás sería más natural en la de Pentecostés. Veremos que, en su otro viaje á Jerusalén, esta fué la fiesta que quiso celebrar. Era la más frecuentada por los judíos helenistas que acudían de fuera de Palestina, y nada debía parecer más propicio á Pablo que aquel concurso de hombres, en perpetuo contacto con los gentiles, para hacer prevalecer sus ideas universalistas y trabajar en la rápida difusión del Evangelio.

Parece que la permanencia del Apóstol en la Ciudad Santa no fué larga. El historiador sagrado se contenta con decir que saludó en ella á la Iglesia. Esto era un testimonio de filial respeto que debía á la comunidad-madre. Hecho esto, volvió á comprobar una vez más que el elemento vital verdadero, señor de lo por venir, había emigrado de aquel centro obstinadamente judío, y que en realidad el vuelo creador del apostolado conquistador partiría de los medios jóvenes y ardientes, en que la Iglesia había hecho, entre los paganos, sus reclutas principales. El vino nuevo estaba definitivamente en odres nuevos.

Ignoramos qué apóstoles halló Pablo en Jerusalén: á Santiago, sin duda, y tal vez á Juan. Uno y otro debieron acoger con benevolencia al grande obrero de la Palabra que iba no sólo á referirles las conquistas emprendidas y realizadas en lejanos países, sino quizás también á llevarles las limosnas que había mendigado para la Iglesia madre. Á éstos saludó y abrazó Pablo, según la expresión empleada por San Lucas, con fraternal respeto. Pero la cabeza de la comunidad cristiana no era toda esta comunidad. Componíase también de aquellos fariseos convertidos de que hemos hablado, y sin duda alguna que estos viejos partidarios del judaísmo, convertidos en discípulos del Evangelio sin despojarse de ninguno de sus prejuicios nacionales, estos partidarios por lo menos de la Ley,

(1) Vegecio, *de Re milit.*, IV, 39, dice: «Ex die III Id. novembr. usque ad diem VI Id. mart. maria claudabantur.»

acogieron fríamente al predicador de los gentiles, cuyos triunfos maldecían. Esta es la razón por la que Pablo no permaneció allí largo tiempo.

En cuanto hubo cumplido con los jefes de la Iglesia y dado pruebas á todos, con su aparición en el Templo, de que no era un renegado del judaísmo, ni un enemigo de Moisés, se marchó. Al poner otra vez su mano en la de Santiago, se había cuidado de conservar su unión con las columnas de la Iglesia en presencia misma de sus adversarios. Dadas las pruebas de fraternidad á los hijos de la Sinagoga, corrió á reanimar su entusiasmo entre los hijos de la Iglesia y de lo por venir.

La comunidad de Antioquía, libre de toda sujeción á la Ley y de todos los prejuicios judíos, era cada vez más floreciente. Los hombres apostólicos se disputaban en ella, no sólo el honor de desarrollarla, sino también de convertirla en centro de una vasta irradiación de misiones que se extendían hacia las islas del Mediterráneo, á poniente <sup>(1)</sup>, hacia las colonias judías de Mesopotamia <sup>(2)</sup>, á levante, hacia Capadocia, el Ponto y Bitinia, al norte <sup>(3)</sup>. Los comerciantes que viajaban por sus negocios, se constituían de repente, y tal vez simultáneamente, en viajeros del Evangelio, como Priscila y Aquila. Cuando su apostolado tenía éxito, comunicaban la noticia á la Iglesia madre que era la que les había confiado la misión. De este modo había llegado á ser Antioquía la verdadera capital del cristianismo conquistador.

Según todas las probabilidades, Pedro se había establecido en ella desde hacía algún tiempo, vigilando, animando esta campaña de los misioneros, y tomando parte en ella, cuando las circunstancias lo consentían. Este hombre de corazón ardiente y bueno por temperamento, casi llegaba á convertirse en tímido, ó á lo menos en poco emprendedor, en cuanto se le sacaba de su ambiente ordinario. De menos cultura que Pablo, natural era que tu-

---

(1) *Hechos*, XV, 39.

(2) *I Pedro*, V, 13.

(3) *I Pedro*, I, 1.

viese menos iniciativa que éste. En el fondo, su papel fué, por lo general, el del amo de casa que va á reconocer la obra de los trabajadores <sup>(1)</sup>. Había recibido su primacía de Jesús mismo. Los demás Apóstoles estaban contentos viéndole ejercer sus prerrogativas. No hay razón alguna seria para poner en duda que Pedro hubiese gobernado la Iglesia de Antioquía, no ya como obispo, sino como Apóstol. Sobre la duración y fecha de su permanencia en la metrópoli de Siria, se podrán emitir diversas suposiciones; en cuanto á la residencia misma, la creemos muy naturalmente indicada por la sucesión de los acontecimientos, al mismo tiempo que afirmada por una tradición cuyos orígenes debieron ser respetables, si consideramos su universalidad. ¿Es admisible que Pedro, teniendo la misión de apacentar las ovejas y los corderos, hubiese permanecido fuera del centro principal en donde se formaba el verdadero y gran rebaño de Jesucristo; que se hubiese quedado en Jerusalén, donde el Evangelio se ahogaba estrechado por el abrazo inevitable y obstinado del ritualismo, en vez de trasladarse á Antioquía, donde todo concurría á la expansión triunfante de la Buena Nueva? Los del partido de Santiago se presentaban en ella con intento de hacer prevalecer sus detestables pretensiones con respecto de la Ley, y ¿habría descuidado él acudir allí y ocupar su puesto imponiendo útilmente su autoridad? Sabemos que, á lo menos una vez, se había presentado allí en un momento crítico, antes que la conferencia de Jerusalén hubiese intentado zanjar el debate suscitado por los judaizantes <sup>(2)</sup>. Es mucho más natural suponer que se estableciese en ella, no ya como obispo—esta palabra no tiene sentido cuando se trata de un Apóstol y del jefe de los Apóstoles <sup>(3)</sup>,—sino como Pastor universal de todo cuanto toma-

(1) *Hechos*, IX, 32. San Crisóstomo, *Hom.*, XXI, sobre los *Hechos*, le compara al general que pasa revista del ejército de Dios.

(2) *Gálat.*, II, 11.

(3) Desde este punto de vista, el testimonio de Eusebio, *H. E.*, III, 22, al declarar que Evodio fué el primer obispo de Antioquía é Ignacio el segundo, es más correcto que el de San Jerónimo, *Catal.*: «Ignatius Ecclesie ter-

ba el signo y el nombre de cristiano. Desde que Antioquía se convirtió en capital efectiva de la nueva religión, Pedro tenía en ella su puesto muy indicado. Por lo demás, un Concilio celebrado en Roma en 384, en tiempo del papa Dámaso, no deja duda alguna sobre la tradición primitiva acerca de este particular <sup>(1)</sup>, y el papa León el Magno, en uno de sus más bellos discursos, alaba al Apóstol por haber trabajado en la primera organización de la Iglesia de Antioquía <sup>(2)</sup>. San Gregorio Magno precisa que su obra en esta ciudad había durado siete años <sup>(3)</sup>. Tales testimonios, por tardíos que sean, descansan seguramente en otros más próximos á los tiempos apostólicos, pero que ya no poseemos. Por otra parte, estos testimonios no son formulados exclusivamente por la Iglesia latina, pues tanto San Juan Crisóstomo como Teodoreto afirman la influencia directa ó el pontificado de Pedro en Antioquía <sup>(4)</sup>.

Cuando en 1888 visitamos las ruinas de esta ilustre ciudad, el único recuerdo cristiano perpetuado en ella era el de Pedro. Mostrósenos una capilla erigida en la montaña como el santuario en donde se veneraba todavía la memoria del jefe de los Apóstoles. Lo que la crítica puede decir es que la cuestión de la fecha ó de la cronología ha sido mal considerada por casi todos los que han atestigüado la permanencia de Pedro en la metrópoli de Siria. Así, parece enteramente insostenible el hacer de este

tius post Petrum apostolum episcopus», y de San Crisóstomo, *Homil. de Laudibus sancti Ignatii*, XI: «Ignacio sucedió á Pedro en la dignidad de obispo.»

(1) «Tertia vero sedes apud Antiochiam beatissimi apostoli Petri habetur honorabilis, eo quod illam primitus quam Romam venisset, habitavit.» Can. 236. Otro concilio de 70 obispos celebrado en Roma bajo el papa Gelasio confirmó esta tradición.

(2) «Jam Antiochenam Ecclesiam ubi primum christiani nominis dignitas orta est, fundaveras. Jam Pontum, Galatiam, etc.» Serm. I *in Natali Apost.*

(3) «Petrus firmavit sedem in qua septem annis, quamvis discessurus, sedit.» Epíst. VI, 37.

(4) Hemos citado hace poco el pasaje de San Crisóstomo. El obispo de Ciro en su diálogo el *Immutable*, dice: «De este Ignacio ciertamente tú has oído hablar; había sido hecho obispo por la imposición de las manos del gran Apóstol Pedro.»

Apóstol el fundador de la primera comunidad cristiana de Antioquía, aun suponiendo que la hubiese formado sólo con elementos judíos. La narración del libro de los Hechos <sup>(1)</sup> nada dice de estos, y su testimonio debe hacer fe. Pedro no se presentó en las orillas del Orontes sino después que los discípulos del Evangelio hubieron recibido allí el nombre de cristianos. Pudo visitar esta reciente y bella Iglesia antes de la conferencia de Jerusalén, pero no estableció en ella su centro de actividad hasta más tarde. Que hubiese permanecido siete años en ella, es posible, pero no sin largas y frecuentes interrupciones. Desde allí irradió su actividad hacia las nuevas comunidades fundadas por Pablo, ó hacia los centros judíos en que iba á fundarlas él mismo. Después de estas útiles excursiones, regresaba á su rebaño de Antioquía que era para él el centro principal del grande movimiento religioso.

Pablo debió experimentar algún consuelo al hallar al jefe de los Apóstoles en el punto de conjunción de las fraternidades judías y paganas. Comprendió que la escisión que temía, quedaba así conjurada. Con su natural ardor, echó su segunda redada sobre el mundo idólatra, como decisiva para el triunfo del Evangelio. ¿Estaba también Bernabé en Antioquía? Lo ignoramos. En todo caso, la diferencia sobrevenida entre Pablo y él con motivo de Juan Marcos estaba seguramente olvidada. Los ancianos, Simón el Negro, Lucio de Cirene, Manahén y los demás que habían impuesto las manos á Pablo, debían estar allí, satisfechos de haber escogido tan felizmente á su mensajero para con los gentiles. Tito se hallaba igualmente en Antioquía, y desde ahora le veremos seguir los pasos de su maestro. Todos así reunidos cambiaban sus impresiones, confundían sus esperanzas, participaban de un mismo entusiasmo. Las almas más vigorosas anhelan vigorizarse en las efusiones de comunes sentimientos. Pablo pasó algún tiempo en Antioquía <sup>(2)</sup>. Lo que refirió fué probablemente

(1) *Hechos*, XI, 19-26.

(2) *Καὶ ποιήσας χρόνον τινα ἐξῆλθε. Hechos*, XVIII 23.

la señal de un aumento de actividad en el círculo apostólico.

Más que nunca nos vamos á ver reducidos, por la escasez de documentos <sup>(1)</sup>, á no emitir sino hipótesis; mas estas hipótesis parecerán tal vez suficientemente naturales y aún plausibles á los que, como nosotros, intenten llenar las desconcertantes lagunas del libro de los Hechos.

---

(1) Como ya lo hemos hecho notar, nada hay más desesperante que el laconismo de San Lucas en esta parte del cap. XVIII. En dos versículos, 22 y 23, encierra al menos un año, y un año de los más importantes de la historia de Pablo. Añádase á esto que nada dice de Pedro y de los demás, y deberá convenirse en que es imposible relatar la obra de los Apóstoles, si se quiere prohibir en absoluto toda incursión en el dominio de las hipótesis.

FIN DEL TOMO QUINTO

# ÍNDICE

---

	<u>PÁGS.</u>
PREFACIO. . . . .	5

## LA OBRA DE LOS APÓSTOLES DIFUSIÓN DE LA IGLESIA CRISTIANA

### PRIMERA PARTE

#### PRIMERA MISIÓN DE PABLO Y BERNABÉ Y SUS CONSECUENCIAS

Sección primera: *El Evangelio en marcha hacia la gentilidad*

#### CAPÍTULO PRIMERO

##### EL ESPÍRITU SANTO IMPULSA Á LA IGLESIA DE ANTIOQUÍA Á INAUGURAR LA EVANGELIZACIÓN GENERAL DE LOS PUEBLOS

La Iglesia de Antioquía y sus principales jefes: Bernabé, Simón el Negro, Lucio, Manahén, hermano de leche de Herodes, Pablo.—Profetas y doctores.—Deseos de difundir por el mundo la Buena Nueva.—Esperando un signo que autorice las misiones en lo exterior.—El Espíritu Santo habla al Concilio.—Bernabé y Pablo, instituidos misioneros, se determinan á inaugurar el verdadero Apostolado católico ó universal. (*Hechos*, XIII, 1-4). . . . . 34

#### CAPÍTULO II

##### MISIÓN DE CHIPRE

Pablo y Bernabé se dirigen á embarcarse á Seleucia.—La isla de Chipre.—Salamina.—Predicación en las sinagogas de la isla.—Pafos.—El procónsul Sergio Paulo.—Sus relaciones con Bar-Jesús, apelli-

dato Elimas ó el Mago.—Quiere oír á los dos Apóstoles.—Oposición y castigo milagroso de Elimas.—Sergio Paulo discípulo de Jesucristo. (*Hechos*, XIII, 4-13). . . . . 46

### CAPÍTULO III

#### PABLO Y BERNABÉ EN ANTIOQUÍA DE PISIDIA

De Pafos hacia el golfo de Pamfilia.—Lo que pudo determinar á los Apóstoles á tomar esta dirección.—Perge y la ruta que sube hacia el Tauro.—Antioquía de Pisidia.—Discurso de Pablo en la sinagoga de esta ciudad.—En qué se parece á los discursos de Esteban y de Pedro y en qué se distingue.—Resultado de esta primera predicación.—El sábado siguiente en la sinagoga.—Hostilidad de los judíos.—Los Apóstoles se dirigirán á los gentiles.—Conversiones numerosas entre éstos.—Persecución.—Es necesario dejar la ciudad y llevar la luz á otra parte. (*Hechos*, XIII, 13-52). . . . . 61

### CAPITULO IV

#### PABLO Y BERNABÉ EN ICONIO

Los dos Apóstoles, al dirigirse al sur, parece que quieren aproximarse á Cilicia.—La ciudad de Iconio.—Predicación en la sinagoga.—La doctrina confirmada por milagros.—Felices frutos de la larga permanencia de los Apóstoles en Iconio.—La leyenda de Tecla y su verdadera significación.—Los judíos suscitan una insurrección contra los predicadores.—Estos salvan la joven Iglesia retirándose. (*Hechos*, XIV, 1-6). . . . . 79

### CAPITULO V

#### PABLO Y BERNABÉ EN LISTRA

Listra.—El Evangelio predicado sólo á los paganos y fuera de las sinagogas.—Curación milagrosa de un tullido.—Consecuencia que produjo el pueblo.—Un sacrificio á Júpiter y á Mercurio.—Santa indignación de los dos Apóstoles.—Discurso de Pablo.—Exito del Evangelio en Listra.—Loide, Eunice y Timoteo.—Fanatismo de los judíos de Iconio y de Antioquía.—Pablo apedreado, pero no vencido. (*Hechos*, XIV, 6-19). . . . . 88

### CAPITULO VI

#### FIN Y RESULTADO DE LA PRIMERA MISIÓN

Exito del Evangelio en Derbe.—Por qué los dos Apóstoles retroceden en lugar de ir á Antioquía por Cilicia.—Era preciso afirmar y or-

ganizar jerárquicamente las Iglesias que habían fundado.—Estas Iglesias son ciertamente las llamadas de Galacia.—Razones concluyentes.—El Evangelio en Perge.—Vuelta á Siria.—Relato de la misión ante la Iglesia de Antioquía.—Consoladores resultados. (*Hechos*, XIV, 20-27) . . . . . 100

Sección II: *Consecuencias de la primera misión*

CAPITULO PRIMERO

HOSTILIDAD DE LOS JUDAIZANTES LLEGADOS DE JERUSALÉN  
Á ANTIOQUÍA

Los judaizantes de Jerusalén y sus miras sobre la obligación de conformarse con la ley mosaica.—Ningún Apóstol fué de este partido.—Turbulencias suscitadas en Antioquía por sus emisarios.—Pedro reprendido públicamente por Pablo. (*Hechos*, XV, 1-2; *Galat.*, II, 11-17): . . . . . 114

CAPITULO II

CONTRAMISIÓN DE LOS JUDAIZANTES EN GALACIA. EPÍSTOLA DE PABLO

Contramisión en Galacia.—Pablo escribe la primera Epístola que poseemos de él.—Las Epístolas de Pablo como fondo y como forma.—Su importancia desde el punto de vista cristiano.—La Epístola á los Gálatas.—Su parte personal ó respuestas de Pablo á los judaizantes que impugnan su autoridad apostólica.—Su parte doctrinal ó la justificación por la fe y no por la Ley.—Argumento de experiencia.—Argumento escriturario y su desarrollo.—Caducidad de la Ley.—Parte práctica.—Conclusiones y consejos.—Epílogo. (*Hechos*, XV, 1; *Galat.*, I-VI). . . . . 122

CAPITULO III

CONFERENCIA DE JERUSALÉN Y DECADENCIA DE LA LEY MOSAICA

La cuestión tan vivamente debatida entre Pablo y los judaizantes es llevada ante la Iglesia de Jerusalén.—Conferencia pública en que fué resuelta —Discurso categórico de Pedro.—Bernabé y Pablo le apoyan.—Proposición conciliadora de Santiago.—La asamblea la adopta.—La Epístola á los hermanos gentiles sacrifica realmente la ley de Moisés.—Triunfo y vuelta á Antioquía de los partidarios de la libertad por el Evangelio. (*Hechos*, XV, 2-33). . . . . 162

## SEGUNDA PARTE

SEGUNDO VIAJE APOSTÓLICO DE PABLO CON SILAS Y TIMOTEO  
EL EVANGELIO ABORDANDO Á LAS TIERRAS DE EUROPASección primera: *El Evangelio irá al norte á través del Asia Menor*

## CAPÍTULO PRIMERO

EN EL MOMENTO DE EMPRENDER SU SEGUNDA MISIÓN,  
PABLO Y BERNABÉ SE SEPARAN

PÁGS.

Después de la promulgación del decreto en Antioquía.—Pablo propone á Bernabé emprender una segunda misión.—Conflicto con motivo de Juan-Marcos.—Apreciación y consecuencias.—Pablo lleva consigo a Silas.—Quién era este nuevo colaborador.—Bernabé toma á Marcos y se dirige á Chipre.—Pablo y Silas se dirigen al norte por Cilicia. (*Hechos*, XV, 35-41). . . . . 181

## CAPITULO II

VISITA DE LAS IGLESIAS FUNDADAS EN LA GALACIA INFERIOR

Pablo y Silas se dirigen á la Galacia inferior.—Lo que se llamaba confirmar las Iglesias.—En Derbe.—En Listra, Pablo encuentra el auxiliar más fiel y más amado.—Fisonomía moral de Timoteo.—Por qué Pablo le circuncida antes de unirle.—Visita á Pisidia.—Desarrollo de las comunidades cristianas. (*Hechos*, XVI, 1-5). . . . . 189

## CAPITULO III

INCERTIDUMBRE SOBRE QUÉ CAMINO DEBE SEGUIR EL EVANGELIO

El Espíritu Santo prohíbe á los predicadores entrar en la provincia de Asia.—Predican en Frigia con éxito probable.—La parte occidental de la Galacia propiamente dicha tal vez fué también evangelizada.—Historia, costumbres y carácter de los galos que la habitaban.—El Espíritu de Jesús impide á los predicadores entrar en Bitinia.—Se dirigen á Tróade. (*Hechos*, XVI, 6-8). . . . . 197

## CAPITULO IV

ALEJANDRÍA DE TRÓADE

Alejandría de Tróade, casi á las puertas de Europa.—El Espíritu Santo condujo aquí á los predicadores del Evangelio para dirigirlos á Occidente.—Por aquí les es preciso invadir el mundo entero.—Inquietudes de Pablo.—Visión que le determina á ir á Macedonia.—Lucas autor del libro de los Hechos, se agrega á los discípulos de Pablo.—Lo que se sabe de él.—De Tróade á Neápolis. (*Hechos*, XVI, 8-12). . . . . 205

Sección segunda: *El Evangelio en Europa*

CAPÍTULO PRIMERO

PREDICACIÓN DEL EVANGELIO EN FILIPOS

PÁGS.

El puerto de Neápolis.—En el camino de Filipos.—La ciudad de Filipos, colonia romana.—Un auditorio de mujeres.—Lidia, la creyente.—La esclava poseída del demonio que predecía el porvenir.—Su curación.—Violento disgusto de sus amos.—Pablo y Silas azotados y puestos en prisión.—Signo del cielo y conversión del carcelero.—Los duumvros dan excusas á los dos cautivos, ciudadanos romanos, y les ruegan que se alejen de Filipos. (*Hechos*, XVI, 11-40). . . . . 215

CAPÍTULO II

EL EVANGELIO EN TESALÓNICA

La vía Egnacia de Filipos á Tesalónica.—Anfípolis y Apolonia.—Llegada á Tesalónica.—En casa de Jasón.—Predicaciones en la sinagoga.—Numerosas conversiones.—Lo que el Apóstol nos deja vislumbrar de su ministerio en Tesalónica.—Motín suscitado por los judíos.—Acusación ante los politarcas.—Pablo y Silas abandonan la ciudad.—(*Hechos*, XVII, 1-9). . . . . 235

CAPÍTULO III

EL EVANGELIO PREDICADO EN BEEA

Pablo y Silas se encaminan á Berea.—Motivos que inspiraron esta resolución.—Berea antigua y Verria actual.—Carácter de la colonia judía de esta ciudad.—Exito de la predicación en la sinagoga.—Conquistas del Evangelio entre los gentiles.—Los judíos de Tesalónica acuden para armar otra vez un motín.—Pablo deja á Berea y, por mar, se dirige á Atenas. (*Hechos*, XVII, 10-15). . . . . 250

CAPÍTULO IV

EL EVANGELIO EN ATENAS

Atenas en el tiempo en que Pablo llegó á ella.—Decadencia general.—Del Pireo á Atenas.—La ciudad de los ídolos; é impresión que causó á Pablo.—El altar consagrado al *Dios Desconocido*.—Las escuelas filosóficas.—Epicúreos y estoicos.—Pablo en el Agora buscando prosélitos.—Curiosidad que excita.—Es conducido al Areópago.—Admirable discurso que pronuncia.—Resultados. (*Hechos*, XVII, 15-34). . . . . 259

## CAPÍTULO V

## EL EVANGELIO EN CORINTO

PÁGS.

La vía de Atenas á Corinto.—Qué era Corinto cuando Pablo llegó á ella.—La hospitalidad en casa de Priscila y Aquila.—Pablo ejerce un oficio manual para vivir y empieza á predicar en la sinagoga.—La llegada de Silas y Timoteo le determina á pronunciar algunos discursos más incisivos.—Ruptura con los judíos.—Iglesia abierta al lado de la sinagoga.—Numerosas conversiones.—Jesús en una visión animada á su Apóstol.—Comunidades diversas fundadas en Acaya. (*Hechos*, XVIII, 1-11). . . . . 288

## CAPÍTULO VI

## LA PRIMERA EPÍSTOLA Á LOS TESALONICENSES

Las nuevas traídas de Tesalónica por Silas y Timoteo determinan á Pablo á escribir á la Iglesia de esta ciudad.—Relaciones epistolares usadas de sinagoga á sinagoga.—Contenido de la primera Epístola á los Tesalonicenses: acción de gracias por la acogida de los Tesalonicenses al Evangelio; recuerdo, á modo de apología personal, de cuanto el Apóstol hizo cuando estuvo con ellos, y de lo que experimenta lejos de ellos; exhortaciones á la santificación y á las virtudes que ella entraña; la inquietante cuestión de la Parusia; recomendación concerniente á la vida de la Iglesia; conclusión. (*I.ª Epístola á los Tesalonicenses*). . . . . 308

## CAPÍTULO VII

ULTIMOS INCIDENTES EN CORINTO Y SEGUNDA EPÍSTOLA  
Á LOS TESALONICENSES

El nuevo procónsul de Acaya, Anneo Galión.—Pablo llevado por los judíos á su tribunal.—Razones del odio persistente de sus compatriotas y correligionarios de otro tiempo.—Pablo triunfa de ellos una vez más.—Continúa su ministerio y escribe la segunda Epístola á los tesalonicenses.—Motivos que provocaron esta Epístola.—Su contenido: acciones de gracias por el progreso de los tesalonicenses en la fe y en la caridad; estímulos á la lucha; la Parusia, que será repentina, no es inminente; lo que debe precederla inmediatamente: la apostasía, la aparición del hombre de pecado, que no impedirán el triunfo final de Jesucristo; recomendaciones particulares: permanecer fieles á las enseñanzas recibidas; orar por el ministerio del Apóstol violentamente combatido; huir de los místicos extravagantes que no quieren trabajar ya, corregirlos con caridad; la firma del Apóstol.—Pablo se resuelve á dejar á Corinto. (*Hechos*, XVIII, 12-18; *II Tesal.*). . . . . 334

## CAPITULO VIII

## PABLO VUELVE Á ORIENTE

PÁGS.

Razones que tenía Pablo para volver á Jerusalén.— Voto que hizo en Cencreas.— Partida.— Toca en Éfeso sin que permanezca en ella.— Desembarca en Cesárea y sube á Jerusalén.— Frío recibimiento en esta ciudad.— Partida para Antioquía donde Pedro dirigía la Iglesia cristiana.— Pablo permanece algún tiempo en la metrópoli de Siria. ( <i>Hechos</i> , XVIII, 18-23).	360
--	-----

VICARIATO GENERAL  
DE LA  
DIÓCESIS DE BARCELONA

---

Por lo que á Nos toca, concedemos nuestro permiso para publicarse el libro titulado: LOS ORÍGENES DEL CRISTIANISMO, Tomo quinto, Segunda parte, *La Obra de los Apóstoles*, escrito en francés por Mons. Le Camus, Obispo que fué de La Rochela y Saintes, y traducido al castellano por el Dr. Don Juan B.<sup>a</sup> Codina y Formosa, Pbro., mediante que de nuestra orden ha sido examinado y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprimase esta licencia al principio ó final del libro y entréguense dos ejemplares del mismo, rubricados por el Censor, en la Curia de nuestro Vicariato.

Barcelona, 17 de Diciembre de 1909.

*El Provicario General,*  
JUSTINO GUITART

*Por mandado de Su Señoría,*  
LIC. JOSÉ M.<sup>a</sup> DE ROS, Pbro.  
*Scio. Can.*